



LA NUEVA NOVELA

DEL CREADOR DE

DOWNTON ABBEY

JULIAN

FELLOWES

PASADO

IMPERFECTO

«Julian Fellowes es el Noël Coward de nuestra época»
Lady Antonia Fraser, premio Nobel de Literatura

Lectulandia

Damian Baxter es un hombre inmensamente rico con una única preocupación: encontrar al heredero adecuado para recibir su gran fortuna.

Se pone en contacto con el narrador, un antiguo amigo suyo de Cambridge, para pedirle ayuda. Aunque cuarenta años después las cosas han cambiado y él odia a Baxter, decide aceptar. Siempre es agradable saber de un viejo amigo, pero a su edad es más interesante saber algo de un viejo enemigo...

A partir de una carta anónima que Damian recibió de una de sus antiguas novias, en la que se le da a entender que llegó a tener un hijo, el narrador se compromete a encontrar a su vástago.

La búsqueda nos sumerge en el extraordinario ambiente social de la Temporada de Londres en plenos años sesenta, donde familias aristocráticas intentaban encontrar buenos partidos para sus hijas, mientras que alguien aderezaba con marihuana los *brownies* de las fiestas que se celebraban en el museo de cera. Fue un tiempo en el que todas las cosas parecían estar en continuo cambio, y así era, aunque no siempre en la dirección esperada.

Lectulandia

Julian Fellowes

Pasado imperfecto

ePub r1.0

Titivillus 06.02.18

Título original: *Past Imperfect*
Julian Fellowes, 2008
Traducción: Amaya Basáñez
Diseño de cubierta: Michael Storrings

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Julia y Peregrine, sin las cuales nada en absoluto habría llegado a
escribirse

DAMIAN

Uno

Londres es ahora una ciudad maldita para mí, y yo soy el fantasma que la ronda. Mientras me ocupo de mis asuntos, cada calle o plaza o avenida parece hablarme en voz baja de una época anterior, diferente, de mi vida. El paseo más breve por Chelsea o Kensington me lleva a una puerta donde una vez fui bienvenido, pero donde soy un extraño hoy en día. Me veo saliendo de ella, joven otra vez, y vestido para alguna fiesta ya olvidada, engalanado con lo que parece el traje regional de un país balcánico destrozado por la guerra. Esos pantalones de pata de elefante, esas camisas de chorreras con el cuello vuelto... ¿en qué estábamos pensando? Y mientras lo observo, detrás de mi fantasma, más joven, más delgado, caminan las sombras de los difuntos, padres, tías y abuelas, tíos abuelos y primos, amigos y novias, apartados por completo de este mundo, o por lo menos de lo que queda de mi propia vida. Dicen que una de las señales de hacerse viejo es que el pasado se hace más real que el presente y ya casi puedo sentir los dedos de esas décadas perdidas cerrándose alrededor de mi imaginación, haciendo que los recuerdos más recientes parezcan, de algún modo, más grisáceos, sin brillo.

Lo que hace perfectamente comprensible que me intrigara un poco, aunque también que me desconcertara, encontrar una carta de Damian Baxter entre las facturas y las notas de agradecimiento y las solicitudes para obras benéficas que se acumulan todos los días en mi escritorio. Realmente no podría haberlo predicho. No nos habíamos visto en casi cuarenta años, y tampoco nos habíamos puesto en contacto desde nuestro último encuentro. Parece raro, lo sé, pero nuestras vidas habían transcurrido en mundos diferentes y, aunque Inglaterra es un país pequeño en muchas cosas, todavía es lo suficientemente grande como para que nuestros caminos no se hubieran cruzado en todo ese tiempo. Pero había otra razón para que me sorprendiera tanto y era mucho más sencilla.

Le odiaba.

Una mirada fue suficiente para averiguar de quién procedía, a pesar de todo. La caligrafía del sobre me resultaba familiar, pero algo cambiada, como la cara del niño predilecto después de que los años no le hayan perdonado. Incluso así, antes de esa mañana, si me hubiera acordado de él, no habría creído que hubiera nada en la faz de la tierra que provocara que Damian me escribiera. O que yo le escribiera. Quiero que conste que no me ofendió ese correo tan inesperado. En lo más mínimo. Siempre es agradable saber de un viejo amigo, pero a mi edad es, de hecho, más interesante saber algo de un viejo enemigo. Un enemigo, a diferencia de un amigo, puede contarte cosas que todavía no sabes de tu propio pasado. Y si Damian no era exactamente un enemigo en el sentido activo de la palabra, sí era un amigo que había dejado de serlo, lo cual es, por supuesto, mucho peor. Nos habíamos separado con una pelea, un momento de ira salvaje y descontrolada, alimentada a propósito por la sensación de estar quemando nuestras naves, y habíamos ido por caminos separados, sin intentar

arreglar el daño posteriormente.

Era una carta honesta, lo reconozco. Un inglés, como norma, preferiría no enfrentarse a una situación que pudiera verse como «incómoda» a la luz de un comportamiento anterior. Normalmente quitarán importancia a todas las desagradables escenas previas con una alusión imprecisa y despreciativa: «¿Se acuerda de esa espantosa cena que organizó Jocelyn? ¿Cómo pudimos sobrevivir?». O, si no pueden minimizar el episodio y blanquearlo a su manera, fingirán que nunca ocurrió. «Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos», para empezar una conversación, se traduce a menudo como «No me viene bien seguir esta reyerta durante más tiempo. Pasó hace siglos. ¿Está dispuesto a darla por finalizada?». Si el destinatario también lo desea, la respuesta estará formulada en el mismo estilo de negación: «Sí, quedemos. ¿Qué ha estado haciendo desde que dejó Lazard's?». No se requerirá nada más que eso para implicar que ya no hay rencor y que la relación se puede reanudar.

Pero, en este caso, Damian evitaba esta práctica tan común. De hecho, su honestidad era casi latina. «Me atrevo a suponer, después de todo lo que ocurrió, que no esperabas volver a saber de mí, pero me harías un gran favor si vinieras a visitarme», escribió en su letra picuda y todavía bastante airada. «No se me ocurre ninguna razón por la que querrías hacerlo después de la última vez que nos vimos pero, aun a riesgo de sonar exagerado, no me queda mucho tiempo de vida, y a lo mejor le harías un favor a un hombre moribundo». Por lo menos no podría acusarle de irse por las ramas. Por un momento pretendí que me lo estaba pensando, tratando de decidirme, pero por supuesto sabía desde el principio que iría, que mi curiosidad debía ser saciada, que con toda la intención del mundo volvería a visitar el país perdido de mi juventud. Pues, al no haber tenido contacto con Damian desde el verano de 1970, el hecho de que volviera a mis pensamientos trajo consigo sin remedio amargos recordatorios de cómo mi mundo, como el de todos los demás, ya que estábamos, había cambiado.

Hay un cierto peligro en eso, por supuesto, pero ya no combato la triste revelación de que el escenario de mis años de juventud me parece más dulce que en el que vivo ahora. Los jóvenes de hoy, al defender su propia época, a lo que tienen todo el derecho y es perfectamente comprensible, normalmente rechazan nuestros recuerdos de aquella edad dorada donde el cliente siempre tenía la razón, donde los de la Asociación del Automóvil reconocían el distintivo de tu coche y los policías se llevaban la mano al casco para saludarte. Gracias al cielo que se acabaron los miramientos, dicen, pero eran parte de determinado mundo, más ordenado y, por lo menos en retrospectiva, más cálido, incluso amable. Supongo que lo que echo de menos sobre todas las cosas es la amabilidad de la Inglaterra de hace medio siglo. Pero, de nuevo, ¿es la amabilidad lo que echo de menos, o mi propia juventud?

—No entiendo quién es este Damian Baxter exactamente. ¿Por qué es tan importante? —dijo Bridget más tarde, mientras nos sentábamos para comer en casa

un pescado pasado de precio y falta de cocción, comprado en el servicial restaurante italiano del barrio, en Old Brompton Road—. Nunca te he oído hablar de él.

Cuando Damian mandó su carta, no hace tanto en verdad, todavía estaba viviendo en un piso grande, a ras de suelo, en Wetherby Gardens, que era bastante cómodo, y conveniente para esto y aquello, y maravillosamente situado para la moda de comida para llevar que nos ha abrumado en los últimos años. Estaba en una dirección bastante buena, a su manera, y ciertamente nunca me hubiera podido permitir comprarla, pero me la habían cedido mis padres hacía años, cuando al final se habían ido de Londres. Mi padre trató de oponerse, pero mi madre había insistido temerariamente en que yo necesitaba «un lugar donde empezar», y él se había rendido. Así que me beneficié de su generosidad, y de veras esperaba no solo empezar, sino también finalizar allí. Realmente no lo había modificado mucho desde la época de mi madre y todavía estaba lleno de sus cosas. Estábamos sentados frente a su pequeña mesa redonda, que utilizábamos para desayunar, al lado de la ventana, mientras conversábamos, y supongo que todo el piso podría haber parecido bastante femenino, con sus encantadores muebles estilo Regencia y un antepasado con rizos encima de la repisa de la chimenea, de no ser porque mi masculinidad quedaba reafirmada por mi total y obvia falta de interés por su colocación o arreglo.

Cuando sucedió lo de la carta, Bridget FitzGerald era mi actual... Iba a decir «novia», pero no estoy seguro de que uno tenga «novias» cuando se tienen más de cincuenta años. Por otro lado, si uno es demasiado viejo para una «novia», también es demasiado joven para tener una «acompañante», así que ¿cuál es la descripción correcta? El lenguaje de hoy en día ha robado y desvirtuado tantos términos y con tanta frecuencia que, cuando uno busca la palabra precisa, se encuentra con que el cajón está vacío. «Compañero», como sabe todo el mundo que no trabaje en los medios de comunicación, está agotado y lleno de peligros. Recientemente presenté a un colega mío, director de teatro, a una pequeña compañía en la que participo, como mi socio y compañero, y pasó algún tiempo antes de que entendiera las miradas que estaba recibiendo de varias personas que se pensaban que me conocían. Pero «mi media naranja» suena como una frase de una comedia televisiva que va sobre la secretaria de un club de golf, y todavía no hemos llegado al punto de «esta es mi señora», aunque me atrevo a decir que no está muy lejos. En cualquier caso, Bridget y yo estábamos saliendo. Éramos una pareja poco probable. Yo era un novelista no demasiado famoso, y ella una avispada empresaria irlandesa, que se dedicaba a la propiedad inmobiliaria, había perdido el tren del amor y había terminado quedándose conmigo.

A mi madre no le habría parecido bien, pero mi madre estaba muerta y, en teoría, fuera de la ecuación, aunque no estoy seguro de que nos alejemos mucho de la influencia que puede llegar a tener la desaprobación de nuestros padres, estén vivos o no. Por supuesto, había una posibilidad de que la vida eterna la hubiese dulcificado, pero lo dudo bastante. A lo mejor debería haber escuchado sus advertencias a título

póstumo, pues no puedo fingir que Bridget y yo tuviéramos mucho en común. Una vez dicho esto, era lista y guapa, lo que era más de lo que me merecía, y supongo que me sentía solo, y cansado de que la gente me llamara por teléfono para ver si me apetecía ir a comer con ellos el domingo. De cualquier manera, fuera cual fuera la razón, nos habíamos encontrado el uno al otro, y aunque técnicamente no vivíamos juntos, porque ella seguía teniendo su propio piso, habíamos ido tirando muy tranquilamente un par de años. No era exactamente amor, pero era algo.

Lo que más me llamó la atención, con referencia a la carta de Damian, fue el matiz posesivo de Bridget, cuando se refería a un pasado del que, casi por definición, ella no sabía nada. La frase «nunca te he oído hablar de él» solo podía significar que, si ese individuo fuera importante, ya habrías hablado de él. O, peor todavía, *deberías* haber hablado de él. Todo esto es parte de la invención generalizada de que, cuando te relacionas con alguien, tienes derecho a saberlo todo acerca de él, hasta el último detalle, lo que por supuesto no puede suceder nunca. «No guardamos secretos entre nosotros», dicen las caras alegres y jóvenes de las películas, cuando, como todos sabemos, nuestras vidas están llenas de secretismo, y a menudo nos ocultamos cosas a nosotros mismos. Estaba claro que, en esta ocasión, Bridget estaba preocupada porque, si Damian significaba algo para mí, y sin embargo jamás lo había mencionado, ¿qué más cosas significativas me habría callado? En mi defensa solo puedo decir que su pasado, al igual que el mío, como el de todo el mundo, de hecho, era una caja con candado. De vez en cuando dejamos que la gente eche un vistazo, pero solo a la superficie. Surcamos solos las corrientes más oscuras de nuestros recuerdos.

—Era amigo mío en Cambridge —dije. Nos conocimos el segundo año, cuando hacía la temporada de las presentaciones en sociedad, al final de los sesenta. Le presenté a algunas chicas. Le aceptaron en el grupo, y salimos juntos por Londres durante un tiempo.

—Haciendo las *delicias de las debutantes*. —Pronunció la frase con una mezcla de humor y desprecio.

—Me alegra que mi pasado siempre consiga hacerte sonreír.

—¿Y qué sucedió?

—Nada. Nos dejamos de ver cuando acabó, pero no hay mucha historia. Solo que fuimos por caminos separados. —Por supuesto, al decir esto, estaba mintiendo.

Me miró y adivinó un poco más de lo que yo hubiese querido.

—Si al final vas, supongo que querrás ir solo.

—Sí. Iré solo. —No ofrecí más explicaciones, pero, siendo justo con ella, tampoco las pidió.

Solía pensar que Damian Baxter había sido mi propia invención, aunque esa idea solo demuestra mi falta de experiencia. Como todo el mundo sabe, el mejor mago del mundo no puede sacar un conejo del sombrero, a no ser que ya esté *dentro*, muy bien escondido, y Damian nunca habría disfrutado del éxito cuyo mérito yo me atribuía, a

menos que de verdad poseyera esas cualidades que habían hecho su triunfo posible, y casi inevitable. Sin embargo, no creo que hubiera conseguido estar en el candelero sin algo de ayuda, por lo menos en aquella época. Y yo fui quien se la dio. Quizás por esa razón me irritó tan amargamente su traición. Puse buena cara, o intenté ponerla, pero todavía escocía. Trilby había resultado ser un judas para Svengali, Galatea había destrozado los sueños de Pigmalión.

«Cualquier día a cualquier hora me vendrá bien», decía la carta. «Ahora mismo ni salgo, ni quedo en casa con la gente, así que estoy completamente a tu disposición. Te darás cuenta de que vivo cerca de Guildford. Si vas en coche, tardarás unos noventa minutos, pero el tren es más rápido. Dime cuándo vienes y te doy la dirección exacta o alguien te irá a buscar, lo que prefieras». Al final, después que me mintiera a mí mismo diciéndome que no iba a ir, le contesté sugiriendo quedar a cenar en tal día, y cuál era el tren que iba a coger. Confirmó que lo había recibido y me invitó a pasar allí la noche. Como norma prefiero, al igual que Jorrocks, «dormir donde ceno», así que acepté y el plan estuvo completo. De acuerdo con este, atravesé el torno de la estación de Guildford una agradable tarde de junio.

Eché un vistazo distraído por si veía a alguien con aspecto de Europa del Este sosteniendo una tarjeta con mi nombre mal escrito a rotulador, pero en vez de eso me encontré con un chófer uniformado —o mejor, alguien que parecía un actor haciendo de chófer en un episodio de *Poirot*— que se volvió a cubrir con su gorra después de quitársela para presentarse con voz baja y humilde, y me condujo fuera hasta un viejo Bentley, aparcado ilegalmente en la plaza reservada a minusválidos. Digo «ilegalmente» aunque tuviera una pegatina bien puesta en el parabrisas, porque supongo que no las dan para que vayan a recoger a amigos a la estación de tren sin que se tengan que mojar por la lluvia o llevar el equipaje a rastras. Pero, bueno, todo el mundo tiene derecho a ciertas compensaciones.

Sabía que a Damian le había ido bien, aunque en ese momento no recordaba cómo o por qué lo sabía, pues no teníamos gente en común y nos movíamos en círculos completamente diferentes. Debía de haber visto su nombre en el *Sunday Times*, o a lo mejor en un artículo de las páginas de economía. Pero no creo que antes de esa tarde entendiera realmente lo *bien* que le iba. Atravesamos con rapidez las carreteras de Surrey, y pronto fue muy evidente, por los cuidados setos y las verjas acabadas en punta, por los céspedes que parecían mesas de billar y por la gravilla limpia y reluciente, que acabábamos de entrar en el Reino de los Ricos. Aquí no había destartados portales, no había establos vacíos y la casa del guarda no tenía goteras. No se trataba de tradición, o de un esplendor añejo. No estaba siendo testigo del recuerdo, sino de la viva presencia del dinero.

Poseo algo de experiencia al respecto. Como escritor con moderada fama, uno se junta con lo que mi niñera hubiera llamado «gente de toda clase y condición», pero no puedo pretender que este sea realmente mi tipo de gente. La mayoría de los que conozco de los que llamamos ricos en realidad poseen lo que queda de sus fortunas,

no las que han creado ellos, sino los ricos que solían serlo mucho más. Pero las casas por las que estaba pasando pertenecían a los Nuevos Ricos, lo que es muy diferente, y para mí había algo estimulante en esa sensación de poder cercano. Es un poco extraño, pero incluso hoy en día hay un cierto esnobismo en Gran Bretaña cuando se trata de dinero reciente. Supongo que se espera que los derechistas más tradicionales lo miren por encima del hombro, pero paradójicamente, a menudo es la izquierda más intelectual la que anuncia su rechazo a los que se hacen a sí mismos. No pretendo entender cómo se compatibiliza eso con creer en la igualdad de oportunidades. A lo mejor no tratan de combinarlo, sino que viven siguiendo impulsos contradictorios, como hacemos todos en diferente grado. Pero, si pudiera haber sido culpable de tanta falta de imaginación en mi juventud, ahora ya no. Estos días admiro sin reservas a los hombres y mujeres que han hecho fortuna, al igual que admiro a cualquiera que contempla dibujado el futuro que les espera cuando nacen, y no tiene miedo de romperlo para trazarse uno mejor. Los que se han hecho a sí mismos tienen más oportunidades que la mayoría de encontrar una vida que les vaya bien. Les presento mis respetos por ello y saludo a su enojado mundo. Por supuesto, en el plano personal, era extremadamente molesto que Damian Baxter fuera parte de ellos.

La casa que había escogido como escenario de su gloria no era el palacio de un noble caído en desgracia, sino uno de esos conscientemente modernistas, un laberinto lleno de recovecos que habría encajado en los dibujos de Disney, y que no podría volver pasar por un símbolo de la Vieja Inglaterra más de lo que lo había sido cuando Lutyens los construyó a finales del siglo pasado. Había jardines alrededor, en terraplenes, en los que se cortaban y entrecruzaban senderos bien cuidados, pero no parecía que hubiera terreno más allá. Aparentemente, Damian había decidido no adoptar el antiguo estilo de imitación de la nobleza. Esta no era una casa señorial, acurrucada en el cálido abrazo de hectáreas dedicadas a la agricultura. Era simplemente la casa de un Gran Éxito.

Habiendo dicho eso, y aunque no fuera tradicional en el sentido más aristocrático de la palabra, todo ello tenía un ambiente muy años treinta, como si hubiera sido construido con lo que había ganado en negro un especulador en la Primera Guerra Mundial. Ese elemento Agatha Christie que había aportado el chófer se vio reforzado por el mayordomo que se inclinaba para saludarme en la puerta, e incluso por la doncella, a la que vi de reojo mientras subía por la escalera de roble claro, con su vestido negro y su delantal con volantes, aunque me pareció un poco más frívolo, como si de repente se me hubiese transportado a un musical de Gershwin. La sensación de extraña irrealidad se confirmó cuando me enseñaron mi habitación antes de haber visto a mi anfitrión. Siempre hay un pequeño escalofrío de peligro en este tipo de situación, como si esto fuera una novela de misterio. Un criado, vestido de negro, rondando tu puerta y mascullando «por favor, baje a la sala de estar cuando esté preparado, señor», parece más adecuado para la lectura de un testamento que para una visita. Pero la habitación era bastante bonita. Estaba tapizada en damasco

azul claro, que también se había utilizado para forrar la cama, elevada y con dosel. Los muebles eran macizos, al estilo inglés, y los estampados orientales en el cristal de entre las ventanas eran realmente encantadores, incluso daban el matiz inconfundible de una habitación de hotel, en vez del de una casa solariega, que lo impregnaba todo, incluido el baño, que era sensacional, con una gran bañera, una cabina de ducha, grifos relucientes en los tubos que subían por la pared y toallas grandes, esponjosas y totalmente nuevas. Como ya sabemos, ese tipo de detalles se encuentra raras veces en las casas de las familias de la aristocracia rural, incluso hoy en día. Me arreglé un poco y bajé.

El salón era previsiblemente grande y oscuro, con un techo abovedado, y esas alfombras demasiado mullidas que tienen que ser sustituidas con frecuencia. No las jarapas del nuevo socio del club, ni las gastadas y raídas de los pijos, sino suaves y elásticas y *nuevas*. Todo lo que había en esa habitación se había comprado en vida del propietario, que aparentemente era uno solo. No había ninguna mezcla de gustos que las casas de campo tienden a presentar, donde el contenido de una docena de casas, esa amalgama de objetos de cuarenta coleccionistas aficionados a lo largo de dos o tres siglos, se juntan en una sola habitación. Pero estaba bien. De hecho, estaba muy bien, la mayoría de los muebles de principios del siglo XVIII, los cuadros un poco más tardíos, todos buenos, todos limpios y relucientes, y todos en una condición excelente. Después de la experiencia tan parecida que tuve en mi cuarto, me pregunté si Damian habría contratado a alguien para que lo comprara, alguien cuyo trabajo fuera colocar y ordenar su vida. De cualquier modo, su personalidad no se vislumbraba en la habitación, ni la de cualquier otra persona, la verdad. Me paseé, echando un vistazo a los cuadros, indeciso acerca de si sentarme o quedarme de pie. Realmente parecía un poco desolado, a pesar de su esplendor; el carbón que se quemaba en la chimenea no podía disipar esa atmósfera ligeramente pegajosa, como si la habitación estuviera limpia, pero no se hubiera usado en mucho tiempo. Y no había flores, lo que siempre pienso que es bastante revelador; de hecho, no había nada vivo, lo que le confería perfección a esa quietud, ese tipo de esterilidad inerte. No me podía imaginar a una mujer participando en esa creación, ni que, Dios bien lo sabe, un niño hubiera influido en absoluto.

Hubo un ruido en la puerta.

—Mi querido colega —dijo una voz, todavía con una ligera duda, la sospecha de un tartamudeo, que yo recordaba tan bien—. Espero no haber tardado mucho.

Hay un momento en *Orgullo y prejuicio* en el que Elizabeth Bennet ve a su hermana, que se ha ido con el malvado Wickham, y que ha sido rescatada del deshonor gracias al esfuerzo del señor Darcy. «Lydia todavía era Lydia», comenta. Bueno, Damian Baxter todavía era Damian. O sea, que aunque el joven robusto y bien parecido, con sus rizos y su fácil sonrisa había desaparecido para ser reemplazado por una figura encorvada que al único al que se parecía era al doctor Manette, todavía podía percibir ese inconfundible tartamudeo, tan tímido, que

enmascaraba un profundo y perfeccionado sentido de superioridad, y reconocí de inmediato su antigua y condescendiente altanería en el revoleo con el que me tendió su mano huesuda. Sonreí.

—Qué agradable verte —dije.

—¿De verdad? —Contemplamos nuestras caras, maravillándonos a la vez de lo mucho, y de lo poco, que habían cambiado.

Al observarle más de cerca pude ver que, cuando había dicho en su carta que estaba «moribundo», había estado hablando literalmente. No es que hubiera envejecido más de la cuenta, sino que estaba enfermo, muy enfermo, y parecía que ya había llegado al punto en el que no se podía hacer nada.

—Bueno, es bastante interesante. Por lo menos se puede decir eso.

—Sí, supongo que sí. —Hizo una seña con la cabeza al mayordomo que merodeaba cerca de la puerta—. Me pregunto si podemos tomar algo de ese champán.

No me sorprendió que, incluso cuarenta años más tarde, todavía le gustara disfrazar sus órdenes de tímidas sugerencias. Yo había sido un testigo veterano de ese truco. Creo que, como muchos de los que lo intentan, Damian imaginaba que sugería una adorable inseguridad, un vacilante pero honrado deseo de hacerlo bien, y yo sabía con certeza que él no se había sentido así, más o menos, desde 1967, y dudo que en su momento fuera un sentimiento especialmente fuerte. El hombre al que se dirigía no consideró que se necesitara una respuesta, y estoy seguro de que así era. Solamente se fue a buscar el vino.

La cena fue un asunto formal y silencioso, en un salón que mezclaba sin éxito el estilo de William Morris y las telas de Liberty's con un toque hollywoodiense. Ventanas elevadas y con parteluz, la repisa de la chimenea de piedra maciza labrada y más alfombras mullidas se sumaban para conseguir un resultado monótono e impersonal, como si hubieran puesto una mesa y unas sillas sin razón alguna en el despacho, vacío pero caro, de un abogado. Pero la comida estaba deliciosa, aunque Damian no la pudo aprovechar, y los dos sacamos partido del Margaux que había escogido. El mayordomo silencioso, que ahora sabía que se llamaba Bassett, apenas nos dejó un minuto a solas e, inevitablemente, la charla que mantuvimos delante de él fue un poco desganada. Recuerdo que una tía mía me dijo una vez que, cuando recordaba los días de antes de la guerra, se sorprendía ante algunas de las conversaciones que se habían mantenido mientras comía, cuando la presencia de los criados no parecía que fuera una razón para callarse nada. Secretos políticos, cotilleos familiares, indiscreciones personales, todo burbujeaba delante del servicio, que escuchaba, y probablemente habían servido de entretenimiento más de una tarde en la taberna local, o si no, en esta época nuestra, más codiciosa y lasciva, la publicación de sus memorias. Pero hemos perdido la sublime seguridad que tenía esa generación de su manera de vivir. Nos guste o no —y a mí me gusta, en realidad—, el tiempo nos ha hecho conscientes de que los que nos sirven también son humanos. Para

cualquiera nacido después de 1940, las paredes tienen oídos.

Así que estuvimos charlando de cosas variadas. Me preguntó por mis padres y le pregunté por los suyos. De hecho, mi padre le había tomado bastante cariño, pero mi madre, cuyos instintos primarios eran por lo general bastante más acertados, se dio cuenta de que pasaba algo raro desde el principio. De todas maneras, ella había muerto desde la última vez que nos vimos, y también habían muerto sus padres, así que no había mucho que decir. Y de ahí, hablamos de muchos otros de los conocidos que habíamos tenido en común hacía tiempo, y para cuando nos quisimos mover ya habíamos repasado una larga e impresionante lista de fracasos laborales, divorcios y muertes prematuras.

Al final se levantó, dirigiéndose a Bassett al mismo tiempo.

—¿Cree que podríamos tomar el café en la biblioteca?

Otra vez lo preguntó en voz baja, como un favor al que se pudiera contestar que no. Me pregunté qué sucedería si alguien a quien se le diera órdenes de esa forma entendiera de manera literal la pregunta. «No, señor, estoy un poco ocupado en este momento. Intentaré traerle café más tarde». Me gustaría verlo en alguna ocasión. Pero este mayordomo sabía lo que había y se fue a seguir la velada orden, mientras Damian me llevaba a la habitación más bonita que había visto. Parecía como si un propietario anterior, o a lo mejor Damian mismo, hubiera comprado una biblioteca entera de otra casa mucho más antigua, con estanterías relucientes, de buena madera oscura, y un separador de ambientes con columnas bellamente talladas. Había una refinada chimenea de mármol rosáceo, y había un fuego encendido en la pulcra rejilla, esperando a que fuéramos. La combinación de las oscilantes llamas y las relucientes encuadernaciones en cuero, y también unos cuadros espléndidos —un gran paisaje marino que parecía obra de Turner, y el retrato de una joven por Lawrence, entre ellos—, le daban una calidez de la que claramente carecía el resto de la casa. Lo había calificado injustamente. Era obvio que no era falta de gusto, sino de interés, lo que había hecho tan espantosas las demás habitaciones. Aquí era donde Damian vivía de veras. En breve estuvimos surtidos de bebidas y tazas de café, y a solas.

—Te ha ido muy bien —dije—. Enhorabuena.

—¿Te sorprende?

—Tampoco tanto.

Lo aceptó con un asentimiento.

—Si te refieres a que siempre fui ambicioso, confieso que tienes razón.

—Creo que lo que quería decir es que nunca te conformabas con un no por respuesta.

Negó con la cabeza.

—No diría tanto —comentó. No estaba completamente seguro de lo que quería decir con eso, pero antes de que pudiera profundizar en el asunto, volvió a hablar—. Sabía cuándo me habían derrotado, incluso entonces. Cuando me encontré en una

situación en la que el éxito no era uno de los posibles desenlaces, lo admití y seguí con mi vida. Por lo menos me reconocerás eso.

Qué tontería.

—No te lo reconozco —dije—. Ni nada parecido. Puede que sea una cualidad que adquiriste más tarde en la vida. Eso ya no lo puedo decir. Pero cuando te conocí abarcabas más de lo que podías apretar y eras muy mal perdedor, como puedo asegurar mejor que tú.

Damian se sorprendió por un instante. A lo mejor había pasado tanto tiempo de su vida con personas a las que pagaba, de una manera o de otra, para que le dieran la razón, que se había olvidado de que no todo el mundo estaba obligado a ello. Tomó un sorbo de *brandy* y después de una pausa asintió.

—Bueno, sea como sea, ahora mismo me han derrotado. —Respondiendo a lo que yo no había preguntado, entró en detalles—. Tengo cáncer de páncreas, no me pueden operar. No hay nada que hacer. El médico me ha dado unos tres meses de vida.

—A menudo se equivocan con esas cosas.

—A veces sí. Pero en mi caso no. Puede haber una diferencia de unas cuantas semanas, pero eso es todo.

—Oh —asentí. No es fácil saber cómo responder adecuadamente a este tipo de revelación, porque las necesidades de la gente son muy diferentes. Dudé de que Damian quisiera que llorara y gimiera, o que le sugiriera remedios alternativos basados en la dieta macrobiótica, pero nunca se sabe. Esperé.

—No quiero que pienses que me enfurezco por la injusticia de todo ello. De alguna manera, mi vida ha llegado a su lógico final.

—¿Y eso qué significa?

—Como bien has dicho, he sido muy afortunado. He vivido muy bien. He viajado. Y no hay nada, laboralmente hablando, que todavía quiera hacer, así que es algo. ¿Sabes a lo que me he dedicado?

—No mucho.

—Creé una compañía de programas informáticos. Fuimos de los primeros en ver el potencial que tenía eso.

—Qué listo fuiste.

—Tienes razón. Suena aburrido, pero me lo pasé muy bien. De todos modos, he vendido la compañía y no voy a empezar con otra.

—Eso no lo sabes. —No tengo ni idea de por qué dije eso, porque por supuesto que se sabía.

—No me quejo. Se la vendí a una bonita compañía americana, muy grande, y me dieron suficiente dinero como para poder reflotar Malau.

—Pero eso no es lo que vas a hacer.

—No, creo que no.

Dudó. Estaba bastante seguro de que nos acercábamos a lo que llamaríamos el

quid de por qué estaba yo allí, pero no parecía que fuera capaz de llegar a ese punto. Pensé que podría intentar encaminarle un poco.

—¿Y qué me cuentas de tu vida privada? —me atreví a preguntar, con voz agradable.

Se lo pensó un momento.

—Realmente no tengo ninguna. Nada que se merezca ese nombre. Algún apaño raro como consolación, pero nada más que eso durante muchos años. No soy para nada sociable.

—Lo eras cuando te conocí —dije. Todavía estaba petrificado ante el pensamiento de un «apaño raro». Caramba. Tomé la decisión de mantenerme alejado de cualquier intento de aclararlo.

No hubo necesidad de seguir azuzando. Damian ya había empezado.

—No me gustaba el mundo en el que me introdujiste, como ya sabes —me miró retador, pero yo no tenía ningún comentario que hacer, así que continuó—, pero, extrañamente, cuando me fui de allí, me di cuenta de que tampoco me interesaban las diversiones de mi vieja vida. Después de un tiempo, dejé de ir a «fiestas» por completo.

—¿Te casaste?

—Una vez. No duró mucho.

—Lo siento.

—No hace falta. Solo me casé porque había llegado a esa edad en la que empieza a parecer raro que no te hayas casado. Tenía treinta y seis, treinta y siete, y unas cuantas cejas curiosas se empezaban a alzar. Por supuesto, fui un tonto. Si hubiera esperado otros cinco años, mis amigos hubieran empezado a divorciarse y no hubiera sido la única atracción del circo.

—¿Era alguien que conociera?

—Oh, no. Hui de tu grupo en aquel entonces y te puedo asegurar que no tenía ningún deseo de volver a integrarme.

—Tampoco nosotros teníamos el más mínimo deseo de volver a verte, te lo aseguro. —Había algo de liberador en eso. Un rastro de nuestra mutua enemistad había resurgido, y era más cómodo que ese seudocolequeo al que habíamos estado jugando toda la tarde—. Además, ya no sabes cuál es mi gente. No sabes nada de mi vida. Cambió esa noche, tanto como la tuya. Y hay más de una manera de superar la temporada de Londres de hace cuarenta años.

Lo aceptó sin ambages.

—Muy bien. Me disculpo. Pero, de verdad, no habrías conocido a Suzanne. Cuando la conocí, llevaba un gimnasio cerca de Leatherhead. —Para mis adentros, estuve de acuerdo en que era bastante improbable que mi camino se hubiera cruzado alguna vez con el de la exseñora de Baxter, así que permanecí en silencio. Suspiró cansado—. Intentó hacerlo lo mejor posible. No quiero hablar mal de ella. Pero no había nada que nos mantuviera juntos. —Hizo una pausa—. Al final no te casaste,

¿verdad?

—No. No lo hice. Al final no. —Pronuncié las palabras más ásperamente de lo que esperaba, pero no pareció sorprenderle. El tema resultaba doloroso para mí e incómodo para él. Por lo menos, qué demonios, debería haberlo sido. Decidí volver a lo seguro—. ¿Qué pasó con tu mujer?

—Ah, se volvió a casar. Con un tipo bastante majo. Se ha montado un negocio vendiendo equipamiento deportivo, así que supongo que tienen más en común de lo que nosotros tuvimos.

—¿Hubo niños?

—Dos niños y una niña. Aunque no sé qué ha pasado con ellos.

—Me refería contigo.

Negó con la cabeza.

—No, no hubo. —Esta vez su silencio pareció ser muy hondo. Después de un instante siguió con lo que estaba pensando—. No puedo tener hijos —dijo. A pesar del carácter definitivo de la frase, había algo que no encajaba, sin concluir, en la modulación de su voz, casi como ese extraño e innecesario tono de interrogación que los más jóvenes se han traído de Australia para terminar todas las frases. Continuó—: Lo que quiero decir es que no podría haber tenido hijos para cuando me casé.

Se detuvo, como permitiéndome un momento para digerir esa frase tan rara. ¿A qué se podría referir? Ya suponía que no había sido castrado justo antes de proponer matrimonio a la directora del gimnasio. Puesto que él había introducido el tema, no me sentí culpable por querer hacerle unas cuantas preguntas, pero al final me contestó incluso antes de que las hubiera dicho en voz alta.

—Fuimos a varios médicos y me dijeron que el recuento de mis espermatozoides estaba a cero.

Incluso en nuestra sociedad, tan moderna y tan falta de comunicación, esto es algo muy difícil de rebatir con algo relevante.

—Qué decepción —dije.

—Sí. Lo fue. Muy *decepcionante*.

Obviamente no había escogido bien las palabras.

—¿No podían hacer algo para arreglarlo?

—La verdad es que no. Sugirieron razones de por qué podría haber ocurrido, pero nadie dijo que fuera reversible. Así que se quedó ahí.

—Podrías haberlo intentado de otra forma. Ahora son más listos. —No podía atreverme a ser más específico.

Negó con la cabeza.

—Nunca habría criado al niño de otro. Suzanne intentó convencerme pero yo no podía permitirlo. Es solo que no veía la razón. Una vez que el niño no es tuyo, ¿acaso no estás jugando con muñecas? Quizás estén vivas. Pero son muñecas.

—Mucha gente no estaría de acuerdo contigo.

Asintió.

—Lo sé. Suzanne era una de ellas. No entendía por qué tenía que quedarse sin tener un hijo cuando la culpa ni siquiera era suya, lo que es bastante razonable. Me imagino que supimos que íbamos a romper en el momento en que salimos de la consulta. —Se puso de pie para servirse otra copa. Se lo había ganado.

—Ya veo —dije, para llenar el silencio, casi temiendo lo que iba a pasar.

Efectivamente, cuando volvió a hablar, su voz sonaba más decidida que nunca.

—Dos de los especialistas creían que podría haber sido por haber tenido paperas siendo adulto.

—Pensé que era una invención, que se utilizaba para asustar a los jóvenes nerviosos.

—Es muy raro. Pero puede suceder. Es algo que se llama orquitis, que afecta a los testículos. Normalmente se pasa y todo va bien, pero en alguna ocasión, muy rara vez, sale mal. No tuve paperas de niño y ni siquiera me di cuenta de tenerlas, pero cuando me puse a recordar me quedé postrado en la cama con un dolor intenso de garganta unos cuantos días después de volver de Portugal, en julio de 1970. Estuve enfermo un par de semanas y mis ganglios ciertamente se hincharon, así que a lo mejor tenían razón.

Cambié de postura en la silla y bebí otro sorbo de mi vaso. Mi presencia aquí estaba empezando a perfilarse con un propósito un tanto incómodo. De alguna manera, era yo el que había invitado a Damian a Portugal, a que se viniera con un grupo de amigos. Dios sabe que al final resultó ser muchísimo más complicado, pero la excusa era que faltaban hombres y nuestra anfitriona me había pedido que se lo dijera. Con un desastroso resultado, como sucedió. ¿Así que estaba intentando culparme por ser estéril? ¿Me había invitado aquí para que reconociera mi parte de culpa? ¿Para decirme que, aunque él me hubiera hecho muchísimo daño en esas vacaciones, yo le había hecho lo mismo?

—No recuerdo que nadie estuviera malo —dije.

Por lo visto, él sí.

—La novia del tipo que tenía la villa. La americana neurótica de pelo claro. ¿Cómo se llamaba? ¿Alice? ¿Alix? Se estuvo quejando de que le dolía la garganta todo el tiempo que pasamos allí.

—Tienes una memoria excelente.

—He tenido mucho tiempo para pensar.

La imagen de la villa en Estoril, blanqueada por el sol, de repente llenó mi mente, después de haber sido bloqueada por mi consciencia a lo largo de cuatro décadas. La dorada playa calurosa bajo la terraza, las cenas pasadas de alcohol, que reverberaban con sexo si leías entre líneas, escalar la colina al castillo encantado de Sintra, nadar en las susurrantes aguas azules, esperar en la plaza grande frente a la catedral de Lisboa para pasar por delante del cuerpo de Salazar... La experiencia al completo volvió a la vida de manera intensa, en tecnicolor, una de esas vacaciones que hacen de puente entre la adolescencia y la madurez, con todos los peligros que conlleva ese

viaje, en el que vuelves a casa siendo diferente a cuando te fuiste. Unas vacaciones, de hecho, que cambiaron mi vida. Asentí.

—Sí. Bueno, lo has tenido.

—Por supuesto, si esa fuera la razón, entonces, podría haber tenido un hijo antes. No pude compartir la seriedad con que lo decía.

—Ni siquiera tú habrías tenido tiempo. Solo teníamos veintiún años. Puede que en estos días todas las chicas de barrio se queden embarazadas cuando llegan a los trece, pero antes era diferente. —Sonreí para inspirarle confianza, pero no estaba mirándome. En vez de eso, estaba abriendo un cajón de un precioso *bureau plat* bajo el Lawrence. Sacó un sobre y me lo tendió. No era nuevo. Casi podía distinguir el matasellos. Parecía poner «Chelsea. 23 diciembre 1990».

—Por favor, léelo.

Desplegué el papel con cuidado. La carta estaba escrita a máquina en su totalidad, y no había un saludo o una despedida firmada. «Querido Mierda» empezaba. Qué encantador. Le miré y alcé las cejas.

—Sigue.

Querido Mierda:

Casi es Navidad. Es tarde y estoy borracha así que he encontrado el coraje para decirte que has hecho que mi vida sea una mentira durante diecinueve años. Contemplo mi mentira hecha carne todos los días y todo es por tu culpa. Nadie sabrá la verdad y probablemente quemaré esto antes que mandártelo, pero deberías darte cuenta de adónde me llevaron tus engaños y mi debilidad. No es que te maldiga, no podría hacer eso, pero tampoco te perdono por la forma que ha tomado mi vida. No me lo merecía.

Al final, después del párrafo, la autora había tecleado: Idiota.

Lo contemplé.

—Bueno, al final lo mandó —dije—. Me pregunto si era lo que quería hacer.

—A lo mejor alguien cogió el sobre de la mesa del recibidor y lo echó al correo, sin que ella lo supiera.

Eso me parecía bastante probable.

—Seguro que eso la alteró.

—¿Crees que es «una»?

Asentí.

—¿Tú no? «Mi vida ha sido una mentira». «Tus engaños y mi debilidad». Nada de eso me suena muy masculino. Me gusta bastante que firme como «Idiota». Me recuerda a las letras de las canciones de nuestra juventud. De todas maneras, supongo que el engaño principal al que se refiere viene bajo el titular del romance. No me parece que sea alguien sintiéndose decepcionado por una mala inversión. Así que eso hace que quien lo escribió sea una mujer, ¿no? ¿O acaso tu vida te llevó por nuevos

derroteros, caminos por los que no había ido antes?

—Eso hace que sea mujer.

—Y ahí lo tenemos —sonreí—. Me gusta la manera en la que no puede maldecirte. A lo Keats. Como un verso de «Isabella, o la maceta de albahaca»: «Llora a solas, por placeres que no ha de conocer».

—¿Qué crees que significa?

No estaba muy claro por qué seguía teniendo dudas.

—No tiene mucho misterio —comenté. Pero siguió esperando, así que se lo tuve que decir en voz alta—. Parece que dejaste embarazada a alguien.

—Sí.

—Supongo que el engaño al que se refiere debe de ser la declaración de amor eterno que hiciste para conseguir que se quitara la ropa.

—Suenas un poco hostil.

—¿Sí? No lo pretendía. Como todos nosotros en aquella época, yo también lo intenté unas cuantas veces. Su «debilidad» implica que, en esta ocasión, tuviste éxito. —Pero volví a pensar en la pregunta de Damian acerca del significado de la carta. ¿Indicaba eso que él pensaba que las cosas podían no ser tan claras?—. ¿Por qué? ¿Hay otra manera de interpretarlo? Supongo que esta mujer podría haber estado enamorada de ti, y su vida desde entonces ha sido una mentira porque se casó con otra persona, cuando hubiera preferido estar contigo. ¿Es eso lo que crees?

—No. No lo creo. Si eso es todo lo que quería decir, ¿para qué me iba a escribir veinte años después?

—A algunas personas les cuesta más tiempo que a otras aceptar ciertas cosas.

—«Contemplo mi mentira hecha carne todos los días». «Nadie lo sabrá». ¿Nadie sabrá qué? —Lo preguntó como si no hubiera duda de cuál podría ser la respuesta. Y yo estaba de acuerdo con él.

Asentí.

—Como ya he dicho, la dejaste embarazada.

Pareció casi reconfortado por el hecho de que no hubiera otro posible significado, como si me hubiera sometido a una prueba. Asintió.

—Y tuvo el bebé.

—Parece que sí. Aunque eso, en sí mismo, hace que todo esto parezca sacado de antaño. Me pregunto por qué no se deshizo de él.

Ante esto, Damian me entregó su patentada mezcla de mirada altanera y bufido desdeñoso. Qué bien la recordaba yo.

—Supongo que el aborto estaba en contra de sus principios. Algunas personas los tienen.

Ahora era mi turno para resoplar.

—No estoy preparado para que me des lecciones en ese asunto —dije, y él lo dejó pasar, tal y como tenía que hacer. Todo esto me estaba empezando a indignar. ¿Por qué le estábamos dando tanta importancia?—. Muy bien, entonces. Tuvo el niño. Y

nadie sabe que tú eres el padre. Fin de la historia. —Observé el sobre, cuidadosamente conservado—. Por lo menos, creo que ese fue el final. ¿O ha habido más? ¿Después de esto?

Asintió.

—Es exactamente lo que pensé en ese momento. Que era el principio de algún tipo de... no sé... chantaje.

—¿Chantaje?

—En palabras de mi abogado. Fui a verle. Sacó una copia y me dijo que esperara el siguiente contacto. Afirmó que claramente estaba acumulando pruebas para ponerme una demanda para sacarme dinero, y que teníamos que tener un plan preparado. En esos días ya había tenido algo de suerte y había salido en algunos periódicos. Parecía probable que se hubiera dado cuenta de repente de que el padre de su hijo era rico, y que ese era el momento para hacer su agosto. Mi descendiente habría tenido veinte años cuando...

—Diecinueve —dije—. Su vida ha sido una mentira hecha carne durante diecinueve años.

Pareció sentirse un poco confuso durante un instante, después asintió.

—Diecinueve y empezando a labrarse un camino. El dinero le habría resultado muy útil. —Me miró. Yo no tenía nada que añadir pues, al igual que el abogado, pensaba que tenía sentido—. Le habría dado algo. —Estaba a la defensiva—. Estaba perfectamente preparado para dárselo.

—Pero no volvió a escribir.

—No.

—Quizás murió.

—Quizás. Aunque eso parece demasiado melodramático. A lo mejor, como has dicho, me mandaron la carta por accidente. En cualquier caso, no volví a saber nada, y poco a poco todo esto se quedó en el pasado.

—¿Y por qué estamos hablando de ello ahora?

No me contestó de inmediato. En vez de eso, se puso de pie y atravesó la habitación hasta la chimenea. Un tronco se había salido y cogió las herramientas para enmendarlo, con un aire de vehemencia mortal.

—Lo que pasa es —dijo finalmente, hablándole a las llamas, pero en principio dirigiéndose a mí— que quiero encontrar a ese niño.

No parecía que tuviera mucha lógica. Si quería «hacer lo correcto», ¿por qué no lo había hecho hacía dieciocho años, cuando todavía podría haber servido de algo?

—¿No es un poco tarde? —pregunté—. No habría sido muy fácil haber jugado a ser padre cuando escribió la carta; pero para ahora «el niño» es un hombre, o una mujer, de treinta y tantos. Es lo que es, y ya es demasiado tarde para ayudar a formarlo.

Nada de esto parecía tener el más mínimo efecto. Ni siquiera estoy seguro de que lo escuchara.

—Quiero encontrarlo —repitió—. Quiero que lo encuentres.

Hubiera sido un poco tonto fingir que, llegados a este punto, no tenía una ligera idea de que era ahí adonde nos encaminábamos. Pero no era una idea que me entusiasmara. Y tampoco estaba seguro de que la fuera a aceptar.

—¿Por qué yo?

—Cuando te conocí solo me había acostado con cuatro chicas. —Se detuvo. Arqueé ligeramente las cejas. Cualquiera hombre de mi generación entenderá que eso era bastante impresionante. Con diecinueve, que eran los años que teníamos cuando nos cruzamos por primera vez, no creo que yo hubiera hecho mucho más que darme unos besos en la pista de baile. No había terminado—. Seguí viendo a esas cuatro hasta bien entrados los setenta y definitivamente no fue ninguna de ellas. Después tú y yo nos juntamos un tiempo, y me mantuve bastante ocupado. Un par de años después, cuando esa época había llegado a su fin, fuimos a Portugal. Y después de eso me quedé estéril. Además, mira cómo escribe, observa el papel, lee las frases. Es una mujer educada...

—Y una histérica. Y una borracha.

—Lo que no quita que sea un poco pija.

—Supongo. —Pensé un poco más en su teoría—. ¿Y los años que pasaron entre que terminó la temporada y Portugal?

Negó con la cabeza.

—Unas cuantas, sobre todo busconas, y un par de conocidas de nuestra época. Nadie que tuviera un niño antes de ese verano. —Suspiró, cansado—. De todos modos, nadie vive una mentira si no tiene algo que perder. Algo a lo que valga la pena aferrarse, algo que la verdad podría poner en peligro. Me escribió en 1990, cuando la clase alta y la media alta eran los últimos en ondear el baluarte de un nacimiento legítimo. Cualquiera persona normal habría desvelado el secreto hace mucho tiempo. —El esfuerzo de contar todo eso, y colocar el tronco, había agotado lo que quedaba de su energía, y se dejó caer en la silla con un gemido.

No me daba pena. Al contrario. De repente me di cuenta de lo irrazonable de su petición.

—Pero ya no soy parte de tu vida. No tengo nada que ver contigo. Somos personas completamente diferentes. —No le estaba insultando. Solo que no podía ver cómo todo esto era responsabilidad mía—. Puede que nos hayamos conocido una vez, pero ya no. Hace cuarenta años, fuimos a algunos bailes juntos. Y nos peleamos. Debe de haber otras personas que te conozcan más de lo que yo jamás hice. No puedo ser la única persona a la que le puedas encargar esto.

—Pues sí. Esas mujeres venían por tu lado, no por el mío. No tengo otros amigos que pudieran conocerlas, o que hubieran podido *oír* hablar de ellas. Y de hecho, si estamos teniendo esta conversación, es porque no tengo otros amigos.

Eso era demasiado egoísta para mi gusto.

—Entonces no tienes amigos, porque ten por seguro que a mí no me puedes

contar entre ellos.

Por supuesto, una vez que pronuncié esas palabras, me arrepentí de ellas. Por lo que yo tenía entendido, se estaba muriendo y no había razón para castigarle por cosas que ya no se podían arreglar, por mucho que se quisiera.

Pero sonrió.

—Tienes razón. No tengo amigos. Como ya sabes, y mejor que la mayoría, no es un tipo de relación que pudiera entender o dirigir. Si no me haces este favor no tengo a nadie más a quien pedirselo. Ni siquiera puedo contratar a un detective. La información que necesito no estaría disponible para alguien que no las conociera. —Estuve a punto de sugerir que se pusiera a hacerlo él mismo, pero al mirar su aspecto apagado, temblequeante, las palabras se murieron en mis labios—. ¿Lo harás? —preguntó tras una breve pausa.

En ese momento, estaba bastante seguro de que no quería hacerlo. No solo por la propia naturaleza de la búsqueda, que sería extraña, peliaguda y me llevaría tiempo, sino porque, cuanto más pensaba en ello, más claro tenía que, si no quería revolver en mi propio pasado, menos todavía en el suyo. La época de la que me estaba hablando se había acabado. Para los dos. Casi no me había vuelto a hablar con nadie que perteneciera a aquellos días, por razones que le implicaban a él, como sabía muy bien, ¿y qué se iba a ganar rebuscando? Decidí intentar una vez más apelar a sus sentimientos. Incluso gente como Damian Baxter debía de tener alguno.

—Damian, piénsatelo un poco. ¿De verdad quieres poner su vida patas arriba? Este hombre, o mujer, sabe quién es, y está viviendo su vida lo mejor que puede. ¿Acaso les va a ayudar encontrarse con que son una persona desconocida, diferente? ¿Que les haga cuestionarse, o incluso apartarse, de sus padres? ¿Querrías tener ese cargo de conciencia?

Me sostuvo la mirada.

—Mi fortuna, después de pagar impuestos, sobrepasará tranquilamente los quinientos millones de libras. Mi intención es que mi hijo sea mi único heredero. ¿Estás preparado para asumir la responsabilidad de negarles su herencia? ¿Querrías tener *ese cargo* de conciencia?

Por supuesto, habría sido *de ingenuos* fingir que esto no marcaba una grandísima diferencia.

—¿Y cómo lo haría? —pregunté.

Se relajó.

—Te daré una lista de las chicas con las que me acosté durante esos años, las que tuvieron un hijo antes de abril de 1971. —Esto seguía siendo bastante impresionante. La lista de chicas con las que yo me había acostado durante el mismo periodo de tiempo, con o sin niños, se podría haber escrito en la cara en blanco de una tarjeta de visita. Esto también era muy sistemático y, de alguna extraña manera, recordaba a temas de negocios. Pensaba que nos habíamos metido en algún tipo de intercambio filosófico, pero ahora veía que más bien nos acercábamos a lo que se solía llamar «el

meollo». Obviamente se dio cuenta de mi sorpresa—. Mi secretaria ha empezado el trabajo. No parecía tener mucho sentido ponerse en contacto contigo si no habían tenido un hijo. —Lo que por supuesto era verdad—. Creo que la lista está completa.

—¿Y qué pasa con las chicas con las que te acostaste que no tuvieron hijos en aquel entonces?

—No te preocupes por ellas. No hay motivo para trabajar de más. —Sonrió—. Hemos desbrozado mucho. Había un par de ellas, con las que me acosté, que tuvieron un niño prematuro, pero, en palabras de la madre de la emperatriz Eugenia cuando le interrogaron acerca de la paternidad imperial de su hija, *les dates ne correspondent pas*. —Se rio, más tranquilo ahora que veía que su plan daría resultado—. Quiero que sepas que me he tomado esto en serio, y que de verdad hay una posibilidad de que sea cualquiera de las que aparecen en la lista.

—Bueno, ¿y cómo empiezo?

—Solo ponte en contacto con ellas. Menos de una, tengo todas las direcciones actualizadas.

—¿Y por qué no les pides que se hagan una prueba de ADN?

—Ese tipo de mujer nunca se prestaría a ello.

—Las idealizas porque es a ti a quien no te gusta la idea. Creo que la harían. Y seguro que sus hijos querrían hacerla cuando supieran el porqué.

—No. —Otra vez se mostraba serio. Pude ver que mi comentario le había molestado—. No quiero que esto se convierta en un reportaje. Solo mi verdadero hijo debe saber que le estoy buscando. Cuando tengan el dinero, será elección suya revelar cómo o por qué lo consiguieron. Hasta entonces, esto es para mi propia satisfacción, no para el público en general. Si le haces la prueba a alguien que no sea mi hijo, a la semana siguiente leeremos el artículo en el *Daily Mail*. —Sacudió la cabeza—. A lo mejor deberíamos hacerles la prueba al final, pero solo cuando hayas escogido el que sea más probable que sea mío de toda la prole.

—Pero supón que una de las mujeres tuvo un niño sin que nadie lo supiera, y después lo dio en adopción.

—No lo hicieron. O por lo menos, la madre de mi hijo no lo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque entonces no contemplaría su mentira hecha carne todos los días.

No tenía nada más que añadir, por lo menos hasta que me lo hubiera pensado todo un poco más, lo que Damian pareció entender y no quiso perturbar. Se puso en pie, vacilante.

—Me voy a la cama. No me había quedado levantado hasta tan tarde en meses. Encontrarás la lista en un sobre en tu habitación. Si quieres, podemos hablar un poco más mañana por la mañana, antes de que te vayas. Ante el riesgo de parecerme vulgar, como tú dirías, también encontrarás una tarjeta de crédito, que cubrirá cualquier gasto que tengas que hacer durante tu búsqueda. No te haré preguntas, con independencia del uso que le quieras dar.

Este último detalle me molestó, porque parecía que la frase estaba diseñada para que pensara en lo generoso que era. Pero nada de este encargo era generoso. Era una obligación espantosa.

—Todavía no he accedido a hacerlo —dije.

—Espero que lo hagas. —Estaba en la puerta cuando se detuvo—. ¿La sigues viendo? —preguntó, seguro de que no requeriría mucho más para averiguar a quién se refería. Y tenía razón.

—No. No mucho. —Lo pensé durante un doloroso instante—. Muy ocasionalmente, en una fiesta, o en una boda, o algo. Pero no mucho.

—¿No os lleváis mal?

—Oh, no. Sonreímos. Y hasta hablamos. Está claro que no nos llevamos mal. Lo que pasa es que no nos llevamos.

Dudó, como si estuviera sopesando si ir por ese camino.

—Sabes que me volví loco.

—Sí.

—Pero quiero que sepas que yo también soy consciente. Enloquecí por completo. —Se detuvo, como si yo pudiese intervenir con una respuesta adecuada. Pero no la había—. ¿Cambiaría algo si te dijera que lo siento? —preguntó.

—No especialmente.

Asintió, asimilando la información. Los dos sabíamos que no había mucho más que añadir.

—Quédate cuanto quieras. Bebe un poco más de *whisky*, hojea los libros. Alguno te llamará la atención.

Pero yo no había terminado.

—¿Por qué lo has dejado hasta ahora? —dije—. ¿Por qué no empezaste a buscar cuando recibiste la carta?

Esto hizo que se parara a pensarlo, mientras la luz del recibidor atravesaba la puerta, ya abierta, y hacía más profundos los surcos de su cara devastada. Es de suponer que se hacía la misma pregunta mil veces al día.

—No lo sé. No la razón al completo. Quizás no podía soportar el pensar que alguien sentía que me podía reclamar algo. No sabía cómo podría encontrarles, e identificarles, sin cederles algo de poder. Y en realidad nunca quise un hijo. Por eso probablemente no escuché las súplicas de mi esposa. No era una de mis ambiciones. Creo que nunca tendí a lo paternal.

—Y sin embargo ahora estás preparado para darle a este perfecto desconocido el dinero suficiente como para construir una pequeña ciudad. ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

Damian se lo pensó por un momento y un pequeño suspiro hizo que sus hombros se levantaran y cayeran. La chaqueta, que una vez le debió de haber quedado ajustada, ondeaba en su cuerpo consumido.

—Me estoy muriendo y no creo en nada —dijo sencillamente—. Esta es mi única

oportunidad de ser inmortal.

Entonces se fue y yo me quedé a disfrutar de su biblioteca a solas.

Dos

Nunca he juzgado bien el carácter de la gente. Mis primeras impresiones son casi siempre equivocadas. Aunque, debido a la naturaleza humana, tendrían que pasar muchos años antes de que pudiera admitirlo. Cuando era joven pensaba que tenía un instinto fantástico para distinguir lo bueno de lo malo, lo bien hecho de la chapuza, lo sagrado de lo profano. Damian Baxter, al contrario, era un experto en evaluar. De inmediato supo que yo era un primo.

Dio la casualidad de que los dos habíamos ido a Cambridge en 1967, pero estábamos en colegios mayores diferentes y nos movíamos en círculos distintos, así que no fue hasta el principio del verano de 1968, creo que a principios de mayo, cuando nuestros caminos se cruzaron por primera vez, en una fiesta en Fellows' Quadrangle, uno de los edificios de mi colegio mayor, donde yo estaba luciéndome, sin duda. Yo tenía diecinueve años y estaba en esa etapa de la vida tan embriagadora para alguien como yo, por lo menos para alguien como yo tal como era *entonces*, cuando de repente te das cuenta de que el mundo es más complicado de lo que habías supuesto, que de hecho hay una inmensa variedad de personas y oportunidades disponibles, y que no se te va a obligar a continuar para siempre en la estrecha vía de los internados y la aristocracia rural, que era todo lo que mi educación en teoría «privilegiada» me había proporcionado hasta entonces. No digo que no fuera sociable, pero tampoco había tenido mucho éxito antes. Había estado un poco eclipsado por mis primos, bien parecidos e ingeniosos, y como yo no poseía apostura, ni un poco de carisma para compensar, no había mucho que pudiera hacer para llamar la atención sobre mi presencia.

Mi querida madre entendió mi apuro, que estuvo obligada a presenciar sufriendo en silencio durante años, pero se dio cuenta de que poco podía hacer para remediarlo. Hasta que, viendo la creciente seguridad que me había proporcionado que me aceptaran en la universidad, decidió aprovecharla para estimular mi espíritu de aventura, presentándome a sus amigos de Londres, que tenían hijas de mi edad. Quizás de un modo sorprendente, había seguido su consejo y estaba empezando a construirme un nuevo grupo, donde no tendría deprimentes comparaciones con las que lidiar, y donde podría, hasta cierto punto al menos, reinventarme.

A la juventud de hoy le parecerá raro que me dejara guiar tanto por mis padres, pero las cosas eran diferentes hace cuarenta años. Para empezar, por aquel entonces la gente no tenía miedo de envejecer. Nuestra extraña cultura condescendiente, en la que los hipócritas presentadores de televisión de mediana edad fingen compartir los gustos y los prejuicios de su audiencia adolescente para ganarse su confianza, todavía no había calado. Resumiendo, en esta y en muchas otras cosas, no pensábamos de la manera en la que se piensa ahora. Por supuesto, estábamos divididos por las opiniones políticas y la clase a la que pertenecíamos y, en menor medida que ahora, por la religión, pero la diferencia clave, desde el punto de vista de hoy en día, no está

entre izquierda y derecha, o entre aristócratas y plebeyos, sino entre la generación de 1968 y la gente de cuatro décadas más tarde.

En mi mundo, los padres de los primeros años de la década de los sesenta todavía manejaban las vidas de sus hijos hasta un punto asombroso, arreglando entre ellos qué fiestas se iban a dar y en qué casa durante las vacaciones de verano, las asignaturas que su descendencia estudiaría en el colegio y, sobre todo, con qué amigos iban a pasar el tiempo. No es que fuera una dictadura absoluta, pero no desafiábamos a nuestros padres cuando algo nos era vetado. Recuerdo al hijo de un *baronet* local, que a menudo estaba borracho y siempre era un grosero, y por esa razón nos resultaba muy atrayente a mi hermana y a mí, al tiempo que repugnaba a nuestros padres, y al que mi padre tenía prohibida la entrada a nuestra casa, «excepto cuando su ausencia pudiera causar habladurías». ¿De verdad una frase así puede haber sido pronunciada en lo que alcanzo a recordar? Sé que nos reíamos de esa norma incluso entonces. Pero no la desobedecíamos. En fin, éramos un producto de nuestro ambiente de una manera que hoy sería un poco extraña. Uno escucha cómo la gente se pregunta la razón del colapso de la autoridad paterna. ¿Fue planeada deliberadamente, como la prensa derechista nos quiere hacer creer? ¿O acaso ocurrió porque le había llegado la hora, como el motor de combustión interna o la penicilina? De cualquier manera, se ha evaporado de estamentos completos de nuestra sociedad, se ha ido, como la nieve del año pasado.

En todo caso, y resumiendo, esa primavera hubo una fiesta con alcohol en Fellows' Quadrangle, a la que yo había sido invitado por alguna razón. No sabría decir ahora si era algo oficial o un guateque privado, pero de cualquier modo, allí estábamos, sintiéndonos inteligentes y escogidos, y probablemente todavía disfrutando de la reputación de nuestro colegio mayor de ser «para listos». Qué patéticas parecen esas pequeñas vanidades, vistas desde el exhausto valle de la mediana edad... pero tampoco creo que hiciéramos mucho daño a nadie. Pensábamos que éramos adultos, y no lo éramos, y que éramos de clase alta, y tampoco lo éramos tanto, y que la gente estaría encantada de conocernos. Digo esto aunque, después de mi penosa juventud, todavía conservaba esa mezcla tan familiar de orgullo y miedo, que es tan característica de la adolescencia tardía, cuando el esnobismo de mirar por encima del hombro camina de la mano con la paranoia social. Es de suponer que fue esa mezcla, tan contradictoria, la que me hizo tan vulnerable al ataque.

Es raro, pero puedo recordar el momento preciso en el que Damian entró en mi vida. Fue muy adecuado, porque yo estaba hablando con Serena cuando apareció, así que lo conocimos juntos, simultáneamente, en el mismo momento, un detalle que parece mucho más curioso al recordarlo que mientras lo estaba viviendo. No sé por qué estaba ella allí. Nunca fue una seguidora de los eventos del colegio mayor. A lo mejor se estaba alojando con alguien que vivía cerca, y la habían traído. En cualquier caso, no voy a averiguarlo ahora. No conocía mucho a Serena en aquel entonces, no como llegaría a conocerla después, pero ya nos habían presentado. Esta es una

distinción perdida en el mundo moderno, en el que la gente que se ha dado la mano y que se ha saludado con un gesto te dirá que se «conocen». Algunas veces irán más lejos y afirmarán, sin nada más que lo apoye, que fulanito de tal es «amigo mío». Si al otro le conviene, respaldará esa invención y, al rubricarlo, casi lo hará realidad. Cuando no lo es. Creo que hace cuarenta años éramos más conscientes del grado al que tenía que llegar una relación para calificarla como tal. Lo que a mí ya me iba bien, con alguien tan fuera de mi alcance como Serena.

Lady Serena Gresham, su nombre de nacimiento, no parecía sufrir con las dudas que el resto llevábamos entreveradas, y esto hacía que fuera diferente desde el principio. La podría describir como «excepcionalmente segura de sí misma», pero podría inducir a error, pues eso sugiere alguien desenvuelto, con desparpajo, que se sabe vender, y esa es una descripción que no se merece. Simplemente, a ella nunca se le ocurrió preocuparse por quién o qué era. Nunca se preguntó si caería bien a la gente, ni le molestaba si no era así. Hoy en día se podría decir que estaba en paz consigo misma, y eso, en la adolescencia, tanto antes como ahora, la hacía especial. Su dulce aislamiento, como si estuviera flotando, le daba un toque casi acuático, y se apoderó de mí desde el primer instante en que la vi, y tuvieron que pasar muchos años antes de que dejara de aparecerse en mi mente indefensa, por lo menos una vez cada media hora. Ahora sé que la razón principal por la que me parecía tan lejana era porque no estaba interesada en mí, o de hecho, en la mayoría de nosotros, pero entonces me parecía pura magia. Diría que fue su etérea inaccesibilidad, más que su belleza, o su linaje, o sus privilegios, aunque eran bastantes, lo que le daba el rango del que disfrutaba. Y sé que no soy el único en pensar que 1968 fue el Año de Serena. Ya en primavera, me sentía afortunado por estar hablando con ella.

Como ya he dicho, tenía grandes privilegios, casi únicos, como miembro del selecto y escaso grupo que todavía quedaba del Viejo Mundo. En esa época, las fortunas que se labraba uno por sí mismo normalmente eran mucho más pequeñas de lo que serían décadas después, y los muy ricos, o por lo menos esas personas que «vivían como si fueran ricos», eran los que habían sido incluso más ricos hacía treinta años, o por lo menos la mayoría. Fue una época extraña para ellos, pobres diablos. Muchas familias se habían arruinado en los años de la posguerra. Amigos con los que habían ido antes de 1939 a cenar y a bailar y a cazar se habían venido abajo entre los restos de los de su clase, y no pasaría mucho tiempo antes de que la mayoría de los caídos fueran absorbidos por la clase media alta, sin recuperar jamás su estatus perdido. Incluso entre los que habían mantenido la fe, todavía en sus casas, todavía cazando sus propios faisanes, había muchos que se apuntaban a la pesimista filosofía de *après moi le déluge*, y con frecuencia las camionetas se alejaban, atravesaban los portones para dirigirse a las salas de subastas de Londres, llevando los tesoros que había costado siglos reunir, para que las familias pudieran calentar la casa y vestir algo decente un invierno más.

Pero a Serena no le afectaban esos problemas. Ella y el resto de los Gresham eran

parte de los (pocos) escogidos que vivían como siempre lo habían hecho. A lo mejor solo quedaban dos criados donde una vez había habido seis. A lo mejor el cocinero se las tenía que apañar solo, y no creo que Serena o sus hermanas tuvieran una doncella. Pero, aparte de eso, no había habido muchos cambios desde principios de 1880, aparte de la longitud de sus faldas y que les permitieran cenar en restaurantes.

Su padre era el noveno conde de Claremont, un título melodioso al oído, casi encantador, y cuando le conocí, lo que sucedería después, era melodioso y encantador en persona, nunca estaba enfadado porque nunca le habían dado motivo y, al igual que su hija, era una persona de trato muy fácil. Él también vivía envuelto en una niebla benévola, aunque, al contrario que Serena, no era una criatura mítica, una encantadora náyade que esquivaba a su pretendiente. Su vaguedad se parecía más a la del humorista Mr. Pastry. De cualquier modo, nunca tuvo un concepto muy claro de la dura realidad. De hecho, hubo veces que parecía que el balsámico título de la familia había generado en toda la dinastía una plácida disposición a aceptar lo que viniera sin hacer preguntas, por lo que ahora, recordándolo, creo que eran envidiados. En esa época no creía que el amor fuera fácil para ninguno de ellos, o por lo menos no «el estar enamorado», que habría implicado demasiados trastornos, con sus horribles, bochornosas amenazas de indigestión y de falta de sueño, pero tampoco se odiaban ni se peleaban.

No era muy difícil aceptar su destino. A fuerza de inversiones sensatas y matrimonios previsoros, la familia había sobrevivido con creces en las azarosas aguas del siglo xx hasta la actualidad, con grandes fincas en Yorkshire, un castillo en algún lugar de Irlanda, que nunca llegué a ver, y una casa en un camino privado paralelo al palacio de Kensington, más conocido como la calle de los Millonarios, lo que entonces se consideraba un logro. Hoy en día los potentados de Europa del Este y los dueños de equipos de fútbol parecen haberse apropiado de esos gigantescos edificios y haberlos vuelto a utilizar para su uso privado, pero en esa época la mayoría se habían convertido en embajadas, una tras otra, y apenas quedaban familias viviendo en ellos. Excepto, por supuesto, los Claremont, que ocupaban el número 37, una encantadora construcción de 1830 en piedra, similar a una tarta nupcial, un poco demasiado cerca de Notting Hill.

Por si no fuera suficiente, Serena también era muy guapa, con una melena rojiza y un aspecto totalmente calcado al de una pintura prerrafaelista. Sus rasgos se sumaban a su serenidad, a su auténtica elegancia, que es una palabra que no se suele usar para una chica de dieciocho años, pero en su caso era la más adecuada. No sé exactamente de qué hablamos, en esa fiesta en Cambridge o en los muchos encuentros y reuniones en casas en los que nos seguimos encontrando los dos años siguientes, de arte creo que algunas veces, o de historia. Nunca fue una chismosa. No es que se debiera a su amabilidad, sino a su desinterés por las vidas de otras personas. Tampoco hablábamos de su carrera, aunque no se la puede culpar de eso. Incluso a finales de los sesenta, una ambición profesional sería la habría hecho destacar de manera desfavorable entre

sus coetáneas. Dicho eso, nunca me aburrí en su compañía, en particular porque debía de estar enamorado de ella incluso por aquel entonces, mucho antes de reconocerlo, pero la desesperanza implícita en amar a una estrella habría sido demasiado obvia para el hatajo de inseguridades que era mi inconsciente, así que me mantenía alejado del fracaso seguro. Como hubiera hecho cualquiera.

—¿Puedo hablar con vosotros? —dijo una voz agradable, profunda, mientras yo llegaba al colofón de una historia. Alzamos nuestra mirada y descubrimos que se nos había unido Damian Baxter. Y nos alegramos, lo que ahora me parece lo más extraño de todo—. Aquí no conozco a nadie —añadió con una sonrisa que habría derretido Groenlandia. Mi impresión de Damian está tan revestida por todo lo que pasó después que me resulta difícil desenterrar lo que pensé al principio, pero no hay duda de que resultaba fabulosamente atractivo en esa época, para hombres, mujeres y niños por igual. Aparte de todo lo demás, era muy apuesto, de una manera saludable, honesta, realmente muy apuesto, con brillantes ojos azules, casi desconcertantes, y una melena oscura, rizada, larga, como la llevábamos todos por aquel entonces. También tenía un buen cuerpo, fibroso sin ser demasiado musculoso, o lo que era peor, rotundo. Simplemente evocaba a la vez salud e inteligencia, una combinación, en mi experiencia, no muy común, y parecía dormir diez horas al día y no haber probado nunca el alcohol. Ninguna de esas cosas se vería confirmada por la realidad.

—Bueno, ahora nos conoces a nosotros —dijo Serena, y le tendió la mano.

No hace falta que diga que, por supuesto, sabía perfectamente quiénes éramos. O más bien, quién era ella. Se delató a sí mismo más tarde, cuando acabamos apretujados en una mesa en un turbio y abarrotado restaurante en Magdalene Street. Nos habíamos juntado con otro par de estudiantes cuando se acabó la fiesta, pero Serena ya no estaba con nosotros. Habría sido muy raro que hubiera estado. Era extraño que se dejara llevar a ese tipo de planes, tan fáciles de organizar. Normalmente tenía una buena excusa, que no especificaba, para no acompañarnos.

El camarero nos trajo los platos, obligatoriamente hirviendo, de carne *bourguignon*, con su densa y brillante salsa, que parecía ser nuestra comida habitual. Esto no es una crítica del mesón en sí mismo, más bien un reconocimiento de cómo comíamos entonces, pero no debería ser un desagradecido. Montones de estofado con vino tinto era una gran mejora, considerando las opciones de diez años antes. Tal y como debería ser, hay un debate acerca de los mejores cambios que las últimas cuatro décadas han traído a nuestra sociedad, pero serán pocos los que no saluden la mejora en la comida inglesa, por lo menos hasta el pescado sin cocinar y la preferencia por lo crudo que llegó con los cocineros famosos del nuevo siglo. No cabe duda de que cuando era un niño la comida que se les ofrecía a los británicos en general era sencillamente patética, y sobre todo consistía en comidas sin sabor, como de colegio, con verduras que habían estado cociéndose desde la guerra. De vez en cuando, podías encontrarte algo mejor en la cena de alguna casa, pero incluso los buenos restaurantes te servían los platos más refinados y exquisitos decorados con horriblos rosetones de

mayonesa verde y cosas por el estilo, que te causaban más problemas de lo que valían. Así que cuando empezaron a abrir tascas, con sus manteles a cuadros y sus velas derretidas metidas a la fuerza en los cuellos de las verdes botellas de vino, estábamos encantados. Diez años más tarde se habían convertido en motivo de burla, pero en aquel entonces fueron nuestra salvación.

—¿Has estado alguna vez en la casa que tiene Serena en Yorkshire? —preguntó Damian. Los otros dos parecieron sorprenderse, y no era extraño, porque no se había mencionado Yorkshire ni la familia Claremont en toda la conversación.

Esto debería haberme hecho oír un millón de alarmas, pero, como el tonto que era, no hice caso. Solo contesté la pregunta.

—Una vez, pero fue para algo benéfico, hace unos dos años.

—¿Cómo es?

Me lo pensé un instante. No tenía en mi memoria una imagen muy precisa.

—Una mansión georgiana. Muy imponente. Pero bonita.

—¿Grande?

—Oh, sí, grande. No como el palacio de Blenheim. Pero grande.

—Supongo que os conocéis de toda la vida.

Como reconocería más tarde, eso fue otra pista, si tan solo hubiera sabido descifrarla. Desde mucho antes de aquella tarde, Damian tenía una visión extremadamente romántica del grupo dorado, del que se veía excluido, pero en el que estaba decidido a entrar. Aunque, pensándolo ahora, incluso en 1968 era un anhelo un poco raro, especialmente para alguien como Damian Baxter. No porque no hubiera mucha gente que lo compartiera (al igual que ahora), sino porque Damian era una criatura moderna, ambiciosa, fuerte, y si yo lo digo es porque es verdad. Siempre iba a tener un lugar en la nueva sociedad que se estaba construyendo. ¿Por qué quería molestarse con las viejas glorias de sangre azul, esos tristes libros de historia vivientes, cuando en muchas de esas familias pasaba igual que con la patata, que lo mejor estaba enterrado? Personalmente, creo que debían de haberle ignorado por completo en alguna reunión, quizás cuando estaba delante de una chica que le gustaba, rechazado, desdeñado e insultado por un pijo borracho, hasta que su propósito fue un poco tópico pero muy real: «¡Te vas a enterar! ¡Ya verás!». Después de todo, ese ha sido el acicate de muchas carreras desde la Reconquista. Pero si ese fue el caso, nunca me enteré del incidente que lo desencadenó. Solo que, para cuando nos conocimos, ya había desarrollado su propia mitología personal de la aristocracia británica. Veía a todos sus miembros unidos desde el nacimiento, un pequeño y limitado grupo, hostil para con los recién llegados, leal cuando defendía a uno de los suyos, hasta el punto de la falsedad temeraria. Por supuesto, había algo de verdad en todo eso, y se acercaba bastante a la descripción de determinadas actitudes, pero ya no vivíamos bajo la oligarquía conservadora de unos cuantos miles de familias. En 1960 el área de demarcación, para lo que quedaba de la Sociedad Londinense, era mucho más amplia de lo que él pensaba, y la cantidad de gente que contenía era

mucho mayor. De cualquier modo, las personas son personas, quienesquiera que sean, y el mundo no se divide tan fácilmente como él hubiese deseado.

—No. No la conozco mucho, no de verdad. Puede que me la haya encontrado unas cuantas veces a lo largo de los años, en un sitio o en otro, pero empezamos a hablar por primera vez en un té en Eaton Square, hace un mes o dos.

Pareció divertirse.

—¿Un té?

La verdad es que sonaba bastante curioso.

El té, de hecho, había sido ofrecido por una chica llamada Miranda Houghton en el piso de sus padres, al norte de Eaton Square. Miranda era la ahijada de mi tía o de alguna amiga de mi madre, ya no me acuerdo. Al igual que Serena, la había visto de vez en cuando, pero sin que ninguno impresionara mucho al otro; sin embargo, eso me daba derecho a estar en su lista de invitados cuando empezó todo este asunto. Estas fiestas eran uno de los primeros rituales de la temporada, aunque al ponerlo por escrito uno se siente un archivero desconocido, preservando para la posteridad las perdidas tradiciones de los esquimales. Se animaba a las chicas a invitar a otras, que serían debutantes a la vez, a tomar el té, normalmente en las casas paternas, y así se forjaban amistades provechosas y asociaciones para cuando llegaran los buenos tiempos. Sus madres conseguirían la lista de todos los que estaban haciendo lo mismo del cabecilla, no oficial pero ampliamente reconocido, Peter Townend, quien se la proporcionaría sin cargo alguno y de buena gana a quienes él consideraba que se lo merecían, en un valiente intento, aunque abocado al fracaso, de eludir el mundo moderno tanto como fuera posible. Más tarde, esas mismas madres le pedirían otras listas, las de hombres supuestamente disponibles, y también se las facilitaría, aunque esas eran más para fiestas con copas y bailes que para los tés, donde los chicos eran escasos, y lo normal, como en el caso de Miranda, era que ya conociéramos a la anfitriona. Se bebía muy poco té, o nada, en esas reuniones, y por mi experiencia, el ambiente siempre era un poco raro, con cada nueva persona que llegaba y atravesaba el piso, insegura. Pero íbamos igualmente, incluido yo. Así que supongo que nos comprometíamos con las futuras experiencias relativamente pronto, aunque después fingiéramos que no era así.

Estaba sentado en una esquina, hablando de caza con una chica bastante aburrida, que tenía pecas, cuando entró Serena Gresham y adiviné de inmediato, por el sutil *frisson* que atravesó a los que estaban allí reunidos, que ya se había ganado una reputación estelar. No hubiera podido ser más logrado, ya que nadie era menos presumida o hablaba con voz más dulce que ella. Para mi fortuna, estaba sentado al lado de la última silla vacía. La saludé con la mano y, después del instante que le costó recordar quién era yo, cruzó la habitación y se me unió. Ahora me parece interesante que Serena accediera a todo aquello. Veinte años más tarde, cuando la temporada se había convertido en un reducto de exhibicionistas e hijas de madres *arribistas*, ni se le habría ocurrido. Supongo que es un testimonio del hecho de que

incluso alguien de espíritu tan libre como Serena todavía, en esos días ya difuntos, hacía lo que se le decía.

—¿De qué conoces a Miranda? —pregunté.

—En realidad no la conozco mucho —fue su respuesta—. Nos conocimos cuando las dos nos estábamos quedando en casa de unos primos míos, en Rutland. —Una de las cualidades de Serena era que siempre contestaba todo fácil y rápidamente, sin una pizca de misterio, pero sin darte ninguna información.

Asentí.

—¿Así que vas a hacer todo esto de las debutantes?

No deseo exagerar mi propia importancia, pero no estoy seguro de que antes de eso se hubiera planteado el alcance de lo que iba a emprender. Se lo pensó por un momento y frunció el ceño.

—No sé. —Parecía estar mirando en una bola de cristal invisible, flotando en el aire—. Habrá que ver —añadió, y al hacerlo, percibí que solo pertenecía a la raza humana a medias, y que esa era la raíz de su encanto, una especie de billete para un andén emocional que le permitiría desaparecer en cualquier momento de lo que fuera que estuviera experimentando. Me quedé fascinado.

Le resumí esto a Damian mientras comíamos. Se quedó deslumbrado por cada detalle, como un antropólogo que hace mucho proclamó una teoría como artículo de fe, pero que solo hace poco ha empezado a descubrir pruebas concretas de que lo que dice es verdad. Sospecho que Serena era la primera aristócrata genuina que se había encontrado y, para su alivio, no le decepcionó en absoluto. En verdad ella era lo que la gente que lee novelas históricas, compradas en la tienda de la estación de tren, antes de emprender un largo y aburrido viaje, se imagina que son las nobles protagonistas, tanto por su serena belleza como por su despego, casi frialdad. A pesar de lo que ellos quisieran creer, hay pocos aristócratas que se ajusten al prototipo imaginario, y Damian tuvo la buena suerte, o la mala, de haber empezado su carrera en sociedad con una que lo hacía a la perfección. Estaba claro que para él había algo muy satisfactorio en ese encuentro. Por supuesto, si hubiera sido menos afortunado al presentarse, a lo mejor le hubieran ido mejor las cosas después.

—¿Y cómo consigues estar en la lista para esos tés? —preguntó.

La cuestión es que a mí me caía bien. Me siento raro al escribir estas palabras y ha habido momentos en los que lo he olvidado, pero me caía bien. Era divertido e interesante, y apuesto, lo que siempre es un punto a favor para cualquiera, por lo menos en mi opinión, y tenía esa cualidad, ahora dignificada por el movimiento New Age, de la Energía Positiva, pero que en ese entonces describía a alguien que nunca te cansaría. Años más tarde, una amiga me describiría su mundo como poblado por Radiadores o por Desagües. En ese caso, Damian era el Rey de los Radiadores. Caldeaba a la gente con la que estaba. Podía hacer que la gente quisiera ayudarlo, y su alquimia la practicaba, con bastante éxito, conmigo.

Y sucedió que en esa ocasión no pude proporcionar lo que Damian me pedía,

pues era cierto que se había perdido todos los tés. Estas reuniones informales eran un proceso preliminar de desbroce, donde las chicas escogían a sus compañeros, entre lo que había, para el año siguiente, y para cuando llegaba nuestra cena en Cambridge los grupos ya estaban formados y los cócteles ya habían empezado, aunque, como le dije, lo primero a lo que me había comprometido a ir no era una fiesta de debutante como tal, sino una de un ciclo dado por Peter Townend, el maestro de ceremonias de la temporada, en su piso de Londres. A quien estudie estos ritos le puede parecer extraño saber que los últimos veinte o treinta años de su existencia estuvieron dirigidos por un norteño desconocido sin linaje alguno y con escasos medios, pero así fue. Por supuesto, Damian había oído el nombre e inmediatamente, con el olfato del sabueso para con una presa, preguntó si se podía unir a mí, y yo dije que sí. Esto fue bastante arriesgado por mi parte, pues Townend repartía sus favores y privilegios muy rígidamente, y presentarse con un acoplado era exponerse a que la invitación perdiera su valor, lo que no se iba a tomar a bien. Sin embargo, accedí, así que una o dos semanas más tarde, cuando aparqué mi verde y abollado Mini sin problemas en Chelsea Manor Street, Damian Baxter estaba a mi lado, en el asiento del acompañante.

Digo que Peter cumplía su papel con celo y así era, pero tenía el perfecto derecho de hacerlo. De familia modesta, de la que estaba perfectamente satisfecho, y después de licenciarse en periodismo y edición, con la especialidad de genealogía, había descubierto un buen día que su vocación era mantener viva la temporada, cuando la decisión de Su Majestad de terminar con las presentaciones en sociedad en 1958 había parecido condenar la institución al completo a una ejecución inmediata. Ahora sabemos que su muerte iba a prolongarse en el tiempo, y a lo mejor una decapitación hubiese sido preferible, pero nadie puede predecir el futuro, y en aquella época parecía que Peter, sin ayuda de nadie, había conseguido que se aplazara indefinidamente. Los reyes no participarían, por supuesto, lo que le quitaba toda la gracia para muchos, pero todavía tendría el objetivo de juntar a la descendencia de padres de ideas afines, y esa fue la responsabilidad de la que se hizo cargo. No esperaba una recompensa. Lo hacía solo por el privilegio de hacerlo, lo que en mi opinión lo convierte en algo digno de elogio, independientemente de cómo resultara el producto final. Año tras año repasaba los libros genealógicos, del mayor rango de nobleza al menor, escribiendo a las madres de las chicas, entrevistando a los chicos, para poder alargar todo el asunto unos cuantos meses más. ¿Puede haber pasado todo esto hace tan solo cuatro décadas?, te preguntarás con asombro. La respuesta es que sí.

Las reuniones de Peter no tenían como finalidad animar o seleccionar a las chicas. Eso ya se había hecho antes. No, eran para hacer una prueba a los muchachos que habían llamado su atención como posibles acompañantes y parejas de baile. Si él los vetaba, sus nombres serían pasados por alto o directamente tachados de las listas que se distribuían entre las madres ligeramente ansiosas, quienes darían por hecho que los

canallas y los seductores, los alcohólicos y los ludópatas, y los CBT (los que no se Comportaban Bien en los Taxis), ya habrían sido eliminados de los nombres que se les daban. Y así debería haber sido, por supuesto, pero eso no siempre era coser y cantar, por ejemplo, los dos primeros muchachos en saludarnos cuando entramos en el estrecho recibidor del piso, angosto y mal amueblado, en lo alto de un edificio construido en la peor tradición de finales de la década de 1950. Eran los dos hijos más jóvenes del duque de Trent, lord Richard y lord George Tremayne, que ya estaban borrachos. Un desconocido podría pensar que, dado que no eran atractivos ni, como mínimo, divertidos, Peter no les consideraría apropiados para el año que tenía por delante. Pero esto sería ignorar la naturaleza humana, y en verdad no era culpa suya que no pudiera excluirlos. Desde luego que los hermanos Tremayne disfrutaban de cierta popularidad: de algún modo habían adquirido la reputación de ser unos «espabilados», aunque no lo fueran. El hecho es que su padre era un duque, y aunque en el mundo real no habría servido ni como guardacoche, era suficiente como para garantizarles sus invitaciones.

Pasamos al abarrotado salón, dudo en llamarlo sala de estar porque tenía más funciones, pero fue allí donde nos encontramos a Peter, con su característico mechón de pelo cayendo sobre su cara arrugada, como la de un dogo. Señaló a Damian.

—¿Quién es? —dijo en voz alta y abiertamente hostil.

—Me complace presentarle a Damian Baxter —dije.

—No le he invitado —contestó Peter, sin aflojar—. ¿Qué hace aquí?

Como ya he dicho antes, Peter había decidido no hacerse pasar por un miembro del sistema que tanto admiraba, y en ese momento entendí por qué. Como no se había calificado a sí mismo de caballero, no necesitaba ser educado con los demás si no le iba bien serlo. En resumen, nunca disimulaba lo que sentía, y a lo largo de los años le admiré por eso. Por supuesto, sus palabras pueden interpretarse como si su ira hubiera estado dirigida al invitado inesperado, cuando en realidad estaba centrada en mí. Yo era el que había roto las normas. Mucho me temo que, frente a su ataque, me estrellé. Parece raro, o por lo menos al hombre que soy hoy en día, pero sé que de repente estaba muy nervioso al pensar en todas esas invitaciones, para las cuales ya había hecho planes, y que estaban en su poder, desapareciendo de mi vista. Podrían haberme causado menos problemas si hubiera sido así.

—No le culpe —dijo Damian, viendo el problema y colocándose rápidamente a mi lado—. Cúlpeme a mí. Tenía muchas ganas de conocerle, señor Townend, y cuando me enteré de que iba a venir, le obligué a traerme. La culpa es toda mía.

Peter le miró fijamente.

—Ese es el pie para darle la bienvenida, supongo.

Su voz no podía haber sido menos acogedora, pero Damian, como siempre, se mantuvo impertérrito.

—Es el pie para pedirme que me vaya, si así lo desea. Y por supuesto, así lo haré. Se detuvo, con un rastro de inquietud atravesando sus rasgos.

—Muy zalamero —dijo Peter a su manera ambigua, curiosa y casi petulante. Hizo una señal con la cabeza a un español apabullado que llevaba una bandeja—. Puedes tomar algo, si quieres.

No creo en absoluto que le conquistara el encanto de Damian, entonces o más tarde. Diría que simplemente reconoció a otro jugador, que podía tener múltiples talentos y con el que no convenía enemistarse de buenas a primeras. Mientras Damian se alejaba, Peter se giró hacia mí.

—¿Quién es? ¿Y dónde te echó el lazo? —La frase estaba construida de modo extraño.

—Cambridge. Le conocí en una fiesta de mi colegio mayor. En cuanto a quién es —dudé—, no le conozco muy bien, la verdad.

—Ni lo harás.

Me puse un poco a la defensiva.

—Parece buena gente. —No estaba seguro cómo o por qué me había erigido en su protector, pero en apariencia así era—. Y pensé que también te podría caer bien.

Peter siguió a Damian con la mirada, mientras cogía una copa y empezaba a charlar con una desgraciada chica pasada de peso y con la cara larga, que estaba merodeando nerviosa en torno al grupo.

—Ese se las sabe todas —dijo, y se dio la vuelta para saludar a los que acababan de llegar.

Si era así, la operación dio sus frutos inmediatamente. Esto ya no sería una sorpresa para mí después de que nos hubiéramos estado tratando durante más tiempo, pues para entonces ya sabría que Damian no dejaba pasar una oportunidad. Siempre estaba trabajando. Incluso su peor enemigo tendría que reconocérselo. De hecho, lo acababa de hacer. Después de todo, Damian había entrado en el santuario de Peter sin ninguna garantía de un compromiso posterior. No había tiempo que perder.

La chica rarita de cara larga, que ahora reconocía al mirar a Damian mientras la inundaba con su encanto, se llamaba Georgina Waddilove. Era la hija de un banquero y una heredera americana. No estoy seguro de por qué Damian la había escogido para su salva inicial. Quizás fue el sentido bélico de por dónde se podía atacar mejor el muro, y qué chica era la más vulnerable. Georgina tenía una personalidad melancólica. Para cualquiera que estuviera interesado, y no había tantos, esto podía remontarse hasta su madre, que, con un conocimiento muy vago de Inglaterra y después de un cortejo llevado a cabo durante el tiempo que su marido estuvo destinado en Nueva York tras la guerra, todavía se creía en su boda que se estaba casando con alguien de clase mucho más alta de lo que era en realidad. Al regresar a Inglaterra, a finales de la década de 1950, con dos niños pequeños y una niña que era un bebé, llegó a su nuevo país con confiadas expectativas de cazar en Balmoral y cenas de a cuatro en Chatsworth y en Stratfieldsaye. Lo que descubrió, en cambio, fue que tanto la familia como los amigos de su marido venían casi por completo de la misma clase profesional y próspera con la que ella jugaba al tenis en los Hamptons

desde que era pequeña. Su marido, Norman (y quizás el nombre debería haberle dado una pista), no había querido mentirle a propósito, pero, como muchos ingleses de su tipo, especialmente cuando están en el extranjero, había caído en el hábito de sugerir que venía de un entorno mejor del que tenía y, estando en Nueva York, tan lejos, le había resultado muy fácil. Después de nueve años allí casi se creía sus propias invenciones. Hablaba con tanta facilidad de la princesa Margarita, o de los Westminster, o de lady Pamela Barry, que probablemente se habría sorprendido, casi tanto como los que le escuchaban, al descubrir que todo lo que sabía de esa gente lo había sacado de las páginas del *Daily Express*.

Sin embargo, el resultado de este desengaño no fue el divorcio. Anne Waddilove tenía hijos en los que pensar y el divorcio en los años cincuenta todavía era algo que hacían pagar muy caro en la sociedad. Norman había ganado mucho dinero, así que decidió utilizarlo para corregir en su descendencia las propias deficiencias y decepciones de su propia existencia. Para los chicos esto significaba buenas escuelas, llevarles a cazar y a las universidades adecuadas, pero desde el principio estuvo decidida a presentar a su hija en sociedad con una temporada vertiginosa, que daría como resultado un matrimonio deslumbrante. Después vendrían los nietos, que conseguirían ir a la caza real, y ella por asociación. Así planeó la señora Waddilove el futuro de la desgraciada Georgina, condenada a vivir la vida de su madre y no la suya, desde el momento aproximado en el que empezó a andar. Lo que puede explicar la ceguera de sus padres para la realidad, tan obvia a los ojos del mundo, de que Georgina no estaba capacitada en absoluto para el papel que se esperaba que hiciera. Aunque Anne Waddilove era esbelta y bien parecida, no había previsto que la naturaleza le gastaría una broma dándole una hija que era tan fea como un pie, tan gorda como un tonel y, para rematarlo, torpe. Para empeorar las cosas, el nerviosismo tímido de Georgina no fallaba en dar una primera (y falsa) impresión de imbecilidad, y tampoco a ella le salía de dentro ser muy sociable. Como no estaba esperando una gran herencia —la presencia de dos chicos en la familia deja eso muy claro, por lo general—, la unión con la que la señora Waddilove había soñado solo podía ser descrita como altamente improbable para la época en la que Georgina había completado sus primeras semanas como debutante.

Tengo que decir que, cuando llegué a conocer a Georgina Waddilove, me cayó bien y, aunque no puedo fingir que llegara a tener por ella un interés romántico, siempre me sentía contento de sentarme a su lado en una cena. Entendía de cine, uno de mis intereses, así que teníamos mucho de que hablar. Pero no había manera de escapar del hecho de que no parecía que fuera a alcanzar el éxito en el duro y competitivo campo que su madre había escogido. Había algo casi grotesco en observar su abultado contorno merodear, triste y solo, por una pista de baile tras otra pista de baile, adornada a la última moda, el pelo entretejido con flores, el vestido de encaje, cuando la mayoría del tiempo se parecía más a un chimpancé parlante que salía en el anuncio de té PG Tips. Siento mucho decir que, a lo máximo, era una

figura risible en nuestro grupo y, ahora que soy mayor y menos indiferente al sufrimiento de los demás, me arrepiento enormemente de ello. Debo de haberle causado un gran dolor, que escondió, y el disfrazarlo solo pudo haberlo hecho más agudo.

¿Fue ese instinto el que llevó a Damian directamente a su lado, cuando bellezas de más alta clase paseaban por el salón de Peter, riéndose y hablando y bebiendo de sus copas? Al igual que un zorro huele el rastro del pájaro herido, ¿fue así como Damian inspeccionó la multitud y seleccionó a la chica más fea, la más grotesca, y se fue a por ella como un misil? Si fue así, su táctica triunfó y unos días más tarde se pasó por mi habitación para enseñarme que el correo matutino le había traído su primera invitación formal, una gruesa cartulina blanca que llevaba grabado el orgulloso nombre de «La señora de Norman Waddilove, en su casa», que le invitaba a asistir a un cóctel «en honor de Georgina», el siete de junio, en los autos de choque de la feria de Battersea.

—¿Cómo puede decir «en casa» cuando nos cita en los autos de choque? —preguntó.

El parque de Battersea ha cambiado de posición en Londres en las décadas que han pasado desde la guerra. Por supuesto, no se ha movido físicamente, pero hoy es un lugar totalmente diferente del de tantos recuerdos de la infancia de hace medio siglo. Construido por los victorianos como lugar de esparcimiento para la burguesía local, con esculturas, fuentes y senderos que rodeaban lagos llenos de cisnes, el parque había entrado en una dulce decadencia en los años cincuenta, y se había convertido en un hito para una generación entera de niños como el lugar donde estaba la única feria no ambulante de Londres. Erigida en 1951, como parte de ese icono de la inocencia perdida, el Festival Británico, la feria floreció hasta los sesenta, cuando nuevas formas de diversión empezaron a quitarle la fama. Un trágico accidente en la montaña rusa en 1972 aceleró lo inevitable y dos años más tarde la cerraron. La querida y vieja feria, gris y mugrienta y totalmente peligrosa, que era en lo que se había convertido, fue barrida sin dejar ni rastro, como los jardines colgantes de Nínive.

Hoy en día todavía es más bonito, con sus lagos, sus cascadas y sus claros en el bosque renacidos, que cuando lo recorrí por primera vez, de la mano de una tía o de una niñera, suplicando por que me dejaran dar una vuelta más antes de irnos a casa, pero para mí no es más hermoso. No me encuentro solo al teñir este recuerdo de rosa, y de hecho, la nostalgia ya estaba empezando a rodear el lugar en 1968 mientras nosotros, los que habíamos enfermado por comer demasiado algodón de azúcar cuando la feria estaba en su momento cumbre, estábamos a punto de salir de la adolescencia y entrar en la veintena, y por esta razón fue una elección perfecta por parte de la señora Waddilove para montar allí su fiesta. Como ya he contado, Georgina no era muy popular, y podría haber tenido que aguantar la humillación de que no hubiera ido mucha gente a su fiesta si se hubiera celebrado en uno de los

hoteles de Park Lane o en la sala de descanso del club de su padre, donde la mitad de la lista de invitados se habría escabullido fácilmente. La informalidad de los jóvenes, cuando abandonan sus compromisos sociales por algo más nuevo y atractivo, resultaba horrorosa para los adultos de entonces. Hoy en día los padres tienden más a encogerse de hombros y poner los ojos en blanco ante la falta de fiabilidad de sus hijos, pero no se lo toman muy en serio. No sugiero que el fenómeno sea nuevo, dar plantones, eludirlo, colarse y demás, pero en 1968 nadie le veía el lado divertido. De todos modos, en esa ocasión la feria de Battersea resultó atrayente y se presentó todo el mundo.

Sucedió que llegué un poco tarde, así que fue el barullo de la gente lo que me guio a través de la feria, pasando los tenderetes, hasta que llegué a una valla temporalmente pintada de blanco, donde dos guardias custodiaban la entrada, y una pizarra en un caballete anunciaba que los autos de choque estaban «cerrados por una fiesta privada». Esto garantizaba algunas malas miradas por parte de potenciales usuarios, a quienes los invitados de Georgina pretendían ignorar, pero esos disgustados no estropearon el ánimo. Independientemente de lo que aparenten, las clases privilegiadas, tanto antes como ahora, disfrutan de un poco de envidia.

Algunas de las chicas ya estaban en los coches, chillando y riéndose y tirándose el vino por encima, mientras sus acompañantes por una noche posaban y se daban tono, golpeando y aporreando los coches de los demás. Hoy en día habría carteles por todas partes advirtiendo de la prohibición de meter vasos de cristal en la pista, o solo habrían puesto vasos de plástico, pero no recuerdo a nadie preocupándose por cosas tales como superficies resbaladizas o cristales rotos. Y debió de haber muchos. Habían montado una marquesina abierta para dar cabida a los otros invitados, que ya estaban bien lejos. Busqué con la mirada a Georgina, esperando encontrarla en medio de una multitud agradecida, pero, como siempre, estaba de pie, sola y silenciosa, cerca de la mesa que tenía el champán, así que vi la oportunidad de tomar algo de beber y al mismo tiempo saludar a mi anfitriona, matando dos pájaros de un tiro.

—Hola —dije—. Parece que hay bastante alboroto.

Sonrió desganada.

—¿Vas a probarlo?

—Creo que sí —sonreí valerosamente—. ¿Y tú?

Pero pareció no oír mi pregunta, con los ojos fijos en la pista, y ahora podía ver un coche con un reconocible Damian encorvado sobre los mandos. Parecía que su copiloto, desde esa distancia por lo menos, era bastante improbable. Tenía la cara casi cubierta por sus rizos, pero pude ver lo tranquila que estaba, lo despegada. No gritaba, como los otros, sino que se dedicaba a estar sentada, como una majestuosa princesa obligada a soportar la indignidad de la balsa de un campesino para poder alcanzar la otra orilla.

Georgina se dio la vuelta.

—¿En ayuda de qué es tu cena?

Me quedé perplejo.

—¿Qué cena?

—Esta noche. Damian dijo que no podía venir al Ritz con nosotros porque ya se había comprometido contigo.

Me di cuenta inmediatamente de lo que significaba, que la pobre Georgina ya había llevado a cabo su función en la vida de Damian, que era ayudarlo a ponerse en marcha, y ahora era prescindible. Abocada al fracaso, había cedido ante sus halagos y el encanto de su amistad, y le había abierto la puerta a su mundo, pero ahora, tras haber conseguido el acceso, no tenía ningún reparo en dejarla a solas con sus propios recursos. Así que el sueño de Georgina de tener a su lado a este nuevo y glamuroso acompañante, para la aburrida y formal cena que habría preparado su madre para unos pocos escogidos, se había roto en mil pedazos. En cuanto a la mentira que hizo que se librara, me avergüenzo de decir que le cubrí. En mi defensa, no fue tanto mi elección como obedecer a un impulso totalmente instintivo. Cuando una mujer habla de la excusa de un hombre a otro hombre, de alguna manera se ve obligado a sostener esa invención, como parte de la lealtad entre géneros. «Robert dice que vais a comer juntos la próxima semana» fuerza a cualquiera a responder con algo así como: «Estoy deseando que me ponga al día», aunque sea la primera vez que ha oído algo al respecto. Después, lo más normal es regañar al amigo o al conocido que ha originado todo esto: «¿Cómo se te ocurre ponerme en esa situación?». Incluso así, va contra la naturaleza masculina decir la verdad. La alternativa sería decir: «No he oído hablar de esa supuesta comida. Robert se debe de haber buscado una amante». Pero no hay hombre que pueda pronunciar esas palabras, incluso cuando está completamente del lado de la mujer a la que están mintiendo. Sonreí a Georgina.

—Bueno, es una cena pequeña. No es especialmente importante, si le necesitas.

Negó con la cabeza.

—No, no. No quiero estropear nada. Papá se enfadó cuando le invité, de todos modos. Por eso no te lo dije a ti también —añadió sin convicción—. Cree que ya somos demasiados. —Demasiados inútiles, pensé, y muy pocas posibilidades. Pero bueno, Damian no encajaría en ese grupo. La señora Waddilove no iba a comprar un aventurero.

—¿Quién va?

—Ojalá vinieras tú —farfulló, educada y obediente—. Pero como ya te digo, no va a ser una gran fiesta. —Asentí. Tras excusarse de boquilla, enumeró media docena de nombres—. La princesa Dagmar. Y creo que los hermanos Tremayne, pero puede que haya algún problema. —Seguro que sí, pensé—. Andrew Summersby y su hermana. —Hizo una marca mental al lado de sus nombres, aunque la lista llevaba el nombre de su madre, no el suyo—. Y creo que esos son todos.

Miré para donde estaba el grueso vizconde Summersby de pie, con su cara colorada y acunando una bebida. Aparentemente, había abandonado cualquier intento de conversación con sus vecinos. Sin duda, eran mucho más felices por ello. Mientras

tanto, frente a él, su hermana Annabella gritaba y chillaba mientras recorría la pista, con un flaco y pálido acompañante a su lado. Su apretado vestido de cóctel, escogido del vestuario posbélico de su madre, parecía que iba a estallar cuando giraba el volante con fuerza para uno u otro lado. Annabella Warren no era mucho más guapa que su hermano, pero si me hubieran dado a elegir entre los dos, la hubiera escogido a ella. Tampoco era una propuesta muy apetecible para una tarde de diversión, pero por lo menos tenía un pase. Georgina, siguiendo mi mirada, pareció mostrarse de acuerdo conmigo en silencio.

—En fin, buena suerte —dije.

Los autos de choque se habían detenido y los conductores y los pasajeros estaban siendo separados de sus vehículos por la multitud de invitados que estaba esperando alrededor de la pista, deseando que llegara su turno. Tenían un aspecto muy característico, esas chicas de antaño, mientras atravesaban corriendo el suelo metálico para apretujarse en esos coches sucios y abollados que las estaban esperando, mitad Christian Dior de los cincuenta, mitad Carnaby Street de los sesenta, admitiendo el mundo moderno pero sin rendirse ante él. En los cuarenta años posteriores, esa década ha sido secuestrada por la voz de la Tiranía Progresista. Suya es la versión Woodstock de la época —«Si puedes recordar los sesenta, es que no estuviste allí», así reza la petulante y subjetiva frase— y no son conscientes de estar enarbolando los valores de la revolución pop como si esa fuera toda la verdad, pero tampoco de estar mintiendo o de ser engañados. Lo que fue genuinamente raro en la época, para los que la vivimos, no fueron unos cuantos guitarristas fumando marihuana y llevando sombreros vergonzantes con plumas, y camisas de cuero forradas de borreguito. Lo que nos separó de los otros periodos por los que he pasado fue que, como Jano, tenía dos caras.

Una parte de la cultura sí iba sobre el pop y las drogas y los *happenings* artísticos, y Marianne Faithfull y las chocolatinas Mars y el amor libre, pero la otra parte, que era bastante mayor, todavía tenía como referente la década de 1950, retrocediendo a una Inglaterra tradicional, donde el comportamiento se adecuaba al de, si no muchos siglos atrás, sí por lo menos al inmediatamente anterior, donde todo, desde las ropas hasta la moral sexual, estaba rígidamente compartimentado y, aunque no siempre obedecíamos todas las normas, por lo menos las conocíamos. Después de todo, habían pasado menos de diez años desde que había reinado ese código. Las chicas que no besaban en la primera cita, los chicos que no se consideraban vestidos sin llevar una corbata, esas madres que solo salían de casa si llevaban sombrero y guantes, esos padres con sombrero hongo de camino a la ciudad. Eso fue parte de los sesenta, tanta como la otra cara, la que nos están recordando constantemente las antologías televisivas. La diferencia consistía en que eran costumbres que se estaban marchando, mientras que la nueva y reconstruida cultura estaba llegando para quedarse. Por supuesto, sería la que ganara y, como con todo, es el ganador quien escribe la historia.

Una moda muy en boga por aquel entonces era ponerse postizos, en forma de tirabuzones y cascadas, para exagerar los peinados. Estaban diseñados para parecer reales, pero solo como un disfraz en una obra de teatro, se podían quitar al día siguiente sin tener que pasar vergüenza. Así, una chica podía aparecer un lunes por la noche con rizados hasta los hombros y el martes a mediodía con el pelo cortado a lo chico. La idea consistía en usar el pelo como si fuera un sombrero. Con este disfraz, lo que marcaba la diferencia era que no había intención de engañar, no como los que usan pelucas hoy en día. Esta moda se vio realizada por la práctica de dejar los «postizos» en la peluquería uno o dos días antes, donde los lavarían y marcarían, e incluso les coserían cuentas o flores, antes de que toda la elaboración se sujetara con horquillas a la cabeza de su propietaria la tarde previa a la fiesta. El estilo llegó a su apogeo cuando empezaron los bailes, pero incluso al principio, durante los primeros cócteles, parecían una parábola de la irrealidad en la que todos estábamos participando, pues las debutantes alteraban su aspecto por completo, dos o tres veces a la semana. Los asistentes a una fiesta veían a una extraña y descubrían con sorpresa, a medida que se acercaba, una cara amiga. Así que, esa tarde en particular, reconocí de repente a la alteza serenísima en movimiento, en el asiento de al lado de Damian, que no era otra que Serena Gresham, que salió del coche tan fresca como una lechuga y caminó hasta donde yo estaba.

—Hola —dijo.

—Hola. ¿Qué tal lo llevas?

—Me han sacudido un poco. Me siento como un cóctel listo para ser servido.

—Iba a preguntarte si te querías montar otra vez conmigo.

—No creo —dijo Serena—. Lo que me apetece ahora es otra copa. —Miró a su alrededor y se agenció una copa de champán antes de que mi ofrecimiento hubiera llegado a salir de mis labios.

La dejé rodeada de aspirantes a galanes, y caminé por la pista de autos de choque, todos ya ocupados. Entonces oí que gritaban mi nombre y vi que Lucy Dalton me hacía señas con la mano. Me acerqué.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Por amor de Dios, métete —Lucy palmeó el maltrecho asiento de cuero que tenía a su lado—. Philip Rawnsley-Price viene hacia aquí y mi trasero ya está lo suficientemente magullado sin eso. —Detrás de mí, podía oír al hombre gritar que despejáramos la pista—. ¡Que te metas! —me bufó. Y eso hice. No nos salvamos del todo. Antes de que pudiéramos empezar, Philip, desoyendo los gritos del operario, había entrado andando tan tranquilo entre los coches, ahora en movimiento. En esos días, ya se sabe, «por su salud y seguridad» todavía tenía que inventarse como frase hecha.

—Si me estás evitando, ya puedes dejarlo —le dijo a Lucy con una mirada lasciva que supongo que pensaba que era sexi—. Nuestro destino es estar juntos. —Antes de que a ella se le ocurriera una respuesta apropiada, hubo una brusca y repentina

sacudida. Uno de los hermanos Tremayne, junto con su acompañante, que se estaba riendo, nos había golpeado en el lateral y nos lanzaron en medio del complicado remolino, con la espalda dolorida. Philip se rio y se apartó perezosamente de la pista.

Lucy Dalton aparecerá en bastantes de estas páginas y se merece una presentación, aunque no creo que fuera un personaje especialmente complicado. Como Serena, era la inmerecida depositaria de la mayoría de las bendiciones de este mundo, aunque a un nivel (ligeramente) más modesto, lo que le hacía separarse un poco menos de la experiencia humana habitual. Siempre es difícil para los de fuera percibir las diferencias en estatus y en riquezas dentro de un grupo privilegiado y envidiado, pero estas distinciones existen, sin importar la torre de marfil de la que se esté hablando. Los campeones de fútbol, todos más ricos que Midas, saben perfectamente quién, en su grupo, merece la envidia, y a quién deberían compadecer. Las estrellas del cine pueden distinguir con facilidad las carreras de los que no van a ir a ninguna parte y las de aquellos a los que todavía les quedan años. Por supuesto, a la mayoría del público, la mera sugerencia de que este millonario no es tan envidiable como este otro, parece pretenciosa y aislacionista, pero la gradación significa algo para los miembros de esos clubes, y si uno va a intentar entender lo que hace que el mundo siga girando, tiene que unirse al juego. Y eso era lo que pasaba con nosotros. La temporada en la década de 1960, aunque el concepto estuviera un poco hostigado, todavía abarcaba un grupo más pequeño de lo que sería hoy en día, si alguien fuera lo suficientemente tonto como para intentar recuperarla. Mirando atrás, estábamos a medias entre el conjunto exclusivamente genuino de los años anteriores a la guerra, y el mundo en el que todo estaba permitido, el de 1980 en adelante. De hecho, incluso había chicas que no habrían pasado el baremo en los días de las presentaciones, pero todavía se les hacía sentir muy conscientes del hecho, y el grupo más selecto se reclutaba en los círculos más tradicionales. Cuando esto se asentaba, era más fácil ver y apreciar las diferencias entre fortunas.

Lucy Dalton era la hija pequeña de un *baronet*, sir Marmaduke Dalton, cuyo antepasado había recibido el título a principios del siglo XIX, como recompensa por prestar un servicio bastante corriente a la corona. La familia todavía tenía una cantidad considerable de tierras en Suffolk, pero había alquilado la casa principal a otros en la década de 1930, y desde la guerra había sido un internado de chicas. Diría que los Dalton eran bastante felices en la residencia secundaria, desde la cual podían contemplar, entre los árboles, el escenario de su anterior gloria, aunque rodeado de aulas prefabricadas y canchas para jugar al lacrosse. En otras palabras, no era la situación ideal.

Como ciudadano del mundo de hoy, ahora, en mi edad madura, soy plenamente consciente de que la educación de Lucy fue privilegiada en grado sumo. Pero la mayoría de los humanos solo se comparan con la gente en circunstancias similares a las suyas y pediría flexibilidad al lector cuando digo que, en esos tiempos y para nuestro grupo, sus orígenes no nos parecían tan extraordinarios. Su familia, con su

título marginal, en su bonita casa secundaria, vivía igual que todos nosotros, en nuestras rectorías, mansiones y granjas, y la diferencia más importante, o eso creíamos, estribaba entre los que vivían con normalidad y los que vivían como nuestra gente hacía antes de la guerra. Los que habían sobrevivido eran nuestras enseñas de batalla, nuestros estandartes de días mejores, nuestros líderes sociales reconocidos. Con sus criados y sus espaciosos salones, contrastaban mágicamente con nuestras propias vidas, con nuestros padres que trabajaban y nuestras madres, que habían aprendido a cocinar... solo un poco. *Nosotros* éramos los normales, *ellos* eran los ricos, y pasaron muchos años antes de que me lo planteara. En mi defensa, es raro el individuo que llega a entender por sí mismo que su estilo de vida es extravagante o sibarítico. Los mucho más ricos que uno mismo son los que se suelen merecer esos calificativos, y diría que Lucy nunca pensó que su vida fuera mucho más que afortunada, dentro de unos límites.

En cualquier caso, para mí era una chica alegre, guapa pero no hermosa, divertida pero no fascinante. Nos habíamos conocido al encontrarnos en el mismo grupo en un baile benéfico el año anterior, así que cuando la temporada empezó y descubrimos que los dos formábamos parte de ella, por supuesto gravitamos el uno hacia el otro, como cualquiera se juntaría con una cara familiar y amistosa en un ambiente nuevo y vagamente amenazador. Siendo honesto, creo que me habría podido gustar bastante si yo hubiera tenido un poco más de cuidado al principio, pero pasó como pasó, y perdí mi oportunidad, si alguna vez tuve una, y permití que nos convirtiéramos en amigos, casi siempre el antídoto de cualquier idea de romance.

—¿Quién es el tipo que nos has regalado? —preguntó, dando un volantazo para evitar otro festivo intento de choque de parte de lord Richard.

—No sabía que se lo hubiera regalado a nadie.

—Oh, pues lo has hecho. He visto ya a cuatro chicas anotar su dirección, y no llevaba aquí más de veinte minutos. Supongo que no ha sido patrocinado por el señor Townend.

—A duras penas. Me lo llevé a una de las cosas de Peter la semana pasada y por un momento pensé que nos iba a echar.

—¿Y por qué «te lo llevaste»? ¿Por qué te has convertido en su promotor?

—Creo que no sabía en lo que me estaba convirtiendo.

Me miró con una sonrisa compasiva.

Probablemente fue un deseo semiconsciente de convertir mi mentira a Georgina en una verdad lo que me animó a organizar un grupo para irnos de cena cuando la fiesta estaba empezando a decaer, y un poco más tarde, unas ocho personas estábamos bajando los peligrosos escalones del sótano de Haddy's, por aquel entonces un sitio muy popular, en la esquina de Old Brompton Road, donde uno podía cenar, en cierto modo, y también bailar toda la noche, y todo por treinta peniques por cabeza. A menudo pasábamos tardes enteras allí, comiendo, hablando, bailando, aunque se hace difícil imaginar cuál podría ser su equivalente moderno,

puesto que poder hacer las tres cosas en un mismo lugar parece imposible, dado el salvaje volumen, realmente bárbaro, al que ponen la música hoy en día en cualquier sitio en el que se espera que bailes. Supongo que deben de haber empezado a ponerla más alta en las discotecas después de que yo dejara de ir, pero no me di cuenta de la nueva moda hasta que gente perfectamente normal, de cuarenta y cincuenta años, la adoptó y empezó a dar fiestas que se deben situar entre las peores de la historia. A menudo oigo que el concepto de los clubes nocturnos, donde te sentabas y hablabas mientras la música sonaba, se describe como perteneciente a la generación anterior a la mía, hombres y mujeres con vestidos de tarde, sentados alrededor del Mirabelle en 1930 y 1940, bailando al ritmo de Snake Hips Johnson y su orquesta mientras bebían cócteles White Ladies, pero es obvio que no es cierto. La oportunidad de hablar, comer y bailar estaba disponible también para nosotros, y yo la aproveché.

Haddy's realmente no era un club nocturno. Era más para la gente que no se podía permitir ir a uno. Ese tipo de sitios, Haddy's, Angeliqúe's, el Garrison, nombres hoy olvidados pero que entonces estaban llenos cada noche, daban un servicio sencillo pero que satisfacía una necesidad, como pasa con todas las novedades que triunfan. Las cenas siempre eran al estilo *paysanne*, recién implantado, pero esa predecible comida se combinaba con la novedad, en comparación, del baile en público, no al ritmo de una banda, sino con discos, dirigido por una especie de pinchadiscos, cuya descripción de funciones de trabajo estaba en sus inicios. El vino pocas veces era más que peleón, por lo menos cuando los que pagábamos por él éramos los más jóvenes, pero la ventaja era que los propietarios no esperaban reservar la mesa más de una vez por noche. Después de haber cenado, nos sentábamos a beber y a charlar acerca de las preocupaciones de nuestras mentes adolescentes hasta la madrugada, noche tras noche, sin tener el menor problema con la dirección del lugar, por lo que yo recuerdo. Me temo que no deben de haber sido grandes empresarios. No es de extrañar que sus establecimientos no superaran el paso del tiempo.

Esa tarde en concreto, por alguna extraña razón, Serena Gresham se había unido a nosotros, tras apuntarse cuando le dije adónde íbamos. Me sorprendió, porque normalmente escuchaba el plan y muy educadamente hacía una pequeña mueca de pena con la boca y decía que ojalá pudiera ir. Pero esta vez se lo pensó y dijo: «Bueno. ¿Por qué no?». Puede que no fuera una respuesta muy entusiasta pero, al oír sus palabras, una bandada de pájaros revoloteó en mi corazón. Lucy estaba allí, tratando en vano de escapar de Philip, su némesis, quien se había acoplado después de que su coche se fuera. Damian vino, por supuesto, y una chica nueva, a la que yo no había conocido antes de esa tarde, una deslumbrante rubia, sin gran cosa que decir, que parecía salida de Hollywood, Joanna Langley. Digo que no la conocía, pero había oído que era muy rica, una de las chicas más ricas de ese año, aunque fuera parte de la selección pospresentaciones. Su padre había fundado un catálogo de ventas por correo de ropa informal, o algo por el estilo, y aunque el dinero aseguraba que nadie fuera maleducado con ella, por lo menos a la cara, no eran tan agradables cuando

volvía la espalda. Personalmente, me gustó desde el principio. Se sentó a mi izquierda.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó, mientras vertía vino en el vaso.

No sabía si se estaba refiriendo a la cena o a la temporada, pero supuse que a la segunda.

—Creo que sí. Todavía no he hecho gran cosa, pero parece un grupo agradable.

—¿Y tú? —Esto vino de parte de Damian, un poco más aparte en la mesa. Pude ver que estaba entrenando su mirada deslumbrante con Joanna. Al igual que yo, sabía perfectamente quién era ella.

Se sorprendió un poco, pero asintió.

—Hasta ahora sí. ¿Y tú?

Se rio.

—Oh, yo no formo parte de ella. Pregúntale. —Me señaló con un gracioso gesto de su barbilla.

—Estás aquí, ¿no? —repliqué, un poco tenso—. ¿Qué requisitos más crees que necesitas?

Lo que no fue muy sincero, pero no me preocupé, porque sabía que nada apagaría su ardor.

—No dejes que te confunda —Damian había vuelto a dirigir su mirada a Joanna—. Soy un chico perfectamente normal, con una casa perfectamente normal. Pensé que sería divertido poder observar esto, pero no soy parte de este mundo, en absoluto.

Esto estaba cuidadosamente calibrado, como todo lo que decía, y ahora puedo entender lo que estaba destinado a conseguir. Significaba que todas las chicas de esa mesa querían protegerle, y ninguna de ellas, o de sus amigas, se permitirían nunca acusarle de intentar ser algo que no era. Su modestia aparente le daría permiso para tomar y tomar lo que quisiera, pero sin pensar en que tenía responsabilidades para con un mundo al que ya había declarado que no pertenecía y al que no le debía nada. Sobre todo, tumbó todas sus defensas. Desde entonces no temían ser utilizadas por ese hombre. ¿Cómo podían, si él mismo había dicho no tener ambiciones? Ni siquiera habíamos pedido la cena, cuando ya había anotado su dirección a Joanna y a otras dos de las chicas que estaban presentes.

Tomó nota de que he indicado que Damian «por supuesto» estaba con nosotros. ¿Por qué se daba por sentado que iba a estar? ¿En esa etapa tan temprana de su carrera londinense? Quizás porque ya había empezado a reconocer sus méritos. Miré hacia la mesa donde estaba sentado, con Serena a un lado y Lucy al otro, haciendo que las dos le escucharan y se rieran, pero sin sobrepasarse con ninguna, y entonces entendí que era una de esas raras personas que pueden encajar sin problemas en un grupo nuevo, hasta que, antes de que pase mucho tiempo, parecen ser una parte integral, o uno de los que lo fundaron. Bromeaba y se burlaba, pero también fruncía el ceño, de vez en cuando. Se lo tomaba en serio y asentía con interés, como alguien que les conociera bien, pero no demasiado. En todo el tiempo que le traté, nunca

cometió el clásico error de *novato*, el de caer en la familiaridad. No hace mucho, estaba hablando con un hombre, antes de una cacería. Nos habíamos llevado bien en la cena de la noche anterior y me imagino que él suponía que ahora éramos amigos, y me empezó a dar golpecitos en el estómago mientras se mofaba de mi peso. Sonreía al decirlo, y me miraba a los ojos, pero lo que vio no pudo haberle animado mucho, puesto que yo ya había decidido que jamás volvería a disfrutar de su compañía, si podía evitarlo. Damian no cometía ese tipo de errores. Su enfoque era relajado y tranquilo, pero nunca salvaje o impertinente. Resumiendo, estaba cuidadosamente pensado y bien servido, y esa tarde me procuró una de las primeras oportunidades para presenciar la maestría con la que se aseguraría su presa.

Terminamos de cenar, ya se habían llevado el estofado que las chicas apenas habían tocado, habían bajado un poco las luces, y las parejas del sitio estaban empezando a ocupar la pista. Nadie de nuestro grupo se había atrevido todavía, pero estábamos a punto y, durante una breve pausa en la conversación, oí que Damian se volvía hacia Serena.

—¿Quieres bailar? —sugirió, casi en el tono de una broma compartida, un secreto gracioso que solo compartían ellos dos. Lo hizo a la perfección. Estaban poniendo un disco que nos gustaba a todos, ¿podría ser *Flowers in the Rain*? No me acuerdo. En cualquier caso, después de una pausa mínima, ella asintió y se levantaron. Pero mi sorpresa vino después. Mientras pasaban por delante de mi extremo de la mesa, oí que le decía, como sin importancia: «Me siento un poco tonto. Sé que te llamas Serena y recuerdo dónde nos conocimos, pero no me enteré de tu apellido. Si lo dejo pasar mucho más tiempo será demasiado tarde para preguntártelo». Como un falsificador o un cortesano, esperó, solo un segundo, para ver si su treta daba resultado. ¿Acaso respiró con más facilidad cuando ella no dio ninguna señal de que sabía lo que él se proponía?

En vez de eso, sonrió. «Gresham», susurró suavemente, y se deslizaron hacia la pista. Les observé con asombro y no era de extrañar. No era solo que Damian supiera su apellido mucho antes de aquella noche, y dónde vivía su familia, y de cuántas tierras disponían. Casi podría apostar que se había hecho una lista con las fechas en las que había recibido el título cada conde de Claremont desde que había sido creado, y probablemente se sabía los apellidos de soltera de cada condesa. Nuestras miradas se cruzaron. Sabía que yo había oído ese diálogo, y yo sabía que él lo sabía. Pero hizo caso omiso del hecho de que yo podía desenmascararle y arruinar todo su juego. Ese era el tipo de estrategia de alto riesgo en la carrera de trepador social que debe ser digna de admirar.

Lucy me estaba contemplando mientras yo le observaba, con una sonrisita.

—¿Qué es tan divertido? —pregunté.

—Tengo la sensación de que, hasta hoy, pensabas que tú eras el mecenas de Damian, y que los dos sospechamos que tendrás mucha suerte si terminas siendo el que narra sus hazañas para cuando termine la temporada. —Observó a la pareja de la

pista y se puso más seria—. Si quieres reclamar tus derechos, yo que tú no lo dejaría para muy tarde.

Negué con la cabeza.

—No es su tipo. Yo tampoco, no lo dudo. Pero no lo es.

—Dices eso porque la idealizas y te consideras inferior en todo. Pero eso es lo que piensa el que ama. Ella no lo verá así.

En ese momento les analicé. La música se había vuelto lenta y pegajosa, y se estaban balanceando de un lado a otro con ese baile sin pasos que todos hacíamos por ese entonces. Volví a negar.

—Te equivocas. Él no tiene nada que ella quiera.

—Al contrario, tiene exactamente lo que quiere. No va a buscar linaje o dinero. Siempre ha tenido de eso. Dudo que se vea muy influida por el aspecto físico. Pero Damian... —Mientras hablaba, sus ojos se volvieron a centrar en la cabeza morena, más alta que la de la mayoría de los hombres que bailaban cerca de él—. Tiene lo que a ella le falta. Lo que a todos nosotros nos falta, ya que estamos.

—¿Y es?

—Que pertenece a este siglo. Entenderá las reglas del juego tal como se jugará en el futuro, no como se solía jugar en los días de antes de la guerra. Y eso puede ser muy tranquilizador. —En ese preciso instante Philip se inclinó sobre ella, con una oferta optimista, pero Lucy le rechazó y me señaló con la cabeza—. Es que me ha pedido un baile y ya le he dicho que sí.

Se puso en pie y yo, obediente, la acompañé a la pista.

LUCY

Tres

La lista que me encontré en la almohada cuando subí a la habitación no era muy larga. Pero, a pesar de todo, incluía algunas sorpresas. Había cinco nombres y todas, por lo que parece, se habían acostado con Damian antes de que hubiera sido esterilizado en vacaciones bajo el ardiente sol de Portugal. También todas habían dado a luz en el tiempo establecido. Me entristecí un poco al comprobar que el nombre de Lucy Dalton estaba allí. Me esperaba algo mejor para ella, pues había sido una de las primeras en descubrir el disfraz de Damian. Que Joanna Langley también estuviera me sorprendió menos. Me había enterado del romance entre ellos cuando sucedió, y me parecía que hacían una buena pareja. En su momento me pregunté por qué no había salido bien. Sin duda iba a averiguarlo. No esperaba que su alteza real la princesa Dagmar de Moravia figurara entre las marcas que había dejado Damian en el cabecero de su cama, ni tampoco la gritona y sofocada Candida Finch, la comehombres del día, de la que yo hubiera jurado que no era su tipo en absoluto. Cielos. No se podía negar que no se quedaba quieto. Terry Vitkov, por otra parte, era una nota rutinaria en muchas de las listas de conquistas de ese año, incluyendo la mía. Una aventurera americana del Medio Oeste, tenía menos dinero del que le gustaba presumir y solo vino a Londres después de agotar las posibilidades sociales de Cincinnati. Sus costumbres sexuales, que predecirían las de la siguiente década a diferencia de las del resto de las chicas, que te recordaban a las de una era anterior, le aseguraban una calurosa bienvenida. Por lo menos, por parte de los chicos.

Cada nombre estaba pulcramente mecanografiado. Al lado estaba el apellido actual, el de casada, de cada una, y cuando se necesitaba una aclaración, el nombre del marido. Después venía el nombre, sexo y fecha de nacimiento del niño en cuestión, con una escueta nota por si había habido más hijos en la familia. Finalmente, había una columna de direcciones, en algunos casos dos o incluso tres, con números de teléfono y direcciones de correo electrónico, aunque de algún modo, no imaginaba que pudiera conseguir mucho a través de Internet. Una nota encima, «por lo que hemos podido averiguar, los datos son estos», lo que significaba que no me podía fiar por completo de esa información, y algunas de las entradas estaban mucho más detalladas que otras, pero la mayoría me parecieron bastante correctas. Ya no quedaba con ninguna de ellas, pero lo poco que sabía coincidía con lo que contenía el folio. Tras la hoja, sujeto con un clip, había un sobre. Resultó que contenía una tarjeta de crédito platino a mi nombre, tal como me había prometido.

Desayuné a solas, rodeado por lo que parecían ser todos los periódicos del mundo, cuidadosamente colocados al otro lado de la larga mesa. El mayordomo me preguntó si preparaba mi equipaje, ¿o acaso había alguna razón para retrasarlo? No la había. Se inclinó, emocionado ante mi permiso para serme de utilidad, pero, antes de que se fuera a llevarlo a cabo, me dijo:

—El señor Baxter se pregunta si tendría tiempo para encontrarse con él antes de ir

a la estación.

Reconozco una orden cuando la oigo.

La habitación de Damian estaba en una parte de la casa diferente a la que yo había ocupado. Una amplia galería desde la parte superior de las escaleras me llevaba hacia unas puertas dobles, semiabiertas. Oí que pronunciaba mi nombre cuando levantaba la mano para llamar, y me encontré en una recámara luminosa, de techos altos, revestida con paneles pintados de un suave gris trianon. Quizás había esperado una madriguera oscura, como la de un hechicero, pero no, esta era claramente la otra estancia de la casa donde Damian vivía, aparte de la biblioteca. Una gran cama de baldaquín, de caoba y de estilo georgiano, estaba colocada al lado de una pared cubierta de tapices, de cara a una chimenea labrada de estilo rococó, que a su vez estaba rematada por uno de los muchos retratos de Romney de la encantadora lady Hamilton. Tres ventanales daban a los jardines, a lo que ahora veía que era una especie de pequeño parque, con un cuidadoso e impresionante despliegue de árboles exóticos, estoy seguro. Había sillas de marquetería desperdigadas por ahí, y una mesa de escritorio, y pequeñas mesillas llenas de libros y cosas valiosas, y un sofá cama bastante bonito, del tipo que se conoce como *duchesse briséé*, con una manta doblada en un extremo, esperando a que su dueño se pusiera cómodo. El efecto logrado era encantador y delicado, y curiosamente femenino, la habitación de un alma más elevada que la que yo le atribuía.

Damian estaba en la cama. Al principio no le vi, porque la sombra del dosel le disimuló por un momento, encorvado y encogido como estaba, contra las almohadas, rodeado de cartas y otra pila de periódicos. No pude evitar pensar que sería triste para los quiosqueros el día en el que Damian se despojara de sus ataduras mortales.

—Has encontrado la lista —dijo.

—Así es.

—¿Te ha sorprendido?

—Sabía lo de Joanna. Por lo menos lo sospechaba.

—Fuimos más en serio, pero se había acabado mucho antes. Pero me acosté con ella una última vez la noche que volvió de Lisboa. Vino directamente a mi piso. Supongo que quería saber si me encontraba bien.

—No me sorprende.

—Y seguimos a partir de ahí.

—¿Pero no habías tenido ya las paperas?

—No tuve dolor de garganta hasta unos cuantos días después, y de todas maneras, al parecer almacenas una cierta cantidad de eso, a la que no le afecta.

—Demasiada información.

—Como te puedes imaginar, en este punto soy el mayor experto del mundo. —Lanzó una risita breve. Era increíble lo inalterable que se encontraba pese a todo—. ¿Y el resto?

—Bueno, hasta yo me acosté con Terry, y Candida no me sorprende demasiado,

aunque no hubiera pensado que era tu tipo. Pero no tenía ni idea de las otras dos.

—Supongo que te ha decepcionado tu antigua colega, Lucy.

—Solo porque pensaba que ella te odiaba casi tanto como yo. —Eso le hizo reír por primera vez esa mañana. Pero el esfuerzo fue doloroso, y tuvimos que esperar un instante a que se recuperara.

—Solo se sentía atraída por la gente que odiaba. A todos los demás, los convertía en sus amigos. Incluyéndote a ti. —Lo que probablemente era cierto de algún modo, así que no le interrumpí—. ¿Ves a alguna de ellas?

Era extraño oírle hablar tan alegremente, cuando se consideraba cómo había acabado todo.

—Realmente no. Uno se encuentra con la gente. Ya sabes cómo es. ¿Están todas casadas, entonces? —De repente parecía un poco raro no saberlo.

—Sí, para mejor, o en algunos casos, para mucho peor. Candida es viuda. Mataron a su marido el once de septiembre. Pero me han dicho que eran muy felices antes de eso.

Momentos como esos, cuando de repente los amigos de una etapa diferente de tu vida conectan por la fuerza con el mundo moderno, pueden resultar bastante chocantes.

—Lo siento. ¿Era estadounidense?

—Inglés. Pero trabajaba para algún banco que tenía la oficina de Nueva York en uno de los pisos más altos. Fue mala suerte que tuviera que ir a una reunión allí ese día.

—Dios, qué horror. ¿Dejó hijos?

—Dos suyos. Pero no puede ser el padre del niño en el que estoy interesado. Ya tenía ocho años cuando se casaron.

—Recuerdo que fue madre soltera. Muy valiente.

—¿Para la sobrina de un lord en 1971? Ya puedes apostar que sí. Pero ella *era* valiente. Era un poco ruda pero tenía coraje. Por eso me gustaba. —Hizo una pausa, una sonrisa desplegándose en las comisuras de la boca—. ¿Había algún nombre que esperaras encontrar y que no estuviera?

Nos miramos fijamente.

—No cuando la lista no está completa.

—¿Qué quieres decir?

—Solo es la de las chicas que dieron a luz en ese plazo de tiempo.

Damian asintió.

—Por supuesto. Tienes razón. No, en ese sentido no está completa. —Pero no siguió con eso y yo tampoco quería que lo hiciera—. ¿Tienes la tarjeta?

—Sí. Aunque no creo que la necesite.

—Por favor no seas tan británico, tan tonto —suspiró—. No tienes dinero. Yo tengo tanto que si me gastara un millón de libras al día durante el resto de mi vida, ni siquiera haría mella en mi fortuna. Usa la tarjeta. Diviértete un poco. Haz lo que

quieras con ella. Tómatela como si fuera tu sueldo. O mi agradecimiento. O mis disculpas, si quieres. Pero úsala.

—No es como si «no tuviera» dinero —dije—. Es solo que no tengo tanto como tú.

No se molestó en darme la razón y yo no protesté más, así que debió de convencerme.

—¿Prefieres que comience por algo en concreto? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—En absoluto. Empieza por donde quieras. —Se detuvo para respirar—. Pero por favor, no lo retrases más de lo necesario. —Su voz era más seca y brusca de lo que lo había sido la tarde anterior. ¿Era normal que le pasara eso por la mañana?, me pregunté. ¿O es que se estaba poniendo peor?—. Por supuesto, no quiero meterte prisa —añadió, lo que incluso me resultó conmovedor, al intentar llegar a una especie de cortesía ligera, como sacada de una comedia de Rattigan. «¿Alguien para el tenis?», podría haber dicho en ese mismo tono. O «¿quién necesita que le acerque a Londres?». Tenía coraje. No se lo niego.

—Supongo que me va a llevar algún tiempo —dije.

—Por supuesto. Pero, por favor, no más del necesario.

—¿Y si no puedo encontrar ninguna prueba?

—Elimina a las que no puedan ser. Entonces nos preocuparemos por las que quedan.

Era lógico, y asentí.

—Todavía no sé por qué estoy haciendo esto.

—Porque si lo rechazas te sentirás culpable cuando yo muera.

—Culpable por el niño, quizás. No por ti.

No me describiría a mí mismo como una persona ruda en circunstancias normales, y todavía no comprendo del todo por qué fui tan duro con él esa mañana. El rencor que le guardaba ya era viejo para aquel entonces, olvidado, y si no totalmente olvidado sí irrelevante, incluso para mí. Dicho esto, pareció entenderlo.

Mis palabras habían desaparecido en el silencio, cuando me miró fijamente.

—Jamás he tenido un amigo en toda mi vida que me importara más de lo que me importabas tú —dijo.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

Me había juzgado mal si pensaba que esas bonitas y edulcoradas palabras podrían de alguna manera anular el recuerdo de su comportamiento en la que fue la peor tarde de mi vida, como hubiera sido la de cualquiera.

—No estoy muy seguro. —Pareció perderse en sus pensamientos por un instante, enfocando su mirada al paisaje que se divisaba tras las ventanas—. Creo que, desde que era niño, he sufrido de una especie de claustrofobia del corazón. —Sonrió—. La verdad es que siempre me he sentido incómodo ante cualquier demostración de amor. Sobre todo cuando era yo el que la recibía.

Y así fue como lo dejamos.

Puede parecer que hubiera estado obsesionado con todas estas personas, y sobre todo con Damian, desde que me había marchado de la última pista de baile hace ya cuarenta años, pero no era verdad. Como todo el mundo, había pasado el tiempo lidiando con la desconcertante falta de lógica de mi vida, y habían pasado muchos años desde que había hecho un aparte para pensar en cómo era yo, cómo éramos todos. El mundo en el que vivíamos entonces era un planeta diferente, con ilusiones diferentes y diferentes esperanzas y, al igual que otros planetas, simplemente se había alejado en su propia órbita. De vez en cuando veía de pasada a alguna de las chicas, ahora matronas con arrugas y con canas, en una boda o en una función benéfica, y sonreíamos y hablábamos de sus hijos y por qué se habían ido de Fulham, y si Shropshire había resultado mejor, pero no llorábamos por los cambios en el mundo que nos rodeaba. Yo lo había abandonado por completo en los años siguientes a Portugal e, incluso después de haber olvidado todo, nunca volví a integrarme. Ahora, cuando lo pensaba, había algunas personas de esos tiempos por las que lamentaba haberme apartado. Lucy Dalton, por ejemplo, había sido una de mis grandes aliadas. De hecho, fue ella la que selló mi compromiso con la temporada. No me gustaba su marido, es cierto, y supongo que fue por eso por lo que nos terminamos distanciando, pero ahora no parecía una razón muy convincente para perder a una amiga, y en ese momento decidí comenzar mis pesquisas por ella. El folio me contó que se había mudado a Kent, y no estaba lejos de Tunbridge Wells, así que no me resultaría difícil llamarla e invitarme yo solo a comer en su casa, con la excusa de «estar por allí».

Decía que mi compromiso había sido «sellado» por Lucy por la simple razón de que gracias a su invitación fui al baile de la reina Carlota, que por entonces era el pistoletazo inicial de los bailes y la ceremonia central de toda la cuestión. No estar allí significaba que uno no estaba metido de lleno, pero yo no había hecho planes para ir, porque originalmente no había pensado en convertirme en un miembro de pleno derecho. De hecho, no faltaba mucho para el baile cuando, para mi sorpresa, recibí una tarjeta de lady Dalton invitándome a unirme a su grupo. Llamé a su hija antes de responder.

—Íbamos a llevar a mi primo, Hugo Grex, pero nos ha dejado plantados —dijo Lucy sin más rodeos—. No te preocupes si no vas a ir, pero dínoslo ahora, para que podamos encontrar a otra persona. Casi todos los que quieren ir ya tienen con quién.

No fue la invitación más halagadora del mundo, pero me sentía bastante intrigado y había comenzado a creer que, en lo que concernía a la temporada, si lo iba a hacer, más me valía *hacerlo del todo*.

—No. Me gustaría ir. Gracias.

—Escríbeselo a mi madre o pensará que eres raro. Entonces te comunicará cuándo estar y dónde. ¿Sabes que es de etiqueta?

—Por supuesto.

—Te veo entonces, si no antes. —Había colgado.

A lo mejor porque, en un principio, yo no había pensado asistir al baile, fue bastante sorprendente descubrir, un poco más tarde ese mismo día, que Damian Baxter ya tenía pensado ir. En esos días los estudiantes de Magdalene, como de otros muchos colegios mayores sin duda, no se alojaban en algo tan simple como un estudio. En vez de eso, cada estudiante tenía su propio salón, aparte de una habitación, lo que requería un cierto abanico de alojamientos. Ese año mis habitaciones se encontraban en una vieja granja reformada, que había sido asimilada por el nuevo patio interior construido en 1950, en la otra acera de Magdalene Street, frente al propio colegio. Eran unos apartamentos bastante bonitos y todavía los recuerdo con afecto, pero estaban en partes separadas del edificio, así que, al volver a mi salón, después de haber ido a mi habitación a por un libro, me sorprendí al encontrarme a Damian al lado de la chimenea, calentándose las piernas con las crepitantes llamas a gas.

—Tengo entendido que vas al baile de la reina Carlota con los Dalton —dijo—. ¿Habría alguna posibilidad de que me pudiera quedar contigo? De verdad que no me apetece tener que ingeniármelas para regresar después.

—¿Cómo lo sabes?

—Lucy me lo contó. Yo voy con los Waddilove, así que me dijo que te llamaría. Me siento bastante celoso.

Había una buena cantidad de información en ese discurso. Posiblemente, más de que él quería dar a entender. Pero, en fin, quizás no. Estaba claro que estaba decidido a asistir al baile, y estoy seguro de que al alimentar el flechazo de la prendida Georgina, lo había visto como una posible ruta. Pero lo que también me estaba contando es que él había sido la primera opción de Lucy como reemplazo, cuando su primo les había fallado. Yo solo era el sustituto, y él quería que fuera consciente de ello.

—No me contaste que fueras a ir.

—Tampoco me lo preguntaste —sonrió haciendo una mueca—. Georgina Waddilove. Puaj. —Compartimos esa sonrisa, lo que fue vergonzosamente miserable por mi parte—. ¿Dónde vas a alquilar tu traje de etiqueta?

—Tengo el mío propio —dije—. Lo heredé de un primo. Creo que todavía me cabe. Me iba bien en el baile de la cacería de las pasadas navidades.

Asintió, ligeramente hosco.

—Por supuesto que tienes uno. Debería haberlo pensado. —El ambiente había cambiado sutilmente. Bebió un poco del avinagrado vino blanco que yo le había servido—. La verdad es que no sé por qué voy a ir.

—¿Por qué vas a ir? —Mi curiosidad era sincera.

Se lo pensó un instante.

—Porque puedo —contestó.

La historia de los trajes es, como sabemos, fascinante por sí misma, y me parece interesante el hecho de que seguramente viviré para ver la muerte de uno de ellos, por lo menos, que fue bastante significativo en su apogeo, en otras palabras, el frac. Desde principios del siglo XIX, gracias al señor Brummell, hasta mediados del siglo XX, era la elección masculina de vestir para cualquier tarde en sociedad, los colores del club de la aristocracia británica. Cuando, a finales de 1920, el cuñado del duque de Rutland le preguntó si *alguna vez* se había puesto un esmoquin, se lo tuvo que pensar por un momento. «Cuando ceno a solas con la duquesa en nuestros aposentos», fue su respuesta.

Por supuesto, a algunos les sorprendió que sobreviviera a la guerra, pues seis años de uniformes y trajes podrían haber acabado con ellos, pero el renovado interés de Christian Dior por un estilo de vestir casi eduardiano, con sus miriñaques y sus corsés y sus rellenos y sus forros, relanzó la moda de la etiqueta lujosa, que hacía que el aburrido esmoquin, tan corto, pareciera inadecuado en comparación. Entonces, en el verano de 1950, la condesa de Leicester dio un baile para su hija, lady Anne Coke, en Holkham, al que asistieron el rey y la reina. La mañana siguiente trajo consigo dos descubrimientos. El primero fue que un camarero se había caído en la fuente y se había ahogado, y el segundo, que el frac había vuelto definitivamente. Por supuesto, lo que Dior y tantos otros no entendieron, fue que el frac no era solo una costumbre, sino un modo de vida, y que ya estaba casi muerta. El frac pertenecía a ese antiguo pacto entre los aristócratas y los menos afortunados, en el que estarían incómodos la mayor parte de su día para potenciar una convincente, y al mismo tiempo tranquilizadora, imagen de poder. Después de todo, el esplendor y el *glamour* han estado estrechamente unidos al poder durante siglos, hasta la aparición relativamente reciente del Gobierno de los Sosos. Antes de la Primera Guerra Mundial, entre las clases altas, eran de rigor cinco o seis cambios de traje al día, para dar un paseo, ir de caza, el desayuno, la comida, el té y la cena, eso para una fiesta en una casa, y por lo menos tres eran necesarios para un día en Londres. Seguían estos tediosos rituales al vestir por la sencilla razón de que sabían que, una vez que dejaran de parecer la clase dirigente, dejarían de *ser* una clase dirigente. Nuestros políticos acaban de aprender lo que la clase alta ha sabido durante mil años: la apariencia lo es todo.

¿Y entonces por qué desapareció tan súbitamente? Porque dejaron de creer en sí mismos. No solo fue la ausencia del ayuda de cámara lo que resultaría fatídico para el frac, sino la ausencia de valor que se apoderó del sistema en 1945, y continuaría por minar su confianza cuando, al final de la década de 1970, se extinguió, para todos excepto para unos pocos, en nuestra sociedad, y con eso la razón para ponérselo. Mi generación presencié los estertores. Cuando yo tenía dieciocho años, todos los bailes de las cacerías eran de etiqueta, como los bailes de mayo en Cambridge y los bailes de conmemoración en Oxford. Algunas puestas de largo todavía lo intentaban, y un evento donde te lo ponías sin duda era el baile de la reina Carlota. Ahora, cuando aparte de un banquete de Estado en el palacio de Buckingham o en el de Windsor, o

algo raro y lujoso en el Colegio de Abogados, ha desaparecido casi por completo, resulta extraño pensar que hace cuarenta años todavía usábamos tanto el frac como para que nos saliera rentable poseerlo.

El baile de la reina Carlota no era una fiesta privada. Era un evento benéfico a gran escala, y como tal, no se regía por las normas usuales. Para empezar, era lo que en ese momento se llamaba cena y baile, lo que significaba que íbamos a cenar allí, y por eso empezaríamos mucho más temprano de lo normal. Las cenas con baile, en esos tiempos antes de los controles de alcoholemia, eran consideradas por algunos como bastante vulgares, ahora no me acuerdo de por qué, quizás porque tenían un cierto aire de pasar la noche «en un club», como en una antigua colonia británica, pero esa tarde en particular había que pasar por una ceremonia, y se consideraba justificado. El plan era reunirse en el piso londinense de los Dalton en Queensgate para asegurarse de que todos los del grupo estuvieran presentables y correctos, y después irse a Grosvenor House casi de inmediato.

Llamé al timbre de la puerta de los Dalton, y el portero automático (pues por aquel entonces ya los teníamos) me dejó pasar; ya sabía que su piso estaba en la planta baja, así que no tenía que subir. La puerta del edificio debía de haber sido alguna vez la puerta del comedor, cuando la casa recién construida había sido el hogar de una próspera familia de la última etapa victoriana, pero en 1960 ese comedor había sido dividido en un recibidor con pasillo y un salón de tamaño medio. Unas pocas cosas buenas, como se suele hacer en tales familias, estaban repartidas por todo el piso, por si acaso confundíamos su linaje, y lo que parecía un Laszlo de la abuela de Lucy, retratada a los diecinueve años, nos miraba con ojos vidriosos desde la repisa de la chimenea, que, debido a la remodelación de la habitación, estaba descuadrada. La rareza de las proporciones se veía aumentada por lo que estaba en boga en ese momento, tapar las rejillas con grandes planchas de madera, y colocar, como en este caso, una estufa por delante. No he vuelto a ver en mi vida una moda que aniquile más rápidamente el ambiente de una habitación que la de tapar las chimeneas, pero todos lo hacíamos entonces. Como el espantoso revestimiento de las barandillas de las escaleras, que te encontrabas en todas las casas que se habían dividido en pisos, y que se suponía que le daba un toque moderno y aerodinámico. No era verdad.

—Aquí estás. —Lucy me dio un beso apresurado—. ¿Lo estás temiendo? — Había otras cuatro chicas en la habitación y, contando a Lucy, las cinco estaban vestidas de blanco, una costumbre heredada de vestir de blanco para la primera presentación de una chica en la corte, antes de la guerra. Por supuesto, no había continuado en la última etapa de las presentaciones a la corona, que se habían convertido en recepciones al aire libre, y entonces las chicas llevaban bonitos vestidos de verano y sombreros de ala ancha, pero al finalizar eso y al aceptar el baile de la reina Carlota como el comienzo oficial de la temporada, la norma del blanco había renacido. También llevaban guantes blancos y largos, pero en vez de las plumas

príncipe de Gales que decoraban las cabezas, tanto de las madres como de las hijas, en las fotografías de Van Dyck o Lenare de antes de la guerra, ese año al menos llevaban flores blancas en el pelo, pues las tiaras se consideraban impropias para las chicas que todavía estaban solteras. Me complació ver a lady Dalton con una bastante buena, que deslumbró la habitación con su brillo mientras se acercaba a mí, sonriendo agradablemente.

—Qué amable al venir —dijo, extendiendo su mano enguantada.

—Qué amable al pedírmelo.

—El Señor sabe qué habríamos hecho si nos llegas a decir que no —añadió un tipo soldadesco y campechano que, adiviné acertadamente, era sir Marmaduke—. Parar un autobús y agarrar a alguien, supongo.

Uno a menudo sospecha que una invitación tardía significa que es uno de los últimos recursos. Pero es un poco deprimente que te lo digan.

—Ni se te ocurra hacerle caso —dijo su esposa con firmeza, y me condujo hacia donde estaban los otros jóvenes. La fiesta tenía una mezcla de edades mayor de lo habitual, pues la mayoría de las madres y los padres de las chicas, y también de los chicos, iban a pasar la tarde con nosotros, así que conocí a un par de banqueros bastante agradables y sus esposas, y también a una mujer italiana bastante guapa, la señora Wakefield, que estaba casada con el primo de lady Dalton, y que había venido desde Shropshire para presentar a su hija menor, Carla. Pasamos a las chicas. Entre ellas estaba Candida Finch, un personaje poco agraciado y de rostro colorado, a la que ya conocía. Para ser honestos, hablar con ella se me hacía un poco cuesta arriba, aunque en esos días estábamos programados para entablar conversación con cualquiera que estuviera cerca, así que me sumergí en la cháchara que se requería de mí sin que me costara mucho, nombrando a conocidos en común, recordando que nos habíamos encontrado en tal fiesta y en esa otra, aunque nunca habíamos hablado más de unas cuantas palabras hasta ese momento. Ella asintió y contestó, lo suficientemente cortés, pero, como pasaba siempre, en voz demasiado alta, demasiado agresiva, y de vez en cuando, con una carcajada súbita y estentórea que hacía que te sobresaltaras. Por supuesto, ahora puedo ver que estaba muy enfadada por lo que había pasado con su vida, pero uno puede estar tan ciego y ser tan cruel cuando es joven. Contemplé a los adultos bebiendo cócteles en el otro extremo de la habitación.

—¿Está tu madre aquí?

Negó con la cabeza.

—Mi madre está muerta. Murió cuando yo era niña.

Por supuesto, esto era más información de la que yo había pedido y su voz, al decirlo, se tornó amarga. Mascullé de manera imprecisa lo mucho que lo sentía, y cómo debía de haberla confundido con otra persona, puesto que creía que había visto una fotografía de las dos en una revista. Esta vez habló con bastante más autoridad.

—Te refieres a mi *madrastra*. No. No está aquí. *Gracias a Dios*.

No había manera de confundir ese tono, y supongo que la inflexión al final estaba destinada a ponerme al día, y de paso a todas las personas que nos rodeaban, de cómo eran sus relaciones. A veces me pregunto por qué la gente está tan ansiosa por compartir su desdichada situación doméstica con extraños. Debe de ser porque a menudo es el único ruedo donde pueden decir lo que realmente piensan de la gente a la que concierne, y hay algo satisfactorio en ello. De cualquier manera, comprendí la situación. Después de todo, no es que fuera tan rara.

Como supe después, la historia de Candida era triste. Su madre era la hermana de la madre de Serena Gresham, lady Claremont, lo que convertía a las chicas en primas, pero la señora Finch había muerto siendo treintañera, creo que nunca averigüé de qué, y su viudo, al que ya miraban mal en la familia, una vez que se secaron sus lágrimas, había contraído lo que se llamaba un «desafortunado» matrimonio con una antigua agente inmobiliaria de Godalming, encasquetando a Candida una madrastra completamente inútil, y a la que además ella odiaba, y endilgando a los Claremont una casi cuñada infernal. Para empeorar las cosas, cuando la chica era adolescente, su padre, el señor Finch, también había muerto, de un ataque al corazón, dejando a Candida completamente en las garras de su viuda, a quien le había dejado cada penique que quedaba de su fortuna, así como la custodia de su hija. En ese momento su tía, lady Claremont, se había puesto por delante e intentaba llevar las riendas. Pero la señora Finch, de Godalming, no era alguien a quien se pudiera manejar fácilmente. Se hacía la sorda ante cualquier consejo sobre escoger un buen colegio, y fue enormemente difícil que concediera el permiso para que Candida pudiera hacer la temporada, que lady Claremont estaba pagando, o eso era lo que se suponía. Obviamente, todo esto colocaba a la chica en una posición inmerecida, y se la podría haber compadecido más, de no haberse comportado con esa actitud tan extraña y brusca. Tampoco la ayudaba su aspecto, con el pelo oscuro, rizado, despeinado, que a veces le daba la apariencia de un obrero. También tenía pecas, y una nariz igualita a la de Pinocho. Con todo eso, a Candida Finch no le habían repartido muy buenas cartas en el juego de la vida.

—Bueno. Es hora de marcharse, para todos. —Lady Dalton juntó las manos dando una palmada—. ¿Cómo vamos? ¿Quién tiene coche? —Varios de los padres apuraron sus martinis y levantaron la mano.

Un detalle muy diferente —y al que a menudo nadie se refiere— del mundo en el que viví una vez, pero que influía sobre cada minuto del día, es el tráfico. Lo que quiero decir es que no había. Por lo menos en comparación con el de hoy en día. Los coches que uno se encuentra ahora un día entre semana a media mañana en Londres solo se habrían visto a las seis de la tarde de un viernes a últimos de diciembre, cuando la gente abandonaba la ciudad por navidades. Todo este asunto imposible de poder aparcar todavía no había empezado. El tiempo que calculabas por trayecto era el tiempo que tardabas en hacerlo. Londres, o el Londres en el que vivíamos la mayoría de nosotros, todavía era pequeño, y era raro que alguien se fuera con más de

diez minutos de adelanto, antes de cualquier cita. Hablando del estrés inherente a estar vivo, no puedo ni contar la diferencia que suponía.

Existe otro contraste con respecto a donde vivíamos. Para empezar, en Londres, las clases semialtas y las altas todavía no se habían alejado de sus tradicionales nidos en Belgravia, Mayfair y Kensington —o Chelsea, si eran un poco más atrevidos—. Recuerdo a mi madre pasando en coche por delante de una hilera de casas adosadas de estilo georgiano, muy bonitas, en Fulham Road, antes de llegar al campo de fútbol. Yo admiré las casas, y ella se mostró de acuerdo.

—Son encantadoras —dijo—. Qué pena que nadie pueda vivir aquí.

Y si Fulham estaba fuera de la cuestión, Clapham, o peor, Wandsworth, no tenían lugar en sus vidas o en su mapa mental, más allá del lugar donde vivían sus criados, o donde uno podía encontrar vidrio tallado, o remendar una alfombra o encontrar una sala de subastas más barata. Esto cambiaría pronto, cuando mi generación empezó a casarse y comenzara el aburguesamiento de la orilla sur del Támesis. Pero a finales de los sesenta todavía no había sucedido. Recuerdo perfectamente ir en coche con mis padres para cenar con unos amigos suyos caídos en desgracia que, a falta de algo mejor, habían comprado una casa en Battersea, justo cuando empezaba esa nueva era. Mientras mi madre le leía con cuidado a mi padre, que iba al volante, las indicaciones para llegar, escritas a mano, y la ubicación de nuestro destino se iba haciendo más clara, levantó la vista del papel.

—¿Se les ha ido la cabeza? —preguntó.

Uno debe recordar que, hasta mediados de los sesenta por lo menos, podías encontrar una casa bastante barata en cualquier parte de la ciudad, así que no había necesidad de irse. Uno podía no vivir en un palacio, pero eso no significaba que no pudiera quedarse por los alrededores. Una vez residimos en la esquina de Hereford Square, y aunque parezca increíble, en la parte oeste por detrás, había un pequeño prado donde alguien mantenía un poni. En una esquina había una casa de campo, que probablemente procedía de algún arreglo con las caballerizas, y en mi infancia de mediados de los cincuenta, estaba ocupada por un actor, no demasiado famoso, y su esposa, alfarera. Eran encantadores y les visitábamos mucho, pero debían de ser pobres como ratas. A pesar de todo, allí estaban, viviendo en una casa en la esquina de una plaza que estaba bien considerada. La siguiente vez que entré en ese edificio fue treinta años más tarde. Había sido alquilado por una estrella de Hollywood que estaba rodando una película en los estudios Pinewood. Recientemente ha sido vendida por siete millones de libras. El resultado del auge inmobiliario no fue solamente que la gente se fuera de sus barrios de origen, sino también el final de la «mezcla» en la población de Londres. Los pintores arruinados y los escritores sin blanca no podían seguir viviendo en casas de campo minúsculas en Knightsbridge o detrás de Wilton Crescent, donde se codearon en su día con condesas y millonarios en las tiendas del barrio y en la oficina de correos. Profesores y poetas y catedráticos y exploradores y costureras y elementos políticos subversivos, a todos ellos les habían

echado. Habían sido sustituidos por banqueros. Y, como resultado, todos fuimos más pobres.

El Gran Salón de Grosvenor House era un lugar adecuado para el comienzo formal de la temporada. Destellaba con ese inconfundible *glamour* egocéntrico, típico de los sesenta, imitando al *art déco*, tan acertadamente calificado por Stephen Poliakoff como «euroesplendor». Uno atravesaba la recepción del hotel hasta llegar a una especie de galería donde una escalera ancha, con barandillas de aluminio, te conducía hasta el resplandeciente piso de abajo. Al verlo, de repente me alegré de haber ido. Era a principios de junio, una noche cálida, lo cierto es que demasiado cálida para que los chicos estuvieran cómodos, pues los fracs de aquellos días estaban hechos de lana, pero hay algo en una fiesta, en una tibia noche de verano, que siempre parece ser muy prometedor. Lo normal es que prometa más de lo que da.

Años después, antes de que se acabara todo, la temporada tendría en cuenta el periodo de exámenes y se encargaría de las chicas que se presentaban para sacar nota y todo eso, pero no por aquel entonces. Pues si a alguien se le hubiera ocurrido tal cosa en 1968 se le habría tachado de estrafalario, excéntrico, y muy de clase media. Recordándolo, me doy cuenta de que apenas había un padre que pensara que el futuro de sus hijas se diferenciaría de su propio presente, ampliado y extendido. ¿Cómo pueden haberse sentido tan seguros de sus expectativas? ¿No se les ocurrió que podría haber más cambios a lo largo del camino? Después de todo, su generación había experimentado los suficientes como para desviar el eje de la Tierra.

Me quedé por un momento al lado de la barandilla. Había algo bastante seductor en mirar desde lo alto a un salón de baile, aparentemente lleno de cisnes adornados con flores. En ese momento, y con independencia del acierto o del error de ese ritual, confieso que me sentía feliz de formar parte de él, mientras Lucy y yo bajábamos juntos, sonriendo y asintiendo, tal como se debe hacer. Desde el otro lado de la habitación, Serena me hizo un leve gesto, lo que fue agradable.

—¿En qué mesa está? —pregunté.

Lucy siguió mi mirada. No necesitaba que le dijera de quién estábamos hablando.

—En la de su madre. Es la que va de azul. La pareja que está hablando, a un lado, parecen los Marlborough, y estoy casi segura de que la gorda al lado de lord Claremont es una princesa de Dinamarca. Creo recordar que es una de las madrinas de Serena. —Decidí no insistir.

Lucy se detuvo.

—Ahí está tu amigo, no dejando para mañana lo que puede hacer hoy.

Unos pocos metros más adelante estaba Damian, bromeando animadamente con Joanna Langley.

No pensaba dejar que se saliera con la suya.

—Supongo que también es tu amigo —dije con hosquedad, lo que me valió una mirada de disculpa.

Observando con amargura a la parejita que cotilleaba estaba la trágica figura de

Georgina Waddilove. Lamentable Georgina. El estilo que era tan favorecedor para todas las demás no sacaba lo mejor de ella, y lo único que parecía era un enorme y blanco *blancmange*. Las flores, cosidas a una cascada de rizos postizos añadidos a su cabeza, parecían tiras de papel que se habían quedado enganchadas en un árbol. Me acerqué hacia donde estaba Damian.

—¿Te has traído tus cosas?

Damian asintió.

—Está todo en el guardarropa —sonrió a Joanna—. Me alojo con él esta noche.

—¿Tus padres no tienen un piso en Londres?

Al hacer esas preguntas era cuando Joanna se delataba. Como mínimo significaba que no era un miembro fundador de esta puesta en escena. Estoy seguro, aunque el tiempo haya pasado, de que no había malicia ninguna en ella, todo lo contrario, pero no había aprendido a ahorrarles la vergüenza a los demás al evitar cualquier tema que pudiera resultar delicado. Esto se debía en parte a que, a pesar de sus grandes expectativas, no estaba realmente interesada en el dinero. Si el motivo por el que los padres de Damian no tenían un piso en Londres era porque no se lo podían permitir, no tendría mala opinión de ellos. Lo que dice mucho de su generosidad de espíritu, más que la mayoría de nosotros. Damian, como siempre, ni se inmutó.

—No, no tienen —dijo, sin dar más explicaciones. Todavía no me había dado cuenta, pero nunca daba más información sobre sí mismo, a no ser que fuera una pregunta directa. Incluso así era medida cuidadosamente.

—Creo que mejor nos sentamos. —Georgina ya estaba harta de que la señorita Langley hubiera monopolizado a Damian, en sus propias palabras.

Sonreí a quien se dirigía su irritación.

—¿Estás con este grupo?

—¿Con *mi* madre? Por supuesto que no. —Joanna negó con la cabeza, riéndose, y me encontré observando el movimiento de su boca. Para mí, su belleza poseía una perfección hipnótica, como si uno estuviera al lado de un icono del celuloide proyectado en una pantalla invisible—. ¿No creerás que se iba a perder la oportunidad de ser la anfitriona de su propia mesa? —Cabeceó hacia algún lugar de la habitación y pude ver a una impaciente y pequeña mujer, nerviosa, con un montón de joyas, que miraba ansiosamente en nuestra dirección—. Mejor me voy. —Se fue tranquilamente.

—Supongo que tú también te vas —dijo Damian—. Piensa en mí.

Esto último fue añadido en un medio susurro bastante molesto, lo suficientemente alto como para que Georgina lo oyera, aunque no estoy seguro de que lo hiciera.

—No tenías por qué estar en este grupo. Podrías haber tenido mi sitio si no te hubieras conformado con la primera oferta.

No intenté que Lucy no escuchara esto, tampoco era ese mi propósito, así que Damian pudo contestarle directamente a ella.

—Citando a madame Greffulhe: «*Que j'ai jamais su*». —Lucy se rio. Pero en ese

momento la gente ya se estaba sentando, así que emprendimos el camino de vuelta a la mesa de su madre.

—¿Quién es madame no sé qué? —pregunté.

—Marcel Proust solía ir a sus fiestas cuando era joven. Años después, le preguntaron cómo era haber tenido a tal genio en su salón, y ella respondió «*Que j'ai jamais su!*».

—Si tan solo lo hubiera sabido.

—Precisamente.

Me quedé en silencio, preguntándome cómo era que Damian sabía este tipo de cosas. ¿Cómo advertía que Lucy iba a entender eso? Después supe que era uno de sus talentos. Como una ardilla, buscaba y almacenaba cualquier información extraña, en este caso la asombrosa noticia de que Lucy Dalton leía a Proust, y la guardaba para la ocasión en la que se podía utilizar para crear una unión, instantánea y mágica, que excluiría a todos los demás presentes, haciendo que él y cualquiera que fuese su objetivo formasen un conveniente grupo de dos. He visto a otros emplear ese truco, pero raras veces con tanto éxito. Nunca se equivocaba de momento. Lucy sonrió.

—Por favor, no me digas que te sorprende.

—Un poco. —Miré alrededor, a ese gentío que charlaba, se reía, arrimaba las sillas a las mesas con sus manteles blancos, relucientes—. Dudo que muchos de los que están aquí lean a Proust.

—Y si lo hicieran, no te lo dirían. Los hombres exagerarán lo que saben. Las mujeres lo esconderán.

Espero que esas palabras no tengan validez ahora, pero me temo que en aquel entonces sí las tenían.

Disfruté de mi silencio avergonzado, hasta que lo rompí.

—Creía que no te gustaba —dije, lo que parecía un *non sequitur*, pero no lo era.

Se encogió de hombros.

—Tampoco mucho. ¿Quién te dijo que le invité primero?

—Él. ¿Por qué? ¿Era un secreto?

—No —me miró—. Lo siento. Debería haberte invitado antes que a él. Creo que pensaba que ya ibas a ir.

Asentí cordialmente.

—Está bien. No te disculpes. ¿Por qué no deberías habérselo pedido primero? Es mucho más guapo que yo.

Lo que la irritó, tal como era mi intención, pero no tuvo oportunidad de contradecirme. Ya estábamos de vuelta con el grupo y lady Dalton nos estaba señalando los asientos que nos habían asignado. Me habían colocado entre Carla Wakefield y Candida.

Durante el primer plato hablé con Carla acerca de gente que ambos conocíamos y de dónde habíamos estudiado, de nuestros planes para el verano y de los deportes que practicábamos, hasta que se llevaron nuestro salmón a medio comer y trajeron el

consabido pollo, cuando me giré hacia mi otra vecina. Pude ver de inmediato que no me iba a servir seguir con más de lo mismo.

—Se te da muy bien esto, ¿no? —dijo, y aunque no estaba pronunciado del todo con un tono hostil, tampoco era muy amable.

—Gracias —contesté. Por supuesto, ella no había querido que fuera un cumplido, pero al tomármelo así no había dejado mucho espacio para que maniobrara. Le lanzó una mirada de ira a su plato. Intenté un enfoque más honesto—. Si no lo estás pasando bien, ¿por qué lo haces? —pregunté.

Me miró fijamente.

—Porque mi tía organizó todo esto antes de que se me diera a elegir. Porque es la única pariente que tengo a la que le importo algo. Y, sobre todo, porque no sé qué más podría hacer. —Como de costumbre, al hablar de su familia, se notaba su ira mal disimulada—. He estado a cargo de mi madrastra desde que tenía catorce años, y el resultado de su estafalaria lista de requisitos en lo que concierne a la educación femenina es que soy una inculta, estoy falta de formación y no estoy preparada para un trabajo, de ningún tipo. Y ahora se supone que tengo que «construirme una vida», signifique lo que signifique eso. Mi prima Serena me dice que las cosas irían mejor si conociera más gente en Londres. Y no se lo discuto, solo que no quiero conocer a más gente de este tipo. —Con un displicente resoplido señaló todo el salón.

Parecía muy duro haber perdido a tus dos padres antes de cumplir los dieciocho, aunque a Oscar Wilde le hubiera traído sin cuidado.

—¿Dónde has estudiado?

—En Cullingford Grange.

Había oído hablar de pasada de ese lugar.

—¿No está por Hertfordshire?

Candida asintió.

—Es el tipo de sitio donde se preocupan si lees demasiado, en vez de salir a disfrutar de un poco de aire. —Puso los ojos en blanco ante la singularidad de la elección de su madrastra—. Puedo recitarte las reglas del *hockey* hasta dormida, pero por desgracia no me enseñaron nada de literatura, matemáticas, historia, arte, política o la vida en general. —La creí, porque lo que me contaba me resultaba demasiado familiar.

Creo, o por lo menos rezo para que así sea, que procedo de la última generación de gente privilegiada que no prestaba atención a la educación de sus hijas. Incluso en 1968 había colegios mayores para chicas en Cambridge y Oxford, pero normalmente estaban llenos de las hijas de la intelectualidad burguesa. Las chicas de clase alta eran una rareza, y de hecho, la única que puedo recordar de mi curso se fue después de un trimestre para casarse con un hombre que tenía un castillo en Kent. Había excepciones, pero generalmente venían de familias que eran conocidas por mantener la excéntrica tradición de educar a sus mujeres, y no de la nobleza común y corriente. En cuanto al resto, los padres ahorraban de donde podían para mandar a los chicos a

Eton o Winchester o a Harrow, mientras que a las chicas las dejaban a cargo de alguna condesa belga y alcohólica, cuya principal consigna era no molestar a los padres.

Después de eso, una chica podía pasar un año en una escuela de señoritas, donde podía pulir su manejo de otros idiomas y su esquí, después pasaría otro año ocupada con su presentación en sociedad, y después de eso conseguiría un trabajo haciendo arreglos florales para las salas de reuniones, o preparando la comida para los directores, o trabajaría para su padre, hasta que encontrara al señor Adecuado que, con suerte, sería el heredero de lord Adecuado. Y eso sería todo. Si todo salía bien, el honorable señor Adecuado también resultaría adecuado para mamá y papá, pues ellos, al igual que sus propios padres antes, debían aprobar esa elección. Puede que a nuestras madres no se las obligara a casarse en los años treinta o cuarenta, pero se las había mantenido bien alejadas de matrimonios que sus padres pudieran no autorizar. Todos habíamos oído historias de tías o tías abuelas a las que habían mandado a estudiar arte en Florencia, o a vivir con la abuela en Escocia, o a que mejoraran su francés en algún castillo en los Alpes suizos, para alejarlas de un mal amorío y, a pesar de esas adictas a Barbara Cartland que piensan de manera diferente, normalmente funcionaba.

Con esto no quiero decir que todos los que seguían este camino fueran desgraciados. Muchos de ellos eran felices como perdices. Pasaban los primeros años del matrimonio en alguna parte de Londres que sus madres calificaban de insólita, y después, si habían escogido bien, se mudaban a la mansión propiedad de su suegro («Fizzy y yo solo estábamos *matando el tiempo* y pensamos que era hora de dejar paso a los chicos»). En algunos casos el padre era obstinado y no se quería ir, y en la mayoría no había casa que heredar, así que la joven pareja, generalmente, compraba una casa de campo o una granja, o, si las cosas iban *realmente* bien en el distrito financiero, una mansión estilo reina Ana en Gloucestershire o en Oxfordshire o en Suffolk. Después de eso, él se dedicaría a cazar y a quejarse de la política, los dos irían a esquiar y se preocuparían por los niños, y ella se dedicaría a la caridad, a recibir visitas, y si las cosas no iban *tan bien*, vendería joyería de imitación a sus amigas, que no podrían escapar. Hasta que los niños crecieran y llegara la época de encogerse, y luego morirse. Todo lo cual, antes de que lo olvidemos y empecemos a sentir demasiada pena por ellos, era mucho mejor que morirse de hambre en las llanuras de Uzbekistán.

¿Pero dónde dejaba eso a alguien como Candida Finch? Obviamente, era inteligente, pero su apariencia y su actitud no la ayudarían a compensar su falta de título académico, por decirlo de algún modo. Ni tampoco habría pensado que la certeza de encontrar un marido estaba a la vuelta de la esquina. Y no iba a tener mucho dinero. ¿Cuáles eran sus opciones?

—¿Sabes lo que te gustaría hacer? —pregunté.

Otra vez puso los ojos en blanco, exasperada.

—¿Qué *puedo* hacer?

—Te he preguntado lo que te *gustaría* hacer.

Esto fue suficiente para suavizarla un poco. Después de todo, era una pregunta de verdad.

—Creo que me habría gustado trabajar en una editorial, pero no tengo la titulación. Y antes de que sugieras que empiece a estudiar ahora, los dos sabemos que eso no va a suceder. Es demasiado tarde y ya he perdido mi oportunidad. Pensé que podría exprimirle unas cuantas libras a alguna de mis madrinas para invertir en una empresa de autoedición, pero deberían aceptar el hecho de que van a perder hasta el último penique, y todo para agenciarme el derecho de hablar de mi trabajo en las cenas que diera. Y eso es lo máximo que conseguiría.

—Ten cuidado de no estar dispuesta a fracasar solo para molestar a tu madrastra. No me parece que le fuera a importar mucho. —Estuve a punto de no decir estas palabras, porque, al fin y al cabo, no nos conocíamos tanto como para que estuviera justificado, pero ella se rio.

—Bueno, eso es cierto. —Su voz era más cálida de lo que había sido antes—. Sabes, esto se te da bien *de verdad*.

La cena se acabó, y mediante una señal previamente dispuesta, las debutantes vestidas de blanco se esfumaron, dejando las mesas ocupadas por los padres, los chicos jóvenes y la típica chica que no debutaba, enfurruñada y vistiendo de color. Era la hora de la ceremonia por la que habíamos venido y, aunque no voy a fingir el éxtasis de la expectación que se apoderó de las madres en todo el salón, el resto teníamos bastante curiosidad. Primero, una tarta enorme, como de unos dos metros de alto, fue llevada hasta el centro de la pista de baile. Después, la patrona del baile se levantó de su silla con sobrio esplendor y caminó hasta situarse a su lado. Creo recordar que siempre era lady Howard de Walden, pero a lo mejor me equivoco, a lo mejor se turnaba con la duquesa de otro sitio. De cualquier manera, era un peso pesado en las escalas por las que se miden esas cosas. No creo que todo eso hubiera podido funcionar si no lo fuera. Como tal, su rígida postura erguida y la segura dignidad de un monarca coronado, y un montón de mujeres parecían poseerla de manera natural, en contraste con la mayoría de sus hijas, le daba a toda esta operación una cierta credibilidad incluso antes de haber empezado. La banda comenzó a tocar, y miramos a lo alto de la escalera, donde las chicas del año estaban alineadas por parejas, una al lado de otra, preparadas, esperando. Después, lentamente, empezaron a descender con un ritmo medido, tan solemnes como si estuvieran desfilando en el funeral de un Papa.

Bajaron y las luces jugaron con las blancas flores entre sus relucientes rizos, con sus guantes largos y blancos, con el encaje blanco y la seda de sus vestidos, con sus rostros luminosos, altaneros, expectantes. Una vez que llegaban al final, cada pareja avanzaba hacia donde estaba la patrona, se inclinaba haciendo una reverencia cortés y se iba. No a todas les favorecía esto. Georgina parecía Godzilla envuelto en una

mortaja mientras se derrumbaba en tierra firme. Pero, en lo que respecta a la mayoría, había algo etéreo en su uniformidad. Sesenta versiones del ángel de Mons viniendo a aliviar el dolor de los que estábamos debajo.

Por supuesto, puede ser la sabiduría de verlo en retrospectiva, pero estoy casi seguro de que fue en ese preciso instante en el que me di cuenta por primera vez de que a lo que estábamos asistiendo no le quedaba mucho tiempo de vida. Que no habría muchas más generaciones participando en esta ceremonia o en ninguna que se le pareciera. Que la fantasía de nuestros padres de recuperar de algún modo algo del mundo antiguo, de antes de la guerra, para que sus hijos vivieran en él, era una quimera; y, resumiendo, que estaba presenciando el principio del final. Algo divertido, aunque probablemente no me creáis, es lo impresionante que era. Como en todas las disciplinas de movimiento sincronizado, la procesión era imperiosa al ser ejecutada, mientras venían y venían, pareja tras pareja, deslizándose escaleras abajo, haciendo una reverencia, marchándose. Todo esto ante una tarta enorme. Y con todo, no era nada ridículo. Probablemente suena ridículo cuando lo cuento. Absurdo. Incluso risible. Solo puedo decir que yo estaba allí, y que no lo era.

La demostración había acabado. Las chicas habían sido calificadas por su linaje, su estatus como las debutantes de ese año había sido confirmado y era hora de que empezara el baile. Para compensar la anterior solemnidad, la banda tocó una melodía que en ese momento era de las más famosas de la temporada, «Simple Simon Says», una de esas canciones que te agotaban, llena de instrucciones, no pedidas, para el que la está escuchando, «pon las manos en la cabeza, muévelo todo», de ese tipo, pero, aunque definitivamente era de mal gusto, también era perfecta para romper el hielo. Lucy ya estaba bailando con otro hombre del grupo, así que se lo pedí a Candida y fuimos juntos hasta la pista.

—¿Con quién estabas hablando, antes de la cena? —me preguntó. No necesité seguir su mirada para saber qué responder.

—Damian Baxter —dije—. Va conmigo a Cambridge.

—Tienes que presentarnos.

En ese momento me encontré por primera vez con una parte bastante terrorífica del repertorio de Candida. Cuando avistaba a alguien que le parecía atractivo, empezaba un ritual maniaco, que ella pensaba que era un flirteo, como si fuera una danza maorí de bienvenida, donde ponía los ojos en blanco, y lanzaba risitas por lo bajo, y se balanceaba, con unas carcajadas más propias de un albañil sediento que de una joven en su puesta de largo. Para ser justos, supongo que alcanzaba sus objetivos más inmediatos la mayoría de las veces, pues no había duda de lo que se estaba ofreciendo y no es que tuviéramos muchas más ofertas en esos días, pero no creo que, como rutina, condujera a una relación a largo plazo, y de hecho Candida se ganó la reputación, al finalizar la temporada, de ser algo así como una bicicleta usada. A mí nunca se me brindó el espectáculo de primera mano, pues no estaba interesada en mí, pero solo como testigo desde la platea ya era bastante desconcertante.

Siguiendo su hambrienta mirada, me volví hacia donde Damian estaba de pie, en el centro de un pequeño grupo que le admiraba. Serena Gresham estaba allí, riéndose, con Carla Wakefield y un par de chicas que no reconocí. Georgina estaba rezagada en su postura de siempre, contemplando rencorosa la diversión de otros. Vi que Andrew Summersby también formaba parte de su grupo y que la señora Waddilove estaba ocupada intentando entablar una conversación con él, o incluso yendo más allá, intentando que entablara una conversación con su hija. Pero ninguno de los dos se plegaba a sus deseos, supongo que por una total falta de interés por ambas partes. Un amigo mío de Atlanta siempre ha llamado a este tipo de intercambio social «bombar barro». Estaban siendo observados desde el otro lado de la mesa por una mujer mayor, es de suponer que una de las invitadas de la señora Waddilove, pero no la llegué a reconocer. Te chocaba, incluso con tales acompañantes. Su cara era como la de una elitista muñeca holandesa, y la extraña combinación de su improbable pelo casi negro, más propio de Benidorm que de un británico de raza, con un par de penetrantes ojos azul claro, moteados de verde y ámbar, hacían que pareciera un poco loca, mitad Lizzie Borden, mitad armiño. Estaba muy rígida mientras escuchaba decaer la conversación, pero su quietud contenía un aviso interno de peligro, un animal de rapiña, sin moverse pero listo para saltar.

—¿Quién está frente a la señora Waddilove y Andrew Summersby?

Candida despegó los ojos del repaso que le estaba dando a Damian y echó un vistazo.

—Lady Belton. La madre de Andrew.

Asentí. Me lo podría haber figurado, pues ahora podía ver que su hermana, Annabella Warren, estaba entre las chicas del grupo de los Waddilove. Miré otra vez a *Madame Mére*, mientras ella examinaba las tropas. Había oído hablar de lady Belton, pero no la había visto hasta esa noche. Un vistazo fue suficiente para avalar la verdad de su reputación.

La condesa de Belton no le caía bien a casi nadie, probablemente porque no era agradable. Era estúpida, esnob hasta el punto de la demencia e inexplicablemente arrogante. Es cierto que no era presumida, ni extravagante, pero lo llevaba a tal nivel que dejaba de ser una virtud. De hecho, esa noche iba vestida con lo que parecía salido del escaparate de una tienda de ropa de segunda mano de West Hartlepool. Después llegaría a conocerla y la odiaría, pero, a pesar de todo, de una curiosa manera que no puedo llegar a explicar, tenía algo. A lo mejor era su completo rechazo a adaptarse a su tiempo lo que le daba su convicción moral. Es cierto que se distingue con nitidez en mis recuerdos, entre las madres de ese año, aunque por aquel entonces todavía no había conocido a su atribulado marido, que siempre parecía encontrar una excusa para mantenerse lejos, y solo había charlado de paso, y no mucho más, con lord Summersby, el gordo y aburrido hijo mayor y heredero. Pero, incluso sin toda esa información, pude ver de inmediato que la madre de Georgina era demasiado obvia, y que su ambición no era muy realista.

Observando cómo repartía sonrisas entre todos, tratando de capturar el interés de su hija, Candida dijo en voz alta lo que yo estaba pensando:

—Siga soñando, señora Waddilove.

Tenía razón. Era una fantasía imposible. Quedaba claro, incluso para el más ocasional de los espectadores, que los prejuicios de lady Belton nunca iban a apoyar una unión con alguien como los Waddilove, por muy contenta que estuviera esa noche de cenar y beber a gastos pagados. Ni siquiera se le habría ocurrido, aunque la chica hubiera sido guapa. A no ser que se hubiera tratado de una cantidad de dinero equivalente, más o menos, al total de la deuda africana. En lo que al chico se refiere, yo ya sospechaba que era incapaz de pensar por su cuenta, y tendría razón. Pero de cualquier modo, la triste verdad es que Georgina no era del tipo de las que inspiran un amor loco.

Bailamos. Como el chaval bien educado que era entonces, acompañé a mi anfitriona, lady Dalton, una costumbre observada por todo el mundo en aquellos días, pero que ya se ha abandonado casi por completo. Para mí, siempre había algo ligeramente cómico en ello, mientras uno guiaba a esas mujeres de mediana edad en la pista, ella deseando que tocaran un foxtrot, tú deseando que se acabara de una vez, tu mano posándose sobre el rígido corsé que normalmente se notaba a través de la tela del vestido, pero, aunque yo lo encontrara gracioso, no me alegro de que la tradición de bailar con los padres de los amigos haya desaparecido. Tendía un puente entre generaciones, en nuestra sociedad cada vez más fragmentada, y sospecho que esos puentes que han desaparecido nos podrían ser útiles.

—¿Sabes a lo que te quieres dedicar cuando acabes la universidad? —preguntó amablemente, mientras nos tambaleábamos sin ritmo alguno.

Negué con la cabeza.

—En realidad no. Todavía no.

—¿No hay obligaciones que tengas que atender?

Otra vez respondí negativamente.

—No hay tierras que heredar, o negocio familiar en el que entrar.

—¿En qué trabaja tu padre?

En ese momento, a finales de los sesenta, esta pregunta hubiera rozado el límite de la impertinencia, pues los ingleses de clase alta todavía no habían abandonado la pretensión de que sus actividades profesionales eran debido a un interés personal, una afición casi. Pero, por supuesto, lady Dalton estaba haciendo la debida investigación.

—Es diplomático. Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores ya no está buscando gente como yo, aunque quisiera seguir sus pasos.

Lo que era más o menos cierto. Si yo hubiera sido un candidato excepcional las cosas podrían haber sido diferentes, pero para las admisiones más comunes el ministerio, siempre con sus propias reglas, había decidido en algún momento de los sesenta que los días de los embajadores de la nobleza habían concluido, y de ahí que ese rol debiera ocupar un puesto inferior en la sociedad, supongo que para ser tomado

más en serio por la intelectualidad de después de la guerra. O eso, o era una manera de virar sus lealtades políticas. Cuarenta años después, los resultados son ambiguos, especialmente porque esas medidas no fueron adoptadas por la Europa continental. El embajador británico de hoy en día generalmente es considerado un bicho raro en las capitales mundiales, tanto por la brigada internacional como por la sociedad de cualquier ciudad en la que se encuentren. Se puede pensar que esto ha disminuido nuestra oculta influencia. Pero quizás era lo que estaban buscando.

Lady Dalton asintió.

—Va a ser *muy* interesante ver qué rumbos tomáis todos vosotros.

Y con eso la música terminó, y la acompañé de vuelta a la mesa. Era una mujer agradable, y nos mostramos simpatía mientras nuestros caminos se cruzaron, pero desde ese momento había perdido todo interés en mí.

En algún momento, sobre la una de la mañana, el líder de la banda se aproximó al micrófono, y nos ordenó que fuéramos al galope con nuestras acompañantes, y con esta señal ya sabíamos que la fiesta se acercaba a su fin. Como siempre, comparándola con las generaciones más modernas, parece del todo increíble que nosotros, que después de todo estábamos formando parte de los locos sesenta, todavía termináramos muchas de las fiestas con los jugueteos que se llevaban en esa época, pero así era. A diferencia de los bailes escoceses que también formaban parte de la mayoría de las fiestas, el galope era siempre lo último, y realmente era solo una excusa para demostrar lo borracho que estabas. Cogías a alguna desafortunada y corrías por toda la pista, chocándote, intentado seguir el compás de la música que sonaba, pam, pam, pam, de manera imprecisa, cayéndote, gritando y sobre todo demostrando que tenías buen perder. No hace falta decir que había algo desesperado en todo ello, incluso una tristeza solitaria, cuando se observaba a esas chicas que venían del campo chillando, con los tirabuzones estropeados, los vestidos a menudo destrozados, el maquillaje desapareciendo y dejando ver sus carrillos rojos y relucientes de sudor. En todo caso, nosotros, los juerguistas de 1968, lo bailábamos, y con eso, el baile de la reina Carlota finalizó otro año más.

El piso de mis padres estaba en la planta baja de un edificio en Wetherby Gardens, una calle entre South Kensington y Earl's Court. En esos días era como atravesar del cielo al infierno, y para mi madre era un detalle importante el que estuviera mucho más cerca de la primera calle que de la segunda. Por supuesto, ahora mismo, en cualquiera de las dos, el precio de un apartamento sería mayor que el de los rubíes. Al igual que la casa de Londres de los Dalton, el antiguo salón de la familia victoriana, para quienes había sido construida, había sido dividido en una sala, un recibidor y, en nuestro caso, una cocina. Lo que parecía haber sido una especie de biblioteca se había convertido en un comedor pequeño y oscuro, casi un cuchitril, y lo que debía haber sido una salita encantadora, que daba al jardincito que había al lado del edificio, y más allá, al parque, más grande y que usaba todo el bloque, se había dividido en dos habitaciones, teniendo que mover de forma poco

satisfactoria la pared, hecha de papel, para que cada una tuviera la mitad de la doble puerta y una proporción razonable de ventana. Como muchos de su generación, mis padres no se preocupaban por su alojamiento. Cuando después, en los setenta y los ochenta, todos empezamos a tirar paredes y a mover los cuartos de baño de sitio y a reformar los áticos, lo contemplaron medio horrorizados, mi padre en particular, porque creía que si Dios hubiera querido que ese estante hubiese estado en un sitio diferente, ya lo habría colocado, y ¿quién era él para entrometerse en lo que decidía la providencia? En verdad es un poco raro cuando se piensa cómo nuestros antepasados de los siglos XVIII y XIX no le daban importancia a derruir las antiguas casa familiares para construir algo que estuviera más de moda en su lugar. A lo mejor tenía algo que ver con el racionamiento, o el apañárselas durante la guerra.

Ya estaba en la cama y dormido cuando me vi devuelto a la consciencia por el repetido zumbido del timbre. Por un momento adoptó la forma de las campanas de una iglesia tocadas, por alguna extraña razón, por William Ewart Gladstone, pero me desperté cuando continuó.

Damian se disculpó muchísimo.

—Lo siento tanto. Debería haberte pedido una llave. Pero pensé que te ibas a venir con el resto de nosotros.

—¿Adónde?

Se encogió de hombros, con toda tranquilidad.

—Por ahí. Hemos ido a Garrison a tomarnos una copa, y después fuimos a por un bocadillo y un café a ese antro al otro lado del puente de Chelsea.

Da la casualidad de que hicimos eso mismo bastantes veces a lo largo del año, chicos y chicas vestidos de gala, haciendo cola al amanecer detrás de los motoristas, para conseguir un bocadillo de panceta en el pequeño puesto de madera que estaba al lado de la central eléctrica. Eran muy agradables esos motoristas, y normalmente eran simpáticos, les hacía gracia nuestra pinta de consentidos, no lo veían como una ofensa. Les deseo lo mejor.

—¿Acabasteis ahí?

Damian sonrió.

—No del todo. Terminamos en la casa de los Claremont.

—En la calle de los Millonarios.

—Al lado del palacio de Kensington.

Asentí.

—Esa misma —dije. Qué compuesto y tranquilo parecía. Podía haber estado a punto de salir, en vez de llegando a casa tras lo que solo se podría describir como una larga noche—. Has estado ocupado. ¿Cómo lo conseguiste?

Se volvió a encoger de hombros.

—Serena lo sugirió, y no vi razón alguna para negarme.

—¿Despertasteis a sus padres?

—A la madre no. Su padre bajó y nos pidió que no hiciéramos mucho ruido. —

Paseó una mirada imprecisa por la habitación.

—¿Te apetece una copa?

—Bueno, solo una. Si me acompañas.

Serví dos vasos con *whisky* y agua.

—¿Quieres hielo?

—No gracias.

Aprendía rápido.

—¿Y qué ha pasado con Georgina? ¿Estaba contigo?

Apenas pudo contener la risa.

—No, gracias a Dios. Ni siquiera tuve que mentir. Iban a dejar de camino a lady Belton y a Andrew, y la señora Waddilove no iba a dejar que Georgina se escapara.

Había algo ligeramente insatisfactorio en todo eso.

—Pobre Georgina. Creo que está un poco enamorada de ti.

Esta vez sí se rio.

—Hay muchos con esa misma carga. —En ese momento me pareció que tener ese tipo de autoestima, a nuestra edad, era una bendición. Él malinterpretó la envidia en mis ojos, confundiéndola con desaprobación, y se apresuró a tranquilizarme—. Venga ya. La he acompañado al baile de la reina Carlota. Siempre seré agradable con ella cuando nos encontremos. No puedes esperar que me case con ella solo porque fue la primera que me invitó a una fiesta.

Y, por supuesto, no podía esperar eso, y no lo hacía.

—Tan solo trátala bien —dije. Después le llevé por el pasillo y le enseñé lo que normalmente era mi habitación, bastante estrecha. Pero mis padres estaban en el campo y yo había decidido dormir en la suya—. ¿Era lo que te esperabas? —pregunté, cuando estábamos a punto de cerrar nuestras respectivas puertas—. ¿O te ha decepcionado?

—No sé lo que esperaba. —Damian se lo pensó por un instante—. Y no estoy en condición de decepcionarme por nada. —Hizo una pausa—. Hay una cosa en la que sí me he fijado, y a lo mejor envidia. —Esperé—. Todos vosotros pertenecéis a algo, incluso si no está muy claro a qué. Contrariamente a lo que se cree, no es necesario que todos conozcáis a todos, y está claro que no todos os caéis bien. Pero tenéis una cierta identidad de grupo, y yo no formo parte de él.

—A lo mejor en un futuro.

Negó con la cabeza.

—No. Pero no creo que quiera serlo. No por mucho más tiempo, de cualquier manera. Tengo la sospecha de que antes de que esto finalice yo seré el que pertenezca a algo. Y vosotros no.

Y, por supuesto, eso fue lo que pasó.

Cuatro

No puedo decir con total exactitud si me reí o más bien lloré cuando me enteré, a finales de 1970, de que Lucy Dalton se iba a casar con Philip Rawnsley-Price. Recuerdo que me resultó muy chocante. No solo por su extraño y poco sutil cortejo, a ella y a cualquier otra que se parara a escucharlo, lo que hacía de él un personaje que dejaba mucho que desear. Había nacido así. Tenía una de esas caras planas, como una máscara de carnaval que se encontrara en la carretera y a la que hubiera atropellado un camión. Su piel era cetrina, casi aceituna, pero esto no le daba un aire exótico, aunque podría haberlo hecho. Más bien parecía un ascensorista latino y achacoso, con ojos saltones y húmedos descansando en un charco de arrugas, dos huevos fritos en aceite. Después de lo que pareció un compromiso muy corto, me invitaron a la boda y fui, pero fue algo muy sobrio y ligeramente desconcertante. Lady Dalton no estaba tan alegre como de costumbre, y mientras nos besaba y nos llevaba a la fila, y mientras todas las normas se iban cumpliendo —la vieja iglesia del pueblo, la marquesina en el jardín, los platos de entremeses poco apetecibles, el champán, bastante bueno—, ninguno parecía estar celebrándolo con mucho ánimo. Incluso los discursos fueron bastante típicos, y lo único que merece la pena recordar fue cuando el anciano tío de Lucy se olvidó de lo que tenía que hacer y se dirigió a todos nosotros como «compañeros», aunque de qué pensaba que éramos compañeros, nunca se supo.

Obviamente, todo esto fue comprensible cuando Lucy tuvo una niña a principios del año siguiente. Vi a la pareja durante un tiempo después, en cenas ofrecidas por otras chicas como ella y otros chicos como yo, pero bastante antes de que el *Manual para Sloane Rangers* hubiera conferido un nombre y una identidad a esa tribu. En mis tiempos se las llamaba las chicas de las perlas y nosotros éramos las maravillas sin barbilla. Pero mi opinión de Philip nunca fue muy buena, incluso cuando los bailes terminaron y todos empezamos a madurar un poco. Era uno de esos que conseguía combinar el fracaso total con una asombrosa arrogancia y, al final, la vida se encargó de separarnos con dulzura. Además, habían adoptado de manera entusiasta los valores de los sesenta (que, como sabemos, en realidad sucedieron en los setenta) y, como muchos otros, tuvieron que encontrar el modo de lidiar con la decepción que les embargó, una vez que quedó claro que la Era de Acuario no iba a ocurrir, después de todo. Se fueron de Londres, mientras Philip pasaba por una serie de trabajos o, como él llamaba, profesiones, la última de las cuales, me enteré en ese momento, era una especie de tienda que él y Lucy habían abierto en Kent. Por aquel entonces, habían intentado que funcionara un servicio de restauración, de alojamiento, de equitación deportiva y creo que también algo relacionado con las propiedades inmobiliarias, y todos ellos habían tenido su momento, así que era difícil sentir optimismo por su proyecto a largo plazo, y tenía curiosidad por ver si el número de teléfono de la lista todavía estaba vigente, cuando la llamé por primera vez en treinta años, creo. Pero

Lucy respondió, y después de las bromas con las que comenzamos, le expliqué que iba a estar por su vecindario a la semana siguiente y que había pensado que estaría bien pasarme por allí y ponernos al día. Hubo una ligera pausa cuando lo propuse. Después volvió a hablar.

—Por supuesto. Qué bien. ¿En qué día estabas pensando?

—El que tú quieras. Organizaré todo lo demás dependiendo del día que estés libre. —Lo que era un poco injusto por mi parte, pero sospechaba que si hubiera concretado alguno, justo hubiera sido el día que ella no podía. De esta manera no tenía alternativa, excepto la de ceder con dignidad.

—No esperes una gran comida. No he mejorado en la cocina desde la última vez que nos vimos.

—Solo quiero ver dónde vives.

—Me halagas. —No parecía muy halagada, pero a pesar de eso, el jueves siguiente me encontré atravesando los caminos de Kent, dirigiéndome a Peckham Bush.

Seguí las instrucciones, hacia el centro y después al otro lado, hasta que al final me encontré con un hueco entre dos verjas y conduje por un sendero pedregoso hasta una antigua granja. Unos carteles grandes me señalaron una tienda iluminada en exceso y un aparcamiento con demasiadas plazas libres, pero la casa, de tejas rojas, estaba situada un poco más allá de este comercio, así que aparqué allí. No había salido del coche cuando Lucy apareció.

—Bueno, hola —dijo. Como ya he explicado, no nos habíamos visto en muchos años, y solo con esos intervalos tan largos podemos medir la crueldad del tiempo y, en este caso, también la decepción.

Las cosas no siempre fueron así. En lo que ahora sé que era la comedia manera de los días de nuestra juventud, ella había sido la mimada de los medios de comunicación a su manera, una chica de moda, una precursora de la cultura de la fama que pronto nos iba a asediar. La razón para eso fue que, al contrario que la mayoría de las chicas, ella había adoptado la moda de los sesenta hasta un cierto punto, no tanto como para que las madres se asustaran. Llevaba las minifaldas un poco más cortas y el lápiz de ojos un poco más oscuro, y decía cosas para que los periodistas se rieran. Alababa a esos «atracadores tan monos de los trenes» o declaraba que el Che Guevara era el mártir más *sexy* del mundo. Una vez le preguntaron por su momento más feliz, y respondió que cuando a P. J. Proby se le rompieron los vaqueros, lo que le valió el titular del *Evening Standard*. Era una rebelión suave, una subversión de guardaría, el aprobar todos los valores que destrozarían su propia clase, pero con una sonrisa descarada. Le sentaba bien y aumentaba su caché y, durante la temporada, había habido pases de modelos y fotos en las páginas de sociedad del *Tatler*, que hoy se leerían como mensajes de una tierra olvidada: «Las debutantes de este año», «Las modas que hay que seguir», «Las jóvenes que marcan tendencia», y ese tipo de cosas. Lord Lichfield le pidió permiso

para hacerle una foto, y ella aceptó, y recuerdo con claridad que alguna gloria, ya olvidada, de la televisión (era un concepto tan nuevo que no le había dado tiempo a secarse) la invitó a su programa. Ella dijo que no, por supuesto, ante la insistencia de su madre, pero solo el hecho de habérselo pedido le había concedido una cierta distinción.

De toda esa diversión y esa pompa no quedaba ni un solo rastro en la cara cansada y triste que tenía delante. Todavía llevaba el pelo suelto y a la altura de los hombros, pero ya no tenía vida, y era lacio, escaso y canoso. Su ropa, que una vez había sido atrevida, ahora era simplemente vieja: vaqueros viejos, camisa vieja, zapatos viejos y gastados. Cubrían su desnudez, y eso era todo. Incluso su maquillaje no era más que el agotado reconocimiento de que era una mujer. Hizo una seña con la cabeza en dirección a la casa.

—Entra.

Después de empezar así, fue casi un alivio descubrir que el tiempo no le había hecho interesarse más por lo doméstico. De hecho, parecía como si una bomba acabara de explotar en el recibidor, desplazando cada posesión de la familia a un nuevo e ilógico lugar. Hay un tipo de casa desordenada que no se puede explicar tan solo por la pereza de quienes la ocupan, donde una especie de ira, una protesta contra los valores de este mundo parece estar implicada en ese maremágnum, y le concederé a Lucy el beneficio de pensar que esta era una de esas. La casa entera parecía haber sido decorada en la peor etapa de los setenta, con llamativos y deprimentes estampados en naranja y marrón, carteles enmarcados de películas sobrevaloradas y un montón de mimbre y telas navajas. La cocina tenía los predecibles listones de pino, terracota y las superficies alicatadas, las juntas de las baldosas negras por la mugre. Las paredes estaban llenas de estantes, que contenían un revoltijo de tazas que no hacían juego, fotos de los niños, baratijas ganadas en una feria de hacía muchos años, páginas de revistas arrancadas por alguna razón. Y suciedad. Lucy miró a su alrededor, viéndolo todo como si fuera una novedad, tal como pasa cuando llega un extraño.

—Jesús. Creo que me he metido en un berenjenal. Te pongo algo de beber y nos vamos de aquí.

Rebuscó en la enorme nevera y encontró una gran botella, medio llena, de Pinot Grigio y tras coger dos vasos turbios, casi afelpados de debajo del fregadero, me guio hasta lo que debía de haber sido el saloncito de la esposa del granjero que vivió allí una vez, tan pulcramente, antes de que el mundo se pusiera patas arriba.

En todo caso, el monótono caos, que amenazaba con que todo se cayera a cachos, era todavía más descorazonador que en las otras habitaciones por las que habíamos pasado, con sus cansados tapetes de ganchillo sobre los bulbosos sofás y las sillas desaparejadas, y una estantería hecha con ladrillos y planchas de madera. Un retrato bastante bonito de una mujer joven de 1890 colgaba ladeado sobre la repisa de la chimenea, haciendo una declaración de improbable estatus, que pertenecía a otra

época y a otro lugar. Dos invitaciones y una factura estaban insertas entre el marco y el cuadro. Lucy siguió mi mirada.

—Me lo dio mi madre. Pensó que ayudaría a que la habitación pareciese un poco más normal. —Se acercó y lo enderezó.

—¿Quién es?

—Mi tatarabuela, creo. No estoy segura.

Por un momento pensé en esa otra lady Dalton, regresando de cabalgar, vistiéndose para el almuerzo, podando los rosales. ¿Qué pensaría de haber acabado en este cubo de la basura?

—¿Dónde está Philip?

—Me temo que en la tienda. No puede irse, de verdad. Te voy a dar algo de comer, y después vamos a dar un paseo. —Bebió de su vino.

—¿Qué tal va la tienda? —Sonreí abiertamente. De hecho, podía sentirme intentando inyectar con todo propósito algo de dinamismo en lo que decía, aunque no sé si estaba intentando animarla a ella o a mí mismo.

—Oh, va bien —sonrió vagamente—. Creo. —Obviamente, otra de las empresas de Philip estaba a punto de morder el polvo—. Lo que pasa es que una tienda es mucho compromiso. Antes de abrirla, pensaba que vendrían amigos a todas horas a charlar y a tomar el té y hacer bizcochos y todo eso, pero no. Estás de pie, hora tras hora, hablando con completos desconocidos que nunca saben lo que quieren. Y para cuando terminas de pagarlo todo, ya sabes, la mercancía y la gente que te ayuda y todo lo demás, solo te quedan unos tres peniques. —Pronunció esas palabras a la manera antigua: «trépenques». Por un instante, sentí mucha nostalgia.

—¿Y qué harás si lo dejáis?

Se encogió de hombros.

—No estoy segura. Philip tiene la idea de alquilar cuadros a la gente.

—¿Qué cuadros? ¿Y a qué gente?

—Lo sé —admitió mi duda con deslealtad—. Yo tampoco lo entiendo. Cree que podemos sacar bastante dinero, pero no sé cómo. ¿Te va bien algo de pasta italiana?

La seguí a la cocina llena de gérmenes y la observé mientras sacaba de la nevera cuencos llenos de sobras, oscuras cosas a medio comer. Empezó a cambiar platos de sitio y golpear cazuelas para organizar nuestra comida.

—¿Cómo está tu madre? —pregunté.

Lucy cabeceó rumiándolo, como si de algún modo esta pregunta ya hubiera sido el tema de una larga deliberación.

—Bien. Está bien. —Me miró—. ¿Sabes que vendieron Hurstwood?

—No, no lo sabía. Lo siento.

Negó con firmeza.

—No lo sientas. —No lo iba a tolerar—. Lo mejor que podría haber pasado. —Tras haber soltado esto con la severidad de un oficial zarista, hasta llegar al punto de no lamentarse, se permitió relajarse y explicarlo—. Fue hace unos cuatro años y por

supuesto lloré mucho cuando pasó, pero no había otra opción. No cuando papá hizo las cuentas. Y lo bueno es que ahora son libres, por primera vez en sus vidas. A Johnny nunca le interesó mucho quedarse con la casa, así que en realidad... —Dudó, intentando encontrar una palabra que no hubiese empleado ya, y que apoyara su razonamiento. Fracasó—. Está bien.

Este fenómeno, en el que los perdedores de una revolución tratan de demostrar su apoyo y su aprobación a los cambios que les han destruido, siempre me ha fascinado. Supongo que desciende del síndrome de Estocolmo, por el que víctimas de un secuestro empiezan a defender a sus captores. De hecho, les hemos visto y oído en muchas ocasiones en las anteriores décadas, especialmente entre esos pijos que están dispuestos a demostrar que no se van a quedar atrás. «No debemos aferrarnos al pasado —dicen alegremente— tenemos que movernos con los tiempos». Cuando el único movimiento posible para ellos, una vez que todos sus valores han sido menospreciados y destrozados, es descendente y de salida.

—¿Dónde están viviendo? —pregunté.

—Bastante cerca de Cheyne Walk. Tienen un piso en uno de esos edificios.

—¿Y Johnny y Diana? ¿Cómo les ha ido? —Había llegado a conocer al hermano y a la hermana de Lucy, no demasiado, pero lo suficiente como para sonreír y besarnos cuando nos encontrábamos.

—Johnny tiene un restaurante. En Fulham. Por lo menos, tenía un restaurante en Fulham. La última vez que hablé con él parecía que estaba descarrilando un poco. Pero le irá bien. Siempre ha tenido muchas ideas.

—¿Casado?

—Divorciado. Dos niños, pero viven con su ex, cerca de Colchester, lo que es un poco duro. Mamá hizo un esfuerzo horroroso al principio. Pero ya sabes cómo es, eso significaba horas de tren para los niños, y todo lo que querían hacer para cuando llegaban era irse a casa. Así que lo ha dejado un poco de lado por el momento, pero dice que será mucho más fácil en cuanto hayan crecido un poco.

Lucy trajo los poco apetitosos platos de pasta grisácea y amarillenta, embadurnada con lo que parecían ser tripas de conejo, y lo puso con reverencia ante mí. La viajada botella de Pinot Grigio había vuelto a hacer su aparición.

—¿Cómo era su esposa? —Levanté mi tenedor sin entusiasmo.

—¿Gerda? Un poco sosa, para ser honestos, pero no es horrible ni nada. No era nadie que conocieras. Es sueca. Se conocieron en el festival de Glastonbury. La verdad es que me caía bastante bien, y la ruptura fue muy civilizada. Es que no tenían nada en común. Ahora está casada con un neurocirujano, y parece que le va muy bien.

—¿Y qué tal Diana? —Siempre pensé que la hermana mayor de Lucy era la más guapa de las dos. Se parecía a Deborah Kerr de joven y, a diferencia de su desenfadada hermana, poseía una cierta serenidad, inusual en alguien de su edad. Todos pensábamos que era un buen partido y, para alegría de su madre, tenía una

relación bastante seria con el heredero de una comarca limítrofe cuando la conocí, aunque más tarde me enteré de que al final no había funcionado. Me di cuenta de que la pregunta había traspasado ligeramente la coraza de Lucy, y llegué a entender, antes de que me lo dijera, que las cosas tampoco iban muy bien por ahí. Parecía que el tiempo no se había portado muy bien con ninguno de los Dalton.

—Mucho me temo que a Diana no le va *muy* bien ahora mismo. También se ha divorciado, pero el suyo fue un poco más nefasto.

—Sé que no se casó con Peter Berwick.

—No. Una pena, aunque nunca pensé que lo diría. Siempre era tan estirado y tan aburrido cuando salían, pero ahora, con el prisma de los años, parece el Paraíso Perdido. Su marido era americano. Tampoco le conoces. Ni yo, si no hubiese tenido que hacerlo. Se conocieron en Los Ángeles y él no deja de decir que va a volver, pero todavía no lo ha hecho. Mala suerte.

Tuve un repentino y vívido recuerdo de Diana Dalton riéndose con una broma que le había contado. Estábamos sentados al lado en el comedor de Hurstwood, antes de ir a un baile que se celebraba cerca. Estaba bebiendo en ese momento, y se le salió el líquido por la nariz, aterrizando en el regazo del teniente, que estaba sentado al otro lado, sin tener culpa de nada.

—¿Tuvo hijos?

—Dos. Pero por supuesto ya son adultos. Uno está en Australia, y el otro trabaja en un kibbutz cerca de Tel Aviv. Es un poco molesto, porque desde que ha estado en el psiquiátrico Priory todo esto nos ha tocado a mamá y a mí.

Una frase más y habría llorado. Pobre lady Dalton. Pobre sir Marmaduke. ¿Qué habían hecho para merecerse esta aniquilación, obra de las furias? La última vez que les vi eran el vivo retrato de la clase que había regido el imperio. Manejaban sus propiedades, desempeñaban su papel en la aristocracia local, asustaban al pueblo y, en general, cumplían con su deber. Y yo demasiado bien sabía que habían soñado con un futuro para sus hijos, que consistía en más de lo mismo. Era cierto que sus ensueños no guardaban ninguna semejanza con lo que habían tenido que pasar. Me acordé de lady Dalton en el baile de la reina Carlota, interrogándome con sutileza acerca de mis perspectivas de futuro. Qué matrimonios más espléndidos había planeado para sus dos hijas, que eran guapas y divertidas y con buenos apellidos. ¿Acaso habría destrozado el universo, si tan solo uno de sus sueños se hubiera hecho realidad? En vez de eso, en estos cuarenta años, el edificio de los Dalton al completo, que había tardado siglos en construirse, se había derrumbado. Su dinero había desaparecido y lo poco que quedaba pronto se vería engullido por el hijo casquivano y por el yerno irresponsable. Esto, si las facturas del Priory no lo agotaban antes. ¿Y qué crímenes merecían tal castigo? Que los padres no habían entendido cómo lidiar con los cambios que traían los años, y que los tres hijos se habían creído los cantos de sirena de los sesenta, y habían invertido todo en ese mundo nuevo que les prometía tales falacias.

Hubo un ruido en la puerta.

—Mamá. ¿Lo tienes?

Alcé la vista. Una chica de unos veinte años estaba allí. Era alta, y podría haber parecido bastante guapa si no hubiera estado envuelta en una neblina airada, irritable e impaciente, como si le estuviéramos haciendo esperar sin necesidad. No era la primera vez que me encontraba con ese fenómeno, otro subproducto de la revolución social de las últimas cuatro décadas, donde los padres de hoy en día a menudo pertenecen a una clase social totalmente diferente a la de sus hijos. Estaba claro que esta era la hija de Lucy, pero hablaba con acento del sur de Londres, duro y desagradable al oído, y su trenza y sus toscas ropas le contarían a un desconocido historias de esfuerzos prolongados en una casa de protección oficial en la que no entraba el suficiente dinero, no de los fines de semana que pasaba con su abuelo, el *baronet*. Habiendo conocido a Lucy más o menos a la misma edad, puedo ser testigo de que podrían proceder de galaxias diferentes, por todo lo que tenían en común. ¿Por qué no les importaba eso a sus padres? ¿O acaso no se daban cuenta? ¿No es acaso el deseo de criar a los jóvenes con los hábitos y costumbres de tu propia tribu, uno de los imperativos más fundamentales del reino animal? No es como si algún estrato de la sociedad se librara de esto. En cualquier parte de la moderna Gran Bretaña, los padres están criando cucos, extraños de una tierra extranjera.

La que acababa de llegar no me prestó atención. Estaba claro que solo estaba interesada en obtener una respuesta a su pregunta.

—¿Lo tienes, mamá? —Las bruscas palabras se quedaron flotando en el aire.

Lucy asintió.

—Lo tengo. Pero solo lo tenían en azul.

—Oh, no. —Escribo «Oh, no», pero la verdad es que estaba mucho más cerca de «ouh, nou». Parecía Eliza Doolittle antes de que Higgins la tomara bajo su custodia —. Lo quería en rosa. Te dije que lo quería en rosa. —Es decir: «Lo quedía en doza».

La voz tranquila y calmada de Lucy no vaciló.

—No les quedaba en rosa, así que pensé que el azul era mejor que nada.

—Bueno, pues te equivocaste. —La chica salió disparada, suspirando y pisoteando las escaleras al subirlas.

Lucy me miró.

—¿Tienes hijos?

Negué con la cabeza.

—Nunca me casé.

Se rio.

—Hoy en día, son cosas que no tienen que ver.

—Bueno, pues tampoco.

—Te desquician por completo. Pero por supuesto uno no sabría qué hacer sin ellos.

Pensé que yo sabría bastante bien qué hacer sin necesidad de la reciente muestra.

—¿Cuántos tienes?

—Tres. Margaret es la mayor. Treinta y siete años, casada con un granjero. Después está Richard, que tiene treinta y está tratando de establecerse en la industria musical. Y esta. Kitty. Nuestra sorpresa.

No hace falta decir que la mayor era el foco de mi interés.

—¿Y el matrimonio de Margaret ha ido bien?

Lucy asintió.

—Creo que sí. Su marido no es muy fascinante, para serte sincera, pero nadie es perfecto y él es bastante... estable. Y eso parece ser lo que ella quiere. —Gracias a Dios por las pequeñas cosas, pensé—. Han tenido cuatro niños y todavía dirige su propio negocio. No puedo ni imaginar cómo se las apaña, pero tiene sesenta veces la energía que tenemos nosotros. —Una imagen de Damian flotó sobre la mesa.

—Están bastante separados, entonces. Los niños.

—Sí. Es de locos. Justo cuando uno pensaba que los días de calentar biberones y pasear el carrito por el campo se habían acabado, empiezan de nuevo, otra vez. Durante veinte años, cada vez que cogíamos el coche para irnos un fin de semana, parecíamos refugiados tratando de salir de Praga antes de que llegaran los rusos. —Se rio al recordarlo—. Por supuesto, no pensaba empezar tan pronto, pero cuando Margaret. —Se calló, y su carcajada se convirtió en una risita nerviosa.

—¿Cuando Margaret qué?

Lucy me miró tímidamente.

—A la gente no le importa tanto hoy en día, pero yo ya estaba embarazada cuando nos casamos.

—No te querría escandalizar, pero la mayoría de nosotros nos dimos cuenta que hay pocos bebés que nazcan tan sanos a los cinco meses.

Lo admitió con un gesto.

—Claro. Es solo que uno no hablaba de eso en aquellos tiempos. Todo se difumina con el tiempo. —Se quedó pensando un momento, y después me miró—. ¿Te sigues viendo con alguien de aquella época? Quiero decir, ¿a qué viene este súbito interés?

Me encogí de hombros con toda la tranquilidad que pude.

—No sé. Miré el mapa y vi que estaba pasando por enfrente de tu puerta.

—¿Pero con quién mantienes contacto?

Negué con la cabeza.

—Me muevo en un círculo totalmente diferente ahora mismo. Soy escritor. Me piden que vaya a las fiestas de la editorial o al concurso de preguntas del PEN, o a los premios al peor sexo literario. Mis días de alternar con condesas de Shropshire han terminado.

—Como los de todo el mundo.

—Todavía voy de caza, de vez en cuando. Cuando me lo piden. Entonces algún comandante con la cara colorada atraviesa la habitación dando tumbos y me

pregunta: «¿No fuimos juntos a la escuela?», o «¿No viniste al baile de mi hermana?». No me termino de acostumbrar. Siempre me quedo pasmado ante el hecho de que pueda pertenecer a la misma generación que ese borracho y aburrido viejo pedorro. —Ella no contestó, percibiendo que me escapaba por la tangente—. En algunas ocasiones me encuentro con caras conocidas. Vi a Serena en una obra benéfica, no hace tanto.

Esto pareció confirmar un asunto que no había salido hasta entonces.

—Sí, pensé que podías haber mantenido el contacto con Serena.

—Pero no lo he hecho. No realmente. —Alzó las cejas con burla, y, para acelerar las cosas, le di más información—. De hecho, vi a Damian Baxter hace muy poco. ¿Le recuerdas?

La última pregunta era innecesaria. Su cara había cambiado de color.

—Por supuesto que le recuerdo. Estaba allí, no sé si te acuerdas.

Asentí.

—Claro que sí.

—De cualquier manera, aunque no hubiera estado, nadie olvida al Rompecorazones del Año. —Esta vez su risa tenía una punzada de amargura—. Supongo que ahora es tremendamente rico.

—Lo es, y también está tremendamente enfermo.

Lo que la despejó.

—Lo siento. ¿Se va a recuperar?

—No lo creo.

—Oh. —Esta información pareció volver a encerrar su amargura en su jaula, y se volvió más filosófica—. Solía reírme al pensar en cómo nuestras madres nos alejaron de él. Si tan solo lo hubieran sabido, que él era el único hombre de todos con los que bailamos que hubiera podido mantener este espectáculo en la cartelera. ¿Se casó?

—Sí, pero no le duró mucho, y no fue con nadie a quien conocieras.

Lo asimiló.

—Me gustaba muchísimo.

Me encontré enfadándome por mi aparente ignorancia.

—Pues quién lo hubiera dicho —repliqué.

—Eso es porque ya estabas empezando a odiarle en esa época. Nunca me atreví a decírtelo. ¿Te he decepcionado?

—Un poco. Siempre fingiste que te desagradaba tanto como a mí. Incluso al principio. Incluso cuando él y yo éramos amigos.

Hizo caso omiso de la contradicción.

—Bueno... —Su voz había pasado de filosófica a soñadora—. Fue hace mucho tiempo. —Después, como si se avergonzara de su retirada momentánea, se embolsó—. Me habría casado con él si me lo hubiera pedido.

—¿Y qué habría dicho tu madre?

—No me habría importado lo que dijera. De hecho, en un momento dado creí que

iba a tener que obligarle. —Acompañó estas palabras de un bufido indignado. La miré, esperando que se explicara. Sonrió—. Cuando me quedé embarazada de Margaret no estaba completamente segura de *quién* era el padre. —Por supuesto, esto casi me hizo soltar un grito. ¿Podría haber acertado al primer intento? Con gran dificultad, me mantuve en silencio y dejé que terminara su historia—. No estaba saliendo con Damian de verdad en aquel momento, pero hubo un momento, una tarde en Estoril. —Soltó una risita vergonzosa—. Estabais todos en la terraza, y yo me escabullí, y... —Supongo que le parecería que le estaba reprochando algo, porque se le escapó un resoplido de risa—. ¡Eran los sesenta! ¿Acaso no utilizábamos la palabra «salvaje»? ¿Todavía no se había inventado? No me acuerdo. De todos modos, supongo que yo era una de ellos. Es divertido, porque Margaret es *la más* sensata de mis hijos. La única sensata, en verdad.

Era una situación familiar para mí.

—Nuestros padres solían hablar del niño problemático en cualquier familia —dije—. Ahora, parece que la norma es tener un solo hijo que no te dé problemas. Si tienes suerte.

Lucy se rio.

—Bueno, en esta casa, es Margaret. Es extraño, cuando lo piensas, porque nos llevamos tal susto con ella cuando era pequeña.

—¿Qué susto?

—Del corazón. Parece más cruel cuando le pasa a un niño, ¿verdad? Desarrolló algo que se llama hipercolesterolemia familiar.

—Caray.

—Lo sé. Pasó un mes hasta que aprendí a decirlo.

—Ahora te sale muy bien.

—Ya sabes cómo es esto. Al principio no puedes ni pronunciarlo y al final ya sabes tanto como para abrir tu propia clínica. —Se perdió un instante en aquel terrible episodio de su vida, que nunca había logrado olvidar—. Qué gracia. Casi puedo reírme con todo eso, pero en su momento fue verdaderamente espantoso. Significa que estás fabricando demasiado colesterol, y al final te da un ataque al corazón y te mueres. Por supuesto, hoy en día no hay un diagnóstico que no incluya esa palabra, pero en aquel entonces era extraña y aterradora. Y aparentemente siempre había sido fatídica, al cien por cien. El primer doctor que se lo detectó a Margaret, en un hospital de Stoke, pensaba que no había solución. Así que ya te puedes imaginar por lo que tuvimos que pasar.

—¿Qué estabais haciendo en Stoke?

—No me acuerdo. Ay, creo que Philip tenía la idea de volver a poner en marcha una fábrica de porcelana. No duró mucho. —Otro vistazo en la enmarañada odisea que eran las no profesiones de Philip—. En cualquier caso, mi madre se presentó allí y nos llevó a un especialista en Harley Street, y tenían mejores noticias.

—¿Así que ya se podía tratar para cuando Margaret enfermó?

Asintió, dejando ver su alivio.

—Por completo, gracias a Dios. Pero por poco. De manera literal. Había cambiado todo hacía unos cuatro años. Nos costó mucho recuperarnos del susto. Los dos estuvimos al borde de un ataque de pánico durante meses. Recuerdo levantarme una noche y encontrar a Philip inclinado sobre su cuna, llorando. Ahora nunca hablamos de eso, pero, cuando me enfado con él, en secreto pienso en aquel momento y le perdono. —Dudó, pues el Fantasma de la Honestidad la contradecía desde su interior—. O lo intento —añadió. Asentí. Podía comprenderlo perfectamente. El Philip que lloraba por su hija inocente en una habitación infantil a oscuras no solo sonaba mucho más agradable, sino mil veces más interesante que el engreído de salón que yo había conocido. Lucy todavía seguía hablando—. Lo que no podíamos entender es que nos decían una y otra vez que era hereditario, pero ninguno de los dos tenía constancia de que hubiera sucedido nada similar en nuestras familias. Preguntamos a nuestros padres y todo eso, pero nada. Sin embargo, mamá nos encontró un médico fabuloso, y una vez que acertamos, todo salió bien. —Se calló. Supongo que no se aventuraba por esos lares a menudo—. Siempre he pensado que la querencia de Margaret por una vida normal y corriente empezó con la amenaza de poder perderla. ¿Estás de acuerdo?

Obviamente, todo este discurso me llevaba directamente al caso que me había traído a Kent, pero antes de que pudiera decir otra palabra, me di cuenta de que había alguien en la puerta.

—Hola, forastero.

La figura agotada e hinchada de un hombre que se parecía lejanamente al chico que yo había conocido como Philip Rawnsley-Price estaba allí, de pie. En nuestros años mozos, Philip se parecía a un joven actor, mucho más guapo y descarado que él, que se llamaba Barry Evans, y que entonces era famoso por una película que se titulaba *Here We Go Round the Mulberry Bush*, en la que representaba a aquellos que querían marcar tendencia pero no sabían cómo, un público numeroso en cualquier época, lo que le ayudó a ser popular. Fue muy triste que su estrellato no durara mucho, y encontraron muerto al actor a los cincuenta y dos años, con la única compañía de una botella de *whisky*, tras haber pasado los tres años anteriores conduciendo un taxi en Leicester. Creo recordar que presionaron a la policía para esclarecer las causas de la muerte de Evans, y que implicaban, por supuesto, cables del teléfono cortados y otros detalles curiosos, lo que por supuesto preocupó a sus familiares, pero la policía ni se molestó. Una decisión que supongo que hubiera sido diferente si el desafortunado señor Evans hubiera muerto en la cúspide de su fama.

Mirando a Philip, enmarcado por la puerta, era difícil no pensar en aquel momento que su destino había sido casi igual de malo. Llevaba puestos unos pantalones de pana viejos y con manchas, unos mocasines desgastados y una camisa a cuadros con el cuello raído y sin corbata. Estaba claro que la ropa vieja era el uniforme familiar. Al igual que yo, había ganado peso y perdido pelo. A diferencia de

mí, había desarrollado la cara colorada tan típica de los bebedores. Más que nada era la mirada cansada, hundida, con esos ojos de huevo escalfado, tan característicos de los que han nacido con privilegios pero fracasan, lo que le delataba. Me tendió la mano y me brindó lo que él pensaba que era una sonrisa pícara.

—Qué bueno verte, viejo. ¿Qué te trae a este lugar del bosque?

Agarró mis dedos y les dio el apretón inexorable, ese que te saca una mueca, que tales hombres usan en un vano intento de convencerte de que todavía están al mando. Lucy, tras haberse deshecho en elogios acerca de él, ahora parecía ofenderse por haber sido interrumpida.

—¿Qué estás haciendo aquí? Íbamos a ir en cuanto termináramos la comida. ¿Quién está en la tienda?

—Gwen.

—¿*Ella sola*?

Su voz fue brusca y regañona. Y su propósito era incluirme. Estaba claro que tenía la intención de hacerme ver que su marido era un lelo incompetente. Un minuto antes habíamos estado inmersos en el conmovedor patetismo de un padre empapado en lágrimas, pero, aparentemente, para Lucy era ahora necesario señalar que las cosas no habían ido mal en su vida por culpa *de ella*. A primera vista, este comportamiento parece ilógico y contradictorio, pero entre este tipo de gente es bastante común. Su matrimonio había alcanzado ese punto donde ella, y probablemente él, podían ser generosos y galantes acerca del otro cuando estaban separados, pero la presencia física de su compañero les sacaba de sus casillas. Este acertijo emocional a menudo sucede en una cultura donde el divorcio está considerado como una rendición, al menos en esencia. Incluso hoy en día, la clase alta y la media alta califican la infelicidad, o su admisión, como algo aburrido y de baja estofa, y siempre deben hablar en público, incluso con amigos muy cercanos, como si todo lo que ocurriera en su esfera familiar fuera fenomenal. Mantener la leyenda es la opción preferida para muchos de ellos, mientras no haya nadie en la misma habitación cuya sola presencia reste crédito a su actuación. Generalmente se ciñen a eso, justo hasta el momento en el que estallan. Puede que sea un poco raro para los miembros de este grupo social, pues su círculo se compondrá a menudo de muchas parejas que aparentan ser perfectamente felices, hasta que una llamada que nadie se esperaba, o una frase garabateada en una felicitación navideña, súbitamente anuncia un divorcio.

Philip asintió para responder a su duro interrogatorio.

—Se las puede apañar. Nadie ha entrado en más de una hora. —Había un toque de resignada desesperación en este resumen del estado de su negocio. En el área de su actividad profesional, Philip había perdido la energía necesaria para fingir. Podía aguantar de pie detrás del mostrador, pero hablar de su carga habría resultado demasiado agotador. Cogió una cuchara de la encimera y empezó a comer directamente de la cazuela—. Lucy me ha dicho que ahora eres escritor, ¿verdad? ¿Y qué has escrito que pueda haber leído?

Por supuesto, estaba a la defensiva, intentando menospreciarme a mí y a lo que me dedicaba, pero no creo que tuviera mala intención. Sospechaba, y con razón, que le estaba juzgando, así que me estaba demostrando que se reservaba el derecho de juzgarme también a mí. A cualquier tipo de mi clase y mi generación que ha escogido vivir de las Artes le sonará conocida esta manera de tratarme. Cuando éramos jóvenes, la carrera que escogimos fue considerada una elección absolutamente alocada, tanto por nuestros padres como por nuestros amigos, pero mientras lo pasáramos mal nuestros coetáneos más cuerdos se alegraban de poder animarnos y compadecernos, e incluso alimentarnos. El problema venía cuando nosotros, los bohemios, alcanzábamos algún éxito. Entonces, la sola idea de que estábamos ganando dinero o peor, ganando más dinero que nuestros conocidos más adultos y sensatos, era similar al insulto. Habían escogido el camino aburrido para ganar en seguridad. Y el haber llegado hasta ella, pero haber disfrutado de las bromas y los chistes a lo largo del trayecto, era nada más y nada menos que una irresponsabilidad, y se merecía un castigo. Sonreí.

—Creo que nada. Porque si hubieras leído algo de lo que he escrito ya lo habrías relacionado conmigo.

Enarcó sus cejas en dirección a Lucy, supongo que intentando darle a ese gesto el cómico significado de que yo era un artista gruñón, y que tenían que seguirme la corriente.

—Lucy sí ha leído algo de lo tuyo. Creo que lo tiene en alta estima.

No señalé que este comentario implicaba que su pregunta anterior había sido completamente innecesaria.

—Me alegro. —Mis palabras cayeron en el silencio, y nos quedamos así por un instante. Existía una cierta inercia en la habitación, y los tres nos dejamos llevar por ella. Esto pasa a menudo, cuando se reúnen viejos amigos después de muchos años sin verse. Antes del encuentro se imaginan que va a ser algo explosivo y divertido, pero después se encuentran a un grupo deslucido y de mediana edad, que ya no tienen mucho en común. Nos guste o no, los Rawnsley-Price habían recorrido su camino y yo el mío, y ahora éramos tres personas en una cocina muy sucia, que ya no se conocían. Además, necesitaba más información antes de que mi peregrinaje pudiera completarse, y no la iba a conseguir mientras Philip estuviera con nosotros—. ¿Puedo ver la tienda? —pregunté.

Hubo una pausa, con todo lo que no se había dicho flotando en el aire. Supongo que sencillamente era la masculina necesidad de Philip de presentarse como mi igual en lo que respecta al éxito, y aunque el mío había sido modesto, eso iba a ser muy difícil cuando yo viera de verdad su negocio. O a lo mejor era que Lucy se había dado cuenta de repente, y por esa misma razón, de que yo no me iba a llevar la impresión de que todo iba fabulosamente, después de pasar el día juntos. Para la mayoría de nosotros, el que nuestros contemporáneos nos califiquen de triunfadores es una ambición que no se expresa con palabras, pero en el caso de Lucy se le iba a

denegar.

Después de un momento de silencio, Philip asintió.

—Por supuesto.

No me resultó sorprendente que la tienda fuera un lugar sin remedio alguno. Supongo que era adecuado que estuviera en un antiguo establo, que había sido reformado con prisas y sin el dinero suficiente. Había una alegría forzada en las predecibles estanterías de pino. Sobre ellas habían colocado tarjetones de colores con palabras grandes, en rojo, escritas a mano, que proclamaban la deslumbrante selección de productos en oferta: «¡Verduras *frescas!*», gritaban. «¡Mermeladas *caseras!*». Pero en ese enorme espacio desierto adquirirían una cualidad sombría y patética, como la de alguien comiendo solo con un sombrero de papel. El suelo era de baratillo, y el techo no estaba bien rematado, y como ya había adivinado, todo estaba lleno de cosas que nadie en su sano juicio querría comprar nunca. No solo había latas de paté de jabalí salvaje o alas de oca, sino también artefactos para evitar que el vino perdiera su sabor en la nevera y fundas de lana para llevar dentro de las botas cuando te vas de pesca. Regalos de Navidad, para que te los diera alguien que no te conocía en absoluto. El mostrador de la carne parecía muy poco atractivo, incluso para un carnívoro como yo, y parecía rechazar activamente una investigación más de cerca. Un solo cliente estaba pagando por una coliflor. Aparte de eso, el lugar estaba vacío. Miramos a nuestro alrededor en silencio.

—El problema son todos esos centros comerciales. —Philip pronunció esa palabra alargándola, con un espantoso acento americano, tratando de convertir su dolor en un chiste—. Los construyen por todas partes. Es imposible competir con esos precios sin arruinarse. —Dudé antes de mencionar que parecían estar arruinándose de todas maneras—. Nos están venga a decir que todo el mundo se preocupa por el medio ambiente hoy en día, que se preocupan por la procedencia de su comida, pero... —suspiró. Lo que podría haber sido un irónico encogimiento de hombros, se convirtió en una pesada carga. Confieso por mi propia voluntad que en ese momento me dio muchísima pena. Independientemente de que solía caerme mal, después de todo le había conocido durante mucho tiempo, y no le deseaba nada malo.

Es un hecho que en los periodos más crueles de nuestra historia, lo que cambia no es la vanguardia de los mercados, o la ambición que guía a un nuevo empresario o a una nueva mecenas, o la nueva promesa de las artes escénicas, o el nuevo triunfo de un político. Todo eso es constante. Es la nota necesaria para aprobar la que es diferente, detrás de esa brillante fachada. En una época más amable —y pasé mi juventud en una que lo era bastante—, incluso las personas poco habilidosas podían ganarse la vida, indistintamente de la clase, en cada nivel de la sociedad. Se les encontraban trabajos. Se les ofrecía una casa. El tío de alguien lo arreglaba. La madre de alguien les recomendaba. Pero cuando las cosas se vuelven duras, cuando, como ahora, los premios son mayores pero el camino es más difícil, los débiles son apartados, hasta que se resbalan y se caen por un barranco. Los trabajadores no

cualificados o los terratenientes estúpidos son lo mismo, son aplastados por un sistema que no logran entender, y se encuentran expulsados al borde de la carretera. Uno de esos era Philip Rawnsley-Price. En su subconsciente, él pensaba que su arrogancia le ayudaría a sobrevivir, que tenía el encanto y las conexiones como para hacer que funcionara, fuera lo que fuera lo que decidiera hacer con su vida. Desgraciadamente, sus conexiones no eran las adecuadas y su encanto no existía, y ahora se encontraba en los cincuenta y tantos, y ya no había nadie que se preocupara por si lograba nadar o se ahogaba.

Nunca me había caído bien Philip cuando éramos jóvenes, pero ahora le compadecí. Había sido derrotado por nuestros «tiempos interesantes», y no se volvería a levantar. Una vida precaria era lo que le esperaba, que un primo le dejara en herencia una casa, e intentar alquilarla, ilusionarse con que le recordara la última tía que muriera, preguntarse si sus hijos le podrían apanar algo de manera regular. Esto era lo que podía esperar, y quedaba en el aire si Lucy se iba a quedar para compartirlo. Dependía de las alternativas que se presentaran. Teníamos muy claro todo esto cuando nos despedimos con un incómodo apretón de manos.

—Vuelve a visitarnos —dijo, sabiendo que no lo haría.

—Por supuesto —mentí.

—No dejes que vuelva a pasar tanto tiempo. —Y se fue, de vuelta a su mostrador desierto y a su caja vacía.

Lucy me acompañó al coche. Me detuve.

—¿Llegasteis a adivinar la razón de la enfermedad de Margaret? —Me miró desconcertada por un instante—. Dijiste que era hereditaria, pero que no había rastro de ella en tu familia o en la de Philip.

—Y ahí estaba la cosa. Por supuesto, mis sospechas eran de lo más angustioso. No dejaba de pensar que tenía que investigar el historial médico de Damian.

—Pero no lo hiciste.

—No. Iba a confesarlo todo y sugerir esa solución, con el corazón destrozado, como puedes imaginar, cuando descubrimos que la tía de Philip, la hermana mayor de su madre, se había muerto de lo mismo, cuando era una niña. Y su madre no se enteró nunca. Ni tampoco ninguno de sus hermanos. Ya te puedes imaginar cómo era en esos días. —Hizo una pequeña mueca—. Sencillamente les dijeron que su Padre en el cielo se había llevado a su hermanita porque la quería mucho. Y punto.

—¿Y cómo lo descubristeis?

—Pura suerte. Mi suegra estaba hablando con *su* madre, que debía de tener un millón de años por aquel entonces, y por alguna extraña razón le contó lo de Margaret. Nunca le habíamos contado a la abuelita que pasaba algo malo, porque no queríamos preocuparla. En cualquier caso, se enteró de la verdad y empezó a llorar como un grifo abierto, y todo salió a la luz.

—Pobre mujer.

—Sí. Pobre. Por supuesto, se echó toda la culpa, y básicamente eso la remató.

Todos le dijimos que no tenía por qué, que eso no la convertía en una asesina, y todo eso, pero no creo que arreglara nada. —Sonrió con tristeza—. Y así se resolvió el misterio. Lo más trágico es que la tía se podría haber salvado con las medicinas apropiadas pero sucedió en la década de 1920, cuando todo se resolvía con bebidas calientes y compresas frías, y sacándote las amígdalas en la mesa de la cocina. De todos modos, como ya te digo, Margaret ha estado muy bien desde entonces.

—¿Te sentiste mal?

Esta vez estaba perpleja de verdad.

—¿Por qué?

—Porque fuera de Philip sin duda alguna, y no de Damian.

Esto no fue muy amable por mi parte, pues no la iba a ayudar recordar el cielo, atrapada como estaba en uno de los círculos exteriores del infierno.

Pero Lucy solo sonrió, y por un segundo la joven pícara que alguna vez fue asomó por debajo de sus arrugas.

—No estoy segura. En ese momento no, porque todo ese drama tenía una explicación, y eso fue *tal* alivio. Quizás más tarde. Un poco. Pero, por favor, no me traiciones.

Nos besamos y ya estaba en el coche, cuando le dio un golpecito a la ventanilla.

—Si le ves...

Esperé.

—¿Sí?

—Dile que le recuerdo. Deséale suerte en un futuro.

—Ahí está la cosa. No creo que tenga futuro. No uno que dure mucho, en cualquier caso.

Eso la dejó en silencio, y para asombro mío, por un momento pensé que iba a llorar. Por fin volvió a hablar, con la voz más suave y más amable que le había oído desde que había llegado. O, para el caso, en toda mi vida.

—Pues entonces con más razón. Dale todo mi amor. Y dile que solo le deseo cosas buenas. Cosas muy muy buenas.

Se apartó del vehículo y yo asentí. Su elogio sencillo revelaba más de cómo Damian se había portado con ella de lo que yo hubiera podido llegar a suponer.

La entrevista había acabado. Pisé el acelerador y emprendí el camino de vuelta a Londres.

DAGMAR

Cinco

Su Alteza Real la princesa Dagmar de Moravia, a pesar de su nombre, era una personita apocada y tímida. Tenía una manera de disculparse casi dolorosa, como si fuera consciente de resultar decepcionante, y siento decir que solía tener razón, porque todos queríamos que nos cayera mucho mejor de lo que lo hacía. Probablemente no se me creerá, o se achacará a un excesivo esnobismo por mi parte, pero la pequeña princesa y su enorme madre, la gran duquesa, nos impresionaban mucho en esos días remotos. Nadie cree más firmemente que yo en el milagro de la monarquía constitucional, pero los años de constante exposición en cada medio de comunicación han devenido sin remedio en una cierta devaluación de la sangre real, cuando el público empezó a darse cuenta de que la mayoría de estos hombres y mujeres, a menudo agradables, algunas veces inteligentes y de vez en cuando físicamente atractivos, no son más excepcionales que cualquier otra persona que te puedas encontrar en la cola del banco o del ultramarinos. Solo Su Majestad, al no conceder jamás una entrevista, al no dar jamás una opinión, ha mantenido un aura de auténtico misterio. Por supuesto, nosotros, como público, adoramos hacer cábalas sobre cuál podría ser su respuesta a un asunto. «Cómo debe de odiar esto», decimos. O «esto le va a encantar». Pero no lo sabemos, y nuestra propia ignorancia nos fascina.

Se puede imaginar que hace cuarenta años, esta fascinación alcanzaba a cualquier persona con verdadera sangre real en las venas. Y no me refiero solo a los esnobs. Todo el mundo. Porque no sabíamos nada, y nos preguntábamos de todo, y la distinción que las familias reales otorgaban a un acontecimiento social no se puede comparar con nada de lo que sucede hoy en día. No hay estrella del celuloide en la cumbre de su éxito que pueda transmitir nada igual que la emoción de encontrarse a la princesa Margarita entre los que bailaban en la pista en la década de 1950 o 1960. O en un cóctel, al entrar y descubrir a un duque, primo de la reina, charlando en una esquina y saber que ese era *el sitio* donde había que estar esa noche. En mi juventud, en 1961 para ser exactos, mi escuela nos llevó a todos en autobús una vez, y también treinta instrumentos musicales, atravesando baches durante una hora por todo Yorkshire, todo para que pudiéramos permanecer solemnemente en el césped del arcén de la carretera y animar a los coches que llevaban la comitiva de bodas del duque de Kent, desde la catedral de York a la casa de su futura esposa, en Hovingham. Seiscientos chicos, los autobuses que fueran necesarios, una banda de música que había ensayado especialmente para ello, y todo para ver pasar unos coches que ni siquiera pararon, ni, que yo recuerde, redujeron la velocidad. A lo mejor los esposos sí lo hicieron, por lo menos sí tengo la imagen de la duquesa en mi mente, pero no así los otros. La banda tocó, saludamos levantando las manos y gritamos nuestros hurras, la cabalgata pasó por delante, imágenes borrosas vestidas de Molyneux y Hartnell, y se esfumaron. Todo eso duró unos cinco minutos, del

principio al final, como mucho. Después subimos a los autobuses y volvimos a la escuela.

Así que incluso un miembro de una depuesta y minoritaria Casa Real parecía conferir un brillo especial a cualquier invitación que aceptaban en esos días ya muertos, y Dagmar no era la excepción. Su linaje, la gran Casa Ducal de Moravia, no era de hecho muy antiguo. Había sido una de esas familias inventadas, instauradas por el Gran Poder en algunos estados de los Balcanes, mientras el imperio turco se desintegraba gradualmente a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. En aquellos años, príncipes alemanes y daneses, aunque en algunos casos eran locales, fueron aupados al trono en Rumanía y en Bulgaria, en Montenegro y en Serbia, en Albania y en Grecia. Y también en el pequeño y montañoso estado de Moravia, cuyas fronteras lindaban con todos ellos. Tras haberse retirado finalmente el gobernador turco en 1882, se escogió un príncipe menor de la Casa de Ludinghausen-Anhalt-Zerbst, sobre todo basándose en el hecho de que era un ahijado de quien entonces era príncipe de Gales. Si esa selección reflejaba la íntima amistad del príncipe con la madre del chaval o no, no lo sé, aunque Marlborough House le pidió a lord Salisbury, como favor personal, que sugiriera al príncipe Ernst para el puesto, señalando de esa manera la aprobación de nuestro gobierno. Puesto que el territorio no era mucho más grande que el de un ducado inglés, y rendía considerablemente menos beneficios, no se consideró que una corona real fuera lo apropiado, y en el acuerdo de Klasko, en abril de 1883, se proclamó como gran ducado.

Debe decirse que la esposa del nuevo gran duque no estaba muy entusiasmada. Hasta entonces, se lo había estado pasando bastante bien entre su casa de Viena y el deporte que practicaba en la Selva Negra, y pasados dos años todavía le escribía a una amiga que pensaba que le faltaba una cualidad muy importante para ese trabajo, a saber, el más mínimo deseo de permanecer en Moravia, pero la pareja siguió insistiendo, con cierto éxito. La buena suerte de su nuevo país era que estaba ubicado en un cruce de caminos fundamental para muchas de las rutas comerciales. Esto les aseguraba invitaciones para todas las fiestas de las casas reales del mundo, y ofertas a las manos de sus hijas, y antes de que pasara mucho tiempo, una duquesa rusa, una archiduquesa austriaca y una princesa de Borbón-Anjou habían empezado una nueva vida en las guarderías abarrotadas y sin aire del horroroso e incómodo palacio de la capital de Olomouc, un edificio no mucho mayor que la residencia del diácono de Salisbury, pero sí mucho más difícil de manejar.

Sorprendentemente, el gran ducado de Moravia resistió hasta la época del *jazz*, pero las tropas de Stalin, combinadas con una creciente oposición a la monarquía, fueron el broche final a la dinastía. En 1947 se había acabado, y la depuesta familia real morava se alojaba en una casa de cinco plantas en Trevor Square, una zona bastante agradable y muy cerca de Harrods.

Pero ni siquiera la facilidad para ir de compras podía revivir el espíritu del derrotado gran duque, y en cuestión de meses había abandonado la desigual lucha. En

ese punto, su hijo, que había heredado el título, el último de su familia en hacerlo, y liberado quizás por el fallecimiento de su augusto padre, tomó la vivaz decisión que disminuiría enormemente sus oportunidades de recuperar el trono de sus antepasados, y aumentaría enormemente sus oportunidades de vivir muy bien mientras tanto. Con la aprobación, aunque a desgana, de su madre, princesa de una de las ramas cadete de los Hohenzollern, contrajo matrimonio con la única hija de un empresario de Leeds, Harold Swindley, que había hecho su fortuna vendiendo viajes combinados con alojamiento. En los tres años posteriores, llegaron dos hijos para bendecir la más sensata de las uniones, el que llamaban el nuevo príncipe Feodor y su hermana, la princesa Dagmar.

Pero para nosotros, y todavía más para nuestros padres, la caída de la casa de Moravia todavía era bastante reciente y la inclusión en ella de Marion Swindley no empañaba el lustre de una corona auténtica. Solo habían pasado veinte años desde su destronamiento cuando Dagmar llegó a nuestras fiestas. Además, el régimen comunista que los había reemplazado no era muy popular, la familia todavía estaba en la lista de invitados del palacio de Buckingham y se hablaba todo el tiempo de la próxima restauración de la monarquía en España. En resumen, hace cuarenta años no parecía que la causa monárquica no tuviera ninguna esperanza.

La nueva gran duquesa había cumplido. Puede que el dinero de los Swindley no olierá muy bien, pero era abundante, por lo menos en los primeros años del matrimonio. Y se aprendió su papel bastante bien hasta que, como cualquier converso, pronto fue más católica que el Papa. Hay que reconocer que no era una belleza, pero, como la anterior gran duquesa había suspirado una vez al ver a su nuera atravesar un salón como si fuera un marine en proceso de formación: «Oh, bueno. No se puede tener *todo*», y nadie podía decir que no impresionaba. Solo por su tamaño, eso ya estaba garantizado. Tampoco era tonta, pues había heredado más de su (discretamente invisible) padre de lo que a ella le gustaba admitir, hablando de un firme sentido común.

Con todas las reverencias y el protocolo que se seguía observando aquellos días, la gran duquesa entendió que no iba a haber un trono esperando a su tímida hija en ese mundo de después de la guerra. También sabía que no había anticipado el agujero que iba a hacer en su capital un marido que deseaba vivir como un príncipe pero cuya intención no era trabajar ni un solo día, ni ganar un solo penique. En el fondo, era una sensata chicarrona del norte y tenía muy claro que ninguna fortuna sobreviviría si no había límite para los gastos y no existía un solo ingreso, y estaba deseando ver casada a la chica, en cuanto pudiera, antes de que el dorado se hubiese esfumado de las galletas de jengibre. Así que decidió que, aunque las princesas de Inglaterra nunca «se presentaban en sociedad» normalmente y solo de vez en cuando aparecían en las fiestas de amigos íntimos, Dagmar iba a participar de pleno a lo largo de todo el año. Por lo tanto, se haría un hueco por sí misma en la sociedad británica y, con un poco de suerte, se llevaría uno de los premios. La gran duquesa también aceptó —a

diferencia de la mayoría de la realeza— que iba a tener que rascarse el bolsillo para esto. En 1968, cuando el gran duque había estado gastando como un marinero antes de embarcar durante un cuarto de siglo, esto no podía haberle resultado tan fácil como antes, pero ella lo había abarcado, y pensaba apretarlo. Me alegro de decir que yo estaba en la lista de invitados.

La inspiración para esa fiesta fue el baile de la duquesa de Richmond, esa famosa reunión de 1815, que se celebró en Bruselas, en vísperas de la batalla de Waterloo, y lo hicieron en el Dorchester de Park Lane. Hoy en día, uno piensa en ese hotel como el refugio de estrellas del cine y comerciantes del Este, pero en esos días jugaba un papel bastante importante en lo que todavía llamábamos «la sociedad». La noche en cuestión entramos, creo, por el vestíbulo que daba a la pista de baile en un lateral, en el mismo Park Lane, y la temática de la tarde estuvo clara desde el momento en que nos adentramos en ese gran recibidor. Criados con librea se mantenían en posición de firmes, y todos los carteles modernos, como los de «Salida» y cosas así, habían sido escondidos detrás de las plantas, y había velas por todas partes. Ninguna de esas cosas sería legal hoy en día, por supuesto, pero en aquel entonces a nadie le importaba. A decir verdad, la fiesta parecía haber ocupado la mayor parte de la planta baja del hotel. No podía ser, claro. Pero, esa noche, te lo podías llegar a creer. Por supuesto, no llegamos hasta un poco antes de las once, después de haber cenado en otra parte, y el champán con el que nos dieron la bienvenida los lacayos de pelucas blancas no era nuestra primera copa de la tarde. Hay que recordar que a finales de los sesenta, aunque nadie sugería que fuera una buena idea conducir borracho, todavía faltaba mucho para que tuviéramos eso en cuenta a la hora de organizar nuestra vida social. La pregunta «¿Cuál de los dos va a beber esta noche?» habría desconcertado a la pareja que llegaba a cenar, pues la respuesta sería invariablemente: «Los dos». Por esta razón, ninguna anfitriona tenía el más mínimo reparo en pedir a varios amigos que les dieran de cenar a sus invitados antes del baile.

Más tarde, en plena temporada, cuando se daban más fiestas en el campo, esto implicaría alojarles durante la noche, y en esencia compartir tu casa con extraños, que rondarían borrachos por los campos a todas horas. Pero en Londres las cosas eran más fáciles de manejar. Algunas veces te halagaba recibir una invitación para unirse a la cena que daban los padres de la debutante de esa tarde, pero eso no ocurría tantas veces (o a mí, en todo caso), y normalmente, una pequeña postal se depositaba en tu buzón, diciendo que quien la escribía creía que ibas a ir al baile que daban tal y tal, y que «estarían encantados de que cenaras allí primero». Al final de la cena, bastante bebidos o por lo menos contentos, alegremente subíamos a nuestros vehículos y nos dirigíamos hacia donde estaba la fiesta propiamente dicha. Este sistema tenía unas ventajas muy claras. El punto extra para los jóvenes era que los bailes se prolongaban eternamente, porque en realidad no empezaban hasta las once. Y el beneficio para los mayores era el puro ahorro. Los padres de la chica en cuestión habían tenido que alquilar el sitio, por lo menos en Londres, e incluso en el campo te podías esperar una

marquesina o algo similar, a no ser que la casa fuera enorme. Después estaba la música, y un buen desayuno cuando finalizaba el evento, pero al adoptar este sistema se libraban de la carga adicional de dar de cenar y beber a trescientos o cuatrocientos jóvenes hambrientos. No es de extrañar que esta costumbre animara a los padres.

Tras fijarme en el esmero con que habían decorado todo, entré en la pista de baile, y aquí el efecto era impresionante. En ese tiempo, la tradición era invitar a un número limitado de gente mayor a la reunión. Se sacaban del círculo de los padrinos y madrinas de la debutante, y de los parientes y demás amigos de los padres, y por norma general paseaban por la sala, se ponían a hablar en otro salón, observaban bailar a los chicos y a veces se atrevían a entrar en la pista para un rápido foxtrot o un quickstep, antes de retirarse pronto por esa noche. No se esperaba que fueran invitados de pleno derecho ya que, como todos sabemos, ver a tus padres bailar siempre es una tortura para los jóvenes. Todo esto era verdad, sobre todo en las fiestas de disfraces, que son bastante aburridas para alguien que ya sobrepasa los treinta años, y los adultos simplemente venían vestidos de gala, y de vez en cuando con un alegre adorno, un broche o un tocado en el pelo. Nada de eso se daba en este evento en particular. No sé si fue el respeto o el terror que le tenían a la gran duquesa (probablemente lo último), pero cada uno de los que habían ido, joven o mayor, estaba disfrazado. Como un detalle ingenioso, o quizás por órdenes de arriba, muchos de los padres y las madres habían escogido trajes de una época más antigua que la de su descendencia. Hombres con pelucas y chorreras, y mujeres con el pelo apilado y empolvado, y con lunares, como en 1780 o en 1790, nos daban a todos la sensación de que volvíamos a estar en la era de la Regencia, y que esta era la generación antigua de esos tiempos, frunciendo el ceño y reprobando la juventud moderna. Siempre me hace gracia que este periodo en particular, que recuerda como lo hace a Versalles y a María Antonieta, sea el de los disfraces preferidos de los pijos. Parecen haber olvidado que no tuvo muy buen resultado para las clases privilegiadas de aquellos tiempos, y que muchos de ellos dejarían sus cabezas, y sin duda las pelucas, en la cesta de debajo de la guillotina.

—¿De qué has venido disfrazado?

Lucy iba vestida a lo Jane Austen, con un vestido blanco y candoroso, de cintura alta, con un lazo alrededor del cuello y tirabuzones postizos cosidos con minúsculas rosas blancas de seda. Parecía taimada más que inocente, pero estaba encantadora de todas formas.

—Soy un húsar —repliqué, un poco indignado—. Había pensado que estaba claro.

—Los pantalones no cuadran.

—Gracias. —Es cierto que los pantalones eran lo equivocados, pero el resto del traje era perfecto, de un vivo escarlata, con galones, con una chaqueta de piel que me había echado por encima del hombro izquierdo y que me llegaba hasta la axila derecha. Yo creía que estaba fabuloso—. Además, solo está mal si piensas en 1815.

Si llegas hasta 1850, está perfecto. Y de todos modos, ha sido lo que he podido conseguir. Era demasiado tarde para encontrar algo en Londres, así que tuve que saquear la tienda de disfraces de Windsor.

—Y lo parece. —Se detuvo y paseó la mirada por la habitación, que se estaba empezando a llenar—. ¿Dónde has cenado?

—En Chester Row. Con los Harington-Stanley.

—¿Y qué tal?

—Bueno, la comida ha sido como si nos hubiéramos ido de cacería y nos tuvieran que traer los alimentos desde Londres, en una oxidada caja de metal, pero aparte de eso, bastante divertido. ¿Tú qué tal?

Hizo una mueca.

—La señora Vitkov. Con un grupo para conocer a su hija, Terry. En ese sitio francés que acaba de abrir en Lower Sloane Street.

—¿El Gavroche?

—Ese mismo.

—Qué suerte.

Me lanzó una mirada de reproche.

—¿Has conocido a Terry Vitkov?

—Todavía no.

—No lo hagas.

—¿De dónde son? ¿De los Balcanes?

—Cincinnati. Y créeme, la señorita Terry es una buena pieza. —Se detuvo y asintió, con una sonrisa tensa—. Cuidado. Es ella.

Me di la vuelta para poder mirar. De inmediato me di cuenta de que no hacía falta que nos molestáramos y que Terry Vitkov estaba bastante contenta de ser nuestro tema de discusión. Por lo menos, parecía estar acostumbrada a ser el centro de atención. Era una chica guapa. De hecho, habría sido una chica muy guapa si no fuera por una cierta prominencia de su nariz y su barbilla, que sugerían levemente un perfil como el de la cara de la luna, y que, combinada con la intensidad de sus penetrantes y muy maquillados ojos, le daban un aire de prisionero que se había escapado, buscando desesperado por toda la habitación una salida o un enemigo con el que luchar. Esta noche parecía estar vestida de cortesana de la época de la Regencia, más que de una gran dama de hace mucho tiempo, que era de lo que iban todas las demás mujeres. De hecho, era la única persona del baile que, claramente, *no* habría figurado en la lista de invitados de la duquesa de Richmond. Se acercó hacia nosotros y nos presentamos.

—Lucy me ha estado contando todo lo que tengo que hacer, y lo que no, para triunfar en Londres.

Hablaba con un resuello nervioso, la voz de alguien que está decidido a que cada intercambio con una persona cuente para algo. Comprendí a primera vista que, a pesar de sus frecuentes y deslumbrantes sonrisas, diseñadas sin duda para sugerir una

vivacidad coqueta, y por tanto enseñando unos dientes admirablemente blancos, aunque es cierto que bastante grandes, Terry Vitkov se tomaba a sí misma muy en serio.

—No creo que te lo haya enumerado todo, ¿no es así? —dijo Lucy, muy parca.

Nuestra acompañante ya estaba posando su mirada entrenada en otros invitados.

—¿Quién es el vizconde Summersby? —preguntó.

Lucy inspeccionó la pista de baile.

—Allí. Con la chica rubia de verde, al lado del espejo grande.

Terry le buscó. Dejó caer los hombros.

—¿Por qué siempre se tienen que parecer al hombre del control de plagas? —suspiró—. ¿Quién es ese? —Un joven alto y atractivo le sonrió al pasar.

—Ni te molestes. Sin dinero. Sin perspectivas de futuro. —Lucy entendía muy bien las prioridades de su compañera—. Por supuesto, es listo y trabajará en las finanzas. Puede que consiga algo por sí mismo.

Pero Terry negó con la cabeza.

—Tardan veinte años, y para cuando lo consiguen, están dispuestos a cambiarte por un modelo más joven. No. Quiero dinero desde el principio.

Asentí, sabiamente.

—Pero no el de lord Summersby.

Sonrió.

—No hasta saber si puedo conseguir algo mejor. —Lo que hacía que esto fuera gracioso, por supuesto, es que lo decía de verdad.

Nos habíamos estado moviendo con lentitud en una cola un poco desordenada y, para entonces, ya habíamos llegado donde nos tendríamos que presentar a nuestros anfitriones, que estaban los cuatro posando contra una cortina, puesta como una pantalla para tal propósito. El gran duque era una figura melancólica. Era delgado y pálido de todos modos, especialmente cuando se colocaba al lado de su gigantesca esposa, y en verdad, no creo haberle oído decir jamás una frase interesante. Llevaba un disfraz muy recargado, que supuse que era el del duque de Richmond, con aspecto de sorpresa, como si se lo hubieran puesto mientras estaba sedado. A lo mejor había sido exactamente así. Su hijo, vestido como un oficial de la guardia, miraba al frente muy rígido. Podría haber estado posando para un antiguo daguerrotipo, cuando tenías que mantenerte quieto durante cuatro o cinco minutos, hasta que estaba. Su cara fofa y llena de pecas rebosaba aburrimiento y simpatía genérica.

Su hija, Dagmar, técnicamente la estrella de esa noche, parecía asustada y un poco tímida. Era bajita, no llegaba a metro sesenta, y aunque siempre han dicho que la reina Victoria medía metro y medio y manejaba un imperio, para la mayoría de nosotros eso es ser demasiado bajo, y significa que te pasas toda la vida mirando hacia arriba. Allí de pie, a la sombra de su madre, parafraseando a Noël Coward, parecía el almuerzo de la gran duquesa. Dagmar no era fea, incluso aunque su carita cetrina fuera difícil de clasificar o de definir. Tampoco era guapa exactamente, pero

tenía unos ojos grandes y llamativos, y una boca temblorosa, suave, húmeda, normalmente medio abierta, trémula, sugiriendo que estaba al borde del llanto, lo que de alguna manera conmovía tu corazón. Pero nunca parecía tener mucha idea de cómo arreglarse. Su pelo, por ejemplo, era liso y muy oscuro y, echándole imaginación, podría haber tenido un gran efecto. Pero tan solo estaba ahí, como si se hubiera lavado con prisas y lo hubieran dejado secar. Realmente creo que podrían haber hecho algo con ella en la noche de su propio baile, pero para variar, nadie se había molestado. El vestido era de la época correcta, pero un poco soso, y solo lo animaba un poco una tira azul de tela, bajo su pequeño busto. Para ser honestos, parecía que le hubiera costado cinco minutos prepararse para jugar al tenis, y que era tan frágil que un golpe de viento la podría sacar en volandas por la ventana y llevársela por todo Park Lane.

Lo que no se podía decir de su madre. A día de hoy, no estoy seguro de si la gran duquesa quería encarnar a la duquesa de Richmond original. Hubiera sido lo lógico, dada la invitación, pero el vestido que había escogido pegaba más con una gran emperatriz, Catalina la Grande, por ejemplo, o María Teresa, o alguna otra monarca absoluta. Metros de chifón se mecían suavemente, mientras un río, o un torrente, de terciopelo púrpura, bordado con grueso hilo dorado, descendía en cascada desde sus anchos hombros hasta el suelo, y allí se quedaba, formando enormes montículos, como dunas, sus adornos de armiño formando una especie de pedestal para gloria de la gran y gigantesca figura que tenían encima. Su busto, como una placa tectónica bajo el mar, relucía con diamantes, y una deslumbrante tiara, como una corona, se posaba sobre su entrecejo ligeramente sudoroso. Supongo que este espectáculo era todo lo que quedaba de las joyas de la corona morava, o eso, o habían sido alquiladas en Barnum Brothers para esa noche. Era una función de una sola mujer, la que atraía todas las miradas, y ninguno de los otros se merecía un papel, y mucho menos la desgraciada Dagmar que, conociendo a su madre, ya se esperaba algo por el estilo. En cualquier caso, mientras la multitud revoloteaba, entusiasta, cerca de su madre, ella no parecía demasiado molesta, a diferencia del gran duque y el príncipe, que estaban deseando irse a su casa y se les notaba. Nos anunciaron.

—Buenas tardes, señora. —Me incliné, y ella aceptó mi reverencia con gracia. Pasé a su marido—. Su Alteza Real.

Me volví a inclinar. Asintió distraídamente, con la mente puesta probablemente en alguna recepción en la corte de la oscura y polvorienta Olomouc hace mucho tiempo. Tras dejarle a solas para que fantaseara, pasé a la parte central de la habitación. Al recordarlo, creo que esa tarde fue la primera vez que entendí lo que ahora puedo ver en todas partes, a saber, que cuando se trata de aristócratas, o incluso de la realeza, muchos de los miembros de esos mundos (los que no se han apartado por completo de todo eso, me refiero) se pueden dividir en dos grupos, aparentemente iguales pero de hecho muy distintos. El primero, que resultará familiar porque se han hecho millones de chistes sobre ellos, comprende perfectamente que el mundo de su

juventud y de sus antepasados ha cambiado y no va a volver, pero siguen de luto por él. Los cocineros y los criados, las doncellas y los mayordomos que hacían que la vida fuera tan dulce nunca volverán a empujar esa puerta que les separaba de los señores, ocupados con las tareas del día. Los alegres mozos de cuadra que les traían los caballos a la puerta a las diez en punto, los chóferes lavando los relucientes coches, poniéndose de pie en señal de respeto cuando entraban en los establos, los jardineros agachándose y escondiéndose cuando oían que un grupo se aproximaba a la casa, todo ese ejército dedicado a su placer se han ido buscando otros pastos. Esta gente también suele saber, aunque solo son conscientes de ello a medias, que la deferencia que les brindan todavía en su propio círculo social es tenue y un poco falsa, en comparación con el respeto hacia sus propios padres y abuelos, cuando tu nacimiento te daba un valor específico y que se podía medir. Saben estas cosas, pero no saben qué hacer con ellas, más que llorar y vivir sus vidas tan cómodamente como puedan permitirse.

Uno podía clasificar a duras penas en esta categoría al último gran duque de Moravia. Había algo en su dignidad depresiva y sin rumbo que contaba que era consciente de la verdad. «No me eches la culpa», parecía estar diciendo. «Entiendo que es absurdo. Sé que no tienes motivo para inclinarte y hacerme una reverencia, que el juego se ha acabado, que la banda ya ha tocado, pero tengo que respetar el ritual, ¿no crees? Tiene que parecer que me lo tomo en serio, o decepcionaré a los otros». Este era el texto que flotaba por encima de él de manera permanente. Por supuesto, dentro del mismo grupo hay una versión más cruel. «Puede que se haya acabado», dice su implacable mirada, «¡pero no para mí!», y alzan la cabeza y explotan a sus acólitos, que son ricos y están deseando ascender en la escala social, y venden las últimas joyas de su madre, para que el espectáculo continúe unos cuantos años más, al menos.

Pero la otra categoría es diferente de este grupo y, a menudo, es indistinguible para el público en general. Estos hombres y mujeres también tienen el estatus que les hace pertenecer al viejo sistema, y lo disfrutan. Les gustan los rangos y la historia que hay detrás. Les alegra que les vean como parte del círculo interno de la aristocracia británica. Se aseguran de que al menos un miembro de la Familia Real esté presente en cada gran fiesta que dan. Se visten, o por lo menos los hombres, para complacer a los conservadores más reaccionarios. Se van de caza, de pesca, memorizan las fechas importantes y los árboles genealógicos de otras personas. Pero están fingiendo todo el tiempo. Lejos de quedarse perplejos ante el funcionamiento de un nuevo siglo, más duro, lo comprenden perfectamente. Conocen el valor de su propiedad, tal como sabían que iban a recuperarla. Manejan las complejidades de los mercados, cómo y qué comprar, cuándo y qué vender, cómo conseguir los permisos adecuados, cómo manipular los pagos de la política agraria de la Unión Europea, resumiendo, cómo sacar ventaja de su posición y sus propiedades.

Hace mucho tiempo decidieron que no querían pertenecer a un club que

desaparecía, nostálgico sin remedio por los días dorados que no iban a volver. Querían retomar su posición influyente y su poder, y si después de los sesenta ese poder no podía ser abiertamente político, daba igual, ya encontrarían otra manera. La verdad es que son falsificaciones. A pesar de su linaje, a pesar de sus casas y sus joyas y sus ropas y sus perros, a pesar de repetir cual loros los prejuicios tradicionales de su clase, ellos ya no piensan como la mayoría de los suyos. Pertenecen al hoy y al mañana, mucho más que al ayer. Tienen cerebros y valores más estrictos que los de cualquier gestor de riesgos. Pero argumentarían que están siendo leales a su propia raza, mucho más que los derrotistas, porque el trabajo primario de cualquier aristócrata es mantenerse por encima. Borbón o Bonaparte, rey o presidente, el aristócrata verdadero entiende quién está en el poder, y quién debería ser el siguiente al que hacer reverencias.

Por supuesto, hace cuarenta años nos ocultaban todo esto. El viejo mundo había sufrido un duro golpe, durante y después de la guerra, del que no parecía probable que se fuera a recuperar. Todo el mundo se lamentó por ese final a la vez, y no fue hasta mucho más tarde cuando empezamos a darnos cuenta de que no todos íbamos en el mismo barco, después de todo, y que algunas familias no habían ido por el mismo camino cuesta abajo, independientemente de lo que hubieran dicho antes. En muchos casos fue mi propia generación, por aquel entonces debutantes, con hermanos que iban a la universidad, o labrándose un futuro en la ciudad, la que empezaba a rechazar en secreto la idea de hundirnos todos junto con el barco, y empezaron a buscar maneras de volver a tierra. Estos serían los supervivientes, y a este grupo era al que la gran duquesa de Moravia, en contraste con su fatalista marido, se vio atraída, incluso antes de que se formara como tal. Quería crear una avanzadilla en el nuevo mundo, desde la cual relanzar a su familia. Me caía bien por eso.

La música había empezado a sonar, un grupo se había colocado en el modesto escenario y estaban tocando versiones de los éxitos de la época. No creo que fueran muy conocidos, pero habían salido por televisión, lo que parecía mucho más emocionante que ahora, y las parejas estaban saliendo a la pista al final de la larga recámara. Los mayores disfrazados, sentados en los sillones al lado de la pared, no resultaban útiles a esa hora de la tarde y muchos de ellos, al darse cuenta, se levantaron y se fueron a otros salones o a la barra del bar. Lucy y yo nos adelantamos. Al hacerlo, hubo un murmullo de admiración exagerada, y vi un destello de Joanna Langley, rodeada por su tradicional grupo de incondicionales. Había tenido la brillante idea de ir vestida como la hermana de Napoleón, la princesa Paulina Borghese. Su traje, a diferencia del mío o de la mayoría de los otros, era nuevo, hecho para la ocasión, copiado de un retrato de David. Por supuesto, la princesa habría sido una improbable invitada en el baile que dieran los archienemigos de su hermano, y en cualquier caso, la belleza moderna, de celuloide, de Joanna hacía que fuera muy poco convincente como doncella de la época, pero daba gusto mirarla, en cualquier caso.

El grupo se abrió un poco y me sorprendí al ver el familiar perfil de Damian Baxter a su lado. Mientras les observaba, se agachó y le susurró algo al oído. Ella se rio, saludándome al mismo tiempo, y por tanto atrayendo la atención de Damian. Me acerqué.

—No me dijiste que ibas a venir —le comenté.

—No me había decidido a venir, hasta esta tarde. Entonces de repente pensé: «¡Qué diablos!», me subí a un tren y aquí estoy.

—Pero nunca me contaste que te hubieran invitado.

Me miró fijamente, arqueando las comisuras de sus labios.

—Y no lo han hecho.

Le miré. ¿Sentí acaso un pequeño indicio del terror que había embargado al barón Frankenstein la primera vez que el monstruo se movió por propia voluntad?

—Querrás decir que te has colado —dije. Sonrió abiertamente como respuesta.

Lucy había estado escuchándolo.

—¿Y cómo has conseguido tu disfraz en tan poco tiempo? —Y qué disfraz. A diferencia del mío, con sus pantalones desparejados y sus mangas ligeramente desgastadas, parecía que el de Damian se lo había cosido un sastre a medida. No era un oficial, como habían escogido la mayoría de los hombres que había en la sala, sino un dandi, Beau Brummell o Byron, o alguien similar, con un estrecho frac marcándole el torso, y unos pantalones de montar de ante, y unas botas altas y relucientes para presumir de piernas. Una corbata resplandeciente, de seda blanca, le rodeaba el cuello y estaba remetida en el chaleco brocado que llevaba por debajo. Lucy me señaló con la cabeza—. Él ha tenido que ir a Windsor, y eso fue todo lo que les quedaba.

Damian me miró.

—Ay, pobre. No pasa nada. —Cualquier idea que se me hubiera ocurrido acerca de que tenía bastante buena pinta se marchitó y murió, mientras Damian seguía charlando sin una sola preocupación—. Hice que una amiga me arreglara uno del Teatro de las Artes, en caso de que me decidiera a venir. Consiguió tenerlo justo a tiempo, y eso fue lo que inclinó la balanza.

Seguro que sí, pensé. Alguna desgraciada, pinchándose los dedos, poniendo la lavadora a medianoche, quemándose con la plancha. Seguro que sí. ¿Y cuál era su recompensa? Que Damian no la amara. De eso sí que estaba seguro.

Hoy, conseguir esa hazaña sería mucho más difícil que hace cuarenta años. La conciencia de la seguridad de esta generación, por no hablar de la importancia que se dan, te garantiza guardias y listas y tachar nombres y «por favor, traiga esta invitación» a todos los encuentros que sean más exclusivos que las rebajas de Tesco. Pero por aquel entonces era diferente. En general, se suponía que la gente que no había sido invitada a algo, como norma, no intentaban ir. En otras palabras, el que se colaba en aquellos días lo único que necesitaba era coraje y nada más, y naturalmente, Damian de eso tenía de sobra. Pero yo tenía menos, y no quería que me

vieran charlando con alguien a quien podían expulsar en cualquier momento. Ahora me desprecio a mí mismo al recordarlo, pero cogí el brazo de Lucy y me la llevé a la pista de baile.

—No puedes dejar fuera a un buen hombre —dijo Lucy alegremente.

Pero yo no veía nada gracioso en todo esto. Sofocándome en mi egoísmo juvenil, solo tenía miedo de que la aparición de Damian me pudiera dañar de algún modo.

No hace falta que diga que él se lo estaba pasando fenomenal. Advertí de inmediato que, igual que un niño que va a ser travieso hasta que le dan un cachete o un ludópata que juega hasta perder, Damian tuvo que restregar que estaba allí sin invitación hasta que los que hacían cumplir las normas se dieron cuenta. Primero bailó con Joanna, como para anunciar su llegada. Él era el hombre más guapo de la habitación, y ella era la mujer más guapa de Europa, así que formaban una buena pareja. Otras parejas se giraron para poder admirarles, y los padres se fijaron y preguntaron por el glorioso dúo. Un poco más tarde, con el baile ya encauzado, la banda anunció un reel para ocho. Resultará curioso para el lector moderno que bailáramos un reel escocés en medio de una fiesta totalmente normal, no en algún festival de Caledonia o en la noche de las Hogueras de Kircaldy, pero así era. De hecho, lo bailamos en la mayoría de las fiestas de aquel año y, aunque los pasos pedían una pista un poco más grande y un poco menos abarrotada, era una manera rápida de llamar la atención, así que no me sorprendió ver a Damian caminando hasta ocupar un lugar, con Terry Vitkov de su brazo. Ella sonreía feliz, a un lado y a otro, disfrutando claramente de su recién fundado estatus de problemática, mientras se colgaba orgullosa del brazo del rebelde. Después me pregunté si fue en esta fiesta en concreto cuando la posición de Damian empezó a virar de observador social (o trepa, dependiendo de la generosidad con la que quisieras verle) a agente subversivo. De estudiante admirado a parte hostil. ¿Me estoy adelantando y esa noche todavía no estaba decidido? ¿O ya nos odiaba a todos?

Al observarles mientras ocupaban sus puestos, esperando ese primer acorde que lo empezaría todo, me sobrevino la idea de que él y Terry hacían una buena pareja. Los dos extraños a su modo, los dos con todo que ganar en el futuro y nada que perder en el pasado que se esfumaba. Supuse que ella tenía dinero —tenía, pero menos de lo que yo creía en ese momento—, igual que supuse que Damian terminaría ganando mucho dinero —acerté, otra vez—. Lo ganó. Y mucho más de lo que yo había llegado a pensar. ¿No se podrían unir para conquistar el mundo? Los dos eran aventureros. ¿Por qué no combinaban sus fuerzas?

Yo estaba de pareja de una chica bastante aburrída de algún sitio cercano a Newbury y nos pusimos a bailar, girando en círculos, dándonos las manos. Al echar una ojeada, me impresionaron por un momento los talentos que había adquirido Damian en este campo, hasta entonces desconocido para él. Se sabía los pasos y los ejecutaba bien; ocupó su turno en medio de la rueda sin rastro de timidez, erguido, realizando los diferentes pasos del reel con una gracia y una dignidad que

difícilmente podría tener yo mismo. Charló con las chicas que tenía a su alrededor y con los otros hombres, ahora parte de su grupo, después de solo unos cuantos cócteles y bailes. Casi habíamos olvidado que no le conocíamos.

Después de eso, el grupo volvió a tocar música pop, pero Damian no mostró signos de desfallecer. Bailó con muchas de las chicas, incluyendo a Lucy Dalton y a una escandalosa y rubicunda Candida Finch. Estaba a punto de bailar con Georgina Waddilove, quien ciertamente habría traicionado a su país con tal de que él se quedara a su lado, pero en ese instante, justo cuando empezaba la música, simuló que le había dado flato, y le pidió que en vez de eso le acompañara a beber algo. Le perdí de vista mientras se iban juntos al salón que hacía de bar. Recordándolo, se me hace difícil establecer con certeza lo que sentía hacia el cuco que yo había metido en el nido. Como ya he dicho, había empezado a sospechar que sus objetivos eran más complicados de lo que sospechaba, pero todavía admiraba su *chutzpah*, y todavía más cuando volvió a la pista de baile. De alguna manera, mientras estaba fuera, se habían alineado los planetas y le habían permitido rozar el motivo por el que había venido. Para mi asombro y la admiración de todos los presentes que sabían que estaba allí sin permiso, reapareció en el marco de la puerta llevando de la mano a la anfitriona, o por lo menos la chica que debiera haber sido el centro de atención durante toda la tarde de no ser por su indomable madre, la princesa Dagmar, en la pista de baile. Era una canción de las lentas. Bajaron las luces, el grupo rasgó sus guitarras y, a la vista de todos los invitados, Dagmar rodeó con sus brazos al intruso y presionó su carita contra su torso. Acariciando con dulzura su pelo lacio mientras se besuqueaban, Damian se dio cuenta de que les observaba desde el otro lado de la pista. Su mirada se cruzó con la mía. Y me guiñó un ojo.

El lío, que supongo que todos sabíamos que tarde o temprano tenía que pasar, se desencadenó en el desayuno, y fue una especie de milagro que se retrasara hasta ese momento. La costumbre de los bailes era darnos el desayuno al final, empezando normalmente a la una y media o así. Este convite era variable en cuanto a calidad y algunas veces no merecía la pena esperarlo, pero la gran duquesa había seguido el viejo refrán, «de perdidos al río», y había contratado el mejor que el hotel podía ofrecer, que era realmente bueno. Esperamos en grupo, en vez de formar una fila, listos para servirnos huevos, beicon, champiñones y salchichas, todo lo cual estaba ante nosotros en fuentes de servir de plata.

Damian estaba un poco por delante de mí. Parecía haber renunciado a la carga de Dagmar, a la que no se veía por ninguna parte, pero había pasado a la igualmente preciada, o quizás más, Serena, que estaba más animada de lo que yo jamás la había visto estar, riéndose y hablando, e inclinando la cabeza hacia él. Recuerdo que en ese momento me sorprendió lo mucho que parecían conocerse. Ella había venido de Caroline Lamb disfrazada de paje, sacado del famoso retrato que le hizo Thomas Phillips y, por supuesto, el corte de la chaqueta de terciopelo que mostraba sus maravillosas piernas enfundadas en medias y pantalones de montar a la rodilla hacía

que todas las demás chicas parecieran remilgadas y poco elegantes en comparación. Damian, a su lado, era un Byron muy convincente, y a lo mejor ese había sido el propósito original del traje. De hecho, podrían haberlo planeado, tan buena pareja hacían. Serena no era tan guapa como Joanna Langley —nadie lo era—, pero tenía una finura de rasgos que lo compensaba. Resumiendo, quedaban genial juntos y una vez más, Damian se encontró siendo el blanco de todas las miradas.

—Perdón, señor, ¿me permite ver su invitación? —La voz, alta y con un rastro de acento del centro de Inglaterra, atravesó todo el barullo y planeó sobre todos nosotros, como una gaviota.

La pregunta había sido tan inesperada que tuvo éxito al hacer callar a todo el mundo. Vi cómo una chica se quedaba quieta, con medio huevo frito en un cucharón, hasta que se resbaló y cayó al plato que había colocado debajo. Un hombre trajeado, supongo que el gerente o algo similar, estaba al lado de Damian. Estaba demasiado cerca, de manera casi insultante. Tan cerca, que obviamente estaba usando eso para expresar que él pertenecía a esa habitación, a ese hotel, pero que en su opinión Damian Baxter no. Por supuesto, la verdad era un poco más complicada. La mayoría de los allí presentes sabían que Damian no tenía una invitación, pero había estado tanto tiempo en la fiesta que ese argumento era semántico, más que otra cosa. No había creado problemas, no se había emborrachado, no había insultado a nadie, todas las cosas que la gente teme cuando habla de los que se cuelan en una fiesta, nada de eso había pasado. Además, conocía a muchos de los invitados. Había venido como un amigo, y escogido el disfraz apropiado. Había bailado y hablado con la gente e incluso había acompañado a la chica en cuyo honor se hacía la fiesta, por el amor de Dios. ¿Qué más querían? La respuesta a esto era, aparentemente, la prueba de que le habían invitado. Se ruborizó, algo que no creo haberle visto hacer otra vez.

—Mire —dijo en voz baja, poniendo una mano conciliadora en la manga áspera y gris del hombre.

—No, señor. Mire *usted*. —En cualquier caso, la voz del hombre era cada vez más alta y el rumor se había corrido. Las parejas entraban en el salón del desayuno desde la pista de baile para ver lo que estaba pasando—. Si no tiene una invitación debo rogarle que se marche.

Mal aconsejado, después de quitarse de encima su mano, intentó cogerle del codo, pero Damian fue muy rápido y se echó para atrás para librarse de él. En ese momento Serena, ella sola, decidió intervenir. En mi silencio cobarde la admiré muchísimo.

—Respondo con gusto por el señor Baxter, si eso marca la diferencia. —Por la expresión del hombre, no parecía que la fuera a marcar—. Mi nombre es lady Serena Gresham, y me encontrará en la lista de invitados.

Lo interesante de todo esto era la mención que había hecho Serena de su rango, algo que ella nunca hubiera hecho en circunstancias normales, aunque la sometieran a tortura. Es difícil de entender para los que no estaban allí, pero los sesenta fueron un periodo raro, de transición, en lo que se refería a los títulos. Por supuesto estoy

hablando de títulos reales, hereditarios. Porque en ese momento de nuestra historia nadie sabía cuál iba a ser su futuro. Los partidos políticos parecían haber llegado a un acuerdo sin palabras para no crear más títulos en 1963 y la creencia de esa época, por lo menos fuera de los círculos más aristocráticos, era que el mundo iba a ser un lugar diferente y que entre esos cambios, pronto, muy pronto, el estatus de un título otorgado en vida sería mayor que el de uno heredado. Resumiendo, que la preeminencia de las grandes y antiguas familias se vería disminuida, favoreciendo a los nuevos, que ascendían. Pero además de esta doctrina oficial (promovida por los medios de comunicación en esa época y todavía sostenida por algunos, escasos, políticos, lo que resulta conmovedor, y los ilustres más optimistas de la izquierda), había sin embargo la creciente sospecha de que, a pesar de las convincentes declaraciones de los expertos en la materia, esto no llegaría a hacerse realidad y que un apellido histórico seguiría teniendo peso en la moderna Gran Bretaña. Fue parecido al intento del señor Blair para renombrarla como «Cool Bretaña». Hubo un momento en el que todo el mundo pensó que podría funcionar, después un segundo capítulo en el que los medios de comunicación insistían en que estaba teniendo éxito, incluso cuando todos sabíamos que no era así, y finalmente el reconocimiento, tanto por la derecha como desde la izquierda, de que había sido un fracaso monumentalmente ridículo.

Pero, en esa época, la actitud contradictoria hacia el rango heredado significaba que los títulos tenían que ser usados como arma en contadas ocasiones, y que airearlos en público resultaba contraproducente. Igual que los que gritan: «¿Sabe quién soy yo?» en un hotel, o al empleado de una compañía aérea, que de inmediato pierden la pequeña ventaja que hubieran podido ganar antes.

Cuarenta años después, todo esto ha cambiado. Después de medio siglo, el título en vida es un honor perfectamente respetable, pero solo significa algo en un contexto político. En la sociedad intelectual, ha fallado a la hora de cosechar un aura o un prestigio más allá de ser nombrado caballero. La señora Thatcher trató de reconocer esto con unos cuantos títulos hereditarios creados en 1980, pero nadie la apoyó, y después de eso la nobleza permaneció vallada, a pesar de continuar dominando la pirámide social sin que nadie se lo rebatiera. De hecho, cuando a los pijos les dan títulos en vida, intentan no darle mucha importancia, como si quisiesen demostrar que no se lo toman muy en serio. «Somos como los alumnos del internado que solo van a clase, pero no se quedan a dormir», me dijo uno de ellos hace poco. Está claro que el viejo sistema debería abrirse un poco o abolirse del todo, pues la presente situación es insostenible para cualquier sociedad democrática, pero hay escasas señales de reforma. En vez de eso, hoy en día, por todo el país los descendientes de algún afortunado banquero o alcalde de los años veinte, nos gobiernan con gusto, mientras los verdaderamente grandes, a menudo con logros bastante más importantes que los antepasados de los otros, les ceden el puesto y permanecen en los estratos más bajos de la sociedad.

Todo esto para explicar que hoy en día Serena no dudaría de la ventaja que le otorgaba su posición, y que usarla en ese contexto ayudaría sin duda alguna. Pero hace cuarenta años, fue muy arriesgado por su parte, como el que pega un tiro al azar. Tenía razón al no estar segura, pues estaba claro que no iba a funcionar. El hombre la miró, estricto.

—Lo siento mucho, señora —empezó—, me temo que...

—¡Esto es absolutamente ridículo! —El agudo grito de Dagmar atravesó la habitación. Una de sus cualidades más asombrosas y emotivas era lo absolutamente inglés de su voz, haciendo que su nombre y su rango, tan extranjeros, parecieran todavía más raros. Y no era un inglés cualquiera, sino el de hacía sesenta años, la voz de una duquesa diminuta inaugurando un bazar en 1910. Se acercó a la mesa, apartando a la multitud al caminar, como un general de los munchkins—. ¡Pues claro que Damian no tiene que marcharse!

Esta complicación desconcertó al hombre.

—Pero Su Alteza Real me pidió especialmente...

—¡Su Alteza Real no sabe nada de todo esto!

—¡Oh, ya lo creo que sí! —La enormidad de la gran duquesa se añadió al embrollo. Los invitados se apartaron mientras ella surcaba majestuosamente la habitación, una reconstrucción de Sherman atravesando Georgia, asolando las tierras con su marcha, y era curioso que estuviera acompañada de Andrew Summersby, que estaba a su lado como un pequeño y horrible remolcador que fuera en la estela de un crucero trasatlántico—. Lo siento mucho, señor Baxter. Estoy segura de que no quería ofenderme de ninguna de las maneras. —Se detuvo para tomar aliento, y vi que Damian intentaba replicar, supongo que para tener una mejor oportunidad, pero ella no estaba interesada en entablar un diálogo, sino en una declaración de intenciones—. En cualquier caso, creo que estos eventos tienen una serie de normas, y se deberían respetar. —Sonrió, para que la amarga medicina fuese más fácil de tomar—. No podemos permitir que la sociedad se derrumbe, no si está en nuestra mano evitarlo. Espero que no piense muy mal de mí.

—No, por supuesto —dijo Damian burlesco, intentando todavía recuperar su equilibrio.

—¡Pero Damian *estaba* invitado! —El grito salió de una tímida y avergonzada Dagmar. Naturalmente, fue una contribución muy interesante a la discusión. Los ojos de la muchedumbre se dirigieron hacia ella, como el público del partido de tenis de *Extraños en un tren*, de Hitchcock—. ¡Yo le invité!

Estoy seguro de que todos los presentes sabían que era una mentira, pero era una mentira elegante y caballerosa, e hizo que sus invitados la tuvieran en más alta estima, y a muchos de ellos no les caía bien antes de esa noche, a pesar de su presteza en aprovecharse al máximo de su hospitalidad. Digo esto para que se sepa que, al intervenir, por lo menos algo le salió bien. Como argumento en contra de la decisión de su madre, fue perfectamente inútil.

—Perdóname, querida, pero el señor Baxter *no* fue invitado. Ni por ti, ni, más importante, por *mí*. —La voz de la duquesa no admitía discusión alguna. No había terminado—. Esto ha sido algo que ha dejado bastante claro a oídos de lord Summersby, quien ha sido tan amable de avisarme. Me atrevería a decir que el señor Baxter estaba *presumiendo* de su falta de invitación.

La cara de la gran duquesa estaba enrojeciendo, y no le sentaba muy bien. Combinado con los colores de su disfraz, estaba empezando a parecer un globo de Santa Claus sobrevolando los edificios de Regent Street por navidades; pero, como siempre pasaba con ella, esto era algo a tener en cuenta. Disfruté en especial de un ligero matiz de Europa del Este en su voz, a medida que su ira se intensificaba, como si su deber hacia su gente —súbditos en un país que, recordemos, no había visitado nunca— de algún modo le hubieran imbuido de un pasado diferente, haciendo desaparecer sus saludables años en West Yorkshire y haciéndola una morava de pro, a pesar de su nacimiento.

Por supuesto, sus palabras habían delatado al que había que culpar por todo este incidente, a quien me gustaría describir como «horrible», pero que también había hecho que esta fiesta le *mereciera* la pena a todo el mundo. El chivato responsable no era otro que Andrew Summersby. Supongo que desvelarlo en público nunca había sido parte del plan y parecía incómodo, mientras los ojos del gentío se posaban sobre él. Dudó por un momento antes de tomar una decisión, por la que no le puedo culpar, pues, dado que le habían descubierto, optó por lo evidente.

Hasta ese momento, se había quedado en la retaguardia de todo lo que estaba pasando, pero entonces dio un paso al frente.

—Vamos —dijo, agarrando a Damian del brazo, como si le estuviera arrestando, lo que en cierta manera estaba haciendo, e intentando llevarle hacia fuera.

Con un diestro movimiento, y para el asombro de todos, Damian se volvió a liberar, esta vez con mil veces más furia que con el empleado del hotel cuando había intentado hacer lo mismo.

—Quítame las manos de encima ahora mismo —gruñó—. ¡Estúpido, ridículo zopenco!

Obviamente, Andrew no esperaba nada parecido cuando decidió delatar al invitado inesperado, y mucho menos de alguien que él creía que estaba muy por debajo de él en la escala natural de las cosas. No cabía duda de que Andrew era un zopenco, y uno *muy* estúpido, pero pocas personas se lo dirían a la cara, y no estaba preparado para oírlo. Para ser sinceros, creo que tan solo quería una oportunidad con Serena o con alguna de las otras chicas que habían estado revoloteando cerca de Damian durante toda la tarde, y se había puesto celoso. Estoy bastante seguro de que nadie lamentaba más que él que toda esta situación se les hubiera ido de las manos.

Iba vestido, como algunos de los otros, de húsar de los Totenkopf, con unos pantalones estrechos que, en este caso, le quedaban fatal, y una chaqueta echada sobre los hombros, y todo esto pudo haberle impedido moverse, pero ya no se podía

echar atrás. Embistió hacia delante, intentando por segunda vez agarrar el brazo del bellaco. Pero de nuevo Damian fue demasiado rápido para él, y retrocedió haciendo una especie de pirueta, como Errol Flynn en una película de la Warner, y, antes de que nadie pudiese detenerle, había dirigido toda la fuerza de su puño al derechazo que le propinó a la nariz de Andrew, con un sonoro y asqueroso crujido. Algunas chicas gritaron, sobre todo las que estaban más cerca, en especial Lydia Maybury, cuyo vestido de organdí blanco, diestramente cortado al bies y bordado con lirios del valle, quedó salpicado copiosamente con la mezcla de sangre y mocos que provenía del apéndice reventado de Andrew. Parecía tan sorprendido, tan atónito ante el increíble rumbo que habían tomado los acontecimientos, como si el mar hubiese decidido de repente inundar la pista de baile desbordándose por los ventanales, que se quedó por un momento en trance, mirándonos con ojos que no veían, quieto, con la sangre brotándole de la nariz, antes de desmayarse hacia atrás. Mientras lo mirábamos, paralizados con un horror extático, a ninguno de nosotros se le ocurrió cogerlo para evitarle la caída, y en vez de eso se cayó, cuan largo era, en la mesa del desayuno, arrastrándola al derrumbarse, duchándose a sí mismo y a los que estaban cerca con fuentes hirviendo y salchichas y jarras de zumo de naranja y panceta y tostadas y hornillos y huevos revueltos y mostaza y cubiertos y todo lo demás. El estruendo fue como la caída de Troya, con su propio eco por los pasillos del hotel, asustando a los caballos, resucitando a los muertos. Fue recompensado por un completo y absoluto silencio. Todos nos quedamos allí de pie, como conejos mirando los faros del coche que se acerca, asombrados, atónitos, hipnotizados, observando el cuerpo ensangrentado y adornado con el desayuno del vizconde derribado. Incluso Dagmar se quedó callada y silenciosa como una estatua.

Entonces Damian, con uno de esos gestos que hizo que le perdonara más cosas de las que debía, y por más tiempo, cogió la mano de la gran duquesa, que colgaba hacia a un costado, después de presenciar la ruina de una fiesta que le había costado una gran parte de lo que percibía anualmente.

—Por favor, perdóneme por todo este lío, señora —alzó la indefensa mano hacia sus labios, y la sostuvo allí un momento, con una elegancia exquisita—, y muchas gracias por lo que, hasta ahora, ha sido una velada encantadora. —Al decir eso soltó sus dedos, se inclinó rígidamente, como un cortesano de toda la vida, y salió de la habitación.

No hace falta añadir que una vez que la historia hubo circulado por todo Londres, y con la única excepción del baile dado por lady Belton en honor a la hermana de Andrew, Annabella, antes de que pasara mucho tiempo Damian había recibido invitaciones para todos los demás festejos de la temporada. Y esto no fue porque de repente las madres empezaran a darle el visto bueno: a todas ellas les aterrorizaba pensar que Damian Baxter fuera a raptar a una de sus sagradas criaturas.

Fue debido a la absoluta e inflexible insistencia de las hijas.

Seis

La gran duquesa había acertado al invertir cuando lo hizo, incluso aunque las cosas no salieran como había deseado. En 1968 su familia tenía justo el dinero suficiente y justo el estatus necesario para haberse procurado un pez gordo, o uno que tirara a relleno, por lo menos. No lo hizo, pero en su momento pensé que había puesto el listón demasiado alto, y que no había tenido en cuenta las oportunidades de algo decente. Más tarde descubriría que no había acertado del todo con este análisis, pero sospecho que aun así, como tantos otros con títulos o fortunas, Dagmar había crecido con expectativas muy poco realistas. Para empezar, no tenía ni idea de lo pálida que era en realidad. Siempre podía reunir (o en aquel entonces, por lo menos) una multitud que disimulara su timidez, pero no parecía darse cuenta de que tendría que poner más de su parte si quería que la balanza se inclinara a su favor. Todo esto lo sabía la gran duquesa, y del modo más amable que podía, trataba de alentar a su hija para que cosechara lo que pudiera mientras durara el sol, pero, como la mayoría de las jóvenes, Dagmar no escuchaba a su madre cuando le decía cosas que no quería oír.

Parte de ese problema residía en su completa ineptitud para coquetear. Cuando se encontraba cara a cara con un hombre, alternaba entre risitas nerviosas o el silencio más completo, con los ojos medio llorosos muy abiertos, fijos en su acompañante, mientras él intentaba encontrar desesperadamente un tema, cualquier tema, que provocara una respuesta en voz alta. No existía. Al final, este desvalimiento me sacó el instinto protector y, aunque nunca me gustó Dagmar como chica, empezaron a caerme mal todos los que se burlaban de ella, o que imitaban su risa triste y breve, como escuché en una ocasión. Una vez, tuve que llevármela de Annabel cuando su cita se disculpó, por lo visto para ir al baño, pero terminó subiendo las escaleras hasta la calle y allí cogió un taxi. Ella lloró todo el camino hasta su casa y, por supuesto, no pude evitar quererla un poco, después de eso.

Para corregir un malentendido muy común, debo señalar que en mi época la temporada de Londres no era, como antes, un mercado para encontrar alguien con quien casarse. La idea era más bien presentar a tus hijos en un mundo apropiado, en el que vivirían desde entonces, y a su debido tiempo encontrar amigos, y en unos cuantos años más, un marido o una esposa. Pocas madres querían que esto pasara antes de que sus hijos o hijas hubieran llegado a la mitad de la veintena, como mínimo, pero el caso de Dagmar era diferente, y la gran duquesa lo sabía. Estaban vendiendo un producto en lo que parecía ser un mercado a la baja, y no había tiempo que perder. Todos pensamos, en un momento dado, que tenía una oportunidad con Robert Strickland, el nieto y heredero final de una baronía de 1910, concedida al ginecólogo real después de un parto difícil pero exitoso. Robert no tenía mucho dinero, ni casa ni tierras, pero tenía algo, y era un tipo amable, aunque no era la alegría de la huerta. Trabajaba en un banco mercantil y tenía la grandiosa cualidad,

precisamente en lo que concernía a la gran duquesa, de estar un poco sordo. Desafortunadamente, justo cuando estaba llegando al punto, Dagmar lo echó todo a perder, Robert interpretó su risita nerviosa como que no estaba interesada en su velada proposición, y no la volvió a repetir. Para finales de ese verano estaba felizmente comprometido con la hija de un coronel de la Guardia Irlandesa. No habría más oportunidades a ese nivel.

Incluso entonces, todo el mundo se quedó un poco sorprendido al leer en las columnas de cotilleos a finales del otoño de 1970 que se había comprometido con William Holman, el único hijo de un agresivo arribista de Virginia Water. Cuando le conocí, William iba a ser un «mago de las finanzas», la frase favorita de nuestras madres. Se había acoplado a algunos de los bailes de nuestro año, vistiendo y diciendo cosas inapropiadas y desesperadas, por lo menos según nuestros criterios jóvenes, frívolos y esnobs, y nadie se lo había tomado en serio. Al recordarlo, supongo que era bastante listo, y quizás parecía que iba a llegar a alguna parte. Es solo que para nosotros no estaba claro que fuera a ser ningún lugar especialmente agradable. No fui a la boda. Creo que me coincidía con un fin de semana que ya había reservado, en Toulouse. Pero aparentemente fue muy bien, aunque un poco precipitada. Se casaron en una iglesia ortodoxa en Bayswater, y dieron la recepción en el Hyde Park Hotel. Los padres del novio estaban extáticos y los de la novia, resignados. A fin de cuentas, la princesa Dagmar de Moravia estaba casada, con un hombre que podía pagar la cuenta de la cena y aspirar a algo más que a un piso en el semisótano. Tal y como la gran duquesa podía haber comentado, y probablemente lo hacía en la privacidad de su cuarto de baño, era mejor que nada. Supongo que también sabía que había otros factores que tener en cuenta que convertían esa ceremonia en algo muy bienvenido. Seis meses después, la princesa dio a luz a un varón, un niño saludable y no especialmente prematuro.

Por razones obvias, no vi mucho a Dagmar después de las vacaciones portuguesas, y una vez que me perdí su boda perdimos el contacto por completo. No me gustaba William, y yo tampoco le caía muy bien, así que no había mucho que nos uniera. Para ser justos, le fue bien, mejor de lo que yo había predicho, y al final le hicieron presidente de un fondo de inversiones, y le recompensaron con millones de libras y John Major le nombró caballero. Cuando leía algo de él en los periódicos, o le divisaba al otro lado de la habitación en alguna recepción, me divertía al pensar que se había convertido en una versión muy convincente de lo que había ansiado años atrás, con trajes hechos a medida por algún sastre reconocido, detrás de Burlington Arcade, y con todos esos prejuicios en voz alta haciendo juego. Alguien me dijo que ahora iba de caza y que tenía buena puntería, lo que me puso bastante celoso. Nunca deja de asombrarme la manera en la que el dinero de verdad continúa imitando las costumbres y pasatiempos de las antiguas clases altas, cuando se podrían permitir algo completamente diferente. Esto no era tan cierto en los setenta, pero cuando la señora Thatcher subió al poder el secreto anhelo por la nobleza revivió en muchos

corazones. Antes de que eso pasara, todos los agentes de bolsa cambiaron sus tirantes rojos por chaquetas Barbour, y se iban de caza y de pesca como si fueran nobles centroeuropeos, mientras que los clubes de St. James, que una vez estuvieron desesperados por encontrar nuevos miembros, se dieron el gusto de volver a establecer listas de espera y ser más exigentes en los criterios de admisión.

Un signo de todo esto, que los sociólogos parecen haber pasado por alto, es que desde los ochenta hasta hoy en día las clases altas y semialtas volvieron a vestirse de manera diferente de aquellos por debajo en el orden social, lo que definitivamente fue el retorno a lo de siempre. Un fenómeno único de los sesenta fue que todos nos vestíamos a la moda, bastante estafalaria, independientemente de nuestro origen, y quizás fue la única vez en los últimos mil años en que la mayoría de los jóvenes del país se vestían con versiones del mismo disfraz, aunque es una pena que escogiéramos como insignia esos pantalones cortos y esas corbatas tan horteras y los trajes de terciopelo y las cazadoras de aviador. Aunque esas modas fueran horrendas, nadie se resistía. Las faldas de la reina subían por encima de las rodillas, y en la inauguración del castillo Carnarvon por parte del príncipe de Gales, lord Snowdon se presentó con lo que parecía el disfraz de un asistente de vuelo en una aerolínea polaca. Pero para cuando llegaron los ochenta los pijos estaban hartos de estos disfraces que les hacían iguales al resto. Querían volver a parecerse a ellos mismos, así que poco a poco, Hackett's y después Oliver Brown, y todos los demás que reconocían esta aspiración oculta y querían facilitarla, salieron a la calle. De repente los trajes buenos se diferenciaron una vez más en las telas y en los cortes, mientras que las ropas que se usaban en el campo, el *tweed* y la pana y el resto de ese uniforme ya probado, se desenterraron de los mohosos armarios donde habían permanecido desde los cincuenta. Los pijos se podían distinguir a simple vista otra vez, una tribu conocida por sus marcas, y eso les hacía felices.

Dicho esto, los que presenciamos lo que parecía ser entonces el final de todo tuvimos que sortear los setenta antes de que las cosas empezaran a mejorar. Mucho de lo que se tambaleaba se desplomó, y hubo etapas oscuras que atravesar. Parece extraño escribirlo ahora, cuando todo ha cambiado, pero para nosotros, en esa época, el comunismo había venido para quedarse. De hecho, la mayoría de nosotros, aunque en privado y en silencio, creía que el comunismo se impondría en todo el mundo al final, y nos dispusimos a disfrutar de nuestro modo de vida sin pensar que tendría un futuro, bailando al ritmo de la orquesta, en la cubierta cada vez más inclinada del *Titanic*. Los sesenta ya habían pasado, con sus promesas de amor libre y sus flores en el pelo, pero esas ideas tan atractivas no fueron, al final, el legado de esa época tan turbulenta. El rastro que dejó no fue de paz y rosas, sino de ruptura social, y lo cierto es que la gente que perdió su vigencia en esos funestos años nunca llegó a recuperarla otra vez.

Así que no me sorprendió tanto cuando llamé al número de Dagmar y pregunté por la princesa, y me respondieron que «lady Holman» estaba en el salón. Ya me

había preparado lo que iba a decir. Mi excusa iba a ser un baile de caridad que iba a dar, para recaudar dinero para los refugiados del este de Europa. Años antes, había escrito una novela de moderado éxito que transcurría principalmente en la Rumanía de después de la guerra, lo que me había llevado a este territorio sin poderlo evitar, y me interesaba bastante lo que ocurría en ese país tormentoso. Finalmente se oyó una voz por la línea.

—¿Hola? —preguntó—. ¿Eres tú de verdad?

Todavía era la misma tímida Dagmar, pero, de algún modo, sonaba todavía más dócil. Le expliqué el motivo.

—Se supone que tengo que presentar unas cuantas ideas al comité, y enseguida pensé en ti.

—¿Por qué?

—¿Acaso no quedaría bien una princesa de los Balcanes? Hasta ahora, todo lo que tengo son dos actores de una telenovela, un cocinero que sale en la tele pero al que nadie conoce, y un puñado de viudas de Onslow Gardens.

Dudó.

—La verdad es que ya no uso ese título. —Había pena en su voz, aunque no supe si era un ataque momentáneo de nostalgia o una crítica en general a su presente.

—Bueno, aunque aparezcas como lady Holman, todo el mundo sabrá quién eres. —Es el tipo de cosas que se dicen y yo lo hice, si bien, como suele ser tan frecuente, no pensaba que fuera cierto.

—Bueno... —Hizo una pausa extraña. Esperaba que el éxito financiero de William hubiera reforzado su autoestima, pero parecía que había sucedido todo lo contrario.

—¿Podemos hablarlo en persona? Voy a estar muy cerca de allí la semana que viene, voy en coche. ¿Me puedo pasar?

—¿Cuándo?

Una vez más, como con Lucy Dalton, me di cuenta de que era como un animal atrapado buscando una salida, inspeccionando la red en busca de un resquicio, que cerré firmemente con mi siguiente discurso.

—Depende por completo de ti. Tengo cosas que hacer en Winchester, pero lo puedo arreglar dependiendo de lo que tengas que hacer. ¿Qué día te viene mejor? Va a ser tan divertido volver a verte después de todos estos años.

Era lo suficientemente educada como para saber cuándo no tenía escapatoria.

—Sí, claro que sí. ¿Por qué no te pasas a comer el viernes?

—¿Estará William allí?

—Sí. No le gusta mucho que reciba visitas cuando él no está. —Esta frase se le había escapado antes de que se fijara en su feo e intimidante significado. Las palabras se repitieron en un eco por la línea que nos unía. Después de un silencio, intentó pulirlo un poco—. Se pone un poco celoso cuando le cuento que se ha perdido un encuentro con alguien que le cae bien. Estoy segura de que le apetece mucho ponerse

al día contigo.

—A mí también —respondí, porque tenía que hacerlo. No estaba claro cómo llevaría a cabo mi misión si William era tan controlador que no nos iba a dejar a solas, pero no había nada que pudiera hacer—. Allí estaré el viernes, un poco antes de la una.

Bellingham Court era una casa de verdad. Estaba a unos ocho kilómetros de Winchester, y quizás no estaba muy alejada de la carretera, pero era un genuino *schloss* isabelino, con sus amplios ventanales con parteluz y sus bóvedas escalonadas y sus cámaras revestidas y sus pasillos susurrantes, un lugar que te subía el ego satisfactoriamente. Mientras entraba por las puertas recién pintadas, y conducía por el camino hacia la casa, largo e impecablemente cuidado, se podía ver que habían restaurado todo hacía poco. Aparqué en el amplio patio, ribeteado por dos fuentes amplias y poco profundas, de piedra labrada y muy probablemente cara, y antes de que tuviera tiempo para tocar el timbre, me abrió la puerta una mujer de mediana edad sin tacones, que supuse, con acierto, que era el ama de llaves. Me hizo entrar.

El dinero de ese lugar no era comparable al de Damian, más parecido a los montones de Creso. Los Holman eran muy ricos, eso es todo, no supermegarricos, a lo Bill Gates. Solo ricos. Pero cielos, lo bastante ricos. El recibidor era grande, embaldosado en piedra de color hueso, con una mampara oscura tallada a un extremo y unos muebles maravillosos. Estos objetos habían sido seleccionados por pertenecer a la misma época de la casa, y más tarde descubrí que no era el tema de todas las habitaciones de esa planta, pues el decorador había decidido que los cacharros de la época de los Tudor eran muy bonitos para admirar, pero nada útiles. Así que ese estilo se había visto confinado al recibidor y a algunas piezas de la biblioteca. Había una especie de intención, un diseño buscado que, al igual que el de la mansión de Damian en Surrey, de un modo extraño, conseguía borrar de la mente la idea de que vivían en el campo. Las casas de campo de verdad respetan un cierto azar, objetos y muebles se revuelven a propósito, supervivientes de muchas otras casas, que han terminado allí sin orden ni concierto, pero con un toque *chic*. Este no es un talento desconocido para muchos decoradores a los que, si les das mucho tiempo y dinero, pueden apañarte una casa que parezca que ha pertenecido a tu familia desde 1650, cuando de hecho se mudaron el verano pasado. Pero en Bellingham no se había logrado esa elegancia casual pero cómoda. Más bien había algo desconcertante en la casa que no logro definir, como si hubiera estado preparada para una fiesta muy esmerada y no me hubieran invitado. Si me hubieran dicho que acababan de hacer una sesión de fotos y que no tocara nada, no me habría sorprendido. Los cuadros eran todos muy grandes, retratos de cuerpo entero o de tres cuartos, demasiado limpios, casi brillantes. Parecían extranjeros y me fijé en algunas de las placas con los nombres, los más importantes, al pasar. «Frederick Francis, 1^{er} gran duque de Mecklenburg-Shwerin, 1756-1837» decía uno, y el otro anunciaba «El conde Felix Beningbauer, llamado Lupitz, 1812-1871, y su hijo Maximilian».

—Ya ves que en esta casa somos muy proeuropeos. —La voz me sorprendió, y vi una pequeña figura de pie al otro lado del pasillo, que parecía más un *boy scout* con un trabajo de voluntario que una princesa de mediana edad. Por supuesto, sabía que era Dagmar porque su estatura así me lo indicaba, pero al principio no pude reconocerla en la cara que tenía enfrente. Tenía el pelo gris, aunque tan lacio y fino como siempre, y finalmente reconocí sus trémulos y ansiosos labios, pero no había sobrevivido mucho más de su juvenil apariencia. Sus ojos todavía eran grandes, pero mucho más tristes, y a pesar del lujo que nos rodeaba me dio la impresión de que la vida no había sido fácil para ella. Nos dimos un beso, un poco torpemente, dos extraños picoteando las mejillas del otro, antes de que ella me guiara al salón principal, una habitación bonita y luminosa, pero también con un aire artificial. Era la mezcla perfecta de chintz de Colefax y antigüedades, en este caso georgianas, cuidadosamente escogidas por su belleza por separado, pero que no tenían coherencia como colección. Había más cuadros del desfile europeo en las paredes.

Señalé un par de ellos.

—No me acuerdo de que tuvieras todos estos en Trevor Square. ¿Estaban guardados? —No hacía falta que dijéramos que no procedían de la rama del caballero William de Holman.

Negó con la cabeza.

—No. —Por fin estaba volviendo a mi mente. La boca húmeda y semiabierta se había reafirmado un poco, pero todavía tenía esa nota discordante, rara y llorosa, en su voz, un rasguear triste de las cuerdas vocales, que me recordó a la chica que había sido una vez—. William tiene gente que le busca estas cosas por todas las casas de subastas, y cada vez que tienen un cuadro que tenga la más mínima conexión conmigo, lo compra. —No entró en detalles de lo que esto dejaba entrever de su marido. Ni yo tampoco.

—¿Dónde está?

—Escogiendo el vino para la comida. No tardará mucho.

Me sirvió una copa de una alacena camuflada en un aparador labrado y rococó, en la esquina, en el que, para más diversión, pude ver un lavabo, y hablamos. Dagmar estaba más al día de lo que yo había hecho con mi vida de lo que yo creía, y se debió de dar cuenta de lo halagado que me quedé cuando me habló de una novela en particular que no había llegado al gran público. Se lo agradecí. Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Me gusta enterarme de las noticias de la gente que conocí en ese tiempo.

—¿Más que hablar con la gente directamente?

Encogió los hombros ligeramente.

—Las amistades están basadas en experiencias compartidas. No sé qué tendríamos en común ahora. William no siente mucha... nostalgia por esa parte de su vida. Prefiere lo que sucedió después. —Lo que no me sorprendió. Si yo fuera él, también lo preferiría—. ¿Te ves con alguien de esa época? —Le dije que había hecho

una visita a Lucy—. Cielos, te lo estás pasando muy bien. ¿Qué tal está?

—Bastante bien. Su marido ha puesto otro negocio. Pero no estoy muy seguro de que les vaya a durar.

Asintió.

—Philip Rawnsley-Price. El único chico del que todas escapábamos, y Lucy Dalton termina casándose con él. Qué extraño es el paso del tiempo. Supongo que ha cambiado bastante.

—No lo suficiente —dije con mezquindad, y nos reímos—. También he visto a Damian Baxter. Hace muy poco. ¿Le recuerdas?

Esta vez dejó escapar una especie de risa jadeante que trajo por completo a la Dagmar que yo conocía de vuelta al salón.

—¿Que si le recuerdo? —preguntó—. ¿Cómo podría olvidarle, cuando nuestros nombres estuvieron unidos desde entonces?

A mi cerebro, que estaba pensando en otras cosas, le dejó perplejo tal declaración. ¿Acaso me había perdido un romance que conocía todo el mundo?

—¿De verdad?

Me dirigió una mirada de confusión. Claramente le desconcertaba que yo fuera tan lento.

—¿Recuerdas mi fiesta? ¿En la que derribó a Andrew Summersby? ¿Y que eso añadió dos mil libras a la cuenta? Lo que en ese momento era un montón de dinero, te lo aseguro. —Pero no parecía enfadada al recordarlo. Más bien lo contrario. Se veía.

—Por supuesto que sí. También recuerdo tus intentos de fingir que sí había sido invitado. Te quise un poco por esa razón.

Asintió.

—Por supuesto, no sirvió de nada. —Sonrió como un elfo travieso, al recordar su valor hacía tanto tiempo—. Mi madre todavía estaba viviendo en algún reino de fantasía, en su propia cabeza. Creyó que si permitía a un joven, que se había portado perfectamente toda la noche, quedarse allí sin invitación, de alguna manera Roma caería. No hace falta que diga que su intransigencia nos hizo parecer ridículos a todos.

—Tú no fuiste ridícula.

Se sonrojó.

—¿No? Espero que fuera así.

—¿Cómo está tu madre? Siempre me dio mucho miedo.

—Ahora no te lo daría.

—¿Está viva, entonces?

—Sí. Está viva. Podemos ir a verla si tienes tiempo para dar un paseo después de comer.

Asentí.

—Me gustaría. —Hubo una pausa, y pude oír a una abeja atrapada contra una ventana, el familiar zumbido seguido de un topetazo. No por primera vez me

sorprendí por la extrañeza de ese tipo de charla, con la gente que una vez conociste muy bien y de la que ahora no sabes nada—. Debe de estar contenta por cómo te han ido las cosas. —Al decir esto era perfectamente honesto. La gran duquesa había estado tan decidida a que su hija tuviera un matrimonio espléndido, que William Holman debía de haber sido toda una decepción, por muy necesario que fuese en aquel momento. Qué poco sabía ella, o nosotros, que él sería capaz de ofrecerle un estilo de vida que sobrepasaría las promesas de todos los herederos de 1968.

Me miró pensativa.

—Sí y no —masculló.

Antes de que pudiera explicármelo más, William entró en la habitación, con la mano ya extendida hacia mí. Era más guapo de lo que recordaba, alto y delgado, y su pelo canoso se mezclaba con el rubio, dándole una apariencia joven.

—Qué agradable verte —dijo, y me di cuenta de que, por muy raro que fuera al pasar el tiempo, su voz había cambiado más que su cara. Se había vuelto importante, como si se estuviera dirigiendo a una sala de juntas de una empresa, o a un pueblo medio lleno de agricultores agradecidos—. ¿Qué tal estás? —Nos dimos la mano e intercambiamos los tópicos de costumbre acerca de cuánto hacía que no nos veíamos, mientras Dagmar le ponía una copa. La miró al cogerla.

—¿No queda limón?

—Parece que no.

—¿Por qué no? —Dado que yo era más o menos un extraño, a pesar de lo encantados que decíamos estar de habernos encontrado, el tono de William al dirigirse a su esposa me pareció demasiado severo, y me hizo sentir incómodo.

—Deben de haberse olvidado de comprarlo. —Habló como si estuviera encerrada en una celda con un criminal potencialmente agresivo y estuviera intentando llamar la atención de los guardias.

—¿Ellos? ¿Quiénes son «ellos»? Te refieres a «ti». Tú has olvidado pedirles que lo compraran. —Suspiró cansado, sintiéndose triste por la patética mediocridad de las habilidades de su mujer—. Oh, bueno. No importa. —Bebió un sorbo, arrugó la nariz en señal de disgusto y se giró hacia mí—. Bueno, ¿qué te trae por aquí?

Le expliqué lo de la gala benéfica, pues evidentemente no le iba a contar la razón verdadera. Me miró con esa cara de preocupación falsa que usa la gente cuando oye historias de mala suerte en la calle.

—Por supuesto, es una excelente causa, como le dije a Dagmar cuando lo escuché por primera vez, y te admiro muchísimo por involucrarte...

—Pero...

—Pero no creo que sea para nosotros. —Se detuvo, esperando que yo siguiera y le dijera que por supuesto, que lo entendía, pero me quedé en silencio, hasta que él se sintió humillado y lo intentó aclarar—. No quiero que Dagmar se vea obligada a todo eso. Está claro que el linaje de su familia era interesante, pero ya se acabó. Ahora es lady Holman. No hay necesidad de sacar a relucir un pretendido título de hace años,

cuando tiene uno perfectamente adecuado para el mundo normal. Este tipo de cosas, aunque sean muy importantes —me sonrió, pero no llegó a sus ojos— parecen llevarla hacia atrás, no hacia delante.

Me volví hacia Dagmar para que dijera algo, pero se quedó callada.

—No creo que su título sea una pretensión —dije—. Es miembro de una casa real.

—Ya depuesta.

—Estuvieron en el trono hasta tres años antes de que ella naciera.

—Lo que fue hace mucho tiempo.

Esto era de una innecesaria mala educación.

—Hay mucha gente viviendo en el exilio, que van tras su hermano para que les lidere.

—Oh, ya veo. ¿Crees que asistiremos a la coronación de Feodor? Espero que le den el día libre en el trabajo. —De repente se rio, con burla, mientras acercaba su cara a Dagmar, para que ella pudiese ver mejor su desprecio. Fue intolerable—. Me temo que creo que todo eso es una excusa para que unos pocos esnobs se inclinen y se hagan reverencias y animen sus fiestas. —Sacudí la cabeza lentamente, como si estuviera defendiendo algo razonable—. Deberían prestar más atención a lo que sucede a su alrededor hoy en día. —Bebió para señalar el carácter definitivo de sus palabras. Resumiendo, no habría más discusión sobre el tema.

Me volví hacia Dagmar.

—¿Estás de acuerdo?

Cogió aire.

—Bueno...

—Por supuesto que está de acuerdo. Bueno, ¿a qué hora comemos?

Ahí vi que la verdadera carga de William era que durante años había soportado ser tratado como la momentánea locura de Dagmar, el vergonzoso matrimonio equivocado que se había cruzado en el camino de la dinastía morava, y ya no tenía por qué aguantarlo más. Las cosas habían cambiado. Hoy en día, él era el que tenía el dinero, él era el que tenía el poder, y nos íbamos a enterar. Mucho peor, tras haber triunfado, no podía tolerar que Dagmar tuviese algún tipo de posición por cuenta propia. No debía tener valor alguno excepto el de ser su esposa, no debía tener otro pedestal en el que brillar por separado. Resumiendo, era un intimidador. Pude comprender por qué la aprobación de la gran duquesa era ambigua.

El almuerzo fue un asunto curioso, pues trajo consigo infinitas oportunidades para que Dagmar fuera humillada en público. «¿Qué demonios es esto?». «¿Se supone que tiene que estar quemado?». «¿Por qué estamos comiendo con cubiertos para niños?». «Estas flores se merecen ir de entierro». «¿No debería ir esto con una salsa, o pediste específicamente que estuviera seco?». Si yo hubiera sido Dagmar, me habría puesto de pie, le habría roto un plato en la cabeza y le habría abandonado para siempre. Y todo esto antes de que llegáramos a los postres. Pero conozco demasiado bien ese tipo

de maltrato doméstico, pues eso era lo que estaba ocurriendo, y sé que destruye la voluntad de oponer resistencia y, con toda mi pena, vi que simplemente lo aceptaba. Incluso le dio crédito a sus quejas disculpándose por defectos que eran inventados.

—Lo siento. Debería estar más caliente —decía, o bien—: Tienes razón. Debería haberles pedido que lo cerraran bien antes. —Cruzó el límite al morder un bocado de las pequeñas *crêpes Suzette* que les habían traído y lo volvió a escupir en el plato—. ¡Por Dios! —gritó con todas sus fuerzas—. ¿De qué demonios está hecho esto? ¿De jabón?

—No te entiendo. —Hablé con lentitud—. Están deliciosas.

—No de donde yo vengo. —Soltó una risa, como si todos estuviéramos disfrutando de una broma.

—¿Y de dónde vienes, exactamente? —contesté—. Ya no me acuerdo.

Le miré, y me sostuvo la mirada por un instante. Por detrás de su cabeza, el ama de llaves le echó un vistazo a una criada que había ayudado a servir para comprobar si se había dado cuenta de este comentario. Pude ver que las dos admitían haberlo oído, en silencio. De hecho, casi estaban sonriendo. En cualquier caso, tanto si era entretenido para el servicio contemplar al tirano pisoteado como si no, fue muy clasista y contraproducente por mi parte. William, rojo de furia, estuvo a punto de echarme de la casa, lo que habría hecho que mi viaje fuera inútil. Gracias al cielo, nunca dejaba que la ira le dominara. Años de tensas negociaciones en el mundo de las finanzas habían hecho que fuera más listo. Y supongo que pensó que la historia circularía por Londres, y que al venir de alguien más conocido que él (no he dicho rico, ni con más éxito, solo un poco más conocido), era algo a lo que no iba a arriesgarse. Por supuesto, mi crimen capital, a sus ojos, no era que hubiera sido un maleducado con él y que no me hubiera puesto de su parte. Era que consideraba que su mujer era más simpática y más interesante que él, lo que era mucho peor que recordarle el largo trayecto que había recorrido desde la primera vez que nos vimos. Sabía que se tomaba muchas molestias para escoger las visitas que entraban en esa casa, así que era de suponer que este tipo de desafío ocurría rara vez o nunca. Ya no tenía práctica en que le contradijeran.

Respirando profundamente y de manera audible, dejó su servilleta, esmeradamente arrugada, y sonrió.

—Lo malo es que tengo un poco de prisa. ¿Me perdonas? —Me di cuenta, divertido, de que estaba intentando ser «elegante». No era uno de sus talentos—. Los viernes estoy en casa, pero eso no significa que no tenga que trabajar. Ojalá. Dagmar te acompañará a la puerta. ¿Verdad, cariño? Ha sido genial ponernos al día. —Sonreí y le di las gracias, como si no me acabara de ordenar que me fuera, y ambos fingimos que todo iba bien. Después se fue. Dagmar y yo nos miramos, su pequeña carita arrugada y sus hombros estrechos hacían que se pareciera de repente a una foto de un niño hambriento en el Berlín de posguerra. O a Edith Piaf. Hacia el final.

—¿Te apetece un paseo después de esto? —preguntó—. No te culpo si quieres

irte. No me sentiré ofendida.

—¿No me acaba de ordenar que me vaya de su casa?

Hizo un puchero.

—¿Y qué?

—No hagas que se enfade por mi culpa.

—Siempre está enfadado. ¿Qué diferencia hay?

Los jardines de Bellingham habían sido diseñados, replantados y restaurados hasta aproximarse a una imagen eduardiana, con un gran jardín tapiado y diferentes «espacios» con estatuas rodeadas de parterres o rosas en pequeños y cuidados arriates. Todo era muy agradable, pero el parque era algo más. Supervivientes de la construcción original, los robles gigantes, antiguos y venerables, le conferían a todo el lugar una belleza sobria, una dignidad que se echaba en falta en los pintorescos jardines o en el interior, recientemente amueblado. Miré alrededor.

—Eres muy afortunada.

—¿Ah, sí?

—Por esto, por lo menos.

También echó un vistazo, admirando los majestuosos árboles y la ondulación de las colinas que nos rodeaban.

—Sí —dijo—. Soy afortunada por esto. —Caminamos un rato—. ¿Cómo está? —preguntó repentinamente. Al principio no la entendí—. Damian. Me dijiste que le habías visto hace poco.

—Me temo que no muy bien.

Asintió.

—Lo he oído. Estaba esperando que me dijeras que no era verdad.

—Pues lo es. —Otra vez nos quedamos en silencio mientras subíamos por una ladera con unas vistas maravillosas del parque de enfrente de la casa.

—¿Sabías que estaba chiflada por él? —dijo.

Me estaba acostumbrando a las sorpresas.

—Sabía que habíais salido un par de veces. Pero no que fuera amor verdadero.

—Bueno, pues lo fue. Para mí, en cualquier caso.

—Entonces fuiste muy discreta.

Soltó una risita triste.

—No había mucho acerca de lo que ser discreta.

—Habló de ti el otro día —dije.

Al oír esto, cambió el color de su cara, y se llevó una mano a la mejilla.

—¿De verdad? —susurró—. ¿De verdad? —Fue muy conmovedor.

Pude ver que nos estábamos aproximando a la conversación que había sido mi razón para venir, pero no me quería apresurar.

—Mencionó que habíais salido unas cuantas veces, cosa que yo no sabía.

Aliviada por la confirmación de estar de alguna manera presente en los pensamientos de Damian, sus palabras brotaron.

—Me hubiera casado con él, ¿sabes?

Me detuve. Esto era asombroso. Parecíamos haber ido de cero a cien kilómetros por hora en menos de dos minutos. Damian me lo había presentado como el rollo de una noche, pero para Dagmar había sido *Tristán e Isolda*. Cuán a menudo sucede que una pareja de amantes está viviendo dos relaciones completamente diferentes.

Vio mi expresión y asintió con vigor, como si fuera a discutirlo. Fue una transformación extraordinaria y la primera vez que la veía tomar las riendas en algo que se pareciera a una discusión.

—Si me lo hubiera pedido, lo habría hecho. De verdad.

Alcé las manos en señal de sumisión.

—Te creo —dije.

Lo que hizo que sonriera y se volviera a relajar, sabiendo que estaba en su bando.

—Mi madre se habría tirado por una ventana, claro, pero estaba preparada para impedirlo. Y yo no estaba tan loca. Sabía que le iría bien. Eso era lo que más me gustaba de él. Era parte del mundo que estaba viniendo. —Me miró—. No el mundo que *pensábamos* que estaba viniendo, todo eso de la paz y el amor y las flores en el pelo. No. El mundo *de verdad*, que venía reptando hacia nosotros en los setenta y que explotó en los ochenta. La ambición, la voracidad, sabía que otra oligarquía millonaria ocuparía su lugar antes de morirnos, y estaba segura de que Damian pertenecería a ella.

Un rasgo extraño de hacerte mayor es el descubrimiento de que todos los que eran jóvenes al mismo tiempo que tú eran tan incapaces de expresar sus pensamientos como tú. En cierto modo, en la juventud, la mayoría de nosotros piensa que son unos incomprendidos y que el resto del mundo es estúpido. Me di cuenta, con pena, de que podía haber sido mucho mucho más amigo de Dagmar de lo que fui, si tan solo hubiera sabido lo que pasaba por su cabecita.

—¿Y qué pasó? ¿No pudiste convencer a tu madre?

—No fue esa la razón. Al final habría cedido, si yo hubiera gritado suficiente. Al fin y al cabo, después me dejó casarme con William, que tampoco tenía un origen noble, solo porque pensó que podía ganar dinero.

—¿Y qué pasó, entonces?

Suspiró, todavía apenada.

—Él no quiso. —Frunció el ceño, dispuesta a matizar sus palabras—. Quiero decir, yo le gustaba un poco, y le divertía todo... esto. Pero nunca me amó. No de verdad.

Por supuesto, la triste verdad es que ninguno de nosotros la había amado. O en cualquier caso, tal como habría descrito mi niñera, no *de ese modo*, se parecía demasiado a un niño abandonado, demasiado a un niño lastimoso, que no había recibido amor, pero al escucharla surgió en mí una oleada de compasión por nuestras versiones más jóvenes, desbordando amor no correspondido, como habíamos estado todos los que éramos feos. Deseando contárselo a alguien, creyendo de algún modo

que si tan solo el objeto de nuestras pasiones pudiera entender la fuerza de nuestro amor se doblegaría ante él, y sabiendo todo el tiempo que no era así y nunca lo sería.

Dagmar no había terminado.

—Hubo un tiempo en el que pensé que podría tenerle. En un momento dado, pensé que podría prometerle todo lo que él quería conseguir de la temporada. Una social... —Dudó. Se había dejado llevar tanto, que ese territorio le era extraño. Su timidez salió otra vez a flote—. Ya sabes... Lo que fuera, social... pensé que a lo mejor lo quería tanto como para aceptar que yo fuera parte del lote. —Miró hacia otro lado—. Supongo que eso suena muy desesperado.

—Suena muy decidido. Me sorprende que no tuvieras éxito. —Y lo estaba. Tanto si la encontraba atractiva como si no, hubiera creído que el Damian Baxter de aquellos años habría saltado ante la idea de casarse con una princesa.

Ahora era el turno de ella de mirarme con pena.

—Nunca le entendiste. Incluso antes de esa horrible cena en Portugal. Pensaste que quería todo lo que tú tenías. Más de lo que tú tenías. Y en cierta manera, así era. Pero en algún momento, durante el año que estuvimos juntos, se dio cuenta de que solo lo quería si podía poner sus propias condiciones y si no, prefería no tenerlo.

—Quizás es lo que admiras de los hombres. Lo cierto es que William también impone sus propias condiciones. —Podría haber sido cruel, pero ella no se lo tomó así.

En vez de eso, negó con la cabeza para marcar la diferencia entre los dos hombres en su mente.

—William es un hombre pequeño. Se casó conmigo para ser un gran hombre. Después, cuando hizo su propio dinero y se pudo comprar un título, y en general se convirtió en un hombre grande, por lo menos a sus ojos, ya no quiso que yo también lo fuera. Quería que yo fuese pequeña, para que él pudiese ser más grande todavía. —No puedo describir lo tristes que eran esas palabras, mientras escuchaba su voz, que me llevaba al pasado, como la de Valerie Hobson en 1950, saliendo de su diminuta figura. Parecía tan frágil—. Se cree que mientras haga burla de mi familia y critique mi imagen, y bostece cada vez que abro la boca, puede demostrar que yo soy la que lo necesita y no al revés.

—Todavía compra retratos de tus antepasados.

—No puede evitarlo. Si fuéramos a esperar a que pintaran los suyos, no tendríamos nada en las paredes. —Era agradable oírla siendo sardónica.

—¿Por qué no le dejas? —Es difícil de explicar, pero no en ese momento no era una pregunta tan entrometida como parece en estas páginas.

Se lo pensó por un momento.

—Pues la verdad es que no lo sé. Durante mucho tiempo fue por los niños, pero ya han crecido. Así que no sé.

—¿Cuántos tienes?

—Tres. Simon es el mayor. Tiene treinta y siete, y trabaja en finanzas. Ya se fue.

—¿Casado?

—Todavía no. Solía preguntarme si era gay. No me importaría, pero creo que no. Creo que más bien se aleja del compromiso debido al ejemplo que le han dado sus padres. Después está Clarissa, felizmente casada con un pediatra muy agradable y al que le va muy bien, me alegra decir, aunque William no lo apruebe.

—¿Por qué no?

—Habría preferido un noble estúpido a un doctor inteligente. —Suspiró—. Y después el más joven, Richard, que tiene veinticuatro años y está empezando como representante de empresas. —Hizo una pausa y pensó en sus palabras—. ¿No te parece que los jóvenes de ahora tienen trabajos muy gratos?

—No como en nuestra época.

Me miró.

—Bueno, tú tienes un trabajo curioso. Ninguno de nosotros pensaba que ibas a ganarte la vida con eso. ¿Te diste cuenta?

—Lo sospechaba. Pero siempre esperé que tú nos salieras con algo sorprendente.

Solo lo dije para animarla, pero de algún modo podría haber sido cierto. Para mí, ella había sido un comodín, tan retraída, tan en clave baja, con sus risitas y sus prolongados silencios, que a veces tenía la sensación de que había una persona completamente diferente viviendo dentro de esa tímida cabecita, incluso aunque no me pusiera a investigarlo en ese momento. Casi esperaba que llegara el día que estallara. De alguna manera no parecía posible que se deslizara tranquilamente por esa vida de esposa adinerada, comprando los uniformes del colegio de los niños y cocinando en una cocina de lujo para después congelarlo.

Estaba claro que Dagmar encontraba bastante halagadora la idea de haber podido ser una chica con carrera.

—¿De veras? Muy pocas de nosotras hicieron nada espectacular. Rebecca Dawnay compone música para bandas sonoras, y creo que Carla Wakefield abrió un restaurante en París. ¿O la estoy confundiendo con otra persona? —Rebuscó en su memoria—. Sé que una editora de Londres fue debutante, pero no sé cuál de ellas... —suspiró—. En cualquier caso, eso es todo.

—Incluso así. —Me había recuperado de mi desconcierto inicial ante su aspecto, tan poco familiar. Ahora Dagmar se parecía a sí misma otra vez, y los recuerdos comenzaron a fluir—. ¿Te acuerdas de Portugal, esa primera noche? ¿Cuando nos llevamos la merienda a ese castillo encantado en la colina, y hablamos de la vida? Sonabas como alguien que estuviese preparando su fuga. Supongo que lo has olvidado.

—No, no lo he olvidado. —Se detuvo, como para enfatizar sus frases—. Creo que tienes razón, estaba planeando algo por el estilo. Pero me quedé embarazada. —Todos lo habíamos sabido, claro, a la manera silenciosa en la que se recibían ese tipo de noticias en aquellos días, así que no dije nada—. William me pidió que me casara con él, y sea lo que sea lo que opines de él ahora, me quedé bastante aliviada, te lo

aseguro. En cualquier caso, después llegó Simon y eso fue todo.

Casi habíamos vuelto a la casa y necesitaba algunas respuestas.

—¿En qué momento dejaste de esperar a Damian?

Se tensó y su cara se convirtió en la de una ardilla nerviosa. Me di cuenta de que la pregunta, o por lo menos su vuelta a 1968, no era fácil para ella, pero ya no se podía hacer nada. Esperé mientras se pensaba la respuesta.

—Me di por vencida cuando no me pidió en matrimonio y William sí lo hizo. —Dudó—. La verdad es que, aunque no sé cómo expresarlo —se volvió a ruborizar, pero estaba claro que había decidido que ya había llegado demasiado lejos como para echarse atrás—, cualquiera de los dos podía haber sido el padre. Estaba saliendo con William por aquel entonces, pero Damian y yo nos acostamos juntos la noche que llegamos a Estoril. Lo recuerdo muy bien porque fue la última vez que pensé que podía conseguirle. Más tarde, esa misma noche, me dijo que eso no iba a suceder. Nunca. Que le caía bien, pero... —Se encogió de hombros y de repente la chica solitaria, con el corazón roto, de hace cuarenta años, estaba allí, caminando a nuestro lado por el parque—. Después, cuando no me llegaba la regla, supe que era una elección entre William o la clínica de abortos. Es raro pensarlo, teniendo en cuenta cómo me trata William ahora, pero no puedo describirte la tranquilidad que sentí cuando me hizo la pregunta.

—Estoy seguro. —Y lo estaba.

Le entró un escalofrío.

—Me debería haber puesto un jersey —dijo. Y después, con una mirada tímida—. No sé por qué te he contado todo esto.

—Porque me interesaba —dije. Y era cierto, esa era la razón. Especialmente en Inglaterra. Muy pocos ingleses les preguntan a las mujeres acerca de ellas. En vez de eso, escogen sermonear a la gente que tienen al lado en la cena sobre la nueva y mejorada autovía M-5, o elogiar sus propios logros profesionales. Así que si un hombre expresa algún tipo de curiosidad sobre la mujer que se sienta a su lado, sus sentimientos o la vida que lleva, ella por lo general le contará todo lo que él quiere saber.

Estábamos pasando frente a los establos, a unos cientos de metros de la casa principal. Era de un periodo más tardío, quizás de mediados del siglo XVIII, y el muro del patio terminaba en un pabellón bastante bonito, construido para algún criado fiel, o para algún cochero excepcional. Antes de que hubiéramos avanzado unos pasos, la puerta delantera se abrió y salió una anciana a saludarnos. Llevaba el abrigo de *tweed* y la bufanda, tan típicos de una madre en el campo.

—Dagmar me dijo que ibas a venir —me llamó a través del césped que nos separaba—. Quería salir a decirte hola.

Miré a la flaca y arrugada criatura que se me acercaba. ¿Podía realmente ser la majestuosa gran duquesa de mi juventud? ¿O habían trasplantado su cabeza a otro cuerpo? ¿Dónde estaba su peso, en todos los sentidos del término? ¿Dónde el encanto

y el miedo que inspiraba? Desaparecidos por completo. Se aproximó y me inclinó.

—Señora —murmuré, pero negó con la cabeza y me agarró para darme un par de secos besos en las mejillas.

—No te preocupes por todo eso —dijo alegremente, y enlazó su brazo con el mío. Este sencillo hecho era un indicativo de todo lo que había desaparecido en este mundo desde la última vez que nos habíamos encontrado. Mi lado más sensiblero lo celebró como un cambio más amistoso. Pero, teniendo todo en cuenta, sospecho que habíamos ganado bien poco, por no decir perdido. Miró a su hija.

—¿Ha llegado ya Simon? Me dijo que iba a intentar estar con vosotros para la comida.

—Está claro que no se ha podido escapar. No tardará mucho. —Dagmar sonrió a su madre, esta pensionista amable y acogedora, que había robado la identidad de un caudillo en mis años de juventud—. Hemos estado hablando de Damian Baxter.

—*Damian Baxter* —La gran duquesa puso los ojos en blanco hasta el infinito, y después me sonrió—. Si supieras las discusiones que tuvimos por ese joven...

—Me las imagino.

—Y ahora es más rico que nadie. Así que supongo que se ha reído el último. —Hizo una pausa—. Pero da igual, no importa lo que te haya dicho, no fue culpa mía que no pasara. Al final no. No me puedes echar la culpa.

—¿De quién fue?

—Suya. De Damian. —Su voz tenía la misma determinación que la campana Lutine—. Todos creíamos que era un trepa, un aventurero, un advenedizo. Y lo era, a su manera. —Se volvió para apuntarme con un dedo acusador—. Y tú le trajiste entre nosotros. Cómo te maldecíamos las madres por ello. —Se rio con ganas—. Pero, sabes... —De repente su voz era casi soñadora, mientras retrocedía todas esas décadas perdidas, buscando las palabras adecuadas—. No iba buscando lo que teníamos. No de verdad. En ese momento no lo vi. Quería vivirlo, ser testigo, pero solo como un visitante de otro país. No quería vivir en el pasado, donde no tenía una posición. Quería vivir en el futuro, donde podría ser todo lo que quisiera. Y tenía razón. Era donde encajaba. —Miró otra vez a su hija, caminando detrás de nosotros—. Dagmar no tenía nada que darle que le fuera útil o que le hubiera hecho la vida más fácil. —Bajó el tono de voz—. Quizás si él la hubiera amado, las cosas hubieran sido diferentes. Pero sin amor no había suficiente para tentarlo.

Me impresionó el viaje que había hecho Damian ese año. Al principio había estado emocionado al recibir la primera invitación por parte de Georgina la Gorda. Al final había rechazado la mano de una princesa de verdad. No muchos pueden decir lo mismo. Se escuchó el ruido de pasos, y por el otro lado de la esquina recubierta de laurel surgió William, andando en nuestra dirección, con un Barbour reluciente y unas Hunter inmaculadas. Me vio y frunció el ceño. En su mente, yo ya llevaba en la carretera un buen rato para aquel entonces.

—Ahí está William —dije alegremente. Su suegra le miró con desprecio, en

silencio—. Debió de ser un alivio que diera el paso cuando Dagmar lo necesitó. — Estaba claro que había hablado sin pensarlo.

Me congeló con la mirada.

—No te entiendo —dijo con frialdad. Para mí fue como volver a ver a un viejo amigo.

—Me refiero a que Dagmar estaba ansiosa por casarse.

—No estaba «ansiosa» por casarse. Solo pensó que ya era hora. —Una vez establecido esto, la gran duquesa se relajó y, después de haber salido brevemente a la superficie, volvió a desaparecer dentro de la animada y bajita pensionista—. William quería lo que Dagmar le podía ofrecer. Damian no. Y eso es todo lo que había. —Me miró—. Sé que al final ya le odiabas. —No la contradije—. Dagmar me contó lo que había pasado en Portugal. —Alguien se lo debió de contar a todo el mundo, pensé con sarcasmo—. Pero te cegó lo que él era, y lo que podía llegar a ser. Para cuando Damian salió de nuestras vidas, incluso yo podía ver que no era muy normal. —Me pregunto ahora si se lo estaba pasando bien, hablando de estas cosas con alguien que había estado allí cuando todo esto pasaba. En especial por ser yo un viejo amigo, o por lo menos una persona a la que había conocido durante mucho tiempo, que después se convierte casi en lo mismo, y que era muy probable que no nos volviéramos a encontrar. Le había proporcionado una inesperada oportunidad para explicarse a sí misma esos años y esas remotas decisiones. Supongo que no se hablaba mucho de eso, no como si fueran cosas normales, y me quería usar todo lo que pudiera. De otra manera, no me explico su siguiente comentario—. William nunca tuvo la imaginación de Damian —dijo—. Ni su seguridad respecto a lo que traería el mañana. A pesar de sus fallos, Damian Baxter era un visionario, a su manera. William solo era un trepa vulgar y aburrido.

—Eso no implica que no amara a su hija.

No vi motivo para no concederle el beneficio de la duda. Pero ella lo negó.

—No lo creo. Ella hacía que él se sintiera importante, eso es todo. Por eso él se lo echa en cara ahora. No puede soportar pensar que la necesitara alguna vez para inflar su pequeño ego. —No dije nada. No fue porque juzgara su deslealtad. En todo caso, me sentí honrado de que me hubiera confiado esa indiscreción. Pero no creía poder añadir nada útil. Me miró y se rio—. La verdad es que no puedo soportarle. Tampoco creo que Dagmar lo haga, pero no lo hablamos nunca.

—Bueno, no hay razón para ello. A no ser que vaya a hacer algo definitivo.

Asintió. La precisión de este comentario aumentó su tristeza. De hecho, toda la conversación la había llevado por un territorio extraño, sin mapa, y pude ver un brillo borroso en sus ojos.

—Lo que pasa es que no sé cómo nos las apañaríamos. Ya encontraría alguna manera para no tenerle que dar nada si se separan, y algún picapleitos le exigiría sus honorarios, ¿y entonces qué? —Suspiró con fuerza, una temporera en el viñedo de la vida, que se merecía más de lo que había conseguido. Oímos el lejano ruido de un

motor y levantó la mirada—. Es Simon, por fin. Bien...

La distracción la había traído de vuelta, lejos del precipicio. Probablemente ya se estaba arrepintiendo de haberme contado algo.

Un coche reluciente, de alguna marca extranjera, estaba haciendo un giro para acercarse a nosotros. Al contemplarlo, deseé algo con todas mis fuerzas. Deja que este hombre sea el hijo de Damian, pensé. Por favor. Me importaba más de lo que me había importado con Lucy. A su manera alocada, los Rawnsley-Price se ingeniarían algún tipo de futuro, haciendo malabarismos con las locas ideas de Philip, sobreviviendo gracias a la suerte y a la caridad de otros, pero ahí, en ese momento, me sentí como si hubiera estado visitando a unos viejos amigos atrapados en una horrorosa cárcel del tercer mundo, debido a un crimen que no habían cometido. Como todos los de su clase, la anciana gran duquesa tenía más miedo a la pobreza de lo que debería. Solo sería pobreza en comparación, una pobreza suave, después de todo, pero desde la distancia, le parecía inaceptable. Supongo que creía que ya había atravesado demasiados cambios, y deberíamos perdonarla por ello. Esto es siempre un tema delicado, en lo que concierne a las clases altas británicas y a la mayoría de la realeza, el enfrentarse a la idea de la pobreza cuando están acostumbrados a vivir bien. La mayoría de ellos temen no solo las incomodidades que vendrán, sino la vergüenza que acompaña a la pérdida de capital, y se someterán a casi cualquier humillación antes que reducir su boato en público. Por supuesto, hay otro grupo más pequeño entre ellos a los que no les importa en absoluto. Esos son los afortunados.

Volví a pensar en que el final a tanto sufrimiento podría estar conduciendo hacia nosotros. Un rápido análisis de ADN y todos se verían liberados de este déspota y de esta existencia miserable. Dagmar, su madre y los otros hijos escaparían a un nuevo mundo, donde harían lo que les diera la gana, y William se sentaría solo a su mesa, gruñendo y echando chispas y riñendo a los criados hasta el final de sus días. Me pregunté cómo íbamos a conseguir que Simon accediera a hacerse un análisis. ¿Se preocuparía por los sentimientos de William? ¿William tenía sentimientos? Dagmar se había detenido para esperarme. Su madre y su marido estaban un poco por delante de nosotros, esperando al coche mientras se acercaba.

—Ha sido maravilloso volverte a ver —dije—. Y a la nueva versión de tu madre, mucho más dulce. —Quería que me considerara un amigo. Porque eso es lo que era.

Recibió mis palabras con una pronta sonrisa, pero después se puso seria. Estaba claro que se había procurado un último momento a solas conmigo, fuera del alcance del oído de los demás.

—Espero que no le hagas mucho caso a lo que te conté antes. No sé qué me ha pasado. Tan solo era autocompasión.

—No se lo diré a nadie.

—Gracias.

Las arrugas de preocupación desaparecieron. El reluciente coche había aparcado en la curva delantera de la casa, y un hombre de treinta y tantos salió de él. Se dio la

vuelta para saludarnos.

Y en ese momento el destino de Dagmar estuvo decidido, y todas mis fantasías de rescatar a esta familia fueron destruidas. Pues, de no ser por la edad, podría haber sido el hermano gemelo de William. No había ni rastro de su madre en él. Ojos, nariz, boca, pelo, cabeza, perfil, actitud, modo de andar, eran como dos gotas de agua. Dagmar me vio mirándole y sonrió.

—Como puedes ver, es el hijo de William, después de todo.

—Está claro.

En ese punto, ya habíamos llegado a mi coche, y abrí la puerta.

—Así que todo salió bien —dijo.

—Por supuesto. Pasa a menudo, a pesar de lo que nos cuentan en la televisión —contesté, subiéndome a mi vehículo, llevándome ese futuro suyo, más alegre. Por un momento pareció que iba a decir algo más, pero después se lo pensó mejor. Así que lo pronuncié yo.

—Le daré tus recuerdos a Damian cuando le vea.

Sonrió. Había acertado.

—Por favor. Y mi cariño. —Levantó la vista—. ¿Seguro que no te quieres quedar y saludar a Simon?

—Mejor que no. Es tarde y estará cansado. Me quedaré con vuestra imagen de familia feliz al pasar por delante de vosotros con el coche.

Dagmar asintió, con cierta ironía en su expresión. Sé que se alegraba de que me fuera ese día, y no me extraña. Había cometido el pecado de recordarle una vida más feliz. Peor todavía, le había hecho admitir ciertas verdades sobre su presente que habría preferido mantener ocultas, incluso a sí misma. Tenía mis razones, pero había sido cruel igualmente.

En cualquier caso, sin protestar más, retrocedió para contemplar educadamente mi partida y, un momento después, estaba de camino.

SERENA

Siete

Para cuando volví a encontrar la autovía, me vi envuelto en el atasco de las tardes de entrada a Londres, todo el viaje me llevó más tiempo del calculado y llegué a casa justo antes de las ocho. Bridget ya había llegado hacía un rato, y se había bebido media botella de Chablis mientras tanto. Esto la puso de mal humor mientras rebuscaba en la cocina lo necesario para hacer la cena. Ahora no me acuerdo por qué nunca me pareció extraño que siempre fuera ella la que cocinara, cuando se pasaba los días en una oficina, tomando decisiones importantes, mientras que yo me pasaba el tiempo vagueando e inventándome cosas inútiles que hacer durante el día, a la espera de que me llegara la inspiración. En mi defensa, tampoco recuerdo que ella pusiera ninguna objeción a ese arreglo. Si era mi turno, salíamos a cenar. Si era el suyo, cocinaba. Algunas veces tan solo aceptas lo que viene.

—Tu padre ha llamado —dijo—. Quiere hablar contigo.

—¿De qué?

—No me lo ha dicho, pero te ha llamado dos veces y la segunda parecía un poco molesto porque no estuvieras.

Había una queja imprecisa pero irrazonable escondida por ahí.

—No puedo organizar mi día en función de que mi padre me llame.

—No me eches la culpa. —Se encogió de hombros y volvió a la cocina—. Solo soy la mensajera.

Me sorprendió, y no por primera vez, el tremendo error que comete la mitad de la raza humana en lo que respecta a las relaciones que se tambalean. La división no es por sexo o clase o nacionalidad o raza o incluso por edad, pues hay de todo tipo a ambos lados. El error es este: cuando están en una asociación que no va bien, intentan inyectarle algo de emoción al asunto convirtiéndose en personas críticas, malhumoradas y permanentemente insatisfechas. «¿Por qué *siempre* haces eso?», preguntan. «¿Me estás escuchando? ¡Porque *nunca* te enteras!». O: «¡No me digas que se te ha *vuelto* a olvidar!».

Al no pertenecer a este grupo, me resulta muy difícil saber cómo piensan. ¿Se imaginan que, por ser exigentes y estar tensos y enfadarse, te obligan a esforzarte para que todo vaya mejor? Si es así, se equivocan, por supuesto. Este tipo de lenguaje lo único que hace es darte permiso para dejarte ir. Cuanto más descontentos estén, más fácilmente se convertirá su pesimismo en profecía. De hecho, la primera vez que oyes ese suspiro de resignación —«Supongo que esperas que limpie todo esto»— sabes que es solo cuestión de tiempo. Lo irónico es que a los que realmente te cuesta abandonar es a los que siempre están felices. Abandonar a los amantes contentos, hacerles infelices cuando no lo eran antes, es duro y desagradable, y siempre conlleva grandes cantidades de culpa. Dejar a un quejica miserable parece, sin embargo, lógico.

Por supuesto, esto implica que es fácil reunir el coraje para acabar con una

relación que caducó hace ya tiempo. Pero para muchos no es así. Se dicen a sí mismos que están siendo buenas personas, honorables, adultos, al seguir aguantando, pero en realidad lo que son es débiles. No me refiero a un mal matrimonio o cuando hay niños de por medio. Pero, cuando solo consideramos la cohabitación sin descendencia, es pura y simple cobardía conformarse con menos. Los años que pasan después de que hayamos decidido que no queremos morir y que nos entierren al lado de esta persona los perdemos, así que ¿por qué lo dejamos pasar? ¿Acaso es amabilidad mal entendida o un falso optimismo o porque ya hemos alquilado una casa para todo agosto con los Grimston y no podemos fallarles? O quizás: ¿Y qué hago con todas mis cosas? No importa. Una vez que la voz interna ha hablado y dado su opinión, cada día que pasas escapándote del final, es indigno de ti. Y en lo que respecta a Bridget FitzGerald, yo era indigno de ella.

Mi padre estaba bastante gruñón cuando descolgó el auricular.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó.

—Fui a Hampshire para comer.

—¿Y por qué, por el amor de Dios?

Como sabe cualquier hijo adulto, cuando lidias con un padre envejecido no deberías entrar en ese tipo de peleas.

—Me podrías haber llamado al móvil —sugerí.

—No es legal si estás conduciendo.

—Tengo uno de esos que te pones en la oreja.

—Aun así. —Y otra vez el silencio era la única opción sensata. Al final, aplacada su ira, volvió al asunto—. Quiero que bajes a verme. Tenemos unas cuantas cosas de las que hablar.

De hecho, vivía por encima de Londres según el mapa, donde se juntan Gloucestershire y Shropshire, pero mi padre era de la generación en la que Londres era el punto más alto de Gran Bretaña. Así que «subía» a Londres y «bajaba» a cualquier otra parte. Era una de las cosas que amaba de él. Supongo que «bajaba» a Inverness, pero no recuerdo haberlo intentado. Ya no le puedo preguntar, pues ha muerto en el tiempo que ha pasado desde lo que estoy contando. Le echo de menos todos los días.

Bridget salió de la cocina, llevando un plato de comida en el que ya había echado una generosa ración de estofado con verduras.

—Ya lo he servido en la cocina. Sé que no te gusta, pero no tenemos todo el día.

Siempre encuentro este tipo de charla muy irritante, porque está llena de presunción.

—Tienes razón —dije con frialdad—. No me gusta tener el plato lleno de comida que yo no he escogido, por lo menos desde que salí de la guardería hace unos cuantos años. Y tampoco entiendo por qué no tenemos todo el día. ¿Acaso tenemos prisa para ir a algún acontecimiento importante? —Tras haber soltado esa bobada, igual de engreída que la frase que la había provocado, me senté a la mesa.

Pero Bridget no había terminado.

—Me temo que está un poco pasado —suspiró, mientras me ponía el mejunje delante de mí.

Era hora de reconocer que estábamos riñendo, y con ese comentario ella había agotado la última reserva de paciencia que me quedaba.

—No sé por qué, si he llegado antes de las ocho —mascullé, usando a propósito una voz gélida y dura para enfrentarme a la suya—. ¿A qué hora pensabas cenar? — Se mordió el labio y no dijo nada.

Por supuesto, como bien sabía yo, esto era caer muy bajo. Antes de conocerme, Bridget se las había apañado para cenar entre las seis y media y las siete, y mi insistencia en hacerlo a las ocho y media o a las nueve todavía le parecía, no ilógica, pero sí extraña. Esto le resultará conocido a cualquiera que se haya alejado de pastos familiares para encontrar compañía. Incluso hoy en día, incluso cuando todo el mundo, al sur de Watford por lo menos, dice «comida», y cuando todo tipo de comidas, desde los aguacates al *sushi*, son bastante comunes, todavía el ponerse de acuerdo en la hora de la cena provoca un choque de culturas. Para mí, comer pronto solo se puede explicar si consideramos la comida como combustible para tener fuerzas para las cosas que vamos a hacer. Así que la gente cena a las seis o a las seis y media para estar en plenas facultades a las siete, y llenar las siguientes horas de diversión. Este tiempo lo pueden pasar en un club o en un bar o manteniéndose en forma o haciendo macramé o aprendiendo chino mandarín o bailando *country*, o viendo la televisión, sentado en el sofá. Tu tarde es tuya y, al cenar temprano, estás libre para disfrutar de todo lo que quieras.

La razón por la que esto es totalmente incomprensible para las clases altas y medio altas es porque para ellos la cena es lo placentero. Es la cúspide, el núcleo, la razón. Si todo el asunto de alimentarse se acaba a las siete, ¿qué se supone que va uno a hacer antes de irse a la cama? Ese tipo de gente no va a grupos de autoayuda, ni se apunta a un grupo de teatro de aficionados, no estudian arte o tejen, ni tampoco van a bares. Y por eso un puesto en la política municipal les resulta penoso. Porque suelen tener lugar cuando preferirían estar sentados a la mesa para una actividad diferente. Para los que cruzan esa gran brecha social, puede haber pocas costumbres tan difíciles de cambiar, sea cual sea la dirección que se haya adoptado. Ciertamente, Bridget lo había encontrado difícil y ahora, ahí estaba yo, picándola a propósito, insultándola, despreciándola. Me avergoncé de mí mismo. Pero no lo suficiente como para recuperar mi buen humor, está visto. Me quedé mirando mi plato.

—Y me gustaría que no lo amontonases así. Es tan poco apetitoso. —Me quejé mientras desdoblaba mi servilleta—. Me siento como un mendigo alimentado en un albergue, antes de retirarme a mi cubículo.

—Y yo me siento como la criada que le sirve —dijo Bridget sin un asomo de sonrisa, y ahí lo dejamos.

Cuando todo esto sucedió, mi padre vivía en un pequeño pueblo que se llamaba

Abberley, en los límites de Gloucestershire. Tenía ochenta y seis años y había escogido retirarse después de la temprana muerte de mi madre, hacía ya diez años. No existía ninguna razón para que hubiera acabado allí, pues durante su matrimonio había vivido sobre todo en el extranjero, y los primeros años de su jubilación los había pasado en Wiltshire, pero supongo que quería un cambio y nuestra familia había tenido su sede en Abberley Park a partir de mediados del siglo XIX, una mansión con demasiados nombres y un discutible mérito arquitectónico, tras un patio empedrado, al final de la calle principal del pueblo. Significaba muy poco para mí, pues en vida solo lo había visto como un hotel de tercera categoría; pero todavía íbamos de vez en cuando, a comer o a tomar el té, y papá fingía un poco de nostalgia por ese lugar. Sospecho que esto era para animarme a conocer la historia de la familia, pero siempre encontré su melancolía parecida a la de Turgueniev, muy poco convincente. El gran recibidor lóbrego, y los deprimentes salones y comedores a ambos lados, estaban espantosamente decorados, y cualquier rastro de vida privada había desaparecido del aire hacía mucho. En cualquier caso, mi padre no tenía recuerdos asociados a la casa, pues se había vendido en tiempos de su abuelo, después de la depresión agrícola, en los primeros años del siglo XX, antes de que hubiera nacido. Supongo que la escalera, con su estilo barroco del siglo XIX, era bonita, y la oscura y revestida biblioteca puede que fuera agradable, pero al haberla convertido en un bar y adornado con botellas boca abajo con boquillas de metal, le había arrebatado su frágil encanto. Sin embargo, el abuelo que la vendió, junto con su esposa y los otros miembros de las dos generaciones anteriores de nuestro clan, yacen en el cementerio de la iglesia local, y son recordados con dos placas en las naves, y me imagino que esto le dio a mi padre una sensación de pertenencia, algo que ni él ni mi madre habían conseguido nunca con su anterior casa.

Su vida en Abberley era bastante agradable pero un poco triste, claro, como las de todos los ancianos que viven por su cuenta, de la misma manera que las de las ancianas no. Tenía un ama de casa que se llamaba señora Snow, que era bastante educada, y que cada día le hacía la comida y se iba después de fregar y colocar todo. Le dejaba la cena en la nevera, en un aterrador despliegue de platos cubiertos de plástico transparente, con notas que tenían las instrucciones, siempre rigurosas: «Hervir veinte minutos», «Precalentar el horno al cinco durante media hora». Nunca le vi el sentido, pues no era tampoco una gran cocinera, por decir algo, su repertorio consistía únicamente en comida de colegio de la Inglaterra de la década de 1950, y él podría haber comprado todo lo que necesitaba en el supermercado Waitrose local. Habría sido más rápido y más fácil de preparar, por no decir que sabría mejor. Pero, al pensarlo, creo que le gustaba la actividad de desempaquetar todo para obedecer su voluntad. Le debía de ocupar una gran parte de la tarde, y eso era un punto a favor.

El día que fui a verle, la señora Snow nos estaba preparando la comida, pero él me dijo, con voz dulce, mientras servía dos vasos de jerez muy seco, que ella se iba en cuanto hubiera servido el postre. En otras palabras, que no se iba a quedar a fregar.

—Vamos a quedarnos solos —murmuró por la comisura de los labios mientras me guiaba hacia una silla en su gélido y fracasado salón.

¿Por qué hay personas que pueden vivir en una casa durante veinte años, y que sin embargo parezca que el camión de la mudanza se acaba de ir? En esta su última casa, había copiado unas cuantas habitaciones de las que había decorado mi madre en las otras casas, pero nunca parecía encontrar un patrón que le gustara para el pequeño e irregular salón, así que estaba allí, esperando una inspiración que no llegaba, con las paredes color blanco magnolia y su dispar colección de muebles.

—Bien —contesté, pues esto parecía ser lo que quería que dijera.

Asintió brevemente.

—Creo que es lo mejor.

Los años en el cuerpo diplomático le habían hecho ser reservado por lo general, y a eso había que sumarle el prejuicio típico de su clase de que no se podía mantener una conversación cuyo tema fuera el dinero, fuera de las paredes del banco o del corredor de bolsa, de no ser por dos razones. Estas incluían discutir los bienes y perspectivas de tu yerno, y hablar de la herencia que ibas a dejar. Como mi hermana se había casado hacía ya tiempo, de inmediato comprendí para qué estábamos ahí, y así resultó ser.

Habíamos intercambiado informaciones salteadas sobre la familia con desgana, mientras comíamos un pastel de carne soso e insípido, y estábamos mirando fijamente un pudín de ciruelas con crema pastelera nada apetitoso, cuando la señora Snow se fue hacia la puerta, con el abrigo y el sombrero ya puestos.

—Me voy, entonces —dijo a mi padre—. He servido el café en la biblioteca, sir David, no deje que se le enfríe.

En respuesta, él contorsionó la cara hasta algo parecido a un guiño, lo que significaba que, como todos los ancianos solitarios que tienen un empleado, la relación se estaba volviendo peligrosa, y le dio las gracias con un gesto. Oímos cerrarse la puerta, y empezó.

—Tuve un ataque el otro día y fui a ver al viejo Babbage. Me ha hecho unos cuantos análisis y parece que estoy en las últimas.

—Creía que habías dicho que Babbage merecía la inhabilitación.

—No es así.

—Dijiste que no diagnosticaría ni una herida de bala.

—¿Ah sí? —Mi padre se alegró un poco por eso—. A lo mejor lo hice. En cualquier caso, no cambia nada. Me voy a terminar yendo, y no falta mucho para eso.

—¿Qué fue lo que dijo?

—No hace falta que te molestes.

—He conducido dos horas y cuarto para llegar aquí. Me merezco detalles.

Pero no iba a romper las costumbres de toda una vida.

—Eran todo cosas de sangre donde no tenía que estar. Cosas repugnantes, que no voy a discutir mientras comemos el pudín. —No había mucho que replicar, así que

esperé mientras llegaba al asunto en sí mismo—. De todos modos, me he dado cuenta de que tú y yo todavía no hemos hablado en serio.

Qué extraña es la muerte. Parece que le quita importancia a los años que han pasado antes. Ahí estaba mi padre, a punto de morir, supongo que de algún tipo de cáncer, ¿y qué sentido tenía todo? ¿De qué había servido? Había trabajado muy duro, como había hecho su generación, de manera diferente y más sensata que la nuestra, empezando más tarde, y pasando demasiado tiempo en la comida, y llegando a casa a las seis y media pasadas. Aun con todo, lo había hecho lo mejor que sabía, y había viajado por el mundo y se había alojado en hoteles horribles, y atendido reuniones aburridas y oído mentir a jefes de Estado, y escuchado funestas predicciones de expertos que no tenían razón de ser; había estudiado informes sin valor alguno y sin numerar, y fingido que creía a los portavoces del gobierno cuando hacían afirmaciones disparatadas y falsas defendiendo a ministros inadecuados y... ¿para qué? No tenía dinero. O no lo que mi madre habría llamado dinero «de verdad». Esta casa, unas cuantas acciones, una o dos piezas bonitas heredadas de sus antepasados, que habían vivido mejor que él, una pensión que se moriría con él. A mi hermana y a mí nos habían provisto de una buena educación, lo que debía de haberles supuesto un pellizco, pero Louise había malgastado la suya casándose con un corredor de bolsa muy corriente y criando a tres niños, todos los cuales eran aburridos hasta decir basta, mientras que yo...

—Quiero que sepas lo que he decidido, en caso de que creas que he complicado innecesariamente las cosas. Eres el albacea, así que tendrás que lidiar con esto si he hecho alguna tontería.

Asentí. No podía controlar mis pensamientos. Pobre. Había sido una buena vida, supongo. Por lo menos es lo que la gente diría cuando finalmente se celebrara el funeral. «Tuvo una buena vida». ¿Pero esa era la verdad? ¿Fue una buena vida? ¿Fue suficiente? Conoció a mi madre hacia el final de la guerra, cuando ella trabajaba para alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores. Había sido trasladado para ayudar con el acuerdo de Polonia y otros lugares donde los británicos tomarían las decisiones equivocadas, como preparación para retomar su carrera una vez que la lucha terminara. Se casaron en 1946, justo antes de que le nombraran secretario en nuestra embajada en Madrid y, en conjunto, habían sido felices. De verdad lo creo. A ella le gustaba viajar, y las constantes mudanzas no le habían molestado. Una vez que a él le nombraron embajador, me atreveré a decir que se lo pasó muy bien, y aunque nunca lograron una de las grandes, París o Washington o Bruselas, sí que consiguió Lisboa y Oslo, además de Harare, que resultó ser mucho más interesante de lo que habían esperado, aunque en el mal sentido. Cuando todo hubo acabado, volvieron a casa, a una granja que habían comprado cerca de Devizes, y eso fue todo. Había sido nombrado caballero antes de su penúltimo puesto y me alegré, pues les haría sentir que lo que habían alcanzado era importante, lo que por supuesto no era cierto. Tampoco les resultó muy útil con su vida social en lo que era, para ellos, una región

totalmente nueva de Inglaterra. Pero nunca he llegado a entender la obligación de hacer del campo su hogar, cuando ninguno de ellos era del tipo de gente a la que le gusta pasar la vida paseando perros e implicándose en las causas locales. Era un hecho probado que no les gustaba el deporte. Mi padre había dejado de cazar hacía treinta años, después de pasar cuatro días en un brezal de urogallos en los Borders escoceses sin matar una sola ave, y mi madre nunca se aficionó mucho a nada que la obligara a pasar frío.

Hay una tiranía que obliga a la gente de una determinada clase social a insistir en que solo son felices en el campo, y eso es cruel. Mis padres estuvieron entre sus numerosas víctimas. Como cualquiera menos ellos hubiera podido ver, su ambiente natural era urbano. Les gustaba la conversación variada y bien fundada. Les gustaba mezclarse con diferentes grupos sociales. Les gustaban los rumores desde su origen. Les gustaba hablar de política y de arte y de teatro y de filosofía, y ninguna de esas cosas, como sabemos, se encuentra más allá de los límites de la ciudad. Tampoco eran grandes empresarios, y puesto que sus familias no tenían conexiones históricas con la parte de Wiltshire que habían escogido, nunca tendrían más que el pase de un día para juntarse con la nobleza del condado, así que sus egos se morirían de hambre mientras permanecieran allí. Resumiendo, no había manera de que fueran felices, o de que se entretuvieran, en esa sociedad, no como en Chelsea o Knightsbridge o en Eaton Square, pero se las apañaron, con presentaciones y cenas y obras de caridad y peticiones de firmas para el urbanismo local, y enfadándose por cómo se regía la taberna del pueblo y todo eso. Y entonces mi madre murió, y era exactamente lo que mi padre no se había esperado. Pero mostró valor mientras empacaba toda su vida en Devizes y la intercambiaba por otra, igualmente sin sentido, en Gloucestershire, y aquí estaba, después de diez años en los que no había pasado nada, diciéndome que su muerte se aproximaba, mientras nos comíamos lo que había en el plato, por muy asqueroso que estuviera. Nunca he sentido lo absurdo del final de la mayoría de las vidas con tanta fuerza como en ese momento.

—Está todo escrito, así que no debería haber ningún malentendido —dijo mi padre, sacando de algún sitio una carpeta de plástico llena de folios escritos a máquina. Me la tendió mientras se levantaba—. Vamos.

Me guio hasta la pequeña biblioteca, que usaba para la mayoría de sus actividades diarias, y como de costumbre me conmoví al verla. A diferencia del salón sin personalidad, la biblioteca era una reproducción exacta, aunque en miniatura, de una que mi madre había diseñado para la granja de Wiltshire, con las paredes forradas de tela de damasco roja, y acanaladas estanterías de color gris claro. Incluso los cojines y las lámparas se habían colocado exactamente igual después de la mudanza. Un retrato de ella, uno bastante bueno, pintado justo después de que se casaran, con un elegante traje de la década de 1940, colgaba sobre la repisa de la chimenea, y mi padre lo miraba de vez en cuando al hablar, como si buscara su aprobación a lo que decía, que me imagino que era exactamente lo que estaba haciendo.

Frente al sofá de pana verde, la mesa tenía una bandeja preparada por la infatigable señora Snow, con café para dos. Se sirvió una taza mientras me señalaba la carpeta.

—El funeral y las exequias, todo está ahí. Oraciones, himnos, quién debería dar el discurso si tú no lo quieres hacer, todo.

—Pensé que odiabas los himnos.

—Y los odio, pero no creo que un funeral sea un buen sitio para una «declaración de intenciones», ¿no?

—Es tu última oportunidad para hacerla. —Lo que le hizo sonreír—. Daré el discurso —dije.

—Gracias. —Se rio suavemente, para ocultar sus sentimientos—. Le he dejado esta casa a Louise, dado que tú tienes el piso.

Sus palabras eran perfectamente lógicas y ciertas, pero sentí una cierta punzada de irritación sin sentido. ¿Alguien se siente satisfecho con la manera en la que se reparten estas cosas? Los hijos únicos, a lo mejor. Nunca los que tienen hermanos.

—¿Y qué pasa con las cosas?

—Pensé que os lo podríais repartir. Pero no he especificado nada.

—Preferiría que lo hicieras.

—¿De verdad? ¿Cada cucharilla?

—Hasta la última cucharilla. —Pareció apenado al oír esto. Probablemente quería creer que sus hijos se llevaban bien, y lo hacíamos, pero ya no éramos muy íntimos y sabía que el tediosísimo marido de Louise le presionaría para quedarse con todo lo que fuera medio bonito si no lo parábamos ahora—. Tom dirá que ellos tienen hijos, y yo no, así que se querrán quedar con todos los recuerdos familiares. Después nos peharemos, y Louise llorará y yo gritaré y Tom parecerá horriblemente ofendido. A no ser que lo escribas, negro sobre blanco, y nos evitemos una discusión.

—Muy bien, lo haré. —Cabeceó solemnemente—. De hecho, te voy a decir lo que haré. Le voy a dejar a ella las joyas de tu madre, y tú tendrás el resto. Si quieres darle una fruslería o dos, es cosa tuya. Supongo que todo pasará a sus hijos finalmente, si tú no tienes los tuyos propios.

—Me imagino. No va a ir a un refugio de animales, en cualquier caso.

—Desearía que hubieses tenido una familia.

Esta era una observación muy frecuente, y normalmente me la hubiera sacudido de encima con una broma o un bufido de exasperación, dependiendo de cómo estuviera; pero dado el tema del que hablábamos, un poco de honestidad parecía más apropiada.

—Yo también, la verdad —dije.

—Sabes que todavía puedes. Mira a Charlie Chaplin.

—No necesito esperar tanto. —¿Por qué todo el mundo de más de cincuenta años pone a Charlie Chaplin como ejemplo? Cada día, aparece algún actor chiflado de setenta años en las noticias, contando lo divertido que es ser padre a los setenta y

cómo hace que cada día parezca nuevo y brillante. Algunas veces me pregunto cuánto tiempo podrán sostener esa farsa antes de caer exhaustos de rabia.

—Por supuesto... —dudó—. No creo que... ¿cómo se llama?

—Bridget.

—Bridget. Supongo que es un poco tarde para ella.

Dado que Bridget tenía cincuenta y dos años, esto era casi un elogio. Asentí.

—Creo que sí. Pero no necesariamente...

Era mi turno de aminorar. Los dos sabíamos lo que estaba diciendo. Mi padre se alegró bastante, y tengo que decir que me molestó un poco. Siempre había sabido que no era su tipo, aunque hubiera mantenido apartado en el fondo de mi cerebro ese pensamiento, pero hasta el momento no le había faltado al respeto en ningún momento y para aquel entonces, ella le había tomado cariño. No era justo darse cuenta de que había estado esperando en silencio a que esto pasara de una vez.

—Oh, ya veo. Bueno. Eres una caja de sorpresas. —Se echó otra taza del tibio líquido marrón, similar al café, que habían dejado en la jarra de plata, para nuestro deleite—. ¿La conozco?

—No es nadie en particular. —Sacudí la cabeza nerviosamente.

—¿Qué te pasa?

No estaba preparado para eso, ni para la pregunta ni para el tono, que era extrañamente cálido.

—¿A qué te refieres?

—Has estado muy raro desde que llegaste.

Su comentario iba claramente dirigido a algo más que mis relaciones con la señorita Fizegerald. Me sorprendió, porque mi padre no era muy dado a la introspección, ni hacia sí mismo ni para con los demás. Cuando éramos jóvenes, cuando una conversación a la hora de la cena amenazaba con ponerse interesante, tendía a cortarla con la maldición inglesa más típica: «Bueno, no nos pongamos *psicológicos*». No quiero decir que no apreciara la importancia de la vida interior de las demás personas. Es solo que no veía qué tenía que ver con él. El cotilleo le aburría. No recordaba los incidentes o los famosos lo suficientemente bien como para saborear el remate, y se impacientaba cuando alguien intentaba sumarle a la intriga de algún escándalo local.

La verdad es que su postura no agradaba a mi madre, pues nunca se le permitía discutir los asuntos privados y las teóricas actividades de sus conocidos, y eso hacía que, inevitablemente, su conversación fuese muy seca.

—¿Qué nos importa a nosotros? —decía y ella asentía y se mostraba de acuerdo, y decía por supuesto, y cuánta razón tienes, y se callaba. Cuando crecí, solía defenderla y citar a Alexander Pope: «El estudio más interesante del hombre es el hombre mismo», y todo eso. Quedaba el hecho de que se sentía incómodo y ruin adentrándose en las procelosas aguas de las historias personales de otros, y ella dejó de intentar cambiarle, guardándose estos temas para disfrutar con sus amigas y sus

hijos. Eso estaba muy bien, pero doy gracias por que sus últimos años pasaran en la era de la televisión, o sus tardes habrían sido muy silenciosas. Y aquí estaba, mostrando interés, pidiéndome algún tipo de información personal por mi cambio de humor. Era algo tan raro, que no podía perder tiempo en evasivas.

—Creo que quiero cambiar el rumbo de mi vida.

—¿Y a qué te refieres con eso? ¿Cortar con Bridget? ¿Dejar de escribir? ¿Vender el piso? ¿Es eso?

—Sí —dije. Nos miramos. Después me lo volví a pensar—. Aunque creo que no quiero dejar de escribir.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

Le conté lo que me había pedido Damian, y lo que llevaba averiguado hasta ahora. Se lo pensó un instante.

—En su momento me caía bastante bien, hasta que tuvisteis esa pelea. —Hizo una pausa, pero yo no tenía nada que comentar—. Aun así, me sorprende bastante que dejara tal marca en todas vuestras vidas.

—Lejos de mí defenderle, después de todo lo que me hizo pasar, pero es el único miembro del grupo que ha conseguido ser uno de los hombres que más ha triunfado de su generación.

—Sí, tienes razón. Por supuesto, tienes razón. No lo había pensado. —Mi padre habló como si le hubiera corregido, y con razón—. ¿Y entonces, qué es?

—No lo tengo todavía muy claro, pero creo que me está resultando deprimente verme obligado a comparar lo que todos pensábamos que iba a ocurrir cuando éramos jóvenes, con lo que de verdad pasó.

Mi padre asintió.

—Citando a tu niñera, las comparaciones son odiosas.

—También son inútiles, pero eso no te impide hacerlas. —Por alguna razón, me parecía importante que me llegara a entender—. Es más que eso. No estoy seguro de qué estamos haciendo con nuestras vidas. Damian puede haber dejado su huella, pero el resto de nosotros no.

—No todo el mundo puede ser un multimillonario conocido en el mundo entero.

—Y tampoco deberían, pero todo el mundo puede sentirse parte de algo que merezca la pena. Que, al examinarla por última vez, piensen que su vida ha tenido significado en un contexto más amplio. La pregunta es ¿de qué soy yo parte? ¿Qué he hecho?

Pero no se lo podía tomar muy en serio.

—¿No crees que la gente se ha estado preguntando eso desde que Chaucer afiló su lápiz?

—Creo que ha habido épocas en las que la mayoría sentía que pertenecía a una cultura que funcionaba, que tenía una identidad dentro de un todo. «Soy un ciudadano romano», «Dios bendiga a América», «El hombre que nace inglés tiene un boleto ganador en la lotería de la vida». Todo eso. La gente pensaba que su propia

civilización era valiosa, y que eran afortunados por tenerla. Estoy casi seguro de que yo también creía eso, o algo parecido, hace cuarenta años.

—Hace cuarenta años eras joven —sonrió. Estaba claro que no le preocupaba demasiado mi examen de conciencia—. Así que ¿qué me estás pidiendo? ¿Quieres vender el piso? Si es así, entonces es lo que debes hacer.

De algún modo, lo podría haber dejado ahí, pues para ser honestos, había ido allí buscando su permiso para hacer eso mismo. Me cogió desprevenido su reacción, tan acogedora para con mis quejas, pues había supuesto que me iba a costar mucho más tiempo que me lo concediera. Porque, debería dejarlo claro, la respuesta por su parte fue muy generosa, más generosa quizás de lo que un extraño podría valorar a simple vista. Como ya dije, mi madre fue la que insistió en darme el piso de Londres, quitándose de su patrimonio un valor considerable. Mi padre se resistió un poco, porque vio que su manera de vivir se iba a ver afectada, pero al final se rindió a sus súplicas. Y ahí estaba yo, proponiéndole liquidar mis fichas, embolsarme el botín, coger el dinero y huir, y quería dejarme claro que no le importaba lo más mínimo. Meses más tarde me enteraría de que ya sabía que estaba mucho más enfermo de lo que me había dejado entrever, y que la muerte no rondaba lejos, así que supongo que quería que al final estuviéramos en sintonía, pero, para mí, pensar así solo hace que su amabilidad me conmueva todavía más.

—Es muy generoso y maravilloso por tu parte —dije.

—Tonterías, tonterías —negó con la cabeza ante la idea—. ¿Qué tal un poco más de café?

Por supuesto, su deseo instintivo de quitarle importancia a ese momento era precisamente lo que lo hacía tan emotivo. Como muchos de su clase, mi padre tenía una incapacidad absoluta para expresar el amor que motivaba sus actos, era demasiado inglés como para mostrar sus sentimientos. Incluso cuando éramos pequeños, odiaba darnos el beso de buenas noches, y se alegró visiblemente cuando la costumbre decayó, en nuestros años adolescentes. Pero sin embargo siempre hubo un silencioso afecto en sus palabras, que hace que mis ojos se llenen de lágrimas ahora, meses después, cuando las recuerdo.

—No quiero que pienses que os equivocasteis al dármela cuando lo hicisteis —dije—. Me dio una base perfecta, un comienzo fantástico. Os estaba, y os estoy, increíblemente agradecido.

—Lo sé. Pero porque algo fuera adecuado para ti entonces no significa que lo sea ahora. Si quieres venderlo, debes venderlo.

—Gracias.

—¿Y la chica? ¿No funciona?

No pude evitar pensar, traicioneramente, que Bridget se sentiría extática al oír que se referían a ella como «la chica», por muy políticamente incorrecto que suene. Era muy guapa, y tenía ese tipo de belleza que perduraba, pero ya no era ninguna jovencita, aunque tampoco una vieja. No sabía cómo responderle.

—No es eso, exactamente. Funciona tan bien como siempre.

—¿Pero?

—Mi problema es que durante mi búsqueda he recordado lo que significa estar enamorado. Creo que me había olvidado.

—Otra vez, estás recordando lo que significa ser *joven* y estar enamorado. El amor a los sesenta, por mucho que las películas románticas americanas te traten de decir otra cosa, no es lo mismo.

—A lo mejor no. Pero estoy casi seguro de que es más de lo que tengo ahora.

—Entonces, por supuesto, tienes que ponerte en marcha. —Cabeceó lentamente—. Dime, ¿ves alguna vez a Serena Gresham cuando viajas?

La pregunta salió de la nada y me pilló de improviso. Ese día mi querido padre estaba lleno de sorpresas. ¿De verdad recordaba a Serena? ¿Cómo sabía lo que yo había sentido por ella? A no ser que hubiera tenido un trasplante de personalidad, claro. No habíamos pronunciado su nombre en treinta años y, de cualquier modo, nunca hubiera pensado que se interesara tanto por mi vida como para notar mis sufrimientos amorosos.

—No. Casi nunca. Algunas veces. En alguna cosa en Londres. Eso es todo.

—Se casó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y está contenta?

—No la he visto lo suficiente como para hacerme una idea. Tiene dos hijos, ya adultos, y todavía sigue con él.

Se pensó mi débil respuesta un segundo.

—No estoy seguro de que hubieras sido feliz con ella, ¿sabes?

Este tipo de cosas es difícil de admitir a cualquier edad, y de cualquier padre, pero se acercaba tanto a uno de los gestos más amables que me había brindado nunca, que no quería estropearlo.

—Solo desearía haber tenido la oportunidad de averiguarlo por mi cuenta —fue todo lo que dije.

—No hubieras podido llegar a ser escritor. Habrías acabado en el mundo de las finanzas. Para conseguir el dinero con el que mantenerla.

—No necesariamente. —Al oír esto, lanzó un bufido. Como siempre, con un padre, el dar por sentado que sabían más que tú, en particular cuando estábamos hablando de personas que yo había conocido a fondo y él no, era exasperante. Pero en fin, después del diálogo anterior no quería empezar una pelea—. Hay mucha gente hoy en día viviendo de una manera completamente diferente a como fueron criados. Tú mismo, para empezar.

—Quizás. Pero a mi generación no se le dio a elegir, y créeme, las viejas costumbres tardan en desaparecer. —Vio que me estaba conteniendo para no salir en defensa de Serena y cedió—. No quiero decir que no me gustara, pero nunca pensé que encajarais. Por si te vale de algo.

—Sí. Bueno —dije, y me quedé callado.

Una cierta torpeza se había pegado a todo lo que hacíamos. De repente mi padre se estaba dando cuenta de que había entrado en un terreno extraño y puede que doloroso. Sonrió con ánimo de chanza, procurando que las cosas volvieran a la normalidad.

—Bueno, espero estar todavía por aquí para conocer a la nueva chica, cuando se presente.

—Yo también —dije, y lo hacía de verdad. Me da mucha pena que no vaya a estar.

Pasamos el resto de la tarde hablando de su testamento, que no me dejó leer. Dijo que había dejado esa casa a mi hermana y lo que quedaba de su capital se había dividido entre mi sobrina, mis dos sobrinos y yo mismo. En mi opinión, esto no era muy justo, dado que Louise y sus hijos deberían haber constado como una sola persona jurídica, pero llamó a su abogado por teléfono mientras yo estaba presente, y añadió un codicilo en el que me dejaba todo lo que contenía la casa, así que no le iba a poner reparos. Y ya estuvo todo hablado. Sus peticiones para los oficios religiosos parecían caballerosas. De hecho, era todo bastante modesto, era más de irse con un quejido decoroso que con un escándalo.

Estábamos en la cocina, preparándonos una taza de té antes de que me fuera, cuando mi padre volvió a sacar el tema de mi vida actual. La señora Snow había dejado las cosas colocadas en la mesa de la cocina, incluyendo galletas tapadas con plástico. Obviamente, no le consideraba capaz de hacer la más mínima operación doméstica sin ayuda, y era muy probable que tuviera razón.

—No creo que Damian se esté comportando correctamente —dijo después de otro silencio, mientras servía dos tazas de brebaje—. Seguro que acabarás perturbando el equilibrio de una vida perfectamente normal. Algún hombre, o alguna mujer, se encontrarán siendo de repente mil millones de veces más ricos que sus hermanos, más ricos que cualquier conocido que tengan en este mundo. Su madre tendrá que afrontar los hechos, y explicar a su marido que su hijo mayor es un bastardo. No va a ser fácil.

—¿Y si el dinero significara que una vida llena de pobreza pudiera despegar de repente y conseguir algo grande?

—Suenas como una novela del quiosco de la estación de tren.

—Y tú suenas como un funcionario del departamento de Salud y Asuntos Sociales.

Mordió su galleta integral. La señora Snow no corría riesgos, con las galletas ni con ninguna otra cosa.

—Tampoco creo que sea justo que Damian te cargue con esto a ti. No es como si le debieras algo.

—No. —Pero no quería fingir que no sabía por qué me lo había pedido a mí—. Desgraciadamente no había nadie más que lo hubiera podido realizar.

—Quizás. Pero no creo que llegara a entender a lo que te estaba exponiendo.

Fue un comentario raro, que no había previsto.

—¿Por qué? ¿A qué me «he expuesto»?

—Te han presionado para visitar tu propio pasado y compararlo con tu presente. Te has visto obligado a recordar lo que esperabas de la vida cuando tenías diecinueve años, hace cuarenta, antes de que supieras lo que era la vida. De hecho, te tienes que enfrentar a lo que esperaban todos, esas chicas tontas y llenas de maquillaje y los engreídos y fatuos chicos con los que te juntabas por aquel entonces. Ahora, gracias a Damian, debes ser el testigo de lo que ocurrió con ellos. De lo que ocurrió contigo. Al final, cuando te haces viejo, casi todos los que conservan el cerebro deben reconciliarse con la decepción que es vivir, pero es demasiado pronto para que tú lo descubras. Te has vuelto descontento cuando es demasiado tarde o casi, para arreglarlo, pero lo suficientemente pronto como para vivir durante años con esa insatisfacción. Damian debería haber echado a perder su propia vida, no la tuya.

—No le queda mucho de su vida para perder.

—Aun así.

Y por supuesto, realmente tenía razón.

¿Acaso es una casualidad? ¿La explicación para esos acontecimientos extraños, esas coincidencias que parecen, por un momento, crear el sentimiento de que hay un plan en nuestras arbitrarias vidas? ¿O tiene que ver más con el conocimiento accidental de las cosas? ¿De las deducciones por casualidad que llevan a una comprensión mayor? En todo caso, creo que fue la casualidad la que me echó una mano en la siguiente etapa del viaje al que me había apuntado Damian.

Bridget y yo estábamos pasando el fin de semana con un arquitecto muy tedioso y su encantadora esposa en una casa que él había comprado años antes en Yorkshire. Era una casa antigua, histórica, una «mansión» si querías llamarla así, y él así lo quería. El arquitecto en cuestión se llamaba Tarquin Montagu. No creía que este fuera un nombre que él, o más probablemente nadie, hubiera recibido en la pila bautismal, y nunca descubrí ningún vínculo entre él y la casa ducal de Manchester, una conexión que le encantaba dar a entender. Entró en mi vida como el marido de una divina novelista llamada Jennifer Bond, que publicaba con mi misma editorial. Nos habían emparejado en una gira literaria un verano unos cuantos años atrás, y forjamos una amistad en el camino. No tenía muy claro cómo había llegado a tener todo ese dinero, pues nunca se le asociaba con ningún edificio realmente espectacular, pero vivía de una manera que Vanbrugh habría envidiado, y unos cuantos años antes de nuestra visita había comprado un lugar espléndido, aunque en ruinas, las Torres Malton, cerca de Thirsk.

Un edificio gótico, al estilo de Jorge IV, abandonado por su familia tras la guerra, Malton había seguido la triste estela de tales lugares, en esos años como colegio,

después un instituto de formación profesional, y más tarde como residencia para ancianos, y estoy casi seguro de que en un momento dado fue una escuela de hostelería, especializada en *Nouvelle Cuisine*. Hasta que al final alcanzó una cierta fama, aunque falsa, a mediados de los noventa, como «sede mundial» de la práctica de una versión tardía de meditación trascendental, lo que atrajo a los miembros de uno de los grupos prefabricados de música de esa época. Esta última encarnación estaba regida por un turbio personaje que decía que tenía la autoridad y el apoyo del Dalai Lama, creo recordar, pero puedo equivocarme. En cualquier caso, llegó el día en que una revista sensacionalista que salía los domingos reveló con titulares en rojo que no era un filósofo en contacto con el plano superior, como sus pupilos habían asumido sin duda, sino un impostor procedente de Pinner, que ya había sido juzgado por hurto, robo de coches e intento de estafa a su seguro. Esta revelación trajo consigo el éxodo en masa de los fieles, seguidos en breve por su líder, ya no tan espiritual, y durante los ocho años siguientes el viento había soplado por entre los pasillos polvorientos y las buhardillas de los criados y los antiguos salones de los caprichosos decadentes, hasta que, en lo que solo puede haber sido el último momento, se presentó Tarquin. Estoy casi seguro de que desde el punto de vista de la casa fue bueno que pasara. Si fue igual de beneficioso para la calidad de vida de Jennifer o no, ya está más abierto a especulación.

El continuo anhelo por parte de los triunfadores de reproducir el estilo de vida y las costumbres de la aristocracia del siglo XIX debe de ser agotador para los líderes laboristas. Lo negarán, como tantos otros aspectos de la naturaleza humana, pero es así. Y la vida que estos aspirantes escogen imitar es la de un periodo muy específico. No es para ellos la rutina casual de los aristócratas del siglo XVIII, que dormían sentados y desayunaban a mediodía tazas de chocolate antes de cabalgar un rato; que no llevaban uniformes para hacer deporte o actividades sociales, que cenaban a las cinco de la tarde, se bebían tres o cuatro botellas de jerez por la noche y, cuando viajaban, era de lo más normal que compartieran la cama con su criado, mientras su esposa se acomodaba para pasar la noche con su doncella. Este no es un modelo muy atractivo para el millonario moderno. Y, ciertamente, tampoco copiarían las costumbres más brutas de los nobles del siglo XVI, cuya higiene personal, por no decir nada de su política, haría que un hombre se desmayara. No, su gusto se ha formado según los victorianos tardíos, que tenían tal talento para mezclar el rango y la comodidad: la majestuosidad y la deferencia combinadas con la calidez y las habitaciones sin corrientes de aire, el esplendor con las alfombras mullidas y las cortinas gruesas, donde la comida está caliente, pero todavía hay criados para servirla.

La pena es que, para vivir así, hace falta mucho mucho más dinero del que la mayoría de los que les imitan pueda imaginarse. Hacen las cuentas, y parece haber suficiente como para poner la casa al día, arreglar el jardín, contratar a alguien agradable para que ayude a servir y empezar. Pero estos palacios fueron diseñados

para presidir sobre cientos de hectáreas que rendían dinero, para ser el escaparate de grandes fortunas del comercio y las fábricas, que podían estar ocultas a ojos de la sociedad, pero, como un topo, siempre estaban trabajando, en la oscuridad. Porque estas casas se comen el dinero. Se lo tragan, como los gigantes salvajes de los cuentos de Grimm devoran a los niños y todo lo demás que encuentran por el camino.

Cuando los que realmente son muy muy ricos compran estos palacios, estoy seguro de que los disfrutan, y aunque no se queden mucho, con todo, esas casas están mejor porque ellos han pasado por ahí. El problema viene cuando los compran los que no son tan ricos, que creen que se las pueden arreglar. Con esos hay una norma y un patrón. Construyen su fortuna, sea la que sea. Se compran un castillo para celebrarlo. Lo restauran, y organizan fiestas como locos durante unos ocho o diez años, y después lo venden, agotados por su propia falta de dinero y su esfuerzo para mantenerlo todo a flote. Mientras los nobles del condado, esas familias cuyas fortunas nunca se vieron esquilgadas, y cuyas casas e intenciones están construidas sobre una sólida roca, sonrían, a veces con pena, y se vuelven hacia los siguientes candidatos. Tarquin Montagu llevaba seis años en el proceso.

Recordándole ahora, sin haberle visto en un tiempo, siento más compasión por él que en aquel momento. Quiero decir que ahora siento algo de compasión, cuando antes no sentía ninguna pena por él. En ese momento, cuando nos estábamos alojando con él, debía de estar preocupado por si su aventura de ennoblecerse por su cuenta le iba a explotar en la cara, pero parte de su personalidad era no admitir ni hablar de sus miedos. Lo hubiera visto como debilidad y falta de control. De hecho, su principal problema era su incapacidad para relajarse, independientemente de las circunstancias. Me atrevería incluso a decir que su naturaleza era una de las más controladoras que haya visto. Lo que hacía que no solo le fuera imposible entretener, o ser entretenido, sino también un ser solitario y desolado, pues no podía admitir a nadie, y menos a su esposa, que las cosas se le estaban yendo de las manos. Le había conocido como un hombre de trato difícil y bastante malhumorado, que encontraba ardua de seguir cualquier conversación que no se centrara en él, y tampoco es que contribuyera mucho. Pero no había llegado a entender la amplitud de su obsesión hasta que llegamos a su casa, cansados del viaje, a la hora del té ese viernes de verano. Éramos gente normal. Todo lo que queríamos era que nos enseñaran nuestra habitación, darnos un baño y, en general, recuperarnos para, como invitados modélicos que éramos, bajar refrescados, cambiados y dispuestos para cenar o charlar, lo que quisieran nuestros anfitriones.

Eso no iba a pasar. Primero, aparentemente, teníamos que sentarnos y escuchar la historia de la casa, y cuando Jennifer sugirió que a lo mejor nos podía apetecer más la lección después de que hubiéramos descansado, Tarquin replicó que todavía no nos juzgaba «listos» para ver las habitaciones que había preparado. Por supuesto, mi instinto más arrollador fue decirle que se fuera a tomar por saco, y volver directamente a Londres. Pero al ver la cara cansada y agobiada de Jennifer, sospeché

que esta era la opción que había escogido más de un invitado hasta ahora, así que por pena, y para alivio de Bridget, permití que me guiaran a la biblioteca, para escuchar el discurso como un buen chico.

—La cuestión es —dijo Tarquin, empezando con su letanía— que tenéis que entender que cuando sir Richard decidió reconstruirlo en 1824, quería que fuera a la última moda, pero que al mismo tiempo no perdiera el sentido de historicidad que su antiguo linaje exigía. —Respiró profundamente y nos miró, como si esperara una respuesta, aunque cuál podía ser, no tengo ni idea.

—¿Y por eso escogió el gótico? —terminé diciendo, preguntándome si nos iban a dar algo de comer. Había llegado deseando una taza de té, pero después de veinte minutos de esto estaba listo para un *whisky*, sin hielo y en jarra.

Tarquin negó con la cabeza.

—No. No exactamente. —La petulancia de su voz era suficiente como para hacer que uno cogiera una silla y se la estampara en la cabeza, como un vaquero en una comedia de Mack Sennett—. Por eso fue por lo que escogió a sir Charles Barry como su arquitecto. Barry todavía era joven. Esto fue antes de que se quemara el Parlamento. Era conocido como diseñador de iglesias y restaurador de monumentos, no por hacer casas en el campo. Tener un siervo de Dios como maestro de obras le daba a todo el proyecto un cierto peso moral que le aseguraba el respeto de los vecinos.

—Porque la construyó en gótico —sugerí. No iba a rendirme fácilmente y, en mi aburrimiento, me estaba empezando a enfadar. Pero me parecía que esto era todo lo que podía retar a Tarquin, y al mismo tiempo fingir que le estaba escuchando con respeto. En otras palabras, era un hipócrita.

—¡No! —Esta vez, más bruscamente—. ¡El estilo del edificio no es de lo que estamos hablando! ¡El estilo no es importante! Estoy hablando del ambiente espiritual con el que se acercó al diseño.

—En gótico —murmuré.

—¿Puedo ir al baño? Estoy que reviento —dijo Bridget, y como tantas veces en compañía de mujeres, me pregunté por qué no había sido capaz de pensar eso yo mismo.

—Claro —dijo Jennifer—. Os enseñaré vuestra habitación.

Lanzándole una mirada feroz a su marido, nos hizo salir, permitiéndonos coger nuestras maletas del recibidor. Mientras tanto, Tarquin estaba tan molesto porque su discurso se hubiera visto interrumpido, que se quedó en la biblioteca, enfurruñado, observándonos en silencio al subir la imperial escalera doble.

—Dios todopoderoso. —Me derrumbé de espaldas en la cama, con un gran suspiro, que esperaba que no hubiera oído Jennifer, al marcharse por el rellano. Si lo oyó, no podía haber sido una experiencia novedosa—. No creo que pueda aguantar un fin de semana así.

La cama era grande y de dosel, y a primera vista parecía majestuosa e imponente,

pero en realidad era eduardiana, barata y toscamente tallada, claramente adquirida por los Montagu por el efecto global, no por ninguna cualidad intrínseca, y probablemente porque no se podían permitir una verdadera McCoy. Ya me había dado cuenta de que toda la casa era así, impresionante a simple vista, pero decepcionante si se la examinaba, como un encantador escenario que se disfrutara desde las gradas, pero que no se pudiera ver muy de cerca. De hecho, todo era un escenario, en el que Tarquin podía dar rienda suelta a sus fantasías de ser noble, culto y elegante. Ay, bueno.

Esa noche, las cosas no mejoraron al reunirnos para cenar en el sombrío y poco amueblado comedor, donde Bridget temblaba de frío bajo su chal de gasa. Una gran mesa jacobina dominaba el centro de la habitación, y al entrar oí que Tarquin remarcaba que los sitios para cenar se habían colocado todos en un extremo, en vez de que nosotros cuatro nos desplegáramos por la amplia mesa, como si fuéramos los personajes de *La Familia Addams*. O eso, o un drama de época de la BBC, donde una combinación de prejuicios modernos y completa ignorancia obliga a las clases altas ficticias a adoptar costumbres inexplicables.

—Si nos vas a dar un sermón, preferiría escucharte, y no solo ver que tus labios se mueven —dijo Jennifer, lo que acabó con el diálogo. Nos sentamos, y Tarquin, no hace falta que lo diga, en el sitio de honor. Nos miró, y empezó a jugar con una botella de vino blanco que había en un posavasos frente a él, una ligera sonrisa le curvó las comisuras de los labios—. Ponles algo de ese vino —murmuró Jennifer mientras servía platos de un consomé con aspecto étnico.

—No estoy seguro de que se lo merezcan —dijo Tarquin, que seguía regalándonos su rutilante y estrafalaria mirada—. Para bien o para mal, he escogido esto. Es un Sauvignon muy especial, seco y cítrico al mismo tiempo, y solo lo bebo en ocasiones muy especiales. ¿Es esta una de ellas? No me puedo decidir.

—Oh, dales un poco de ese puto vino —dijo Jennifer, expresando en voz alta mi propia respuesta sin palabras.

Se dejó caer al sentarse a la izquierda de su marido, frente a Bridget, conmigo al otro lado, y empezó a tomarse la sopa. Tarquin no le respondió. Estaba claro que estos brotes de revolución habían sido últimamente cada vez más frecuentes. Como un rey sin imaginación, se quedó perplejo por el desafío a su autoridad y no pudo articular una respuesta rápida. Por un momento se quedó en silencio. Después se levantó y nos sirvió el consagrado líquido en nuestras copas.

Mientras lo hacía, me crucé con la mirada de Jennifer un instante, pero ella miró a otra parte, sin estar preparada para admitir, en un simple vistazo, que estaba atrapada en un espantoso matrimonio con un auténtico pelmazo. Comprendí su decisión, porque no creí, ni por un momento, que conociera todos los datos. Hay demasiados factores que influyen en un matrimonio, o en cualquier otro tipo de arreglo de convivencia, y solo porque alguien se enfade en las cenas, u odie a tu mejor amigo, o no pueda contar una anécdota divertida así le maten, no son necesariamente

desventajas que superen los beneficios de esa unión.

Los controladores de verdad están en contra de la vida, matan la energía, son mantas ignífugas que ahogan todos los esfuerzos. Para empezar, siempre están descontentos en cualquier otro territorio que no sea el suyo. No pueden disfrutar de ninguna fiesta que no sea la que ellos están dando. No se pueden relajar como invitados en un sitio público, porque eso implicaría quedar agradecidos, y la gratitud es para ellos un signo de debilidad. Pero son insoportables como anfitriones, especialmente en los restaurantes, donde su actitud, para con los camareros y la gente que cena con ellos por igual, envenena el ambiente. No pueden admirar a nadie que tenga más éxito que ellos. No les caen bien los amigos de su pareja porque puede que esos extraños no tengan a bien aceptarle como el ser superior que sin duda es. Pero no tienen sus propios amigos, y eso significa que consideran sospechosa cualquier reunión de seres humanos. No pueden alabar a nadie, pues el elogio reafirma la validez de la persona a la que se le ofrece, y el proceso de llegar a controlar está basado en la supresión de la autoestima de cualquiera que esté con ellos. No pueden aprender nada, porque eso supone el reconocimiento de que el maestro sabe más que ellos, y no se lo conceden en ningún caso. Sobre todo, son aburridos. Más aburridos de lo que uno pueda imaginarse. Aburridos hasta el punto de volverte loco. Y sin embargo he conocido a mujeres que se han casado y se han ido a vivir con tales hombres, mujeres listas, interesantes, guapas, ingeniosas, trabajadoras y con éxito en lo suyo, que han permitido que las secuestren y las dominen estos abusones tediosos y mediocres. ¿Por qué? ¿Es seductor que te controlen? ¿Se sienten más seguras? ¿Qué pasa?

—¿Hay planes para mañana? —Bridget, muerta de frío para entonces, preguntó esperanzada.

—Eso depende —dijo Tarquin.

Pero Jennifer no podía esperar a saber de qué dependía.

—Nada, hasta por la tarde, pero habíamos pensado que podíamos ir a ver unos fuegos artificiales, algo de beneficencia, en una casa cercana. Ya tenemos las entradas así que podríamos ir. Te llevas la merienda y hay un concierto. Puede ser divertido, por lo menos si no llueve.

—¿Vamos a dejar que sea algo como el clima lo que limite lo que hacemos? —Tarquin adoptó una voz supuestamente oscura y misteriosa, así que me figuro que estaba intentando volver a dominar la conversación, pero la respuesta independiente de Jennifer nos inspiró para continuar con la conversación como si él ni hubiese hablado.

—Estaría muy bien —dijo Bridget, y quedamos en eso.

De algún modo pasamos la tarde, volviendo a la biblioteca, una habitación que debía de haber sido muy bonita una vez, con soberbias estanterías de caoba estilo Regencia tardía, que habían sobrevivido de alguna manera a la rapiña de las décadas de la posguerra. Me sorprendió bastante que el falso sacerdote supremo no las

hubiese vendido, durante su ocupación o después de su caída. ¿Podía ser que los tabloides se hubieran equivocado? Por supuesto, la colección original de libros había desaparecido y Tarquin había sido incapaz de reemplazarla. Se las había ido apañando con esas grandes colecciones tituladas *Historias de un Imperio* o algo similar, encuadernadas a máquina en símil de cuero de color rojo, pero había muchísimos y por lo menos llenaban el espacio, creando una vez más una ilusión bastante decente, si se veía desde la lejanía.

—¿Dónde está la casa? ¿A la que vamos a ir mañana? —preguntó Bridget, antes de que Jennifer regresara con la bandeja del café.

Tarquin alzó las cejas, titubeando, para lograr el máximo efecto posible.

—Ya lo descubriréis.

Mi suspiro debió de ser audible.

Ocho

No tengo ni idea de por qué, pero hasta que no estuvimos realmente cerca no empecé a sospechar de nuestro destino. Salimos de la carretera principal en un giro que no reconocí al principio. Cuando yo la había conocido, no se circulaba en dos sentidos, ni había una moderna urbanización en la esquina, con sus farolas de luz enfermiza y amarillenta. Pero cuando entramos en el pueblo, me empezó a sonar. Puede que los alrededores hubieran cambiado, pero la calle principal estaba igual que siempre, intacta, y en todo caso mejorada. La taberna se había adecentado, ahora que sin duda servía a urbanitas que venían a pasar el fin de semana, y no solo a los sedientos granjeros que se agolpaban allí hace cuarenta años. Pasamos por delante y, una vez atravesado el pueblo, no pasaron más de cinco o diez minutos antes de que pudiera ver el familiar pabellón al estilo de Palladio y, siguiendo a la fila de coches que se extendía, entramos por la verja y pudimos disfrutar del sonido de la gravilla privada bajo las ruedas.

Pero no dije nada. Ni siquiera a Bridget, que no conocía el sitio, ni la mayor parte de mi vida en la época que lo visitaba. Mis motivos eran sencillos: no iba a sacar ningún provecho de recordar ese vínculo, dadas las circunstancias de mi último encuentro, no con Serena, sino con sus padres. Después de todo, podía estar seguro de que no habían olvidado esa cena, pues en pocas vidas se puede presumir de tal tarde. Gracias a Dios. Y había otra razón para mi silencio, más delicada, que era la posibilidad de que se hubiesen olvidado, tanto del episodio como de mí. Mi peor pesadilla hubiera sido que Tarquin sacara a relucir mi nexo con la familia, para ganar reconocimiento local entre el gentío, de lo que era más que capaz, y que no me recordara ninguno. Esto puede parecer vanidad. Era vanidad. Pero también era reticencia a que la luz del día hiciera desvanecer mis sueños. Incluso si mi trayectoria con los Gresham había acabado en desastre, me gustaba pensar que había sido un personaje presente en sus vidas en aquella época lejana, cuando ellos habían jugado un papel tan importante en la mía. Y aunque la lógica me decía que esto era improbable, había conseguido llegar hasta ahí preservando esa fantasía, y al finalizar la tarde quería volverme al coche con mi ilusión intacta. De todos modos, no iban a estar allí. Lo estuve pensando un rato, y estaba cada vez más seguro de eso. Estarían en Londres, o de vacaciones, o en cualquier otro sitio cuando los vecinos y la nobleza menor invadieran sus posesiones.

—Oh, mirad —dijo Jennifer, y ahí estaba la casa, presidiendo los jardines, dominando el valle que había debajo, mientras descendíamos por el sinuoso camino. Estaba iluminado con elegancia por focos escondidos en los arbustos, lo que era una novedad con respecto a mis tiempos, y los rayos de luz parecían darle a la fría fachada de piedra gris una etérea belleza al atardecer.

—Qué sitio tan fabuloso —dijo Bridget—. ¿Cómo se llama?

—Gresham Abbey —dijo Tarquin, como si las palabras le pertenecieran y tuviera

miedo de dejarlas escapar.

—¿Es Patrimonio Nacional?

—No. Propiedad privada. Lord y lady Claremont.

—¿Son gente agradable?

Dudó.

—Lo suficiente. —Lo que por supuesto significaba que no les conocía—. Son bastante ancianos. No es que salgan mucho.

Mientras lo decía, me resultó extraño pensar en lady Claremont como una «anciana». Había sido una figura imponente y poderosa en mi juventud, aunque en esencia benevolente, elegante, pulcra, siempre competente, siempre encantadora, pero con una veta de tungsteno en su columna vertebral. Por supuesto, no me había prestado mucha atención mientras merodeaba por sus fiestas, sentándome obediente donde se me indicaba, normalmente en la mesa de los más jóvenes, hablando educadamente con mis compañeros de mesa durante la cena, paseando con sus parientes mayores por el parque, comprando cosas que no quería en la feria del pueblo, leyendo en la biblioteca.

Recuerdo que allí me encontré con ella una vez, mientras yo estaba achinando los ojos para poder ver la página que tenía ante mí, ante la creciente oscuridad. Se rio, y alcé la vista mientras ella encendía todas las lámparas de la habitación con un solo interruptor.

—No tengas miedo de encender las luces —dijo con una sonrisa pronta y siguió con sus cosas, y me sentí tan humillado que la espalda me empezó a picar, con un sudor avergonzado. Porque supongo que había tenido reparo en encenderlas, o a lo mejor estaba esperando a que viniera otro y las encendiera, y así no tendría que sentirme responsable. Pero, como digo, nunca fue cruel. Tampoco se molestaba al verme allí una vez y otra. Es solo que no estaba interesada.

Al acercarnos a la casa, nos saludaron alegres jardineros y los tradicionales criados, cada uno de ellos equipado con antorchas, haciendo señas con las manos y gritándose instrucciones, hasta que nos hubieron sacado del camino hasta una extensa pradera, donde se veía fila tras fila de coches, lo que nos daba una idea de cuántos nos íbamos a reunir allí.

—Mira esto —dijo Bridget—, no debe de haber mucho más en Yorkshire esta noche.

—Creo que la música os parecerá de muy buena calidad —dijo Tarquin, con la voz de una anciana profesora de geografía, lo que por un momento sofocó nuestro buen humor. Aparcamos y empezamos a sacar del coche los trastos para organizar el pícnic. Tarquin ya se había hecho responsable de un botellero portátil para el vino, hecho de plástico, y lo estaba arrastrando hacia el portón que nos llevaría de vuelta a las actividades. Al acampar en el prado, habíamos bordeado la casa, así que la puerta de la bonita verja de hierro, que servía para cercar a las ovejas, llevaba directamente a un lateral de los jardines que se extendían desde la parte trasera de la mansión, hasta

unos bancales escalonados, que seguían hasta el lejano lago del valle inferior. Estaba claro que Tarquin había echado un vistazo a la multitud que nos rodeaba, y estaba decidido a encontrar un buen sitio, pues pronto desapareció y nos dejó que nos encargáramos de todo lo demás. Bridget le siguió con unas cuantas alfombras y cojines, obligándonos a Jennifer y a mí a llevar la nevera grande y fría entre los dos. Nos tambaleamos, casi cayéndonos en la hierba, hasta que llegamos al portón.

—¿Podemos parar un momento? —dijo Jennifer. La verdad es que era bastante pesada y las asas de cuerda estaban cortando nuestras blandengues manos. Descansamos un momento contra la valla. A lo lejos podíamos oír los murmullos y las risas del gentío, y algo de música grabada sonaba por los escondidos altavoces, algo de Elgar o Mahler, algo en cualquier caso inofensivo para los oídos británicos. Jennifer rompió el silencio—. Creo que nos dejan hasta las nueve para cenar y después comienza el concierto de verdad. —Asentí—. Has sido muy amable al venir —añadió con voz de verdadera gratitud—. Sé que no dejábamos de decir que íbamos a quedar, pero no pensé que al final lo hiciéramos, y por eso te doy las gracias.

—Tonterías. Nos encanta estar aquí. —Pero por supuesto no eran tonterías y no nos estaba encantando. Como ya he dicho, a mí me caía muy bien Jennifer. Hay algo en una gira publicitaria que es tan horroroso, y te hace sentir tan vulnerable, mientras tu libro o tu película o lo que sea que estés promocionando es paseado por delante del escrutinio público, como si fuera un niño espartano expuesto a la crueldad del monte Taigeto, que se forma un vínculo con tus compañeros, que sufren lo mismo que tú, y es difícil describírselo a alguien que no ha pasado por eso. Como los supervivientes en un bote salvavidas, supongo. Vender cosas es parte del mundo moderno, y si tienes un producto debes venderlo, pero, cielo santo, no es nada divertido si no se te da bien; y Jennifer al igual que yo, provenía de un mundo que se sentía incómodo ante el comercio de cualquier tipo. El comprar algo tampoco debe de ser anunciado, pero el venderse profesionalmente, o peor, tu vida personal, solo puede ser vergonzoso. Este prejuicio se manifiesta en muchos comentarios agudos e hirientes. «Te he visto en la tele con ese hombre que no sabe pronunciar las erres. No lo suelo ver, pero la niñera lo tenía puesto». O bien: «Te he oído en la radio del coche mientras te hacía preguntas un norteño enfadado. Qué horror». O: «¿Qué demonios estabas haciendo en la televisión por la tarde? ¿No tienes trabajo que hacer?». Y lo escuchas, sabiendo que ese mismo programa vespertino vende más libros que cualquier cartel o campaña de publicidad en Gran Bretaña y que de hecho tienes suerte, mucha suerte, de que te hayan invitado.

Por supuesto deseas decirlo en voz alta. O por lo menos, decirles que maduren o que se callen, o que abran los ojos y tengan en cuenta que los años cincuenta se han acabado. Pero no lo haces. Mi difunta madre habría dicho: «Están celosos, cariño», y a lo mejor lo están, un poco, incluso sin que sean conscientes de ello. Pero yo también estoy celoso. Celoso de que su vida nunca les requiera que se pongan en ridículo en el paseo marítimo por un chelín cada intento, que es exactamente como se

siente uno todo el tiempo. En cualquier vida, en cualquier carrera, solo la gente que ha hecho el mismo viaje se entiende por completo. Las madres quieren consejos de otras madres, no de trabajadoras sociales sin hijos, los que tienen cáncer necesitan oír hablar a los que han sobrevivido, no a los doctores que lo curan, incluso las víctimas de un escándalo solo querrán intercambiar impresiones con algún otro político o famoso que también haya descendido a los infiernos de manera similar. Este era el nexo que Jennifer y yo compartíamos. Éramos autores que habían publicado y teníamos un moderado y precario éxito, y valoraba su amistad. Quería complacerla y por alguna razón sabía que era importante para ella que fuéramos a Yorkshire y nos alojáramos allí. Había pensado que su apremio era una medida de su amor, pero ahora creo que era porque había llegado a tal punto que nadie quería quedarse, y nadie vendría dos veces si no necesitaba que le prestaran dinero, y los fines de semana que se quedaba a solas con Tarquin habían comenzado a parecerle insostenibles.

—¿Es siempre así? —pregunté. Pensé que su franqueza al agradecerme se merecía una respuesta honesta, aunque mientras las palabras salían de mi boca me pregunté si me estaba pasando de la raya.

Pero sonrió.

—Cuando duerme, no. —Su sonrisa cambió hasta transformarse en una risa irónica—. No tengo claro si ya era así cuando nos casamos, y yo era tan joven e insegura que confundí su pomposidad y su condescendencia con sabiduría, o es que ha ido a peor.

—Supongo que debe de haber empeorado —dije—. No creo que ni siquiera Helen Keller se hubiera casado con él, si le conociera ahora.

Se rio otra vez, pero ahora tristemente.

—Ojalá hubiéramos tenido un hijo —dijo, pero se cruzó con mi mirada—. Ya lo sé. Todo el mundo piensa que resolvería las cosas, y todo el mundo se equivoca.

—A mí no me preguntes. Soy el viejo solterón que nunca se ha comprometido.

—Es que creo que a él le habría anclado. Le habría permitido el roce con la inmortalidad que traen consigo los niños. O si hubiese triunfado en algo. Porque nunca lo ha hecho, en verdad.

—Pues vive muy bien para ser un fracasado.

Negó con la cabeza.

—Todo heredado.

Me sorprendió.

—¿De verdad? No pensaba que viviera de rentas.

Sabía lo que estaba implicando, pero no se ofendió.

—No viene de una familia de dinero. Todo lo que cuenta acerca de los Montagu son tonterías. Ni siquiera es el apellido real. Su padre vino de Hungría después de las revueltas de 1956. Empezó como conductor de camiones, creó una empresa de transporte y la vendió a mediados de los noventa. Tarquin es hijo único. Era un hombre encantador, de hecho. Yo le adoraba, pero Tarquin solía mantenerlo

escondido, y no le permitió conocer a ninguno de nuestros amigos. Ahora quiere que creas que el dinero es lo que queda de una vieja fortuna, aumentado por su reciente éxito. Ninguna de las dos cosas es cierta. Pero supongo que ya lo sabías.

No lo confirmé, por si parecía que me sentía ufano y superior.

—Es una fantasía muy romántica, si lo miras así.

—No puede durar mucho más. —Suspiró cansada al pensar en la quiebra inminente—. Todo esto cuesta más de lo que creíamos, e ingresamos muy poco, ahora que lo hemos invertido todo en la casa. Sigo escribiendo libros, así que por lo menos podemos comer e ir al teatro, pero no estoy segura de cuánto tiempo lograremos resistir a flote. Es un arquitecto negado, sabes. De vez en cuando le llaman para trabajos en concreto, cuando un estudio necesita algo de ayuda extra, pero nadie le pide que se quede.

—¿Se lo pedirías tú?

Esta vez se rio fuertemente.

—A lo mejor es eso. A lo mejor es un arquitecto excelente, pero demasiado odioso para quedarse en la oficina.

—¿Y qué vas a hacer?

Esto hizo que dejara de reírse.

—No lo sé. Todo el mundo dice que debería dejarle, incluyendo mi madre, lo que la hubiera dejado estupefacta, y a mí también, si nos lo dicen hace veinte años, pero lo raro es que de alguna extraña manera todavía le quiero. Dirás que estoy loca, pero le observo aburrir a todo el mundo hasta la muerte, e intentando controlar e impresionar y que la gente le admire, y sé que por dentro está muy confuso y asustado y perplejo. Sabe que no funciona, pero no entiende por qué no. Ya nadie viene a visitarnos.

—Excepto nosotros.

—Excepto tontos como vosotros. Y aquí, en este pueblo, nadie quiere conocernos. Le he visto poner los ojos en blanco, literalmente, cuando entramos en alguna habitación. De algún modo no creo que pudiera dejarle al descubierto, cuando es obvio para cualquiera, menos para él, que no se puede proteger por sí mismo.

Por muy a menudo que se me recuerde que el amor, como todo lo demás de esta vida, viene en diferentes tamaños y aspectos, hay veces que me sorprende las formas que adopta.

—No creo que estés loca. Es tu vida —dije.

—Lo sé. Y no es como probarte un vestido. Pero incluso si no tiene mucho sentido al fin y al cabo, el hecho es que yo le acepté, nadie me obligó, y tengo que asumir las consecuencias. Parece que suena como si estuviera citando a G. A. Henty.

—Suena como algo que solo una mujer que fuera muy buena persona podría decir.

Se sonrojó, y en ese momento Bridget apareció en la verja.

—Por favor, venid. Si no para de hablar del vino que vamos a beber, juro por

Dios que le romperé una botella en la cabeza. —Mientras decía eso, liberaba a Jennifer de su carga, y nos guio hasta nuestro sitio, en el bancal más elevado, donde Tarquin había reclamado su territorio. Con una relajante mezcla del ruido que la muchedumbre que hablaba, la música y la letanía de Tarquin, sacamos la comida y la dispusimos sobre las mantas que nos esperaban, acolchadas con cojines.

Casi habíamos acabado de comer cuando Tarquin se detuvo de repente, en medio de su conferencia. Nos había estado contando algo de la dinastía tolemaica de Egipto, o algo igualmente fascinante, y todos nos habíamos retirado a una vidriosa cueva mental de nuestra propia invención, cuando su voz cambió y se volvió nerviosa.

—Están aquí.

—¿Quiénes? —Bridget estaba dispuesta a introducir un nuevo tema, sin importarle cuál fuera.

—La familia. Los Claremont.

Al pronunciar su nombre, me quedé atónito cuando descubrí que, al igual que la letra de una canción de amor en tiempos de guerra, el corazón me daba un vuelco. Ay, Dios, ¿acaso no llega una edad en la que todos estamos demasiado mayores para esas bobadas? Pero cuando miré no había ni rastro de Serena, solo un grupo de ancianos, todos vestidos de fiesta; se suponía que habían tenido una cena mejor, más elegante, en el interior de la casa. Miraron con benevolencia al gentío disfrutando de sus normas, de manera agradable y decorosa, y en medio había dos ancianos que parecía que imitaban al conde y la condesa de Claremont, los queridos Roo y Pel, aunque yo nunca les había llegado a conocer tanto como para llamarles así, que habían sido una parte tan importante de mi vida. Les miré ahora, a esos iconos de mi juventud, seguro de que no me podían ver. ¿Les estaba evitando porque al verme se sobresaltarían y me contemplarían horrorizados, o porque no podía soportar el ver cómo no se acordaban de mí, cómo había sido olvidado? Probablemente lo último. A escondidas, tenía miedo de que si alguien les hubiera mencionado que una de los cientos de personas que estaban allí era un conocido suyo de hace cuatro décadas, y que había pensado en ellos muchas muchas veces en el ínterin, no hubieran sabido de lo que se les estaba hablando. Ni aunque me hubiera paseado por delante de ellos.

Esta deprimente sospecha se vio reforzada por la triste pero aparente verdad de que mi lord Claremont había sido más o menos reemplazado por otro hombre. El atractivo hedonista, *sexy* y coqueto, con su espesa y ondulada mata de pelo y su sonrisa, había desaparecido por completo y le había reemplazado un individuo flaco y jorobado. Su nariz, privada de músculo, y sin el refuerzo de las orondas mejillas a los lados, se había vuelto prominente, ganchuda como la del duque de Wellington, con quien sin duda estaba emparentado de alguna manera, mientras que sus generosos labios se habían visto reducidos, como a navaja, y casi no le quedaba pelo. No diría que parecía menos distinguido. En absoluto. Este tipo aparentaba ser alguien que leía poesía y filosofía, y cavilaba sobre las grandes cuestiones de la vida, mientras que el lord Claremont de mis recuerdos sabía cómo conseguir una buena mesa en el último

minuto y dónde podías encontrar un excelente Château d'Yquem, pero no mucho más. Por un momento miró en mi dirección, pero por supuesto no vio nada, lo que no era sorprendente, pues, aunque yo le conociera en esos días lejanos, él no me conocía a mí. No realmente. Por lo menos, no daba la impresión de darse cuenta de que estaba por allí ese torpe y feo muchacho, cuya única utilidad era completar una mesa para poder jugar al *bridge*. Aun así, mirando su perfil de barón de Münchhausen, tan flaco como un palo, eché de menos al hombre que había sido, y era difícil no sentir una punzada de pena por la cruel obra de los años que pasaban.

Lady Claremont había cambiado menos. Parece raro pensarlo ahora, pero la debí de conocer cuando todavía le quedaba algo de juventud. Serena era la hija mayor, y su madre se había casado joven, así que no podía tener más de cuarenta y dos o cuarenta y tres años cuando nos conocimos. Siempre es un poco extraño, para los que maduran, darse cuenta de lo jóvenes que debían de ser los seres dominantes en los años de su infancia. En esos días, su seguridad en sí misma, ingeniosa y soberbia, se veía realzada por su fría belleza, y como resultado, me había parecido completamente extraordinaria. Es cierto que su belleza había desaparecido en gran parte, aunque no por completo. Pero podía ver, incluso desde la lejanía, que fuera lo que fuera lo que había perdido, lo había reemplazado con otras cualidades, algunas de ellas mejores que las de la versión anterior. Echó un vistazo hacia donde estábamos, y por un instante, olvidando todo lo que me había hecho permanecer oculto a su vista, sentí la tentación de señalar mi presencia de algún modo, pero al pensar que ella pudiera ignorar mi saludo, y lo que eso divertiría a Tarquin, me hizo permanecer quieto. Entonces emitieron el anuncio que decía que el concierto estaba a punto de empezar. Miró a su marido y le susurró algo, supongo que sugiriéndole volver a sus asientos, y un momento después, cuando todos estuvieron de acuerdo, el grupo de la casa volvió a subir los escalones que les llevaban al jardín superior.

El concierto fue alegre más que profundo, un popurrí de Puccini, Rossi y Verdi, con un poco de Chopin para hacerte llorar. El previo al intervalo fue la canción del brindis de *La Traviata*, bien defendida por un tenor bastante bueno de alguna compañía del norte, y una soprano gorda que venía de Italia, que se suponía que era mucho mejor que él, pero que no lo era. Fue una elección apropiada, ya que las gargantas del gentío que les estaba contemplando estaban secas y polvorientas por entonces, y podías oír descorchar el champán mientras la pareja gorjeaba la última nota. Tarquin, por supuesto, nos había provisto de un líquido excepcional, Cristal o algo así, y nos estaba instruyendo sobre cómo saborearlo, cuando nos interrumpió un hombre, vestido con la aproximación a la librea del mayordomo moderno, pantalones a rayas y una chaqueta negra y corta. No hubo errores al identificar a Tarquin como nuestro líder, y se acercó a susurrarle algo al oído. La sorpresa de Tarquin se convirtió en perplejidad mientras me señalaba.

—Es él —dijo, y el hombre se me acercó.

—La señora se pregunta si a usted y a su grupo les gustaría unirse a la familia

después del concierto, señor, para observar los fuegos artificiales desde la terraza.

No puedo negar que me vi reafirmado con estas palabras, como cualquiera que descubre que lo que había pensado que era una relación solo por una parte, es de hecho recíproca. Había sido perdonado, o por lo menos no había sido olvidado. Me giré hacia los demás.

—Lady Claremont nos ha pedido que subamos a la casa a ver los fuegos artificiales. —El silencio fue lo que recibió este extraordinario desarrollo de los acontecimientos—. Cuando acabe la música.

Jennifer fue la primera en recobrase.

—Qué maravillosamente amable de su parte. Nos encantaría. Por favor, agradézcaselo.

El hombre asintió con un leve gesto de la cabeza, más que una inclinación, y se dirigió a los escalones.

—Si desde aquí van... —se interrumpió y me miró—. Por supuesto, señor, usted conocerá el camino.

—Sí.

—Estarán en el salón de los tapices.

—Gracias. —Se apresuró a volver a sus obligaciones cotidianas. Se produjo un silencio, mientras los otros tres me contemplaban.

—¿Usted conocerá el camino, señor? —Por una vez, la determinación de Tarquin de no dejar que nada le impresionara había sido apartada.

—Solía venir aquí cuando era más joven.

Tarquin se quedó callado. Le conocía lo suficiente como para saber que estaba recapacitando sobre lo que había sucedido, con vistas a volver a dominar la situación. Hasta ahora no había dado con la solución.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —La pregunta de Jennifer, dadas las circunstancias, era razonable.

—No sabía adónde íbamos a ir hasta que llegamos. Lo preguntamos, pero Tarquin no nos lo dijo. —Jennifer le lanzó una rápida mirada de reproche a su pensativo marido—. Y no estaba seguro de si querrían verme después de tanto tiempo. Es cierto que solía venir mucho por aquí en una época de mi disipada juventud, pero fue hace cuarenta años.

—Entonces debe de tener una vista muy aguda, esta «lady Claremont» tuya. —Bridget lo pronunció entrecomillándolo de manera desdeñosa, como hacía siempre que lidiaba con alguna parte de mi pasado por la que se sintiera amenazada. Ya sabía, sin que me lo dijera, que entre todas las cosas incómodas que pasarían el fin de semana, este episodio sería el *más* violento para ella. Pero antes de que pudiéramos hablarlo en profundidad, la orquesta empezó y rociaron nuestros oídos con una versión muy asequible de «Quando M'en Vo» de *La Bohème*, con la que en un determinado contexto te puedes reír, pero que en un concierto, generalmente es más propensa a las lágrimas, y muy pronto tenía a todos esos miembros del comité para el

fibrohistiocitoma maligno y a los presidentes vitalicios del concurso de flores del pueblo buscando los pañuelos en sus bolsillos.

Sabía que el salón de los tapices daba directamente a los jardines que teníamos encima, pero un rastro de timidez adolescente me dijo que entrar a través de los ventanales con un grupo de extraños era tomarme demasiadas confianzas, así que planeé que al final de la representación fuéramos a dejar las cosas en el coche y nos dirigiéramos a la entrada de la casa. El programa de la tarde decía claramente que pasarían cuarenta y cinco minutos entre el concierto y los fuegos artificiales para esperar a que anocheciera, así que sabía que teníamos tiempo. De esta manera entraríamos por la puerta delantera, como la gente normal, y no parecería que les estábamos tendiendo una emboscada a nuestros anfitriones.

Me alegré de haber tomado esa decisión cuando llegamos allí, porque estaba llegando bastante gente, y estaba claro que los Claremont habían diseñado ese astuto plan para apaciguar a esos vecinos que creían que tenían derecho a un reconocimiento por parte de la familia, sin la necesidad de ofrecer una cena a todo el mundo. El vestíbulo de Gresham era grande y amplio, con el suelo de piedra y con una mampara hecha de columnas completando el cuadrado, detrás de la cual una bonita escalera en voladizo llevaba hasta el piso superior, con los peldaños tan bajos que una mujer que bajara llevando una falda larga, lo que era el traje de noche para nuestra generación, parecía flotar, pues sus pies casi no tocaban los escalones. Los hombres avanzaban más torpemente, pues tenían que reconocer al hecho de que cada paso solo les acercaba una pulgada a su destino, pero para las mujeres el efecto era el de deslizarse, volar, algo mágico si lo estabas observando, como recordaba muy bien.

Los retratos que se exhibían allí habían sido escogidos por lady Claremont en una gran redecoración, cuando ella y su esposo se mudaron a la casa en 1967, justo antes de mi primera visita, y pude ver de inmediato que no se habían cambiado. Habían sido escogidos, ella lo confesaba sin avergonzarse y con total libertad, únicamente por su belleza, y a pesar de las angustiadas protestas de las tías de lord Claremont que todavía estaban vivas, esos distinguidos estadistas victorianos con levitas propias de un enterrador, esos aterradores soldados georgianos, todos con la cara colorada y la barbilla testaruda, esos astutos políticos de la etapa de los Tudor con sus furtivas miradas y sus bocas avariciosas, generalmente los miembros más feos de la familia, estaban restringidos a las antesalas, a los pasillos y a los dormitorios, excepto los de pintores famosos de verdad, que habían acabado en la biblioteca, o colgados por parejas en contraste con las paredes revestidas de damasco escarlata del gran comedor. Esas dos habitaciones, lady Claremont me había explicado en su momento, eran masculinas, así que necesitaban ser impresionantes, pero no bonitas. Aquí en el recibidor, niños encantadores de todas las épocas se mezclaban con atractivos y nerviosos jóvenes en sus retratos al marchar de Eton, temblando de anticipación por la vida que les esperaba, y las preciosas chicas Gresham, pintadas en sus esponsales con otros potentados mundanos, o como parte de la serie de bellezas de la Corte, para

el rey Carlos II o el príncipe regente, sonreían a sus admiradores desde arriba. Sus dorados y lustrosos marcos eran realizados por las paredes de color albaricoque, y los intrincados enlucidos, en diferentes matices de blanco y gris, mientras que del centro del techo pendía un gran candelabro, como un torrente de gotas de lluvia centelleantes, congeladas al caer por una mirada de la Reina de las Nieves.

—Qué perfectamente encantador —dijo Jennifer, mirando a su alrededor, ganándose una severa mirada por parte de su marido, y lo entendí muy bien. Todo lo que implicara que no lo visitaban regularmente, tenía que ser omitido. Jennifer también lo había captado, por supuesto, pero había decidido no darle la razón a su petulancia. No hace falta decir que Bridget se estaba refugiando en uno de sus silencios irónicos, pero yo no podía perder el tiempo tranquilizándola. Había vuelto a Gresham, lo que nunca pensé que iba a hacer, y estaba dispuesto a disfrutarlo.

El salón de los tapices estaba en la esquina, frente al jardín, y la manera más fácil de llegar era atravesar una antecámara ovalada situada al final del recibidor, donde las puertas a la izquierda llevaban al comedor, y a la derecha a nuestro destino. Era un lugar precioso. Las paredes estaban forradas de un muaré azul empolvado, con paneles color crema ribeteados en oro, que llegaban hasta el zócalo y los marcos de las puertas tenían cuadros por encima de ellos, haciendo que el crema y el dorado llegaran hasta el techo. En contraste con todo ese azul, colgaba una colección de tapices gobelinos, que celebraban una serie de victorias alcanzadas por, estoy bastante seguro, lord Marlborough. No me acuerdo de la razón por la que estaban aquí. A lo mejor un antiguo Claremont había sido en parte responsable de la gloria del gran duque; de hecho, ahora que lo estoy escribiendo, creo que fue precisamente por eso por lo que les concedieron el condado en 1710. Bajo nuestros pies había una magnífica alfombra Aubusson, con su leve arrugado, tan característico, y sobre ella había varios muebles magníficos, sobre todo un reloj en pedestal, de unos dos metros de alto y la carcasa interior embellecida con dorados, que la emperatriz Catalina de Rusia le había regalado al tercer conde por algún favor personal que se quedó sin tener una explicación convincente. El mayordomo con el que habíamos hablado durante la pausa llevaba una bandeja con vasos, y un par de doncellas estaban paseando con más vino y canapés. Lady Claremont, con ese increíble ojo para el detalle que estaba claro que no había perdido, estaba ofreciendo minientremeses de ostras con panceta, y pequeñas tostadas con salsa y queso, o de champiñones, todo lo cual era bien recibido, incluso después de cenar.

—Aquí estás. Al verte, no nos lo podíamos creer. —Lady Claremont me besó brevemente en una mejilla, no era para ella la costumbre extranjera de los dos besos, que se generalizó en los setenta—. Deberías habernos dicho que venías.

Presenté a mi grupo, y todos se estrecharon las manos. Solo Jennifer le dio las gracias por invitarnos, y Tarquin intentó empezar una conversación acerca del famoso reloj, del que él, no hace falta que lo diga, tenía toda la información en la punta de la lengua. Pero ella se había pasado toda una vida evitando tales tentativas, y muy

pronto asintió y sonrió para indicar que ya había oído suficiente. Entonces se volvió hacia la anciana que tenía a su lado, y me la presentó.

—¿Recuerdas a la señora Davenport? —Puesto que la mujer me parecía familiar dije que sí, mientras le estrechaba su arrugada mano—. Estaba por aquí todo el tiempo al final de los sesenta —le explicó lady Claremont con una risa alegre—. Nos sentíamos fatal por él. —Me miró con indulgencia y pude sentir que me ahogaba al esperar lo que venía, pero nada podía detenerla mientras miraba a su alrededor para conseguir la máxima audiencia—. ¡Estaba *tan* enamorado de Serena!

Y ella y la señora Davenport se rieron alegremente juntas, al recordar mi horrible sufrimiento, que todavía me mantenía despierto algunas noches, y que había creído que había podido esconder con éxito de todos, excepto de mí. Sonreí como respuesta, para mostrar que yo también pensaba que era una broma fabulosa el que yo hubiera paseado alguna vez por estos mismos preciosos salones con el corazón estallándome en el pecho. Pero su voz calma y tranquila sirvió para calmar mi recordado dolor, mientras hablaba de esto y de aquello, Serena y los otros hijos, el agradable clima, el horroroso gobierno, todas las cosas que se dicen mientras te bebes algo en una fiesta en una casa de campo. Me interesaba que no hubiera mencionado el episodio que compartimos, lo que significaba poner punto final a esos sueños de hace tanto tiempo. Por supuesto, es una importación relativamente moderna y americana, la de «vamos a sacar estas cosas a la luz», mientras las viejas tradiciones inglesas de dejar las cosas como están, y esconderlo bajo la alfombra, son rechazadas. Pero ¿quién gana cuando no se dejan de rascar las costras de la vida? «Tenemos que hablar», dice como mínimo un personaje de cada serie dramática de la televisión en estos días, hasta que a uno le apetece gritarle a la pantalla: «¿Por qué? ¡Déjalo ya!». Pero no me sorprendió que lady Claremont hubiera desdeñado la cultura de volver a abrir las viejas heridas. De algún modo, que me hubiera pedido que me tomara una copa con ella era su manera de decir: «Está bien. Como tú, estamos en otro sitio. Después de tantos años, estoy segura de que podemos hablar otra vez como la gente normal, sin que haga falta que lo mencionemos». Y aunque se hubiera reído de mis penas de amor, todavía era capaz de apreciar su amabilidad en eso.

Para cuando había acabado de rumiar todo eso, la inercia de la fiesta nos había separado. Tarquin, tras haber escuchado el diálogo con placer, no podía decidirse entre aprovechar que la anfitriona me estaba tomando el pelo para poderme menospreciar y por tanto divertirse de mi fallido romance de hace tanto tiempo, o si el hecho de que había pasado en Gresham suficiente tiempo como para que incluso lady Claremont se diera cuenta de que estaba enamorado de su hija, y que me saludara ahora como un viejo amigo, era suficiente como para tratarme de manera especial. Le dejé con esa indecisa revisión. Al otro lado de la habitación, Jennifer había descubierto a alguien a quien conocían de verdad, y estaba charlando bastante alegremente, y Bridget, haciendo como siempre del estar fuera de su elemento una virtud, estaba enfurruñada, así que en esencia estaba otra vez solo en esto, evocando

dolorosamente a mi joven yo.

Agarrando mi copa, asintiendo y sonriendo, volví atravesando el gentío a la antesala oval. La habíamos cruzado rápidamente de camino pero, como bien recordaba, era un lugar encantador, no era grande pero sí delicado y acogedor, tapizado con una cretona ligera y femenina, y lleno de cosas ligeras y femeninas. En esta casa hacía las funciones de tocador, y la mesa de lady Claremont estaba contra una pared, un *bureau plat* hermosamente tallado, con la superficie atestada de papeles, cartas y listas de cosas que hacer. Miré distraídamente una serie de pequeñas pinturas flamencas que representaban los cinco sentidos, hechas por David Teniers el joven, más o menos en 1650. Siempre las había admirado, y ahora las saludaba como viejos amigos. Qué delicadas eran, qué fino el detalle, qué extraño era que, desde que se secó la primera capa de pintura, no una, no dos, sino veinte generaciones habían nacido, habían hecho planes, habían soñado, habían sobrellevado sus disgustos y se habían muerto. Paseé hasta las puertas que daban al comedor. Estaban cerradas, pero giré el picaporte y abrí una, asustando a una criada que estaba terminando de poner la mesa.

—¿Más de catorce personas para desayunar? —Sonreí para mostrarle que venía en son de paz.

Se relajó un poco y contestó con un fuerte y dulce acento de Yorkshire.

—Somos diecinueve mañana. Y eso que dos de las señoras se quedan en la cama.

—Recuerdo que la norma siempre fue que, si había menos de catorce personas, se tomaba el desayuno en el comedor pequeño. Si había más, se ponía aquí.

Había tenido éxito al llamar su atención. De hecho, se mostraba bastante curiosa. Me miró más de cerca.

—Entonces, ¿solía quedarse aquí?

—Sí. Una vez. Tranquiliza saber que nada ha cambiado.

Y esto era verdad. Te tranquilizaba comprobar lo igual que seguía todo por aquí, en este apéndice aislado de mi vida, cuando todo lo demás había cambiado en todas partes. Aunque más tarde me enteré de que había un poco de trampa escondida y que el patrimonio, al igual que las tierras, habían sufrido un pequeño contratiempo en los setenta, pero que a partir de mediados de los ochenta se habían recuperado, gracias a un nuevo y dotado gestor.

De hecho, esta feliz historia era cierta para muchas familias que había conocido antes de su caída momentánea. Debería haberse cumplido en todos los casos, así muchos no habrían sucumbido a la más peligrosa de las modas de hoy en día entre los que han nacido ricos, el deseo de demostrar, a sí mismos y a todos los demás, que su dinero es un reflejo de su inteligencia y de su talento. La ventaja de esto es que se salta el paso de sentirse agradecidos a sus antepasados, o la obligación de respetar a sus conocidos exitosos y hechos a sí mismos, que de otra manera podrían exigir algún tipo de superioridad moral sobre los que deben su envidiable posición a los esfuerzos de otros. La desventaja, por supuesto, es que no es verdad. Negándose a reconocer

esto, aristócratas ricos y estúpidos de todo el país se meten a ciegas en proyectos que no entienden e inversiones que no tienen ningún valor, confiando en la palabra de consejeros sin juicio ni mérito alguno, hasta que su propia ignorancia les derriba. Podría dar los nombres de por lo menos veinte hombres, entre mis conocidos, que tendrían más millones si no se hubieran levantado de la cama y salido de la habitación. Y más que unos pocos que empezaron con todo y terminaron no teniendo literalmente nada. En este campo sospecho que las mujeres, más pragmáticas por regla general, y menos necesitadas de valoración en lo que se refiere a tener «cabeza para los negocios», han demostrado ser más sensatas. Ciertamente, lady Claremont jamás hubiera permitido a su queridísimo esposo poner las manos en el timón, o cerca de él, cuando se trataba del rumbo de la herencia de los Gresham.

—Mamá no debería haber dicho eso. Espero que no te hayas venido aquí por ella. —Su voz siempre me turbaba—. Si hubieras estado lo que se dice *un poco* enamorado de mí, lo encuentro muy halagador.

Que Serena estuviera tan cerca de mí era un placer, que hubiera oído las palabras de su madre una pesadilla, así que fue con una mezcla de emociones con las que me di la vuelta, para encontrarme con que me estaba mirando desde el marco de la puerta.

—Es esa época anhelaba que nadie se enterara.

—Yo no lo hice, no al principio.

—Hasta Portugal.

—Antes. Pero ya no importa. —No era sorprendente que no quisiera verse atrapada en eso—. Por supuesto, mamá me contó más tarde que ella lo adivinó cuando te quedaste aquí la primera vez, pero supongo que la madre de una se fija más en esas cosas.

—La tuya sí. —Los dos sonreímos—. Ha sido muy amable por su parte no sacar a relucir todo el tema de Estoril, dado que fue la última vez que les vi.

—¿De verdad?

—Puede que nos hayamos cruzado en la fiesta de verano de Christie's o similar, pero no he hablado con ellos, en sentido estricto, entre aquella noche y esta.

Se encogió levemente de hombros.

—Bueno, fue hace mucho tiempo.

Me maravillé. Como ya he dicho antes, me había encontrado con Serena de vez en cuando a lo largo de los años, así que no había un abismo de cuarenta años que salvar, pero al verla siempre me asombraba. Para empezar, parecía haber envejecido un año por cada diez de los que habíamos sufrido el resto de nosotros. De hecho, casi no había cambiado. Unas pocas arruguitas en las sienes, un leve surco en la boca, su pelo un poco más claro, nada más.

—¿Estáis todos aquí para pasar el fin de semana?

—La mayoría de nosotros. Mamá sacó el látigo. Por si acaso todo salía mal y teníamos que salvar el espectáculo. Pero los que lo organizan han estado mucho

mejor este año que el pasado.

—¿Está Mary contigo? ¿Y Rupert?

—Mary sí. La última vez que la vi, estaba en el vestíbulo. El pobre Rupert está en Washington. Ha estado destinado allí los últimos tres años.

—¿Washington? Qué honor.

—Un honor y un aburrimiento. Estamos deseando que consiga algo en París o en Dublín, o en cualquier sitio donde pueda venir a casa a pasar el fin de semana.

—¿Y Peniston? ¿Ha venido contigo? —Serena tenía dos hijos. La mayor, Mary, a la que sin duda iba a ver otra vez después de muchos años, estaba casada con el primer secretario de la embajada británica en Washington, Rupert Wintour, y estaba en camino de convertirse en embajadora. Cuando era una niña, era normal en todos los aspectos, y se parecía horriblemente a su padre, así que confieso que al principio sospeché de las intenciones de su marido cuando oí hablar del matrimonio. Su padre, sir Nosequé Wintour, era un empresario y su madre había sido esteticista, así que la hija mayor de un conde parecía una elección demasiado acertada, pero una vez que le conocí, me di cuenta de que no había sido justo con Rupert. Era bastante brillante. El otro hijo de Serena era el imprescindible varón, un poco más joven que su hermana, a quien había visto de vez en cuando en su casa de Landsowne Crescent, mientras nuestra amistad se iba extinguiendo.

—Peniston está aquí, pero ha llegado por sus propios medios, dado que está casado y tiene hijos. A día de hoy, ya he sido abuela tres veces.

—Necesito pruebas.

Sonrió agradablemente, acostumbrada a los cumplidos.

—Helena ha venido con William y los muchachos. Debes saludarles. Y Anthony. No estoy segura de dónde está Venetia. Mamá dice que está en Nueva York, pero la semana pasada recibí una carta desde Singapur. Ya sabes cómo es. —Alzó los ojos hasta el techo, con una risa tolerante. Había tres chicas, empezando por la propia Serena, que era la mayor, y un chico que, por supuesto era el heredero del reino. Helena, la segunda hermana Gresham, se había casado con un afable *baronet* de un condado cercano, que poseía propiedades y pertenecía al mundo bancario, una unión que había satisfecho a su madre, aunque tampoco hasta el punto del éxtasis. Sin embargo Venetia, la hermana menor, había desafiado a la familia al aceptar la proposición de un empresario de música pop, un episodio que recuerdo demasiado bien. Los Claremont se habían negado absolutamente a aceptarlo, en un principio. Pero ante la sorpresa de todos, pues no era especialmente terca ni rebelde, Venetia siguió en sus trece y al final cedieron, antes de soportar el escándalo de una boda sin su presencia. Como mi propio padre solía decir: «Nunca les des material para una historia». Venetia fue la que ganó al final. Su marido hizo una fortuna tremenda en la industria musical, y ahora ella era tan rica como ellos, o quizás más, pero la familia se cobraba su venganza menospreciándola, como si hubiera desperdiciado toda su vida sin hacer nada, hasta el día de hoy.

Extrañamente, el hermano, Anthony, era a quien menos conocíamos. Venía después de Serena, pero antes que las demás. Todavía era joven, no mucho más que un niño, cuando Serena y yo íbamos por ahí, pero no puedo decir que cuando creció yo me enterara más de lo que hacía. Por supuesto era educado, y agradable para conversar si te lo encontrabas en una cena, o tomándote un aperitivo antes de comer, pero siempre era curiosamente opaco. No revelaba nada. El tipo de persona que, años después, puede revelarse como un terrorista o un asesino en serie, sin que sea una gran sorpresa. A pesar de eso, me caía bien, y diré a su favor que nunca demostró esa aburrida costumbre que adoptan algunas personas de anunciar en voz alta a todo el mundo la cantidad de información que están ocultando. No decía nada acerca de sí mismo, pero sin pretensiones, misterio o vanidad.

—Bueno, ¿y cómo estás? —dijo—. ¿Vas a publicar otro libro en breve? No debería tener que preguntar. Me siento un poco tonta por no saberlo. —Hay una manera de preguntar por la carrera artística de uno, que puede sonar o leerse como generosa, pero que en realidad reduce su valor a la nada. El desdén se reprime con entusiasta amabilidad, al igual que el dibujo de una niña pequeña será alabado por alguien a quien no se le dan bien los niños. Nadie puede hacer esto mejor que los pijos genuinos.

—Hay uno que saldrá el próximo marzo.

—Debes avisarnos cuando lo haga. —Esta gente normalmente dice este tipo de cosas a sus conocidos en los medios de comunicación: «Dinos cuándo sales en televisión», «Avísanos cuando publiques el libro», «Cuéntanos cuando vayas a ir otra vez a ese programa de entrevistas». Como si uno se fuera a sentar y mandar tres mil postales cuando le programan una aparición. Por supuesto, saben que eso no va a pasar nunca. El mensaje verdadero es: «No estamos tan interesados en lo que haces como para estar pendientes de ello, si no nos avisas. Ya sabes que no tiene nada que ver con nuestro mundo, así que, por favor, perdónanos en un futuro si nos perdemos algo que esté relacionado contigo». Serena lo decía de manera amable, al igual que la mayoría de ellos, pero no puedo negar que a veces desanima.

Su simpatía permaneció incólume.

—¿Cuándo te enteraste de que ibas a estar aquí? Deberías habérselo dicho con antelación. Podrías haber venido a cenar. —Expliqué la situación. Serena alzó las cejas—. ¿Son amigos tuyos? Él se ha ganado el título de El Más Aburrido del Condado, pero a lo mejor no estamos siendo justos.

—No diría eso.

Se rio.

—Bueno, está muy bien volverte a recibir. ¿Ha cambiado mucho?

—No mucho. No tanto como el resto de mi vida.

—Un viaje por la calle de los recuerdos.

—Ahora mismo vivo allí.

Naturalmente, esto requería de una explicación, y se la di en parte. No le dije la

razón por la que estaba entrevistando a todas esas mujeres de nuestro pasado en común, solo que Damian quería averiguar lo que había pasado con todos, y que me había pedido que lo hiciera, porque en primer lugar los había conocido a través de mí.

—¿Pero por qué dijiste que sí? ¿No te ocupa mucho tiempo? Y lo cierto es que no le debes ningún favor. —Alzó las cejas para remarcar esto.

—No estoy muy seguro de por qué. No pensaba hacerlo mientras me lo estaba pidiendo, pero cuando vi que estaba muriéndose... —Me detuve. Estaba estupefacta y me arrepentí de habérselo espetado como lo había hecho.

—¿Muriéndose?

—Mucho me temo.

Sacó fuerzas y se recompuso.

—Qué extraño. No piensas en alguien como Damian Baxter «muriéndose».

—Bueno, pues así es.

—Oh. —Para ese entonces, ya había recuperado su equilibrio—. Vaya, me siento triste. Sorprendida y triste.

—Siempre sorprendía a la gente.

Pero Serena lo negó.

—No estoy de acuerdo. Era emocionante, pero la mayor parte de las cosas que consiguió no fueron sorprendentes, sino inevitables. No fue sorprendente que se acoplara en la temporada con tanto éxito. Y no fue para nada sorprendente que ganara más dinero que todos los demás de la historia. Yo supe que todo eso iba a pasar desde el momento en el que le conocí. Pero morirse treinta años antes de que le toque...

—¿Cómo lo supiste?

Serena se lo pensó un instante.

—Creo que porque siempre estaba muy enfadado. Y en mi experiencia, la gente que está enfadada cuando es joven, o explotan y desaparecen o les va tremendamente bien. Cuando escuché que se había metido en el mundo de las finanzas, sabía que iba a ganar miles de millones.

No pude contener mi curiosidad, aunque me era igual que dar un mordisco con un diente un poco suelto.

—¿Te gustaba? ¿Después de todo lo que pasó?

Me miró. Sabía el alcance de la pregunta, a pesar de los años que habían pasado desde que tuvo la menor importancia en nuestras vidas. A lo que había que sumarle la reticencia habitual en su tribu a dar información emocional que después pudiera usarse para ponerla en evidencia. Pero al final asintió.

—En un momento dado —dijo. Entonces pareció recoger su caparazón del suelo y envolverse en él con firmeza—. Deberíamos ir con los demás. Creo que está a punto de empezar.

En respuesta a sus palabras, hubo un rugido lleno de chispas, y a través del ventanal sin cortinas vimos un cohete revolotear hasta el cielo nocturno. Con una fuerte explosión, se transformó en una ducha de chiribitas doradas, acompañado de

un «oooohhh» apreciativo de la multitud que lo contemplaba.

—¿Está Andrew aquí? —Por cortesía, no podía evitar más tiempo la pregunta. Aun así, la noté pesada, como si se me pegara a los labios.

Asintió.

—Está fuera, con los niños. Siempre le han gustado los fuegos artificiales. —Tras ella, la antecámara se estaba llenando de nuevo, mientras algunas personas que se encontraban en el salón habían venido para aprovechar la ventaja de poder salir por otra parte. Serena fue hacia ellos. Me acomodé a su ritmo mientras atravesábamos los ventanales abiertos, y enseguida nos envolvió el frío repentino de la noche, ya cerrada. Un poco más a la derecha, el resto de los invitados de la casa estaban surgiendo del salón de los tapices, y la amplia terraza estaba empezando a estar un poco abarrotada. Otro cohete, otra explosión, otra ducha centelleante, otro oohhh—. Andrew, mira quién está aquí.

Todavía me ofende que, de todos los hombres del mundo, ella se casara con Andrew Summersby. ¿Cómo podía mi diosa haberse casado, por voluntad propia, con esa estúpida bestia de carga? Por lo menos la Titania de Shakespeare escogió a Bottom cuando estaba drogada. Mi Titania escogió a su Bottom totalmente sobria y con los ojos abiertos. Obviamente, todos sabíamos que lady Claremont había presionado a su hija para hacerlo y, como en esos días no se cuestionaba la creencia de que el trabajo de una madre era encontrar un matrimonio apropiado, un marido de igual rango y fortuna rellenaba todas las casillas. Y obviamente todos sabíamos que lady Belton estaba empujando desde el otro lado, hasta que se debió de dislocar un hombro. Pero incluso así, fue difícil de entender en ese momento, y difícil de entender ahora. Me pregunté en silencio si lady Claremont, con los valores de hoy en día y lo que sabía ahora, hubiera hecho tanta campaña a favor de esa pareja. Creo que no. Pero ¿de qué me sirven tales elucubraciones? Si mi abuela tuviese ruedas, sería un autobús.

La cara bobalicona y bovina de Andrew, más ancha y más plana y más colorada, y si era posible, más repulsiva que cuando le conocí, me miró inexpresiva, con un solemne y engreído cabeceo.

—Hola —dijo, sin ninguna pregunta de cortesía para llenar el hueco desde que nos habíamos encontrado por última vez.

Bridget nos había encontrado en medio de la muchedumbre y escogió ese momento para enlazar su brazo con el mío de manera deliberadamente posesiva, anunciando que yo era de su propiedad, sonriendo petulante a Serena al hacerlo, todo lo cual encontré excesivamente irritante, pero no lo dejé entrever.

—¿Puedo presentaros a Bridget FitzGerald? —Señalé con la cabeza a mis acompañantes—. Andrew y Serena Summers. —Me detuve. Me había equivocado. Sabía que el padre de Andrew estaba muerto. No estaba pensando—. Perdón. Andrew y Serena Belton.

Serena sonrió y estrechó la mano de Bridget, pero por alguna razón Andrew

parecía bastante ofendido y volvió a dirigir la mirada a los fuegos artificiales. En ese momento pensé que era porque me había equivocado con su nombre, pero tengo la horrible sospecha, conociendo su absoluta falta de inteligencia o imaginación, que se oponía a que le presentaran a una extraña de menor rango social bajo otro nombre que el de «lord Belton». Puede que esta sugerencia parezca increíble, pero puedo asegurar que no era el único, de entre los pijos genuinos, en defender esta soberana chorrada, que adopta la forma de imitar la ropa y las costumbres de hace medio siglo, o incluso más tiempo. Todo esto por la equivocada creencia de que es un indicador de su linaje, en vez de una prueba absoluta de su idiotez.

Serena continuó sin inmutarse, como si su grosería fuese de lo más normal, supongo que para ella lo era.

—Esta es mi hija, Mary. Y mi hijo, Peniston. —La presentación fue para Bridget. Sonreí y dije hola, y el saludo me fue devuelto por parte de Mary bastante agradablemente, tengo que reconocer, y Peniston también me tendió la mano. Estaba claro que sabían quién era, lo que me resultó patéticamente gratificante. Serena también sonrió, disfrutando de la presencia de sus hijos—. ¿Cuándo les viste por última vez?

—En otra vida, creo. —Sonreí y estreché la mano del joven a cambio—. No mencionaré a la niña enfurruñada porque le habían puesto un vestido de fiesta que odiaba, o el niño con un mono azul, pedaleando con su primer triciclo por la cocina.

—Qué alivio —dijo Peniston.

—Recuerdo ese vestido —dijo Mary—. La abuela nos lo envió y estaba recubierto de frunces horrorosos, como si estuviera sacado de uno de los cuentos de Jack y Hill de los cincuenta. Grité por toda la casa antes que ponérmelo, y hoy en día haría exactamente lo mismo. —Nos reímos y me encontré recapacitando sobre la idea que tenía de Mary, incluso si su extremado parecido con Andrew era muy desagradable. A todo esto, Bridget parecía estar en blanco y Andrew una vez más asumió su expresión de ofendido, que podía ver que se había convertido en algo habitual. No existía una razón muy clara, pero podía ser que la referencia a las rabetas de su hija, o al peto de su hijo, o quizás a la cocina de su mujer, fuera una malvada *lèse majesté* por mi parte. Ni lo sabía ni me importaba.

Pero los más jóvenes mitigaron el tenso momento con su charla sobre cosas mundanas, y la torpeza de Andrew pronto fue olvidada. Probablemente Peniston y su hermana habían tenido que montar este espectáculo a menudo para cubrir el rastro de su fastidioso padre. No estaba muy predispuesto a que me cayera bien el nuevo vizconde Summersby, como se llamaba ahora, pues su nombre todavía me provocaba un escalofrío, pero incluso yo tengo que admitir que parecía un tipo agradable. No puedo decir que fuera especialmente atractivo, porque era bajito y estaba pasado de peso y, aunque su cara era risueña, no era guapo. Pero claro, mi impresión de él puede haber estado sesgada. La mayoría de los hombres, y las mujeres también por lo que sé, tiene sentimientos ambivalentes para con los hijos de las personas que amaron

en otra época. En particular, si no decidieron ellos terminar la relación. De alguna manera esos niños y niñas son símbolos de un juicio erróneo por parte de los dioses, no deberían haber nacido nunca si las cosas hubieran salido bien. Pero no es culpa suya, ¿verdad? Como uno termina viendo al final. Y así fue para mí con Mary Wintour y Peniston Summersby. La noticia de sus nacimientos me había atravesado, cortándome como una navaja, pero, por supuesto, al encontrarme con este hombre agradable, con esta mujer afable, era un asunto totalmente diferente, e incluso yo podía ver que no era justo odiarles porque su padre fuera un zopenco y su madre me destrozara el corazón. No se vislumbraba mucho de Serena en ninguno de ellos, para ser honestos, y menos todavía a medida que iban creciendo. De pequeña, Mary había sido una versión en miniatura de Andrew, mucho más que su hermano, pero esa noche él también se parecía a su padre, dentro de lo que cabía. Afortunadamente para ellos y para sus perspectivas, ninguno parecía haber sacado el encanto de Andrew.

Peniston sonrió.

—La abuela estaba muy emocionada cuando te vio. Se siente muy orgullosa de conocer a un novelista de verdad. Se ha leído todo lo que has escrito.

—Me siento halagado. —Y lo estaba. Y atónito. De repente, me parecía menos extraordinario que me hubiera encontrado entre todo el gentío.

—Le encanta conocer a un escritor. La mayoría de sus amigos tienen dificultades para llegar al final de la cuenta del restaurante. —Una mujer guapa en la treintena se nos había unido—. Esta es mi mujer, Annie.

—Lo que dice es cierto. Roo está encantada de que estés aquí. Sabes, tiene todos tus libros. Seguro que los está poniendo en un montón para que los firmes.

—Solo tiene que pedírmelo. —Dado que el interés de lady Claremont por mi trabajo implicaba como mínimo un ligero interés por mi persona, me hizo gracia que en cuarenta años no me hubiera invitado jamás a una simple reunión, ahí en Gresham o en Londres, ni hubiera hecho el menor intento de restablecer el contacto. ¿Por qué, si estaba tan fascinada con mi carrera? En ese momento, mi paranoia lo atribuyó de inmediato a la tarde que pasamos en Estoril, pero ahora estoy casi seguro de que me equivocaba. De vez en cuando uno se encuentra con esta curiosa inseguridad por parte de los pijos, y no hay nada siniestro ni desalentador en ello. Supongo que es el reverso de su tendencia a mostrarse paternalistas. Todavía marcan la división entre su mundo y el tuyo, pero en este caso se demuestra por un tipo de modestia, un reconocimiento tácito de que sus poderes sociales puede que no siempre impresionen a los que tienen otra elección.

—Os estáis perdiendo todo. —La voz de Andrew cortó toda nuestra diversión, y obedientes, prestamos toda nuestra atención a los fuegos artificiales. Sssh, pum, ooh. Sssh, pum, ooh. El espectáculo terminó con lo que debería haber sido una proyección impresionante del emblema de los Gresham, un león rugiendo con una bandera de algún tipo. Casi no salió, pues la mayor parte de la cabeza del león no se terminó de encender, haciendo que la imagen fuera un poco macabra, pero aun así

proporcionó un final razonablemente bueno. Y después se acabó, y llegó la hora de que los invitados, tanto los que estábamos fuera como los que estaban dentro, o por lo menos los que no se iban a quedar a pasar la noche, se fueran y no perdieran mucho tiempo. Conseguí encontrar a nuestros anfitriones entre la multitud, para darles las gracias y despedirme.

Lady Claremont todavía sonreía, con ese brillo en los ojos.

—Debemos conseguir que vengas por aquí un poco más. Si algún día tienes tiempo.

—Bueno, este fin de semana estoy aquí. Así que debo de tener tiempo.

—Claro que sí. Con esa gente tan divertida que compraron Malton Towers. —La frase «gente divertida» me dijo todo lo que necesitaba saber sobre las oportunidades que tenía Tarquin de llevarse bien con la nobleza del condado—. Una de las bisabuelas de Henry creció en Malton. Solía quedarse allí antes de la guerra. Pero pensabas que era espantoso, ¿verdad? —Miró a su envejecido marido.

Asintió.

—La casa más puñeteramente fría en la que he entrado. La comida fría, los baños fríos, todo frío. Jamás pude dormir, en todos los años que fui. —Era fácil darse cuenta de que había tenido bastante de esa tarde interminable y que estaba más que preparado para irse a la cama, pero todavía no había terminado—. Están como un cencerro, los que lo han comprado. Arruinó a mis primos, arruinó a todos los que vinieron tras ellos. Y por lo menos mis parientes tenían las tierras, aunque no les sirvió de nada al final. Tus amigos han adquirido un pozo sin fondo. —De hecho, a mí todo esto no solo me sonaba como una descripción bastante acertada de los hechos, sino también bastante tranquilizadora. Es fácil olvidar, al observar a los Tarquin de este mundo derrochar hasta el último penique que poseen en mantener una fantasía pseudoaristocrática y de baratillo, que todavía hay gente para la que estas son casas normales, donde se deberían llevar vidas normales. Si están incómodos, pues están incómodos, y eso es todo. Sin que les importen los enlucidos o el labrado de Grinling Gibbons, o el fantasma de María Estuardo en el ala este. Había algo sensato en despreciar Malton Towers como vivienda, que parecía estar basado en mi propia experiencia, librándome de tener que respetarla. En cualquier caso, lord Claremont ya había dicho lo que quería decir, y no tenía mucho sentido animarle para que siguiera, así que asentí y me fui.

Vi a Serena en el vestíbulo. Estaba con su familia hablando con Helena, que parecía mucho mayor que su hermana. Pero fue muy amable cuando nos volvimos a encontrar, besándome y deseándome suerte, mientras yo sonreía al objeto de mis antiguas pasiones no correspondidas. Echando la vista atrás no puedo explicar por qué el ver a Serena esa tarde, lejos de entristecerme, como tan fácilmente podría haberlo hecho, me había levantado mucho el ánimo. Me sentía fenomenal, flipando, con el punto, colocado, cualquier palabra de los setenta que parezca la más apropiada, al verme recordado todo lo que pude amar una vez. Todo lo que amaba, en verdad.

Unos músculos que se habían atrofiado por falta de uso volvieron a palpitar en mi pecho. Casi como la sensación de poder cuando te encuentras con un as al recoger las cartas del tapete. Aunque nunca tengas la oportunidad de jugarlo, te sientes más fuerte y mejor por tener ese as en tus manos.

—Ha estado muy bien verte —dijo Serena, y sonaba como si lo estuviera diciendo de verdad.

—Lo he disfrutado. —Al contestarle sabía que mi voz era extrañamente firme, casi fría, de hecho, cuando no era así como me sentía hacia ella, sino todo lo contrario. No puedo explicar por qué, excepto para decir que un inglés de mi generación siempre se protegerá ante el riesgo de revelar sus verdaderos sentimientos. Es la naturaleza, no se puede luchar contra ella.

Otra vez, me regaló la sonrisa de los benditos.

—Todos somos seguidores tuyos, ya lo sabes. Debemos intentar que te vengas a Waverly un día.

—Me encantaría. Mientras tanto, buena suerte con todo.

Nos rozamos las mejillas y me di la vuelta. Al salir por la puerta principal, no había dado más que unos cuantos pasos cuando escuché la indignada pregunta de Andrew.

—¿Buena suerte con qué? ¿A qué venía eso? —Confieso que la tentación fue demasiado grande y me volví a escondidas, quedándome fuera de vista.

—No quería decir nada. Buena suerte. Eso es todo. —La voz paciente y modulada de Serena le apaciguó, como uno calma a un caballo nervioso o a un perro—. Buena suerte con la vida.

—Pues qué cosa tan extraordinaria para decir. —Carraspeó para volver a llamar su atención—. Me sorprende encontrarle tan resplandeciente y a ti tan acogedora, después de todo lo que pasó.

—Oh, cielo santo. —Estaban a solas, o por lo menos creían que estaban a solas, y la voz de Serena era menos cuidadosa—. Desde la tarde de la que hablas, hemos visto la caída del comunismo, los Balcanes incendiados y el colapso de la manera de vivir británica. Si hemos podido sobrevivir a todo eso, seguro que podemos olvidar una cena en la que estábamos bebidos y se nos fue todo de las manos, hace cuarenta años. —Pero para entonces, Bridget me estaba tirando de la manga con una expresión un poco rara, y tuve que irme y no poder escuchar lo que decían. Si Andrew tenía algo más que decir acerca de ese tema después del arrebato de Serena, me lo perdí. No por primera vez me pregunté cómo era posible, entre las clases altas en particular, pero también en cualquier otro estrato de la sociedad, que mujeres extremadamente inteligentes vivan con hombres muy muy estúpidos, sin que los maridos se den cuenta de los sacrificios que sus esposas hacen a diario.

—Esto ha sido un gran regalo —dijo Jennifer, mientras salíamos en fila por los portones y volvíamos a la carretera principal—. Qué suerte tenerte con nosotros. ¿Verdad, mi amor?

No esperaba una respuesta, pues estaba claro que era físicamente doloroso para Tarquin reconocer la superioridad del otro en cualquier caso. Sobre todo en su reino en potencia. Pero Jennifer continuó mirándole fijamente, conduciendo solo con vistazos laterales, hasta que consiguió mascullar una respuesta desganada.

—Bien hecho —murmuró, o algo por el estilo. No lo escuché.

Su envidia y la desdicha de Bridget se combinaron para llenar el coche con una neblina verde de dolor resentido, pero Jennifer no se rindió.

—Me parecieron muy agradables. Y está claro que te tienen mucho cariño.

—Bueno, él les tiene *mucho* cariño. A algunos de ellos. ¿No es así? ¿Amor mío? —La contribución de Bridget en momentos como este era el equivalente vocal de arrojar ácido. Por supuesto, como me obligué a darme cuenta, la desventaja de recordar lo que el amor *es* venía acompañada de la comprensión de lo que *no es*, y fuera lo que fuera lo que compartía con Bridget, no era amor. Ya me lo esperaba. Se lo había insinuado a mi querido padre el día que fui a comer con él. Pero no creo que, antes de esa tarde en Gresham, me diera cuenta de que los parachoques no solo estaban a la vista, sino que estaban a punto de golpearnos. Siendo justos, no puedo culpar a Bridget por estar hasta las narices. Era una mujer atractiva e inteligente, y se veía obligada a aceptar, una vez más, que había malgastado varios largos años en un pozo seco, en una caza infructuosa, en un punto muerto. Como ya he mencionado, ya había cometido este error antes, más de una vez, y hasta esta tarde yo siempre me había puesto de su parte en la cuestión de que esos hombres eran unos bestias y unos sinvergüenzas por no dejarla ir cuando sabían que eso no iba a ninguna parte. En vez de eso, le habían dado falsas esperanzas hasta que robaron su futuro y sus niños, que ahora nunca verían la luz. En ese instante, en ese coche en sombras que se arrastraba por las carreteras de Yorkshire, de repente me di cuenta de que no es que hubiesen sido exactamente unos sinvergüenzas, sencillamente habían sido unos tontos egoístas e insensibles que no estaban pensando. Como yo. Y desde mañana por la mañana compartiría sus culpas, en la triste historia de Bridget FitzGerald.

No volvió a hablar hasta que estuvimos en nuestra fría y húmeda habitación. Había empezado a desvestirse de esa manera angular y vengativa que yo ya me conocía, hablándome por encima del hombro, o girando su furiosa cabeza mientras seguía de espaldas.

—Todo esto es tan ridículo...

—¿Qué es esto? No hay un «esto».

—Claro que no, no lo hay. Ella no está interesada en ti. En lo más mínimo. —Pronunció esas palabras de manera tajante, y con un alivio intenso y chispeante, como si la falta de amor de Serena hacia mí fuese obra suya, un logro del que sentirse orgullosa.

—No. No creo que lo esté.

—En lo más mínimo. —Esta repetición se vio aumentada tanto en volumen como en acritud—. Todo el mundo lo ha visto. Casi ni recuerda quién eres. —Esto era un

golpe bajo, o eso pensé, pero decidí no discutir. En vez de eso, opté por parecer dolido. Desperdiciaba mi tiempo. Bridget, ahora en plena racha, no se iba a aplacar por la injusticia percibida—. No le dejaré jamás. No te creerás que lo vaya a hacer.

—No.

—¿Y qué si lo hace? ¿Qué te hace pensar que iba a querer vivir con alguien triste y deprimido como tú?

—Nada.

—Porque no lo va a hacer, ya lo sabes. No va a suceder ni en un millón de años luz.

—Está bien.

—¿Renunciar a todos sus privilegios? ¿A todo ese perfil? ¿Pasar de condesa de Belton a ser tu señora? Nunca.

Por un momento fui a protestar en plan de burla que en todo caso, seguiría siendo «lady Señora de mí», pero me lo pensé mejor. Me interesaba bastante su sugerencia de que Serena y Andrew tenían un «perfil». ¿Qué significaba? ¿Qué es un «perfil» en este contexto? Supongo que la ira de Bridget había tomado vida propia y sus facultades de expresión no eran las mejores.

—Me atrevería a decir que no es probable —dije.

—Claro que no. Ese tipo de mujeres no lo hace nunca.

—Es un «tipo» entonces de mujeres, ¿no? Bueno, eso está muy bien. Voy a tener que buscar unas cuantas más.

—Oh, que te den. —No me puedo quejar, me lo merecía.

Pero para cuando yo también me había desvestido y los dos estábamos temblando bajo nuestras insuficientes mantas, en nuestra espantosa cama labrada, ella ya se había calmado. Hasta entonces su ira me había protegido de sentirme culpable, pero no iba a quedarme sin castigo. Justo antes de que apagara las luces dejó a un lado su libro y me miró.

—¿Qué he hecho mal? —Su voz era suave otra vez y el ligero acento irlandés que yo siempre había encontrado tan cautivador le daba a todo esto una profundidad que me recordó con dolor lo mucho que odiaba hacerle daño a alguien.

Negué con la cabeza y le ofrecí lo que esperaba que fuera una sonrisa cálida, lo que con esa temperatura era todo un desafío.

—No es culpa tuya —le contesté en lo que pensé que era un tono adecuado—. No has hecho nada mal. No eres tú, soy yo.

Mientras uno pronuncia estas frases tan familiares, y esta última frase trillada en particular, le gustaría pensar que es un sentimiento noble y generoso. Que te estás «echando la culpa» por el fallo, que estás «afrentando tu responsabilidad» y todo eso. De hecho, por supuesto, esto no es honesto, como cualquier adúltero en serie, por escoger un titular de las revistas, te podría decir, y todos somos adúlteros en algún momento. Estas frases son una taquigrafía perezosa, diseñada para desviar las palabras hirientes que te están lanzando y finalizar la discusión lo más rápidamente

posible.

Bridget, con toda la razón del mundo, sentía que se merecía algo más que esta cobarde y falsa respuesta.

—Por favor —suplicó—. Lo digo de verdad. —Y su voz me estaba llegando al corazón hasta ser incómodo—. ¿Hay algo que hubiera podido hacer para mejorarlo?

La miré y decidí ser sincero.

—Podrías haber sido más feliz.

Se molestó.

—Podrías haberme hecho más feliz.

Asentí con una precisión casi militar.

—Exactamente —dije. Y mientras los dos sentíamos que nuestras palabras tenían una razón irrevocable, apagué la luz y fingimos dormir.

JOANNA

Nueve

El día posterior a volver de Yorkshire recibí otra llamada de Damian. Digo «de Damian» pero en realidad fue la voz de Bassett, sencilla y sin pretensiones, la que me saludó por el auricular.

—El señor Baxter se preguntaba... —Hizo una pausa nerviosa y empecé a preguntarme qué era lo que se preguntaba Damian que me pudiera ofender tanto, pero la solución, cuando vino, no fue para tanto— si podría ser capaz de venir a verme próximamente.

Pensé que debería confesar mi falta de progreso de inmediato, aunque tampoco es que fuera muy probable que fuera a esconder mis descubrimientos.

—Mucho me temo que no hay tanto que contar todavía —dije.

Pero Bassett no parecía estar esperando algo diferente.

—El señor Baxter ya lo sabe, señor. Ha supuesto que ya habría sabido algo de usted, si hubiera algo que contar. Pero le gustaría que le pusiera al corriente igualmente.

A pesar de la melodiosa voz de Bassett, había una expectación absoluta a que accediera a esta sugerencia que hizo que sonaran todas mis alarmas. Tenía el incómodo presentimiento de que, de algún modo, me había puesto en manos de Damian al aceptar su petición, en resumen, que en vez de estar haciéndole un favor, me había comprado. No es que me estuviera pagando, por supuesto, pero, en contra de mi buen juicio, había aceptado la insultante tarjeta de crédito y en cierta manera eso me convertía en su empleado, lo que debería haber adivinado desde el principio. Había roto mi propia regla, a saber, que si uno va a dejarse comprar, que sea por un buen precio. Por eso es por lo que nadie debería aceptar una conferencia benéfica, o alguna breve aparición local, donde te paguen una módica suma, por lo menos en Inglaterra. Lo que te pagan siempre es muy poco, pero quienes lo organizan pensarán, una vez que te hayan puesto unas monedas en la mano, que poseen tu cuerpo y tu alma. Si se tiene que hacer estas cosas, y a veces uno debe hacerlas, entonces por favor, que se haga a cambio de nada. Que se haga por la pura bondad del corazón. El dinero no marcará ninguna diferencia en la vida, pero nunca se tendrá que soportar la sensación de ser un jornalero a sueldo, porque se conserva la ventaja de la generosidad. Es mucho mejor si se dona la suma que se hubiera ganado a la causa que estén defendiendo, o a algo igualmente admirable, y así añadir un halo a tu cabeza, por si acaso. Pero en este caso en concreto, con un juego de manos, Damian me había engañado y había conservado la superioridad moral. Ya no estaba haciendo una buena obra, estaba llevando a cabo un trabajo a comisión. Es algo bastante diferente.

Al final el plan quedó dispuesto. La siguiente semana la tenía bastante ocupada, así que se tomó la decisión de volver a Surrey después de comer, el siguiente domingo. De acuerdo con eso, cogí el tren y me encontré una vez más en la estación con el chófer de uniforme immaculado, pero mientras llegábamos al planeta Damian,

me sorprendió ver lo que parecía una feria de pueblo en los jardines. Los coches estaban aparcados en un prado un poco más adelante en la carretera, y las casetas y toda la actividad aparente estaban separados del jardín superior, así que la fiesta no afectaba realmente a la casa, pero incluso así no era muy compatible con la imagen que yo tenía del señor Baxter, pues era demasiado filantrópica para mi gusto. En cualquier caso, como respuesta a la pregunta que le formulé cuando salí del coche, Bassett me lo confirmó.

—Sí. Dura unos dos días en verano, señor. En beneficio de la iglesia católica local, Santa Teresa. En Guildford.

—¿Es católico el señor Baxter? —Eso nunca se me había ocurrido. No es que me importara que fuera católico. Era extraño pensar que Damian seguía cualquier tipo de religión.

—Creo que sí, señor.

—¿Y hace esto todos los años?

—Sí, señor. Desde que se vino aquí. —Intenté esconder mi cínico estupor mientras me llevaban directamente a la biblioteca. Cuando entré en la habitación me di cuenta de inmediato de por qué me habían mandado llamar. Damian se estaba muriendo. Por supuesto, ya se estaba muriendo antes, cuando estuve allí en la visita que lo desencadenó todo, pero uno puede estarse muriendo sin tener la palabra muerte escrita en la cara. Esta vez, no era como si tuviera una enfermedad mortal. Más bien, y a primera vista, parecía que ya estaba muerto.

Estaba tendido en su sofá cama, con los ojos cerrados. De no ser por el leve movimiento de su demacrado pecho, habría pensado que había llegado demasiado tarde. Supongo que debo de haber parecido conmocionado, pues en ese momento abrió los ojos y dejó escapar una risa bronca al ver mi expresión.

—Alégrate —resopló—. No estoy tan mal como parece.

—Qué alivio —dije—. Porque no podrías estar peor de lo que aparentas.

Por supuesto, esto lo animó. Hizo sonar el timbre que tenía al lado y, cuando el siempre atento Bassett asomó la cabeza por la puerta, sugirió, con esa manera tan tímida suya, que podríamos tomar el té.

—¿Te vas a quedar a pasar la noche? —preguntó cuando Bassett se fue a cumplir el recado.

—No creo. Estaba planeando continuar mi búsqueda mañana, y no creo que debiera dejarlo por mucho tiempo.

—No. Por Dios, no lo retrases, hagas lo que hagas. —Pero alzó las cejas para hacer que esta referencia a su próxima partida se convirtiera en una especie de broma—. Bueno, ¿y qué has estado haciendo?

Le conté lo de Lucy y Dagmar.

—Parecen tenerte mucho cariño.

—No hace falta que te sorprendas tanto.

Por supuesto, ahí estaba la clave. Estaba sorprendido. Pero no creía que pudiera

formularlo de una manera aceptable, así que no lo intenté. En vez de eso, le repetí sus mensajes de apoyo por separado y me sentí contento de habérselos entregado fielmente.

—No creo que me diera cuenta de lo bien que las conocías.

—No creo que te dieras cuentas de un montón de cosas con respecto a mí. — Esperó, a lo mejor para que yo le contradijera, pero me quedé callado—. Pobre pequeña Dagmar. —Suspiró de manera casi cómica, invitándome a unirme en la reflexión acerca de su desesperanza, pero después de mi visita me habría sentido un traidor, así que me resistí. Continuó, sin inmutarse—. Probablemente debería haber nacido en 1850, haberse casado por poderes con un gran duque alemán, y pasar la vida respetando todas las ceremonias. Lo hubiera hecho muy bien y sin duda habría sido amada por todos esos leales súbditos que nunca se le acercarían lo suficiente como para descubrir lo aburrida que era.

—Es menos aburrida ahora —dije—. Menos aburrida, menos tímida y menos feliz.

Asintió, asimilando lo que le contaba.

—Me sorprendió cuando se casó con él. Pensé que apostaría por alguien aburrido y respetable, y terminaría en una granja de Devon, con un montón de grandes cuadros de la realeza, que parecerían estar fuera de lugar, ocupando esas paredes de entramado de madera desde el suelo hasta el techo. Nunca esperé que se fuera con alguien cruel y exitoso, para terminar en un palacio, pero siendo desgraciada.

—Bueno, por lo menos tiene los cuadros.

—¿Te dijo que quería casarse conmigo? —Debía de haber visto mi expresión al oír eso, pues la leyó muy acertadamente—. Ya no me puedo permitir ser caballeroso. Estoy casi muerto. En este punto puedes decir realmente lo que quieras. —Y, reflexionando sobre ellos, probablemente era verdad.

—Lo cierto es que sí.

—¿De veras? —Podía ver que se había sorprendido.

—Dijo que lo estaba deseando, pero que tú no estabas interesado. Dijo que no tenía nada que ofrecerte que quisieras o necesitaras.

—Eso suena a que se había enfadado.

—Bueno, pues no. Fue muy conmovedor.

Asintió, reconociendo de alguna manera la generosidad de Dagmar con una voz más amable de la que había usado antes.

—Nunca dije que no fuera agradable. Creo que era una de las más agradables de todos vosotros. —Se lo pensó durante un minuto—. Fue duro para los destronados.

—Estoy de acuerdo.

—Les fue bien a los que todavía conservaban el trono —añadió, pensando más sobre el tema—. Cuando se acabó toda esa tontería de los sesenta y de los setenta, estaban en una posición envidiable. Pero fue duro para los otros.

—Supongo que no querías cargarte con todo eso. No, una vez que supiste lo que

implicaría.

—Había muchas cosas con las que no quería cargar, una vez que las conocía más a fondo. —Me miró—. En tal caso, no quería cargar con tu mundo, una vez que lo llegué a conocer. —Volvió al tema del que estábamos hablando—. ¿Pero estás seguro de que no era ella mi amiga por correspondencia?

—Sí.

—¿Y tampoco era Lucy? —Explicué un poco más la enfermedad hereditaria de su hija. Pensativo, asumió el detalle por el cual él no podía ser el padre—. ¿Y qué tal estaba?

—Bien. —Ladeé la cabeza de lado a lado, en ese gesto que significa así-así.

Mostró bastante curiosidad al oír eso.

—No pareces muy entusiasmado. Siempre pensé que los dos erais bastante íntimos.

—Su vida es más responsabilidad suya que la de Dagmar. —La verdad es que me sentía un poco desapegado hacia los Rawnsley-Price. La frase que dice que la gente «se hace su propia cama» no es muy útil, porque todos en algún momento nos hacemos la cama y nos metemos en ella. No tenemos elección. Aun así, conserva algo de razón. A diferencia de tanta gente, Lucy había tenido otras opciones y me parecía, en todo caso, que no había escogido ninguna de las más creativas o interesantes.

Dijo en voz alta lo que yo estaba pensando.

—Lucy es otra víctima de los sesenta.

Sentí que me correspondía apoyar un poco a mi vieja amiga.

—No está tan mal como otros. Por lo menos no es uno de esos ejecutivos de televisión sesentones, paseándose por ahí con una chaqueta de cuero y hablando de los Arctic Monkeys.

—Quizás. Pero dio por sentado que su actuación como la locuela hija de un *baronet*, abrazando los nuevos valores, con un surrealista y chiflado sentido de la diversión, duraría eternamente. Se equivocó. —En esto tenía razón, así que no la defendí más—. Además, ese numerito en concreto solo es creíble cuando el que lo hace es joven. Surrealista y chiflado con cincuenta y ocho es sencillamente trágico.

—Aunque le deseamos todo lo mejor.

—Si quieres. Sobrevivirá. —Me miró, mientras yo contemplaba a través de la ventana la reunión que había abajo.

—Debo decir que ha asistido mucha gente a tu fiesta.

—Veo que te ha sorprendido ver que hago algo destinado a caridad.

—Un poco.

—Tienes razón. No soy una buena persona. No de verdad. —Habló bruscamente, sin querer mentir, ni siquiera permanecer callado—. Pero apruebo a esta gente. Admiro su normalidad. Cuando era joven no podía lidiar con nadie que no tuviera ambición. No veía el motivo de una vida que tan solo aceptaba lo que tuviera que ser,

y no deseaba cambiar. Me sentía más a gusto con las personas que querían ser millonarios o ministros de gobierno o estrellas de cine. Comprendía cualquier objetivo, sin importar lo absurdo que fuera. Pero esos que no deseaban otra cosa que no fuera una vida decente, una casa bonita, unas vacaciones agradables, me parecían unos extraterrestres. Me hacían sentir incómodo.

—Pero ahora no.

Asintió, compartiendo mi comentario.

—Ahora, veo la habilidad de simplemente abrazar la vida y vivirla de manera noble. No hace falta comportarte como un buey en un campo arado, que era lo que solía admirar. Supongo que, hace cientos de años, era lo mismo cuando la gente entraba en los monasterios y en los conventos para ofrecer sus vidas a Dios. Siento que estos hombres y mujeres, al arreglárselas para continuar, también están de alguna manera ofreciendo sus vidas a Dios. Aunque yo no crea en él. —Se detuvo para disfrutar de mi asombro—. Seguro que nunca pensaste que diría eso.

Me mostré de acuerdo sin dudarle.

—Ni algo que se le pareciera remotamente. —Se rio y continué—. Supongo que todo esto se ve reflejado en la santa venerada, joven, inocente y rodeada de flores de color pastel.

—No. Esa es la otra santa Teresa. La nuestra es santa Teresa de Ávila. Pasó la mayor parte de su vida identificándose con el sufrimiento de Cristo, y teniendo visiones de todo el mundo empapado en sangre. Después empezó una nueva orden y fue encerrada por el Papa, pero luchó como una tigresa, y al final ganó.

—Deberías haberme contado esto desde el principio. Habría entendido su atractivo de inmediato.

Esta vez se rio en alto y tuvimos que esperar a que su ataque de tos remitiera. Para entonces su alborozo se había calmado un poco.

—Quiero que entiendas que he cambiado. Es importante para mí. —Estaba observando mi cara para ver el efecto de sus palabras, lo que era un poco desconcertante—. Por lo menos, eso es lo que se dice. Pero uno nunca sabe si realmente es un cambio lo que está experimentando o simplemente que las cualidades ya presentes terminan por salir a la superficie. Creo que ahora soy más amable de lo que era.

—Eso tampoco sería muy difícil.

—Y estoy menos enfadado. —Sus palabras resonaron con el eco de la conversación mantenida en Yorkshire, y de alguna manera debí dejarlo entrever por cómo acogía sus comentarios.

Lo que de algún modo adivinó.

—¿Qué pasa?

—Solo que me crucé con Serena Gresham, o Serena Belton, como se llama ahora, la semana pasada, y me dijo algo muy similar. Que estabas muy enfadado cuando ella te conoció, y que la gente enfadada tiende o a explotar o a alcanzar grandes logros.

—O las dos cosas. —Nos vimos interrumpidos por la llegada de la bandeja con el té, todo puesto como si fuera parte de la utilería de una película de Hollywood, con delgados emparedados de pepino, y un platillo de plata con rodajas de limón. Pero ya veía que esto era todo por mí. Damian ya no comía o bebía por placer. Cuando Bassett se fue, volvió a hablar—. Has estado rastreando mucho, por lo que veo. ¿Cómo está?

—Muy bien. Andrew tan espantoso como siempre.

—¿Estaba allí? —Asentí haciendo una mueca, y Damian repitió el gesto—. Solía preguntarme cómo iba él a aguantar toda una cena en esa casa. Todos ellos chispeantes como bengalas y Andrew ahí sentado, como un pegote de barro.

—Creo que lo aguanta no dándose cuenta de que lo está aguantando.

—¿Y la señora?

—Sin muchos cambios aparentes. Siento decir que el alegre lord C. ha sido reemplazado por una estatua, robada de una tumba de la Iglesia Capuchina de Viena, pero ella está igual que siempre. —Le conté la burla que me había hecho lady Claremont. Fue correr un riesgo, dado lo que pasó cuando mi amor fue revelado hace todos esos años, pero ya estaba demasiado metido como para tener cuidado.

Sonrió.

—Deberías haberte casado con ella.

—No vayamos por ahí. —Con todo lo que había ocurrido, ya no me sorprendía que mi ira estuviera tan a ras de la superficie.

Si esperaba que escarmentara, me decepcionó.

—Solo decía que apuesto a que lady Claremont habría salido ganando contigo, en vez de con Andrew. —Como de costumbre, no hizo referencia a su propio papel en todo este asunto.

—O contigo. O con cualquiera.

—No. Conmigo no —dijo rotundamente.

No podía dejar de hablar de ese tema. Una vez reabierta, la herida dolía como si me la acabara de hacer.

—¿Por qué se casó con él? ¿Qué tenía? ¿Diecinueve años? Y ni siquiera estaba embarazada. La hija vino diez meses después, y era la viva imagen de Andrew, así que no hubo nada indecoroso. Es que no lo entiendo.

Asintió.

—Era un mundo diferente el de entonces. Hacíamos las cosas de manera diferente.

—¿Cómo de involucrado estuviste? ¿Con Serena? —Mientras hablaba, cada palabra era como un latigazo que dejaba marcas rojas en mi espalda.

Se rio.

—Qué maravillosamente anticuada es la expresión. Suenas como un programa de radio femenino de hace treinta años. ¿«Involucrado» en qué sentido?

—Ya sabes en qué sentido.

Se quedó en silencio un instante. Después se encogió de hombros.

—Estaba loco por ella.

¿Lo había sabido o no? Era difícil decidirme, después de todo lo que había pasado. Oírsele decir todavía era impactante. Más o menos como la muerte de un gran amigo después de una larga enfermedad mortal. Bebí más de ese veneno.

—¿Quién decidió romper?

Pude ver que estaba empezando a irritarle. Una vez más, habíamos agotado nuestra falsa amistad y volvíamos a nuestros verdaderos sentimientos hacia el otro.

—No quería pasarme la vida siendo tratado con condescendencia. —Sentí que había regresado allí por un momento, a ese lugar del que yo jamás me había marchado—. Recuerdo una vez —dijo, después de un instante—, cuando fui a Gresham...

—¿Solías ir a Gresham? —No me lo podía creer. ¿Dónde estuve yo todo ese tiempo? ¿Durmiendo en una caja del sótano? ¿Por qué no había sabido nada de esto?

—Ya sabes que sí. Para el baile. —Tenía razón. Lo sabía—. Me iba a llevar. Así que fui a su piso. ¿Dónde estaba? ¿En alguna parte de Belgravia?

—En Chester Square. Y era una casa, no un piso.

Me miró, entendiendo plenamente el significado de que recordara hasta el último de los detalles.

—En cualquier caso, ya habíamos cargado las maletas, y entonces, al partir, Serena dijo... —Se detuvo, con un suspiro, de vuelta a ese coche con dos asientos de color rojo que yo había conocido tan bien—. Dijo: «Ahora todo esto va a tener que estar muy bien ensayado» y empezó a hacer una lista de todo lo que yo iba a tener que hacer cuando llegara allí, cómo me iba a tener que comportar, qué debía y qué no debía decir a su madre cuando la saludara, cómo lidiar con las preguntas de su padre, qué debería contarles a su hermano y a sus hermanas. Siguió y siguió, y mientras la escuchaba, pensaba que eso no era para mí. No quería ir a ningún sitio donde fuera un incordio, donde las cosas tuvieran que estar controladas para que mis anfitriones no se arrepintieran de haberme pedido que fuera, donde necesitara un curso antes de salir del coche, donde no fuera a ser bienvenido en el grupo. —Se paró, sin aliento, y esperé hasta que se hubo recobrado.

—Lo entiendo —dije. Y podía.

Me miró como si sospechara que me estaba regodeando en su confesión.

—No me enfrenté a ello en su momento, pero, si soy honesto, creo que fue ahí cuando supe que no iba a funcionar. No a largo plazo.

—¿Le dijiste algo?

La pregunta le hizo sentir un poco incómodo.

—No en ese momento. —Después se recuperó—. Más tarde.

—¿Pero fue en ese momento cuando se acabó? —¿Qué quería de él?

—No lo sé. No lo recuerdo. La clave es que me di cuenta de que si alguna vez me casaba, quería que fuera con una familia que fuera a colgar banderines de los

balcones, lanzar fuegos artificiales, poner anuncios en *The Times*, no a poner los ojos en blanco en un silencio implacable ante el estorbo que era yo. Ya viste lo que ese tipo que se casó con la hermana pequeña tuvo que soportar. No era persona, para cuando hubieron acabado con él.

—¿La familia de Suzanne sacó los banderines? —Esto suena un poco cruel y supongo que lo era, pero estaba tan lleno de celos que me sentía como si pudiese matarle. Diría que se libró bastante fácilmente.

Su sonrisa se convirtió en sardónica.

—El problema fue que todos vosotros me habíais estropeado. No me gustabais, ni tampoco vuestro mundo, y no quería lo que vosotros queríais, pero cuando intenté volver con mi antiguo grupo ya no me gustaban las mismas cosas. Me había convertido en la loca de la anciana lady Belton, demasiado esnob, dándome cuenta de diferencias sin importancia y necesitando que me dirigieran.

—Así que te echamos de nuestro mundo y te inutilizamos para el tuyo.

—Resumiendo.

—¿Serena se casó casi inmediatamente, entonces? Cuando terminasteis.

—No mucho más tarde. —Se lo pensó—. Espero que sea feliz.

Bebí mi té en un impreciso intento, en vano, de calmar mi espíritu preocupado.

—Pues yo diría que no mucho. Pero es difícil decirlo, con las de su tipo.

Una vez más me estaba observando, con toda la concentración de un antropólogo estudiando a una bestia rara e impredecible.

—¿Estás disfrutando de todo esto? ¿Este retorno proustiano? También es tu pasado aparte del mío.

—No mucho.

—¿Qué piensa tu...? —Dudó—. Odio la palabra «pareja». ¿Qué piensa de todo esto?

—¿Bridget? No creo que le interese. No es su círculo. —Esto último era cierto, pero la primera frase no tanto. Pero no me iba a molestar en explicarlo todo—. No importa, en cualquier caso —continuó—. Hemos roto.

—Oh, vaya. Espero que sea casualidad.

—No del todo. Pero iba a pasar de todas maneras.

Asintió, no tan curioso como para seguir con el tema.

—Bueno, ¿y quién es la siguiente?

—Candida Finch o Joanna Langley. Joanna, probablemente.

—¿Por qué?

—Siempre me gustó bastante.

Sonrió ante mi confesión.

—Obviamente, era algo que compartíamos.

—¿Recuerdas el famoso incidente de Ascot?

—¿Podría alguien olvidarlo?

—¿Estabas con ella entonces? —pregunté jovialmente—. Sé que no estabas con

su grupo cuando llegaste. ¿No viniste con los Gresham? —Otro fuerte crujido, en ese diente suelto y dolorido.

Frunció el ceño, recordando.

—Técnicamente. Pero no creo que estuviera «con» ninguna de ellas en ese momento. Todo eso pasó después.

Hice una mueca de dolor.

—Solía pensar que Joanna y tú hacíais una pareja bastante buena.

Asintió.

—¿Porque ninguno de los dos éramos nobles, pero sí unos advenedizos? ¿Y porque así no te estorbaría?

—Porque los dos erais modernos y estabais en contacto con la realidad, que era más de lo que podías decir de la mayoría de nosotros. La escarpada curva de aprendizaje con la que nos íbamos a enfrentar no iba a ser necesaria para vosotros dos.

—Es muy generoso. —Reconoció mi cortesía con una inclinación breve de la cabeza—. Pero no estábamos tan sincronizados como debíamos de parecerlo desde el exterior. Yo era muy ambicioso, recuerda.

—Lo hago.

Mi voz a lo mejor revelaba más de lo que yo había querido, e hizo que me echara un vistazo rápido.

—Y en los primeros meses de todo eso, yo todavía no había decidido lo que quería, o lo que no, de todos vosotros. Joanna no quería nada. Excepto, quizás, escapar de su madre y esconderse. Puede que por aquel entonces no lo supiera, por lo menos, conscientemente. Pero estaba en ella y por supuesto descubrió la verdad antes de que pasara mucho tiempo.

—Como todos sabemos.

Damian se rio.

—Como todos sabemos.

—Y cuando lo hizo, estaba claro que no ibais en la misma dirección.

Asintió como para admitirlo, aunque podía ver que cada vez que le interrumpía, le incomodaba no poder imponer su propio ritmo. De hecho, entiendo muy bien lo irritante que puede ser eso, esos pesados y aburridos hombres en las cenas, que interrumpen a quien está hablando, destrozándole las bromas, pero sin reemplazarlas por nada divertido de su propia cosecha. Aun así, no estaba dispuesto a escuchar la versión de Damian, cortada y limpia, de todas las cosas que pasaron, sin hacer mis propios comentarios. Continuó.

—Cuando la veas y hayas terminado de fisgonear, estoy muy interesado en saber cómo se siente respecto a esa época. Me apetece mucho oírlo, cuando la hayas encontrado.

Esto era lo que me estaba preocupando. De todas las mujeres de la lista, era de la que tenía menos información.

—No me has dado mucho con lo que trabajar. Para encontrarla.

Damian lo admitió.

—Su nombre no está asociado con mucho en Internet. La historia de Ascot, por supuesto, y alguna que otra cosa de antes, pero nada después del divorcio.

—¿Divorcio?

—En 1983. —Debía de haberme puesto serio durante un momento. Negó con la cabeza, chascando la lengua al hacerlo—. Por favor, no finjas que te ha sorprendido. La maravilla es que duraran catorce años.

—Supongo que sí. ¿Cómo se llamaba el marido? Me he olvidado.

—Kieran de Yong. De él sí que salen muchas cosas.

—Kieran de Yong. —No había pensado en ese nombre en mucho tiempo, pero todavía tenía la capacidad de hacerme sonreír.

Al igual que a Damian.

—Solía verle de vez en cuando en algún evento, pero siempre me ignoraba deliberadamente. Y no he visto nada de Joanna, en persona o en los periódicos, desde que cortaron —comentó pensativo—. ¿Cuál crees que era su verdadero nombre?

—Cualquiera menos Kieran de Yong.

Se rio.

—Puede que fuera Kieran. Pero dudo que fuera De Yong.

Ahora yo también estaba intentando recordar esos titulares y a ese joven tan curioso.

—¿Qué era? ¿Un peluquero? ¿Un agente de modelos? ¿Un diseñador? Era algo que iba bien con el *zeitgeist* de la época.

—Creo que te sorprenderás. La mayoría de la gente consigue menos del futuro de lo que esperaban, pero algunos consiguen más. Tenemos su dirección. Deberían habértela dado.

Asentí.

—Si se separaron, ¿sabrá él dónde encontrarla?

—Por supuesto que sí. Tienen un hijo. —Se detuvo—. O lo tengo yo. De todos modos, incluso si no sabe dónde, siempre nos puede dar una pista. En cualquier caso, yo empezaría por él porque no se nos ha ocurrido otra alternativa.

Me estaba yendo cuando tuve que hacerle una última pregunta.

—¿De verdad eres católico?

Se rio. Supongo que la manera de expresarme podría parecer graciosa.

—No estoy seguro de a qué te refieres. Nací católico. ¿No lo sabías?

Negué con la cabeza.

—¿Así que ya no eres «practicante»?

—Mucho me temo que no.

Su respuesta me interesaba.

—¿Por qué «lo temes»? ¿Te gustaría creer?

Damian me miró con condescendencia, como si fuera un niño.

—Por supuesto que sí —dijo—. Me estoy muriendo.

El coche estaba esperando fuera pacientemente, pero yo sabía que había un tren cada veinte minutos o así y, con el permiso del impecable chófer, me permití un paseo por las casetas de la feria de abajo. Pensé en las inesperadas palabras de Damian mientras paseaba la vista por esas mesas llenas de libros viejos y casi indescifrables, por el montón de lámparas de las épocas más atroces, por esas tartas y mermeladas, hechas con esfuerzo y sin duda pronto clausuradas por la *Stasi* de la Salud y la Seguridad, a las muñecas sin voz y a los puzzles a los que «solo les faltaba una pieza», y yo, también, me sentí tranquilizado y reconfortado por el decoro que representaban. Por supuesto, todo esto tenía un aire muy antiguo, y estaba seguro de que si una ministra laborista se podía ofender por la última noche de los Proms, le entrarían ganas de suicidarse al ver este acontecimiento, tan cómico y tan inglés, pero en todo ello había bondad. Esta gente había trabajado duro en lo que yo habría calificado una vez como una pequeñez, pero sus esfuerzos no se vieron malgastados; de hecho, casi me hicieron llorar.

Es difícil estar seguro desde la distancia, pero creo que no me equivoco si digo que Ascot fue después del baile de la reina Carlota. De todos modos, y como ya he dicho, me había encontrado con Joanna Langley varias veces antes de las carreras, pero supongo que ese fue el día en el que nos hicimos amigos, incluso ahora me gusta pensar que lo éramos. Fue entonces cuando entendí que era una criatura de su propia época, que no estaba, como nosotros, comprometida con alguna especie de repetición de la juventud de nuestros padres.

Ascot como acontecimiento de moda ya está casi acabado. Sin duda tomando una decisión sensata, el representante de Su Majestad dictaminó que sería mejor mantener el encuentro como un día para los entusiastas de las carreras y para el entretenimiento corporativo. Para conseguir esto, el Pabellón Real (la única ventaja que les quedaba, pobres, a cambio de todo ese sonreír y quedarse de pie, que nadie les paga) y algunos otros, arcanos y sagrados, fueron eliminados de las nuevas y maravillosas tribunas y el famoso Cercado Real ya no es posible con este cambiado diseño. Si la corte se siente incómoda, muchos de sus miembros terminarán haciendo otras cosas, y después de esta retirada está muy claro, como que la noche sigue al día, que primero la gente elegante y después los que quieren formar parte de esa sociedad, o por lo menos todos esos que no adoran a los caballos, empezarán a ausentarse. Pronto, la mayoría lo abandonará y diría que para siempre, puesto que una vez que les das permiso a los pijos para evitar una obligación social, es difícil hacer que la vuelvan a retomar. Algunos dirán que ya era hora y a todos los que les gusten las carreras se alegrarán de que otra vez el tema principal del día sean los caballos. Pero tanto como si estamos de acuerdo ahora como si no, en 1960 lo disfrutábamos al máximo.

Por alguna razón, ese año había ido con la familia de una chica que se llamaba

Minna Bunting. Su padre tenía algún puesto en el palacio de Buckingham del que ahora no me acuerdo, Consejero del Presupuesto Privado, o algo así, o en cualquier caso uno de esos títulos que sonaban tan antiguos, y que conllevaba, entre otros privilegios, un lugar en el aparcamiento de Ascot reservado para el uso de los miembros de la casa real. Estaba ubicado, y todavía lo está, cruzando la carretera desde la entrada principal hasta la pista, y siempre se ha considerado muy elegante, a pesar de consistir en una extensión grande, pero poco interesante, de asfalto, con vistas a los olorosos establos además de jactarse de un cuarto de baño, en realidad más apropiado para los mozos de cuadra. Una especie de granero en ruinas nos daba un poco de cobijo en un lateral, y un par de cuadras de ponis abandonadas nos daban algo de sombra en el otro. Quitando esto, todo eran filas de coches. Pero todo estaba supervisado cada año por el grupo más amable de hombres que se pueda uno llegar a imaginar, lo que siempre animaba un poco el lugar, y sé que estaba considerado un triunfo personal el hacer un pícnic allí, incluso si había momentos en los que el olor te dificultaba comer.

Creo que Minna y yo nos gustábamos bastante, o por lo menos razonablemente, en un momento dado en aquella época. Sé que fuimos a cenar unas cuantas veces y ahora mismo no sabría decir por qué terminó. A menudo me asombra lo arduo que es desentrañar tus propios motivos cuando recuerdas las cosas que pasaron, o tus relaciones en el borroso y lejano pasado. Por qué esta chica fracasó pero esta otra te rompió el corazón. Por qué este hombre te hacía sonreír, pero este otro te desmoralizaba. Todos parecen haber sido bastante agradables, amigos, enemigos y amantes, jóvenes y guapos y, para ser honestos, mucho más de lo mismo, desde la atalaya de la retrospectiva. ¿Qué era lo que tenían, como individuos, para intrigarme o aburrirme hace cuarenta años?

Habíamos terminado la comida y era la hora de cruzar la carretera y acercarnos a la pista, así que fuimos juntos por el paseo bordeado de laureles hacia la entrada. La policía estaba dirigiendo el tráfico, tal y como hacían aunque no hubiera tanto en comparación con el de hoy en día, y nos obligaron a detenernos.

—¿Qué está pasando? —dijo Minna.

Tenía razón. Al otro lado de la carretera, en la entrada principal, había un bullicio de lo que más tarde se llamó *paparazzi*, y se estaban volviendo locos. Como norma, había bastantes menos por aquel entonces, no más que unos cuantos que venían de las revistas de moda, y más extrañamente, alguno de los tabloides, pero el ansia del público por saber lo que los famosos llevaban puesto se saciaba de manera bastante fácil en 1968. Hoy, sin embargo, se podría pensar que una noticia de importancia internacional estaba sucediendo frente a nosotros. Cruzamos a la otra acera, pasamos por las puertas y entramos en el patio donde los más despistados podían comprar sus insignias ese mismo día, y llegamos hasta las puertas del Pabellón Real. Algo estaba pasando en la verja que era fascinante, por lo menos para los fotógrafos. Algunos estaban recurriendo al truco, ahora ya sabido pero toda una novedad en aquellos

tiempos, de sujetar las cámaras por encima de las cabezas y disparar a ciegas, por si se diera el caso de que algo que mereciera la pena imprimirse saliera de todo eso.

Armados con nuestras insignias en las solapas y un cierto sentido de tener derecho a estar allí, atravesamos la multitud y ahí estaba la causa del disturbio. Joanna Langley, con un exquisito traje pantalón de encaje blanco, un sombrero claro ribeteado con más encaje y con flores blancas que hacía relucir sus rizos, guantes blancos, y un bolso blanco a su lado, estaba intentando convencer a un exsoldado con bombín que montaba guardia.

—Lo siento mucho, señorita —dijo, sin malicia pero también sin dudarlo—, la regla es que no puede ir con pantalones. Y no puedo cambiarla. Aunque quisiera. Solo con falda. Eso es lo que dice.

—Pero esto es casi una falda —replicó Joanna.

—«Casi» no es suficiente, mucho me temo, señorita. Ahora, si no le importa apartarse... —Nos hizo un gesto y nos acercamos.

—Hola —sonreí a Joanna, al aproximarnos. Puede que no la conociera muy bien en ese momento, pero todos nuestros encuentros previos habían sido amistosos—. Parece que hoy estás saliendo en las noticias.

Se rio.

—Ha sido idea de mi madre. Me ha convencido para que lo hiciera. Pensé que se equivocaba, que me iban a dejar pasar. Pero está visto que no.

—Vamos. —Minna me tiró del brazo, nerviosa por alejarse de toda la gente de los medios de comunicación. Con ese tipo de gente, tanto antes como ahora, no es que sea una afectación. Es que los odian de verdad.

Pero sentía demasiada curiosidad. No entendía lo que Joanna estaba diciendo. Si su madre era la que pensaba que no la iban a dejar entrar, ¿cómo podía haberla convencido?

—¿Por qué quería tu madre que te detuvieran? ¿Está aquí?

Joanna hizo un gesto con la cabeza hacia un pequeño grupo, más allá de las verjas. Reconocí a la nerviosa y bajita mujer del baile de la reina Carlota. Llevaba un traje fucsia con un broche gigantesco en el busto. Parecía estar temblando de la emoción al contemplar a su hija, dando codazos a sus acompañantes, mordiéndose el labio inferior, pero lo extraño es que no hiciera ningún amago de acercarse.

—¿A qué está esperando? —pregunté.

Joanna suspiró.

—Lo mismo que todos están esperando. Esto. —Ante mi atónita mirada, metió las manos por debajo de la casaca de su traje y se desabrochó los pantalones. Con un elegante movimiento sacó primero una larga y torneada pierna, enfundada en una media, y después la otra, hasta que estuvo allí de pie con una muy escasa minifalda blanca, los pantalones eran un charco de encaje en el suelo. Como era de esperar, el frenesí de los fotógrafos no tuvo límites. Podían haber estado presenciando la última aparición de Marilyn Monroe, el descubrimiento del hijo de Hitler, o el Segundo

Advenimiento, tan excitados estaban por este golpe de efecto—. Supongo que ahora sí puedo pasar —le dijo al estupefacto portero con sombrero hongo, que no podía fingir que no estaba interesado.

—Supongo que sí —asintió y la guio hasta dentro.

Estaba lo suficientemente cerca como para oír lo que se dijo cuando Joanna se reunió con su familia.

—Bueno, ha sido una tontería —dijo mientras se les volvía a unir.

—Solo espera. Va a estar en todos los periódicos esta noche, sin contar los de mañana. —Su madre hablaba en bruscos y breves gorjeos, como un pájaro hambriento en un seto.

—Creo que ha sido una condenada vergüenza —dijo un hombre con marcado acento norteño.

—Eso es porque no sabes nada. —La señora Langley siempre trataba al hombre que llegué a conocer como su esposo y padre de Joanna con una extraña mezcla de respeto y desdén. Necesitaba mantenerlo en su lugar, pero también necesitaba mantenerlo.

—Estoy de acuerdo. Ahora, vamos a beber algo de champán. —Joanna enlazó su brazo con el de su padre. Siempre le había querido más, y no es que lo guardara en secreto, pero de alguna manera su alianza nunca les fue suficiente como para resistirse a las órdenes de su madre. Era una organización incómoda y rara.

Observamos cómo se iban.

—¿Quieres beber algo? —pregunté.

Minna se negó.

—Todavía no. No con ellos.

Puede haber sido porque oyó esas palabras, aunque espero que no, pero Joanna se dio la vuelta y nos llamó.

—Venid a mi palco a tomar el té. Número cinco tres uno. Sobre las cuatro, y así vemos la siguiente carrera. —Agité la mano en señal de respuesta y se fueron.

—Hemos quedado con mi padre en White's a las cuatro —dijo Minna.

—Seguro que podemos compaginarlo.

Recorrimos lentamente los escalones hacia la base de las gradas, que recordaba vagamente a un túnel de las cloacas, construido en un periodo muy poco afortunado de los sesenta, y al que sin embargo, ahora que lo han quitado, se echa mucho de menos, a pesar de que su reemplazo es infinitamente superior, y nos pusimos en marcha rodeando el edificio por los jardines del cercado. Precisamente en ese momento vi a Damian merodeando por la arcada, mirando su programa de las carreras, rodeando con el brazo izquierdo la cintura de la chica que estaba a su lado. Iba vestido correctamente para mi gente, con un chaqué negro, y si su traje sobresalía era solo porque parecía que había sido hecho para él, y no, como la mayoría de nosotros, como un disfraz sin adaptar salido de uno de los armarios del piso superior, hecho con ropas descartadas por tíos ya olvidados, del que nuestras madres nos

decían, sin ironía, que nos sentarían perfectamente cuando alargaran las mangas. Me hizo gracia ver que su sombrero de seda era antiguo y negro, y me pregunté por un momento dónde lo habría encontrado. En la cúspide de las carreras, antes de la guerra, había todo tipo de reglas acerca de las chaquetas grises y negras, y de los sombreros grises y negros, ponérselos antes del Derby y después de los Oaks, o algo así, pero para cuando yo empecé a ir la cosa se había hecho más simple: si eras de clase alta, te ponías una chaqueta negra y un sombrero negro, y si no lo eras, vestías de gris. El único requisito de sombrero que volvió a estar de moda fue que, después de los ochenta, tanto si eras de clase alta como si intentabas serlo, no ibas con él a una boda.

De hecho, a diferencia de tantos otros cambios en el vestir, esto era una mejora, pues entre la iglesia y la recepción apenas había un momento para llevarlo y uno siempre acababa dejándolo en un montón tras una cortina, de donde se lo podía llevar otro por error, dejándote con un sombrero aún peor. Sin embargo, siguió siendo obligatorio en las carreras de caballos, y aquí vino la complicación, porque llegó un momento en el que dejaron de fabricar sombreros de seda, supongo que por alguna razón políticamente correcta, así que la lucha era para conseguir uno antes de que desaparecieran por completo o alcanzaran precios estratosféricos. Como resultado, podías adivinar quiénes eran los de clase alta, pues la mitad de los hombres llevaban sombreros que claramente no habían sido hechos ni comprados para ellos, y en vez de eso eran reliquias de padres o abuelos muertos, o descartes de los tíos o los primos de sus madres, un poco aplastados, un poco rozados y muy grandes o muy pequeños. El mío, cortesía de mi querido padre, se balanceaba en lo alto de mi cabeza como un sombrero de cóctel de 1950, pero me las apañaba.

—Dios mío —dije al saludarle—. Adondequiera que vaya, ahí estás.

—Eso significa que vas a los sitios correctos. —Se rio, mientras su acompañante se daba la vuelta al escuchar el sonido de mi voz. Era Serena.

Hay pocos indicativos de mezquindad más claros que cuando la gente se molesta porque sus amigos se hagan amigos entre ellos. Pero lamento decir que lo ves muy a menudo, un morderse el labio inferior cuando oyen que esta pareja ha quedado con esta otra, y que, a pesar de habérselos presentado ellos, no han sido invitados. «Os agradecemos tanto habernos descubierto a los Cooper», dicen tan felices, y se les saluda con una sonrisa fría y un murmullo de reconocimiento, pero no mucho más. Por supuesto, alguna gente no presta atención a esa nueva amistad que ha nacido alrededor de su propia mesa, otros tienen la grandeza de espíritu de alegrarse porque sus amigos se caigan bien, pero hay un grupo de tamaño deprimente que jamás puede superar el sentimiento de que de algún modo han sido excluidos, apartados, ignorados, que se les ama menos porque el cariño que estos hombres y mujeres pueden dar está yendo a parar a otros y no, como una vez, a *ellos*. Como todo el mundo sabe, esta es una emoción innoble, que te disminuye, triste, incluso patética, y debería evitarse, sobre todo en público, donde es tan atractivo como hurgarte la nariz.

Y con todo...

Si esto es malo con los amigos, es mucho peor con los amantes, o mejor con los que pudieron ser pero nunca fueron. Presenciar cómo alguien a quien has adorado sin éxito alguno y desde la distancia se enamora de otro de los que se hacen pasar por tus amigos, para que tengas que contemplar esta cálida, equilibrada y recíproca relación florecer, en tal contraste con la mustia y amarga fantasía solitaria que idolatrabas en la oscuridad de tus pensamientos más secretos, solo el estar allí y observar todo eso es muy duro. Sobre todo porque sabes que te estás rebajando al dar una pequeña pista acerca de tus verdaderos sentimientos. Pero estás tumbado en la bañera, o esperando en la cola de correos, y tu interior está ardiendo de furia, hirviendo de odio y destrucción, incluso hacia los que, al mismo tiempo, amas con todo tu corazón. Me sonrojo al admitir que eso fue lo que pasó con Serena, o más bien, con Damian, pues él fue el causante de todas mis penas.

Ese brazo, tan casualmente colocado en la espalda de su traje rosa de Christian Dior, su mano descansando suavemente en la curva donde su cadera se abombaba, ese brazo era una traición grotesca. Yo le había tocado un brazo al saludarla, como hace todo el mundo; le había cogido de la mano, incluso le había rozado la mejilla, pero todos esos privilegios estaban disponibles para alguien que la conociera más de dos veces. Nunca la había tocado de una manera que sugiriera intimidad. La había tocado como un ser humano amigable, pero nunca como un hombre. Me encontré preguntándome cómo debía de ser la textura de su falda. ¿Estaba la ligera aspereza de las costuras en el algodón dejando huella en las palmas de él, y tentando a sus dedos con el casi imperceptible movimiento de su cuerpo por debajo de la tela? ¿Podía sentir su calidez? En mi mente la podía sentir, pero, a diferencia de Damian, *no* podía hacerlo.

—¿Alguna idea para la de las dos y media? —dijo Damian y me desperté.

—A mí no me preguntes —dije—. Solo apuesto por nombres que me recuerdan a otra cosa.

—*Sueños Salvajes* —dijo Serena, pronunciando en voz alta mis anhelos escondidos—. Fletcher me dio una lista y estaba casi seguro de *Sueños Salvajes*. Y después *Afortunado para la copa de oro*. —¿Acaso había un caballo que corriera cuyo nombre no contuviera la desesperación de mis deseos?

—¿Quién es Fletcher? —preguntó Damian.

—Nuestro mayordomo de Gresham. —Fue como si esa simple frase llevara en pocas palabras todo en lo que se diferenciaban sus vidas, y le hizo alejarse de su lado.

—Joanna Langley nos está saludando. —Quitó su brazo del costado de Serena, y empezó a atravesar la hierba hacia el grupo que contenía la figura, torneada y con minifalda, de Serena. Ocupé su lugar, con Minna todavía vagando descontenta a mi lado.

—¿Viste todo ese barullo en la puerta? —Minna estaba guiñando los ojos para conseguir verlos más claramente.

—No, pero lo he oído. —Serena sonrió—. Parecía bastante gracioso, pero no comprendo el motivo.

—Saldrá en todos los periódicos de mañana —dije.

Debí de parecerle un completo idiota.

—Ya lo sé —dijo—. ¿Pero qué pretende con eso? ¿Qué consigue con eso?

—¿Fama?

—¿Pero fama por hacer qué? ¿Quitarse los pantalones? Eso la haría famosa por ser famosa, ¿pero qué motivo tendría? —Serena estaba perpleja ante la elección que Joanna había hecho en la entrada esa mañana y, por lo que recuerdo, Minna y yo asentimos y nos mostramos de acuerdo con ella. Quizás porque era lo que los dos pensábamos o, si no lo era, era lo que todos sabíamos que debíamos pensar.

La idea de ser famoso por el sencillo motivo de ser famoso, una frase que usábamos a menudo, era un concepto risible y peyorativo en esos días, pero de hecho, fue un presagio de estos días. La obsesión con la fama de hoy a menudo se describe erróneamente como el Culto a la Celebridad, pero esto por lo menos no es nuevo. Siempre ha habido gente famosa y siempre han sido interesantes para el público. Y, al igual que la discusión que continúa todavía, no todos ellos eran famosos por hacer cosas maravillosas. Siempre ha habido vividores muy conocidos y cabareteras y criminales y polizontes despreciables entre los más grandes, pero como norma desarrollaban una personalidad para justificar su estrellato. Lo que es verdaderamente nuevo es el Culto a la No Celebridad, la loa como si fueran famosos de hombres y mujeres perfectamente normales. El oxímoron de la celebridad desconocida es una innovación moderna. A lo mejor fue el ver que esta moda se acercaba, este creciente interés por la fama, por la pura fama que inevitablemente abriría de par en par las puertas del Valhala, lo que animó a la señora Langley a explotar sus posibilidades. Pero hubo una confusión en la raíz de su planteamiento, y fue su público objetivo. Estaba tocando para la audiencia equivocada. Las clases altas nunca se han visto atraídas por la fama. De vez en cuando, pueden disfrutar de visitantes famosos en su galaxia, pero no lo ven como un atributo adecuado entre los de su propia tribu. Incluso ahora, no necesitan destacarse y, como norma, no comprenden la razón para hacerlo. A lo mejor los modernos herederos emplearán alguna vez estos métodos vulgares para promover sus intereses, pero todavía queda la obligación moral, incluso entre este grupo más joven e inteligente, de fingir que la publicidad es humillante y despreciable.

Joanna entendía esta verdad fundamental, la que su madre no había comprendido. Ella veía que cuanto más se convertía en la adorada de la prensa, cuanto más la invitaban al programa *Top of the Pops*, o lo que fuera en esos días, menos le darían la bienvenida en el mundo al que su madre se había empeñado tanto, y tan equivocadamente, en que perteneciera. Me temo que la pobre y errada señora Langley creía de verdad que su preciosa hija estaba mejorando sus opciones para encontrar un marido adecuado, y un lugar en la alta sociedad, con todas estas

travesuras, cuando la realidad era que las estaba reduciendo hasta la invisibilidad.

Supe todo esto por una conversación que tuve con Joanna ese mismo día, cuando decidí aceptar su invitación y acercarme hasta el palco de los Langley. Tomé esta decisión después de una pequeña discusión con Minna, y al final se fue sola a tomar el té con su padre, mientras yo me retiraba a la puerta del muro, vigilada, como todas las del cercado, por esos encantadores individuos con sombrero hongo. Mi desacuerdo con Minna no pudo haber sido muy grande, dado que más tarde cené con todos ellos, pero a lo mejor contribuyó a poner punto final a nuestro minirromance. Nunca me he llevado muy bien con la gente que no se puede salir de su esquema ni por un momento, independientemente de cuál sea.

Una vez atravesada la puerta, me vi metido de lleno en el otro Ascot y en algunos casos, lanzado hacia el futuro, hasta el día de hoy. Tíos duros con trajes brillantes, o sin chaqueta, avanzaban dando empujones, junto con sus mujeres adornadas con alegría y en algunos casos, de un modo sorprendente, mientras yo trataba de llegar a un ascensor oculto que me subiría hasta el piso donde se encontraban los palcos, en esta tribuna diferente, incluso fea. Aquí y allá, desperdigados por entre la multitud, había otros compañeros del cercado abriéndose paso, y les daban algún codazo, o les silbaban, para remarcar la diferencia de nuestros trajes. Era como descender por unos rápidos, el viaje desde el cercado a los palcos, y continuaría hasta que Ascot dejara de estar de moda, pero era un poco menos amistoso a medida que pasaban los años. Varios políticos de todas las tendencias vieron que la guerra de clases era una de las armas más importantes para manipular la opinión del público y no se pudieron resistir a enardecerla. Incluso hoy en día, constantemente nos animan a creer en una economía capitalista, pero a despreciar y a injuriar a los que se benefician de ella. Es una extraña postura filosófica, cuando menos, una teoría disfuncional que ha contribuido a formar una sociedad disfuncional, pero, como digo, en 1960 solo estaba empezando. Romper con las barreras de clase todavía parecía una broma por aquel entonces, así que las burlas a expensas de uno eran, por lo general, sin malicia.

Los palcos de Ascot siempre han ocupado una especie de limbo en lo que se refiere a todo el acontecimiento. Hay palcos aparte para los dueños y los entrenadores, y por supuesto no me estoy refiriendo a estos. Su utilidad es lógica y creíble, pero esa gente siempre estuvo presente en Ascot como parte de la fraternidad de las carreras, no para seguir la moda. Continuarán yendo, mucho después de que el *beau monde* se haya ido. Pero, para los que solo iban a Ascot en busca de la diversión, una excursión de un día con caballos al fondo, los palcos no siempre les convencían. Para empezar, no era necesario tener una insignia del cercado para alquilar o visitar una, y en los viejos tiempos, cuando las autoridades ejercían algún control sobre a quién admitían en el cercado, los palcos se convirtieron en el refugio de los que no habían llegado, esas actrices divorciadas y esos sonrientes dueños de concesionario, que eran rechazados por la vieja guardia.

El segundo problema es que la mayoría de ellos eran simplemente diminutos.

Entrabas por una puerta en un pasillo de cemento, para ser admitido en un minúsculo recibidor, con una pequeña cocina de caravana de 1950 al lado. Esto te llevaba al espacio para comer y en general estar, que era más o menos del tamaño de un baño de hotel, y más allá estaba el balcón, donde dos personas podían estar juntas en el espacio de dos o tres pasos. Resumiendo, el palco medio tenía tanta capacidad y tanta elegancia como un ascensor de Selfridges. Pero a los poderosos socialmente inseguros, un grupo mucho más grande de lo que la gente se cree, les ofrecían la oportunidad de disfrutar de la carrera en sus propios términos, en un lugar que podía ser modesto pero donde ellos eran los reyes, en vez de pasar el día detectando desaires y desprecios en el comportamiento de la gente del cercado que les rodeaba. Supongo que ese era el atractivo para el padre de Joanna, y que Alfred Langley estaba dispuesto a acompañar a su esposa y a su hija, pero solo con la condición de poder tener un palco para esconderse la mayor parte del día.

La señora Langley salió como una flecha a recibirme, con los ojos mirando constantemente la habitación vacía a mis espaldas, comprobando que nadie que fuera más importante necesitara atención.

—Joanna está en el balcón —dijo— con unos amigos. —Después, nerviosa por haber podido ofenderme con esa inocua frase, continuó—: Nos dijo que ibas a venir.

—Me temo que Minna tenía que encontrarse con su padre en White's, pero manda sus recuerdos.

La señora Langley asintió.

—Sir Timothy Bunting —masculló, como si yo no supiera el nombre de mi anfitrión.

—Sí —dije.

Volvió a asentir. Había algo furtivo en ella que su pelo liso y su traje de chaqueta y su realmente bonito broche de diamantes no podían enmascarar. Estaba nerviosa, como Peter Lorre esperando a que le agarraran del cuello en una película de mafiosos en blanco y negro. Cuando la llegué a conocer mejor me di cuenta de que ese sentido de asustada inseguridad nunca la abandonaba. No se podía relajar, lo que sospecho que era parte de lo que ponía a su hija en contra suya, pero al mismo tiempo era el núcleo de su poder.

Joanna estaba apoyada contra la barandilla cuando salí, entretenida por lord George Tremayne y uno o dos muchachos, todos un poco bebidos pero no borrachos, que sostenían copas de champán vacías o casi vacías, esas en forma de flauta que habían empezado a reemplazar a las copas en forma de seno que se preferían en la década anterior. Pero los Langley estaban muy a la moda. Dicho eso, era un día encantador y la visión de Joanna sonriéndome, con la cara enmarcada con su propio pelo dorado y el ala blanca de su sombrero de encaje, y al fondo la exuberante y verde pista detrás de ella, fue muy alentadora.

—He venido —dije.

—Así es. —Se acercó un paso o dos y me dio un beso en la mejilla, después se

volvió hacia sus acompañantes—. ¿Idos, vale? —Protestaron, pero ella se mostró decidida—. Entrad. Servíos algo de beber y traedme una en un minuto. —Me cogió de la manga—. Tengo algo que decirle y es privado. —Por supuesto, no hubiera podido decir nada de esto si hubiera vivido, incluso remotamente, bajo las reglas de la gente con la que se movía, pero no por última vez pude apreciar que la ventaja de que no te retenga la necesidad de observar las formas es que a menudo consigues que las cosas se hagan de manera más eficiente. En otras palabras, se fueron.

Ya he escrito acerca de su belleza y es cierto que pongo el físico en un lugar demasiado alto en la lista de atributos deseables, pero, en este caso, realmente era espectacular. No importaba lo mucho que te acercaras, la cara de Joanna estaba más cerca de la perfección que cualquiera que haya visto que no fuera de plástico, un dibujo, o en la pantalla de un cine. Piel suave y lisa, sin rastro de ningún grano; una boca con la forma de las suaves curvas de un pétalo, bajo los separados ojos de un azul profundo, casi púrpura, bordeados por espesas y largas pestañas; una nariz de estatua y una melena de rizos rubio natural que le enmarcaban las mejillas y bajaban en cascada hasta sus hombros. Tal y como dice la canción, era una delicia mirarla.

—¿Qué estás observando? —Su voz, con un ligero acento de Essex, se metió en mis ensueños, repitió la frase y me devolvió al presente.

—A ti —dije.

Sonrió.

—Qué bonito.

Aparte de todo lo demás, había algo bastante encantador en el contraste entre su etérea apariencia y su absoluta normalidad, su encanto de chica de la puerta de al lado, que es difícil expresar en palabras, pero que probablemente fue el núcleo de la atracción que sintió Carlos II por Nell Gwynne, o permitió a tantas de las chicas de los barrios bajos que bailaban en teatros de variedades, casarse con nobles en 1890. Su alegría era de alguna manera lo opuesto a la vanidad, pero tampoco era modesta conscientemente. Solo perfectamente natural.

—¿Qué es esa cosa tan privada que me tienes que decir? No podría estar más intrigado.

Se sonrojó ligeramente, no con un rojo furioso, sino con un dulce y cálido rosa difuminado ligeramente por sus rasgos, como alguien desprevenido a la luz del amanecer.

—Realmente no es nada privado. Se lo he dicho para que se largaran. —Sonreí—. Pero siento que vieras todo eso de la puerta. No quiero que pienses mal de mí. —Otra vez la sencillez directa de su encanto era a la vez halagadora y extremadamente cautivadora.

—No podría pensar mal de ti —contesté, y era la pura verdad—. Y, de cualquier modo, estoy casi seguro de que todo el mundo lo va a estar leyendo mañana por la mañana, así que, en todo caso, me siento afortunado de haber sido un testigo ocular.

Me temo que esto no hizo que mejoraran las cosas.

—Mi madre cree que todo ayuda. Estar en las noticias. Que todo el mundo hable de mí. Ella piensa que me hace... —Dudó, buscando la palabra precisa— interesante. —Cualquier palabra que hubiese escogido, estaba claro que era una pregunta y una petición de ayuda, aunque no estuviera formulada como tal.

Intenté que pareciera que la animaba y no que la juzgaba.

—Citando a Oscar Wilde, lo único peor que que hablen de ti es que no hablen de ti.

Rio mecánicamente, más como reconocimiento educado de que yo había dicho algo gracioso que porque lo encontrara divertido. Después de un instante, dijo:

—Sí, ya lo he oído antes, pero tú no te lo crees, ¿verdad? Ninguno de vosotros.

El problema es que esto era cierto, pero yo no quería ser un aguafiestas, y no quería aguarle la suya. Pero me estaba pidiendo mi opinión, así que intenté ser tan sincero como pude.

—Depende por completo de lo que quieras sacar de ello. ¿Qué es lo que deseas? ¿Cuál es tu objetivo?

Se lo pensó por un instante.

—Ahí está. No lo sé.

—¿Entonces por qué estás haciendo la temporada? ¿Qué esperabas conseguir cuando la empezaste?

—Eso tampoco lo sé. —Habló con toda la desesperación de un conejo a punto de ser atropellado.

Comprendía que, por lo menos en teoría, Joanna debía de tener más libertad que esto. Su padre era un hombre hecho a sí mismo, así que no había sido criada en un enclave armado, pero en otras cosas sus restricciones eran aún más severas. Quizás era la última época en que la aristocracia tenía el poder de admitir a los nuevos ricos, o de denegarles la entrada. Más tarde, cuando el estilo de vida pijo volvió a ponerse de moda y el sueño de poder unírseles volvió a comenzar, los nuevos ricos tenían mucho más músculo para forzar las puertas, independientemente de que el viejo mundo les quisiera o no, pero a finales de los sesenta la exclase dirigente todavía tenía un influjo considerable. Recuerdo con claridad a una amiga de mi madre amenazando a una jovencita estúpida, que había desordenado todo su piso, sin ser invitada.

—Un ejemplo más de este tipo de comportamiento —dijo la matrona, fuera de sí—, ¡y te cerraré la puerta de cada salón de Londres!

Era una amenaza significativa porque, en ese momento, era real. En 1968 todavía podría haber servido. En 1988 esa misma puerta estaba abierta de par en par. Por supuesto, hoy le han arrancado hasta las bisagras.

Para emplear una frase que no se ha usado en los veinte años posteriores, decidí cortar el rollo.

—No es tan complicado —dije—. Si tu madre y tú estáis esperando que el resultado de este año sea un matrimonio grandioso, vais por el camino equivocado. Si

quieres ser famosa y salir en televisión o casarte con un productor de películas o un fabricante de coches que esté buscando un poco de *glamour* para animar su vida, entonces probablemente estás haciendo lo correcto.

Me miró.

—Es muy tonto, la verdad —suspiró—. Tienes razón. Mi madre quiere que sea lady Estirada. Eso es con lo que sueña día y noche. Por eso es tan triste que se crea que todo esto está ayudando cuando yo sé, mucho mejor que ella, que no lo está haciendo.

—Entonces haz que escuche. Con un poco de marcha atrás, estoy seguro de que todavía puedes conseguir lo que ella busca, y no sería tan reprochable. Siendo lady Estirada, como tú misma lo has llamado, con tus otras cualidades, que son muy considerables, podrías hacer mucho bien. —Sé que sonaba como un sacerdote falso del programa religioso de radio de los domingos, pero en ese momento no sabía qué más decir. Pienso que creía estar diciendo la verdad.

Joanna negó con la cabeza.

—Esa no soy yo. No estoy diciendo que lo desaprobe, pero no soy yo. Ocupar un sitio en los comités, cortar lazos, ser la anfitriona de un mercadillo benéfico para recaudar fondos para la nueva máquina de rayos X del hospital local. Quiero decir —se detuvo, temerosa de haberme ofendido—, no me entiendas mal. Creo que todo eso está muy bien. Pero es que no podría hacerlo.

—Y tu madre quiere que lo hagas.

Lo negó.

—Realmente, no creo que haya llegado tan lejos. Solo quiere que tenga una boda pija y grandiosa, con muchas fotos en el *Tatler*. No ha pensado más allá de eso.

—¿Y por qué no lo piensas tú por ella? A lo mejor la caridad no es para ti, o por lo menos no las obras de caridad más corrientes. A lo mejor podrías involucrarte con una escuela de necesidades especiales, o con el gobierno local. Todo tipo de causas te querrán una vez que tengas un poco de recorrido social. Lo que estoy intentando decir es que estoy seguro de que lo puedes conseguir. —Tuve una imagen mental de uno de los hermanos Tremayne, que estaban en el palco de encima de nosotros, feliz por casarse con ella, sin condiciones, solo para poder quedarse con el botín—. Quizás, si piensas en todas las posibilidades, se te ocurrirá alguna idea.

Lo que ahora me interesa, volviendo a este infructuoso, pedante y paternalista consejo, es que no se me ocurrió sugerirle que estudiara una carrera en vez de este plan muy despreciable e inmoral. ¿Por qué no? Había mujeres trabajando en aquel entonces, y bastantes. A lo mejor es que no parecía un futuro muy probable para nadie de mi grupo, ¿o acaso estábamos tan alejados de todo que ya no éramos capaces de ver con claridad? Cualquiera que fuera el motivo, en esta, como en tantas otras cosas, resultaría estar totalmente equivocado.

—Suenas igual que Damian —dijo, cogiéndome por sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Siempre me está diciendo que tengo que aprovechar mi belleza. Tengo que «ir a por ello», aunque no sé a por qué se supone que tengo que ir.

—No tenía ni idea de que le conocieras tanto. —¿Estaba destinado a ser un seguidor reticente, trastabillando tras el rastro de Damian?

—Bueno, pues sí.

Me miró fríamente, y eso me lo dijo todo. Mientras yo le devolvía su mirada pensé en la mano de Damian, rozando ligeramente la pelvis de Serena Gresham, y me pregunté qué era lo que habría hecho mal en anteriores vidas para que me viera obligado a oír, en el transcurso de una tarde, que Damian había logrado apoderarse de los afectos, si no de meterse en las camas, de estas mujeres, las dos diosas de mis ensueños, cada una a su manera; que, resumiendo, mi juguete, mi propia invención, mi muñeco de acción estaba aparentemente consiguiendo toda la acción. Que meses, o incluso semanas, de que le hubiera dejado entrar en el gallinero, este zorro estaba dirigiendo el cotarro. Joanna debió de percibir algo de esto en mi fruncido entrecejo.

—¿Te cae bien? —preguntó.

Me di cuenta de que era una pregunta adecuada, que aún no me había hecho a mí mismo hasta ahora, y que debería haberme hecho. Pero escogí responder como si no fuera ninguna de las dos.

—Yo fui quien le presenté a todos vosotros.

—Eso ya lo sé, pero ahora ya no parece que te caiga bien.

¿Fue este el momento en el que me di cuenta de que así era? Si eso fue lo que pasó, no me enfrenté a ello hasta un poco más tarde.

—Por supuesto que me cae bien.

—Porque no creo que tengáis mucho en común. Él quiere llevarse bien con la gente, pero no quiere encajar, no como tú y no de la manera que dices. Crees que se va a aprovechar de todo esto y seguir con esta gente, y que se terminará casando con lady Penélope Nosequé y mandando a sus hijos a Eton, pero te equivocas. La verdad es que no os aguanta. Va a romper con todo y deciros adiós, a todos vosotros. —Claramente, había algo en este concepto que la excitaba.

¿Era esto una noticia? No puedo fingir que me sorprendiera.

—Entonces a lo mejor deberías huir juntos. Hacéis buena pareja.

—No hables así.

—¿Así, cómo?

—Todo estirado y engreído. Suenas como un imbécil. —Naturalmente, eso me hizo quedarme callado unos minutos, mientras ella continuaba—. De todos modos, Damian y yo no hacemos buena pareja, no en el fondo. Por un momento pensé que sí, pero no.

—Los dos parecéis estar muy a la última. —Por alguna razón no podía dejar de sonar como el estúpido, imbécil, idiota, que ella había descrito. Para citar a mi madre en contra de mí, simplemente estaba celoso.

Pero el comentario le hizo ponerse más pensativa que indignada.

—Él quiere ser parte del mundo de hoy en día —admitió—, al igual que yo. Pero quiere dominarlo. Quiere intimidarlo, adueñarse de él, empujar a la gente como tú y ser el lobo feroz.

—¿Y tú no quieres? ¿Ni siquiera como una gran señora, repartiendo cordialidad y sabiduría en la casa del final del camino?

Otra vez, lo negó.

—Sigues con eso, pero esa no soy yo. Y tampoco quiero salir por la televisión. Ni casada con algún jefazo que tenga un piso en Mayfair y una villa en el sur de Francia. —El mundo que describió tan acertadamente en esa frase era, por supuesto, uno que ella conocía bien y en principio desdeñaba, junto con la alta sociedad, la nobleza y la imaginativa visión de Damian de sí mismo como chico prodigio de las finanzas, en lo que se adelantó a su tiempo.

—Debe de haber algo que quieras —dije.

Joanna se rio otra vez, sardónicamente.

—Nada que vaya a encontrar siguiendo este juego. —Se lo pensó un momento—. No quiero ser maleducada —lo que siempre va antes de la grosería más ofensiva que pueda haber—, pero todos vosotros estáis completamente divorciados de todo lo que pasa a vuestro alrededor. Damian tiene razón en eso. No sois parte de los sesenta en absoluto. La moda. La música... —Se detuvo, moviendo la cabeza de un lado a otro, maravillada por nuestra irrelevancia.

Me sentí un poco indignado.

—Oímos la misma música.

Suspiró.

—Sí, escucháis la misma música y bailáis con los Beatles o con los Rolling Stones, pero todavía lleváis vestidos de gala y todavía estáis en un salón de baile o en una marquesina, con un desayuno caliente servido a partir de las dos por una fila de criados. Eso no es de lo que están cantando. Eso no es lo que está sucediendo.

—Y no creo que lo sea.

—El mundo está cambiando. Y yo quiero cambiar con él.

—¡Cariño! —Conocía la voz de Damian lo suficiente como para no necesitar darme la vuelta.

—Hablando del rey de Roma —dijo Joanna.

Y lo completé:

—Aquí está.

Damian bajó lentamente por los escalones hacia nosotros y la envolvió en un abrazo cuando estuvo a su altura.

—Ven y alégranos. Ya has pasado bastante tiempo con Calzones Caídos. Empezará a pensar que tiene una oportunidad, y entonces no habrá quien le controle. —Me guiñó un ojo, invitándome a compartir la broma, que por supuesto, como los dos sabíamos, había sido diseñada como un insulto. Al principio de la temporada había sentido la necesidad de respetarme un poco, solo para asegurarse de que

todavía estaba de su lado, pero ya había desaparecido hacía tiempo. Él era el dueño ahora.

—Muy bien —dijo—, iré. Pero solo si me das una apuesta segura para la próxima carrera. —Sonrió y empezó a subir los escalones hacia la puerta del palco donde le esperaba su club de fans.

Damian le devolvió la sonrisa, con el brazo todavía en su cintura.

—Solo hay una apuesta segura para ti. Y ese soy yo.

Y con una risa compartida se metieron y desaparecieron de mi vista.

A menudo he pensado en mi conversación con Joanna en ese claro día de verano, en nuestros privilegiados sitios sobre el atestado hipódromo. Quizás de algún modo fue mi encuentro más cercano con la trampa para elefantes de la fantasía de los sesenta, que se tragaría a tantos de mis contemporáneos en la siguiente década. Las cosas estaban cambiando, y eso era cierto. La depresión posbélica se había acabado, y la economía estaba remontando, y se estaban rechazando los antiguos valores. Pero volverían, la mayor parte de ellos. A lo mejor no el frac, ni tampoco el alquilar casas en Frinton para pasar el verano, pero sí las que gobernaban la ambición y la voracidad y la avaricia y la lujuria de poder. Habría unos quince años de caos, y después la mayoría de las antiguas reglas resucitarían. Hasta ahora, en la que hay una élite más rica que en cualquier otra época, desde los eduardianos, comprando casas en Belgravia. Pero estos no eran los cambios que Joanna y su clase se esperaban.

Pensaban, *sabían*, que iba a venir un mundo en el que el dinero no tendría sentido, en el que el nacionalismo y las guerras y la religión desaparecerían, en el que la clase y el rango y cualquier otra distinción entre las personas se desvanecerían como el vapor, y que el amor todo lo podría. Era una creencia, una filosofía, que coloreó a mi generación con tanta fuerza que muchos todavía no se lo pueden quitar de encima. Es fácil reírse de estas nociones tan infantiles, voceadas con creciente desesperación por ministros envejecidos y cantantes arrugados al acercarse la edad de cobrar la jubilación. De hecho, me río de ellos, pues estos tontos aparentemente han vivido toda una vida y no han aprendido nada. Pero incluso así, no me importa decir que ese día me conmoví, escuchando a esta encantadora, lista, agradable y bienintencionada muchacha, sentada al sol y apostándolo todo al optimismo.

Como era de esperar, todos los periódicos pusieron una foto de Joanna Langley quitándose los pantalones blancos de encaje para poder entrar en Ascot y me parece recordar que el *Mail* o el *Express* sacó toda la serie, como si fuera una tira de dibujos. Y todos hicimos bromas y nos la tomamos incluso menos en serio que antes, y las aspiraciones de la señora Langley se vieron incluso más aplastadas. Pero, por supuesto, pronto todo eso no importó. Nunca descubrí si Joanna había intentado hablar con su madre acerca de sus dudas. Si fue así, no tuvo mucho efecto, pues la invitación para su baile de puesta de largo en el campo nos llegó poco después, de parte de «la señora de Alfred Langley». Estaba impresa en una cartulina blanca tan gruesa que podría haber sido cortada directamente de un roble, y las letras tenían el

suficiente relieve como para tropezarte con ellas y hacerte daño en un pie. Supongo que la mayoría de la gente accedió a ir. Siguiendo el cruel razonamiento de los ingleses, todos esperábamos que se gastaran un montón de dinero en entretenernos esa tarde, así que valdría la pena asistir, independientemente de lo que se pensara de la hija. Por supuesto, a mí, personalmente, me caía bien, y confieso que estaba deseando ir y, visto desde ahora, cuando tales fiestas son mucho más raras, y para mi viejo y cínico paladar, casi no se distinguen una de la otra, solo puedo imaginarme las delicias que la señora Langley había encargado para nuestro deleite. Estoy seguro de que habría sido una noche para recordar, repleta de cosas especiales.

De cualquier modo, lo que sucedió fue que abrimos el periódico un soleado día de principios de julio, y leímos el titular «¡HEREDERA ARREBATADA DE AMOR!» y debajo el artículo explicaba que Joanna, la única hija del «rey de los viajes y multimillonario Alfred Langley» se había escapado con su diseñador, Kieran de Yong. La pareja no se había casado, un pequeño detalle salaz para los periodistas de esa época, que hoy en día ni se mencionaría, sino que se creía que «estaban compartiendo el piso del señor De Yong en Mayfair». Después del comentario de Joanna en las carreras no pude evitar una mueca melancólica al leer esa última frase.

Dos días más tarde llegó otra tarjeta de parte de la señora Langley. En ella estaba escrita sobriamente la siguiente información: «El baile en honor de la señorita Joanna Langley ya no se celebrará».

Diez

Para mi sorpresa, y contrariamente a mis elitistas expectativas, resultó que Kieran de Yong había estado muy ocupado desde nuestro último encuentro. El folio impreso me informó de lo que había estado haciendo en ese lapso, y era casi alarmante. Tenía veintiocho años cuando se escapó con «Joanna, hija de Alfred Langley, de Badger's Wood, Godalming, en Surrey», lo que le hacía nueve o diez años mayor que la mayoría de nosotros, y al año siguiente se casó con ella. Después de lo cual, y posiblemente poniendo en funcionamiento un poco del dinero de los Langley, había construido una cadena de tiendas de ropa para finales de los setenta llamada Corte Limpio, lo que me pareció bastante ingenioso, y había varias fotografías suyas en eventos de alfombra roja de ese periodo, agarrado a Joanna y vistiendo ropas espantosas, incluso para los estándares de esa terrible época. ¿Qué tipo de ceguera asoló a mi generación? ¿Qué permitía a la gente dejar la seguridad de sus propias casas vistiendo chaquetas de cuero blancas con tachuelas de vaquero y flecos, o trajes de tela brillante azul cielo, con camisas negras y corbatas plateadas? ¿O camisas de campesino ruso o uniformes del ejército recortados? Supongo que debían de creerse que se parecían a Elvis o a Marlon Brando, cuando más bien recordaban a un aprendiz de mago hasta arriba de *speed*.

Pero De Yong pareció calmarse en las décadas siguientes. Fotografías hechas más tarde, con varios modelos y finalmente una deslumbrante segunda esposa, le mostraban vistiendo ropa que al principio era elegante y después se convirtió en buena. Vendió su cadena por millones de libras en la década de 1980 y probó suerte en la propiedad inmobiliaria, el dios de esa época, con una gran participación en los Docklands, lo que le debió de dejar sin dormir muchas noches hasta que demostró que los escépticos estaban equivocados y su inversión se multiplicó por siete. Siguió otros edificios, un par en Londres, muy conocidos, un centro turístico en España, una nueva ciudad en Cumbria. Se había expandido hasta la investigación y producción de medicamentos, y su compañía era puntera en el trabajo desarrollado sobre la artritis, y algunas de las formas de cáncer menos cautivadoras, y los beneficios iban a parar a proyectos de educación y a abordar los problemas de la movilidad social, o más bien de la falta de la misma, engendrada por las modas pasajeras de la clase académica dirigente. Me impresionó que este hijo de los sesenta fuera lo suficientemente valiente como para enfrentarse a un grupo tan esclavizado todavía por el mensaje vital de los sesenta. Resumiendo, había sido una audaz vida plena, y terriblemente digna. Mi única sorpresa fue que yo, y supongo que el público en general, hubiera oído hablar tan poco de ella.

Nunca había llegado a conocer a Kieran de Yong, la verdad. La única ocasión en la que habíamos coincidido un poco más de tiempo había sido en la misma fiesta en la casa portuguesa que todavía tenía la costumbre de visitarme en sueños, pero incluso allí casi ni hablamos y, después de que todo el mundo regresara, la mayoría

de nosotros no quería volver a ver a ninguno de los otros invitados nunca jamás. Por lo menos yo, lo que era el peor comienzo posible para una amistad. Pero en ese momento ya le había desdeñado, considerándole vulgar y sin educación, aburrido y ligeramente vergonzante, con sus atuendos de pesadilla y sus tristes intentos de ser elegante. Joanna empeoró las cosas al protegerle con ferocidad, y su agresividad enrarecía un poco el ambiente cada vez que ellos dos aparecían. En mi defensa, se coincidirá en que es difícil escuchar atentamente a un hombre con el pelo teñido, y más cuando está teñido de rubio rojizo. Pero ahora, al ver esta impresionante lista, recibo una lección de humildad. ¿Qué había hecho yo con mi vida que se pudiese siquiera acercarse a esto? ¿Qué habían hecho mis amigos para merecer ser mencionados en la misma frase que él?

De su vida privada había muy poca información. Se había casado con Joanna en 1969, así que en este caso el bebé en disputa había nacido dentro del matrimonio, y el embarazo no había sido la causa de un matrimonio sospechoso. Ya sabía que había sido un niño, Malcolm Alfred, pero no había más detalles de él en la página de la Wikipedia. El divorcio había sobrevenido en 1983 y, para ser sinceros, compartía el asombro de Damian de que hubiera tardado tanto. La despampanante segunda esposa era una tal Jeanne LaGrange, con la que se había casado en 1997, cuyo nombre sugería una mujer viajada, de vida internacional, y aparte de eso, nada. Ninguna otra mención de divorcio, de otras esposas, de otros hijos. Mi principal foco de interés era que, según la versión de Damian, Joanna había continuado su relación con él estando casada. Parecía confirmar que se había casado con De Yong para escapar de su madre y no por un amor indomable, lo que no me sorprendió, pues nunca pensé otra cosa.

La lista de Damian me proporcionaba un número de teléfono para la empresa de Kieran que, cuando lo vi por primera vez, asumí que me llevaría más o menos directamente a él, pero ahora que entendía la escala del negocio con el que estábamos lidiando ya no me sentía tan seguro. Parecía un poco como telefonar al palacio de Buckingham y pedir hablar con la reina. Pero al final me pusieron al habla con su oficina y al final con su secretaria privada sin mucho problema, y cuando hablé con ella fue bastante educada. Le expliqué que era un viejo amigo de hace muchos años y, empleando un truco similar al que utilicé con Dagmar, le expliqué que quería quedar con él y hablarle de una nueva obra benéfica en la que estaba participando, que pensaba que le podría interesar. Suspiró, suave pero audiblemente. Probablemente, era el solicitante número cincuenta de aquel día.

—El trabajo de beneficencia del señor De Yong lo maneja un departamento diferente —dijo—. ¿Le gustaría que le pasara con ellos?

Decidí tentar a mi suerte, pues no tenía otra alternativa, pero mi seguridad de conseguir un resultado provechoso se estaba desvaneciendo.

—Bueno, para ser sinceros, preferiría hablar directamente con Kieran, si tiene un segundo libre.

Pensé que utilizar de forma ligeramente insolente su nombre de pila me haría

parecer más convincente, pero no sé si fue correcto. Dudó, y después me pidió que le deletreara otra vez mi apellido, y después me puso en espera y me vi obligado a escuchar una grabación bastante mala de *La consagración de la primavera* de Stravinski. Esta vez no estaba seguro de lo que haría si no me quería volver a ver. Y la verdad, no me podía imaginar por qué iba a querer hacerlo. Si se acordaba de mí, sería como un tenue recordatorio de un joven estirado y lleno de granos que le había desdeñado cada vez que podía. Eso, y la horrorosa tarde cuando nos vimos por última vez. Por supuesto, uno de los grandes placeres del éxito, en especial cuando la gente te despreció, a ti y a tus posibilidades, es buscar a esos mismos ignorantes y obligarles a retractarse de sus opiniones. Hacerles reconocer, con sus ojos, si no con sus lenguas, que estaban total y completamente equivocados acerca de ti. Resumiendo, que les has hecho parecer idiotas. Solo podía esperar que la idea de humillarme un poco le resultara atrayente.

Entonces, para mi sorpresa, hubo un clic y Kieran estaba en la línea.

—Cielo santo —dijo—. ¿A qué debemos este inesperado placer?

Las palabras podían haber sonado un poco tópicas, pero se podía adivinar, por el hecho de utilizarlas, que se había dulcificado con los años. Su acento del este de Londres se había suavizado, pero no de manera presuntuosa, y su voz era inesperadamente cálida, dados los hechos.

—Me sorprende que me recuerdes.

—Tonterías. He seguido tu carrera con interés. Incluso he leído alguno de tus libros.

Sonreí aliviado, pues mi tarea era factible una vez más.

—Basta de flores —dije, y le tocó reír a él. Pero cuando me preguntó qué era de lo que quería hablar, tartamudeé, porque por supuesto no había pensado que estaría hablando tan pronto con el hombre en cuestión, y la historia todavía no estaba completa en mi cabeza.

Afortunadamente, cortó mis divagaciones con una invitación. Ya tenía reservadas las comidas durante meses, pero se preguntaba si estaría libre para cenar.

—¿O es difícil que tengas libres las tardes?

—Mucho me temo que en absoluto. ¿Y tú qué?

—Estoy igual.

Así que quedamos para una cena, y fue él quien sugirió que fuera en el Savoy Grill, pues iba a cerrar un par de años para «renovarse». A no ser que yo prefiriera otra cosa. Lo que no hice. Al igual que él, pensé que un restaurante famoso de nuestra juventud compartida que estaba a punto de desaparecer parecía un buen lugar, incluso ingenioso, para volver al pasado. Teníamos una cita.

El viejo Savoy ya nos ha abandonado, esa impresionante y rara mezcla de Odéon y Belle Époque, que había sido tal faro de referencia en mi vida, desde la infancia hasta que crecí, cuando me llevaban a tomar el té tías ancianas que ya habían dejado atrás sus años de debutante, con bailes y cócteles en la sala River, y en los años que

siguieron, sonriendo y animando en bodas y cumpleaños y todo tipo de celebraciones, hasta la época presente, en la que he cumplido mi cuota con todas esas comidas de los festivales y cenas de entrega de premios, con sus predecibles menús y su alegría prefabricada, de darse palmaditas en la espalda. Poco después de mi cena con Kieran, el nuevo dueño cerró sus puertas y sacó a subasta todo lo que contenía, y pasaría un largo, largo tiempo antes de la revelación del hotel vuelto a concebir como tal. Y aunque el equipo haya reconocido el lugar tan especial que el Savoy ha ocupado en los corazones londinenses durante un siglo, desde que Richard D'Oyly Carte tuvo ese sueño, incluso aunque hayan intentado ser tan fieles a la historia como pudieran, todavía los pasos de Nellie Melba y Diana Cooper, de Alfred Hitchcock y de la duquesa de Argyll, de Marilyn Monroe y de Paul McCartney, y el resto de ese brillante grupo se habrán unido al palacio de John de Gaunt, que una vez se erigió en ese mismo sitio, y que de ahora en adelante deben confiarse a los libros de historia y a los recuerdos.

No había estado en el Grill por un tiempo y, cuando llegué, fue para encontrarme con que ya había cambiado mucho del *rendez-vous* a la moda de mi adolescencia que había durado hasta mi madurez. A principios de la década de 1960, solía ir con frecuencia con un primo de mi padre de dudosa reputación, que me había cogido cariño, y que consideraba el lugar como una especie de club privado y adonde llevaba al más reciente y desafortunado objeto de su deseo para una orgía de ostras y promesas deshonestas. Por supuesto, era un deslumbrante modelo a imitar para un adolescente feo y con una piel problemática. Al abandonar el ejército cuando tenía cuarenta años, el primo Patrick escogió una vida a corto plazo, es decir, disfrutar todo lo que pudiera sin echar raíces o adquirir responsabilidades. La verdad es que era bastante atractivo y encantador, así que esto le resultó más fácil de lo que hubiera sido para otros. Mi propia madre le adoraba, a pesar de la desaprobación de mi padre, pero al final supongo que las críticas del segundo acerca de cosechar lo que se siembra resultaron acertadas, dado que los años de diversión de nuestro primo, dedicados a evitar los compromisos, le dejaron que afrontara un infarto y una temprana muerte a solas, lo que certificó una vez más, como si necesitáramos pruebas, que generalmente acabamos viviendo el producto de nuestras elecciones.

Aun así, me inspiró, puesto que no aceptaba reglas ni cortapisas y, habiendo sido criado por mi estricto y rígido padre, eso me parecía un paraíso que me ofrecían. Recuerdo estar una vez en un restaurante con él y, al no poder llamar la atención del camarero, Richard alargó la mano y cogió un pie de mesa, unos de esos que contienen salvamanteles y menús, y sales y pimientas, y lo lanzó a través de la habitación. Aterrizó haciendo un ruido como el de una explosión nuclear que silenció toda charla, hasta se habría podido oír caer un alfiler, pero en vez de reprenderle o echarle a la calle, como yo esperaba, el único resultado visible fue que el servicio mejoró enormemente. Probablemente había una lección subversiva en todo ello, que mi padre no habría querido que aprendiera.

Mientras entraba allí, pensé un momento en Patrick. Le recordaba en ese mismo marco de la puerta, examinando la sala con su sonrisa perezosa, para ver si había posibilidades bonitas sentadas en otras mesas. Una de las cosas más extrañas de hacerte mayor es que el equipo de los muertos no deja de hacerse más grande, y se dedica a quedarse a tu espalda, y a darse relevos para entrar y salir de tu mente. Una foto, una tienda, una calle, un reloj que te dio alguien, un adorno que vino de esta tía fallecida o una silla de ese tío difunto, y de repente, por un segundo, están vivos otra vez, susurrándote al oído. Hay una religión en algún lugar del mundo que cree que todos morimos dos veces; una de la manera normal y la segunda vez cuando la última persona que nos conoció de verdad muere, así que la memoria de uno desaparece de la faz de la tierra. Me adhiero a esa teoría, y pensé alegremente en mi viejo primo ese día, aunque solo fuera para notar que el lugar había cambiado desde que él estuvo allí. Los murales ya no estaban y con ellos gran parte del ambiente, mientras que los elegantes paneles, suaves y de color claro, que habían sido instalados en su lugar, daban la sensación de sentarte en un humidificador de puros gigante. Supongo que esto se englobaba bajo el término de «reposicionarlo», ese unguento del siglo XXI para todos los males. Kieran ya estaba allí cuando llegué. Nos saludamos de lejos, nos estrechamos las manos cuando me acerqué, y nos sentamos.

Como todo el mundo sabe, el proceso de envejecer nunca deja de impresionar cuando no se ha presenciado a diario. El Kieran que yo conocí había sido un paleta imberbe, con un pelo artificial y un bronceado artificial, que no se parecía en nada al anciano señor de negocios que tenía enfrente de mí. Pero si su cara era mucho más vieja, al aproximarse a los setenta años, sin embargo, también era mejor que la de su juventud, menos enrojecida, menos hinchada e infinitamente más segura de sí misma. Las mejillas demasiado coloradas habían desaparecido, al igual que las mechaz relucientes, llevándose con ellas el verdadero color de su pelo, cualquiera que fuera este, pero dejándole un gris bastante distinguido, como el del modelo del anuncio de Grecian 2000. Había conservado el pelo, el muy afortunado, y sus ojos ya no eran, tal como recordaba, pequeños y porcinos, sino curiosamente amables para alguien que había ganado tal fortuna en el salvaje mundo de las finanzas.

—Es muy amable por tu parte —dije, mientras pedía a un camarero que fuera a por dos copas de champán.

—El placer es mío. —Él estudió el menú y yo examiné su cara. Había conseguido una estatura real, que es la única palabra que me viene a la mente para describir el cambio. Había adquirido autoridad, y la autoridad de los verdaderamente grandes. Era educado, estaba relajado e informal, pero con la expectativa de obediencia que señala a los poderosos.

El camarero volvió con nuestras bebidas.

—Así que —dijo, cuando estuvimos otra vez solos— ¿de qué va todo esto? — Murmuré algo sobre mi obra benéfica. No era totalmente mentira, porque pensé que si realmente deseaba hacer una donación, alguien podría beneficiarse, pero de

inmediato vi que no estaba interesado de verdad—. Te voy a interrumpir ahora mismo —terció con la palma alzada en señal de buena voluntad, para detenerme—. Solo dono para tres cosas. He tenido que reducir mis intereses porque me mandan cien solicitudes a la semana. Todos ellos por causas perfectamente dignas, por supuesto, pero no puedo curar todos los males de este mundo. Te daré un cheque si eso es lo que quieres, pero no será una gran cantidad, y ahí se acabará todo.

Asentí. Era muy convincente. Habría aceptado esa decisión aunque mi petición hubiese sido real.

—Gracias —le dije, pero estaba perplejo. Su secretaria había intentado decirme esto mismo la primera vez que llamé, y él podría haber terminado con la tarea sin que fuera de mala educación cuando se puso al teléfono—. ¿Entonces por qué estamos cenando? —Las palabras no salieron tal como las había planeado, y me apresuré a matizarlas—. Por supuesto, estoy encantadísimo de cenar contigo, y es todo un placer volver a verte, pero me sorprende que tengas tiempo.

—Tengo tiempo —dijo—. Tengo mucho tiempo para hacer las cosas que quiero hacer. —Esto estaba muy bien, pero no respondía a mi pregunta, y se dio cuenta—. Creo que ahora mismo ocupo la mayor parte de mis días pensando en el pasado, y en lo que me ocurrió, y en la vida que he llevado, en resumen, considerando cómo he llegado a donde estoy.

—¿Así que siempre tratas de manera especial a la gente de tu pasado?

—Me gusta quedar con ellos. En particular si, como a ti, les he visto muy poco en estos años.

—Para serte sincero, me asombra que me recuerdes en absoluto. Pensaba que me iba a saludar un gran: «¿Quién?».

Soltó un silencioso bufido de risa y me di cuenta, en comparación, de lo tristes que estaban sus ojos.

—No creo que nadie pudiera olvidar esa cena.

—No —dije.

Alzó su copa. Sus años en la cima le habían enseñado a no golpearla contra la mía, como habría hecho por aquel entonces.

—Por nosotros. ¿Crees que hemos cambiado mucho?

Asentí.

—Diría que mucho. Puede que sea solo una versión más gorda, más vieja, más triste del joven que era entonces, pero tú parece haberte convertido en otra persona por completo.

Se rio con más ganas, complacido con la idea.

—Kieran de Yong, Diseñador de las Estrellas.

—Ese es el hombre que yo conocí.

—Dios te ayude.

—No estaba tan mal.

—La bebida, o quizás la depresión, te ha hecho ser amable. Era horroroso.

No me molesté en contradecirle otra vez, pues estaba de acuerdo con él. Podía ver al camarero por nuestros alrededores, esperando que la conversación se detuviera para acercarse y tomarnos nota. Kieran le hizo un leve gesto, y vino, lápiz y libreta en mano. Es reconfortante saber que el talento de servir una mesa no ha muerto todavía, aunque tengas que buscarlo, y ciertamente pagarlo. No me disgusta en ningún caso la marea de trabajadores de Europa del Este cuya tarea designada parece ser preguntarme lo que quiero comer, y ya. Parecen alegres y bastante agradables, y son un bienvenido contraste con el hosco inglés que parece estar deseando escupir en tu sopa. Pero desearía que alguien les dijera que no interrumpen cuando el cliente está a punto de terminar una anécdota.

El hombre había recogido toda la información necesaria y se fue para ponerla en práctica.

—¿Qué fue lo que te cambió? —pregunté, y no necesitó que le recordara el significado de la pregunta.

Se lo pensó por un momento.

—La educación. La experiencia. ¿O acaso son la misma cosa? En esos días me sentía como si hubiera venido de la nada, lo que obviamente no era verdad, pues todo el mundo proviene de algo. También me sentía como si no supiera nada, lo cual se acercaba más a la verdad pero tampoco era cierto del todo, y en consecuencia me sentía como si me tuviera que presentar ante el mundo como el hombre que lo sabía todo, el que está en contacto con el universo, encarnando el *zeitgeist*. Supuse que parecería un gigante controlando su propio destino y no un patético perdedor con el pelo teñido. —Sonrió ante el recuerdo y sacudió la cabeza—. Esas chaquetas. ¿Por qué? —No pude evitar reírme con él—. Y ahí tienes la razón de por qué os odiaba a todos. —Lo que fue un inesperado cambio de rumbo.

—¿A qué te refieres?

—Pensaba que todos vosotros manejabais la situación mucho más que yo.

—No lo hacíamos.

—No, ahora puedo verlo. Pero vuestro desprecio hacia mí, y hacia todas mis cosas, me hizo pensar que sí.

Esto me hizo afligirme. ¿Por qué pasamos tanto tiempo de nuestras vidas haciendo que gente inocente fuera infeliz?

—Espero que no llegáramos a tanto. Odio la palabra desprecio.

Asintió.

—Por supuesto, eres mucho más amable ahora. Sabía que lo serías. Cualquiera con algo de cerebro se hace más amable a medida que envejece. Pero entonces estábamos todos muy enfadados.

—Pareces haber logrado dominar tu ira con gran efecto.

—Alguien me dijo una vez que cuando los hombres jóvenes e inteligentes están enfadados, o explotan o alcanzan grandes logros.

La extraña coincidencia de las palabras me hizo enderezarme en la silla.

—Qué gracioso. Una amiga mía dijo eso acerca de otro tipo que conozco, no hace mucho. ¿Recuerdas a Serena Gresham?

—Recuerdo a todos los que estaban en esa cena. —Alcé mis cejas para reconocer que este debía de ser el caso de todos los invitados que estuvieron presentes. Pero él no había acabado—. De hecho, la recuerdo de más que eso. Era bastante amiga de Joanna, incluso después de que lo abandonara todo para venirse conmigo. Fue Serena quien me advirtió de que no explotara.

Me quedé al mismo tiempo impresionado por la amplitud de miras de Serena, al seguir relacionándose con Joanna y con Kieran, cuando la mayoría de las chicas les habían dado de lado, y decepcionado, como siempre se queda uno, al darme cuenta de que lo que había parecido un *bon mot* modelado exclusivamente para mis oídos, era de hecho un lema para quien hablaba.

—Cuando me lo dijo se estaba refiriendo a Damian Baxter, otro miembro del Club Portugués de las Cenas.

—El miembro *fundador*. —Bebió otro poco de vino—. De algún modo, Damian Baxter y yo fuimos los dos graduados de la promoción de ese año de la Universidad de la Vida.

Por supuesto que se conocerían entre ellos, estos Amos del Universo. Damian me había dicho que Kieran le evitaba y yo tenía curiosidad por adivinar si era realmente cierto.

—Supongo que os debéis de encontrar de vez en cuando con el otro, en esas reuniones de lo mejor de cada casa —dije.

—La verdad es que no. —Y ahí estaba mi respuesta.

—Esa tarde permanecerá con nosotros hasta el final.

Sonrió, y se encogió levemente de hombros.

—Damian no es amigo mío, pero no es por eso.

Por supuesto quería saber la razón, pero pensé que a lo mejor tenía algo que ver con lo que pensaba averiguar antes de que nos separáramos, y no parecía el momento oportuno para abrir esa lata de gusanos.

—Lo cierto es que ha mantenido su éxito mucho menos oculto que el tuyo.

Al decir eso me di cuenta de que admiraba mucho a Kieran. Siempre hay algo bonito en admirar a alguien sin reservas. Disfrutaba dándole el valor que se merecía. En concreto porque justificaba mi desaprobación de alguien que siempre me había caído mal.

Negó con la cabeza.

—Damian no ha buscado la fama. Simplemente, dejó que ocurriera. Yo he gastado Dios sabe cuánto dinero para mantener mi nombre al margen de todo. ¿Cuál de las dos cosas es más presuntuosa?

—¿Y por qué te importaba tanto?

Se lo pensó un momento.

—Fue una mezcla. Por una parte, pensaba que era muy adulto el evitar tener un

perfil público y por la otra, ya había tenido demasiado. Ya hice muchas «la primera noche de» y muchos «contento de entregarle a» y todo eso, durante mis días de diseñador seudopijo. En ese caso, era un poco necesario, aunque no tan necesario como a mí me gustaba creer. Pero, para ser un promotor inmobiliario, la fama no te da nada de lo que necesitas, pero sí mucho de lo que no quieres. —El camarero había llegado con un puñado de los cubiertos apropiados y Kieran esperó hasta que el hombre hubiera terminado de equiparnos para las delicias que le seguirían—. La fama tiene sus utilidades. El saltarse la cola en los aviones o para que te atiendan en un hospital. Te ofrece buenas mesas en los restaurantes, que estaban llenos antes de que llamaras. Consigues asientos para el teatro y entradas para la ópera, e incluso invitaciones de gente a la que realmente te apetece conocer. Pero el dinero te da todas esas cosas sin las molestias. No te asedian para que inaugures esto y apoyes a lo otro, porque nadie sabe quién eres y no serviría de nada si lo hicieras. Los periódicos no rastrean en tu pasado y entrevistan a tus compañeros de escuela para ver si besaste a alguien tras el cobertizo de las bicicletas en 1963. No tengo que soportar nada de eso. Recibo solicitudes para hacer donaciones y doy dinero a algunas. Eso es todo lo que se espera de mí.

—¿Te sorprendiste cuando empezaste a ganar dinero? Quiero decir, dinero de verdad.

Esta puede parecer una pregunta un poco rara para hacérsela a alguien no tan conocido después de un periodo de cuarenta años. Solo puedo decir que en ese momento no nos pareció rara a ninguno de los dos.

—Todo el mundo que ha triunfado te dirá que la reacción inicial es totalmente esquizoide. Una parte de ti piensa: ¿Todo esto por *mí*? ¡Debe de haber algún error! Y la otra saluda a la inmensa fortuna con un: ¿Por qué has tardado tanto?

—Supongo que la confianza en uno mismo es un ingrediente clave.

Asintió.

—Eso es lo que nos dicen. Pero nunca es suficiente para prepararte para lo que está ocurriendo. Gané mucho dinero cuando vendí las tiendas, pero incluso entonces, cuando hice las cuentas para el beneficio que esperaba sacar de la primera urbanización, pensé que había puesto demasiados ceros. No podía creerme que fuera a producirme tanto. Pero lo hizo. Y después hubo más y más y más y más. Y todo cambió.

—Tú no cambiaste.

—Oh, sí. En esos primeros años me volví completamente loco. Era un imbécil, un controlador hasta un nivel totalmente histérico. Mi casa, mi ropa, mis coches, todo tenía que ser *de tal manera*. Al recordarlo, creo que debía de estar intentando imitar la idea que tenía de cómo se comportaba la gente pija, pero me equivoqué por completo. Me quejaba en los restaurantes, e insistía en tener toallas de otros colores, y diferentes marcas de agua en cada hotel. Ni siquiera cogía el teléfono cuando llamaba gente conocida. —Se detuvo, apabullado, tratando de entender su propia

locura recordada.

—¿Por qué no?

—Pensaba que la gente importante no lo hacía. Era de locos. Incluso el presidente de los Estados Unidos coge el teléfono si conoce a la persona que está al otro lado de la línea, pero yo no lo hacía. Tenía ejércitos de ayudantes, trabajando con fajos de mensajes, con listas interminables distribuidas entre todos. Y cancelaba citas, vaya si las cancelaba. Me escaqueaba en el último minuto. Ese era yo.

—La verdad es que nunca he entendido por qué la gente hace eso. —De verdad que no. Y eso a pesar de que es un fenómeno creciente entre los que aspiran a ser poderosos.

Se mordió el labio.

—Ni yo, la verdad. Creo que me sentía atrapado en el momento que accedía a hacer cualquier cosa, porque fuera lo que fuera, no estaría bajo mi control. Y a medida que se acercaba la fecha empezaba a entrarme el pánico, y ese mismo día decidía que no podía ir, normalmente por alguna razón tonta y sin sentido, y toda la gente a la que pagaba para que me besara el culo me decía que quienes me habían invitado lo comprenderían, así que les dejaba plantados.

—¿Cuándo terminó eso?

—Cuando todo el mundo me abandonó. Todavía pensaba que era un invitado codiciado, hasta que un día me di cuenta de que solo me llamaban para montajes publicitarios de famosos, pero nunca para nada interesante. Políticos, actores, escritores, incluso teóricos, ya no me invitaban para conocerlos. No se podían fiar de mí.

Esta confesión me fascinó, pues he conocido tantas estrellas del cine y de la televisión que se han alejado gradualmente de la sociedad, o por lo menos de juntarse con nadie que no les pueda adular, a no ser que sea un fan. Como norma no se dan cuenta, y continúan creyendo que les buscan y les desean cuando no hacen ninguna de las dos cosas.

—Mi abuela solía decir que nunca debes ser más difícil de tratar de lo que vales.

—Tenía razón. Yo rompí esa regla y lo pagué. Era *mucho* más difícil de tratar de lo que valía. —Su voz había pasado de una leve exasperación a estar llena de dolor. Le miré—. Ahí fue cuando Joanna me dejó. Era comprensible. Ella se había casado conmigo para protestar contra las reglas de la clase dirigente y de repente estaba viviendo con un hombre que pensaba que era importante que le hicieran las camisas con una diferencia de un cuarto de pulgada en la longitud de sus mangas, que solamente podía comprarse las corbatas en Roma o arreglar su calzado con un zapatero en particular de St. James. Era todo muy aburrido. ¿Acaso puedes culparla?

Pensé que podía ser el momento de quitarle importancia a la cosa.

—Por lo que recuerdo de tu suegra, supongo que aprobaba los cambios que veía en ti. Eso y el dinero, por supuesto.

Me miró, mientras el camarero traía el primer plato.

—¿Conociste a Valerie Langley?

—No tanto. La conocí como la madre de Joanna, no como «Valerie».

—Tiene mucho por lo que responder. —No estaba de broma. Traté de pensar algo que añadir, pero no había terminado—. ¿Te diste cuenta de que solo nos llevó a Portugal para que rompiéramos? ¿Te puedes imaginar a una madre haciéndole eso a su propia hija?

La verdad es que podía, cuando la madre en cuestión era Valerie Langley, pero no había motivo para echarle más leña al fuego, así que decidí hablar de un tema diferente.

—Creo que te volviste a casar después de que Joanna y tú rompierais. ¿Todavía sigues con ella?

Se sobresaltó, como si mis palabras le hubieran distraído de algo con lo que estaba ocupado.

—No. Nos divorciamos. Hace años.

—Lo siento. No decía eso en tu biografía.

De nuevo me miró como si le estuviera obligando a discutir por una multa de aparcamiento que le hubieran puesto a otra persona en 1953.

—No te preocupes. Jeanne no fue nada. —Lo que era un comentario un poco frío, pero no solo por su crueldad. Quizás también decía mucho de su tristeza.

—¿Cómo está Joanna? —Ya la había mencionado, así que no parecía haber razón alguna para no preguntar—. ¿Te llevas bien con ella ahora mismo?

La pregunta pareció pillarle por sorpresa y devolverle al presente. Mis palabras le habían dejado entrever algo más que su simple significado.

—¿Por qué querías verme? —preguntó.

De repente me sentí como si me hubieran pillado robando en una tienda, o peor, metiéndome la linterna de un compañero de colegio en el bolsillo.

—La verdad es que le estoy haciendo un encargo a alguien.

—¿Qué encargo? ¿Y a quién?

—Damian. —Dudé, rogando para que me llegara la inspiración—. Ya sabes que está enfermo...

—Y próximo a morir.

Casi me divertí que citara a Ricardo III en este contexto.

—Precisamente. Y resulta que está interesado en saber lo que ha pasado con sus amigos de esos días... —No estaba seguro de cómo terminarlo—. De qué han hecho. Si la vida les ha tratado bien. Ya sabes. Un poco como lo que estabas diciendo de tu propio pasado y de que te gusta hablar sobre ello. —Esto último fue un intento muy burdo de subirles a bordo del mismo barco.

—¿Todos sus amigos? ¿O solo algunos de sus amigos?

—Solo algunos en esta fase, y me ha pedido ayuda porque de verdad perdió el contacto con ellos y solíamos estar bastante unidos.

Lo que no iba a funcionar con Kieran, y no era sorprendente.

—Me deja atónito que tú, entre todos, hayas aceptado hacerle un informe.

Por supuesto, era un comentario perfectamente razonable.

—La verdad es que yo también. No pensaba hacerlo cuando me lo pidió por primera vez, pero después fui a su casa a verle y... —Me detuve. ¿Qué había sentido que fuera más importante que toda una vida de odio?

Kieran respondió por mí.

—Sentiste que no te podías negar. Porque la muerte le está tirando de las mangas, y la única imagen que tenías de él antes de llegar allí era la de él de joven.

—Ese tipo de cosas. —Era ese tipo de cosas, aunque no era la razón completa. Subyacente a la pena que pudiera sentir por Damian, admito que también sentí una tristeza más grande, en general, creciendo en mí, un lamento por la crueldad del tiempo. En todo caso, Kieran había conseguido hacerme sentir raro e indigno con mis preguntas indiscretas y mi obra de caridad falsa.

—¿Qué «algunos»?

—¿Perdón? —La frase sonaba a extranjero. No lo podía entender.

—¿Quiénes son esos «algunos» amigos de Damian?

Le recité la lista de las mujeres. Escuchó mientras comía sus huevas de bacalao, partiendo una tostada y extendiendo la masa rosada con esa meticulosidad que caracteriza a los hombres que viven solos. No exagerado, ni tampoco quisquilloso, pero sí con disciplina y con cuidado, como una taquilla en el cuartel del ejército. Terminó con su plato antes de volver a hablar.

—¿Tiene esto algo que ver con mi hijo?

Por supuesto, las palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Me sentí bastante enfermo y por un momento pensé que iba a *estar* enfermo. Pero al final decidí terminar con las mentiras en ese mismo momento, pues estaba claro que yo era tan misterioso para Kieran como una lámina de cristal. Cogí aire y contesté:

—Sí.

Lo asimiló, dándole vueltas y vueltas en su mente, contemplándolo desde todos los ángulos posibles, como un experto que no está convencido del todo de la calidad que se le atribuye a una pieza de porcelana con un precio muy alto. Después tomó una decisión.

—No quiero hablar más de eso en este lugar. ¿Tienes tiempo para venir a mi casa a tomar café? —Asentí—. Entonces es lo que haremos.

Y ante mis ojos se deshizo del personaje íntimo y autocrítico que había manifestado hasta ahora, y lo reemplazó por una máscara de tranquila y fácil sofisticación, charlando alegremente de países que le gustaba visitar, las decepciones que se había llevado con el gobierno, si al movimiento ecológico se le había ido de las manos, hasta que acabamos y pagamos y me condujo fuera del hotel hasta un Rolls Royce con chófer, que estaba aguardando.

Kieran señaló al magnífico coche.

—Algunas veces, lo antiguo es mejor —observó en tono ligero y nos subimos a

él.

Nos dirigimos hasta uno de los nuevos edificios, y hace falta decirlo, un poco feos, que se han construido recientemente en el lateral de Vauxhall Bridge. Sin haber entrado nunca en uno de ellos, me sorprendí por su elección de morada. Creo que de él esperaba que viviera en una deslumbrante mansión en Chelsea, construida originalmente para un alegre terrateniente en 1730, y que ahora se vendía por una cantidad que bastaría para refinanciar Madrid. Pero al salir del ascensor en el piso superior, y al entrar en la casa de Kieran —siempre me resisto a la palabra «apartamento», pero sospecho que podría ser la palabra más afortunada— lo entendí de inmediato. Al final de un gran recibidor amplio, el lateral entero del edificio, de unos nueve metros de ancho y quién sabe cuántos de largo, era un gran salón. Había ventanales en tres paredes, que ofrecían un paisaje de Londres solo por detrás del de la noria conocida como London Eye. Miré al Támesis nocturno, describiendo una curva, con sus barcos de juguete, muy ocupados, centelleando con luces de colores, los cochecitos circulaban por la carretera, los puntitos que eran los minúsculos peatones, se apresuraban por las aceras bajo la luz de las farolas. Era como volar.

Dentro tampoco había escasez de cosas que admirar. El lugar estaba lleno por completo de las cosas más bellas que yo había visto en una vivienda particular. Normalmente en las casas familiares, por muy grandes que sean, las piezas exquisitas se intercalan con un par de sillas donadas por la tía Joan y algo que papá trajo de Sudán. Pero aquí no había nada de eso. Dos alfombras Savonnerie que hacían juego cubrían el brillante suelo y en él se apoyaban muebles tan preciosos que parecía que todos se habían sacado de los mejores palacios de Europa. Los cuadros eran sobre todo paisajes, más que retratos, y aunque normalmente los suelo encontrar un poco aburridos, no podía decir lo mismo acerca de esas espectaculares joyas del género. Había paisajes pintados por Canaletto y Claude Lorraine y Gainsborough y Constable y otros nombres que solo pudo adivinar. Había un retrato deslumbrante de *La Princesse de Monaco*, de Angelica Kauffmann, que me llamó la atención. Kieran vio que lo estaba mirando.

—No me suelen gustar los retratos. Son demasiado sensibleros para mí. Pero compré este porque me recordó a Joanna.

Tenía razón. Se parecía mucho a ella. Joanna con un gran sombrero ribeteado de flores y las modas más amplias de 1790, que parecía tan despreocupada hasta que recordabas que a quien estaba posando le faltaban menos de tres años para su espantosa muerte. La desafortunada princesa había sido cargada en la última carreta del Reinado del Terror. Los oficiales oyeron empezar los disturbios del golpe de estado de Termidor mientras se dirigían a la guillotina, pero desgraciadamente para sus pasajeros, decidieron completar el truculento viaje, razonando que nadie les echaría la culpa si el régimen era derrocado, pero que, si Robespierre seguía en el poder, todos morirían por haber perdonado a las víctimas. Probablemente tenían razón.

El cuadro estaba sobre la recargada repisa de la chimenea, que admiré. Me dijo que provenía del disperso botín de una gran casa que había sido demolida hacía tiempo, sacando a la venta marcos de puerta y chimeneas y barandillas y más tesoros, cuando finalmente la derribaron en los desesperados años cincuenta. La familia todavía está allí a día de hoy, alegremente instalada en un encantador invernadero reformado.

—¿Puedes encender un fuego en un edificio tan moderno como este? ¿Es de verdad?

—Claro que sí. Quería el ático para poder construir una chimenea. Odio un salón sin un fuego, ¿a ti no te pasa? No me pusieron muchas pegas. —Lo contaba como si estuviera hablando de haber puesto un cuarto de baño extra.

No por primera vez me pregunté cómo sería ser enormemente rico. Por supuesto, todos somos enormemente ricos comparados con los habitantes de la mayor parte del globo, y no quiero sonar como un ingrato. Pero ¿cómo sería cuando la única razón para no hacer algo, o comer algo o beber algo fuera porque no quisieras? «¡Sería *tan* aburrido!», se oye a la gente decir. ¿De verdad? No es aburrido disponer de agua caliente todas las mañanas, o una cena deliciosa cada noche, dormir en sábanas buenas, o vivir en casas bonitas, o coleccionar unos cuantos cuadros que te gusten, así que ¿por qué iba a ser aburrido triplicar todas estas bendiciones solo con tocarlas? Estoy bastante seguro de que a mí me encantaría.

—¿Tienes una casa en el campo? —pregunté.

—No. —Me lo dijo con un aire ligeramente tolerante, como si tuviera que haberlo sabido—. Ya no. He pasado por todo eso. —Se rio—. En un momento dado tenía una mansión en Gloucestershire, otra en Escocia, un piso en Nueva York, una villa en Italia cerca de Florencia, y una casa en Londres, en Cheyne Row. Llegaba a una de ellas, me angustiaba por todo lo que habían hecho mal desde la última vez que había estado allí, y me iba. Nunca parecía estar en ningún sitio más de tres días seguidos, así que nunca llegaba más allá de la etapa de quejarme. Aunque echo bastante de menos mi casa en los Cotswolds. —Una neblina rosa de nostalgia le envolvió por un instante—. La biblioteca era una de las habitaciones más bonitas que he visto, y también en las que he vivido. Pero no. —Sacudió la cabeza para quitarse esas inquietantes y complacientes imágenes de la mente—. He acabado con todo eso. Ya no hay motivo.

Era una frase extraña, pero la dejé pasar. Kieran había ordenado que nos prepararan café mientras estábamos en el coche y ahora un discreto criado nos lo traía. Una vez más, me encontraba en el escenario de una comedia de Lonsdale. Me pregunto ahora cuándo me di cuenta de lo que vería del mundo moderno si aceptaba el encargo de Damian. ¿Era acaso una sorpresa que su modo de vida, el que nos habían dicho tantas veces en los sesenta que estaba definitivamente moribundo, estuviera vivo y coleante, y que cada día fuese más común? Me considero capaz de moverme libremente y he pasado una buena parte de mi vida en casas envidiables de

todo tipo, pero estaba empezando a comprender que no era, como antes, la excepción el que vivía de manera eduardiana, el esporádico millonario que había inventado la electricidad y todos deberíamos estarle agradecidos, querido. Ahora mismo hay una nueva clase de gente rica que lleva vidas de rico, tan numerosa como con los georgianos. La única diferencia es que ahora transcurre con las puertas cerradas, lo que facilita un reflejo distorsionado, que es a lo que los medios de comunicación se dedican. Como resultado, la inmensa mayoría de la gente no sabe que hay un grupo nuevo y pudiente que vive así, pero que, a diferencia de sus predecesores de hace un siglo, no tiene ninguna responsabilidad para con aquellos menos afortunados. Esta nueva raza no siente la necesidad de manejar al público a la vista de todos, sino desde las sombras de detrás del trono.

Me serví una taza de café y me senté en una *bergère* cubierta con un tapiz, supongo que fabricada durante el periodo de mediados del siglo XVIII. Pensé que podríamos empezar.

—Así que, ¿cómo está Joanna? —dije, dado que era ahí donde nos habíamos quedado.

Kieran me miró fijamente durante un momento. Incluso él debía de haberse dado cuenta de que era por eso por lo que estábamos allí.

—Joanna está muerta —contestó.

—¿Qué?

—Y mucho me temo que murió de una manera bastante triste. Fue encontrada en unos baños públicos, no muy lejos de Swindon, con una aguja hipodérmica vacía a su lado. Sobredosis de heroína. Cuando llegó la policía, creían que había estado encerrada en el cubículo unos cinco días. Les alertaron por el olor, que en ese sitio, como habrás imaginado, tuvo que ser bastante intenso para que lo advirtieran.

Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que Kieran de Yong era un hombre maldito. Esa horrible, sórdida y trágica visión siempre iba a estar con él, la de una mujer que adivino que había amado mucho más de lo que creía que iba a hacer al principio. Era la imagen que le sobrevolaba los pensamientos a no ser que estuviera dormido, y estoy casi seguro de que también visitaba sus sueños. Supe que había quedado conmigo porque todo de lo que quería hablar, o pensar, era Joanna, y yo la había conocido. Pero cuando nos encontramos, se dio cuenta de que no podía empezar la conversación sin tener esto en cuenta e, independientemente de lo que hubiera planeado en un principio, no podía decirlo en un atestado y ruidoso restaurante. Habiendo resuelto esto, casi se relajó.

Algunas veces alguien escucha o presencia una cosa tan sobrecogedora que el cerebro no lo puede procesar por un instante. Recuerdo que una vez estuve en un terremoto en América del Sur, y mientras veía los adornos y los libros saltar y brincar, me costó uno o dos segundos que mi mente me dijera qué era lo que estaba pasando. Este fue un momento similar. Joanna Langley, la encantadora, deslumbrante Joanna, estaba muerta, y de una manera que se asociaba a los olvidados, a los

abandonados, a los perdidos; no a la querida de los dioses.

—Dios mío. —Por un mínimo instante pensé que iba a romper a llorar y cuando miré a Kieran creí que él también lo iba a hacer, pero se recuperó. Por último cabeceó lentamente, como si mi exclamación hubiese sido un comentario. El hecho es que hay algunas muertes que pueden tener un lado más dulce, las que proporcionan su propio consuelo al ayudar a los que se quedan a soportar su pena. Esta no era una de esas—. ¿Cuándo pasó?

—En octubre de 1985. El quince. Nos habíamos separado un par de años antes, como probablemente ya sabes, y durante un tiempo no nos hablamos, excepto sobre Malcolm, porque estábamos teniendo... —dudó. ¿Qué estaban teniendo?—. Un desacuerdo. Una discusión. —Estaba cogiendo impulso—. Una pelea. Pero entonces tuvimos el juicio, lo que por lo menos fue una decisión, y pensé que podíamos pasar página, que los dos lo estábamos superando. —Hizo un gesto desesperanzado con las manos.

—Pero no lo estabais haciendo.

—Está claro que no.

—¿Sobre qué estabais discutiendo? —De nuevo, al ponerlo sobre papel esto parece indiscreto, pero nosotros habíamos, como se dice ahora, «formado un vínculo» durante esa tarde, o por lo menos creí que lo habíamos hecho, y no parecía ser fisgoneo cuando lo dije.

—Joanna estaba teniendo un montón de problemas. Bueno —se pasó los dedos por su envidiable cabellera—, ya puedes adivinarlo por la manera en que murió. Y yo quería tener la custodia de Malcolm. No quiero decir que quisiera que ella no lo viera, ni nada así. —Estaba claro que la culpa por la muerte de su primera mujer corría por sus venas, y todavía podía sentirla veintitrés años después—. Es solo que pensé que estaría mejor viviendo conmigo, más que siguiendo a su madre por ahí. Yo tenía más dinero que ella por aquel entonces...

—Caramba.

Negó con la cabeza.

—Alfred se había arruinado en un colapso del mercado inmobiliario unos cuantos años antes, así que tampoco había tanto por esa parte. Su vida entera había cambiado, desde que tú les conociste. Estaban bastante arruinados, vivían en un piso al final de Streatham. —Tuve una repentina y precisa visión de la señora Langley, centelleante con todas sus joyas y observando, un poco apartada, la pista de baile, como un hurón astuto, para espiar cualquier interés que pudiera sentir por su hija el vizconde Summersby. Nunca me cayó muy bien, pero igualmente sentía pena por ella. En esa época nadie habría imaginado el futuro que le esperaba—. No era solo el dinero. Joanna estaba muy decepcionada por la manera en la que todo había salido. Pensaba que para entonces todos estaríamos viviendo en una especie de Nepal espiritual, fumando marihuana y entonando las letras de las canciones del musical *Hair*. No recortando las pensiones en la Gran Bretaña de la señora Thatcher.

—Mucha gente de nuestra generación pensó lo mismo. Algunos están en el gobierno.

Pero no podía detener la corriente. Kieran tenía que contar su historia. Como pasa en un concurso de televisión: había empezado, así que tenía que acabar.

—Y por supuesto, mirándolo desde su punto de vista yo estaba en la cumbre de mi locura, gritando si veía una arruga en el cuello de mi camisa, despidiendo al servicio porque los cuchillos y los tenedores no estaban bien ordenados en el cajón de la cocina... Nada de todo esto fue culpa suya. —Su esfuerzo para ser justo con su difunta esposa era más que loable, era desgarrador. Volvió a suspirar—. En cualquier caso, nos peleamos por el chico como un par de gatos. Dijo que yo le envenenaría la mente y le convertiría en un fascista. Dije que ella le envenenaría el cuerpo y le convertiría en un adicto. Seguimos y seguimos, destrozándonos el uno al otro. Hasta que dejó caer la bomba. Estábamos desayunando una mañana de esa manera tan rara y tan enfadada de la gente que todavía vive junta pero que sabe que no durará mucho. Estábamos sentados en silencio, hasta que ella me miró, dispuesta a hablar. Sabía que estaba preparando algún insulto, así que no hice ninguna pregunta, a propósito. Después de un rato, se aburrió y me lo soltó.

—¿El qué?

—Que Malcolm no era hijo mío.

—¿Y cómo lo dijo?

—Así mismo. «Malcolm no es hijo tuyo».

Se detuvo para dejar que asimilara sus palabras. ¿Así que mi búsqueda acababa allí? Era extraño haber llegado al final, y también satisfactorio en el sentido de que la muerte de Joanna fuera parcialmente redimida por el padre biológico del muchacho finalmente reconociendo a su hijo. Incluso si había un elemento un poco decepcionante al pensar que la fortuna de Damian iría a parar a la única familia de Inglaterra que no lo iba a notar.

Kieran no había terminado.

—Has mencionado la fiesta en la casa de Portugal.

—Sí. —Sabía que Portugal saldría en la conversación.

—Dijo que se había encontrado con «el padre del niño» allí, y que se había acostado con él cuando volvimos a Londres. Esa misma noche, de hecho. Tan pronto como llegamos a casa del aeropuerto tuvimos una discusión acerca de por qué habíamos ido, y se fue... —Se encogió de hombros—. Estaba claro que estaba hablando de Damian. —Debió de interpretar mal mi reacción a estos comentarios, y se apresuró a desmentir cualquier posible ofensa—. Siempre le caíste muy bien, pero... —¿Cómo decirlo?

Le ayudé.

—No estaba interesada en mí.

Los dos sabíamos que no lo estaba, así que ¿por qué discutir?

—No de esa manera —dijo, aceptando mi propio veredicto—. Y Joanna no podría

haberse preocupado menos por los Tremayne. Tenía que ser Damian. —Se detuvo. Daba igual cuántas veces se adentrara en ese territorio, todavía le dolía—. Así que me quedé sentado, con una tostada en la mano y una taza de café en la otra, mientras ella ponía mi vida patas arriba. Y me importó cuando me lo dijo. Me importó mucho.

—Por supuesto.

—No era solo por el chaval. Estaba destrozando todo lo que había sido nuestra vida. Esto era legislación retroactiva. Solamente llevábamos casados un año cuando sucedió lo que ella me estaba contando, y yo pensaba que éramos felices, entonces. Ni siquiera me había querido ir a esas condenadas vacaciones, porque temía que se volviera a ir con un grupo que no pensaba que fuera bueno para ella.

—Pero fuiste porque su madre te obligó. Y cuando volvisteis se acostó con Damian. —Por lo menos ahora entendía ese odio visceral.

—Eso es. Y llegados a ese punto de la batalla estaba hasta contenta de decirlo, porque iba a salvar a su hijo del asqueroso mundo de loca indulgencia, a lo Leona Helmsley, en el que yo estaba viviendo. Pensó que arreglaría las cosas. Que me daría por vencido y que me iría, y que Malcolm se quedaría con ella, y que yo me quedaría solo, para contar mi dinero y llorar.

—Pero eso no fue lo que sucedió.

—Por supuesto que no. Era mi nombre el que estaba en el certificado de nacimiento, por el amor de Dios. Estaba casado con ella cuando lo concibió, y por supuesto cuando nació. Le amaba. Era mi hijo. —Casi gritó esta afirmación, dejándose llevar, pero al ver mi cara desconcertada se recuperó, repitiendo las palabras en un tono de voz más suave, lo que me conmovió, al igual que habría conmovido a cualquiera que le hubiera oído—. Le amaba. Era mi hijo. Podría haber basado mi demanda solo en eso. —Me enderecé. Había supuesto que *había* basado su demanda solo en eso, si se había mantenido en contacto con el chico. Y por la manera en la que estaba hablando, estaba claro que sí.

—¿Pero no lo hiciste?

Negó con la cabeza.

—Hice una prueba de paternidad. Quería saber lo dura que iba a ser la batalla. —Me volvió a mirar ferozmente, y por un momento casi entendí a Joanna cuando vi lo que había aguantado. Supongo que nadie puede tener tanto éxito como Kieran sin tener algo de acero en alguna parte—. Cuando tuve los resultados, demostraron que Malcolm era hijo mío, pese a todo.

Todo lo que había pensado acerca de que mis problemas se habían resuelto se desvaneció en un segundo.

—¿Cómo se lo tomó?

—¿Tú qué crees? —Puso los ojos en blanco—. Ya no pensaba con claridad por aquel entonces. Dijo que no me creía. Que era exactamente el tipo de cosas que yo podría arreglar, bla, bla, bla. Ya te lo puedes imaginar. —Podía—. Así que hicimos otra prueba con la supervisión de sus abogados, y por supuesto el resultado fue el

mismo, y para entonces, para entonces ella se estaba viniendo abajo... —Él estaba de pie, mirando por una de las ventanas, perfilado contra un cielo de terciopelo azul oscuro, contemplando la noche, casi sin darse cuenta de que yo estaba allí—. Como te puedes esperar, todo este lío no había ayudado en nada a que la consideraran en su sano juicio, así que no fue una gran sorpresa cuando el juez me concedió la plena custodia, y a ella las visitas, que era mucho más de lo que yo había pedido. Nos comunicaron la decisión en septiembre del ochenta y cinco.

—Y al mes siguiente se suicidó.

—Se suicidó, o fue una sobredosis accidental. De todos modos —suspiró, cansado, su recordada ira ya desaparecida—, estaba muerta. Así fue como acabó Joanna. Y de una manera tan innecesaria. Malcolm tenía catorce años. No habría podido evitar que la viera, incluso aunque hubiera querido, que no quería, más que uno o dos años como máximo.

Algunas decisiones son tan difíciles de desentrañar; las que toman los países y las de los individuos particulares pueden ser imposibles de explicar. ¿Por qué Napoleón invadió Rusia? ¿Por qué Carlos I no aceptó la paz cuando se la propusieron? ¿Y por qué Joanna Langley se escapó y se casó con este hombre cuando era un esperpento desesperado, pero le dejó cuando estaba empezando a triunfar? ¿Por qué trató de dividir a su hijo en dos cuando era lo suficientemente mayor como para hacerse su propia idea acerca de sus padres y sus filosofías enfrentadas? ¿Por qué cayó en la espiral de la depresión que la acercó a la muerte cuando en realidad no tenía nada que temer?

—No entiendo por qué nunca hemos oído nada de esto. ¿Por qué no está en Internet?

—Sobre todo porque he gastado una cantidad enorme de tiempo y de dinero para asegurarme de que nadie lo supiera. Ya en su momento mantuve a los periodistas a raya, no te diré cómo, y tengo un hombre que se pasa la vida rastreando la red para librarse de cualquier historia que me disguste, incluyendo cualquier referencia a Joanna.

—¿Por qué?

—Porque se lo debo. Arruiné su vida. No voy a dejar que se convierta en carnaza para una revista después de su muerte.

Arruiné su vida. Estaba muy impresionado por la implacable y cruda culpa en sus palabras. No se permitía ni una sola concesión.

—Qué triste —comenté. Y lo decía de corazón. Realmente estaba triste. Triste por la ruina que, en el transcurso de unos pocos minutos, había oído que se había tragado a toda la casa de los Langley. En mi disgustada mente, el rico y agradable Alfred y su áspera y ambiciosa Valerie habían sido arrancados súbitamente de su pedestal dorado, donde habían estado seguros en mi imaginación hasta ahora, y descendieron, como Don Giovanni, de nuevo a su lugar, de donde provenían. Mientras Joanna, el ideal que tuve toda la vida de lo encantadora que puede llegar a ser una mujer, yacía

profanada y muerta, su muñeca lacerada cubierta de marcas de aguja, su sucio pelo enredado cubriendo el suelo de cemento y lleno de orina de algún lugar de las Midlands—. Qué triste.

Miré mi reloj. Era hora de marcharme. Ahora entendía que Kieran hubiera saltado ante la oportunidad de poder hablar de la esposa que le abandonó contra su voluntad, pero que nunca abandonaría su mente. Simplemente, había querido charlar de ella con alguien que la hubiera conocido y esas oportunidades debían de ser cada vez más escasas, incluso para él. Se dio cuenta de que miraba la hora.

—Me gustaría enseñarte algo antes de que te fueras —dijo, y saliendo de la magnífica Cámara del Privilegio me llevó por el pasillo, pasando por delante de puertas medio abiertas que revelaban exquisitas habitaciones para comer y para leer u otras delicias, hasta que llegamos a la última. La abrió y me hizo pasar a lo que supongo que era una especie de estudio, con una mesa de escritorio y una silla cómoda. Podía adivinar que probablemente Kieran llevaba a cabo su trabajo ahí, todo lo opuesto a hojear papeles con una secretaria que apunta lo que se le dice, en la glamurosa biblioteca que había en el pasillo. Lo cierto es que pasaba mucho tiempo aquí, diría que todo el que podía, pero la razón no era que fuera tranquilo o estuviera ordenado. De hecho, su papel como habitación en la que escribir no era su propósito moral. Esta más bien era una capilla. Las cuatro paredes estaban cubiertas de fotografías enmarcadas, y una de ellas por entero de imágenes de Joanna: Joanna tal como yo la recordaba, joven y definitivamente guapísima; después Joanna un poco mayor, y un poco más mayor, pero nunca Joanna de vieja. Joanna a los treinta, pareciendo más agobiada y preocupada y con más arrugas de lo que debería; Joanna a los treinta y tres, fotografiada al dejar el juzgado durante su divorcio, una fotografía inocente de su infelicidad, generosamente sacada por algún periodista de un periodicucho, pero que probablemente no se había impreso nunca; Joanna a los treinta y cinco, sentada con su hijo, riéndose. Kieran lo estaba mirando todo conmigo—. Esta la sacó un amigo suyo. Malcolm estaba allí para comer o algo así y su amigo les hizo una foto. Es la última fotografía que tienen juntos. Es su última fotografía. Le quedaba menos de una semana. Nadie lo podría decir.

—Desde luego. —Miré la boca sonriente y los ojos cansados. Me encontré a mí mismo deseando que hubiera sido un día feliz, esa última salida con su hijo adorado. Eché un vistazo por si veía recortes de periódico de esa historia. Incluso después de todo lo que él había dicho, me sorprendía que no hubiera ninguno—. ¿Y no hubo cobertura por parte de los medios? Todavía no comprendo cómo conseguiste mantenerlo fuera de los periódicos. ¿También de los locales?

Pareció sentirse incómodo.

—Hubo unos cuantos reporteros, pero no muchos.

—No pude encontrar nada en Google. No salía nada de ella desde que os separasteis.

Kieran sabía el motivo.

—Usó mi apellido real después del divorcio. Ese era el nombre que aparecía en todo lo que llevaba en el bolso cuando la encontraron. Conseguí que no encontraran el vínculo. —Dudó—. Puedes leer las noticias si buscas a Joanna Futtock^[1].

—¿Futtock? —Estaba tan contento de saber que todavía había algo que resultara divertido.

Pareció un poco avergonzado.

—¿Por qué crees que nunca abandoné el «De Yong»?

—Me lo preguntaba. ¿Cuál era el apellido de soltera de tu madre?

—Cock^[2]. —Dio un suspiro desconsolado—. Para que veas.

—Hay gente que se queda con toda la suerte —dije. Y los dos nos echamos a reír. Había fotos de Joanna con Kieran, un joven Kieran con su espantosa mata de pelo rubio y un suministro al parecer infinito de las ropas más feas del mundo. Después un Kieran adulto; un Kieran triunfador; Kieran estrechando la mano de presidentes y reyes; incluso de Kieran con trajes cada vez mejores. Y al lado de Kieran, dondequiera que miraras, había más y más fotos del chico. Malcolm en la foto que le hicieron en la guardería; Malcolm nadando; Malcolm en una bicicleta; Malcolm a caballo; Malcolm con el uniforme de la escuela, con sus padres, uno a cada lado del niño enfurruñado, resistiéndose a dar su discurso en alguna celebración. Malcolm esquiando; Malcolm en la universidad; Malcolm graduándose con una cara muy seria; Malcolm con mochila.

—¿Qué está haciendo ahora? —pregunté.

Kieran se quedó callado por un segundo, después habló de la manera más agradable que pudo.

—También está muerto.

—¿Qué? —No conocía al chico de nada y al padre solo ligeramente, pero en ese momento me sentí como si me hubieran dado un culatazo con una pistola.

—Nada malo. No como su madre. —Esta vez podía ver humedecerse sus ojos, aunque mantuvo un admirable control de la voz—. Estaba perfectamente bien, veintitrés años, empezando en Warburg's, y no se quitaba de encima una gripe, así que creímos que se lo debería mirar. —Paró para respirar, de vuelta a ese horrible momento—. Le llevé al hospital para hacerle unos análisis y siete semanas después estaba muerto. —Se frotó la nariz con la mano izquierda, intentando sin éxito contener las lágrimas. Siguió hablando, más para tranquilizarse que para darme la información—. Y eso fue todo, la verdad. No procesé lo que había ocurrido. Al principio no. Durante un tiempo no. Unos cuantos años después incluso me volví a casar. —Cabeceó ante lo absurdo de la vida—. Por supuesto, fue ridículo y no duró mucho. Cometí un error, como ves. —Me miró—. Pensé que podía seguir viviendo. De todos modos —suspiró, como si esto por lo menos se diera por sobreentendido—, después de librarme de Jeanne vendí las casas y todo lo demás, y me vine aquí. Traje un montón de cosas conmigo, como puedes ver. No había logrado despedirme del todo.

—¿Cómo pasas el tiempo?

—Oh. —Se lo pensó por un momento, como si esta fuera una pregunta un tanto rara y difícil de responder—. Todavía tengo muchas cosas entre manos y me he interesado por financiar investigaciones, sobre todo en cuanto a cáncer. Me gustaría pensar que puede ayudar a prevenir que le ocurra a otra persona. Y me preocupo por la educación estos días, o más bien por la falta de ella. Si hubiera nacido ahora, habría terminado sirviendo pintas en un bar en Chelmsford. Me preocupan los chicos que nunca van a tener una oportunidad, tal como van las cosas. —Parecía complacido por pensar en esos asuntos, y por su propio papel en ellos. Y se lo merecía—. Y, aparte de eso, leo. Veo un montón de televisión y me gusta, lo que nadie admite. Ya ves — intentó sonreír, pero abandonó—, la cuestión es que, cuando tu único hijo ha muerto, estás muerto. —Se detuvo, como si quisiera remarcar a sí mismo la razón que tenía esa frase—. Tu vida se ha acabado. Ya no eres un padre. No eres nada. Se ha acabado. Solo estás esperando que tu cuerpo alcance a tu alma.

Dejó de hablar y los dos nos quedamos en ese sitio consagrado con amor. Kieran estaba llorando abiertamente llegados a ese punto, las lágrimas resbalaban por sus mejillas, dejando un rastro oscuro de marcas de agua en sus caras solapas, y confieso que yo también lloraba. No dijimos nada más y por unos pocos minutos tampoco nos movimos. Habría sido una imagen algo extraña si alguien nos hubiera interrumpido. Dos hombres con tendencia al sobrepeso, pasada la mediana edad, de pie, quietos, con sus trajes de Savile Row, llorando.

Once

No fue sorprendente que, después de una tarde como esa, decidiera que necesitaba algo de aire. Kieran se ofreció a prestarme su chófer para que me llevara a casa, pero yo quería caminar, aunque fuera solo un rato, y no insistió. Así que nos estrechamos la mano de esa manera tan inglesa, como si no hubiésemos pasado juntos ese trauma emocional, como si todo eso no hubiese pasado y los rastros de nuestras lágrimas tuvieran otra explicación, más banal y aceptable. Habíamos mascullado lo típico de volvernos a encontrar, lo que uno siempre dice. Espero que ocurra, lo que es insólito en mí, pero en verdad no lo creo. Después me fui a pasear por Embankment.

Era un largo camino hasta casa y hacía frío, aunque no lo parecía. Seguí deambulando, reviviendo y enterrando mis recuerdos de Joanna. Estaba contento de haber tenido otra oportunidad para volver a conocer a Kieran, aunque sabía que estaba más allá de toda ayuda, y me sentí como si me hubieran permitido mirar dentro de un alma que valía la pena. Ocupado con estos pensamientos melancólicos, había girado por Gloucester Road hasta Hereford Square, cuando oí un grito, después una risotada, más chillidos, y después el sonido de alguien vomitando. Desearía poder escribir que me quedé asombrado al escuchar lo que parecía comida india para llevar siendo arrojada a la acera, pero hoy en día se requeriría ser un marciano, uno que acabara de llegar del espacio exterior, para poder sorprenderse ante estos encantadores tinglados. Un grupo de jóvenes hombres y mujeres, a principios de la veintena, diría, estaban holgazaneando en la esquina de la plaza, quizás eran visitantes recientes del Hereford Arms, al otro lado de la calle, quizás no. Una mujer, con minifalda de cuero y zapatillas deportivas, estaba vomitando, y otra, con el pelo sospechosamente negro, la ayudaba. El resto se quedó de pie a su alrededor, esperando al próximo acto del espectáculo de esa noche. Como un tonto, me detuve para estudiarlos.

—¿Tienes algún problema? —me dijo un hombre con la cabeza afeitada y toda una selección de pendientes a lo largo de su oreja derecha. Me pregunté si el peso no le hacía perder el equilibrio.

—Mis problemas no parecen mucho, comparados con los suyos —dije, y después me arrepentí de mi respuesta de listillo, cuando dio un paso en mi dirección, amenazándome.

—Déjalo, Ron. No vale la pena —le gritó por encima del hombro la chica con el pelo negro y lo que parecían cuatro tipos diferentes de enaguas envolviendo su trasero. Afortunadamente, él pareció estar de acuerdo y se dio la vuelta.

Mientras se iba, me gritó un «que te den», pero más como un ritual de compromiso, como el que dice buenos días en la calle de un pueblo. Así que, antes de que cambiara de opinión, me largué.

No suelo dar paseos por la noche, aunque es más por pereza que por miedo, pero

cuando lo hago me asombran los cambios por los que ha atravesado Londres durante mi vida adulta, siendo el principal, por supuesto, no los atracos ni el crimen en general, ni siquiera la suciedad y la basura sin recoger que revolotea y se arremolina en montoncitos contra las verjas y los plataneros, esperando en vano a que vengan los barrenderos. Es la borrachera la que ha transformado las calles, no solo de Londres sino de cualquier otra ciudad, en un pequeño infierno para los ciudadanos respetuosos de la ley. El tipo de borrachera de la que en el pasado se solía decir que existía en Siberia en la cúspide de las normas de hierro de Stalin, como reflejo de la miseria de los oprimidos, o se rumoreaba que se manifestaba cerca del Polo Norte, donde las largas noches de invierno enloquecían incluso a los hombres más fuertes. ¿Por qué ha sucedido aquí? ¿Cuándo empezó? Solía pensar que tenía relación con la clase social, y que de alguna manera estaba relacionada con los males de la precariedad, pero no es así. No hace tanto fui a una fiesta de vigésimo primer cumpleaños, que se celebraba en uno de los clubes más selectos de St. James. El chico que cumplía años era listo, encantador, destinado al éxito y emparentado con la mitad de la nobleza menor, y pude contemplar cómo todas esas chicas agradables y esos jóvenes trasegaban el alcohol hasta tambalearse o vomitar o las dos cosas. Mientras me iba, oí una bandeja de vasos romperse entre carcajadas, y una chica con un bonito vestido de alta costura de chifón lila me empujó, con la mano en la boca, esperando llegar a tiempo. Fuera, un tipo con rastros de vómito en la camisa estaba orinando contra el coche que estaba aparcado al lado del mío. Me había escapado justo a tiempo.

Es cierto que algunas personas bebían mucho en mi época, siempre las ha habido, pero la borrachera era rara y triste, y hacía que los hombres parecieran unos tontos. Hasta hace relativamente poco, unos diez años, emborracharse era un error, una lamentable consecuencia de festejar algo, un error de cálculo que al día siguiente requería de una disculpa. Ahora es el objetivo. ¿Alguien ahí fuera entiende por qué dejamos que suceda? Porque yo no. Por supuesto que puedo ver el encanto de la «cultura de café» que se supone que estamos alentando. ¿Pero cuánto tiempo puede una persona cuerda contemplar el fracaso sin admitirlo? ¿En qué punto el optimismo se convierte en delirio? El otro día en la radio una estúpida mujer sermoneaba a su intimidado entrevistador, negando que hubiera problema alguno con los excesos alcohólicos del fin de semana, insistiendo en que la verdadera preocupación debería ser los borrachos de mediana edad y clase media, pimplando en sus propias casas. El maltrecho tipo no se atrevió a alegar que, aunque eso fuera cierto, aunque todos los *bons bourgeois* estuvieran tirados en sus alfombras, entonando cancioncillas todas las noches que les quedaban de vida, seguirían sin ser un inconveniente, porque no se los causarían *a nadie más*. ¿Por qué los líderes de hoy en día no comprenden que su trabajo es controlar el comportamiento antisocial, pero no la actividad privada; regular nuestras acciones mientras conciernan a otros, pero no cuando solo nos afecten a nosotros mismos? En tiempos así es difícil no creer que, como cultura, estamos perdidos, en negación perpetua, girando en el vacío.

Giré la llave y abrí la puerta del piso a la oscuridad de vivir solo. Me adentré en el salón y encendí unas cuantas lámparas. Estaba empezando a acostumbrarme a la idea de que cada vez que volviera a mi casa me la encontraría exactamente como la había dejado. Cuando Bridget se fue, lo hizo a conciencia. Mientras me despedía de ella, sospeché que ella veía esta separación como algo temporal, y que pronto me encontraría con señales reveladoras de que ella quería volver, pero ahora digo que me equivoqué, que de alguna manera había decidido que estaba tan contenta de perderme de vista como yo de perderla a ella. Este tipo de cosas son muy raras. Agonizas durante meses, o años, al final. ¿Deberías terminar con ello? ¿Deberías no hacerlo? Pero, una vez tomada la decisión, te muestras tan impaciente como un niño la víspera de Navidad. Con gran esfuerzo te contienes para no empaquetar sus cosas, parar un taxi y decirle adiós muy buenas esa misma noche. Deseas que se vaya, lo anhelas, para así poder empezar el resto de tu vida.

—Me echarás de menos —dijo mientras salía del piso, comprobando a última hora que no se le hubiera olvidado nada.

—Sé que lo haré —dije, tal como se debe hacer en estos casos.

Hay un protocolo establecido y entra dentro de la misma categoría que el «No eres tú, soy yo». De hecho, en ese momento pensaba que sí. Pero no la eché mucho de menos. O menos de lo que esperaba. Puedo cocinar bastante bien cuando me pongo, y tengo la suerte de disponer de una mujer que viene a limpiar unas cuantas veces a la semana, así que el cambio principal fue que ya no tenía que pasar las largas y oscuras tardes con alguien que siempre estaba decepcionada conmigo. Y eso era bastante agradable. De hecho, uno de los grandes dones de envejecer es el descubrimiento de que lo que una vez temiste, «quedarte solo», es mucho más agradable de lo que pensabas. Debería matizar esto. Envejecer y enfermar a solas, morirte solo, normalmente es algo triste, y supongo que en algún punto uno debería tomar medidas para evitar ese destino, si es posible. Supongo que el panorama de una muerte solitaria es todavía más terrorífico para los que no tienen hijos, pues no tienen a nadie del que puedan esperar que se involucre con su desintegración, pero incluso para ellos, y yo soy uno de ellos, los retazos de tiempo que puedes pasar a tu aire antes de que te arrastren a la visión de las puertas celestiales son simplemente maravillosos. Comes lo que quieres, ves en la televisión lo que quieres, bebes lo que quieres, yupi, y todo sin sentir culpa ninguna o la necesidad de apresurarte para que no te descubran. Si te sientes más sociable, sales, si no, te quedas en casa. Si te apetece hablar, coges el teléfono, si no, no lo coges, y a tu alrededor tienes el bendito silencio, no el silencio del rencor, sino el de la paz.

Por supuesto, esta regla solo se aplica si uno acaba de salir de una relación menos que satisfactoria. Para la viuda o el viudo de un matrimonio feliz, está claro que las cosas son diferentes. Siempre recordaré a mi padre, a solas, señalando que mientras otros podían sentirse aliviados por la muerte de su cónyuge, liberados para continuar con un interés o una afición, o involucrarse en alguna actividad respetable, que su

matrimonio había impedido, él, personalmente, no había ganado nada y lo había perdido todo, un homenaje conmovedor, incluso si mi madre se lo merecía más de lo que él pensaba. Pero, para el hombre o la mujer después de una ruptura largamente deseada, las cosas son bastante diferentes. Hay cosas que se echan de menos, por supuesto, el sexo entre ellas, pero durante mucho tiempo el tema del sexo entre Bridget y yo era más una cuestión de sentir que era lo que se esperaba de nosotros más que una demostración de interés verdadero por el otro o por alguna de sus partes. No niego que la idea de volver a embarcarme en un carrusel de «citas» para llenar ese hueco es aterradora para la gente en la cincuentena, pero aun así, la libertad es una palabra que siempre brilla.

A la mañana siguiente, al sentarme en mi escritorio, volví a repasar mi inexistente progreso en la búsqueda del afortunado niño, pero pensaba que debía de estar aproximándome a su conclusión. Después de todo, solo había otras dos mujeres en la lista a las que eliminar: Candida Finch y Terry Vitkov. Tras ellas, mi tarea estaría completa. Cuando hube considerado esas posibilidades, antes de ese momento, había creído que primero quedaría con Candida, puesto que estaba en Inglaterra. Si al final era ella la que estábamos buscando, no tendría que ir a Los Ángeles, lo que parecía una faena, así que era lógico intentarlo con ella primero. Pero cuando marqué su número, claramente impreso en la lista de Damian, se me ofreció repetidamente —la única vez que me sucedió durante toda esta aventura— la cortesía artificial de un contestador automático, y que yo dejara mensaje tras mensaje solo lo empeoró, sobre todo cuando no alcanzaba ningún resultado visible. Ya no me sentía cómodo con mi excusa de la falsa obra benéfica, no desde que Kieran, de alguna manera, lo había dejado al descubierto, aunque fuera sin querer, y en vez de inventarme otra mentira decidí en cambio hacerle una petición muy sencilla, diciendo mi nombre, sugiriendo que probablemente se había olvidado de mí pero que nos habíamos conocido una vez, y pidiéndole que se pusiera en contacto conmigo cuando tuviera un momento. Después dejé mi número de teléfono, volví a dejar el auricular en su sitio con cuidado y esperé lo mejor. Pero lo mejor tardaba en llegar, y después de tres semanas de esto, y una postal sin responder, no estaba seguro de qué hacer ahora para servir a mi dueño. Después de todo, no teníamos tanto tiempo como para perderlo.

—Ve a Los Ángeles —dijo Damian por la línea telefónica—. Tómame un descanso, quédate unos cuantos días. Puedes tachar a Terry de la lista, si eso, y cuidarte un poco. ¿Tienes un editor allí?

—Solo como parte de un acuerdo que tienen con los de Londres. No le he conocido nunca.

—Ahí tienes. Dale un capricho. Escoge a unas chicas, llévatelo una tarde por ahí, hazle pasar el mejor día de su vida. Pago yo.

¿Debería ofenderme este intento de parecer generoso? ¿O realmente estaba siendo generoso?

—Mi agente de aquí dice que es gay.

—Mucho mejor. Coquetea con él. Hazle pensar que es el único hombre que alguna vez has encontrado atractivo. Pídele consejo y dile lo mucho que te ha ayudado cuando te lo dé, después ponle un manuscrito sin terminar en sus manos y haz que crea que forma parte de lo que estás haciendo. —Comentarios como este me hacían dolorosamente consciente de que Damian sabía mucho más del mundo que yo.

Había hablado con él de mi tarde con Kieran de Yong, no de todo, no de lo último, pero lo suficiente para que supiera que me había caído bien y que el chaval muerto definitivamente no era hijo de Damian. Se quedó silencioso al otro lado de la línea uno o dos minutos.

—Pobre Joanna —dijo.

—Sí.

—Tenía todos los dones necesarios para la época que se avecinaba.

—Estoy de acuerdo.

—Si tan solo hubiera sido una cínica... Murió de optimismo, en cierto modo.

—Como un montón de hijos de los sesenta.

—Me alegro de que te cayera bien —dijo con una voz sorprendentemente generosa—. Por supuesto, a mí no me aguanta.

—Y ya sabemos por qué. —Dudé, preguntándome si quería volver a ese episodio problemático, y sin embargo consciente de que cada detalle que desvelaba en este viaje insistía en llevarme de vuelta—. ¿Sabemos todo en lo que andabas? ¿En Estoril? ¿Es verdad lo que me estás contando? ¿O acaso sus recuerdos les engañan? Porque está empezando a sonar como si te hubieras acostado con todas las mujeres del mundo en el espacio de unos pocos días.

—Era joven —contestó, y los dos nos reímos.

Conocí a Terry, como ya he dicho, en el baile que se le dio a Dagmar de Moravia. A Lucy Dalton le había caído mal a primera vista y también a algunas otras, pero a mí no. No quiero decir que me volviera loco, pero, por variar la escalofriante frase de Kieran, era alguien. Estaba llena de energía, llena de lo que una vez se llamó coraje, y me gustaba su determinación y la de su madre para, en primer lugar, pasárselo maravillosamente. Su padre, a quien nunca veríamos mucho, se había forrado con una agencia de publicidad, al principio en Cincinnati y después en Madison Avenue, justo en el momento en el que el mundo estaba descubriendo lo que la publicidad podía hacer. Durante toda la década de 1950, había habido una sensación generalizada de que bastaba con decir: «¡Compra esto! ¡Es bueno!». Y que eso daría resultados, llevando el producto a un público agradecido, hasta el momento, que sucedió durante mi adolescencia, en que el mundo de la mercadotecnia cambiaría para siempre, y empezaría su despiadada campaña para apoderarse de la civilización. Jeff Vitkov vio este periodo que se avecinaba antes que la mayoría. Era un alma sencilla, sin pretensiones, brillante a su manera pero no, o eso pensábamos, complicado en sus

deseos o en sus necesidades, el último hombre en la tierra que deseaba ascender socialmente. Incluso después de mudarse a Nueva York, continuó considerando Cincinnati como su hogar, y posiblemente habría dejado a su familia allí, volviendo para pasar los fines de semana, disfrutando de las vacaciones en algún modesto pero cómodo complejo turístico, si su esposa, Verena, no hubiera hecho el desagradable descubrimiento de que incluso la vertiginosa mejora de sus finanzas no le había traído el reconocimiento social al que ella aspiraba, y del que con bastante razón, se creía merecedora. Eso es una fantasía que uno a menudo escucha en Inglaterra, que América carece de clases sociales, lo que, como cualquier viajero sabrá, es una absoluta estupidez, sobre todo en la ciudades de provincia, cuyas disposiciones sociales pueden resistirse de manera impresionante al ambicioso recién llegado. Alguien comentó, no hace tanto tiempo, que sería más fácil ganar la *entree* a la cámara del rey en Versalles que unirse al clan que regía Charleston, y lo mismo se puede decir de todas las ciudades de la verdadera *Gratin* americana.

Esto siempre fue así. Una de las principales razones de la invasión de herederas americanas en 1880 y 1890, las llamadas Bucaneras, fue que muchas de las hijas de esos papás, nuevos ricos, se cansaron de que les dieran con las puertas en las narices en sus hogares de Cleveland o St. Louis o Detroit, y en vez de eso preferían disfrutar de la profunda y genuina cordialidad con la que los ingleses de buen nacer siempre han dado la bienvenida al dinero. No se puede negar que las carreras de chicas como Virginia Bonyng, vizcondesa Deerhurst, que empezó como la hija de un asesino convicto del Medio Oeste, podría confirmar que las cosas eran mucho más fáciles a este lado del charco. No hace falta decir que esto a menudo desembocaba en una dulce venganza, pues las madres de la duquesa de Manchester o de la condesa de Rosslyn o lady Randolph Churchill o muchas muchas otras, volverían a casa triunfantes, al mismo lugar donde una vez habían sido humilladas, para restregárselo en las narices a sus hermanas. En ese momento sospeché que ideas por el estilo eran las que estaban tras el plan, formado en la mente de Verena Vitkov a finales de 1967, de que su hija pasara por la temporada inglesa.

En esos días, había opciones para que las madres pudieran compartir gastos, si así lo necesitaban. Ya era todo menos abundante de lo que había sido antes de la guerra, cuando había tres o cuatro bailes en Londres todas las noches. Hasta el final de la presentación en sociedad había media docena todas las semanas, en mi época eran dos o tres; y quince años después se convirtieron en menos de diez a lo largo de toda la temporada. Incluso en 1968, algunas chicas solo daban cócteles sin baile, otras daban ambos pero compartían el baile, y no había de qué avergonzarse. Serena Gresham compartió su baile de puesta de largo con su prima, Candida Finch, aunque esto por supuesto fue porque lady Claremont lo estaba pagando todo. Pero, desde el principio, Terry Vitkov estuvo ansiosa por cubrir todas las bases, y no tengo ninguna duda de que quien más la animó a ello fue su madre, la incombustible Verena. El cóctel que dieron, al principio de todo, antes de que se hubieran situado, fue bastante

normal, en el Goring, pero para el baile estaban resueltas a conseguir que fuera una noche inolvidable. Esto se consiguió, sin duda, aunque no de la manera que ellas hubieran esperado, pero lo contaré después y, para ser justos, era una ubicación muy original. La señora de Jeffrey Vitkov, así rezaba la invitación, nos recibiría, «en honor a Terry», en tal y tal fecha, en el Museo de Cera de Madame Tussaud en Euston Road.

No sé si todavía se puede alquilar para una fiesta privada. No solo una estancia, o una sala privada dispuesta para «espectáculos», sino todo el edificio y lo que contiene. Lo dudo mucho, o si al final se puede, supongo que el precio sería prohibitivo excepto para los superricos, pero hace cuarenta años sí se podía. También corrían menos riesgos que ahora. Aparte de cualquier otra cosa, respetábamos mucho más la ley. Teníamos mucho más cuidado. El crimen, en lo concerniente a las clases altas, era raro. La gente puede refunfuñar cuando oye que no cerraban con llave las casas en el campo, pero es que no se hacía. No si uno solo se iba a hacer la compra. En Londres nos íbamos caminando de noche hasta casa sin ningún temor. Birlar en las tiendas no se consideraba guay. Era simplemente robar. No creo que los atracos fueran lo suficientemente comunes como para merecerse un nombre que los diferenciara. Y además, como ya he dicho, nos emborrachábamos mucho menos. Esto no significaba, por supuesto, que cada fiesta transcurría sin percances.

Cené muy bien la noche del baile de Terry, porque mis anfitriones se habían olvidado por completo. Me presenté en la puerta de una casa bastante elegante en Montpelier Square, y mientras esperaba en los escalones a que alguien respondiera al timbre, se me unió Lucy Dalton y un hombre al que casi no conocía, que después se convirtió en el director de la empresa financiera Schrodgers o de algún otro enredo igual de brillante, aunque no hubieras podido adivinar ese futuro tan prometedor por aquel entonces. Los tres nos quedamos de pie, pasando nuestro peso de un pie y al otro, hasta que la señora Northbrook (pues ese era su nombre) abrió la puerta en vaqueros y jersey, y se quedó allí con una ginebra con tónica en la mano. Al vernos, la cara se le quedó blanca y nos saludó con las siguientes y reveladoras palabras: «¡Dios mío, *esta noche no!*». El resultado de esto fue que gritó para llamar al señor Northbrook, que reservó mesa para diez en un sitio excelente cerca de Harrods, en ese pequeño triángulo que solía tener un poco de césped enfrente, ¿o me lo estoy inventando? Mientras esperábamos, nos sentamos en su bonito y desordenado salón bebiéndonos un Pouilly Fumé bastante bueno, que Laura Northbrook (habíamos avanzado desde el momento rellano) había encontrado milagrosamente en la nevera, antes de unirse a su marido en la lucha para ponerse los trajes. Tras esa bienvenida no podían escatimar en lo que iban a pedir sus invitados, y el resultado fue una de las mejores cenas de las que disfruté todo ese año.

Por tanto, nuestro grupo estaba bastante alegre y jovial cuando llegamos a la famosa entrada a las once de la noche. Supongo que debía de haber porteros o alguien que nos dejara pasar, pero, como ya he dicho, no recuerdo que nos pidieran las

invitaciones, o que nos tacharan de una lista. La fiesta principal se había preparado en lo que antes era, y quizás ahora también, la Recámara de los Reyes. Las estatuas de cera de la monarquía inglesa se habían colocado en círculo alrededor de la pista de baile, donde había espacio libre, pero las figuras estaban lo suficientemente aparte como para que pudiéramos pasear entre ellas, y más tarde aparecieron en la prensa — aunque no en el *Tatler*, y ese había sido originalmente el plan— las fotografías de las debutantes y sus acompañantes de pie, aparentemente al lado de Enrique VIII o de la reina Carolina de Anspach. Yo mismo fui fotografiado con una chica que conocía de los años de Hampshire, después de que mi padre se retirara de la diplomacia. Afortunadamente, nunca apareció impresa, pero por alguna olvidada razón, poseo una copia. Parecía que estuviéramos hablando con una sorprendida y enfadada princesa Margarita.

Como ya sabemos, cada estatua de cera que se ha hecho parece estar o drogada o acabada de arrestar por cometer un crimen, y en ese único aspecto las últimas cuatro décadas no han cambiado mucho. Excepto quizás en lo que se refiere a los sujetos. Es cierto que sabíamos más de historia por aquel entonces, el país en general la conocía mejor, no solo los privilegiados, el sistema educativo todavía no había roto el vínculo entre enseñar e impartir conocimiento; así que figuras como Wellington y Disraeli y Gordon de Jartum todavía tenían un eco que resonaba fuera de la élite, el único grupo hoy en día que ha oído hablar de ellos. Y, en lo que se refiere a figuras de cera, no existía ese moderno y pusilánime terror de ofender a alguien, y soy testigo de que la Cámara de los Horrores en aquellos días era verdaderamente horrible. Esa noche se había convertido en una discoteca, y cuando Lucy y yo bajamos para explorarla estaba claro que las autoridades no se habían preocupado acerca de si alguien podía resultar herido en el caso de que se cayera una castaña extraviada o un cesto de flores capuchinas.

Había pilares de piedra dividiendo el espacio y coronando cada uno de ellos, en un pequeño saliente, una cabeza cortada y desfigurada de manera atroz. Los ojos fuera de las cuencas, piel colgante revelando huesos blanquecinos, uno incluso tenía una barra de hierro atravesándolo, haciendo que la cara pareciera muy sorprendida, tal como debería estarlo. Un gran expositor de cristal contenía ejemplos en miniatura de todas las torturas conocidas por el hombre, algunas nuevas para mí, y nos paseamos lentamente mirándolo, maravillándonos de la crueldad humana. Después estaban los asesinos en serie, aunque no creo que se les llamara así por aquel entonces, pero existían, aunque fuera con otro nombre. George Smith, que ahogó a varias novias desafortunadas, estaba de pie al lado de una bañera que nos dijeron que era la auténtica donde había perpetrado sus crímenes. El doctor Hawley Crippen estaba allí, y John Haig, que conoció a su víctima en el Onslow Court Hotel, que yo conocía bien porque estaba al final de la calle donde solía vivir mi abuela. Haig escogió a la señora Durand-Deacon de entre los que cenaban en el restaurante y se trabajó su cariño, antes de llevársela a alguna parte del campo y sumergirla en una

tina de ácido. Lucy y yo nos quedamos de pie, silenciosos por la visión de estos hombres tan ordinarios que habían causado tales desdichas. Hoy en día estas exhibiciones suelen tener un lado cómico, incluso exagerado, que de alguna manera le protege a uno de la realidad de que lo que estás presenciando es cierto, que todas estas cosas tan terribles sucedieron, pero entonces se tendía a lo contrario, a hacerlo tan real como fuera posible y el resultado era curiosamente inquietante, incluso al recordarlo después de tanto tiempo.

Al final, en el mismo centro de la habitación había una sucia cortina con instrucciones de no descorrerla a no ser que estuviéramos preparados. Creo que estaba prohibido a los menores de dieciséis años o algo igual de tentador. Era la cortina lo que me fascinaba. Era vieja, estaba gastada y sucia, como la de un cobertizo para poder esconder los insecticidas, y de alguna manera esto la convertía en mucho más siniestra que si hubiera sido un llamativo velo de satén escarlata.

—¿Lo hacemos? —pregunté.

—Hazlo tú. No quiero mirar.

Lucy se volvió, pero, por supuesto, no se movió. La gente dice cosas como estas, no porque no vayan a mirar, sino porque no desean asumir ningún tipo de responsabilidad por los horrores que les serán revelados. Era una manera de disfrutar al mismo tiempo que mantenían su superioridad.

Descorrí la cortina. El impacto fue brutal e inmediato. Aunque no fue provocado por la joven que colgaba de un gancho de hierro que le había penetrado por sus partes vitales y en el que se estaba retorciendo aparentemente en una gimiente y realista agonía. Esto lo podía soportar. Lo que casi me hizo llorar de dolor fue ver a Damian y a Serena sumidos en un abrazo intenso, y obviamente él le estaba metiendo la lengua en la boca tan hondo que ella debía de tener problemas para respirar. Aunque no puedo fingir que pareciera, ni siquiera a mí, que ella se resistía a sus avances. Lejos de eso. Le hincaba las uñas en la espalda, le pasaba los dedos por el pelo, estrechaba su cuerpo contra el suyo, hasta parecía estar intentando fundir los dos cuerpos en un solo ser.

—No es de extrañar que la cortina llevara un aviso —dijo Lucy, y se quedaron congelados, después nos miraron. Busqué desesperadamente una frase que pudiera contener mi ira hacia Damian, mi decepción hacia Serena, y mi desprecio por su nueva moralidad, todo en uno. Fui demasiado ambicioso. Podría haber hecho una combinación de palabras en alemán, pero el inglés tiene sus limitaciones.

—Estáis ocupados —dije. Lo que no llegó al objetivo que me había propuesto.

Se habían separado ya, y Serena se estaba reacomodando la ropa. Su lenguaje corporal me dejó muy claro que estaba deseando pedirnos a Lucy y a mí que no dijéramos nada, pero que no lo hacía porque lo consideraba humillante.

—No diremos nada —me adelanté.

—No me importa si lo hacéis —contestó, con un alivio inmenso.

Damian, mientras tanto, se lo estaba tomando con su *insouciance* de siempre.

—Te veo luego. —Abrazó a Serena rápidamente y se limpió el pintalabios de la boca con un pañuelo, que después volvió a guardar en el bolsillo. Sin dirigirnos ni una palabra, se deslizó por detrás de la cortina y se fue.

El sonido de un disco de O. C. Smith, muy solicitado ese verano, *Hickory Holler's Tramp*, llenó todo de repente, lo que provocó un extraño contraste cultural con todas esas cabezas cortadas y asesinos, y la desgraciada víctima balanceándose en el gancho, pero los tres nos quedamos de pie, allí quietos. Hasta que oímos un ruido y Andrew Summersby se asomó por la cortina.

—Aquí estás —dijo, ignorándonos—. He mirado por todas partes. —Se fijó en nuestra grotesca acompañante de cera—. Uuugh. —Se rio—. A alguien se le va a cortar la digestión. —Y empujó la figura, como si estuviese en un columpio. Esa cosa espantosa se movió a un lado y al otro, al final de la cuerda.

—Bailemos —dijo Lucy, y sin dirigirle otra palabra a Serena, la dejamos con el honorable zopenco, y nos fuimos hasta una pequeña pista de baile a oscuras, presidida por una guillotina, en la que un aristócrata francés con una chaqueta de terciopelo barato y arrugado estaba siendo maniatado por dos robustos revolucionarios. Desde un palco con cortinas en el lateral, la familia real francesa les miraba con serenidad.

—¿Estás bien? —Para mi desconcierto, Lucy parecía estar al borde de las lágrimas. No me podía imaginar la razón.

Se enfadó por mi pregunta.

—Por supuesto que sí —dijo con brusquedad, cabeceando con fuerza al ritmo de la música durante un rato. Después me miró como disculpándose—. No te preocupes por mí —dijo—. Es que me han dado una mala noticia al salir de casa y me acabo de acordar otra vez. —Puse mi cara de atención—. Una tía mía, la hermana de mi madre. Tiene cáncer. —Esto fue muy inteligente por su parte, ahora puedo verlo. En el tiempo del que escribo, los ingleses habían empezado a llamarlo por su nombre, en vez de referirse a él como «una grave enfermedad largo tiempo soportada», pero todavía había algo que temer en esa palabra, todavía algo no exactamente vergonzoso, pero que sí tenía que ser evitado por todos los medios. Por aquel entonces el diagnóstico era considerado una sentencia de muerte, y cuando se oía hablar acerca de personas que se sometían a tratamientos, uno casi les despreciaba por no enfrentarse a la verdad, aunque supongo que la lógica nos dice que algunos de ellos debieron de sobrevivir, ¿no es cierto? De todos modos, el caso es que no era como hoy en día, cuando tienes una posibilidad razonable, aunque no tan razonable como los que no son médicos tienden a asumir. Para Lucy, decir la palabra en voz alta significaba que me distraería por completo. Incluso así, admito que estoy un poco avergonzado por habérmelo creído totalmente.

—Lo siento —dije—. Pero hay todo tipo de cosas que pueden hacer ahora. —Uno vocalizaba estos tópicos en esos tiempos, eran tan parte de la rutina como «¿Qué tal estás?», aunque no pensaras que pudieran ser verdad. Asintió por compromiso y

seguimos bailando.

Por alguna razón, estoy seguro de que inocentemente, Terry, o más probablemente su madre, había decidido cortar una tarta en medio de la fiesta. Esto no se hacía, por lo común. Como ya he dicho, en esos días antes del si bebes, no conduzcas, cenábamos antes de ir y, por lo general, no volvíamos a comer hasta que nos servían el desayuno al final del baile. De vez en cuando había algo parecido a un discurso o a un brindis a media fiesta, aunque no siempre, pero solía consistir en un anciano tío poniéndose de pie y diciendo sencillamente qué chica tan maravillosa era fulanita de tal, y todos alzábamos el vaso, y eso era todo. Había peligro en apartarse de la norma, pero la verdad es que cuando no había discurso, que era lo normal, había casos en los que todo era un poco soso. Llegábamos, bebíamos, bailábamos, nos íbamos a casa y nunca había lo que mi madre llamaba «un momento» en toda la tarde que realmente se nos quedara grabado. El padre de la debutante en cuestión tendría la amarga certeza de que se había gastado miles y miles de libras en una noche que nadie recordaría. Por otro lado, el riesgo de un discurso y un brindis es que siempre puede parecer un poco ordinario. Por lo menos, cuando la ocasión para ello no es una boda, o algún sitio donde normalmente son esperados. En cualquier caso, en esta tarde en concreto, quizás porque ni Terry ni Verena se sabían las normas al dedillo, habían decidido servir pasteles y hacer un brindis, como si esa fuera la boda para la que se preparaban.

Supongo que la gente que deambulaba por entre las figuras de cera fue convocada por los altavoces, que estaba claro que se habían instalado en ese edificio para poder controlar aglomeraciones, pero Lucy y yo habíamos vuelto a la Recámara de los Reyes y nos habíamos sentado con Georgina Waddilove y con Richard Tremayne, una pareja muy improbable, presididos por los miembros más aburridos de la dinastía Hannover, uno de los cuales era responsable de ser el antepasado de Richard, el primer duque de Trent, en la que sospecho que debía de haber sido una desacostumbrada noche de holganza. Ya no me acuerdo de por qué Richard estaba con nosotros, probablemente porque estaba cansado y no encontró otro lugar para sentarse. En cualquier caso, Jeff Vitkov, que había venido desde Nueva York especialmente para el baile, y que estaba decidido a dejar su impronta, cogió el micrófono del cantante del grupo, y anunció que iba a proponer un brindis por «su joven y hermosa hija, y su joven y más hermosa todavía mujer». Este es el tipo de cosas que hacen que los ingleses se avergüencen, y nos estábamos recuperando todavía, cuando añadió que íbamos a comer unos auténticos *brownies* americanos, para señalar el «debut», sic, de una «verdadera chica americana». Quitando la pegajosa sensiblería de todo aquello, para la mayoría de nosotros la palabra «brownies» en aquellos días significaba «Girl Scouts», igual que se llamaba «cubs» a los Boy Scouts, así que fue bastante cómico cuando se comunicó que íbamos a comérnoslas, pero seguimos escuchando cuando Jeff alabó a su hija, Terry, quien después cogió el micrófono y rindió un conmovedor tributo a sus maravillosos

«mami y papi», lo que nos dejó paralizados en nuestras sillas. Cogió un gran cuchillo, y lo deslizó a través de una pila de los mencionados *brownies*, y después de eso aparecieron un montón de camareras, llevando bandejas llenas de los bizcochitos de chocolate y nueces que ahora todos conocemos, pero que en ese momento no. Odio el chocolate y recuerdo que Georgina también, así que, solos en nuestra mesa, no comimos ninguno, pero debían de estar bastante buenos, porque todo el mundo estaba comiendo, y desde el otro lado de la habitación pude ver a Damian sirviéndose más.

Lo que sucedió un poco más tarde empezó casi como un rumor, una sensación de extrañeza expandiéndose por los que estábamos allí, antes de que nadie se diera cuenta del motivo. Recuerdo que estaba bailando con Minna Bunting, aunque nuestro pequeño cortejo ya había llegado a su fin, y de repente se oyó a alguien vomitando con violencia, lo que por aquel entonces era bastante chocante. Los que estaban en la pista de baile empezaron a mirarse entre ellos, al haber más ruidos extraños, los hombres y las mujeres empezaron a gritar muertos de risa, no una risa normal, de diversión, sino un cacareo agudo, como el de un aquelarre de brujas. En lo que nos pareció muy poco tiempo oímos gritar y cantar y chillar y llorar, desde cada una de las esquinas. Miré a mi acompañante para compartir mi asombro, pero ella tampoco parecía encontrarse muy bien.

—Me siento muy enferma —masculló, y se fue de la pista sin decir una palabra más.

Me apresuré a ir tras ella, pero al llegar al final se agarró de repente la boca y corrió hacia algún sitio, supongo que a algún lejano pero bienvenido aseo. De algún modo los que bailaban habían mantenido un cierto orden, pero una vez que nos fuimos, el gentío que llenaba el resto de las habitaciones y giraba alrededor de nosotros parecía un poco —o, antes de que pasara un rato, *muy*— loco. Una de las madres me adelantó, con el pecho saliéndosele del vestido, y vi a Annabella Warren, la hermana de Andrew Summersby, gritando tendida en el suelo, con la falda levantada por encima de la cintura, enseñando una ropa interior absolutamente sorprendente, probablemente reciclada por su niñera. No muy lejos, en la esquina, un joven estaba en el proceso de quitarse la camisa por la cabeza. En la refriega había perdido la pista de Minna, pero alguien me cogió del brazo.

—¿Qué demonios está pasando? —Georgina estaba a mi lado, su imponente figura me ofrecía refugio. Una chica se tropezó y se cayó, abriéndose de piernas a nuestros pies, riéndose.

—¡Vamos, todos! ¡Dando palmas! —La voz, amplificada por el micrófono, era demasiado familiar. Nos volvimos y nos dimos cuenta de que el chico que se desvestía no era otro que el señor Baxter, que se había liberado del resto de su ropa y estaba retozando alegremente por el escenario llevando únicamente los calzoncillos puestos, y en grave peligro de perder incluso esos.

Para aquel entonces, la pista de baile se había convertido en un manicomio. Algunas personas debían de haber escapado a los primeros síntomas de problema,

con ese maravilloso instinto que las clases altas británicas generalmente demuestran en ese tipo de situaciones, pero aquellos que no estaban ya en la salida estaban encontrando dificultades para llegar a ella. De repente pude ver a Terry, en medio de la demente muchedumbre. Su peinado se había estropeado y unos tirabuzones postizos se habían separado de su cabeza y se le habían enganchado con una cremallera o un corchete detrás del cuello, dejándole una especie de crin que le recorría la espalda, lo que hacía que pareciera un poco asilvestrada mientras intentaba abrirse paso a manotazos a través de sus invitados. Pasé por delante de un hombre que lloraba, con su regurgitada cena de él, y cogí a Terry de la muñeca para traerla junto a nosotros.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

—Alguien ha condimentado los *brownies*. Estaban llenos de hachís.

—¿Qué? —¿Es creíble que la palabra no me resultara familiar? ¿O acaso fue el asombro del descubrimiento lo que me desconcertó?

—Hachís. Marihuana. María. —Terry estaba más familiarizada con el término, y más enfadada que Gengis Khan.

—¿Por qué? ¿Quién haría eso?

—Alguien que quería arruinar mi fiesta, pero decirse a sí mismo que solo era una broma.

Sin duda, esto era un diagnóstico completamente certero. Era rica, era guapa, era una extraña. Más que suficiente para asegurarse la enemistad en varios frentes, aunque esto parecía una manera muy desagradable y poco frecuente de expresarlo. Pero quien lo hubiera hecho podría no haberse dado cuenta del nivel de caos que lograría con esta pequeña broma. No todos éramos expertos, en esos tiempos.

—Tú parece estar bien.

—Estoy bien porque estoy a dieta. —Lo dijo muy cortante, y hubiera sido casi gracioso, si no hubiésemos estado en medio de tal desolación. En ese momento una llorosa Verena Vitkov reclamó a su hija desde el otro lado de la sala. Alguien se había tropezado con su vestido, y se le había roto una costura en la cintura, dejando, no sus piernas, sino sus michelines a la vista, lo que por supuesto era mucho peor.

—Salgamos de aquí —le dije a Georgina y ella asintió, pero entonces sucedieron dos cosas. La primera fue que vi que Serena Gresham había subido al escenario con una chaqueta de traje, supongo que la de Damian, en la que estaba intentando introducirle, pese a sus protestas. También llevaba sus pantalones en el brazo, pero estaba claro que el trabajo le iba demasiado grande, y ni siquiera lo intentó. La segunda cosa que llamó mi atención fue el sonido de la sirena de la policía, que retumbó por la habitación como el repique de las campanas del Apocalipsis. De inmediato, lo que había sido un caos hasta entonces se transformó en una estampida llena de pánico. Es fácil pensar ahora, casi tranquilamente, en la idea de una redada por drogas. En los cuarenta años que han pasado desde que esto sucedió, las drogas mismas han dejado de parecer extraordinarias. Lo que es lamentable, desde luego, y

todavía sigue siendo algo que evitar para la mayoría de nosotros, pero no desconocido. En esos días, a la inmensa mayoría de esa gente les hubiera extrañado el solo concepto de drogarse. Cualquiera que sea la impresión que a las estrellas del pop y a la cadena de televisión Channel Four les guste dar de los sesenta, si sus historias son ciertas, lo que a menudo dudo, estos vivían en un mundo totalmente diferente del de mi gente. Era obvio que los chicos malos, de entre nosotros, estaban empezando a experimentar, y siete u ocho años después muchos de nosotros seríamos introducidos en la cultura de las drogas y del a la mierda con todo, pero no entonces. Después de todo, gran parte de lo que se conoce como «los sesenta» sucedió en la década siguiente. Y sin embargo aquí estábamos, debutantes y pretendientes, y muchos de sus madres y sus padres, en una redada de drogas a gran escala, lo que proporcionaría a los periódicos del día siguiente, y de eso nos habíamos dado cuenta, una maravillosa historia. Por lealtad familiar, aunque no fuera por otra cosa, todos esos agradables y jóvenes hijos e hijas de condes y de vizcondes, de jueces del tribunal supremo y de generales del ejército, de banqueros y directivos de empresas, tenían que salir de esa habitación antes de que les vieran y antes de que les arrestaran, para evitar que sus inocentes padres fueran alcanzados por el escarnio público que incluso entonces estaba preparado y listo para fluir como el agua. Si la sala hubiera estado envuelta en llamas, la estampida hacia la puerta no habría sido más apremiante.

Yo también habría ido en la misma dirección que el gentío, pero Georgina me contuvo.

—Es inútil —dijo—. Nos estarán esperando en la calle.

—¿Por dónde, entonces?

—Por aquí. Habrá una salida de servicio para el grupo de música. Y las camareras tienen que haber estado trayendo las bebidas de algún sitio.

Los dos juntos nos enfrentamos a la multitud. Pude ver a Candida Finch, con la cara verde y al límite de sus fuerzas, recostada contra la pared de enfrente, pero estaba demasiado lejos como para ayudarla. Algunas chicas estaban bailando una especie de reel, alternándolo con gritos, en medio de la pista entre nosotros. Después Candida desapareció y no la volví a ver más.

—Esto es una pesadilla. —Serena ya estaba a mi lado para cuando me di cuenta de quién era. Tenía un brazo alrededor de Damian, que todavía estaba animando a la gente y sugiriéndoles que dieran palmas—. Te voy a palmear *a ti* como no te calles —dijo, pero no pareció que surtiera mucho efecto. Damian se cayó, y otros pasaron por encima de él, hasta que me empecé a preguntar de verdad si podía estar herido—. Ayúdame a conseguir que se esté de pie. —Serena se había agachado entre todos los pies que arremetían, y supe que tenía que esforzarme. Entre los dos conseguimos enlazar nuestros brazos por debajo de los suyos y arrastrarle literalmente hasta salir de la sala.

—¿Cómo es que estás bien? ¿Tampoco lo comiste?

Serena arrugó la nariz.

—No tenía hambre.

—¡Vamos!

La emprendedora Georgina había encontrado una puerta de servicio detrás de una cortina, por la que algunas personas, no muchas, se estaban escabullendo. Detrás de nosotros, los silbidos y los gritos en general habían aumentado de volumen, y estaba claro que aquellos que habían intentado irse de una manera más ortodoxa estaban siendo sometidos a espantosas humillaciones antes de que se lo permitieran.

—¡Dios mío, la prensa está fuera! —Esto venía por parte de Lucy, que había empezado a bajar por la escalera principal, solo para hacer este inoportuno descubrimiento, y emprender la retirada, cuando nos encontró—. Si salgo en los periódicos, mi padre me va a matar. —Es gracioso. Estábamos mucho más regidos por ese tipo de pensamientos que nuestros equivalentes lo están ahora.

Siguiendo a nuestra líder, Georgina, llegamos a un rellano en la parte superior de una escalera. Había invitados, con diferentes grados de desaliño, apresurándose a bajar. Una chica se rompió el tacón del zapato y se cayó por todo lo que le quedaba del segundo piso mientras gritaba, pero sin detenerse se puso de pie, se quitó el zapato y siguió con ello. Desgraciadamente, Damian parecía estar cada vez peor. Había dejado de pedirnos que diéramos palmas y había decidido simplemente dormirse.

—Estoy muy bien —murmuró, con la barbilla hundiéndosele en el pecho—. Solo necesito una pequeña siesta y después estaré perfectamente. —Su barbilla descendió todavía más, le siguieron sus párpados, y empezó a roncar.

—Tendremos que dejarle —dijo Georgina—. No le van a matar. Apuntarán su nombre, y le darán un aviso o algo así, y ahí se acabará todo.

—No le voy a abandonar —dijo Serena—. ¿Quién sabe lo que le van a hacer? ¿Y qué va a suceder después? Si su nombre aparece en una redada por drogas, a lo mejor nunca le darán un pasaporte, ni una garantía de crédito, ni conseguirá un trabajo en una embajada, ni cosas de esas.

Su riada de palabras, desbordándose, creaba un maravilloso contraste con nuestra vida en ese preciso momento, escondidos en una mugrienta escalera de servicio, escapando de la policía. Evocaba imágenes de reuniones diplomáticas en las que Damian brillaría, y viajes al extranjero, y trabajos importantes en el mundo de las finanzas. Me encontré a mí mismo deseando que Serena hubiera manifestado tales preocupaciones acerca de mi futuro.

Pero Georgina no se mostró muy convencida.

—No seas ridícula —dijo—. No es material para la prensa. Es lo único de lo que nos tenemos que preocupar. Tú eres un titular. Ella es un titular. Incluso yo me merezco que me mencionen. Él no. Déjalo aquí y que se duerma. A lo mejor no llegan hasta aquí arriba.

—No le voy a dejar —dijo Serena—. Idos sin nosotros si queréis.

Recordé su defensa de Damian en el baile de Dagmar, cuando ella sola se puso de

pie y los demás nos quedamos en silencio. Decidí que no estaba preparado para ver una repetición.

—Yo te ayudaré —dije—. Si le equilibramos entre nosotros, nos las apañaremos.

Me miró. Pude ver que se sentía bastante agradecida porque no nos hubiéramos tomado en serio su sugerencia de enfrentarse a las tropas mongolas ella sola. Así que lo hicimos tal como yo había dicho. Le alzamos y, aunque tuvimos que soportar el coro de protestas que mascullaba Damian acerca de que solo necesitaba una pequeña siesta, todo el grupo consiguió trasladarle hasta el final de la escalera. Nos apresuramos a atravesar la planta baja, pues podíamos oír los gritos de protesta de los adultos indignados al ser detenidos e interrogados, al igual que gritos, chillidos y canciones por parte de los jóvenes. Al final nos terminamos encontrando en un sótano, buscando una puerta o una ventana que estuviera abierta.

Estábamos solos, un pequeño grupo contra el mundo, en un pasillo muy oscuro, cuando una puerta lateral se abrió y una chica asomó la cabeza por ella.

—Hay una ventana aquí que parece que da a un callejón —dijo, y volvió a meterse.

No la conocía muy bien. Su nombre era Charlotte Nosequé, y terminó siendo condesa, aunque no me acuerdo de qué. De todos modos, siempre la recordaré con gratitud. No tenía obligación ninguna de retroceder y contarnos su útil hallazgo, en vez de escalar por ahí y escapar. Este tipo de generosidad, cuando no hay nada en la recámara para quien da, es la que más conmueve. En cualquier caso, la seguimos a lo que parecía ser un almacén de limpieza, porque estaba lleno de escobas y plumeros y latas de abrillantador de suelos, y ahí estaba, una ventana sin rejas, que había sido abierta por la fuerza, probablemente por primera vez desde el armisticio.

Al igual que antes, el problema era Damian, casi comatoso llegados a ese momento, y luchamos con él un poco hasta que al final Georgina, que era más fuerte que ninguno de nosotros, se agachó y le pasó el hombro por debajo, como si fuera un bombero, y con un bufido de exasperación, le lanzó por el espacio abierto. Serena ya había salido y pudo agarrarle de la cabeza y de un brazo, y con ella y Lucy tirando, y Georgina y yo empujando, pudimos conseguir que lo atravesara, aunque fue demasiado parecido a atender el parto de un bebé elefante, para mi gusto. Se oyeron voces de hombres en el pasillo, mientras era Georgina la que salía, y diría que yo fui probablemente el último en alcanzar la libertad mediante esa ruta antes de que fuera clausurada por el enemigo. Bajamos la ventana tan deprisa como pudimos, y después corrimos hasta el final del callejón, Georgina y yo arrastrando a Damian entre los dos. Se entiende que tirar de un joven bastante grande, desnudo a excepción de los calzoncillos y una chaqueta de traje, era bastante raro, por decir algo, y no nos pudimos considerar fuera de peligro hasta que Serena, haciéndonos una señal entre las sombras, consiguió parar a un inocente conductor de taxi, que no tenía ni idea de lo que le esperaba.

—¿Adónde le llevamos? —me susurró por encima del hombro, e incluso yo podía

ver que eso iba a ser demasiado para los Claremont, sobre todo si no estaban avisados de antes. Supongo que su plan original era conducir de vuelta a Cambridge, después de una o dos tazas de café, como hacíamos en esos días, aunque me ruborice al decirlo, pero estaba claro que eso ya no era posible.

—A mi piso. A Wetherby Gardens. —Mis padres estaban allí, pero después de diecinueve años aguantándome, no estaban totalmente desprevenidos con respecto a ese tipo de correrías.

Serena dio la dirección y, abriendo la puerta, se metió dentro, preparada para que Georgina y yo nos apresuráramos a hacer cruzar a Damian, hasta introducirlo en la bienvenida oscuridad del taxi. Lo conseguimos, encaramándonos entre jadeos y resoplidos, y Lucy fue detrás de nosotros. Puede parecer que éramos demasiados en el taxi y así era, pero hay que entender que entonces no pensábamos en eso, ni los pasajeros ni el conductor, y tampoco las autoridades. No se preocupaban por regir los más mínimos compartimentos de nuestra vida, como ahora, y creo, en realidad lo sé, que éramos más felices antes, por lo menos en esto. Algunos cambios han sido a mejor, en otros, el jurado todavía está deliberando, pero cuando se trata de la constante intervención del gobierno, estábamos mucho mucho mejor antes de lo que lo estamos ahora. Por supuesto, había veces que corríamos riesgos, y los petulantes y potenciales controladores chasquearán la lengua ante eso, pero alentar la rendición de la libertad para poder evitar el peligro es el sello distintivo de una tiranía y siempre se pierde con el cambio.

—¿Deberíamos ponerle los pantalones? —Serena había conseguido llevarse con ella las prendas. Todos miramos al pequeño Damian acurrucado en posición fetal, y la sola idea nos derrotó.

—Mejor no —dijo Lucy con decisión.

—¿Y qué pasa con tus pobres padres? —preguntó Georgina—. Suponte que siguen despiertos.

Otro vistazo confirmó la decisión que había tomado.

—Son fuertes —dije—. Pueden afrontarlo.

Con su inconfundible repiqueteo, el taxi emprendió la marcha, pero mientras retrocedíamos por Euston Road pudimos ver que la policía todavía estaba allí, con una gran cantidad de coches y furgonetas, y también les acompañaban los ahora familiares, pero antes muy raros, fogonazos de las cámaras, que cegaban a los pobres desgraciados con su brillo, todos ellos destinados a una fama no deseada por la mañana.

Mis padres se lo tomaron muy filosóficamente, de pie, parpadeando, en sus pijamas, contemplando a Damian arrellanado en una silla, todavía con su distinguido disfraz, pero con sus pantalones arrugados en una pila, a sus pies, como una ofrenda ritual.

—Tendrá que dormir en el suelo de tu habitación —dijo mi madre, sin posibilidad de disentir—. Tengo una reunión del comité a las diez de la mañana, y *nadie* me

puede asegurar que ya se haya levantado y se haya ido a esas horas.

—No, ya —dije. Y juntos arrastramos a Damian por el pasillo, y le depositamos en un edredón doblado, con algunas sábanas por encima.

—¿Dónde está el resto de su ropa? —preguntó mi madre. Le miré sin saber qué decir—. Su camisa y lo demás.

—En el Museo de Madame Tussaud, supongo.

—Pues mejor que no intente reclamarlas. —Pensé que su voz era innecesariamente severa—. Os podría haber metido a todos en muchos problemas.

—Eso es bastante injusto —dije—. No ha sido su culpa.

Pero mi madre no prestó atención a mi intento de defenderme. Solo estaba comportándose de la manera que desde entonces descubrí que era crónica en ella y en muchos de su clase. Cuando dan su aprobación a alguien en la vida de sus hijos, y cuando lo hacen es por la posición social de dicho individuo, nunca lo admiten, y en vez de eso, encuentran infinitas disculpas para excusar su mal comportamiento. Pero cuando lo *desaprueban*, otra vez por razones sociales más que otras que pudieran ser más importantes, antes que aceptarlo, *todo* lo que rodea al amigo no deseado debe ser condenado. Esto cae en la misma categoría que cuando dan una dirección. Si desean que acudas a algún evento, es «muy fácil, coges la M-4 y ya has llegado», pero cuando no creen que debieras ir, el mismo trayecto se convierte en «un poco inacabable. Tienes que arrastrarte por la M-4 durante lo que te parece una eternidad y, cuando llegas, hay un embrollo de carreteras y pueblos que tienes que rodear. No vale la pena». Mi madre no era una esnob en el sentido normal de la palabra, se habría asombrado ante la sola idea de poder serlo, pero eso no evitó que se sintiera ofendida cuando creyó que «me estaban sangrando» (su frase) y eso era lo que sentía acerca de Damian. Su análisis contenía algo de verdad, claro.

Damian se despertó muy temprano a la mañana siguiente, diría que sobre las tres. Lo sé porque también me despertó a mí, por el procedimiento de susurrarme «¿estás despierto?» en la oreja, hasta que lo estuve. Él estaba completamente sobrio.

—Me muero de hambre —dijo—. ¿Hay algo para comer?

—¿No puedes esperar? En breve nos sirven el desayuno.

—Mucho me temo que no. Puedo ir y mirar yo, si quieres.

Esto parecía una opción peor, así que me levanté, me puse un camisón por encima del pijama, todas estas prendas son de la fecha del incidente, claro, pues como cualquier otro varón, en las décadas que siguieron, abandoné la vestimenta tradicional nocturna en algún momento, y atravesé el piso, con Damian siguiéndome. Con esfuerzo, pude convencerle para que no friera nada, y se conformó con un cuenco de cereales, seguidos por unas tostadas y un té. Le acompañé con esto último, y nos sentamos encorvados en la pequeña mesa de la cocina. Empezó a reírse.

—¿Qué es tan gracioso?

—Toda la tarde. Dios sabe lo que sacarán en los periódicos.

—A nosotros no, y eso es lo principal. Pobre Terry. —Nadie parecía sentirse mal

por la ruina y las pérdidas de nuestra anfitriona. Pensé que ya era hora de que alguien lo hiciera.

Pero Damian sacudió la cabeza.

—No te preocupes por ella. Sacaré una gran anécdota de todo esto. Probablemente será el momento cumbre de la temporada antes de que llegue a su fin.

—A lo mejor.

—A lo mejor. —Al recordarla, esa fiesta llegó a representar un momento para todos nosotros, cuando el pasado, el presente y el futuro se fusionaron en algún tipo de locura. Cuando la antiautoridad, la contracultura que desestabilizaba, la que al final ganaría (aunque no de la manera que todos pensábamos), entró por las puertas de nuestro pequeño y seguro mundo de antes de 1939, y nos llevó. Damian colocó otro pan de plástico en la tostadora—. No sé por qué estoy tan hambriento. ¿El hachís te causa hambre?

—No soy la persona a quien preguntar.

Me miró, dudando, y después se decidió a hablar.

—Me temo que te sorprendiste bastante cuando recorriste esa cortina. —Me quedé callado, no exactamente por indignación o porque me sintiera ofendido. Solo que no me podía imaginar qué decir que pudiera expresar el mensaje adecuado, porque no sabía cuál podría ser el mensaje adecuado. Asintió como si hubiera dicho algo—. Sé que te gusta mucho.

—¿Lo sabe ella? —No lo pude evitar. ¿No somos un poco tristes, a veces? Lo raro es, y recuerdo esto con claridad, que no sabía qué respuesta quería que me diera.

Damian se encogió de hombros mientras se echaba más mantequilla.

—Si tengo que apostar, creo que sí.

—¿Qué pasa contigo?

No había construido muy bien la frase, y me miró.

—¿A qué te refieres?

Por supuesto, lo que pasaba era que yo quería golpearle. Justo ahí, pam, en medio de su cara, con un gran y duro puñetazo, que le hiciera daño, que le hiciera girarse, y que con un poco de suerte se diera con la cabeza contra el horno al caerse. A menudo me he preguntado cómo debe de ser vivir en un mundo más violento que en el que siempre he estado, en un tipo de sociedad que pega primero y pregunta después. Se supone que siempre tienes que decir lo espantosa que es la violencia, y por supuesto es espantosa, pero debe tener sus recompensas.

—¿Vas en serio con ella? —pregunté.

Se rio.

—No me seas un jodido petulante.

—A lo que me refiero...

—A lo que te refieres es que estás tan celoso que te duele la cara, y solo estás fingiendo un pomposo personaje de semipariente para poder tratarme con condescendencia, y humillarme y mostrarme que soy un intruso ridículo y que estoy

fuera de mis cabales por atreverme a soñar con algo que está tan lejos de mi alcance. —Se puso un poco más de mermelada en la tostada y la mordió. Por supuesto, tengo que admitir que cada una de sus palabras era verdad. Si golpearle hasta la muerte hubiese hecho que Serena me amara, lo hubiera hecho allí y ahora. Pim, pam, fuera. En vez de eso, opté por una lucha más sutil.

—Pensaba que estaba saliendo con Andrew Summersby. —Todavía tenía un truco o dos bajo la manga.

Damian me miró, cortante.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Parecía bastante posesivo cuando vino a buscarla después de que te hubieras ido. Y después se fueron juntos.

Me ofreció una sonrisa un poco molesta.

—Andrew estaba en la cena a la que ella tenía que ir, y es cierto que ahora mismo sus padres piensan que está saliendo con él. Dado que Andrew parece compartir este engaño, no podía perder el tiempo dejándole las cosas claras esta noche. Pero, sin duda, lo hará pronto.

Me lo pensé. Me sonaba como si Serena y Andrew fuesen ya una pareja, una idea que me ponía enfermo, y Damian estuviera intentando, a beneficio mío, exagerar las oportunidades que tenía con ella, cuando todo lo que había conseguido era un beso. Podíamos ser más inocentes entonces, pero un beso tampoco significaba mucho.

—¿Vas a ir a su baile? —dije.

—¿Acaso te lo preguntas? Estoy alojado en Gresham.

Nunca he sido una persona especialmente segura de mí misma, aunque no sé a qué se puede deber. Es cierto que no era muy guapo cuando era joven, pero era bastante listo y parecía arreglármelas. Mis padres me amaban, no hay duda de eso, y siempre he tenido un montón de amigos. Tampoco las novias eran un problema insuperable, aunque unas cuantas estaban en busca de algo mejor. Incluso me llevaba bien con mi hermana antes de que se casara. Y con todo esto, no tenía confianza en mí mismo y por esa razón, tenía que admirar a Damian. No había muros de castillo que le pudieran contener y le envidiaba por eso. Incluso en ese momento, cuando me lo imaginaba encadenado, con los pies enclaustrados en bloques de cemento, en el fondo del mar. Incluso si visualizaba su melena ondulando mientras las corrientes la empujaban de un lado a otro, con los peces nadando por delante de sus ciegos e inmóviles ojos, de algún modo, *malgré moi*, sentía admiración.

—¿Te ha invitado lady Claremont?

—Todavía no, pero lo hará. Candida y Serena lo están organizando todo. Serena le va a decir a su madre que a Candida le gusto yo. —Me miró al decirlo. Como coartada era perfectamente sensata, y lady Claremont se lo creería, porque a Candida le gustaba todo lo de género masculino y que se moviera, pero también había un trasfondo en sus palabras en el que no creo que se fijara antes de pronunciarlas. El eco que hicieron en la habitación le molestó. Porque su discurso significaba que, si

lady Claremont se olía alguna vez que ese hombre estaba interesado en su hija, no le iba a dar la bienvenida a su casa—. Está bien —dijo, en respuesta a la pregunta que yo no había formulado—. Entiendo a esa clase de mujeres. Sé que puedo conseguir gustarle.

Estaba claro que no entendía a la clase de lady Claremont, ni a la de su marido, ni a la de nadie de su mundo, en gran parte porque esa clase de personas no estaban antes, como no lo están ahora, interesados en que un tipo como Damian Baxter las entienda. De hecho, creo que a lady Claremont habría podido caerle bien bajo otras circunstancias. Habría disfrutado de su sentido del humor y de su seguridad en sí mismo, incluso le habría permitido entrar en su círculo como gesto simbólico, una de esas Personas de Verdad por las que ese tipo de casas se entusiasman. Pero eso habría sido todo.

TERRY

Doce

No soy un inglés de los que odia Los Ángeles. No soy como esos actores y directores que insisten en que cada día que pasan allí es una pesadez, que todo es tan «falso» que no pueden seguir mancillando su alma ni un minuto más y que gritan de alegría cuando el avión despegar del aeropuerto de Los Ángeles. Supongo que algunos deben de estar diciendo la verdad, pero no creo que tantos. Más a menudo, están avergonzados por desear las recompensas que solo Hollywood puede ofrecer, y desprecian el lugar y todo lo que pasa allí con la esperanza de no perder el prestigio entre su hermandad allá en la añorada Inglaterra. Yo solo había estado una vez antes del viaje en cuestión, muchos años antes, cuando estaba buscando la fama y la fortuna de una manera un tanto desorientada, pero la he visitado unas cuantas veces hace poco, y siempre disfruto mucho cuando estoy allí. Es un lugar decididamente animado, y después de un largo periodo seguido de pesimismo británico, a veces está bien ver la parte soleada de la vida. Sé que los nativos lo llevan hasta el extremo. Aun así, hay algo acerca del ¡Arriba, Arriba, ARRIBA! de todo ello que es un tónico para el espíritu triste y siempre me siento contento de estar allí.

En los cuarenta años que habían separado mi amistad de juventud con Terry Vitkov y nuestro reencuentro de ahora, ella había disfrutado de lo que se llama un trayecto con altibajos. Ni siquiera su tiempo en Londres había salido según lo planeado. Ella y su madre lo habían hecho bastante bien, considerando todas las cosas, pero Terry no había acabado siendo una vizcondesa a cargo de veinte habitaciones en una casa abierta al público, que había sido el objetivo incuestionable, y debían de haberse decepcionado. Pensando en ello, creo que la dificultad puede haber sido que los Vitkov como grupo habían cometido el error, bastante frecuente, de confundir un gran sueldo con tener dinero. Una nómina te puede permitir vivir bien mientras la tienes, incluso muy bien, pero no altera la realidad de tu posición, y nadie sabe esto mejor que la clase alta británica. Al igual que la fama de la televisión, mientras continúa, se parece al estrellato de las películas, pero raras veces sobrevive a la cancelación de la serie. Por supuesto, nada de todo esto habría importado si un joven agradable se hubiera enamorado de Terry, pero tenía una personalidad muy brusca, con sus grandes rasgos y sus dientes grandes, se reía demasiado fuerte, pero no tenía sentido del humor, y tenía ese tipo de avaricia no disimulada que resulta demasiado desagradable, incluso para los cínicos. Resumiendo, que no consiguió su presa. Hubo un momento en que pudo tener a un comandante del ejército que estaba en la fila para aspirar a *baronet* cuando falleciera un anciano tío (aunque no estaba casado, y estas cosas nunca son seguras), pero el joven oficial se asustó y cayó en los brazos de la hija de un juez de Rutland. Puede que de algún modo le hubiera ido mejor con Terry, pues por lo menos ella habría llenado la casa de gente con quien charlar, pero ¿cuánto habría aguantado esa vida de paseos bajo la lluvia y hablar de

caballos delante de platos de pudín de verano, una vez que el título hubiera llegado? Así que, si la elección del comandante fue la más aburrida, también fue la más segura a largo plazo, probablemente.

La última vez que la vi, estoy casi seguro, fue por la época de la fiesta en Estoril, pero no porque estuviera allí. De hecho, estaba enfadada porque no había conseguido una invitación. Si tan solo yo hubiera tenido la misma suerte... Puede que ya estuviera embarazada por entonces, pero si era así nadie lo sabía, solo que tenía un millonario americano y feo persiguiéndola, divorciado pero no muy viejo, con el que se casó seguidamente, a tiempo para que naciera la niña. El nombre del millonario era Greg Nosequé y había estado trabajando en Europa del Este entonces. Después de irse de allí habían vuelto a la soleada California donde él quería labrarse una carrera en Merrill Lynch y los habíamos perdido. Realmente nunca le conocí mucho, pero me caía bien y, a juzgar por nuestros breves encuentros, habría asegurado que él encajaba mejor con ella que ninguno de los otros *beaux* ingleses, y si lo hubiera pensado un instante, les habría deseado muchos años de felicidad antes de que el destino los separara. Desgraciadamente, o así continúa la historia, Terry, con una década más a cuestas, decidió cambiarlo por un banquero mucho más rico de Connecticut, antes de que el último la abandonara por una modelo y la dejara plantada, al mismo tiempo que su primer marido se había escapado mientras podía y se había establecido en Virginia del Norte con su nueva familia.

Así que Terry y su hija se habían quedado en Los Ángeles, donde ella intentó labrarse una carrera o algo así como presentadora de televisión, haciendo, o eso me habían dicho, algo llamado infomerciales, donde las mujeres charlan acerca de productos para el pelo y utensilios de cocina y diferentes tipos de maletas, de una manera natural y no estudiada, como si fuera remotamente creíble que fueran a hacerlo si no estuvieran intentando venderte algo.

Había llamado desde Londres, solo para asegurarme de que todavía estaba allí, y se había mostrado bastante receptiva ante la idea de que nos pusiéramos al día. Sabía que no se iba a conmovir con una obra de caridad, así que le dije que unos estudios estaban interesados en mi último libro y, como era de esperar, esto llamó su atención.

—¡Pero eso es maravilloso! —gorjeó—. ¡Tienes que contármelo todo cuando quedemos! —Había hecho mis deberes y sugerí que cenáramos en un restaurante en la orilla de Santa Mónica la noche después de mi llegada.

La reconocí de inmediato cuando entró y se quedó por un momento al lado del atril del *maître*, mientras él me señalaba, y la saludé con la mano. Empezó a atravesar por entre las mesas con esa actitud suya tan eficiente. Iba vestida como una rica americana de la Costa Oeste, que es un disfraz diferente a los vaqueros con cadenas de oro que prefieren los trabajadores del negocio del entretenimiento, un estilo más de Park Avenue que de esposa de futbolista, lo que me pareció interesante. Un vestido camisero elegante y beis, una chaqueta con buen corte sobre los hombros, y joyería valiosa pero discreta. Tenía mejor gusto y enseñaba menos carne de lo que yo

me esperaba, pero seguía siendo, inconfundiblemente, Terry. Y aun así, la conocía, pero no la conocía del todo, esta mujer con el pelo lleno de laca, acercándose a mí. Podía ver que la familiar barbilla todavía era demasiado prominente, y los ojos, al igual que los dientes, eran demasiado grandes, pero otros elementos de su cara habían cambiado de forma inquietante. Parecía que le habían rellenado los labios con algo parecido al plástico, como tantas mujeres americanas hacen. Como práctica común me fascina, porque todavía tengo que conocer a un hombre que afirme que no le resulta repulsivo. Solo puedo suponer que algunos de ellos mienten, o los cirujanos no harían tan buen negocio. A lo mejor a los americanos les gusta más que a los europeos.

Gracias al cielo, si la boca de Terry se había hinchado de un modo un poco inquietante, todavía no era alarmante del todo. Pero no era lo único que traicionaba las reveladoras señales de una alteración. Su frente estaba tan lisa que podría haber estado muerta, puesto que ninguna expresión o gesto parecía ir más allá de las cejas, y los ojos estaban demasiado fijos en sus cuencas. Por supuesto, todo esto, llevando consigo imágenes horribles de fijar con grapas y estirar y serrar y coser esa piel ensangrentada, ese hueso golpeado, ha aparecido en el tiempo que llevo de vida y no puedo ser el único al que le resulte raro que esa moda se haya desarrollado al mismo tiempo que la supuesta liberación de las mujeres. Cortarse la cara, en principio para agrandar a los hombres, no suele convencer como señal de igualdad, sino de una inseguridad penosa, una manifestación occidental de la ablación, o el desfiguramiento facial o algún que otro oscuro y antiguo método de reafirmar la propiedad del varón.

La cirugía estética es mejor ahora que hace cuarenta años, cuando estaba reservada a las actrices, sobre todo a las extranjeras. Pero incluso ahora, cuando los resultados pueden ser espectaculares, hay un precio muy alto y muy irónico que pagar, porque a la mayoría de los hombres les repugna. Saber que una mujer ha sido rebanada disminuye hasta lo invisible el deseo de verla sin ropa. Aunque debo admitir que las mujeres pagan un precio menor que el de los hombres. Las mujeres que se han hecho unos «arreglillos» pierden su poder sexual sobre los hombres. Los hombres que recurren a ello pierden absolutamente todo.

Terry había llegado a mi mesa.

—¡Dios mío! Pareces... —Dudó. Creo que había planeado decir «¡exactamente el mismo!» pero, al haberse acercado y verme, estaba claro que mi apariencia había cambiado tan completamente que debería llevar un pasaporte para demostrar mi identidad a todos aquellos que no viera desde los sesenta—. *¡Fantástico!* —dijo en vez de eso, lo que cumplió su tarea a la perfección. Sonreí. Ya me había puesto de pie así que me incliné y la besé en la mejilla—. No, tú sí que estás fantástica —dije, y nos sentamos, alegres y cómodos con nuestra generosa falta de honestidad.

Un atractivo pero insulso camarero se acercó con brío a contarnos que su nombre era Gary y que esperaba que fuéramos a tener una tarde excelente, esperanza que yo compartía, aunque nunca se sepa por qué les importa tanto a los Garys de este mundo.

Nos sirvió dos vasos de cubitos de hielo, con un poco de agua, y nos explicó los especiales, y todos parecían ser pescados terroríficos y hasta ahora desconocidos, y después de prometernos que nos traería un poco de Chardonnay, nos dejó a solas.

—¿Y cómo es la vida en California? —No era una primera frase muy original, pero llegados a este punto de la Misión Damian, ya había adquirido el hábito de empezar suavemente, sabiendo que estaría investigando la paternidad de su hija antes de que acabara la noche.

Me dedicó una sonrisa alegre pero genérica.

—¡Genial! —dijo, que era lo que esperaba. Sabía que con los californianos este primer acto era obligatorio en todas las conversaciones, donde todas las decisiones que jamás hayan tomado han sido las adecuadas. Más tarde, en algunos casos, el nivel de verdad puede mejorar, pero incluso esos raros individuos que están deseando librarse de su dolor deben respetar este ritual. Más o menos, como tenerte que comer el pan y la mantequilla antes de que la niñera te dé el bizcocho.

—¿Nunca has querido volver a Cincinnati?

Negó con la cabeza.

—No era lo que yo quería. No realmente. El negocio de Greg estaba allí. —Sonrió y señaló con la mano hacia la ventana. Podíamos oír el sonido del mar bajo el bullicio del restaurante—. Y no hay queja alguna del clima.

Asentí, principalmente porque se supone que siempre se está de acuerdo con esto, pero no puedo ser el único inglés que encuentra aburridísimos esos días soleados sin fin. Me gusta nuestro clima. Me gusta la suave luz de los días grises, y cómo huele el aire tras la lluvia. Lo que más me gusta es lo rápido que cambia. «Si estás cansado del tiempo en Inglaterra», reza el viejo adagio, «espera cinco minutos». Ya sé que complica organizar cosas al aire libre, y ninguna anfitriona con cerebro planearía nada que dependiera por completo del tiempo, pero aun así... En cualquier caso, lo dejé pasar.

El agradable Gary había regresado y nos sirvió el vino, mientras hojeábamos por última vez el menú.

—¿Es posible pedir la ensalada de frutos del mar, pero sin las gambas ni los calamares? —Terry había empezado con el descuartizamiento de los platos sugeridos, que es parte de salir a comer con un residente en la Costa Oeste—. ¿Y exactamente de qué se compone el aliño? —Gary respondió lo mejor que pudo, pero no consiguió vendérselo—. ¿Lleva caldo de pollo la sopa de alcachofas? —Creía que no. ¿Pero lo sabía? No, no estaba completamente seguro. Así que fue a la cocina y volvió con la feliz noticia de que el caldo era apto para vegetarianos, pero para cuando volvió, Terry ya había pasado a otra cosa—. ¿Lleva harina el rebozado de la tempura? —La miré. Sonrió—. Soy alérgica al gluten. —Era algo que estaba claro que la complacía. Gary, por supuesto, estaba acostumbrado a esto. Probablemente, él también era un chico de la Costa Oeste, y había crecido con la certeza de que solo gente de un bajo nivel social pide de la carta tal cual está. En cualquier caso, creo que todos estábamos

dándonos cuenta de que Terry estaba llegando al momento en el que, incluso en Santa Mónica, se hacía necesaria una decisión—. Creo que empezaré con unos espárragos, pero sin mantequilla ni aliño, solo con aceite de oliva. Después los escalopes, pero sin la ensalada mixta. Con cogollos de lechuga, sin aliñar. —Gary consiguió escribir todo esto, aliviado sin duda porque podía vislumbrar una salida en el horizonte. Se volvió hacia mí. Demasiado pronto—. ¿Me puedes traer unas espinacas? —¿Por qué los americanos dicen esto? Ya se supone que no van a ir a la cocina y lo van a coger ellos mismos—. En crema pero no en puré. Con absolutamente nada de leche.

Se volvió hacia mí, pero yo lo dije antes.

—Eres alérgica a los lácteos.

Asintió alegremente. Mientras tanto, Gary había apuntado cada detalle en su pequeña libreta. Ella no había terminado.

—¿Las espinacas están cocidas con sal? —Con una paciencia que yo consideré infinita y admirable, Gary se arriesgó a decir que sí, que las espinacas se cocían con un poco de sal. Terry sacudió la cabeza, como si eso fuera difícil de creer en la época en la que estábamos—. No quiero sal cuando hagan las mías. —No puedo imaginarme cómo, incluso con esa provocación, Gary el Paciente mantuvo su compostura. Esperaba que pudiera ser posible—. Es posible —dijo Terry—. Sin sal. —Podía ver que incluso Gary, un chaval tranquilo de la soleada California, estaba dispuesto a hincarle el lápiz a Terry en la garganta, y quedarse observando mientras la sangre rezumaba por los lados de la punta. Pero asintió, sin querer arriesgarse a dar una respuesta de viva voz.

Se volvió hacia mí e intercambiamos contacto visual, reconociendo nuestra alianza de ese extraño modo en el que uno se puede hacer amigo de un completo desconocido que también ha sido testigo de un comportamiento imposible.

—Yo tomaré la sopa de alcachofas, un filete al punto y una ensalada verde. — Parecía casi perplejo de que el proceso hubiera ido tan rápido.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Con un imperceptible suspiro, se estaba yendo, cuando Terry volvió a hablar.

—¿Lleva mayonesa vuestra ensalada de col?

Gary se detuvo. Cuando volvió a hablar su voz había adquirido la ultrasuavidad de un médico lidiando con un paciente potencialmente peligroso.

—Sí, señora —dijo—. Nuestra ensalada de col lleva mayonesa.

—Oh. Entonces olvídalo. —Le despidió con un breve e insultante gesto de la muñeca y cogió su copa para rellenarla.

Para ser justos, habiendo sido un testigo silencioso tanto tiempo, sentí la necesidad de intervenir.

—Terry —se giró, sorprendida acaso porque yo tuviera una opinión—, la ensalada de col siempre lleva mayonesa.

Otra vez ese pequeño gesto de cabeza que expresaba asombrada incredulidad.

—No en nuestra casa —dijo, y Gary consiguió escapar.

Estaba claro que lo que esta pequeña estampa me decía era que la vida en California de Terry no iba «¡genial!». Estos intentos por ser diferente, esta insistencia de poder cambiar, imponer un control absoluto en un restaurante cautivo, son el recurso de aquellos que no tienen poder para cambiar nada más. Los Ángeles es una ciudad donde el estatus lo es todo, y solo se le otorga al éxito. Duques, millonarios y *playboys* llegan por docenas y durante un tiempo se les trata bien, pero no son listos si deciden vivir aquí, porque la ciudad está comprometida, y quizás para su propio crédito, para reconocer que solo el éxito profesional, y nada más, tiene valor duradero. La agotadora obligación impuesta a todos sus habitantes es, por tanto, presentarse a sí mismos como triunfadores, porque de otro modo pierden el derecho a ser respetados en ese ambiente. ¿Qué tal está la familia? ¡Genial! ¿Y el nuevo empleo? ¡La mejor decisión que pude haber tomado! ¿La casa? ¡Magnífica! Todo esto, cuando el hombre en cuestión está en bancarrota, enfrentándose a un desahucio, sus hijos le dan a las drogas y está al borde del divorcio. No hay lugar en esta ciudad para un «fracasado interesante», ni para nadie cuyo objetivo en la vida no describa una curva ascendente.

—¿Y qué sucedió con Greg? Oí que os habíais separado.

Esto pareció animarla.

—¿Hablan de mí, entonces? ¿Por allí?

—Oh, sí —dije, aunque habían pasado treinta años desde que alguien que yo conociera la mencionara, hasta que Damian lo hizo, claro.

—Supongo que todavía recuerdan mi fiesta.

No era cierto, pero incluso yo podía aceptar que era posible.

—¿Supiste alguna vez quién lo hizo?

—No hasta mucho más tarde. Después alguien dijo que era ese tipo que se casó con Lucy Nosequé. Tu amiga. Conocía a la chica que hizo los *brownies* y lo mezcló cuando ella no miraba. Por lo menos esa fue su historia.

Philip Rawnsley-Price. De mucho le sirvió.

Estaba otra vez encarrilada.

—Greg está bien. Ahora no le veo mucho. —Se encogió de hombros y se llenó otra vez la copa. Casi habíamos acabado la botella y todavía no había llegado el primer plato. Le pregunté si quería cambiar a tinto. Quería. Mi viejo amigo Gary llegó con la comida y se escabulló para traernos más vino antes de que Terry pudiese hacerle más preguntas sobre el contenido de su plato. Mareó parte de la comida con el tenedor, de manera desdeñosa.

—Ay, Dios, espero que no le hayan puesto harina de maíz a esto.

—¿Y por qué lo iban a hacer?

—Algunas veces lo hacen. Y a la mañana siguiente parezco un mapache. —Qué agotador debe de ser vivir en un ambiente de peligro constante. Empezó a comer con bastante apetito, a pesar de los riesgos—. A Greg le ha ido bastante bien, la verdad.

Vio lo que estaba viniendo con todo lo de Silicon Valley, y dejó Merrill Lynch para meterse ahí. Entendió el potencial antes que la mayoría de la gente. De verdad. Debería haberme quedado con él. —Se rio irónica, con lo que detecté que era un matiz de verdadera emoción.

—¿Y por qué no te quedaste? —Tenía curiosidad por saber si me iba a contar lo del veleidoso millonario que le hizo renunciar a sus votos.

—Oh, ya sabes —me incluyó en su sonrisa inmoral—, conocí a un hombre.

—¿Y qué pasó?

Terry se encogió de hombros.

—No funcionó. —Se echó el pelo para atrás con una risa suave y triste—. ¡Dios, Dios, qué suerte tuve al librarme de él!

—¿De verdad?

La mirada que recibí como respuesta me dijo que de hecho había tenido muy *mala* suerte al librarse del hombre en cuestión, y que con toda probabilidad él encarnaba el Gran Proyecto que ahora nunca se llevaría a cabo.

—No hablemos de él.

Naturalmente, no debería haber hurgado en esa parte de su historia. Después de todo, era en lo que había fallado y, por ende, anticaliforniano. Me pregunté cuántas veces se había arrepentido de dejar a Greg, que estaba claro que ahora era tan rico como Cresco.

—¿Qué tal está tu hija?

—¿Susie? —Parecía muy interesada por el hecho de que yo tuviera esa información—. ¿Recuerdas a Susie?

—Bueno, recuerdo que te casaste y seguidamente tuviste un bebé. Y mucho antes que la mayoría de nosotros.

Estaba lo suficientemente bebida como para hacer una mueca ante el recuerdo.

—Claro que nació enseguida, la muy condenada. Oh, chico, aposté fuerte y, te digo, casi pierdo. —Eso era bastante intrigante, así que no dije nada y esperé a que hubiera más. Y hubo más—. Greg estaba hecho un lío por aquel entonces. Su juventud había sido todo Troy Donahue y Sandra Dee, ir al baile de fin de curso, escuchar a los Beach Boys, ese tipo de cosas, ya sabes.

—Sí.

De hecho, el americanismo de mi juventud era muy evocador de un mundo más limpio, más inocente, cuando en las películas de Hollywood el mundo entero quería ser americano y el problema más grande, no solo para Greg sino para todo el mundo, era quién llevaba tu insignia en señal de compromiso. Sí, era un mundo un poco cerrado de miras, pero también encantador en su insondable petulancia.

—Sus padres eran muy religiosos —continuó Terry—, muy del Medio Oeste, y esa era toda su vida. Pero Greg también era un chico de los sesenta, que decía lo que se tenía que decir, hacía lo que se tenía que hacer. Fumaba marihuana. Ya sabes cómo fue. —Era cierto que sabía cómo había sido. Una generación al completo esperando

para ver de qué lado iba a caer la pared. Y por lo menos la mitad de ellos fingiendo que las cosas ya no les parecían importantes, cuando por supuesto lo eran—. De todos modos, seguía diciendo que era muy joven como para comprometerse y que por qué no nos limitábamos a pasárnoslo bien...

—¿Y por qué no?

Entrecerró los ojos un instante.

—Necesitaba una vida. Necesitaba salir de allí. —El alcohol la estaba haciendo honesta—. Necesitaba dinero.

—Tu padre tenía dinero.

—Mi padre tenía un sueldo. —Una diferencia en la que ya me había fijado—. Y me gustaba Greg. Pensaba que íbamos a ser felices. Y sabía que nunca iba a dejar que sus padres descubrieran que había tenido un hijo sin casarse. —Se detuvo.

—Esa fue la apuesta.

—Tal como te lo he contado. Habíamos estado viviendo juntos unos meses, lo que, si recuerdas, en ese momento era bastante escandaloso. Después el banco de Greg le trasladó a Polonia y me pidió que fuera con él. Y lo hice. Y todavía no se podía decidir. Así que me quedé embarazada.

—¿Mientras estabais allí?

—Claro. Nos casamos y ella nació allí. En Varsovia.

—Qué romántico.

—No era tan romántico entonces como pueda serlo ahora. Créeme. —La creía.

—¿Qué pensaron tus padres de todo eso?

—Estaban contentos. Les gustaba Greg. —Se lo pensó un instante—. Se separaron, ya sabes.

—No, no lo sabía. Lo siento.

—Salió bien. Los dos están bien. Mamá se volvió a casar.

—Dale recuerdos de mi parte. —Asintió—. ¿Y qué pasó con tu padre? ¿Se ha vuelto a casar?

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Ha decidido que es gay. Por supuesto, supongo que todavía se podría casar. A día de hoy. Pero no lo ha hecho.

—¿Es feliz?

—No estoy segura. No está con nadie... especial. Pero por lo menos tampoco tiene al lado a mi madre gritándole.

Los dos sonreímos ante nuestro mutuo recuerdo de la imponente Verena. Pero me asombraron, por millonésima vez, las circunvoluciones personales que el nuevo siglo requería de nosotros. ¿Se le habría ocurrido a Jeff Vitkov, el agradable, aburrido y viejo Jeff, el empresario exitoso, el hombre de familia, poner en duda su sexualidad cuando ya había llegado a los cincuenta, en cualquier otra época que no fuera en la nuestra? Si hubiera nacido incluso veinte años antes, se habría apuntado a golf, habría visto un poco más a los colegas de su club, y no lo habría pensado más. ¿Le habría

ido peor? Lo dudo. Aunque este no es un asunto al que la nostalgia favorezca. Aunque no soy partidario de cambiar por cambiar, ni de la mayoría de los cambios si vamos a eso, estoy bastante seguro de que al final todos nos beneficiaremos de vivir en un mundo donde cualquier tipo de sexualidad sea compatible con las nociones gemelas de decencia y compromiso. Pero supongo que desearía que todo esto volviera a un segundo plano, donde solía estar, y que no se llevara obligatoriamente en la frente día sí, día no.

No veía cómo podía contribuir a la historia de Jeff y su proceso, así que simplemente sonreí.

—De cualquier manera, tienes razón. Eso es lo principal.

—Sí. —Ella también sonrió, pero no le llegó hasta los ojos—. Donnie está bien. —Estaba claro que Donnie era el nuevo marido. No estaba seguro de que «bien» le vendiera mucho, pero supongo que ya habían estado juntos unos cuantos años para entonces.

—¿Se lleva bien con Susie? —Por supuesto, yo estaba mucho más interesado en volver a mi presa.

—Bueno —se encogió de hombros—, quiero decir, Susie es ya una mujer adulta. Pero sí, se llevan bien, supongo.

«Supongo» estaba en la línea de «bien» si se hablaba de placer extático. Por mucho que lo intentara, no podía tomarme esto como una casa llena de alegría y luz del sol.

—¿A qué se dedica?

—Es productora.

Por supuesto, en Los Ángeles esto no significa mucho más que «es miembro de la raza humana». Más tarde, después de esta visita, cuando el encargo de Damian dio el resultado, quizás irónico, de que me ofrecieran una carrera en América, estaría mucho más familiarizado con las costumbres de la ciudad, pero en ese momento todavía era inocente.

—Qué emocionante —dije—. ¿Qué ha producido? —Como ya he dicho, si hubiera sabido un poco más, no habría hecho esta pregunta.

Terry sonrió todavía más alegremente.

—Tiene un montón de proyectos muy interesantes. Está trabajando en algo para la Warner ahora mismo. —Asintió como si esto cerrara el tema, y por supuesto lo hizo.

—¿Está casada?

—Divorciada. Y muy jodida. —El comentario se le había escapado en voz alta, y ahora se estaba arrepintiendo—. Para serte sincera, no nos vemos mucho. Ya sabes cómo es esto. Está ocupada. —Se encogió de hombros. No me puedo creer que pensara que había conseguido esconder su dolor, pero a lo mejor sí.

—Claro.

Sé que parezco cada vez más débil al relatar este diálogo, pero es que la voz de

Terry se iba alzando, y yo, cada vez más incómodo, me estaba dando cuenta de que la gente a ambos lados de nuestra mesa estaba fingiendo hablar, pero en realidad estaba escuchando nuestra conversación.

Gary el Cauteloso volvió a nuestra mesa, trayendo grandes platos colmados, californianos, quitándome todo el apetito que tuviera, y Terry pidió otra botella.

—¿Sigues viendo a alguien? —murmuré, entre tragos—. ¿Alguien de la vieja banda? —No estaba muy convencido de que Terry hubiese formado parte de nuestra vieja «banda», si la había habido como tal, pero parecía un buen momento para sacar el tema de Damian, y eso hice. Por una vez, Terry parecía interesada de verdad en lo que le estaba contando—. ¿Cómo está? —Se lo expliqué y pude ver que incluso su pétreo corazón se había conmovido un poco—. Siento oír eso. —Pero después su mente se alejó de sentimientos pegajosos y volvió a su estado natural—. Ganó un montón de dinero.

—Sí.

—¿Pensabas que lo iba a hacer? ¿En esa época?

Me lo pensé un instante.

—Siempre estuve bastante seguro de que las cosas le iban a ir bien.

—¿Incluso cuando le odiabas?

Así que sí recordaba algo de aquellos días.

—No es que le hubiera odiado siempre. Al principio no. —Lo reconoció. Pensé que era buen momento para empezar con el tema—. Tuviste algo con él, ¿no?

La pregunta la hizo enderezarse con un bufido de diversión por la impertinencia, aunque no estoy seguro de que se pueda ser impertinente con alguien como Terry.

—Tuve «algo» con un montón de gente —dijo. Esto era, por supuesto, bastante cierto, excepcionalmente cierto para la época de la que estábamos hablando, y la frase sonaba mejor si la decía ella que si lo hubiera hecho yo. Acompañó la frase con una mirada de reojo, pues una de esas sin duda afortunadas personas con las que había tenido «algo» era yo. Solamente había sido un «algo» de una noche pero había pasado. Adivinando que lo había recordado, Terry alzó su copa para un brindis—. Por los buenos momentos —dijo con una desconcertante y secreta sonrisa que me hizo todavía más consciente de esa curiosa sensación de despegue, cuando estás hablando con una persona con la que una vez te acostaste, pero ha transcurrido tanto tiempo desde entonces hasta tu presente vida, que parecéis ser gente completamente diferente la que está hablando. Sin embargo, como digo, sucedió.

Me estaba quedando en una casa en Shropshire, y la pareja con la que me alojaba estaba en medio de una ponzoñosa y feroz discusión cuando llegué. Me habían mandado allí para el baile de la misma Minna Bunting con la que había disfrutado mi momentáneo y totalmente casto cortejo. Nuestro tiempo juntos se había acabado y, dado que no había nada que «perdonar», seguíamos siendo amigos. Aunque pueda

parecer extraño, esto era completamente posible en aquellos días. En 1968, presentar a alguien como «mi novia» no se traducía automáticamente como «mi amante», tal como se hace ahora. Hoy en día, si *no* es tu amante sentirías que estás diciendo una mentira. Pero en aquel entonces no. De todos modos, había recibido la típica tarjeta —«Nos encantaría que se alojara con nosotros para el baile de Minna»— y me encontré aparcando a las afueras de una bonita y gran rectoría de piedra, que creo recordar que estaba cerca de Ludlow. La tarjeta me decía que mi anfitriona era «la señora de Peter Mainwaring» y ella había firmado como «Billie», así que tenía toda la información que necesitaba al salir del coche. Dicho esto, los apellidos que no se pronuncian como se escriben pueden representar un problema. ¿Sería tan pija como para pronunciarlo «Mannering», o no tanto, en cuyo caso se diría como se deletreaba? Decidí que, al igual que es mejor ir más elegante que menos, lo intentaría con Mannering. Al final no me tendría que haber preocupado, pues no podría haberle importado menos cómo la llamara yo.

—¿Sí? —me dijo, echándome una mirada hostil, mientras abría con furia la puerta. Su cara estaba roja de rabia y le palpitaban las venas en el cuello.

—Creo que me alojo con ustedes para el baile de los Bunting —murmuré.

Por un momento pensé que me iba a pegar.

—¡Oh, *por el amor del cielo!* —Gruñó, y volvió a entrar en el recibidor. Confieso que incluso ahora, que soy más viejo y más sabio, sigo creyendo que este tipo de situaciones son de las que te ponen a prueba, porque te paraliza el ser un extraño que no puede responder del mismo modo. Joven como era en esos días, me pareció del todo imposible. Recuerdo que me pregunté si sería más educado, y en definitiva, mejor para todo el mundo, que me volviera al coche y condujera hasta un hotel de la zona para llegar al baile desde allí. ¿O acaso eso empeoraría las cosas? Pero la señora de Peter Mainwaring, o sea Billie, no había terminado conmigo—. ¿A qué estás esperando? ¡Entra!

Cogí mi maleta y me tambaleé al pasar al gran recibidor luminoso. Era de un brillante amarillo limón, a diferencia de la turbia escena que allí estaba ocurriendo. Había detalles pintados en blanco y un retrato realmente encantador de una madre y su hijo, pintados por Reynolds, estaba colgado en la pared posterior. Un hombre alto, el supuesto señor Peter Mainwaring, estaba en medio de la amplia escalera.

—¿Quién es? —gritó.

—Es otro de los putos invitados de los Bunting. ¿A cuántos se lo dijiste? ¡Esto no es un puto hotel!

—¡Oh, cállate! Y enséñale su habitación.

—¡Le enseñas tú su puta habitación! —Empezaba a preguntarme si no le venía ningún otro adjetivo a la mente.

A través de este intercambio de odio, me quedé plantado en medio del bonito recibidor, sin moverme, congelado por el terror nervioso, como las estatuas de los indios que ponen en los estancos. Entonces tuve la brillante idea de convertirme en el

elemento pacificador.

—Estoy seguro de que puedo encontrar el camino —dije. Esto se puede calificar como un error.

Se volvió hacia mí con la voracidad de una bestia.

—¡No seas tan puñeteramente estúpido! —Pude ver que la irritación de Billie por mi llegada se estaba empezando a convertir en un vivo odio—. ¿Cómo vas a encontrar el camino si no te conoces la puta casa?

En ese momento, si hubieses sido mayor y hubiese tenido algo más de seguridad en mí mismo, probablemente le habría dicho que contuviera su ira, y básicamente, empleando su propio lenguaje, que le dieran por culo, y me habría ido. Pero parte de la juventud es asumir las culpas, pensar que cada problema de alguna manera es achacable a ti, y yo no era diferente. Estoy seguro de que la mayoría de los jóvenes a finales de los treinta pensaron que la Segunda Guerra Mundial fue por culpa suya. En cualquier caso, mientras yo me quedaba allí, sonrojándome y tartamudeando mientras ellos se gruñían el uno al otro, debido a algún milagro celestial, Terry Vitkov apareció en el rellano encima de Peter Mainwaring y me saludó. No me puedo acordar de cuándo he estado más contento de ver a alguien.

—¡Terry! —grité, como si llevara enamorado de ella desde los catorce años, y subí corriendo las escaleras, pasando por delante de mi enfadada anfitriona, por delante de él, hasta llegar donde estaba ella.

—Le enseñaré dónde duerme. Está al lado de la mía. ¿Vale? —Y antes de que pudieran hacer mucho más que asentir, había sido rescatado.

Terry y yo nos convertimos en nuestro apoyo mutuo en las horas que transcurrieron después. Aparentemente, el marido, Peter, había comprado una casa, o una villa, en algún lugar de Francia sin decírselo a su esposa, y Billie había oído la noticia por primera vez unos veinte minutos antes de que Terry llegara allí. Había llegado en tren, no recuerdo por qué no la había acercado yo. A lo mejor es que venía de otro sitio. El hecho es que había llegado una hora antes que yo. En ese tiempo la discusión había ido subiendo de tono, de un comienzo a fuego lento a que Billie estuviera en el recibidor, gritando insultos que serían escandalosos incluso hoy en día y amenazándole con un divorcio que «le costaría hasta el último puto (naturalmente) penique que tuviera». Nunca llegué a entender del todo por qué su crimen era tan terrible. Me pregunto ahora si no habría otra persona implicada. O eso, o Billie había hecho planes para ese dinero, que se habían estropeado por el mismo acto de la compra.

Mi habitación era bastante agradable, muy similar a lo que me había llegado a esperar durante esas estancias con anfitriones desconocidos en las mansiones no tan importantes de Inglaterra: el bonito empapelado de la pared, con un estampado tenue y semivictoriano, las cortinas de gruesa tela, pero que no llegaba a ser Colefax, y algunos dibujos de flores con un marco dorado y un paspartú *eau-de-Nil*. Disponía de mi propio baño, lo que no era tan común en esos días; y lo que era mejor, no parecía

que tuviera demasiados bichos, ni cochinillas ni tijeretas, y había una cama perfectamente decente. Pero no había comodidad alguna que pudiese compensar lo surrealista de los gritos que continuaban abajo, amplificadas sin duda por el hecho de que estaban otra vez a solas y eran libres de desgarrarse las gargantas sin interrupciones.

Llegaron dos personas más. La primera era un chico que se llamaba Sam Hoare, al que recuerdo mejor de lo normal porque iba a ser actor, una ambición extraordinaria en aquella época. Por lo menos en mi grupo social, el que se quisiera subir a un escenario no parecía tanto destinado al fracaso como necesitado de tratamiento psiquiátrico. Era un tipo alto y atractivo, y creo que acierto al decir que terminó siendo un pez gordo en producción de televisión, así que a su modo tuvo razón al insistir, por muy molestos que estuvieran sus padres. La última invitada, que se quedaba también en la casa además de venir a la cena, era una agradable chica llamada Carina Fox, que siempre me había gustado, a pesar de no conocerla demasiado bien. Oímos que los perros ladraban y que alguien hablaba en la entrada y, al igual que Terry había hecho antes conmigo, fuimos por el pasillo hasta el inicio de las escaleras, y les rescatamos. Los Mainwaring dejaron a los dos en nuestras manos, sin mirar atrás. No hacía falta que Peter y Billie se preocuparan por si sus invitados estaban cansados después del viaje y necesitaban algo de té. Como todos sabemos, este tipo de cosas te hacen formar un vínculo. Los cuatro nos sentamos en mi habitación, comparando nuestras impresiones y preguntándonos cómo íbamos a sobrevivir a la tarde que teníamos por delante, hasta que de alguna manera sentimos que éramos amigos, y no los medio extraños que hubiésemos sido en circunstancias normales.

La cena empezó bastante bien. Después de todo, habían tenido algún tiempo para calmarse y además había otras dos parejas, de la zona, más de la edad de nuestros anfitriones, que habían sido invitadas a la cena, así que después de una copa de champán en el jardín, y sin más incidentes, a las nueve menos cuarto de la noche nos sentamos los diez a la mesa, charlando como si nada de lo de antes hubiese sucedido. De hecho, estoy seguro de que los recién llegados, un general del ejército con una esposa muy agradable y una pareja de terratenientes cercanos, no tenían ni idea de que sus queridos amigos, Peter y Billie, habían estado de gira con su propia versión de *¿Quién teme a Virginia Woolf?* hasta que se habían separado para asearse. El comedor era bastante bonito, con una porcelana y una cristalería excelentes, y otra vez, sorprendentemente, buenos cuadros. Diría que Peter venía de una familia que había perdido sus tierras pero que se había quedado con buena parte del lote, lo que era bastante común por entonces. O ahora, la verdad. Pero no estoy seguro de que hubiera dinero a espuestas y supongo que era Billie quien había hecho la comida. En casas no tan grandiosas, del tipo de la rectoría en la que estábamos, incluso cuando los propietarios pertenecían a lo que se solía llamar la nobleza menor, en los sesenta no se llevaba tanto lo de contratar un servicio de *catering* como ahora y la mayoría de

las anfitrionas se sentían obligadas a hacerlo todo ellas, quizás por algún remanente de la ética en tiempos de guerra. He dicho antes que la comida pocas veces estaba muy buena, y a menudo dependía de las horrendas recetas que salían en las revistas, pues las mujeres las recortaban y las pegaban en los cuadernos de cocina, hechos especialmente con tal propósito. Una vez hecha la comida, lo normal era llamar a un par de mujeres del pueblo para que ayudaran a servir, y fregaran los platos y esas cosas, que era exactamente lo que se había dispuesto aquella noche. Habíamos superado el primer plato con facilidad, la obligatoria *mousse* de salmón que en esos días aparecía en todas las cenas con una soporífera regularidad. Le siguió una especie de escalope con una salsa espesa, cubierto de virutas de esto y de lo otro, y con zanahorias cinceladas en terroríficos adornos con forma de flor, a los que también sobrevivimos. Pero antes de que el postre apareciera, llegaron los primeros indicios de problema. Yo estaba por la mitad de la mesa, como era lo normal, pues era el sitio reservado a los más jóvenes, cuando vi que la mujer del soldado, lady Gregson, se volvía hacia Sam Hoare, que estaba a su derecha, mientras la doncella se llevaba el plato vacío.

—Estaba delicioso, ¿verdad? —dijo, lo que apenas se puede considerar discutible.

Sam abrió la boca para mostrar su acuerdo, pero antes de que pudiese hacerlo, su anfitrión, sentado al otro lado de lady Gregson, le interrumpió.

—Más delicioso que original, pero eso no es decir mucho.

—¿Qué? —La voz de Billie Mainwaring perforó el ambiente, lo que hizo que la mayoría de nosotros se callase, incluso los que no sabían de qué iba el asunto.

Lady Gregson, que era una mujer agradable pero no excepcionalmente lista, caló la situación y habló antes de que Peter pudiera responder.

—Estábamos diciendo lo mucho que habíamos disfrutado de este último plato.

Pero Peter ya llevaba un rato trasegando su excelente clarete para aquel entonces, y estaba claro que había hecho ceder alguna compuerta en su interior.

—Sí —dijo—, siempre lo disfruto. Cada vez que lo haces. Que es, más o menos, cada vez que alguien tiene la mala suerte de venir a cenar a nuestra casa. —En ese momento, bastante inoportuno, una doncella se acercó a la izquierda de lady Gregson, al lado de la silla de Peter. Llevaba un plato con algo que parecía tarta de queso.

—Oh, Dios mío, cariño —puso los ojos en blanco—, otra vez no.

—Me *encanta* la tarta de queso. —La voz de lady Gregson se estaba volviendo más severa, como si, al detectar una brisa de sublevación, estuviera decidida a imponer orden en la reunión, tanto si lo queríamos como si no. Era el tipo de mujer que habría resultado muy útil en Lucknow.

—¿Y las fresas? —Peter miraba fijamente a su esposa.

—Vamos a tomar tarta de queso. —La voz de Billie estaba tan animada como la de un mensaje grabado—. No pensé que les apetecieran las fresas.

—Pero las compré para esta noche.

—Muy bien. —Había una tensión en el aire que me recordaba a una de esas

películas, tan populares, acerca de la amenaza de una guerra nuclear, la obsesión universal por aquel entonces. La Gran Escena siempre se centraba en si el presidente de Algún Sitio iba a presionar el botón para empezarlo todo, o no lo iba a hacer. Tras haber dejado que resonara el momento, Billie volvió a hablar—: Señora Carter, por favor, traiga las fresas.

La pobre mujer no sabía cómo tomárselo. Miró a su patrona como si no pudiera decírselo en serio.

—Pero están...

Billie la cortó con la palma de la mano extendida, asintiendo como la funesta señal de un emperador romano.

—Solo traiga las fresas, por favor, señora Carter.

Por supuesto, hay veces que este tipo de cosas te producen alivio. Como la mayoría de nosotros sabemos, no hay nada que anime más una cena deprimente que una riña entre marido y mujer. Pero este incidente parecía haber adquirido una intensidad que la hacía levemente inapropiada para el deleite de los invitados. Era demasiado salvaje y verdadera. Por lo menos no tuvimos que esperar mucho para el siguiente acto. Mientras tanto, al resto de los acompañantes les habían servido tarta de queso, pero nadie había empezado a comerla. Vi que Sam le guiñaba un ojo a Carina y, a mi derecha, la silla de Terry estaba empezando a agitarse con las risas sofocadas. Aparte de esas pequeñas distracciones, nos quedamos allí sentados, quizás adivinando, al igual que en una comedia, que todavía no habíamos visto nada. La señora Carter volvió a entrar en la habitación y se acercó a lady Gregson con un cuenco de fresas, pero cuando se las empezó a servir quedó absolutamente claro, para todos los presentes, que la fruta estaba congelada, como balas de acero, y que acababan de sacarse de la nevera. La desdichada mujer llenó una cuchara y las depositó en el plato, donde cayeron con un ruido metálico como si fueran rodamientos. La señora Carter se acercó a Peter, que con cuidado se echó una gran ración repiqueteante. Estallido, estallido, estallido, así sonaban mientras él las iba acumulando en el plato. La señora Carter continuó con el siguiente invitado, y el siguiente, nadie fue omitido, nadie se atrevió a rechazarlas, así que las pequeñas y duras canicas cayeron ruidosamente en todos y cada uno de los platos. Incluso en el mío, aunque ahora no me acuerdo de por qué no nos negamos, simplemente, como uno podría negarse a comer algo en circunstancias normales. Con aire perplejo, la señora Carter se retiró a la cocina, y empezó todo el lío de comerse esas esquirlas de granito. Para entonces, puedes estar seguro de que no había conversación alguna, ni nada que se le acercara. Solo diez personas intentando comer pequeñas piedras redondas. En un momento dado, el general pareció atragantarse con una y alzó bruscamente la cabeza, como un animal encadenado, y en cuanto se hubo superado este peligro, la esposa del terrateniente, la señora Towneley, mordió una y se oyó un aterrador chasquido, y se llevó la mano a la boca gritando que se le había roto un diente. Incluso con esas, no se nos concedió un indulto real. Continuamos con

nuestros crujidos, Peter en particular, que mordía y masticaba y sorbía y sonreía, como si fuera la más deliciosa golosina que uno se pudiera imaginar.

—Parece estar disfrutándolas —dijo lady Gregson, cuyo destino esa noche era el de empeorar las cosas, precisamente cuando ella intentaba hacer lo opuesto.

—Es un regalo poder comer algo fuera de lo común —dijo Peter—. Por lo menos en esta casa. —Habló en voz alta y clara a todos los que estábamos en la habitación, intentando crujir en silencio. Inevitablemente, todos los ojos se volvieron hacia su esposa.

Por un momento pensé que no iba a responder. Pero lo hizo.

—Qué hijo de puta —dijo Billie, volviendo a su vocabulario estándar de cuando estaba furiosa, aunque la verdad es que esta vez lo dijo de manera bastante suave y las palabras fueron bastante efectivas, a pesar de su falta de originalidad. Lo siguiente que hizo fue ponerse de pie e, inclinándose hacia delante, cogió el cuenco con lo que quedaba de los incomibles frutos congelados. Con un gesto como el del que echa un cubo de agua a un fuego, le tiró los restos a Peter, y en el proceso al resto de nosotros, al igual que a la mesa y al suelo, con sus pequeños misiles, duros y dolorosos, rebotando. Terminó lanzándole el mismo cuenco y falló, pues él se agachó y se estrelló contra una bonita cubitera Jorge IV, que había en la esquina. En la pausa que siguió a esto solo se oía respirar.

—¿Cogemos nuestros abrigos? —dijo lady Gregson animadamente—. ¿Cuántos coches vamos a llevar al baile?

En un loable esfuerzo por darlo por concluido, se puso de pie, empujó su silla hacia atrás, pisó una fresa congelada y se cayó al suelo, golpeándose la cabeza con el canto de la mesa al hacerlo, y se le levantó el vestido de gala hasta dejar ver unas enaguas bastante sucias y una carrera en su media derecha, aunque eso puede que se produjera en el momento. Se quedó completamente quieta, ahí tendida en el suelo, y por un momento me pregunté si estaba muerta. Sospecho que los otros también lo hicieron, y por un momento todos nos vimos envueltos en un silencio prehistórico. Después, un gemido en voz baja, redujo esta preocupación, al menos.

—No creo que todos tengamos que conducir, ¿verdad, cariño? —dijo Peter, que estaba de pie, y la cena concluyó así.

Todo esto para explicar por qué acabé en la cama de Terry esa noche. Nos quedamos juntos cuando finalmente llegamos al baile, pues parecía raro no estar con alguien que hubiera presenciado lo que había ocurrido esa tarde. Sam Hoare y Carina parecían tener una motivación similar, y pronto se pusieron a bailar. De hecho, empezaron un romance que les iba a llevar a un matrimonio, tres hijos, y un famoso y desagradable divorcio, cuando Sam les abandonó por la hija de un fabricante de coches italiano en 1985. En cualquier caso, del grupo de nuestra casa, eso me dejaba con Terry, y no me desagradaba. Mientras progresaba la noche, todo pareció convertirse en inevitable, de la manera en la que lo hacen ese tipo de cosas. Nos contoneábamos cuando la música era rápida, pero cuando bajaron la intensidad de la

luz, a la una de la mañana, y el pinchadiscos puso *Honey*, un éxito en ese momento, asquerosamente sentimental, una de esas baladas acerca de los muertos que amaste, nos refugiarnos en los brazos del otro sin hacernos preguntas, y ahí empezó el abrazo lento y rítmico que pasaba por baile en la última etapa de estos eventos.

De algún modo, esos sardónicos y melódicos cantos fúnebres fueron uno de los sellos distintivos de la época, aunque esa moda hace tiempo que se ha desvanecido. Fue un fenómeno extraño, cuando lo piensas, canciones acerca de maridos, mujeres, novios y novias, todos matándose en accidentes de coche o de tren, muriéndose de cáncer, o sobre todo, yendo en moto, y el último escenario era combinar varias de las favoritas. Supongo que debían de tener algo aparte de la emoción fácil, empapada en lágrimas, que conectaba bien con nuestra sensación, en gran parte falsa, de ser los pioneros en «liberarnos». Iban desde las melódicas y robustas *Tell Laura I love her* a aquellas como *Terry* o *Teenangel* y, ya que estamos, *Honey*, que eran cursis sin remedio, pero el ejemplo que sobresalía, la excepción que confirma la regla, una canción que, como la más reciente *Dancing Queen*, se debe de haber cantado en más baños que ningún otro éxito musical, era sin duda *The leader of the pack* de las Shangri-Las. En ella había una estrofa que siempre me ha fascinado: «Un día mi padre me dijo: “Encuentra a alguien nuevo”. / Tuve que decirle a mi Jimmie que habíamos terminado. / Se quedó ahí y me preguntó por qué. / Todo lo que podía hacer era llorar. / Siento haberte herido, Líder de la Manada». No hay premio por adivinar quién estaba al cargo: papá. Ese duro motorista con su chaqueta de cuero y sus dos relucientes ruedas, esa chica presa de la pasión, los dos sabían que no se discutía cuando papá tomaba una decisión. «¡Encuentra a alguien nuevo! ¡Ahora!». «Sí, papá. Lo que tú digas». ¿Se cambiaría la letra si se volviera a grabar hoy en día? ¿«Tuve que decirle a mi padre que le dieran por saco»? No puedo pensar en otro ejemplo que cuente el colapso de nuestra estructura familiar y nuestra disciplina como sociedad en menos palabras y tan claramente. No es de extrañar que medio mundo se ría de nosotros.

En cualquier caso, esa tarde el triste refrán hizo su trabajo, y para cuando Terry y yo nos estábamos sirviendo el desayuno en la gran marquesina dispuesta para ello, decorada con imaginación con herramientas de cultivo y gavillas de maíz, los dos sabíamos hacia qué nos encaminábamos y yo estaba contento de ello. Como la mayoría puede recordar, hay algo bastante dulce, en los primeros años de la caza en particular, en saber que el próximo compañero amoroso ha sido localizado y está deseándolo.

Nos conduje de vuelta a la casa de los Mainwaring, borracho como estaba, con Terry sobándome para mantener mi mente en el asunto, y entramos por la puerta, sin cerrar, tal como nos habían dicho. ¿Cómo se las apañarían en estos días, más precavidos? Supongo que la respuesta es que no lo harían. Después subimos las escaleras, intentando hacer el menor ruido posible. No creo que dudáramos, ni siquiera por protocolo, mientras nos aproximábamos a nuestras habitaciones, que

estaban separadas. Estoy bastante seguro de que solo seguí a Terry a su dormitorio, sin ninguna explicación ni permiso, cerré la puerta con cuidado y empecé.

Por supuesto, uno de los problemas de ser un chico, que sospecho que no ha cambiado y nunca lo hará, es que los jóvenes tienden a parecerse a un misil en lo de buscar compañeras de cama sin que les importe nada más. Esto era especialmente cierto en aquellos días, cuando una gran parte de nuestras contemporáneas femeninas no lo permitían, con el resultado de que, en el momento de que hubiera una posibilidad de marcar un tanto, la brecha más débil en la pared de su virtud, uno simplemente iba a por ello sin detenerse a pensar si eso era lo que en realidad se quería hacer. Desgraciadamente, ese darse cuenta, ese cuestionarse el propósito, algunas veces venía después. Mi generación no era, hombres incluidos (a pesar de lo que les guste dar a entender) tan promiscua como la que nos siguió, antes de llegar al tumulto sexual de hoy. El hombre que con veinte y pocos todavía era virgen, un tipo bastante normal en la generación de mi padre, ya era un poco extraño para nosotros, y el propósito de culminar cuantas conquistas se pudiera era de lo más común. Así que de vez en cuando, inevitablemente, cualquier hombre se encontraba en la cama con una mujer que pudiera parecer improbable.

Lo más normal, cuando esto pasaba, era que simplemente siguiera con ello, y la aturdida pregunta «¿En qué estaría yo pensando?» no salía a la superficie de su cerebro hasta la mañana siguiente. Pero, inevitablemente, había ocasiones en las que un momento damasceno te asaltaba en medio de la acción. La venda se te caía de los ojos y todo el incidente se te revelaba como completamente insensato, sin excusas, mientras estabas allí, desnudo, con otro cuerpo indeseado entre tus brazos. Así pasó esa noche conmigo y con Terry Vitkov. Lo cierto es que no me sentía atraído por ella en lo más mínimo; ni siquiera es que me cayera muy bien en circunstancias normales, y sin las batallas de los Mainwaring, y lo rayana con la histeria que había sido la tarde que habíamos pasado juntos, nunca me habría encontrado en esa posición. Si lo que había sucedido no hubiera creado una cercanía artificial en nuestros corazones, me habría ido a dormir, felizmente solo. Pero ahora que estaba en la cama con ella, ahora que podía oler el tenue y acre aroma de su cuerpo y sentir su áspero pelo y su mullida cintura, y manipular esos pechos que colgaban ligeramente, supe con total claridad que quería estar en cualquier parte menos ahí. Me volví a tender sobre la almohada, separando mi cuerpo del suyo.

—¿Qué pasa? —dijo Terry con esa voz, que ahora me irritaba.

—Nada —contesté.

—Más vale que *no*.

Lo que, por supuesto, selló mi destino. Tuve una momentánea visión de convertirme en una anécdota, un impostor que no podía culminar, una broma de la que se riera con las otras chicas mientras todas meneaban sus meñiques con desdén, todo lo cual sabía que Terry era perfectamente capaz de hacer.

—Todo va bien —dije—. Ven aquí.

Y con toda la resolución que pude reunir en ese momento, cumplí con mi deber.

La cena no estaba yendo particularmente bien. Gary casi se había dado por vencido y Terry estaba, llegados a este punto, flotando. Estábamos mirando los menús para el postre y, cuando Terry empezó a preguntar con insistencia por los ingredientes de algún tipo de strudel, quedó claro, por la expresión de Gary, que habíamos llegado al límite.

—Yo solo tomaré una taza de café —dije, en un débil intento de que Terry pasara a la siguiente etapa de la tarde. Forzosamente, esto le dio ideas.

—Ven a mi casa para el café. Quieres ver dónde vivo, ¿verdad?

Su acento se estaba estirando hasta casi parecer sureño. Era algo inexplicable, puesto que procedía del Medio Oeste. Me recordó a Dorothy Parker y a la descripción de su suegra como la única mujer que podía sacar cuatro sílabas de la palabra «huevo».

—¿Traigo la cuenta? —se ofreció Gary con entusiasmo, aprovechando la oportunidad de librarse de un problema potencial antes de que se desencadenara la tormenta. No mucho después estábamos de pie en el aparcamiento.

Aquí nos encontramos con un dilema. Yo había bebido poco, sabiendo que iba a tener que conducir de vuelta, pero Terry se había pimplado unas tres botellas.

—Deja que te lleve —sugerí—. Puedes enviar a alguien a por tu coche mañana.

—No seas tan aburrido. —Se rio como si habláramos de una travesura adolescente, en vez de un delito que posiblemente podría incluir homicidio—. ¡Sígueme!

Empezamos así una de las experiencias más aterradoras de mi vida, saliendo disparados hacia Beverly Hills, derrapando en las amplias curvas de las carreteras montañosas de L. A., hasta que de alguna manera —no me preguntéis cómo— llegamos a Mulholland Drive, esa gran cadena de colinas, la columna vertebral que divide Los Ángeles propiamente dicho del Valle de San Fernando. Hay una película, *Retrato en negro*, protagonizada por Lana Turner, creo, que trata acerca de una mujer que no sabe conducir, y a la que sin embargo se le dice que tiene que meterse en un coche y seguir a su amante, que es el asesino. Ella le persigue zigzagueando como puede, pero cuando empieza a llover casi se mata, porque no tiene ni idea de cómo funcionan los parabrisas. De lado a lado vira descontrolada, para arriba, para abajo, para todos los sitios, llorando de histeria (¿o a lo mejor esto pasaba en *Cautivos del mal*?). En cualquier caso, esta fue más o menos mi experiencia con Terry Vitkov la noche que me guio hasta su casa. Excepto que en mi versión yo estaba siguiendo a la loca que estaba fuera de control, en vez de que fuera ella quien me acechara. Ni siquiera sé cómo llegamos vivos.

La casa, cuando finalmente aparcamos, era quizás un poco más modesta de lo que me esperaba, aunque no estaba muy mal. Un recibidor amplio, un mostrador que

pretendía ser la biblioteca a la izquierda, y un gran «salón» que era todo cristalera en tres de sus laterales para aprovechar al máximo la sensacional vista de la ciudad que había situada debajo, un millón de luces de todos los colores, un joyero gigantesco, parpadeando bajo nosotros. Parecía que estuviésemos aterrizando. Pero las habitaciones tenían un aire sucio y barato, con sus descuidadas jarapas y los sofás con fundas color beis avena, un poco rozados en los reposabrazos. Un par de antigüedades falsas y un dibujo a tiza de una engañosamente estilizada Terry, hecho por quien parecía un artista de las aceras a las afueras de la National Portrait Gallery, completaban la decoración.

—¿Qué vas a tomar? —dijo, acercándose al mostrador, donde había un pequeño bar.

—No quiero nada. Estoy bien.

—Nadie está bien si no ha bebido.

—Entonces algo de *whisky*, gracias. Ya me lo pongo yo. —Esto parecía más sensato que acabar con el vaso hasta arriba. Terry se sirvió algo de *bourbon*, sacando el hielo de uno de esos congeladores que produce cubitos a todas horas, de día y de noche—. ¿Está Donnie aquí?

—No creo.

Otra vez su falta de entusiasmo me hacía muy difícil creer que esta fuera una unión donde cada uno estuviera pendiente del otro. Bebí un poco, preguntándome si me alegraba de que estuviéramos a solas, aunque no sabía si me estaba temiendo una insinuación sexual o una intoxicación etílica. En cualquier caso era hora de volver a la historia de Greg y de Susie, y tenía que hacerlo antes de que Donnie volviera.

—¿Y cuánto tiempo llevas casada con él?

—Unos cuatro años.

—¿Cómo os conocisteis?

—Es productor. De televisión —añadió rápidamente, para diferenciar a este hombre, que de verdad trabajaba como productor, de cualquier otro residente en L. A. —. Salgo en estos programas en los que comentamos lo que está en venta...

—Lo sé. Infomerciales. —Sonreí, pensando que le estaba enseñando lo puesto al día que estaba en el argot de la televisión moderna.

En vez de eso, me miró como si la hubiera abofeteado por encima de la mesa.

—¡Odio esa palabra! —Pero la batalla culinaria del restaurante la había cansado, y no iba buscando más guerras. Así que bebió otro poco y dijo con toda seriedad—: Prefiero pensar en mí misma como una embajadora al servicio del cliente. —Pronunció las palabras con gran solemnidad, así que solo puedo suponer que esperaba que yo me lo tomara al pie de la letra. Después de una pausa adecuada, continuó—: Llevaba saliendo con Donnie un tiempo, y me lo propuso, y pensé «qué demonios».

—Bueno, por ti —dije, y alcé mi vaso—. Espero que seas muy feliz.

Volvió a beber, y se recostó contra los cojines. Como era de esperar, su relajación le había hecho bajar la guardia y pronto me enteré de que, tal como había adivinado,

no es que fuera muy feliz. De hecho, sería difícil atestiguar que lo fuera en absoluto. Por lo que parecía, Donnie era bastante mayor que ella, y puesto que nosotros dos estábamos en la recta final de la cincuentena, eso le convertía en alguien más cercano a los setenta. También tenía menos dinero del que le había hecho creer, «lo que le dolía mucho» y, lo peor de todo, tenía dos hijas que «no se podía quitar de encima».

—¿En qué sentido?

—Le llaman todos los días, insisten en verle. Sé que están esperando quedarse con su dinero cuando él se muera.

Esto era un poco difícil de contestar. No había nada irrazonable en el deseo de ver a su padre y *por supuesto* esperaban quedarse con su herencia cuando muriera. Eso no significaba que no le quisieran.

—Por lo menos no esperan quedárselo antes de que muera —terminé ofreciendo. Cabeceó con violencia.

—No lo entiendes. *Necesito* ese dinero. Me lo he *ganado*. —En ese punto ya estaba muy borracha, lo que era comprensible, dado cuánto Chardonnay, Merlot y Jack Daniel's había pasado por su voraz garganta esa tarde.

—Bueno, estoy seguro de que piensa ofrecerte una parte equitativa. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Está planeando darme los intereses sobre la mitad de sus ahorros en usufructo, que ellas volverán a recibir cuando yo muera.

Lo que era extraño es que ella lo contaba como si estuviese describiendo un crimen atroz, cuando en realidad a mí me parecía algo muy sensato, incluso generoso. No me atreví a decirlo, porque conocía a Terry, pero Donnie era un extraño para mí, así que no podía esperar ayuda por mi parte. Me contenté con un:

—¿Y eso no es lo que quieres?

—¡*Maldita sea*, claro que no! —Se me acercó para coger la botella y llenarse el vaso. Al hacerlo, vio una fotografía enmarcada, entre varias que estaban dispuestas en los estantes del mostrador. Era la de un hombre anciano, con el pelo blanco, y dos jóvenes, una a cada lado. Todos sonreían—. Esas zorras —dijo Terry con malicia, en voz baja y, alcanzando la foto con la mano que no sujetaba el vaso, la golpeó y la tumbó. Cayó en el estante de madera con un fuerte ruido, pero no supe si el cristal se había roto.

—¿Y llevas casada cuatro años? —pregunté indeciso, intentando vadear hacia aguas poco profundas, pero siendo incapaz, por la naturaleza del asunto que me había traído allí, de dejar de hablar de su vida privada.

—Sí. —Más Jack Daniel's cayendo por su insaciable gollete.

—A lo mejor si estáis juntos más tiempo, cambian las cosas.

—Cuatro años con Donnie son toda una vida, créeme.

Lo que siempre me ha fascinado de las personas como Terry, y he conocido a unas cuantas, es su control absoluto del universo moral. Tú y yo podíamos saber que se había acercado peligrosamente a la desesperación mientras hacía esos espantosos

infomerciales, preguntándose si su vida volvería a comenzar algún día. Y entonces aparece este agradable y solitario anciano, y ella decide casarse con él, con la esperanza de heredar todo a lo que no tiene derecho, y cuanto más pronto mejor. Después descubre que planea dejar su fortuna a sus dos hijas, a las que ama y que está claro que es a quienes se lo debería dejar. Son cariñosas y se sienten muy unidas a Donnie, y aparte de sin duda *despreciar* a su nueva madrastra, estoy seguro de que son mujeres normales y sensatas. Y sin embargo Terry, y otras como ella, pueden coger esta sencilla historia y retorcerla hasta que, con una esquirla de cristal en el ojo, y a través de una lógica ponzoñosa, le cambian el reparto al universo convirtiéndose en las que tienen derecho a quejarse. Se están aprovechando de ellas, son las víctimas de un sistema cruel. Son las que se merecen compasión. Me digo a mí mismo que deben de saber que están viviendo una mentira, y sin embargo no muestran señal alguna, y por lo común sus amigos y colegas se terminan dando por vencidos, primero fingiendo que están de su parte y al final, creyendo que están en lo cierto. Mi propio sistema de valores, en cambio, había sobrevivido al asalto, y de hecho quería escribir a Donnie para ofrecerle todo mi apoyo ahí y en ese instante.

Mis cavilaciones fueron interrumpidas cuando la voz chillona de Terry me trajo de vuelta al presente.

—¡Fíjate en esto! —gritó a modo de introducción. Estaba claro que me iba a ofrecer otro ejemplo de los ultrajes cometidos por Donnie, aunque estaba seguro de que iba a estar de acuerdo con la mayoría de ellos—. Incluso le va a dejar una cantidad a Susie. Sin condiciones. —Se detuvo, para remarcar esta increíble injusticia—. Pero para mí sí las hay. Para mí, hay un «usufructo». —Casi escupió estas palabras, asintiendo de manera victoriosa, como si terminara de contar una anécdota divertida.

Donnie me estaba empezando a caer cada vez mejor. Mejor de lo que me caía su mujer.

—Es su hijastra.

—¡Qué gracioso! —Se balanceó con una risa forzada.

—¿Dónde está Susie? ¿En Los Ángeles? —Debería haber previsto que con esta pregunta me iba a sobrepasar. Era tarde y todavía sufría por el desfase horario, y quizás llegados a este punto estaba un poco bebido y, en cualquier caso, quería avanzar con el tema ya. Mis palabras parecieron retumbar en la habitación, cambiando el ambiente.

Terry era muchas cosas, pero no era estúpida.

—¿Por qué estás aquí? —dijo, y su voz de repente sonaba completamente sobria y razonable.

Hay que entender que ya estaba casi al final de mi búsqueda. Solo me quedaban Terry y Candida, así que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que Susie fuese el bebé del Santo Grial. Confieso haber esperado, por el bien de Damian, que fuese el hijo de Candida Finch, pero no había razón por la que no pudiera ser este.

Así que pensé que también podría formular la pregunta directamente, estando como estábamos tan lejos de casa. No tenía la intención de contarle a Terry lo de la lista y, después de todo, Damian no sería tan interesante para las noticias de estos lares, si Terry quisiera publicitar que le había sido infiel a su primer marido, de lo que yo no estaba tan seguro.

—Me has contado que ya llevabas con Greg un tiempo cuando te quedaste embarazada.

—Sí.

—Damian recuerda que tuvo un lío contigo por esas fechas.

Sonrió, sin hacer la conexión inmediatamente.

—No es que tuviéramos un «lío», ni entonces ni nunca. No lo que se entiende por lío. —Se había vuelto a relajar y otra vez arrastraba las palabras. De alguna manera, creo que se lo estaba pasando bien—. Tuvimos algo divertido, ahora sí, ahora no, durante años. Nunca llegamos a salir del todo, nunca llegamos a romper del todo. Si me estás preguntando si fui infiel, nunca pensé que Damian contara.

—En cualquier caso, lo que pasa es —aquí llegaba— que Damian se pregunta si Susie es realmente la hija de Greg.

Por lo menos me esperaba algo de indignación simbólica pero, impredeciblemente, Terry echó la cabeza atrás y rompió a reír. Esta vez fue completamente genuino. Por un momento fue incapaz de parar y todavía se estaba enjugando los ojos cuando pudo contestar.

—No —dijo al final, moviendo la cabeza— no es la hija de Greg. —No dije nada—. Tienes razón. Me había estado acostando con Greg bastante tiempo antes de eso, pues hacía bastante que había decidido quedarme embarazada. No estaba tomando ninguna precaución y me empecé a preguntar si él podía tener hijos. Si era, ya sabes, fértil.

—Así que reanudaste las cosas con Damian, para ver si así te podías quedar embarazada. —Podía imaginarme cómo había ocurrido. Quería llevar a Greg al altar, y todo el tema de la paternidad era mucho más liso por aquel entonces. Era un plan que podría haber funcionado fácilmente. Estaba claro que lo había hecho. Es solo que no encajaba con la carta que había originado todo eso, dado que todo había sido ideado por ella. Damian no podía ser acusado entonces de seducción o de «engaño». La acusación se inclinaba más hacia el otro lado. De todos modos, ya llegaríamos a eso después.

—Sí. Supongo que es exactamente lo que hice. —Se mostraba desafiante, envalentonada por el alcohol, incluso desfachatada. Ladeó la cara, como para retarme.

—No estoy aquí para juzgarte. Solamente para averiguar la verdad.

—¿Y qué quiere Damian con todo esto?

Así que había alcanzado mi objetivo. Habíamos llegado. Con esto en la mente, pensé que un poco de sinceridad no estaría de más.

—Se está muriendo, como ya te he dicho. Creo que quiere asegurarse de que a su hijo no le faltará de nada. —Esto me pareció suficiente.

—¿Tendría que saberlo Susie?

Esta era una pregunta interesante. Suponía que Susie querría saberlo, pero ¿era una de las condiciones? Y, además, ¿dependía de su madre? Al fin y al cabo, Susie tenía treinta y muchos.

—Eso es algo que tendré que consultar con Damian. Habrá que hacer una prueba de ADN, pero supongo que nos podemos inventar alguna otra razón, perfectamente creíble, o incluso lo podemos hacer sin que lo sepa.

—Ya veo. —Por su voz pude adivinar que lo que acababa de decir cambiaba las cosas, pero no podía entender la razón, pues no pensaba que fueran unas condiciones muy estrictas. Se puso de pie y caminó hacia uno de los ventanales, agarrando lo que ahora veía que era un tirador, y deslizando el cristal, para que entrara el aire de la noche. Por un instante respiró profundamente—. Damian no es el padre de Susie —dijo.

Espero poder describir lo inexplicable que me pareció. Llevaba toda la tarde escuchando a una mujer con ansias de dinero, del dinero de otras personas, de cualquier tipo de dinero del que pudiera apoderarse; una mujer decepcionada con la vida y todo lo que había traído consigo; una mujer atrapada en una existencia que odiaba, con un marido por el que no se preocupaba, y de repente, aquí estaba, al borde del golpe de suerte más grande del que nadie hubiese oído hablar, la oportunidad de convertir a su hija en una de las mujeres más ricas de Europa, y lo estaba rechazando sin la menor resistencia.

—No puedes saberlo —dije—. Tú misma has dicho que no era de Greg. Así que debe de ser de alguien.

Asintió.

—Sí. Debe de ser de alguien. Pero no es de Greg y no es de Damian. —Se detuvo, preguntándose, me doy cuenta ahora, si continuar. Me alegro de que lo hiciera—. Y tampoco es mía.

Por un instante me quedé demasiado atónito para soltar el obligatorio «¿Qué?» o «¿Cómo puede ser?» o incluso «Oh». Solo la miré.

Suspiró, temblando de repente por la brisa, y volvió atravesando la habitación hacia el mugriento sofá.

—Estás en lo cierto. Acerca de lo que estaba intentando hacer. Quería quedarme embarazada, porque sabía que Greg se casaría conmigo si lo estaba. Me había estado acostando con Damian de vez en cuando durante un par de años, y estaba segura de que no le importaría. Y no le importó. Esto fue después de que volvierais de esas vacaciones tan raras en Portugal.

—Creo que él me había dicho que fue antes.

—No. Le llamé y su compañero de piso me dijo que estaba allí, así que le dejé un mensaje. Me llamó el día que volvió, y fui para allá. Es gracioso. Cuando nos

encontramos por última vez... —Se había puesto nostálgica, una mejor persona por un momento, recordando sus sueños de juventud—. Pensé que podíamos continuar con eso. Parecía diferente cuando volvió a casa, menos... no lo sé exactamente, menos inalcanzable, y durante uno o dos días pensé que a lo mejor sería Damian y no Greg, después de todo.

—¿Pero no llegó a pasar?

—No. Se volvió a encontrar con esa chica tan guapa allí, y siguieron quedando cuando ella regresó a Londres.

—Creo que solo fue una vez.

—¿De verdad? Pensé que habían sido más. ¿Cómo se llamaba?

—Joanna Langley.

—Eso es. ¿Qué tal le ha ido?

—Ha muerto.

—Oh. —Suspiró, triste por el inexorable proceso de la vida—. El caso es que, cuando volvió, Damian estaba muy raro. Me enteré de lo que había sucedido. —Asentí—. Creo que lo que pasó es que estaba harto de todos nosotros. Perdí el contacto con él después de eso.

—Al igual que todos nosotros.

—Joanna Langley está muerta. Uf. Solía tener tantos celos de ella... —Podía ver que la noticia le había hecho detenerse y recapacitar. Para cualquiera, enterarse de la muerte de una persona de la que se creía que estaba viva y bien, es un poco como matarles, porque de repente están muertos en tu mente, en vez de vivos. Pero para la generación de los sesenta es más que todo eso. Predicaban el valor de la juventud en voz tan alta y durante tanto tiempo que no pueden creerse que un Dios cruel les deje envejecer. Menos todavía, aceptar que pueden morir. Como si su determinación por ponerse ropas e ideales más adecuados para gente treinta, cuarenta o cincuenta años más jóvenes que ellos actuara como un elixir para mantenerlos lejos del alcance de las garras de la Parca. Se ven entrevistas en televisión y artículos en los periódicos que expresan una estupefacción asombrada cuando un viejo rockero muere. ¿Qué pensaban que iba a ocurrir?

Al final, con un movimiento filosófico de cabeza, Terry siguió con su historia.

—Me acosté con Damian dos o tres veces antes de que termináramos. Sin rencores. —Paró para confirmar que esto concordaba con la información de la que yo disponía.

—Seguro que no. ¿Pero no sucedió nada?

Negó con la cabeza.

—No pasó nada. Después Greg se fue a Polonia y yo le seguí, y me acosté con él, pero no pasaba nada y seguía sin pasar nada, y al final fui a ver a un médico mientras estaba allí, y adivina qué.

—No era él, eras tú.

Sonrió, como un profesor contento de que le estuviera prestando mi atención.

—Era yo. Todo este tiempo, era por mí. Me faltaban algunos tubos o algo así...
—Alzó las cejas, en un intento por controlarse—. ¿Sabes lo primero que se me ocurrió? ¿Por qué demonios me había pasado tanto tiempo preocupándome por si me podía quedar embarazada? Los últimos años de mi adolescencia habrían sido una fiesta.

—No te lo pasaste tan mal —dije.

Lo que hizo que se riera.

—En cualquier caso, sabía que una vez que Greg se enterara de que no podía tener hijos, una vez que su madre lo supiera, todo se acabaría y yo volvería a la casilla de salida. Así que me compré un bebé.

Ahora parece un poco raro, pero esta frase me pilló completamente por sorpresa. ¿Por qué? No puedo decirlo. No existían los vientres de alquiler en aquellos tiempos, o si los había, no habíamos oído hablar de ellos. Admitía haber tenido un bebé para conseguir que Greg se casara con ella y me había dicho que no podía tener hijos. ¿Qué me imaginaba que había hecho? Incluso así, me quedé pasmado. Lo único que pude articular fue:

—¿Cómo?

Sonrió.

—¿Te lo estás planteando? —Pero estaba demasiado metida en la historia para dejar de contarla—. En ese momento estaba haciendo algo de trabajo social, antes de que se derrumbara el comunismo y esas cosas. No había solidaridad. No había esperanza. Polonia era un país ocupado y la gente estaba desesperada. No fue muy difícil. Encontré a una madre joven que ya había tenido cuatro hijos, y que acababa de descubrir que volvía a estar embarazada. Me ofrecí a quedarme con el bebé, independientemente de lo que fuera, aunque no estuviera bien del todo.

—¿Lo habrías hecho?

Se lo pensó por un momento.

—Espero que sí —dijo, lo que me gustó.

—¿Pero cómo lo conseguiste?

—No fue muy difícil. Encontré un médico al que sobornar. —El asombro se debió de reflejar en mi cara, porque se enfadó bastante—. Venga ya, la mayoría del tiempo le estaba recetando drogas a chavales. ¿Te crees que esto es peor?

—Por supuesto que no.

—No empecé a mostrar «barriga» hasta los cinco meses. Le dije a Greg que no me sentía muy cómoda teniendo sexo con él y, con su trasfondo puritano, él tampoco. Después le pregunté si no le importaba no estar presente en el parto, pues la idea me desagradaba. Y chico, deberías haber visto su cara de alivio. Hoy en día, si el padre no está ahí observándote mientras aparece la cabeza, es una mala persona, pero en 1971 no era obligatorio.

—¿Cómo te las arreglaste con el parto?

—Tuve un golpe de suerte cuando le hicieron irse a Nueva York justo antes de

que llegara el bebé. Las fechas que le había dado tenían un retraso de tres semanas con respecto a las verdaderas, para tener un poco de tiempo por si acaso. Pensaba registrarme en una habitación diferente. Creo que hubiese salido bien, pero al final no lo necesité. Se puso de parto y la llevé a la clínica donde, gracias al médico, dio mi nombre. El bebé me fue entregado y el registro fue pura rutina. Cuando Greg volvió, le estaba esperando en casa con la pequeña Susie. Lloramos un montón. Todo el mundo estaba feliz.

—¿Y nadie lo descubrió?

—¿Y por qué iban a hacerlo? Le dije que le quería, pero que no podía tener sexo con él hasta que recuperara mi figura. No sospechó nada. Nadie salió perjudicado. Incluyendo a Susie. Y lo digo de veras. —Estaba claro que era así, y diría que probablemente era cierto, aunque uno nunca puede estar seguro con estas cosas. Aunque no me decanto por la costumbre de hoy en día de dejar a los bebés con sus madres, claramente incapaces de cuidarles, antes que encontrarles hogares decentes. Terry había llegado casi al final—. Por un tiempo pensé que el médico podía chantajearme, pero no lo hizo, así que eso fue todo. A lo mejor tenía miedo de que yo le chantajeara a él.

—¿Y no hubo nunca alguna prueba que lo sacara a la luz?

—¿Qué prueba? Los dos son del grupo sanguíneo O, lo que la verdad es que fue un alivio. ¿Pero quién le hace una prueba de ADN a su propia hija?

—¿Ha tenido Greg más hijos?

—Propios no. Dos hijastros. Adora a Susie, y ella también le adora a él. —Suspiró, un poco cansada—. Le prefiere a él antes que a mí.

Asentí.

—Así que él cuidará de ella.

Por alguna razón me alegré de esto. Susie acababa de perder una gran fortuna que, en mi febril mente, había poseído durante dos o tres minutos. Estaba bien saber que nunca le haría falta.

—Oh, sí. Tiene la vida mucho más asegurada que yo.

Tenía que preguntarlo.

—Si no hubiera mencionado lo de la prueba, ¿me habrías seguido la corriente?

Se lo pensó por un instante.

—Probablemente. La tentación era muy grande. Pero por supuesto habría habido algún obstáculo al final, así que me alegro de que lo hicieras. Antes de que me emocionara demasiado.

Otra vez más, era hora de irme y esta vez sabía con certeza que no nos volveríamos a ver. Pues, si volvía a la ciudad, no intentaría quedar con ella. Pero había algo en la historia que me había contado que me había conquistado un poco el corazón. Me recordó las inolvidables palabras de Caroline Lamb: «Con todo lo que se ha dicho de la brevedad de la vida, para la mayoría de nosotros es muy muy larga». La vida de Terry ya había sido muy larga y muy frustrante, con escasas recompensas

que mostrar. Que esto hubiera sido principalmente por su culpa no ofrecía mucho consuelo, como yo bien sabía. Había tirado a la basura su única oportunidad de un futuro decente con Greg y nunca le podría reemplazar con algo que se le semejara. Ahora había perdido incluso a la niña que se había inventado para poder estar con él. Nos dimos un beso al despedirnos en la puerta.

—Por favor, no se lo digas a nadie. —Negó con la cabeza. Yo tenía algo más que decir.

—Y por favor, no se lo cuentes nunca a ellos.

—¿Crees que sería capaz?

—No lo sé. Si bebes demasiado, o te enfadas, a lo mejor.

No se ofendió por esas palabras, lo que es digno de elogio, pero se mostró muy segura al negarlo.

—He estado borracha y enfadada muchas veces desde la última vez que nos vimos y todavía no se lo he dicho. —Estoy seguro de que esto era verdad. Por completo.

—Bien. —Realmente me tenía que ir. Pero deseaba hacer una última cosa antes de que nos separáramos—. Sé amable con Donnie —dije—. No parece un mal tipo.

La tarde que acababa de pasar había dulcificado lo que pensaba de ella. Debería haber sido más perspicaz. La verdad es que, con la sola excepción de sus sentimientos hacia la que no era su hija, la vieja Terry Vitkov no había cambiado mucho.

—Es un hijo de puta —contestó, y me cerró la puerta.

CANDIDA

Trece

Lo que solo dejaba a Candida Finch. Me había quedado unos cuantos días en Los Ángeles, en Beverly Hills para ser más exactos, en el acogedor hotel Peninsular, un refugio para los ingleses, pues es el único desde el que puedes ir andando a la oficina de correos o a por algo de comer, sin tener que esperar cada vez a que un mozo de hotel impecablemente uniformado vaya a recoger tu coche. Había disfrutado de conocer a mi agente, que resultó ser una persona encantadora, y aunque no seguí al dedillo las instrucciones de Damian, nos terminamos llevando muy bien, y me envió a conocer a unas cuantas personas mientras todavía estaba por allí. Dado que me había permitido el lujo de pedirme primera clase para el vuelo de vuelta a Londres, me sentía bastante relajado y con fuerzas para cuando llegué a casa. Qué extraño resulta que dormir lo suficiente, y la energía física que ello conlleva, te puedan hacer sentir como si tu vida fuera en la dirección correcta, mientras que su ausencia tiene el efecto contrario.

De todos modos, cuando al final regresé a mi piso, si estaba esperando encontrar varios mensajes de Candida respondiendo a los que yo le había dejado antes de irme me sentí decepcionado. No había nada. Por lo tanto, volví a grabar otro en su contestador, y me dispuse a trabajar uno o dos días en mi última novela, un relato sobre las *ansiedades* de clase media en una ciudad a orillas del mar, que se estaba aproximando a lo que dudaba si llamar su punto culminante, y que había dejado un poco abandonada últimamente, con justificación. A la mañana del día siguiente, cuando por fin había encontrado el ritmo de vuelta a mi complicado triángulo marítimo, el teléfono de mi escritorio empezó a sonar.

—Llamaste a Candida Finch ayer —dijo una voz femenina, y por un momento, aunque no tuviera lógica, creí que era la misma Candida la que estaba hablando. No sé por qué, porque obviamente no lo era.

—Sí. Me preguntaba si podríamos vernos, aunque sé que suena raro.

—Suena muy raro y no soy Candida, soy Serena. —Mil bolsas de hielo recubrieron mis órganos vitales.

—¿Serena?

Por supuesto que era Serena. Era su voz, por el amor de Dios. ¿En qué había estado pensando? ¿Pero para qué me iba a llamar Serena? ¿Cómo había sucedido? Lo cavilé sin hablar, preguntándomelo silenciosamente, con el auricular pegado al oído.

—¿Hola? —Su voz había subido de volumen.

—Sí.

—Oh, pensaba que se había cortado. Solo oía silencio.

—No, todavía estoy aquí.

—Bien.

De repente me preocupé por si en su voz se detectaba un matiz de duda, como si ella temiera que la persona con la que estaba hablando estuviera loca, y que fuera

peligroso continuar con la conversación. Temblé por si decidía hacerle caso a ese aviso del subconsciente. Todo lo cual sirve para ilustrar el febril estado de mi imaginación.

—¿Y en qué te puedo ayudar?

—Estaba hablando con Candida esta mañana y me dijo que tenía un mensaje tuyo de que querías verla.

—Me temo que tiene más de uno. Ya pensaba que había emigrado.

—Ha estado en París, y regresó anoche.

—Es maravilloso que todavía mantengáis el contacto. —A medida que las palabras salían de mi boca, podía darme cuenta de su total falta de sentido. ¿Por qué decía eso? ¿Por qué era tan maravilloso? ¿Por qué no iban a mantener el contacto? ¿Acaso estaba loco?

—Es mi prima.

Debería haberlo sabido. De hecho, debo haberlo sabido. De hecho, lo *sabía*. Perfectamente. Dieron un baile juntas, por el amor de Dios. Estuve allí. ¿Qué clase de tonto se olvida de algo así? ¿Qué clase de estúpido *imbécil*?

—Por supuesto —dije a la ligera—. Por supuesto que sí. Debería haberlo recordado. —¿Adónde me llevaba todo este parloteo? ¿A alguna Convención Internacional de Idiotas? ¿Por qué no podía decir nada que no sonara incoherente y vacuo?

—De todos modos, me preguntaba si formaba parte de la búsqueda para Damian.

Mi corazón se detuvo. ¿Qué le había dicho? ¿Me había sorprendido tanto que ella estuviera en Gresham que se lo había contado todo? ¿Podría haberlo hecho? ¿Qué le había contado? Mis pensamientos volaban como una bandada de cuervos sin ningún sitio donde aterrizar. Parece que no podía recordar nada de esa tarde, aunque había creído que lo recordaba todo.

—¿Búsqueda? —dije, pensando que era la mejor manera de sacarle información.

—Dijiste que Damian quería que buscaras a algunos de sus viejos amigos. Me lo contaste cuando nos encontramos en Yorkshire. Me preguntaba si Candida era una de ellos, porque a ella no se le ocurría ninguna otra razón para que quisieras verla.

—Se juzga muy severamente. Puedo pensar en múltiples razones.

—¿Pero esa era la razón? ¿Es esa?

—Pues de hecho sí, lo es. Pensaba invitarla a comer y que me pusiera al día. Eso es todo lo que él quiere, la verdad.

—Bueno, tengo una idea muchísimo mejor. Va a venir aquí el próximo fin de semana, así que me preguntaba si te unirías a ella. A nosotros. Nos encantaría.

Mi desesperación por mi propia estupidez se vio reemplazada por un coro de arcángeles.

—Es muy amable por tu parte. ¿Seguro?

—Por supuesto que sí. Vente el viernes, para la cena. Y puedes irte a alguna hora de la tarde del domingo.

—Ah, bueno, mientras eso lo tengamos claro.

Se rio.

—Andrew siempre necesita saber que tendrá la casa libre para la cena del domingo.

Seguro que sí, pensé, ese sapo sin modales.

—¿Y qué necesito de ropa?

—Él lleva batín corto el sábado por la noche, sin corbata. Aparte de eso, llevaremos ropa informal todo el tiempo.

—Bueno, si estás segura...

—Completamente. Te mandaré por correo electrónico las instrucciones para llegar. Es muy fácil, pero así ya las tienes, si me das tu dirección.

Así que lo hice. Y todo estuvo resuelto. Me pregunté si debería llamar a Candida, pero no supe nada de ella, así que supongo que Serena ya le había puesto al corriente.

Después de esta conversación me quedé sentado varios minutos, incapaz de decidir en qué estaba pensando. Naturalmente, como ya he comentado, la invitación había puesto en marcha un carillón de tintineantes campanas de plata en mi corazón, sonando y cantando con alegría ante la perspectiva de dos días enteros pudiendo contemplarle la cara, para mi deleite. Pero el viejo proverbio reza que es mejor viajar con esperanzas que llegar, y ahora que me enfrentaba a la posibilidad real de volver a tener a la Bendita Serena en mi vida, paradójicamente, no estaba convencido del todo de que fuera una buena idea. Por supuesto, todo esto era culpa de Damian. Era culpa de Damian que hubiera abandonado mi vida hace treinta y ocho años. Por lo menos, yo ponía la fecha del principio del fin en esa cena. Y ahora era culpa de Damian que hubiera vuelto. Que ella había sido, siempre sería, el amor de mi vida ya había quedado claro, a mi completa satisfacción, por lo menos, y si era sincero conmigo mismo, fue su regreso a mi mente consciente lo que había señalado el último acto para la pobre Bridget, como ya le había contado más o menos a mi padre. El hecho de recordar lo que el amor es, o lo que podría ser, hacía que la pálida imitación que yo estaba viviendo careciera de sentido.

Pero Serena estaba satisfecha con cómo era su vida, y aunque no lo estuviera, jamás dejaría a su marido, de eso estaba bastante seguro, y aunque lo hiciera, no sería por mí, y si pasara, no tendría nada comparable para ofrecer... y así. Estaba bastante seguro de que no era el tipo de persona dispuesta a tener alguna actividad extramatrimonial, e incluso si me equivocara también en esto, ciertamente no sería yo el otro adúltero que escogiera. Sabía perfectamente que, aunque la madurez y cierto éxito me habían transformado en una posibilidad de matrimonio para varias divorciadas solitarias que todavía no tenían claro cómo se financiarían sus últimos años, seguía sin ser la clase de hombre que incita a una mujer a pecar. No tenía ni el físico ni el dinero.

No, el futuro que había en oferta, o por lo menos la posibilidad, dado que todavía no se me había ofrecido nada, sería el de ser un amigo, un compañero, alguien con

quien dar un paseo. Ese colega literato que todas las mujeres que van a la moda, casadas con imbéciles o con adictos al trabajo, necesitan de vez en cuando para que las inviten a comer, o les sujeten el abrigo en el teatro, los que se pueden unir a una fiesta en la villa de Amalfi y hacer que los otros invitados se rían. ¿Quería yo eso? Había hecho suficiente en el pasado, claro, y había intercambiado mi talento por comida, figuradamente, un millar de veces y más, pero ¿quería hacerlo con el añadido del dolor? ¿Sentarme y observar a la mujer por la que ofrecería mi vida, mientras charlaba sobre un fin de semana en Trouville o una obra en el Almeida o lo último que se había comprado? No. Un hombre tiene su orgullo, pensé, con mi mente todavía sin nada confirmado. Iría a pasar el fin de semana. De todas maneras, tenía que interrogar a Candida, o esa era mi excusa, pero después le pondría fin. Ya casi estaba al final de la búsqueda que me había llevado por mi territorio de antaño. Pero una vez que se acabara, el hijo de Candida conseguiría el dinero y Damian moriría, y yo me iría a casa y escribiría mis libros otra vez, y diría hola a Serena cuando la viera en la fiesta de verano de Christie's otra vez. Y eso sería suficiente para saber que estaba bien. O eso me propuse.

Waverly Park suena un poco más romántico de lo que en realidad es. La residencia original de los duques de Belton, el castillo de Mellingburgh, abandonó a la familia cuando la rama mayor murió junto con una heredera en 1890, y ahora está enterrado bajo el aparcamiento de la estación de Milton Keynes, pues la mayoría de sus paredes sirvieron para la estructura. Pero el título había saltado lateralmente a una rama más joven, y lo celebraron con un matrimonio con una americana bien dotada, y comprando Waverly en Dorset, no lejos de la costa. Los terrenos habían mermado, después de las dos guerras, y después otra vez hacía poco, porque cuando lord Belton murió resultó que se habían hecho mal las provisiones, y fue imposible impedir que la mitad de las propiedades fueran divididas entre los hermanos de Andrew. Se esperaba que se las volvieran a entregar a su hermano mayor, pero eso no pasó, como sucede a menudo con esas cosas. Yendo a peor, la hermana, Annabella, era ludópata y vendió su parte a los tres años de haberla heredado, lo que dejó un enorme agujero en el centro de la granja, y el otro hermano, Eustace, casado con una mujer más bravucona incluso que su madre, dividió la suya entre sus cuatro hijas, ninguna de las cuales se quedaría a largo plazo. Me contaron más tarde que todo este lío había sucedido porque lady Belton insistió en usar al hijo de un primo como abogado, en vez de alguien que supiera lo que estaba haciendo. No puedo jurar que esto sea cierto, pero parece muy probable. El resultado fue que a Andrew le dejaron con muy poca tierra para poder sostener la casa, una situación agravada por su innata falta de capacidad intelectual, que les aseguraba que no vendrían ingresos del exterior en su ayuda. Puede que Serena esperara algo de su padre, pero las familias como los Gresham no han seguido siendo ricos repartiendo la fortuna entre hermanos, y tampoco sería tanto.

La casa en sí misma era bastante grande, pero sin nada memorable. Alguien había vivido allí desde 1660, pero todo lo que quedaba de ese periodo era la escalera

volada, lo más bonito que había. Se había construido alrededor del edificio dos veces, una bien, en 1750, y otra mal, en 1900, por los recién llegados y alegres Belton. Un brote de optimismo a finales de 1940 por parte del abuelo de Andrew había derribado el ala de servicio, colocado las cocinas donde antes había un saloncito de día, y convertido la grandiosa entrada en una biblioteca. El efecto de esto era que entrabas por una esquina, alejados del atrio principal, y la puerta delantera te llevaba por una especie de túnel hacia las escaleras, llegando a ellas por la parte posterior, en un ángulo un poco raro. Nunca funciona lo de luchar contra la arquitectura de una casa y Waverly no era la excepción a la regla. Las habitaciones habían sido repartidas sin ton ni son en la reforma, intercambiando roles sobre la marcha, y así acabaron con comedores llenos de sofás y salones abarrotados de mesas y sillas. Chimeneas grandísimas alumbraban pequeños estudios, y los delicados detalles de un dormitorio adornaban un salón de baile. Nada de lo cual mejoró debido a la época en que se hizo, en esos años de posguerra, cuando se racionaban los materiales de construcción, así que se hizo con contrachapado y enlucidos casi por completo. No todo era malo. La pérdida de la entrada era irreparable y estropeaba toda la planta baja, pero la biblioteca que la había reemplazado era un éxito, y el comedor para desayunar también era bonito, aunque un poco pequeño. La verdad es que la casa te daba una sensación de perdido desconcierto, como si fuese una casa particular que se había convertido en un hotel demasiado rápidamente, donde a las habitaciones no les habían dado un periodo de reajuste para acostumbrarse a sus nuevas funciones. Por supuesto, Andrew creía que era un palacio, y que los visitantes eran tan afortunados como un campesino de Nan Cheng al que se le permitía la entrada por unos pocos y sagrados momentos a la Ciudad Prohibida.

Salir de Londres un viernes por la tarde fue tan criminal como siempre, y pasaban ya las seis cuando llegué por fin y me tambaleé con mi maleta a lo largo del pasillo. Serena se asomó desde una puerta y se quedó allí para saludarme, vestida con una camisa y una falda, informal y maravillosa.

—Deja eso ahí. Puedes subirlo después. Ven a tomar el té. —La seguí hasta lo que resultó ser la biblioteca y unas cuantas caras se giraron para mirarme. Había otras personas aparte de Candida, y un ya enfurruñado Andrew, escenificando cómo estar absorto en su revista *Country Life*.

A dos, los Jamieson, ya los había conocido un par de veces en Londres, y los otros, una atlética pareja de Norfolk llamados Hugh y Melissa Purbrick, cuya vida consistía en cuidar de su granja y matar cosas y no mucho más, eran una especie de conocidos de un viejo amigo de mi madre, así que no esperaba tener muchos problemas.

—¿Quieres té? ¿O una bebida para llevar arriba? —dijo Serena, pero rechacé ambas y me senté en el sofá, al lado de Candida.

—Me siento muy culpable —dijo—. He vuelto y mi contestador estaba parpadeando como el Festival de Luces de Blackpool. Creía que había ganado la

lotería. O eso, o que alguien había muerto. Pero todos eran tuyos. —No había envejecido bien, o no tan bien como Serena. Su cabello era gris y su cara tosca y con arrugas, y más enrojecida de lo que solía estar, aunque no me pregunté por la causa. En conjunto y a diferencia de su prima, parecía tener su edad, pero su actitud era muy diferente de la que había tenido cuando la vi por primera vez, y a primera vista había mejorado considerablemente. Parecía mucho más calmada, no, no es eso, sino tranquila. Como dicen los franceses, estaba *bien dans sa peau*, y como resultado me encontré con que me caía mucho más simpática que cuando éramos jóvenes.

—Me temo que estuve un poco ansioso. Perdón.

Sacudió la cabeza, como para liberarnos de la necesidad de pedir disculpas.

—Debería desconectarlo cuando salgo fuera. Así por lo menos la gente sabría que no he recibido el mensaje en vez de tenerlo que adivinar.

—¿Qué hacías en París?

—En realidad, el tonto. Tengo una nieta a la que le encanta el arte y convencí a sus padres para que me dejaran llevarla a ver el Museo de Orsay. Por supuesto, una vez que estuvimos allí nos pasamos unos tres minutos en el museo y nos fuimos de compras el resto del tiempo. —Sonrió, ya con curiosidad por llegar al fondo del asunto.

—Bueno, ¿y qué es todo esto? Serena dijo que venías como enviado del poderoso Damian.

—En cierto modo. No, es verdad.

—Estás buscando a sus amigos de los viejos tiempos.

—Supongo.

—Me siento bastante halagada por estar incluida. ¿A quién has visto? —Se lo dije.

—Ahora me siento menos halagada. Qué lista tan rara. —Volvió a repasar los nombres.

—¿No estaban todas en Portugal, aquella vez?

—Todas menos Terry.

Se lo pensó un momento.

—Claro, esa tarde fue otra historia. —Entrecerró los ojos en silencio, compartiendo el recuerdo conmigo.

—¿Hemos hablado alguna vez de eso?

—No como es debido. Apenas nos hemos visto desde que volvimos.

—No. Supongo que tienes razón. —Otra vez volvió a cavilar lo que yo le había dicho.

—Terry Vitkov... —Hizo una mueca.

—Me sorprende bastante que fuera colega de Damian. Pensé que tenía mejor gusto.

—Ay. —Me parecía divertido, dado que cantidad de personas, en aquellos días, probablemente habían dicho algo similar de ella.

—¿Está igual que siempre?

—La misma, si le añades los efectos de cuarenta años de decepciones.

Candida lo asimiló por un momento.

—¿Recuerdas su baile?

—Nadie de los que estuvo allí podría olvidarlo sin ayuda médica.

Se rio.

—Fue la primera vez que salía en los periódicos desde que anunciaron mi nacimiento. Mi abuela no me habló durante semanas. —Recordé su posterior trayectoria de libertinaje sexual, maternidad ilegítima y la reciente tragedia del once de septiembre, y me pregunté lo que la abuela en cuestión habría dicho de todo ello. Me imaginaba que la muerte le había librado de todo ello. Candida todavía estaba en Madame Tussaud.

—Sé que fue ella quien lo hizo. Independientemente de lo que dijera en ese momento.

—Dice que no. Dice que fue Philip Rawnsley-Price.

—Puede que él la ayudara. Era lo suficientemente estúpido. Pero ella debía de haberlo sabido. Escoger unos *brownies*, para empezar. Éramos muy inocentes.

—Muy inocentes. —No me molesté en defender a Terry, aunque no pensaba que la acusación fuera cierta. Supongo que no me importaba.

Candida se había quedado mirando el fuego. Llegados a ese momento, ya me sabía el proceso por el que tenía que hacerles pasar. Llegaba, y de repente la mujer de la semana se veía sumergida en un mundo de hacía cuatro décadas, en el que no había pensado en años.

—Cielos, nos lo pasamos muy bien ese año. ¿Te acuerdas del baile de Dagmar?

—¿Quién podría olvidarlo?

—Cuando Damian se coló y se peleó con... Se llevó la mano a la boca. Acababa de recordar la identidad del oponente de Damian. Nuestro anfitrión pasó las páginas de la revista con brusquedad.

—Lo recuerdo bien —dije. Compartimos el momento, e intentamos no mirar el bultito en el puente de la nariz de Andrew.

Candida suspiró.

—Lo que más recuerdo era lo jóvenes que éramos entonces. Qué poco sabíamos lo que estaba por venir.

—Creo que éramos fabulosos. —A eso no le puso objeciones, y sonrió.

—¿Qué hace tu hijo ahora?

—Tengo dos hijos y una hija, de hecho. —Me dedicó una mirada ligeramente a la defensiva—. Pero sé que te refieres a Archie. —Quizás notando que no le estaba insinuando nada malo, se relajó.

—Tiene su propia empresa inmobiliaria. Es terriblemente rico y exitoso.

Ni la mitad de rico y exitoso que va a ser, pensé.

—¿Está casado?

—Muy casado. Tiene una esposa que se llama Agnes y dos hijos, la adicta a las compras, que tiene diez años y un hijo de seis. Lo más gracioso es que la madre de Agnes es una chica con la que solías salir, Minna Bunting. Se casó con tipo llamado Havelock, que estaba en el ejército. ¿La recuerdas?

—Muy bien.

Puso una mueca de desdén.

—Esa es la cuestión. Yo no. Nunca la llegué a conocer en su época, pero por supuesto ahora fingimos que éramos muy amigas y casi nos hemos convencido de que es cierto.

¿Era reconfortante o asfixiante, este continuo entrelazamiento de las viejas pautas? Las revoluciones en cuanto a moralidad podían reavivarse, el socialismo, en toda su indignante furia, podía ir y venir, pero sin embargo, las mismas caras, las mismas familias, las mismas relaciones, se repiten en un bucle infinito.

—Me gusta el nombre de Agnes —dije.

—A mí también. Bastante —añadió, diciéndome más de lo que pensaba de su nuera de lo que pretendía.

—¿Lo pasaste muy mal con lo de Richie?

Candida se quedó en silencio durante un momento. Me hizo el cumplido de no fingir que no sabía lo que le estaba preguntando.

—Fue fácil en cierto modo, igual que lo hubiera sido para otros. Mis dos padres estaban muertos y también mi abuela, para aquel entonces. Acababa de morir. Odiaba a mi madrastra y me importaba muy poco lo que ella pudiera pensar acerca de nada. Estaba terriblemente arruinada, por supuesto. Mi madrastra no me iba a dar ni un penique, y al final tampoco tenía mucho para darme, pero al menos no tuve que sentir que estaba decepcionando a todo el mundo. La verdad es que la tía Roo se portó muy bien, dado que pensaba que me había vuelto loca.

—¿Pero?

—Igual que mi respuesta anterior. Mis padres habían muerto, y odiaba a mi madrastra. No tenía familia cercana, ningún apoyo, más allá de la tía Roo y Serena, y pensaban que no estaba en mis cabales. Mis amigos también, para ser honesta, pero tuvieron un poco más de cuidado al demostrarlo.

—Sé que al final te casaste.

—Sí. Con un tipo que se llamaba Harry Stanforth. ¿Te encontraste alguna vez con él?

—Su nombre me resulta familiar, desde la primera vez que lo oí, así que a lo mejor sí le conocía, pero si fue así, no recuerdo de dónde. Lo sentí muchísimo cuando oí lo que había pasado.

—Sí. —Me regaló una de esas sonrisas nerviosas con deprimente resignación—. Es difícil cuando no encuentran nada. Solía sentirme mal por las madres de hijos asesinados en guerras extranjeras, que nunca recuperaban un cuerpo para enterrar, y ahora sé cómo se siente. No sé exactamente por qué, pero necesitas un funeral

apropiado, con algo ahí, algo más que una fotografía, que es lo que yo tuve, para poder sentir que es realmente el final.

—Los americanos lo llaman «echar el cierre».

—Bueno, yo no, pero ya sé a lo que se refieren. Te sigues imaginando que está en coma en alguna parte o lidiando con la amnesia, o que se escapó y que ha sufrido un colapso nervioso en Waikiki. Por supuesto, te aconsejas aceptarlo, no creer en otras cosas, pero no puedes evitarlo. Cada vez que el timbre suena sin que yo lo espere, o el teléfono suena muy tarde por la noche... —Sonrió dulcemente ante su propia estupidez—. Al final, lo superas.

—Qué horror.

—Pero no debes imaginarte que soy una persona triste. Por favor, no. —La voz de Candida había cambiado y me miraba fijamente a los ojos. Podía ver que quería convencerme, y creo que estaba diciendo la verdad. Supongo que de alguna manera quería serle fiel a su memoria.

—No estoy triste. De verdad. Lo estaba antes de conocer a Harry, atrapada en un callejón sin salida con un niño con el que la mitad de mi familia se sentía incómoda. Sé que todos pensabais que yo era un poco ridícula aquellos días.

—Ridícula no.

—Ridícula sí. Una chica chillona y con la cara roja, que saltaba de cama en cama, era vergonzoso tenerme alrededor. —Todo esto era tan cierto que no la contradije pero, como con todas las mujeres que había visitado, tuve esa visión de cuánto mejor nos habríamos podido llevar hace cuarenta años si hubiéramos podido conocer la verdadera naturaleza de los otros. Candida reemplazó esos recuerdos con otros, más felices—. Entonces Harry llegó un día y me salvó. Nos salvó. A día de hoy, no sé qué vio en mí, pero nunca tuvimos una hora en la que no fuéramos felices.

—Te amaba. —Lo gracioso es que lo decía de verdad. Ahora podía empezar a ver lo que él había amado de ella, lo que fue una sorpresa.

Asintió, y sus ojos empezaron a brillar.

—Creo que sí. Dios sabe por qué. Y nos acogió a los dos. Adoptó a Archie, sabes, legalmente, y después tuvimos dos más, y cuando él... —Podía ver que a pesar de intentar contenerse, sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas, igual que los míos—. Cuando murió, resultó que le había dejado el mismo dinero a los tres. Lo dividió en tres. No hizo ninguna diferencia. Y eso significó tanto para Archie... *Tanto*... ¿Sabías que todos sus móviles funcionaban, cuando se quedaron atrapados en las torres?

Asentí.

—Lo había leído.

—Y lo extraordinario, lo que fue maravilloso, es que no llamaron, la mayoría de ellos por lo menos, no llamaron para pedir ayuda. Llamaron a las personas más cercanas, a sus mujeres y a sus maridos y a sus hijos, para decirles cuánto les querían. Harry hizo eso. Por supuesto, yo había apagado el mío, típico, y cuando intenté devolverle la llamada no conseguí línea, pero me dejó un mensaje diciéndome que

casarse conmigo era lo mejor que había hecho. Lo guardé. Lo tengo. Me da las gracias por casarme con él. ¿Te lo puedes imaginar? En mitad de todo ese pánico y horror, me da las gracias por haberme casado con él. Así que ya puedes ver que, en conjunto, no estoy triste en absoluto. Soy afortunada.

Miré su cara tosca y ordinaria, y sus ojos rebosantes, y supe que tenía toda la razón del mundo.

—Lo eres —dije. Había venido preparado para compadecerla, pero de hecho el tiempo que había transcurrido en su vida desde la última vez que habíamos hablado había sido infinitamente más satisfactorio que ese mismo periodo en la vida de Terry, o en la de Lucy, o en la de Dagmar o, Dios bien lo sabe, la de Joanna. Según los cálculos de cualquiera, Candida Stanforth, antes Finch, había sido la más afortunada de las cinco que componían la lista de Damian. En todas las categorías consideradas importantes entre esta gente, había empezado de las últimas y había acabado la primera—. ¿Te metiste al final en el mundo de la edición? Solías decir que eso es lo que querías hacer.

Asintió.

—Sí. Pero en una editorial de verdad. No en esas revistas que pensé que iban a ser mi única manera de introducirme. Harry me obligó. Pidió un favor, y me consiguió un trabajo como lectora en un pequeño equipo especializado en mujeres escritoras. Pero perseveré y se quedaron conmigo. Al final edité unos cuantos libros.

—¿Ya no?

—Ahora mismo no. Sentí que necesitaba tomarme un tiempo, cuando... —Asentí, no quería que volviera a recordar ese espantoso día.

—Pero estoy pensando en volver. La verdad es que era bastante buena.

Con esta simple frase supe cuál era su deuda con Harry Stanforth, y por qué todavía se empeñaba en que la gente apreciara la suerte que había tenido al encontrarle. Esta Candida tenía conciencia de su valía, de la que apenas había habido rastro cuando la conocí en su fea, airada e infeliz juventud. En aquel entonces, su infancia era demasiado reciente como para que sus efectos se pudieran dejar a un lado.

—El hecho es que pasé veintitrés años al lado de un hombre maravilloso, honorable, encantador y cariñoso. —Fue un homenaje sencillo y conmovedor, y no me costó que Harry me agradara, según su propio testimonio. Se inclinó hacia mí y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Prefiero lo mío a lo de Serena. —Y nos reímos, con lo que terminó todo. Poco después, subimos a cambiarnos.

Estaba alojado en una habitación en la esquina, con paneles y pintada de blanco, con grandes ventanas en dos de los lados, y vistas al parque lleno de árboles. Había una cama de dosel muy bonita, tapizada con cretona vieja, pero de buena calidad, y algunas láminas de Audubon de pájaros en las paredes. Era todo bastante atractivo, aunque no muy original, pero los colores desvaídos de las telas y el rosa brillante de

los marcos de los dibujos le daban un efecto muy de los setenta, como si no se hubiera gastado nada de dinero en eso, por lo menos en los últimos treinta años. Tenía mi propio baño, con la misma combinación de colores y un grifo de agua caliente que borboteaba con buenas intenciones, pero cuando salía el agua estaba menos que tibia. Me pasé la esponja lo mejor que pude y saqué algo de ropa de la maleta.

Los pijos ingleses adoran parecer informales. «No va a venir nadie», dicen. «Solo seremos nosotros». Raramente. «No tendrás que hacer nada». Por supuesto que sí. Sobre todo, cuando te dicen: «No hace falta cambiarse de ropa», en realidad no quieren decir eso. A lo que se refieren es que no hace falta que te pongas un traje, pero no que permanezcas con la misma ropa. Es gracioso, porque todo lo que se hace para una cena «informal» en el campo es ponerse otra versión de lo que has llevado para tomar el té, sobre todo los hombres. Pero la clave es que, cuando bajas, *debe* ser otra versión. La única cosa de la que puedes prescindir en un fin de semana es de un traje oscuro. A no ser que haya algún acto de beneficencia, o un funeral, o algo que tenga sus propias normas, un caballero no hará uso de un traje de ciudad en el campo, donde cada vez parece más que solo hay dos formas de vestirse para por la tarde, o de gala o con absolutamente informal, sin nada entremedias.

El resurgimiento del traje de gala también es bastante interesante en este contexto, por lo menos para mí. Contrariamente a las expectativas de hace solo unos cuantos años, el ponerse una chaqueta para cenar, aunque hubo un tiempo que no se llevaba, o lo que es más, un batín corto, se ha vuelto a poner de moda. Entre esos dos, siento más fascinación por el batín, una prenda cuyas reglas han cambiado por completo en todo lo que llevo viviendo. No hace tanto tiempo, mostraba tu nivel de ignorancia si te lo ponías en cualquier casa en la que no te quedaras por lo menos a dormir, y preferiblemente, a vivir. Pero ahora eso ha cambiado. Cada vez más cenas en el campo se ven animadas por los mil matices del terciopelo estirado sobre las amplias espaldas de los varones. Normalmente sin corbatas, una moda desafortunada para los de mediana edad, cuyos cuellos colorados y con manchas no muestran su mejor perfil. Pero tras haberme opuesto a la costumbre durante un tiempo, diciendo que era «incorrecta», la verdad es que ahora me gusta bastante lo de ponerles algo de color a los hombres por primera vez en dos siglos. En cuanto a las normas de la ropa informal, el único imperativo, como ya he dicho, es que cuando bajas por las escaleras, debería ser diferente de lo que llevabas puesto cuando subiste. Para mí, todo este asunto de quitarte la camisa y el jersey, y los pantalones de pana, para bañarte y ponerte otra camisa, otro jersey y otros pantalones de pana puede ser un poco de chiste, pero es así. No puedes luchar contra Tammany Hall. De todas maneras, en esa tarde en concreto así lo hice, y estaba preparado para bajar al salón, cuando vi una fotografía enmarcada en una cómoda, a la derecha de la chimenea labrada. Eran Serena y Candida, juntas, en lo que debía de ser la línea de recepción para su baile de puesta de largo en Gresham. Podía ver los retratos detrás de ellas, en la entrada, y en la fotografía, lady Claremont se estaba girando hacia un lado, como si

el invitado que llegara hubiera llamado su atención. Después vi la figura de un joven unos cuantos pasos más allá, detrás de las chicas pero con la mirada ansiosa y fija en ellas, como si no pudiera apartar la mirada. Y sé que no podía. Porque era yo.

Tanto como se puede alcanzar en este entorno mortal, el baile en Gresham Abbey de Serena Gresham y Candida Finch llegó más o menos a la perfección. Por alguna razón se celebró bastante tarde, después de la pausa veraniega, en la época del año antes de las navidades, que por aquel entonces se solía llamar «la pequeña temporada». Llegados a ese punto, ya estábamos bastante hastiados, porque habíamos estado haciendo las rondas desde finales de primavera y ya no había mucho con lo que una anfitriona pudiera sorprendernos, pero lady Claremont había decidido, quizás porque ya lo sabía, que no intentaría sorprendernos, sino alcanzar la excelencia. Por alguna extraña razón conservé todas mis invitaciones durante mucho tiempo, pero las he perdido, así que ya no sé si se celebró a finales de octubre o a principios de noviembre. Definitivamente fue un baile de invierno, y todos sabíamos que sería el último gran baile privado antes de que llegaran los de caridad y todo este follón se acabara, lo que le daba a la noche una especie de romanticismo implícito.

Para entonces, ya me había quedado en Gresham unas cuantas veces, y por supuesto había esperado estar incluido en el grupo de los que se quedaban en la casa, pero la competición era bastante dura, y no resulté elegido. Tal como resultó, mi anfitrión fue uno bastante espantoso, pero no de manera insultante, un general retirado, con su agradable y típica mujer de soldado, que vivían en una pequeña mansión decorada por completo con esa insustancialidad que parece que le gusta a esa gente. Nada era realmente feo o vulgar, pero tampoco había nada bonito o encantador, exceptuando algún cuadro o un mueble que habían heredado, sin mérito alguno por su parte. Dos de los que también se estaban quedando con ellos se podían calificar de amigos, Minna Bunting y el mismo Sam Hoare que había sido testigo de la Batalla de los Mainwaring antes del baile de Minna, y todos los demás también me resultaban bastante familiares, pues llevábamos practicando ese ritual los últimos seis meses. Como ya era habitual, algunas parejas vecinas vinieron a la cena, una intachable combinación de *mousse* de salmón (*comme toujours*), pollo con salsa de nata y champiñones, y natillas, un menú más adecuado quizás para un anciano inválido y sin dientes que para un grupo de adolescentes hambrientos, pero lo aprovechamos como pudimos y charlamos bastante educadamente. No había nada malo en ello, pero tampoco había nada muy interesante, y ciertamente no te distraía del propósito de la noche: llegar al baile. Algunas veces las cenas en las casas podían ser tan entretenidas que te quedabas un poco más, y llegabas al baile un poco tarde como para disfrutarlo. Pero estaba claro que no se iba a presentar la oportunidad en esa ocasión. Después de una pausa apropiada, nos bebimos el café, pasamos por el baño y nos subimos a los coches.

Había una cierta emoción flotando en el aire cuando entramos, aunque entonces no supe por qué. Serena, Candida y los Claremont estaban recibiendo, de pie.

—Estoy muy contenta de que hayas venido —dijo Serena, y me besó, lo que me dejó sin aliento, como de costumbre.

—Ojalá te quedaras aquí —añadió en un susurro, como un cumplido más que porque me lo dijera de verdad. Me había convertido en una visita frecuente en Gresham a finales de ese año, al haber sido destinado allí para un par de bailes en el norte, y quedarme una vez por mi cuenta al volver de Escocia, y estaba en peligro de caer en esa espantosa petulancia de intentar demostrar que uno es bien recibido en un lugar envidiable, pero lo que no sospechaba en ese momento, lo que ahora sé, es que el saludo que recibía era siempre un reflejo de la alegría de Serena porque yo estuviera enamorado de ella. No quiero decir que estuviera interesada románticamente en mí, en lo más mínimo, solo que quería que yo siguiera enamorado de ella hasta que dejara de ser divertido. Los jóvenes son así. Pude recordar cuándo se hizo la fotografía. Todavía andaba flotando de éxtasis por su comentario, y fui incapaz de irme del sitio donde ella permanecía, aunque sabía que tenía que dejar espacio, así que me quedé detrás de ellas, donde me podía demorar un poco más; después un fogonazo y me quedé congelado para siempre, como un insecto en ámbar. Lucy Dalton me rescató, me cogió del brazo y se me llevó.

—¿Qué tal es la casa en la que te quedas?

—Un poco aburrida, pero decente.

—Un paraíso, comparada con la mía. No parece haber agua corriente. Literalmente. Lo único que sale de los grifos es un hilillo sucio, y parece zumo de ciruelas. ¿No te parece que Serena está fabulosa? Pero por supuesto que no me vas a decir que no a eso. He oído que la discoteca es *fabulosa*. La ha montado el novio de alguien, pero no me acuerdo de quién. Vamos. —Todo eso de carrerilla, sin una sola pausa para respirar, así que no pude intercalar ni un comentario.

La discoteca *era* fabulosa. Ocupaba una gran parte de lo que normalmente sería la entrada al sótano para el servicio, o incluso una sección de sus bodegas, que sin duda eran enormes. Había una puerta bajo la escalera principal rodeada de llamas artificiales y tenía un cartel en el que se leía: «¡Bienvenidos al Infierno!». Mientras que, al otro lado de la puerta, todo, incluyendo las paredes de la escalera que descendía, estaba recubierto de papel de aluminio y hogueras hechas de espumillón y raso, animadas por ventiladores e iluminadas por una rueda giratoria, haciendo que titilaran y centellearan, así que parecían bastante reales. Al fondo, el tema del infierno ocupaba toda el área, con grandes copias de los dibujos más tenebrosos del Bosco rodeando a los que paseaban por allí con imágenes llenas de sufrimiento, mientras el fuego y las llamas crepitaban por encima de las cabezas de los que estaban bailando. Como detalle final, el pinchadiscos y dos de las camareras se habían vestido con disfraces de diablo, así que podían seguir atendiendo a los invitados mientras se mantenía la ilusión. La única nota discordante era la música, que no parecía ser muy

apropiada para el Hades. Cuando bajamos estaba sonando una balada muy popular, *Elenore*, de The Turtles. De algún modo, la letra «Creo que estás muy bien, vamos a ver una película» no parecía concordar con las torturas a los condenados.

Bailamos y cotilleamos y saludamos a otras personas hasta que, hacia las once y media, o quizás hacia medianoche, una súbita estampida hacia la escalera nos indicó que iba a pasar algo que no íbamos a querernos perder.

Lucy y yo forcejamos para cruzar la entrada, y nos encontramos con que la marea nos llevaba hacia el salón principal, que había sido designado esa noche como la primera pista de baile. Habían quitado los muebles y, a diferencia de otras casas en las que había estado, el escenario para el grupo de música estaba a un extremo y la iluminación parecía profesional. Esto le dio un nuevo giro a lo que estaba sucediendo desde el principio, incluso antes de que supiéramos lo que estaba pasando. No sé por qué, pero siempre era más satisfactorio bailar dentro de una gran casa que debajo de una marquesina alfombrada con fibra de coco y una pista de baile portátil, y Gresham Abbey era el paradigma de una gran casa. Retratos de cuerpo entero de antiguos y severos varones Gresham tapizaban las paredes de la enorme habitación, vestidos con armadura y brocados y telas victorianas, con relicarios y pelucas y bisoñés, extendiendo sus largas piernas enfundadas en medias, para enseñar los portaligas que las sujetaban.

Sobre la chimenea de mármol había un gran retrato ecuestre del primer duque de Claremont, pintado por Kneller, que dominaba la habitación, una impresionante declaración en voz alta de autocomplacencia, y el contraste entre el envarado esplendor de este símbolo de grandes logros y clase alta y la multitud de adolescentes retorciéndose al ritmo de la música era chocante.

En ese preciso momento, se abrió la puerta que los días normales llevaba a una zona de servicio y, más allá, a las cocinas. Esa noche dio paso a un grupo de jóvenes que atravesaron saltando el escenario, y empezaron a tocar y a cantar. Con una especie de suspiro grupal, de repente todos nos dimos cuenta de que era Steve Winwood, cantante principal del grupo llamado así por el hombre que subió al escenario tras él, Spencer Davis. Este era el auténtico Spencer Davis. En cuanto nuestros cerebros pudieron asimilar esa información, empezaron a tocar una canción de hacía un par de años, *Keep on Running*. Es difícil explicar lo que sentimos en ese momento. Ahora estamos más hastiados. Vemos estrellas de cine y cantantes y cualquier otra combinación posible de fama dondequiera que vayamos, de hecho algunas veces, a juzgar por las revistas, parece que hay más gente famosa que normal. Pero esto no era así en 1968, y estar en la misma habitación que un grupo de música tocando en directo, y cantando su canción más conocida, de la que la mayoría de nosotros se había comprado el disco hacía dos años, era como estar dentro de un sueño. Era increíble, pasmoso, completamente imposible de asimilar. Incluso Lucy se quedó en silencio, aunque no por mucho tiempo.

—¿Te lo puedes creer? —dijo. No podía. Qué inocentes éramos.

Fue entonces cuando vi a Damian. Estaba dentro de una de las troneras de los ventanales, medio en sombras, mirando a todo el mundo agitarse, pero sin mostrar ningún signo de emoción o de placer. Simplemente estaba allí de pie, escuchando, observando, pero sin interés alguno. Mi atención volvió a la banda y, para ser sinceros, me olvidé por completo de él hasta mucho después, pero todavía tengo esa imagen, melancolía en el carnaval, grabada en el cerebro. Después de eso, volví a la fiesta, bailando y hablando y bebiendo durante horas, y al final, como a las dos y media, yendo en busca del desayuno, que estaban sirviendo en el invernadero. Era muy grande, de cristal y hierro forjado, lo que antes se llamaba un jardín de invierno, construido para una de las condesas en 1880, y esta noche se había retirado todo y se había llenado de mesitas redondas con sus sillas, todas decoradas con una pirámide de flores. Un bufé libre bastante largo se extendía en un extremo, y las exóticas flores trepadoras en la pared de detrás formaban una especie de empapelado viviente. Lo que lo hacía incluso más original era que se había alfombrado todo en rojo para la ocasión, haciendo un hueco para la fuente de piedra que estaba en el centro, y el camino de entrada, normalmente un corto paseo por el jardín desde uno de los salones, se había señalado con un sendero recubierto de madera, solo por esa noche, pero como una absoluta imitación de la habitación con la que conectaba, con sus zócalos y sus cornisas, y los manillares de las ventanas como réplicas exactas de los originales. Resumiendo, hay un punto, quizás en todas las cosas, donde el objeto o la actividad son tan exquisitos que se convierten en una forma de arte en sí mismos, y para mí ese pequeño sendero lo consiguió. Como todo esa noche, fue extraordinario.

Fui a la mesa y me serví un poco de todas esas cosas deliciosas, después deambulé, charlando con varios grupos de invitados. Joanna estaba allí, y hablé un poco con ella, y Dagmar, finalmente sentada a una mesa con Candida, lo que era un poco raro, pues llegados a este punto solía estar riéndose como alguien con una tos en fase terminal, y yo me mantendría lejos de ella, pero esa noche, en su propio baile, estaba extrañamente tranquila, así que me senté. Me parece que en ese momento ya había perdido a Lucy, y sé que no me comprometí con nadie esa noche, como se solía hacer en las fiestas, aunque no sé por qué. Lo cierto es que no hizo que disfrutara menos de la velada. Al recordarlo, creo que me habría sentido un poco raro y deshonesto al tener que flirtear y prestar atención y fingir que otra chica era el centro de mi atención, cuando estaba en la casa de Serena y en la fiesta de Serena.

—¿Has visto a tu amigo Damian? —me preguntó Candida. Otra vez, parecía pensativa, en absoluto como se solía comportar, y tampoco un adjetivo con el que se le calificaría normalmente a las dos y media de la mañana.

Tuve que concentrarme un momento. La pregunta no había venido a cuento.

—Hace bastante que no. Le vi en el salón, antes, cuando estábamos escuchando al grupo. ¿Por qué?

—Por nada. —Se volvió hacia uno de los hermanos Tremayne, que acababa de llegar a la mesa con varios amigos y un plato de salchichas.

Había acabado de comer y Carla Wakefield quería mi sitio, así que salí del invernadero y volví paseando a la casa, de la que ya se estaba yendo la gente. Sin razón alguna, me dirigí a la antecámara oval, en uno de los laterales del salón, donde todavía se podía escuchar la música por los altavoces. Había una serie de cuadros que representaban los cinco sentidos que me resultaron curiosos, y me había inclinado para poder ver los detalles, cuando sentí una corriente de aire helado y me puse de pie, al ver que la puerta que daba a la terraza estaba abierta y que Serena regresaba de la noche. Estaba sola y, aunque para mí era la más encantadora de las mujeres, parecía estar temblando de frío.

—¿Qué estabas haciendo fuera? —pregunté—. Te debes de estar congelando.

Por un segundo se tuvo que concentrar en quién era yo y qué estaba diciendo, pero tras recuperar el control de su cerebro asintió.

—Hace un poco de frío —dijo.

—¿Pero qué estabas haciendo?

Se encogió de hombros.

—Pensando —dijo.

—Supongo que no querrás bailar —dije animadamente, pero sin ninguna expectativa.

Entiendo que al recordar mi relación con Serena Gresham debo de parecer pesimista y negativo hasta resultar tedioso, pero hay que entender que en esta etapa de mi vida era joven y feo. Ser feo cuando eres joven es algo que nadie que no haya experimentado debería nunca afirmar que lo comprende. Está muy bien hablar de darle importancia a lo superficial y de la «belleza interior» y todas las demás patrañas que los adolescentes feos tienen que oír por boca de sus madres, lo «maravilloso de ser diferentes» y todo eso, pero la cruel verdad es que eres insolvente en la única moneda que posee valor. Puedes tener innumerables amigos, pero cuando llega la hora del romance no tienes nada con lo que negociar, nada que vender. No eres alguien a quien se pasea y de quien se presume, eres el último recurso cuando no queda nadie más con quien bailar. Cuando te besan, no te conviertes en príncipe. Sigues siendo un sapo al que han besado y, normalmente, quien te da el beso se arrepiente de ello por la mañana. Lo mejor que pueden decir de ti es que no lo vas contando. Si eres una buena compañía y eres discreto, verás algo de acción, pero pobre del pretendiente feo que se vuelve demasiado seguro de sí mismo y empieza a presumir. Por supuesto, las cosas cambian. Al final llega el momento en el que algunas personas ven más allá de tu cara, y a los treinta o a los cuarenta años, otros factores entran en juego. El éxito embellecerá tus rasgos, al igual que el dinero, y esto no es porque las mujeres implicadas sean todas unas mercenarias. Es porque has empezado a oler de manera diferente. El éxito te convierte en una persona diferente. Pero nunca olvidas a esas pocas, muy pocas, mujeres sobresalientes que te amaron cuando nadie más lo hacía. En palabras de una novela de misterio, sé quién eres y siempre tendrás un lugar en mi corazón. Pero incluso estas no llegaron hasta la mitad

de mi veintena. Cuando tenía dieciocho años, era feo y estaba enamorado, sabía que estaba enamorado yo solo.

—Sí. Bailemos —dijo Serena, y todavía recuerdo la sensación mezclada, de mariposas en el estómago y náuseas, que me provocó su respuesta.

Spencer Davis ya se había ido para entonces. Supongo que en aquel momento estarían acelerando por la autopista, o el equivalente de aquellos días, tras haberse ganado el salario al hacer legendaria esa noche. Dios les bendiga. Espero que sepan lo felices que nos hicieron. Ya eran las tres de la mañana, casi el final del baile. Un pinchadiscos estaba poniendo música otra vez, pero podías oír en su voz que estaba perdiendo las fuerzas. Puso una canción lenta que me gustaba bastante, *A Single Girl*, que había sido un éxito hacía uno o dos años, y nos acercamos. Hay algo muy raro en bailar. Te dan permiso para que deslices el brazo alrededor de la cintura de una mujer, que la sujetes cerca de ti, que sientas sus pechos contra tu torso a través de tu camisa y la tenue seda de su vestido; su pelo se roza contra tu mejilla, su aroma te excita, pero no hay ninguna intimidad, no hay nada asumido, a excepción de la cortesía y la educación. No hace falta que diga que yo estaba en el paraíso mientras pasábamos nuestro peso de un pie al otro, y hablábamos del grupo de música y de la fiesta, y de lo bien que había salido todo esa noche. Pero aunque estaba claro que le gustaba oírlo, Serena parecía pensativa y no tan emocionada como había supuesto que estaría. A lo que tenía derecho.

—¿Has visto a Damian? —me preguntó—. Te estaba buscando.

—¿Por qué?

—Creo que quiere pedirte que le lleves de vuelta mañana.

—Me voy muy pronto.

—Ya lo sabe. Él también se tiene que ir a primera hora. —Estaba tan absorto en la maravilla de estar bailando con ella que tampoco le di más vueltas, aunque recuerdo que se me ocurrió que, si yo fuera tan afortunado de quedarme en Gresham, encontraría cualquier excusa con tal de demorarme.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunté.

Se lo pensó por un momento.

—Este tipo de cosas son hitos importantes —dijo, lo cual era una respuesta un poco rara, aunque fuera cierta. Esas fiestas eran ritos de paso en mi generación, y no nos cuestionábamos demasiado su validez. Puede parecer extraño en esta época que rechazaba todo lo formal, pero en aquel entonces le veíamos un sentido a los rituales. Las chicas se ponían de largo, los chicos llegaban a la mayoría de edad. Lo primero sucedía cuando la chica tenía dieciocho, lo último cuando el chico cumplía veintiún años. Eso era porque las clases altas ignoraron por completo el mandato del gobierno que establecía la mayoría de edad a los dieciocho durante muchos años, aunque sí que lo hacen ahora. Estos eventos eran los que señalaban que eras un adulto. Después de seguirlos, eras un miembro de pleno derecho del club, y tu pertenencia seguiría siendo jalonada por ceremonias: bodas y bautizos, fiestas para la descendencia, más

bodas y al final, funerales. Estos eran los Grandes Momentos por los que nos guiábamos en el río de la vida. Eso ya no existe. No parece que haya acontecimientos imperativos. Lo única que realmente diferencia una educación aristocrática de una de clase media es que las clases altas todavía se casan antes de dar a luz. Aparte de eso, muchas de las tradiciones que una vez les distinguieron como un clan parecen haber desaparecido.

La canción se acabó y los invitados que se iban reclamaron a Serena, mientras yo paseaba por la casa, reticente, incluso entonces, a dar por terminado el día. Dejé la sala de baile y crucé por la antecámara, donde una chica vestida de rosa estaba dormida en un sofá bastante bonito, antes de asomarme por la puerta entreabierta que daba al salón de los tapices. Al principio pensé que estaba desierto. Solo había unas cuantas luces encendidas, y la habitación estaba sumida en sombras. El reloj de la emperatriz Catalina llamaba la atención, pues había una lámpara al lado que se reflejaba en el cristal pero, aparte de eso, era una habitación que ya había cumplido su función por aquel día. Entonces vi que la habitación no estaba vacía, sino que había una silla bajo un gran tapiz y al lado de la cornisa ocupada, y que quien se sentaba allí no era otro que Damian Baxter.

—Hola —dije—. Serena me dijo que me querías pedir algo.

Me miró.

—Sí. Me preguntaba si me podrías acercar a casa mañana, si te vas directamente. Sé que te vas a poner en marcha temprano.

Estaba interesado, pues nunca antes había oído hablar a Damian de su casa.

—¿Dónde está tu casa? —dije.

—En Northampton. Supongo que pasarás por allí. A no ser que no vuelvas a Londres.

—Claro que te llevo. Te recogeré a las nueve.

Esto pareció darlo por finalizado. Misión cumplida. Se puso en pie.

—Creo que me iré a la cama —dijo. Había algo bastante seco en su actitud, que ya había llegado a ver como muy calculadora. Pero no esa noche.

—¿Qué te ha parecido la fiesta?

—Asombrosa.

—¿Y te lo has pasado bien?

—Más o menos —dijo.

Tal como había prometido, llegué a la parte posterior de la casa más o menos a las nueve de la mañana siguiente. La puerta estaba abierta, así que entré. Tal como esperaba, los invitados que se habían quedado en la casa podían estar todavía en sus habitaciones, pero el lugar era un torbellino de actividad. Una mansión, el día después de una fiesta, siempre es bastante sugestiva. Los criados estaban por todos lados, recogiendo los vasos olvidados y el resto de las cosas, y volviendo a colocar los muebles en su sitio. Se estaba terminando de poner la mesa en un extremo del comedor, mientras desenrollaban la alfombra grande delante de mí, y cuando

pregunté dónde estaban tomando el desayuno, se me llevó al comedor pequeño, un poco más allá, tampoco tan pequeño, y decorado con cuadros de caballos de carreras, los jinetes con los colores de la casa Gresham. Lady Claremont se había saltado su propia regla y había tres mesas, si bien con poco espacio, puestas para veinticuatro personas. Damian estaba solo, terminándose una tostada. Se puso en pie cuando entré.

—Mi maleta ya está en el recibidor.

—¿No quieres despedirte de la gente?

—Están todos dormidos y ya me despedí anoche.

Así que, sin más, cargamos su equipaje y nos fuimos. No dijo mucho mientras íbamos conduciendo por unas cuantas carreteras, hasta que estuvimos de vuelta en la A1, dirección sur. Entonces, al final, habló.

—No voy a volver a hacer eso —comentó.

—Ninguno de nosotros vamos a hacerlo mucho más. Creo que solo tenemos otros dos bailes y algo de beneficencia, y se acabó.

—Ni siquiera voy a ir a eso. Ya he tenido suficiente. Debería hacer algunos trabajos, de todos modos, si no quiero que se me olvide lo que estoy estudiando.

Le miré. Había algo sombrío y resuelto en él, lo que era nuevo.

—¿Sucedió algo anoche? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Pareces algo desencantado.

—Si estoy desencantado, no tiene nada que ver con la pasada noche. Es todo este condenado asunto, tan aburrido, tan indulgente. Ya he tenido suficiente.

—Por supuesto, ese es tu privilegio.

Después de eso, condujimos más o menos en silencio hasta que terminamos llegando a Northampton. No era una ciudad que conociera, pero Damian me guio sin problemas hasta una hilera de casas semiadosadas, estilo villa de 1930, perfectamente decentes, todas ellas de ladrillos y baldosas, y cada una de ellas con un nombre en la puerta. En la que nos paramos, rezaba *Sunnyside*. Mientras estábamos descargando, la puerta se abrió y salió una pareja de mediana edad, el hombre con un jersey bastante llamativo y unos pantalones de paño, y la mujer con una falda gris y un jersey sobre los hombros, sujeto con una brillante cadena. El hombre se adelantó para coger la maleta.

—Este es mi padre —dijo Damian, y me presentó. Le estreché la mano y le dije hola.

—¿Qué tal? —dijo el señor Baxter.

—Encantado de conocerle —respondí a cambio, bloqueando su alegre bienvenida al no contestarle de la misma manera, con lo que me imaginé, en mi estupidez juvenil, que eran buenos modales.

—¿No quieres entrar? —dijo la señora Baxter—. ¿Te apetece un café? —Pero no entré y no me tomé un café. Ahora me arrepiento de haber rechazado su hospitalidad.

Mi excusa era que había quedado en Londres a las tres en punto, y no estaba seguro de si iba a llegar. Me dije a mí mismo que era importante, y quizás lo era, pero ahora me arrepiento. E incluso si no lo dije, me alegré de conocerles. Eran gente agradable y decente; la madre se esforzó por mostrarse educada, y creo que el padre era bastante listo. Después supe que era el encargado de una fábrica de zapatos y que le gustaba mucho la ópera, y me entristeció no haberles conocido antes. Que no hubieran sido incluidos en ninguna de las fiestas de ese año, ni siquiera de la universidad. Al recordarlo, me doy cuenta de que fue un momento clave para mí, aunque no lo supe en aquel momento, pues fue una de las primeras veces que aprecié el insidioso veneno del esnobismo, su tiranía, sus valores ilógicos, que me hacían rechazar propuestas amistosas, que había hecho que Damian escondiera a esas dos personas, agradables e inteligentes, porque se avergonzaba de ellos.

La mañana en cuestión, ahora me doy cuenta, Damian estaba haciendo una declaración de orgullo, de pedir disculpas, al llevarme allí. Les había escondido tras una barrera, porque no quería que yo le juzgara, que le despreciara, solo por quiénes eran sus padres, a los que no les pasaba nada malo, y en eso tenía razón. Les habríamos despreciado. Me sonrojo al escribirlo y me cayeron bien cuando les conocí, pero lo habríamos hecho, sin ningún tipo de justificación moral. Había querido mudarse a un mundo diferente, y creía que parte de eso consistiría en renegar del ambiente del que procedía. Había conseguido pasar de un lado a otro, pero en esa mañana en concreto creo que estaba avergonzado de su ambición, avergonzado de rechazar su propio pasado. La verdad es que todos deberíamos sentir vergüenza por seguirle la corriente sin hacerle ninguna pregunta. En cualquier caso, nos dijimos que nos veríamos el lunes siguiente en Cambridge, nos despedimos y me metí de nuevo en el coche.

Nos volvimos a encontrar, por supuesto, varias veces, pero no quedamos a solas durante el resto del tiempo que estuvimos en la universidad. En lo fundamental, mi amistad con Damian Baxter se acabó ese día, la mañana después del baile de Serena Gresham, y no puedo fingir que me diera pena, aunque mis sentimientos hacia él fueran menos violentos de lo que lo serían cuando nos volvimos a encontrar otra vez bajo el mismo techo. Pero eso fue un par de años después, cuando ya habíamos salido al mundo, y una historia muy diferente.

Catorce

El fin de semana transcurrió de manera muy agradable. Comimos, hablamos, dormimos, caminamos. Resultó que Sophie Jamieson compartía mi afición por la historia francesa, y los Purbrick eran muy amigos de unos primos míos que vivían cerca de ellos, así que todo fue muy bien, para como suelen ir estas cosas. Debo decir que Andrew no había mejorado con los años. Tras haber heredado el ducado y lo poco que quedaba de las tierras, después de que el abogado de la familia hubiera arrasado con todo, fue como si sus últimas dudas se dispersaran a los cuatro vientos. Era el rey, y un rey muy enfadado, gritando a los jardineros y a la cocinera y a su esposa por todo. Serena lo aguantaba todo pero una vez, cuando estaba bajando las escaleras antes de la cena del viernes, me lo encontré sermoneándola en el recibidor sobre un marco que tendría que haber sido reparado o algo así. Me crucé con su mirada mientras iba hacia la puerta de la biblioteca, y ella no miró hacia otro lado, pero sí alzó las cejas ligeramente, lo que él no podía ver, pero yo sí, y me lo tomé como el mayor elogio que te puede hacer un pijo inglés: incluirte en sus propios dramas familiares.

Después de comer el sábado, cuando habíamos acabado de tomarnos el café en el salón, Serena propuso un paseo por la orilla del río y la mayoría de nosotros alzamos las manos para acompañarla.

—Necesitaréis botas —dijo, pero había de sobra para la gente que se las había olvidado, así que pronto estuvimos preparados y en camino. Los jardines de Waverly eran bonitos y predecibles, el trazado victoriano de costumbre, que se había relajado un poco debido a que solo tenían dos jardineros, en vez de doce, y caminamos por ellos, expresando nuestra admiración en voz alta, pero no iban a ser nuestro disfrute principal. Serena nos guio a través de una verja y bajamos por un prado, hasta adentrarnos en un bosque y finalmente salimos a una orilla llena de hierba, perfectamente situada como para permitirnos pasear por la ribera de un ancho río cuyo nombre no recuerdo. Admiré las maravillas de la naturaleza.

—Es totalmente artificial —dijo—. Volvieron a trazar la cuenca del río en 1850 e hicieron el paseo para que acompañara al curso modificado. —Solo pude pensar en la brillantez de esa generación, por entender cómo había que vivir.

Estábamos solos, una cómoda pareja, pues los otros se habían retrasado. Estaba contemplando el paisaje cuando Serena enlazó su brazo en el mío. Al otro lado del agua un gran sauce se inclinaba, rozando la superficie con sus ramas como enredaderas, haciendo ondas en la corriente. De repente hubo un torbellino de movimiento y una garza apareció sobre los árboles, moviendo sus anchas alas arriba y abajo, lenta y rítmicamente, mientras atravesaba el cielo.

—Son bastante ladronas. Andrew dice que deberíamos dispararles, o que el río se quedará vacío. —Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, sus ojos siguieron al gran pájaro gris en su asombroso viaje—. Es un privilegio poder vivir aquí —dijo,

después de uno o dos minutos.

La miré.

—Eso espero.

—Lo es. —Me miraba fijamente a los ojos, así que creo que estaba intentando ser sincera—. Es una persona muy diferente cuando estamos a solas.

Por supuesto, esto fue muy halagador, pues la falta de nombre o de adjetivos implicaba una clave entre nosotros que me emocionaba pensar que existía, y todavía me emocionaba más la idea de que ella lo reconociera, pero, en otro nivel, ella estaba señalando su culpa al indicarme el absurdo comportamiento de Andrew, en la entrada, la pasada tarde. Su frase era igualmente la defensa estándar de todas las mujeres que se encuentran casadas o que tienen que cargar con hombres que todos sus amigos consideran espantosos. A menudo esto llega como una revelación repentina, después de un periodo bastante largo, durante el cual pensaban que a la gente le caía bastante bien su pareja, y debe de ser una decepción descubrir que es todo lo contrario, pero supongo que este no era el caso, no en lo que concernía a Serena. A nadie le había caído bien Andrew nunca. Por supuesto, es una defensa muy efectiva lo de reivindicar las cualidades ocultas de tu otra mitad, pues por definición es imposible demostrar que son falsas. Supongo que la lógica dice que en algún caso debe de ser cierto, pero me resultaba difícil de creer que Andrew Belton, en privado, fuera sensible, cariñoso y divertido, en particular porque no hay cura para la estupidez. De todas maneras, rezaba para que fuera el caso, por lo menos a medias.

—Si tú lo dices, me lo creo —contesté.

Caminamos durante un rato antes de que Serena volviese a hablar.

—Me gustaría que me dijeras qué es lo que realmente estás haciendo para Damian.

—Ya te lo he dicho.

—No te estás tomando todas estas molestias solo para recopilar algunas historias graciosas de hace cuatro décadas. Candida me ha dicho que te has ido hasta Los Ángeles para ver a la espantosa Terry K.

No podía molestarme en mentirle, dado que estábamos tan cerca del final.

—No te lo puedo contar ahora —dije—, porque no es mi secreto. Pero te lo contaré pronto, si sigues interesada.

—Lo estoy. —Cavilé sobre mi respuesta un instante.

—No le volví a ver después de esa horrible noche.

—No. Ni la mayoría de los invitados.

—Pero a menudo pienso en él.

Ella había sacado el tema, así que pensé que intentaría darle respuesta a una pregunta que me había estado preocupando.

—Cuando planeaste todo aquello con Candida, presentándoos sin avisar, ¿qué esperabais conseguir? Todavía os recuerdo, en aquella amplia plaza calcinada por el sol, en esos terribles trajes negros que todos tuvimos que pedir prestados.

Dio una risotada.

—Eso fue una locura.

—¿Pero qué esperabais que saliera de aquello?

Era una gran pregunta, y años antes, no me habría atrevido a formulársela. Pero ella no me lo echó en cara, ni pareció molesta por el hecho de que la interrogara.

—Nada, una vez que se apuntaron mis padres. Debería haberlo dejado en el mismo momento que dijeron que se venían. No sé por qué no lo hice.

—Pero al principio. Cuando lo planeaste.

Sacudió la cabeza y su cabello atrapó el brillo del sol.

—Para serte sincera, realmente no sé qué es lo que quería sacar, dado cómo manejé las cosas después. Supongo que me sentía atrapada. Y furiosa. Estaba casada y era madre y Dios sabe qué más, todo antes de tener veintiún años, y me sentía como si me hubieran atraído con trampas hasta una jaula, y la puerta se hubiera cerrado. Damian representaba todo lo que me había sido arrebatado. Pero era una tontería. No habíamos sido honestos el uno con el otro, y eso siempre genera problemas. Todo hubiera sido diferente si fuéramos jóvenes hoy en día, pero eso no ayuda mucho.

—¿Todavía te sientes atrapada?

Sonrió.

—¿No hay un experimento de laboratorio en el que, si mantienes a los animales en una jaula lo suficiente, vuelven cuando les dejas salir, porque para ellos es su casa? —Seguíamos paseando, escuchando a los pájaros.

—¿Alguna vez habla de mí? —A pesar de una irritación pavloviana, esta pregunta me interesó. De una manera o de otra, todas las mujeres que me había encontrado en esta búsqueda me habían preguntado esto, y Serena ni siquiera competía. Era inútil negar que Damian tenía cualidades de las que yo no había sido consciente en su momento.

—Por supuesto que hablamos de ti. Eres lo que tenemos en común. —Lo dije como una broma, aunque era más cierto de lo que yo había supuesto. No podría decir cómo se lo tomó, pero sonrió y seguimos caminando.

—¿Has visto la foto de tu habitación?

—Sí.

—Es un clásico. La puse ahí para ti. Dios, qué jóvenes éramos.

—Jóvenes y en tu caso, encantadora.

Suspiró.

—No sé por qué tú y yo no nos liamos nunca, en algún momento de todo eso.

Esto me hizo pararme en seco.

—¿No puedes? Porque yo sí. Yo no te gustaba. —No había motivo para andarnos con contemplaciones.

Pareció un poco ofendida, a lo mejor porque sonaba como si se lo estuviera echando en cara, aunque en realidad no era así.

—No es que lo intentaras demasiado —dijo finalmente. Al parecer, estaba

intentando repartir las culpas por nuestra falta de romance.

—Porque sabía que si lo hacía, nuestra amistad se volvería insoportable y me terminaría yendo de tu vida. Era divertido para ti tenerme ahí, muriéndome de amor, siempre y cuando no te hiciera pasar vergüenza o te metiera en un aprieto. Me podrías haber tenido cualquier día que quisieras, con un gesto de tus dedos, y eras perfectamente consciente de eso. Pero nunca me quisiste, excepto como un cortesano adorándote en el altar. Y yo estaba contento. Si eso era lo mejor que estaba en oferta, fue un placer.

Puso una leve expresión de horror ante este resumen absolutamente sincero.

—¿Tenías claro todo eso entonces?

Lo negué.

—No. Excepto quizás por instinto. Pero ahora sí.

—Oh, querido —dijo.

—Me has hecho sonar como una zorra.

Pero eso no era cierto y yo quería que supiera que no lo pensaba.

—En absoluto. Funcionó bien durante un largo tiempo. Yo era tu *parfit knight* y tú eras la *belle dame sans merci*. Es un acuerdo que ha servido a la perfección durante cientos de años, después de todo. Solo que se estropeó en Portugal, y no fue culpa tuya. Nos entró vergüenza después de esa tarde, así que nos alejamos de la vida del otro, pero eso habría ocurrido antes, si te hubiese propuesto algo.

Se lo pensó un rato, mientras volvíamos a caminar en silencio. Hubo un crujido de movimiento en la maleza, y el inconfundible pelo rojizo de un zorro destelló de repente entre los marrones y los verdes de las hojas. Como si lo reconociera, habló.

—Damian tiene mucho por lo que responder.

—Lo interesante es que creo que estaría de acuerdo contigo.

Los otros se estaban acercando, y pronto la conversación volvería a ser en general. Pero antes de que llegaran donde les estábamos esperando, Serena habló en voz baja.

—Espero que no me odies.

Su voz era suave y creo que sincera, y cuando me volví hacia ella, estaba sonriendo. No creo que se lo tomara tan en serio, pero se estaba disculpando por herirme en esos años perdidos, cuando el dolor de corazón podía ser tan cortante, y se repartía con tanta facilidad. La miré, y por enésima vez me maravillé con cada rasgo suyo. Una pequeña miga de la comida se había quedado pegada cerca de la comisura de sus labios, y me imaginé una vida en la que pudiera tener el derecho de quitársela con la lengua.

—¿Tú qué crees? —dije.

La cena de esa noche era el evento principal del fin de semana, y obedientemente me bañé, me puse unos pantalones de traje, una camisa sin corbata, a mi pesar, y un

batín. Bajé sintiéndome bastante alegre, pero una vez que estuve en el salón, todo se me hizo más pesado, pues entre los invitados de esa noche estaba incluida la madre de Andrew, la que ahora era la condesa viuda, que no vivía en la casa reservada a tal efecto, una elegante villa georgiana al final del parque, que había sido alquilada a un banquero americano, sino en una pequeña casa en el pueblo, en la que antes vivía el ama de llaves. Estaba de pie, envarada, junto a la chimenea, cuando yo entré. Naturalmente, lady Belton estaba mucho más mayor que la última vez que la había visto, pero su edad no había ayudado a suavizar su incipiente locura. Todavía se quedaba mirándote fijamente con esos ojos azul claro, como de muñeca holandesa, y su pelo estaba teñido en una aproximación al moreno italiano que había sido una vez. Tampoco su sentido del gusto había avanzado mucho. Llevaba un vestido muy curioso, una especie de camión largo, color caqui, con un cuello desigual. No estoy seguro del efecto que pretendía, pero no podía ser el que finalmente consiguió. Sus joyas, no hace falta decirlo, eran excelentes.

Serena me presentó, remarcando a su suegra que me debía de conocer de aquellos días. Lady Belton la ignoró.

—Encantada de conocerle —dijo, extendiendo su huesuda y arrugada mano. ¿Hay algo más irritante que la gente te diga que está encantada de conocerte, cuando te has encontrado con ellos más de mil veces? Si lo hay, me gustaría saber qué es. Tengo un ejemplo reciente, donde siempre era saludado como un extraño, por una mujer que he conocido desde la infancia, y que entretanto se hizo famosa. Todas las veces que me la he encontrado, durante años, se adelantaba con elegancia, y no mostraba signo alguno de que nos hubiéramos visto antes. Al final decidí que si lo intentaba una vez más, le dejaría hacerlo. Pero algo de mi resolución se debió de mostrar en mi cara, y todos los bravucones tienen una antena que les dice cuándo parar. Leyó mis ojos y extendió la mano.

—Qué agradable volver a verte —dijo.

Serena se había ido a servirme una bebida, así que me dejaron a solas con la vieja bruja.

—Qué agradable volver a ponerse al día con Andrew y con Serena después de todos estos años —dije débilmente, para empezar una conversación.

—¿Conoce a lord Belton? —contestó, sin rastro de una sonrisa. Es de suponer que esto era para enseñarme que me debería haber referido a él por su rango. Había un cuenco con salsa de aguacate cerca de nosotros, en una mesita auxiliar, y por un momento tuve la súbita necesidad de cogerlo y estampárselo en la cara.

En vez de eso, abrí la boca para decir: «Sí, le conozco, y también te conozco a ti, vieja chocha». Pero no era razón, ¿cierto? Se habría escondido detrás de mi «horrible grosería» y jamás habría reconocido la suya. No me tocó al lado en la cena, aleluya, y en vez de eso observé con compasión a Hugh Purbrick batallar con sus silencios, tratando de interesarla con anécdotas de personas a las que ella debía de conocer, pero de las que negaba incluso haber sido presentada, o de temas en los que ella

dejaba claro que no tenía ningún interés. En resumen, no le dio cuartel.

A menudo se les dice a los jóvenes, o se les decía cuando yo era un niño, que los arribistas y otros extraños pueden a veces ser groseros, pero que las damas y los caballeros *de verdad* siempre son perfectamente corteses. Esto, por supuesto, es una patraña. Las personas groseras, al igual que las corteses, se pueden encontrar en todos los niveles de la sociedad, pero hay un tipo concreto de grosería, la que se apoya en un esnobismo vacío, o en una asunción de superioridad hecha por personas que no tienen nada de lo que sentirse superiores, que de hecho no tienen nada, que es particular de las clases altas, y es muy difícil de tragar. La anciana lady Belton era un ejemplo clásico, una masa andante de valores falsos, una calabaza hueca, un motivo para la revolución. No me había caído bien cuando yo era joven, pero ahora, después de cuarenta años de pensármelo, creía que era peor persona, aparte de desagradable y tonta. Más bien la reconocía como alguien que podría ser malvada si no fuera tan estúpida, la verdadera razón por la que las vidas de sus hijos estaban tan vacías. Hay mucho en la Inglaterra de mi juventud por lo que sentir nostalgia, muchas cosas que creo que hemos perdido en perjuicio nuestro, pero algunas veces uno debe reconocer lo que iba mal y por qué tuvo que cambiar. En todo lo que implicaba a las clases altas, lady Belton era la encarnación de esa razón. Era la personificación de todo lo que iba mal en el viejo sistema, y de absolutamente ninguna de sus virtudes. No me gusta odiar, pero confieso que, al volverla a ver, casi la odié. La odié por lo que representaba y porque, al final, la culpaba a ella de la inutilidad de Andrew. Si fuera a ser compasivo con él, y me resultara difícil, reconocería que con una madre como la suya nunca tuvo una oportunidad. Entre ambos, esos dos inútiles habían malgastado la vida de mi Serena. Andrew era de hecho el otro vecino de lady Belton en la cena de esa noche, pues, de acuerdo con el protocolo, le habían sentado a su derecha. No intercambiaron una sola palabra, de la sopa a los frutos secos. Ninguno perdió nada.

Más tarde, varias personas prepararon una mesa para jugar al *bridge*, y otras se escabulleron a ver una película en la televisión a alguna caótica madriguera infantil, adonde Andrew había desterrado «la repugnante máquina», así que después de que los vecinos se hubieran ido a casa, y el resto del grupo se hubiera ido a la cama, me quedé con Candida en una esquina de la biblioteca, agarrando un vaso de *whisky*, cotilleando mientras el fuego se apagaba. Serena se había pasado por allí y nos había dejado la bandeja de bebidas, pero estaba ocupada acomodando a los otros, y para mí era suficiente simplemente con verla manejando su existencia, navegando su curso a través de los compromisos que hacían que sus días fueran reales. Y estaba contento de que me dejaran a solas con Candida, pues eso significaba que podría continuar con mi investigación. Ya le había contado que me había encontrado la fotografía en mi habitación la pasada noche, pero ahora que estábamos solos nos pusimos a hablar de esa fiesta de tanto tiempo atrás, de cómo fue y de cómo terminó. Le recordé que había llevado a Damian, bastante disgustado, a su casa, y que eso marcó el final de su carrera como el favorito de las debutantes.

—Pobre Damian —me dijo—. Nunca me he sentido peor por nadie.

Esto fue un comentario inesperado, pues no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Por qué?

Mi pregunta le sorprendió tanto como su frase anterior a mí.

—Por todo ese drama —replicó, como si su respuesta fuese algo obvio.

—¿Qué drama?

Me miró de un modo inquisitivo, como si me estuviera burlando de ella al animarla a seguir, pero mi mirada era tan inocente como la de un recién nacido.

—Qué asombroso —dijo.

—¿De verdad no te lo llegó a contar nunca?

Entonces pregunté y escuché lo que me contó.

Candida conocía bastante bien a Damian, antes de esa noche. Había coqueteado con él de esa manera suya tan aterradora, había bailado con él, incluso, lo sospeché mientras seguía hablando, se había acostado con él, y en general, se había hecho su amiga, a medida que avanzaba la temporada. Y había conseguido que lo incluyeran en el grupo de los que se quedaban en Gresham para la fiesta, sin que lo relacionaran con Serena, y...

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué lo hiciste? Pensé que te gustaba. —Recordé a esa otra Candida diferente, que ponía los ojos en blanco en el baile de la reina Carlota, y casi me estremecí.

Negó con la cabeza.

—Eso fue mucho antes. Y para entonces, él y Serena estaban enamorados el uno del otro. —Otra vez lo dijo como si yo tuviera que haberlo sospechado, como mínimo, y me costó muchísimo fingir que no—. Bueno, yo pensaba que estaban enamorados los dos. Serena sí que lo estaba.

—No me lo creo. —Por supuesto, no quería creerlo, y lo cierto era que no había visto muchas pruebas que lo corroboraran. Se habían besado. Pero si fuéramos a enamorarnos de cada persona que besáramos...

Se encogió de hombros, como diciéndome que creyera lo que me diera la gana, que ella me estaba contando la verdad.

—Se quería casar con él, aunque parezca absurdo, y como ya sabes, tenía dieciocho años en aquel momento y Damian diecinueve y todavía estaba en la universidad, así que necesitaban el permiso de sus padres.

—¿Por qué? ¿Cuándo cambió la ley?

—A principios de 1970. Todavía necesitabas tener los veintiuno en 1968.

—Pero los Claremont jamás habrían dado su consentimiento, aunque hubiese sido el duque de Gloucester.

—Sí, lo habrían hecho. Lo hicieron. La obligaron a casarse con Andrew al año siguiente, y todavía tenía solo diecinueve años. —Lo que era cierto—. De todos modos, a Serena se le había metido en la cabeza que si llegaban a conocer a Damian

les encantaría y al final le concederían su permiso, lo que obviamente ahora veo que era una idea destinada al fracaso.

—Peor que eso. Demencial.

Mi interrupción no la tranquilizó.

—Sí. Bueno, como ya digo, ahora lo sé, pero en esa época estaba convencida, o Serena me había convencido, de que podía funcionar. No era como si con él le esperara un futuro absolutamente oscuro. Estaba segura de que a Damian le iría extraordinariamente bien en su profesión, y después de todo, la historia le ha dado mil veces la razón.

Asentí. Esta conversación me estaba incomodando. Me sentía entumecido y con un extraño hormigueo, como si estuviera incubando una gripe. No voy a fingir que no sabía que se sentían atraídos el uno por el otro, los dos eran guapos y se movían en el mismo círculo, y como ya he admitido, había visto el beso en el baile de Terry. Eso fue suficiente para ponerme celoso y enfadarme e indignarme, pero esto... esto era algo completamente diferente. Fue entonces cuando aprendí una lección que no voy a olvidar, aunque fue demasiado tarde para que la aprovechara. A saber, que cuando ayudas a la gente a empezar, ya no les controlas después, ni tienes el derecho de fingir que lo estás haciendo. Aunque Damian había comenzado el año bajo mis auspicios, e independientemente de cómo había conocido a esas personas en un principio, al final estaba viviendo su vida entre ellos, en ese mundo, y era tan válida como la mía propia. Le había sacado de debajo de las piedras, pero al final era él quien había sostenido entre sus manos la promesa de lo que habría constituido la felicidad de mi vida entera. Estaba tan celoso que habría querido matar a todo el mundo.

—Bueno, de algún modo sus padres se enteraron de todo el plan. Más tarde pensé que podría haber sido Andrew quien se lo dijera a su madre, la espantosa lady B. ¿No ha sido horrenda esta noche?

—Horrenda.

—Bueno, estaba desesperada por conseguir a Serena para Andrew, y podría haberlo dejado caer con toda la intención del mundo, pero nunca lo sabremos. Ese día, Damian y Serena vinieron en coche desde Londres. Yo venía de otra parte, pero llegué aquí a las cinco, después de casi todos los demás, y estaban tomando el té en el salón. Por supuesto, la tía Roo estaba siendo encantadora...

—¿Por qué la llamáis tía Roo?

Se lo pensó un momento.

—No estoy completamente segura. Creo que tiene algo que ver con *Winnie the Pooh*. ¿Recuerdas que la madre canguro se llamaba Kanga y el bebé Roo? —Asentí—. Era un juego al que solían jugar en Barrymount, cuando vivían en Irlanda. Su nombre es Rosemary, pero siempre la han llamado Roo en familia. —De alguna manera, el apodo de lady Claremont solo reforzaba los muros de acero a los que Damian, con toda su juvenil ignorancia, se había enfrentado hacía todos esos años—.

De todos modos, cuando entré, Damian estaba intentándolo. Demasiado. Sonreía y charlaba y se reía y brillaba y destellaba, y la tía Roo se reía y le preguntaba por Cambridge y todo lo demás, pero recuerdo que pensé que el tío Pel estaba muy callado, y normalmente no lo estaba, no en aquellos días, y pude adivinar, por la mirada que me dirigió, que Serena sabía que no estaba yendo tan bien como Damian estaba claro que creía. Los invitados que se quedaban en casa actuaron por lo bajo, sin llegar a reírse del todo y sin llegar a integrarle del todo. Mi otra tía estaba allí, y mientras Damian seguía hablando por los codos, la tía Sheila y la tía Roo se estaban intercambiando miradas rápidas, de hermanas, lo que parecía muy traicionero y de mala educación. No es que sea muy lógico, pero me puse furiosa por Serena, por los dos, la verdad. —Hizo una pausa, sin aliento por los recuerdos—. Supongo que fue en ese momento cuando me di cuenta de que no iba a funcionar.

Se detuvo, como si fuera la primera vez que hubiera asimilado ese hecho destacado.

—Bueno. Todos subimos a cambiarnos y yo estaba sentada en mi tocador, haciendo lo que podía con mi pelo. Recuerdo que me había olvidado de ir a la peluquería, lo que parece un poco tonto cuando es tu propio baile, pero en ese momento llamaron a la puerta y Roo y Pel entraron en mi habitación. Ya se habían puesto otra cosa y Roo estaba cubierta de diamantes, y todo hubiera debido ser muy alegre y todo eso, pero no lo era. Entonces el tío Pel dijo: «¿Cuánto tiempo llevan con todo esto?». Y nos quedamos callados, como si alguien debiera preguntarle de qué estaba hablando, pero por supuesto todos sabíamos de lo que estaba hablando, así que no había razón para ello. Entonces yo empecé a defender a Serena y a Damian, a los dos, pero incluso mientras hablaba podía oír que todo sonaba muy infantil y muy ridículo, como si pudiera de repente verlo a través de sus ojos. Nunca había visto al tío Pel tan enfadado, de hecho nunca le había visto enfadado, pero esa noche estaba rebosante de ira, ardiendo de indignación. «¿Quiere irse con ese adulador, ese pequeño zopenco?», dijo. «¿Ese gamberro, con su pelo grasiento y sus vocales arrastradas y sus “¿qué tal?” y sus ropas de Marks & Spencer?». Jamás he olvidado eso. «Sus ropas de Marks & Spencer». Y miré a Roo y dijo: «Watson deshizo su maleta», y eso fue todo. Después llegó su turno. «Por supuesto que queremos que Serena sea feliz», dijo. «Es todo lo que queremos. De verdad». Lo que estaba claro que no era cierto. «Pero, verás, queremos que sea feliz de una manera que nosotros podamos entender, de una manera que vaya a durar». Dije que pensaba que eso iba a durar, pero incluso al estar pronunciando esas palabras, me sentía como una pequeña Sandra Dee pija pidiendo permiso para quedarme hasta más tarde. —Candida suspiró—. Me temo que no fui demasiado útil.

—¿De verdad dijo Damian «¿Qué tal?»?

—Al parecer. Eso demuestra lo nervioso que se debió de sentir.

—Pobre. ¿Y eso fue todo?

Negó con la cabeza.

—En absoluto. El tío Pel no había terminado. Estaba echando chispas e incluso me señaló con el dedo, justo a mi nariz, como si fuera un profesor regañándome en una película, como si fuera culpa mía, que es lo que debía de creer, puesto que sabía que habíamos planeado juntas llevar a Damian hasta allí. «Le vas a decir a Serena que se libre de ese pequeño trepa y avaricioso mierdecilla», dijo. «Le vas a decir que lo deje, y si no quiere, ya me encargaré yo de él. Ese tipejo solo entrará en mi casa por la puerta de servicio, o no entrará».

No pude evitar interrumpirla.

—Eso suena bastante vulgar para el lord Claremont que yo recuerdo.

Candida asintió.

—Tienes razón. No era él en absoluto. Creo que sencillamente estaba tan enfadado que sus filtros mentales se habían apagado por completo. Para ser justos con Roo, la verdad, también le resultó demasiado, y le dio una bofetada para calmarlo. Dijo: «De verdad, Pel, no seas tan idiota. Parecer salir de una serie de televisión dramática de época. Lo próximo que le dirás es que salga de tus dominios». Cuando dijo eso, sonreí. No pude evitarlo, pero Roo lo vio como una grieta, y se giró hacia mí, de lo más persuasiva. «No tenemos nada contra ese joven, Candida», dijo, y hablaba muy tranquila, pero de alguna manera su tranquilidad era más mortífera para las esperanzas de Serena que la furia de Pel, pues sabía que no era un estado de ánimo que se pudiera cambiar a la mañana siguiente. «De verdad que no. Está esforzándose por parecer agradable, y le damos la bienvenida como invitado. Pero debes saber que lo demás está fuera de toda cuestión. Todo esto es absurdo, y eso es lo que hay». Se detuvo, supongo que para dejarme tiempo, y que yo asintiera. Pero no lo hice, así que siguió. «Solo encuentra un modo de decirle a Serena que no creemos que sea una buena idea. Se lo tomará mucho mejor si viene de tu parte. Si lo manejamos nosotros, se convertirá en una escena espantosa. Es una chica sensata. Estoy segura de que verá la razón en lo que le estamos diciendo, cuando haya tenido tiempo para pensárselo». Le pregunté si quería que se lo dijera a Serena esa noche, pero negó con la cabeza. «No. No le estropees la fiesta» dijo. «Díselo mañana o pasado, antes de que os vayáis. Cuando tengáis un momento tranquilo». Entonces se quedó esperando una respuesta, y supongo que al quedarme callada, de algún modo, accedí a ello.

—¿Y lo hiciste?

De nuevo, Candida movió la cabeza.

—No tuve que hacerlo. Ahí está todo. Después de que hubiéramos acabado de cuchichear, pudimos oír a los primeros invitados llegando para la cena, y Pel y Roo bajaron para saludarles. Todavía estaba sentada enfrente del espejo, sintiéndome un poco coaccionada si te digo la verdad, y escuché una voz. «Bueno, ya me lo has dicho». Miré y Damian estaba allí.

—¿En tu habitación?

—Sí. —Asintió, entrecerrando los ojos un momento al recordarlo.

—Estaba en la puerta de al lado, lo que quizás había olvidado, si lo supe alguna vez. Había un par de puertas que se interconectaban, esas puertas que eran tan útiles con los eduardianos, con un espacio entre ellas, a lo mejor de un par de pies de ancho, lo que formaba una muy efectiva barrera de sonido, y ni Pel ni Roo habían gritado, así que ni me había preocupado. La puerta estaba cerrada y como había un sillón frente a ella, debía de haber pensado que le habían echado la llave, pero no. Se debía de haber quedado en el espacio entre ambas puertas y ahora había abierto la que daba a mi habitación y había entrado. Fue todo tan terrible que no puedo encontrar las palabras adecuadas para describirlo. Lo recuerdo ahora, cuarenta años después, como uno de los momentos más espantosos de toda mi vida, y créeme, eso es bastante. Nos quedamos mirándonos fijamente, y después mascullé algo acerca de que ellos no entendían sus sentimientos, y que esperaba que no los odiara y todo eso. Pero Damian hizo un gesto con la cabeza y soltó una risa breve y dijo: «¿Odiarles? ¿Por qué iba a odiarles? Me han descubierto». Y al principio no le entendí, porque estaba tan convencida por Serena de que él realmente la amaba. Así que no me podía creer que me estuviera diciendo que no era cierto, que todo este tiempo en realidad iba detrás de su dinero y esas cosas. No quería creerle, pero eso fue lo que dijo. También se lo contó a Serena, más tarde, esa noche, así que no se lo tuve que decir yo. Ella y yo lo hablamos una vez, pero solo una. Y creo que no se volvieron a ver —excepto esa espantosa noche en Portugal, por supuesto—. Puede que se encontraran en alguna reunión a lo largo de los años, supongo, pero, si ha sucedido, ella nunca me lo ha mencionado. Él ya no volvió a ninguna de las fiestas de aquel año. Pareció darnos a todos de lado después de aquel incidente, y no puedo decir que me sorprenda.

—Ni a mí. ¿Cuándo se lo dijo a Serena?

—Justo al final. Estoy seguro de que no quería aguarle la fiesta, pero que tampoco podía soportar la idea de que lo oyera por otra persona, y creo que ya había decidido irse a primera hora del día siguiente. Creo recordar que la llevó al salón de los tapices justo antes de que todo se empezara a recoger, pero puede que me lo invente.

—¿Y le dijo que todo había sido un plan para progresar en sociedad, y que no la amaba?

—Supongo. Quiero decir, sí. Aunque, incluso ahora, no creo que esa fuera toda la verdad. Puede que de algún modo la viera como la escalera perfecta, pero estoy segura de que le tenía mucho cariño.

—Dudo que fuera cierto en lo más mínimo. Si dijo que la amaba, estoy seguro de que era así.

Me miró, sorprendida.

—Pensé que no te caía bien.

—Le odiaba. Le odio ahora, la verdad, aunque un poco menos que antes. Eso no significa que crea que es un mentiroso, y no lo creo, excepto bajo una fuerte presión.

Hizo una mueca.

—Como ya sabemos.

Pero no quería que la conversación virara a esa otra maldita tarde. Quería quedarme en la noche del baile.

—Te estaba mintiendo para guardar las apariencias. Me pregunto cómo no te diste cuenta. Ella tampoco iba a heredar tanto dinero. Si fuera detrás de eso, se habría quedado con Joanna Langley.

Se ruborizó.

—¿No crees que quería una esposa aristócrata, con un título?

—No le habría importado. Entonces no. A lo mejor al principio, pero no llegados a ese punto. Rechazó a Dagmar de Moravia. Podría haber tenido una princesa como esposa, si hubiese querido.

Se lo pensó.

—Bueno, debería haber pensado lo mismo en ese momento, o toda la aventura portuguesa no habría sucedido. Supongo que el paso de los años me ha hecho más cínica.

—Pobre Serena. O sea que había tomado la decisión de enfrentarse a sus padres y casarse con su amor verdadero, y después, en una tarde, se acaba todo y no le queda nada más que salir a la terraza a tomar un poco de aire fresco e inventarse un nuevo proyecto de vida.

—¿Eso hizo? Ya sabes más que yo.

—Sí, eso fue lo que hizo. Y después volvió a entrar y me encontró esperando en la antecámara, y bailamos juntos antes de que se fuera. —Pensé en los ojos de Serena, sin expresión alguna, y en que había mascullado «Este tipo de cosas son hitos importantes». Podría haber dicho «Estoy cargando con mi cruz». Habría sido verdad igualmente.

—Ya veo. Bueno, a lo mejor tienes razón con lo de Damian. Espero que sí. Pero ya se ha vengado, a su manera. Ha acabado siendo un personaje mucho más importante que cualquiera de nosotros. Me pregunto si Pel y Roo lo piensan alguna vez.

—¿Así que tenías debilidad por él, verdad?

—¿Por Damian? Por supuesto. Le adoraba. Como ya te he dicho, tuvimos algo, pero fue mucho antes de todo esto. Una vez que Damian y Serena se juntaron, no recuerdo que estuviera con nadie más de nuestro grupo.

—Hasta después.

Se ruborizó ligeramente.

—Oh, sí. Después. Pero ya sabes cómo son las cosas durante los años solitarios. Antes de que te asientes.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

Sonrió.

—Creo que después de todo lo que hemos hablado, no puedo impedírtelo.

—¿Quién es el padre de Archie? ¿Le conocí? ¿Era uno del grupo de por aquel

entonces? ¿O fue alguien que conociste cuando todo eso se acabó?

—Es difícil de decir.

Parecía una respuesta un poco rara.

—¿Le sigues viendo?

—No lo sé. —Me quedé mirándola, supongo que parecía un poco desconcertado, y ella se rio.

—Hoy en día soy la respetable viuda de un banquero, pero esto no siempre fue así. Ya sabes que todo el mundo tiene etapas de su vida que difícilmente tienen que ver con su presente.

Asentí.

—Mejor que la mayoría. —Y lo cierto es que sabía eso de ella.

—La verdad es que no estoy segura de quién fue el padre de Archie. Revoloteé un poco por ahí en esa época. Creo que mi excusa era que había perdido mi camino o que me estaba intentando encontrar a mí misma, o algún que otro tópico de los sesenta que me permitiera hacer lo que me apetecía sin tenerme que sentir culpable, y me aproveché al máximo de esta filosofía. Y después, un día me desperté y estaba embarazada. Cada persona en mi libreta de direcciones quería que me deshiciese de él, por supuesto, tanto mis amigos, como mi familia, pero no lo hice, y ahora me siento terriblemente agradecida por ello.

—¿Pero nunca intentaste encontrarlo?

—No veía el motivo. ¿Qué habría ganado? ¿Que alguien metiese las narices donde no le llamaban? ¿Algún inválido emocional que pensara que tenía derecho a apoyarse en mí porque llevaba a su hijo dentro? En un momento dado, pensé que podía ser de George Tremayne. Más tarde estuve casi segura de que no, pero imagina lo que hubiera sido tenerle borracho en la mesa de la cocina. —Hice una mueca.

—Así que no. Decidí presentar batalla yo sola.

—¿Por qué estabas segura? ¿De que no fue George?

Se lo pensó un momento.

—Oí que estaba teniendo problemas para dejar embarazada a su mujer. Esa chica tan rechoncha cuyo padre fabricaba coches. Ella tenía dos niños de un primer marido, así que no era problema suyo. —Asintió, satisfecha con sus propias conclusiones.

—De todos modos, tener a Archie me devolvió al buen camino. Tuve unos cuantos baches al principio, aunque iba en la dirección recta, y Dios sabe que también era un sendero bastante estrecho. Pero me condujo a Harry.

—Así que tuviste un final feliz.

Sonrió.

—Qué bonito. Oír que describes a Harry como mi final feliz. Hoy en día, todo el que dice su nombre estalla en lágrimas. Pero se equivocan y tú llevas razón. *Fue* mi final feliz. Y ahora —se puso en pie, estirándose—, de verdad me tengo que ir a la cama, o me voy a morir.

Estaba en un profundo sueño, en el que estaban Neil Kinnock y Joan Crawford, y una mujer que solía trabajar para mi madre, que se llamaba la señora Pointer. Estábamos intentando hacer un pícnic en Beachy Head, pero la manta que habíamos llevado no dejaba de levantarse por el viento y derramar todo, y por alguna razón no la podíamos agarrar. Hasta que decidimos tumbarnos sobre ella y sujetarla, pero no sé cómo podía funcionar eso y dónde íbamos a poner la comida. Lo que tampoco parecía importar demasiado, porque Joan se estaba restregando contra mi espalda y me pasó un brazo por la cintura, dejando que su mano se deslizara hacia abajo... y me desperté. Excepto que no me había despertado, porque aunque estaba bastante oscuro y ya no estaba en un pícnic, podía sentir el cuerpo de Joan presionando el mío y una suave mano agarrando mi pene erecto, y entonces una voz dijo:

—¿Estás despierto? —En voz muy baja, y no sonaba para nada como la de Joan. Ni un poco. Ni siquiera tenía acento americano. Me lo pensé por un momento, porque la voz me sonaba familiar, y me sentía como si debiera saber quién era, pero no la reconocí hasta que no pronunció mi nombre, y de repente supe sin ningún género de duda... que era Serena. Era la voz de Serena Belton, y ella estaba a mi lado, con su mano en mi pene. Y todavía no me podía creer que no estuviera soñando, porque eso, después de todo, era el sueño de toda mi vida, y empecé a preguntarme si acaso estaba en un sueño dentro de otro sueño, cuando crees que te has despertado pero en realidad no lo has hecho. Y habría podido quedarme pensándolo un poco más si sus labios no se hubieran posado en mi mejilla, y me di la vuelta, y estaba allí.

Hecha carne. En mis brazos. En mi cama.

—¿Esto está ocurriendo de verdad? —susurré, temeroso de hablar demasiado alto y que el espejismo temblara y desapareciera. Era muy pronto, de madrugada, y la suave y tenue luz gris había empezado a entrar de puntillas a través de las aberturas de las cortinas, iluminando la habitación lo suficiente para poder adivinarla, su brillante pelo, su cabeza en la almohada, al lado de la mía.

—Sí, si eso es lo que quieres.

Sonreí.

—¿Tienes por costumbre meterte a hurtadillas en las habitaciones de los hombres por las noches?

—Solo cuando están enamorados de mí —dijo.

Todavía no podía aceptar este regalo del cielo.

—¿Pero por qué? Sé que no me amas. Hemos estado hablando de eso esta misma tarde. —Sobre todo, no quería asustarla, pero sí quería entenderla.

—Amo tu amor —dijo—. No voy a pretender que lo comparto, y cuando éramos jóvenes, supongo que solo me divertía. Pero cuando pasaron los años, y sucedieron cosas malas, siempre supe que por lo menos había un hombre en el mundo que me amaba. Y eras tú. Volverte a ver me lo ha recordado.

—¿Es por eso por lo que me invitaste?

—Me haces sentir segura. Cuando nos encontramos en Yorkshire me alegré de

verte, y esa es la razón. Con tu amor estoy segura. Desearía verte más. No sé por qué nos terminamos separando.

—Pensaba que era por lo que había dicho Damian.

Negó con la cabeza.

—Sabía que era una chorrada. Lo supe inmediatamente, pero más a medida que pasaba el tiempo. Es que él lo estaba pasando muy mal, eso es todo.

—Yo también, para cuando terminó la cena. —Por primera vez en mi vida, pude visualizar un día donde todo lo que había pasado me pudiera parecer gracioso.

Me acarició el pelo, lo poco que quedaba.

—Deberías haberte quedado. Los dos deberíais haberos quedado y haberos reído.

—No podía. —No me lo discutió, y dejamos que los amargos recuerdos dieran paso al glorioso presente. De repente sentí asomar la libertad de tocarla, como un niño que finalmente se permite creer que de verdad es la mañana de Navidad. Me acerqué y repasé el contorno de sus labios con el dedo.

Lo besó suavemente.

—Puede que no lo sepas, pero me has ayudado a través de varias épocas muy malas y esta es tu recompensa. —Mientras hablaba, se iba acercando y juntó su boca con la mía, y empezamos, como se dice, a hacer el amor. Y aunque muchas veces en la vida esa no ha sido una descripción muy acertada de la actividad a la que se refiere, en esta ocasión era tan cierta como el Evangelio. Lo que estábamos haciendo en esa cama, esa sagrada mañana, era amor. Puro amor. No restó pasión en lo más mínimo el hecho de que la mujer que estaba entre mis brazos fuera una matrona en su cincuentena, en vez de la ágil chica que había anhelado tanto tiempo atrás. Era mi Serena, por fin. La sujeté entre mis brazos y, aunque fuera solo por esta vez, fui suyo. Finalmente había llegado a mi deseado destino. Y aunque estaba tan excitado por su presencia que pensaba que explotaría con solo un roce más, todavía, cuando la penetré, la sensación que me llenó por dentro, como lava derretida, no fue solo excitación sexual, sino una felicidad absoluta. Parece un poco sensiblero, lo que normalmente no soy, pero ese momento de estar dentro de Serena, de sentirme a mí mismo atrapado en su cuerpo, por primera vez en mi vida y probablemente la única, después de esperar cuarenta años, fue el momento más feliz que haya tenido, el clímax, el culmen de toda mi existencia, y no espero sentir nada que se le pueda asemejar antes de que la tumba me reclame.

No busco reconocimiento como un experto amante. Supongo que no soy ni mejor ni peor que la mayoría de los hombres, pero, si alguna vez supe lo que estaba haciendo, ese fue el día. Me atrevo a decir que me debería haber sentido culpable, pero no lo hice. Su marido había recibido el regalo de su vida adulta al completo, y nunca sabría el valor que tenía. Yo sí, y sentí que me merecía mi hora sin que demasiados dioses se enfadaran conmigo. Me sentía contento y aliviado de que mi cuerpo cansado, gordo y blando estuviera a la altura del reto de tener una oportunidad en el paraíso, y nunca he estado tan concentrado en el presente sin hacer caso a nada

más. Pues en esos minutos no tuve futuro y no tenía pasado, solo la tenía a ella. Hicimos el amor tres veces antes de que se fuera, y cuando contemplé la tela de mi dosel, recogida por encima de mí, supe que era un hombre diferente del que esa noche se había acostado para dormir. Le había hecho el amor a una mujer de la que estaba completa y absolutamente enamorado. La mujer que tenía mi corazón entre sus manos me había cedido el resto de su cuerpo. No se nos permite un placer mayor. No lo hay en el universo. Y, como un eco de Candida, supe, gracias a esta única vez, a esta hora dentro de una vida de bastantes años, dado que había conocido una bendición verdadera e incondicional, que no podría volver a ser un hombre triste. Lo pensé entonces, lo pienso ahora, y me siento agradecido. Si la búsqueda de Damian fue lo que me condujo a eso, entonces me daba por bien pagado, y había sobrepasado lo que se merecería cualquier hombre.

PORTUGAL Y DESPUÉS

Quince

Lo que ocurrió fue que la fatídica invitación a Portugal llegó por sorpresa. Un día sonó el teléfono en la casa de mis padres —donde yo seguía viviendo, según el principio de la elección de Hobson— y, cuando lo cogí, una voz conocida preguntó por mí.

—Soy yo —dije.

—Ha sido fácil. Pensé que tendría que seguirte el rastro por diez direcciones diferentes. Soy Candida. Candida Finch.

—Hola. —No pude evitar que la sorpresa se reflejara en mi voz, pues tampoco habíamos sido tan amigos.

—Lo sé. ¿Por qué te estoy llamando? Bueno, para invitarte a algo, la verdad. ¿Hay alguna oportunidad de tentarte para que te vengas con unos cuantos de nosotros un par de semanas, a finales de julio? Un antiguo amigo mío trabaja en Lisboa, en un banco o algo así, y le han ofrecido esta gran villa y no tiene a nadie con quien llenarla. Dice que si llegamos por nuestra cuenta, nos podemos quedar lo que nos apetezca sin tener que poner nada. Así que pensé que podría ser divertido hacer una especie de encuentro de la promoción del 68, antes de que nos olvidemos de nuestras caras. ¿Qué me dices?

Mi sorpresa no fue menor cuando oí todo esto, como si no supiera que nunca había sido uno de sus favoritos mientras la temporada todavía estaba en marcha, y mucho menos para ser escogido para una reunión especial.

No había visto mucho a Candida Finch después de que todo ese asunto acabara, y para cuando me llamó, casi habían pasado dos años desde la época que he estado recordando. Fue a principios del verano de 1970, cuando había dejado atrás mis días como pareja de baile. Me había ido de Cambridge en junio, con una licenciatura perfectamente respetable, aunque no admirable, y se empezaba a vislumbrar la arriesgada carrera de escritor. O más bien a no vislumbrar, porque pronto me di cuenta de que me estaba chocando contra una sólida pared de ladrillo. Mi padre no se opuso a mi plan, una vez que se sobrepuso de la decepción de que no fuera a hacer nada sensato, pero rechazó mantenerme económicamente. «Si esto no funciona, muchacho», dijo en un arranque de genialidad, «mejor que lo sepamos antes que después». Lo que a su manera fue una propuesta de reto. Al final conseguí un trabajo como una especie de chico para todo en una editorial de revistas infantiles, en el que empezaría el próximo septiembre, y por el que me pagarían un suculento salario que habría mantenido cómodamente a un Yorkshire terrier. Seguí con ese trabajo durante tres años, de hecho, y al final ascendí hasta un puesto de ayudante de editor, y me las apañaba de algún modo. Mi madre hacía trampa, como todas las madres; me deslizaba billetes y me pagaba la ropa y se quedaba con mis facturas de la gasolina y de las reparaciones del coche, pero ni siquiera ella me daba una asignación regular, pues habría sentido que estaba traicionando a mi padre. Digamos que durante esa

etapa viví y sobreviví, pero en lo esencial era una vida sin adornos ni nada extra. Y era esa cruel realidad la que sabía que iba a ser mi destino al final de ese verano, y por eso la sugerencia de Candida me parecía muy prometedora.

—Qué amable por tu parte. ¿Quién más va? —Por supuesto, al decir esto, supe que tenía que aceptar, porque no puedes preguntar quién va a ir y después decir que no. Inevitablemente, suena como si hubieras podido aceptar, siempre y cuando la lista de los invitados se hubiese regido por unos criterios más elevados.

Candida lo sabía.

—Creo que nos lo pasaremos muy bien. Tenemos a Dagmar y a Lucy y a los hermanos Tremayne. —No es que me entusiasmaran los Tremayne, pero tampoco los odiaba, y me caían muy bien las otras dos, así que la idea me apetecía cada vez más. Sabía que no iba a tener la más mínima oportunidad de tener unas vacaciones de verdad, antes de empezar lo que me gustaba llamar «mi carrera».

—He encontrado un vuelo chárter en el que casi te pagan ellos por volar, así que los billetes serán unos pocos peniques. ¿Te incluyo entonces definitivamente?

Me avergüenza decir que esto fue lo que lo decidió todo. Estaba seguro de que podía pedirle a mi querida madre que me subvencionara un billete barato, así que todo lo que necesitaba era un poco de dinero de bolsillo y un par de camisas limpias, y me pasaría diez días de lujo al sol. Me gustaba la idea de volver a ver a Lucy y a Dagmar, e incluso a Candida, pues no nos habíamos puesto al día en mucho tiempo.

—Sí. Me apunto —dije.

—Bien. Haré las reservas y te mandaré todo el papeleo. Hay una cosa... —Se detuvo un instante, como escogiendo las palabras, y continuó—. Nos faltan hombres. Lo que pasa es que la mayoría de ellos han empezado a trabajar, y no se pueden ir de viaje, diciéndolo con tan poco tiempo de antelación. Así que he empezado a tirar de reservas.

—Y de ahí que vengan los Tremayne.

—No seas cruel. George no está mal. —Eso me hizo preguntarme brevemente si lord George pensaba aprovecharse de Candida de algún modo, pero no me imaginaba cómo.

—Pero, si voy yo, ¿no seremos tres de cada?

Estaba claro que no había hecho la suma y esto la desconcertó por un instante.

—Sí. Supongo que sí... —Dudó. Casi podía oírla chasquear la lengua.

Decidí ayudarla.

—Pero te gustaría tener a alguien más por si acaso al final alguien no viene.

—Exacto. Odio que haya menos hombres.

—¿Qué tal Sam Hoare?

—Trabajando.

—¿Y Philip Rawnsley-Price?

—Uf. —Se rio y empezó de nuevo.

—El hecho es que me estaba preguntando si se lo podrías pedir a ya sabes, cómo

se llama, Damian Baxter. Tu colega de Cambridge, que solía venir a todos los bailes. —La estudiada informalidad de esta petición me dijo que esto había sido planeado hacía mucho. No le respondí de inmediato, y volvió a la carga.

—Por supuesto, si es una molestia...

—No, no. —Después de todo, no tenía nada específico contra Damian en aquel entonces. Había tenido más éxito que yo con Serena y le guardaba rencor por ello. Pero eso era todo lo que sabía. De lo peor que le podía acusar era de habérselo pasado bien coqueteando con ella. Lo que era más, ninguno de nosotros la había conseguido, al final. Para nuestro conjunto, o así lo supongo, horror, se había casado con Andrew Summersby en abril del pasado año y el marzo posterior, tres meses antes de esta conversación, había dado a luz a una niña. En otras palabras, estaba muy muy lejos de nosotros.

—Muy bien, lo intentaré —dije.

—No crees que vaya a querer.

—No lo sé. Abandonó la temporada tan completamente, que puede que para él sea cuestión de principios.

—¿No lo hablasteis?

—Ni de eso ni de nada. Casi no le he visto, después de vuestro baile.

—¿Pero os peleasteis?

—Oh, no. Es solo que no nos vemos.

—Bueno, a mí tampoco me has visto y no hemos discutido.

No sabía por qué estaba oponiendo tanta resistencia.

—Muy bien. Tienes razón. Lo intentaré. No estoy seguro de si su número de teléfono sigue siendo el mismo, pero haré lo que pueda.

—Excelente. Gracias. —Parecía un poco más alegre.

—De acuerdo. Ya me cuentas y depende de eso, vamos viendo.

Las cosas eran un poco más complicadas en los años anteriores a los teléfonos móviles. Cuando alguien se mudaba, ya no lo localizabas, aunque siempre se esperaba que fuera temporal. Tampoco teníamos contestadores, así que si la gente salía no la encontrabas. Sin embargo, nos las arreglábamos. De todos modos, cuando miré en mi vieja libreta de direcciones, descubrí que todavía tenía el número de los padres de Damian, que con mucho gusto me dieron los datos de su nuevo piso en Londres, al que al parecer se acababa de mudar.

—Estoy muy impresionado —dije. Y lo estaba, la verdad.

—Nosotros también. —Pude oír que la madre sonreía al decirlo.

—Está de camino al éxito, nuestro Damian.

Se lo repetí a Damian cuando marqué el número y lo cogió.

—Estoy alquilando una habitación en un piso compartido en el lado malo de Vauxhall, suponiendo que tenga un lado bueno. Así que todavía me queda un trecho para ser el Empresario del Año.

—A mí ya me parece un avance. ¿Has encontrado trabajo?

—Sí, antes de irme de Cambridge. —Mencionó un banco muy moderno, americano.

—Estaban contratando gente y... me contrataron. —Me quedé estupefacto. Una cosa que he aprendido en esta vida: los que llegan hasta lo más alto suelen empezar en lo más alto.

—Comienzo a finales de agosto —dijo.

—Yo también, pero creo que con menos estilo. —Le expliqué mi trabajillo como chico de los recados en las oficinas de la revista. Nos quedamos en silencio. Sospecho que para ambos esta conversación solo había servido para subrayar todo el contacto que habíamos perdido mientras seguíamos en la universidad. Damian no solo había abandonado la temporada, sino también mi vida, y no creo que me hubiera dado cuenta de hasta qué punto, antes de ese momento.

Le expliqué la razón de mi llamada.

—No lo sé. —No se le veía muy entusiasmado.

—Le dije a Candida que creía que estabas harto de nosotros.

—Siempre me cayó muy bien Candida. —Eso me sorprendió bastante. Nunca me fijé en su amistad en aquella época, pero también, ¿en qué me fijaba yo? Aunque no pude evitar pensar que si Candida hubiera sabido eso, le habría llamado directamente a él, sin molestarse conmigo. Volvió a hablar.

—De acuerdo. ¿Por qué no? Después de pagar mi fianza y comprar la ropa que necesito para empezar a trabajar, no me queda ni un penique, así que no voy a tener otras vacaciones este año.

—Exactamente lo que me pasa a mí. —Quizás me extrañó un poco que aceptara, pero también me alegró. Parecía que se nos ofrecía una oportunidad para que pudiéramos superar el final tan raro de nuestra amistad y poder ir por caminos separados, después del verano, más tranquilamente.

—¿Fuiste a la boda? —dijo.

Me estaba preguntando cuánto iba a tardar en sacarlo.

—Sí.

—Yo no.

—Ya lo sé.

—Me invitó. —Necesitaba que supiera que la elección de no ir había sido suya, no de ella.

—¿Has visto a la niña?

—Una vez. Es la viva imagen de Andrew.

—Qué afortunada. —Resopló con desprecio, intentando bromear con la pena que sentíamos los dos, pero que no podíamos admitir.

—Bien. Mándame el papeleo cuando lo tengas, y nos vemos a pleno sol. —La conversación se había acabado.

La villa, cuando llegamos, estaba en la playa, entre Estoril y Cascais. Me atreveré a decir que creo que ahora han construido más edificios, pero hace treinta y ocho

años solo había piedras bajo la terraza, que llevaban directamente a una amplia y gloriosa playa, y más allá, el mar. No podría haber sido mejor. La casa se construyó durante 1950, junto con otras dos o tres a lo largo de la costa, en esos días anteriores a que se planificara, y consistía en una gran habitación principal —no se puede llamar salón con todos esos muebles de mimbre— y un comedor que también servía de recibidor, y eso cubría toda la parte de delante, y las cocinas estaban detrás. Ahí casi no entrábamos, pues estaban llenas de ocupadas mujeres portuguesas que siempre parecían malhumoradas cuando aparecíamos. Los dormitorios estaban dispuestos en dos pisos, el primero y la planta baja, en un ala que se extendía desde el edificio en ángulo recto. Cada habitación tenía su propio baño y puertas acristaladas, las de arriba daban a un balcón con una escalera exterior, y las de abajo daban directamente a una balaustrada por encima del mar.

Nuestro anfitrión era un tipo muy simpático, John Dalrymple, un intelectual que después tendría un papel importante en el gobierno de la señora Thatcher, pero nunca supe exactamente qué. Dada su rectitud, era inverosímil que tuviera esa novia, una neurótica rubia americana que tenía un resfriado y se quejaba constantemente de que le dolía la garganta. Su nombre era Alicky, que supongo que venía de Alexandra, aunque no me lo confirmaron. La recuerdo mejor de lo que debería, porque fue la primera persona que conocí que estaba permanentemente histérica por los venenos que el gobierno echaba en nuestra comida y que el mundo entero iba a implosionar. En ese momento pensábamos que era una demente de tomo y lomo, pero, al recordarlo, supongo que de alguna manera estaba adelantándose a su tiempo. Fue ella quien decidió que, por razones de seguridad, las chicas dormirían arriba y los chicos en la planta de abajo, lo que nos daba la ventaja de tener esos ventanales que se abrían directamente a la terraza y a las maravillosas vistas del mar. Mi habitación, en el extremo, daba esa sensación familiar de limpio, con ese olor a mar, con su suelo de madera clara, con sus muebles de mimbre, las colchas blancas y las cortinas, lo que siempre te dice que es un lugar para pasar el verano. A veces me pregunto por qué los intentos de reproducir esta misma habitación de vuelta a Inglaterra son un fracaso. Probablemente porque no funciona con la luz del norte.

Había ido en el mismo avión que Candida, Dagmar y Lucy, pero al final, Damian no había venido con nosotros. Ya estaba allí, en su habitación, cuando nosotros llegamos, así que todos nos fuimos a cambiar, al igual que él. Los Tremayne estaban en París, y habían atravesado España en coche para continuar sus vacaciones sin gastar dinero. Ellos también se estaban recuperando en privado, lo que significaba que, hasta que todos nos reunimos en la terraza, una o dos horas después, las chicas con sus espléndidos colores veraniegos, yo con la escasa ropa informal que un inglés se puede poner en verano, la que siempre nos hace parecer que estamos deseando volver a ponernos un traje (y la mayoría lo estamos), no se reunió todo el grupo, y fue una manera muy agradable de empezar. John había previsto que nos dieran a todos una copa de champán, mientras explicaba el plan que había para la primera tarde, que

era que todo el mundo se montara en los coches y fuéramos a las ruinas moriscas de Sintra, un poco más adelante en la costa, y llevarnos la cena para tomarla allí al aire libre. Parecía muy apropiado para empezar.

Sintra es un lugar mágico, o lo era en aquel entonces. No he vuelto a ir. En algún momento del siglo XIX un rey de los Braganza, que no debía de estar muy cuerdo, había construido un gran castillo con torres en lo alto de la colina, lo que era más adecuado para el conde Drácula que para una monarquía constitucional, mientras que un poco más allá, haciendo el lugar todavía más especial y extraño y complementando los lujos a lo Disney del palacio real, había unas enormes ruinas de una fortaleza morisca, que se extendía de una colina a otra, que había sido abandonada al retirarse las hordas en la Edad Media. En esa noche de verano, ese par de monumentos erigidos en gloria de dos imperios olvidados recortaban sus perfiles de manera muy cinematográfica contra el cielo, mientras el sol se ponía por el oeste.

Lo que había podido adivinar desde que había llegado era que John Dalrymple se aburría muchísimo en su destino, aunque no podría decir si era por culpa de su trabajo, o más bien, de su elección de compañía romántica. De cualquier manera, estaba encantado de tener gente a la que entretener. Él y Candida parecían conocerse bastante, pero como amigos, no como amantes, y desde el primer momento de nuestra estancia estuvo claro que nada iba a suponer un problema. Había una mesa, más allá de los muros del castillo, entre unos árboles. ¿Olivos, quizás? En mi mente los visualizo esmirriados y retorcidos, aferrándose a la vida en ese suelo polvoriento. Habían colgado faroles entre las descarnadas ramas, y habían extendido alfombras y cojines, lo que hacía que todo eso pareciera la fiesta de un emperador árabe. Cogimos nuestras bebidas y caminamos por los alrededores de las ruinas, desde donde grandes rocas y pequeñas piedras habían rodado por el pasado. Los Tremayne estaban allí, un poco mejorados, pensé, desde que les había conocido, pues estaban a punto de empezar sendas carreras en el mundo de las finanzas, que les habían surgido de la nada gracias a los amigos de su padre, y estaban rondando atentamente a Dagmar. Lucy estaba hablando con Alicky y con John.

Un poco más allá, Damian caminaba del brazo con Candida. Cuando les eché un vistazo, comprobé con desazón que su aterradora manera de coquetear, a lo Gorgona, había vuelto a salir a la superficie. Él había hecho sin duda algún comentario inocente, y ella le contestó con una carcajada que era un rugido, que hizo que todo el mundo alzara la vista y la contemplara poner los ojos en blanco en lo que yo creo que ella pensaba que era un gesto insinuante y encantador. Como de costumbre, cuando hablábamos de este tipo de cosas, sus gustos la traicionaban.

Damian empezó a echar miradas reveladoras a cualquiera que se encontrara con sus ojos, buscando una ruta de salida. Aun así, todo parecía muy pacífico, como si estuviésemos todos en el momento adecuado, en el sitio correcto. Lo que resultaría bastante irónico para cuando nos fuéramos. En ese momento sonó un timbre, para anunciarnos que ya podíamos tomar el primer plato, así que nos dirigimos a la mesa

y, cargados con platos, vasos y el resto de la parafernalia, emprendimos el camino hacia los cojines. Lucy se dejó caer a mi lado.

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunté. No había oído mucho por parte de las chicas, y de ella nada en absoluto.

Hizo un gesto con la boca, y dejó de comer.

—Estoy ayudando a una amiga con una galería de arte en Fulham.

—¿Y qué exhibís?

—Oh, ya sabes. Cosas. —No me convencían mucho sus palabras de compromiso.

—Lo próximo que vamos a hacer es la presentación de un tipo polaco, cuyas fotos me dan toda la impresión de que ha colocado un lienzo al fondo de un garaje y le ha tirado directamente las latas de pintura, pero Corinne dice que es más complicado que eso, y que todo tiene que ver con la ira que siente hacia el comunismo.

Lucy se encogió levemente de hombros. Me di cuenta de que sus ropas eran un poco más bohemias que la última vez que la había visto, con una camisa navaja bajo un desgastado chaleco bordado y varias capas, o chales o estolas o algo, que le llegaban hasta los vaqueros, tapándolos, hasta que era difícil adivinar si llevaba pantalones o falda. Los dos, supongo.

—¿Y tú qué tal? —Le expliqué el deprimente trabajo que me esperaba.

—Creo que eres afortunado. Por saber lo que quieres hacer.

—No estoy seguro de que mi padre esté de acuerdo contigo.

—No, de verdad. Ojalá yo supiera qué es lo que quiero hacer. Pensé que podría viajar un poco, pero no sé. —Se estiró y bostezó.

—Todo es tanto lío.

—En general, depende de lo que quieras de la vida.

—Ahí está. No estoy segura. No quiero un marido aburrido yendo y viniendo de la ciudad, mientras yo doy cenas y voy a las afueras los viernes por la mañana para poder preparar la casa. —Lo dijo, tal y como suele hacerlo la gente cada vez que realiza este tipo de declaraciones, como si la baja opinión que tenía de la vida que estaba describiendo, fuese un *donné* absoluto entre la gente sensata, cuando la realidad es que para las mujeres como Lucy, vivir una vida muy diferente a esa es difícil. Pueden convertirla en una versión más bohemia, con macetas de hierbas colgando del techo de la cocina y las camas sin hacer y amigos artistas que se presentan sin avisar para pasar el fin de semana, pero la diferencia entre ellas y sus hermanas más formales, que van a recoger a sus invitados a los trenes que previamente han acordado, y que les hacen vestirse para la cena y acudir a la iglesia, es mínima, si te pones a pensarlo. Aparte de todo lo demás, los invitados de las dos siempre van a estar estrechamente ligados por la sangre. Pero Lucy no había acabado.

—Solo quiero hacer algo diferente, vivir de manera diferente y no dejar de hacerlo nunca. Supongo que sigo al presidente Mao. Quiero vivir en un estado de revolución permanente.

—Eso no es para mí. —Se nos había unido Dagmar, que se había acomodado en un cojín estampado que estaba cerca, y se cubrió las rodillas con una manta, antes de coger su comida. La noche estaba empezando a insinuarnos que no iba a continuar así de cálida siempre.

—De hecho, no estoy de acuerdo con esa descripción de Lucy, como un futuro que se debiera evitar. A mí no me importaría ir al campo para abrir la casa los viernes. Pero también quiero hacer algo en el mundo, por mí misma. Algo útil. No quiero ser solo una esposa, quiero ser una persona. —Esto es un indicador de que las filosofías de los sesenta habían empezado a tocar sus ritmos en los últimos años de la década, y que habían realizado su trabajo en la princesa de los Balcanes. Había cogido la clásica enfermedad de la época, la necesidad permanente de sentirse moralmente superior. Como filosofía de vida podía ser agotadora, como resultaría ser para la mayoría de nosotros, cuando cada estrella de telenovelas y cada presentador de informativos tuvieran que demostrar que todo lo que les importaba era el bienestar de los demás, pero en esa noche portuguesa yo no veía nada malo en todo ello.

—¿Qué? —dije fingiendo estupor—. ¿Una princesa de la casa de Ludinghausen-Anhalt-Zerbst con un trabajo de verdad?

Suspiró.

—Esa es la cuestión. Mi madre no quiere que trabaje, pero he empezado a hacer cosas para diversas obras de caridad, a lo que ni siquiera ella se puede oponer, y espero poder empezar desde ahí. Y cuando el Señor Adecuado se presente, suponiendo que lo haga, sé que no se opondrá a que mantenga mi propia identidad, porque si lo hace no me casaré con él. No quiero ser una esposa callada. —Había sido una debutante bastante silenciosa, así que me conmovió escucharla.

—Quiero sentirme... bueno, lo diré otra vez: útil. —Entonces me di cuenta, para asombro mío, de que mientras estaba describiendo este escenario tan moderno sus ojos estaban siguiendo a Damian. Vi que había conseguido desembarazarse de Candida al dejarla con nuestros anfitriones, John y Alicky, con lo que ella se había quedado atrapada por sus buenos modales, mientras que él se servía más comida de la mesa que estaba debajo de los árboles. Cuando terminó de colmar su plato, se dio la vuelta y examinó la compañía que había disponible, y en ese momento, tanto Dagmar como Lucy alzaron sus manos y le saludaron. Nos vio y se acercó, haciendo de nuestro grupo un cuarteto.

—Estábamos discutiendo nuestros futuros —dije—. Lucy quiere ser una salvaje, y Dagmar, una misionera. ¿Qué quieres tú?

—Yo solo quiero que mi vida sea perfecta —replicó, con total honestidad.

—¿Y qué la convertiría en perfecta? —preguntó Dagmar, con timidez.

Damian se lo pensó durante un minuto.

—Bueno. Vamos a ver. Lo primero de todo, dinero. Así que tengo planeado ganar mucho.

—Muy bien. —Esto fue el coro de todos nosotros, y lo decíamos de verdad.

—Después una mujer perfecta, que me ame tal como yo la amo, y juntos tendremos un hijo perfecto, y viviremos en lo más alto, y seremos la envidia de todos los que poseen sus ojos en nosotros.

—No pides mucho —dije.

—Quiero lo que se me debe. —Recuerdo bastante bien esta frase porque, aunque hay mucha gente que dice este tipo de cosas en broma, hay unos pocos que realmente parecen creérselo. En este caso, el tiempo le daría la razón.

—¿Qué es lo que hace perfecta a una mujer? —Otra vez Dagmar.

Damian se lo pensó.

—Belleza e inteligencia, por supuesto.

—¿Y linaje? —Me sorprendió que fuera Lucy quien preguntara eso.

Lo consideró.

—Linaje, en el sentido de que tenga estilo y gracia y sofisticación y conocimiento del mundo. Pero no se verá atrapada por su linaje. No se sentirá oprimida por él. No permitirá a sus padres, o a sus antepasados muertos, que dicten lo que diga o haga. Será libre, y si es necesario romperá con cada ser humano que haya amado antes y se mantendrá leal a mí.

—No sé lo que significa «leal» en ese contexto —musité. Pero nadie estaba interesado en mi duda.

Las dos chicas, que ahora podía ver que estaban compitiendo por el puesto vacante en la mente de Damian, por lo menos mientras durara esta conversación, meditaron sus palabras.

—Debería hacerlo, si le importas —dijo Lucy, lo que le dio la ventaja inmediata.

—Es difícil librarse de todo lo que tiene algún valor —contraatacó Dagmar, pero después titubeó.

—Es decir, si crees que tiene valor. —Damian pareció asentir, como si le diera permiso para continuar.

—Y es difícil echar de tu lado a la gente que quieres, la gente que se puede merecer tu amor. ¿Sería leal a sí misma tu mujer perfecta si se desprendiera de sus raíces por completo?

—Estoy pidiendo mucho —dijo pensativo. Al reflexionar su respuesta, Damian le estaba mostrando respeto a Dagmar, y por tanto Lucy perdió la iniciativa—. No estoy defendiendo mis peticiones, que pueden ser completamente irrazonables. Pero estoy diciendo que necesitaría saber que lo podría hacer si fuera necesario.

Entonces Dagmar dijo:

—Creo que podría si tuviera que hacerlo, pero estoy señalando que sería difícil.

—Nunca dije que no lo fuera.

Está claro que me perdí el significado oculto de todo esto porque, como ya sabemos, ignoraba por completo todo lo que había ocurrido en la temporada de hacía dos años, pero desde entonces me he enterado de que este diálogo fue el preámbulo de la última noche que Dagmar fantaseó con que ella podría ser la mujer de los

sueños de Damian. Espero que la disfrutara.

Los siguientes dos días paseamos, nos levantamos tarde, nadamos, comimos en una de las largas mesas que sacaron a la terraza, debajo de unas sombrillas, y fuimos a visitar el pueblo —haciendo, de hecho, lo que la gente como nosotros hace mejor: aprovecharnos del dinero de otras personas—. Pero entonces, el lunes siguiente, el 27 de julio para ser exactos, nos despertamos y escuchamos la asombrosa noticia de que Antonio de Oliveira Salazar, ex primer ministro de Portugal, y fundador de Estado Novo —que, junto con España, era el último estado fascista de la Europa occidental— había muerto por la noche, a la edad de ochenta y un años.

—Es increíble —dije, mientras el grupo empezaba a reunirse para desayunar en la terraza, cogiendo fruta de los montones donde los dejaban para nuestro deleite, echándose café en las tazas, mantequilla a las tostadas. Había pensado que el comunicado acallararía la mesa. No fue así.

—¿Por qué? —preguntó George Tremayne.

—Porque el último de los dictadores, de los que dieron forma a este medio siglo, de los que hicieron la guerra, de los que cambiaron el mundo, está muerto. Hitler, Stalin, Mussolini, Primo de Rivera...

—Franco todavía está vivo —dijo Richard Tremayne—. Así que ahora será el último en morir.

Por supuesto, tenía razón.

—En cualquier caso, es extraordinario que estemos en Portugal, a las afueras de Lisboa, justo cuando ha muerto. —No iba a rendirme tan fácilmente.

—Los periódicos dicen que le van a poner una capilla ardiente en la catedral de Lisboa unos cuantos días. Está claro que tenemos que ir y ponernos en fila.

—¿Para hacer qué? —dijo George.

—Para pasar por delante de su cuerpo. Este es un momento histórico.

Me volví hacia Damian buscando un poco de apoyo, pero se limitó a echarse un poco más de leche en sus cereales.

No estoy seguro de lo que esto nos dice de la batalla de los sexos, pero al final todas las chicas vinieron, y ningún otro hombre. Por supuesto, no tenían nada apropiado que ponerse, así que pidieron prestadas faldas negras y chales y *mantillas* a las furiosas mujeres de la cocina, pero vinieron todas, incluso Alicky, a pesar de sus continuas quejas, durante toda la peregrinación, acerca de su hinchada y dolorida garganta, de la cual ya habíamos oído todos demasiado, llegados a ese punto.

Dicho esto, la ventaja de tener a Alicky con nosotros fue que le habló muy severamente al conductor, una de las ventajas de John en el banco, que nos dejó en un lateral de la gran plaza delante de la catedral, diciéndole exactamente dónde nos tenía que esperar, y que no, no le podía decir más o menos cuánto íbamos a tardar. En las alargadas sombras del final de la tarde, ocupamos nuestros puestos en la fila infinita de hombres remoloneando y arrastrando los pies, y mujeres llorando. Aparte de todo lo demás, estaba impresionado, o intrigado, o algo, por la pena que mostraban. Me

había acostumbrado a pensar en Salazar como el último de los viejos caducos que habían precipitado a Europa en un torbellino sangriento, y aquí, sin embargo, había una amplia selección de portugueses, desde nobles hasta campesinos (y los últimos constituían la gente que más derecho tenía a quejarse de su mandato), todos llorando a plena luz porque ya no estaba. Supongo que siempre es difícil dejar de hacer algo a lo que estás acostumbrado.

—¿Candida? —La voz me atravesó como un cuchillo cortando beicon. La conocía tan bien como podía conocer la mía propia, sin necesidad de girarme, y no me podía creer que la estuviera oyendo, en esta antigua capital, al lado del mar, tan lejos de casa.

—¿Candida, qué estás haciendo aquí? —Con esto nos dimos la vuelta para saludar a Serena, mientras atravesaba la plaza, arrastrando en su estela a una acalorada lady Claremont y a la temida lady Belton. Se veía que los hombres de su grupo tampoco se interesaban mucho por la política. Viendo todas nuestras caras, Serena dejó escapar un breve grito.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡No me lo puedo creer! ¿Pero qué estáis haciendo todos aquí? —Entonces nos pusimos a explicárselo y resultó que, debido a una increíble coincidencia, sus propios padres habían alquilado una de las otras villas en la misma urbanización, y que habían invitado a los padres de Andrew, y que habían llegado el día anterior, y que se iban a quedar toda la semana siguiente, y... ¿acaso no era *asombroso*?

No hace falta que diga que, tal como salió todo, no fue asombroso. No fue asombroso en absoluto. Ni siquiera fue una coincidencia. Todo el plan, que no llegué a descubrir hasta un tiempo después, y solo porque me encontré con George Tremayne en unas carreras tres o cuatro veranos más tarde, lo había iniciado Serena, que quería volver a ver a Damian. Incluso cuando escuché la verdad de la boca de George, no entendí por qué (ahora sí), pero en cualquier caso era importante para ella. John le había estado pidiendo a Candida que le trajera un grupo de amigos, eso era cierto, y decidieron que si Candida podía conseguir que Damian se uniera al grupo, Serena y Andrew alquilarían una villa cercana, totalmente por casualidad. Estaba claro que Damian no vendría si Serena estaba en el grupo, ni iría Andrew si supiera que iba a estar Damian, así que el engaño era necesario, una vez que aceptabas el propósito. Donde se podía decir que se había estropeado el plan fue en el momento en que los padres de Serena, quizás sospechando algo, habían anunciado que les pagaban el viaje, y se unían a él. Andrew no permitió que Serena les dijera que no, porque iban a ahorrarse el dinero. El broche final vino cuando lady Belton sugirió que ella y su ignorante marido también iban a ir, y así «aprovecharían para conocer mejor a los Claremont». Nunca supe qué habría pasado si Damian hubiera dicho que no cuando se lo comenté. Supongo que todo se habría cancelado. En cualquier caso, en ese momento no sospeché nada. Pensé que el encuentro era una verdadera casualidad, que era un milagro del cielo que Serena Gresham —corrección, Serena *Summersby*—

estuviera de pie en una plaza del sur inundada por el sol, también vistiendo ropa negra prestada, que no era de su talla, y esperando a rendir homenaje a un tirano muerto a mi lado. Me permití preguntarle directamente.

—¿Qué tal estás? —le dije.

—Agotada y hecha polvo. Sigue mi consejo. Jamás te vayas de viaje con tus padres, tus suegros y tu hija de dos meses, todos juntos.

—Lo recordaré. —La miré. No había cambiado nada. Que mi chica dorada fuera ahora una esposa y una madre me parecía casi imposible de creer.

—¿Qué tal lo llevas todo?

Eché una ojeada a lady Belton, pero esa vieja trucha estaba muy ocupada haciendo un desplante a un turista que había intentado iniciar una conversación con ella, y estaba disfrutando como para fijarse en nosotros.

—Bastante bien. —Entonces, al darse cuenta de que su respuesta no había sonado como la voz del joven sueño del amor, sonrió.

—Mi vida ahora es terriblemente adulta. No te lo creerías. Me paso todo el tiempo hablando con fontaneros y asegurando las cosas, y preguntando a Andrew si ha hecho la declaración de impuestos.

—¿Pero eres feliz?

No necesitábamos mirarnos para saber que, con esta pregunta, me estaba sobrepasando.

—Por supuesto que sí —dijo.

—¿Dónde está Andrew?

Se encogió de hombros.

—En la villa. Dice que no le interesa la historia.

—Pero esto es historia que se está haciendo, en este mismo instante.

—¿Qué puedo decirte? No le interesa.

Ante la indignación de la gente que estaba detrás de nosotros, colamos a Serena, a su madre y a su suegra, y todos juntos subimos lentamente los escalones de la catedral. De allí pasamos al fresco y oscuro interior de la iglesia, donde los llantos se hacían más audibles e inquietantes, al resonar por las naves y los claustros. La pena siempre es pena, sin importar si el muerto se la merece o no. Por último pasamos por delante del ataúd. La cabeza estaba cubierta con una especie de bufanda, pero las manos, como las de una estatua de cera, estaban juntas como si rezara, descansando en el pecho del cadáver.

—Me pregunto cómo hacen eso —dijo Serena.

—¿Crees que le hacen algo especial?

Miré fijamente el cuerpo. Estaba vestido, como al parecer hacen con todos los dictadores cuando mueren, con un feo traje de tela bastante ligera, que parecía que había salido de la sastrería de enfrente.

—Lo que no puedo superar —susurré— es cómo en el momento que una persona está muerta parece que llevara muerta mil años. Como si nunca hubiera estado viva.

Serena asintió.

—Es suficiente para hacerte creer en Dios —dijo.

Una vez fuera, se ideó un plan. Los Claremont, los Belton y los Summersby irían a casa a cambiarse, y se vendrían a cenar con nosotros dentro de un par de horas, en nuestra villa. Con este agradable escenario en nuestras mentes, nos subimos a los coches que nos estaban esperando.

Creo que debo asumir una parte de la culpa de lo que sucedió después, pues por alguna razón que en retrospectiva parece completamente inexplicable, nunca le dije a Damian que nos habíamos encontrado con Serena. En mi defensa, diré que sabía muy poco, por no decir nada, de lo que después me he enterado que había pasado entre ellos. Sabía que se habían besado una vez y de verdad pensaba que eso había sido todo, pero incluso así, parece raro. No es que lo ocultara deliberadamente, pues cuando volvimos no vimos a Damian por ningún sitio. Lucy nos contó que no había dormido bien la noche anterior y que se había retirado a echarse una siesta para estar en plena forma a la hora de la cena.

—No le despertemos —dijo Dagmar con firmeza, y no lo hicimos. Está claro que debería haber ido a su habitación, haberle hecho abrir los ojos y contarle lo que sabía, pero no tenía ni idea de lo urgente que era, y supongo que imaginé que ya me encontraría con él antes de que llegaran los otros. Después, un poco más tarde, Lucy se ofreció a ir y contárselo, y había desaparecido antes de que pudiéramos hablarlo, y Dagmar se quedó mordiéndose los labios. En ese momento sospeché de las verdaderas intenciones de Lucy al dirigirse al dormitorio de Damian, pero no que no iba a mencionar nada del encuentro en la catedral, la cena de esa noche, o a Serena. Que fue exactamente lo que pasó.

Había otra sorpresa más preparada, en este día tan sorprendente —antes de la Gran Sorpresa de después, claro— con la que John nos saludó cuando volvimos.

—Ha llamado una amiga vuestra —nos dijo mientras salíamos a la terraza. Naturalmente yo, y supongo que el resto, pensamos que sería Serena, para cambiar algo del plan de esa noche. John nos sacó del error.

—¿Joanna de Yong? ¿Puede ser ese su nombre?

Candida se quedó atónita.

—¿Joanna de Yong? —dijo.

—¿Desde dónde llamaba?

—Desde aquí. Está alojada con su marido y con sus padres, muy cerca de aquí. Han llegado hoy. —Estaba sonriendo, como si nos trajera buenas noticias, pero nuestra reacción no era la que él se esperaba.

Nos miramos en medio de un silencio. ¿No era todo esto un poco raro? ¿Era Estoril el único destino posible para unas vacaciones? Eso se estaba convirtiendo en una obra de teatro rusa. Recuerdo claramente la extrañeza de todo ello, que más tarde quedó enterrada bajo el horror. Dagmar comentó en ese momento que era como si hubiéramos planeado una modesta reunión, y el Destino hubiera decidido

entrometerse y traer a escena a todos los que habían jugado un papel importante en esa época a la vez. En otras palabras, ella era tan inocente como yo acerca de lo que estaba pasando entre bambalinas. Finalmente, Lucy habló.

—¿Qué quería? —Nunca había sido muy partidaria de Joanna, la verdad es que menos que las otras.

John estaba claramente un poco desanimado por nuestra reacción ante la noticia.

—Solo veros. La he invitado a ella y a su marido a la cena. Espero haber hecho bien. Preguntó quién estaba y parecía que conocía todos los nombres, así que pensé que os haría ilusión. —Se detuvo, titubeando, temeroso de haber cometido un fallo.

—Por supuesto que nos hace ilusión —dijo Candida. Pero no mucha, y ahora sé por qué. La moralmente reprochable cena que había planeado para que Serena se reencontrara con Damian, ya se había tenido que alterar para acomodar a los padres y a los suegros de Serena, lo que no era lo ideal. Ahora estaba empezando a parecerse a un banquete de gala.

—Va a traer a sus padres —dijo John.

Lo que colmó el vaso.

—Jesús —dijo Lucy, y resumió el sentir de la mayoría.

Como ya os habréis imaginado, la llegada de los De Yong tampoco tuvo nada que ver con la casualidad, pero me enteré de este extraño giro de los acontecimientos mucho antes que el otro. Todavía me estaba cambiando cuando llamaron a mi puerta, y sin esperar a que diera permiso entró Joanna. Sin un saludo, sin una palabra, se tumbó en mi cama con un suspiro.

—No sé qué estamos haciendo todos aquí —dijo.

—¿Pasarlo bien? —No la había visto desde que se habían acabado los festejos de 1968, pero todavía era espectacular.

—Ya me gustaría. —Me miró y puso los ojos en blanco, mientras esperaba a que se explicara—. Mi madre ha planeado todo esto sin contar conmigo, ya sabes.

—Está claro que no lo sé. ¿De qué estás hablando?

—Llamé a Serena...

—¿Te sigues hablando con ella?

Captó mi sorpresa y sonrió.

—No todo el mundo me ha dejado de hablar.

—Claro que no.

Lo acogió con una mirada socarrona, adaptada para seguirle la corriente a los que iban un poco lentos.

—En cualquier caso, me dijo que se iba a Portugal con sus padres. Y que Candida también iba a estar aquí con algunos amigos, incluyéndote a ti y a Damian.

—¿De verdad? —Esto no encajaba con la escena que habíamos representado en las afueras de la catedral de Lisboa pero, antes de que tuviera tiempo de reflexionar, Joanna siguió. Lo más tonto es que ahora puedo recordar su frase con claridad, pero en ese momento se me debió de pasar, porque no sumé dos y dos y me dio cuatro.

—Por alguna estúpida razón sin explicar le conté todo esto a mi madre, y hete aquí que hace una semana me informa de que tiene una sorpresa para mí y que ha alquilado una villa en Estoril. Obviamente, le dije que era imposible.

—¿Pero?

—Pero hablé y hablé, y suspiré y me suplicó, y me preguntó que por qué la odiaba, y acaso no me había intentado ayudar desde que me había casado, y ahora habían pagado un dineral por la villa porque se habían saltado las reservas que había y todo lo demás, y me rendí. —Estaba bebiendo de una botella de Coca-Cola, del viejo modelo de cristal, bastante bonito, y le dio un trago largo y perezoso.

—Me alegro de que lo hicieras. Es agradable verte.

Se encogió de hombros.

—Se cree que me aburro con Kieran. Se cree que puede alejarme de él, usándoos a todos vosotros como cebo. Estáis aquí para recordarme toda la diversión que me estoy perdiendo. Por esa razón nos ha traído. Incluso me ha preguntado si me iba a alegrar de volver a ver a Damian. —Eché hacia atrás la cabeza y se rio.

—Damian. Hace dos años se quería suicidar porque pensaba que iba en serio con él.

Y con todo eso fui incapaz de hilar la información: Serena sabía que Damian iba a venir. ¿Cuál era mi problema?

—Pobre Kieran —dije. De hecho ya había conocido a Kieran de Yong, pues unas semanas después de la sensacional fuga hubo un cóctel en el Dorchester para los recién casados, en un intento por parte de Valerie Langley de normalizar la situación. Admito que no me cayó muy bien en aquel entonces. Pero era joven, y además, no recuerdo haber pensado mal de Joanna por su elección. Después de todo, para gustos, los colores.

—¿Qué tal el matrimonio?

—Está bien —dijo. Pero después de una pausa—: Va poco a poco. —Lo que era contarme demasiado. No dije nada.

—¿Has visto ya a Damian?

Negó con la cabeza.

—Todavía está en su habitación. Hemos llegado demasiado pronto. La impaciencia de mi madre no nos ha dejado esperar. Este es el mundo que siempre ha querido para mí, y se cree que Kieran es la razón por la que lo he abandonado. Si hago caso a sus palabras, me estoy hundiendo. Socialmente. Quiere rescatarme. Quiere que me divorcie tan pronto como pueda.

—No puedes decirlo en serio. —Es difícil explicar lo descabellado que era esto en 1970. Incluso diez años después, hubiera seguido siendo perfectamente válido.

—Oh, lo digo en serio. Piensa que si dejo a Kieran ahora todo el mundo se olvidará de él. No hemos tenido hijos todavía, a pesar de hacerlo como conejos. —Se detuvo al comprobar que me había quedado estupefacto. Es extraño pensar que uno podía reaccionar así cuando esas frases las decía una mujer, pero nos pasaba a

muchos. Tras haber respondido a mi sonrojo ruborizándose ella también, continuó—: La razón que da es que si puede conseguir liberarme no tendré equipaje que no se pueda esconder bajo la identidad de mi segundo marido, quienquiera que sea.

—¿Y se contentaría con Damian?

—Después de Kieran, se contentaría con un chino que pasara por la calle y que fuera propietario de una lavandería.

Sonreí. Aunque para ser sinceros, me impresionaba bastante el compromiso de Valerie Langley. Sabía que en circunstancias similares mis propios padres se habrían encogido de hombros y limitado a suspirar, y de vez en cuando habrían permitido que los *antiguos* amigos les expresaran su lástima, pero a ninguno de los dos se les habría ocurrido nunca *hacer* algo al respecto. No era como si aprobara el plan. Joanna había pronunciado sus votos, después de todo, y en aquellos días significaba mucho más que ahora. Pero, con todo, no hizo que sus padres me cayeran mal.

—¿Y qué dice tu padre de todo esto?

—Kieran le cae bastante bien, pero a él no le han consultado.

—¿Y Kieran está aquí?

Asintió.

—Y sabe perfectamente lo que ella está intentando hacer.

—Vaya. —Por supuesto, no habíamos llegado al núcleo del asunto.

—¿Y te vas a permitir abandonarle?

Se pensó la pregunta, pero no creo que tuviera ninguna duda.

—No —dijo—. No le voy a dar a ella esa satisfacción.

Kieran de Yong fue la primera persona que vi cuando al final bajé a unirme a la fiesta. Habría sido difícil no fijarme. Su pelo estaba teñido de un matiz especialmente furioso de rubio rojizo, y llevaba vaqueros ajustados bajo una especie de chaqueta militar, que parecía haber sido alguna vez de un oficial de la guardia, pero los puños estaban remetidos para enseñar el forro de seda color rosa. Llevaba una camisa estampada, abierta por el cuello, que dejaba ver dos o tres gruesas cadenas. El efecto en general no era tan espantoso como patético y dado lo que acababa de oír, sentí mucha pena por él.

—¿Conoces algo de Portugal? —pregunté, intentando que sonara como si estuviera interesado en la respuesta.

Sacudió la cabeza.

—No.

Lucy se había unido a nosotros y ella lo intentó después.

—¿Dónde estáis viviendo Joanna y tú ahora?

—Pimlico.

Los dos estábamos bastante desconcertados, pues era obvio que no nos podíamos quedar ahí y seguirle haciendo preguntas, para recibir respuestas de solo una palabra, durante toda la tarde. Pero entonces dijo algo que indicaba que era un poco menos tonto de lo que habíamos supuesto todos:

—Sé de lo que va todo esto. Ella piensa que no, pero sí. Y no me voy a ir.

Por supuesto, Lucy no tenía ni idea de lo que significaba todo esto, pero yo sí, y tuve que reconocer su valor al presentarse ahí. Fue la decisión de un hombre valiente. No podía señalarlo sin meterme en un lío, pero sonreí y le rellené el vaso, e intenté que quedara claro que yo no era el enemigo.

Todavía no había señal alguna de Damian. Me di cuenta de que sus ventanas todavía permanecían cerradas al oír el trajín de los coches que llegaban, seguido de voces y las puertas abriéndose y cerrándose, y todo el grupo de los Claremont-Belton salió a la terraza. Serena había traído a la niña y hubo un cierto jaleo al acomodarla. Sugerí que pusieran la cuna en mi habitación, pues daba directamente a la terraza donde estábamos comiendo, y fue considerada una buena idea. Me entristeció ver que el bebé, Mary, todavía era la viva imagen de Andrew. No solo parecía que esto le fuera a traer mala suerte, también daba pie a dolorosas imágenes en mi mente semiconsciente.

Para marcar distancia de todas estas «cosas de mujeres», lord Claremont me saludó, a su manera vaga y jovial. Creo que se sentía aliviado al ver una cara familiar y también por haber escapado de la selecta compañía de sus consuegros, que adiviné de inmediato que no eran su tipo, a pesar de que habían favorecido esa boda. Empezó a caminar hacia mí, pero Joanna y Lucy le tentaron con un poco de coqueteo por encima de la sangría, o como se llamara su equivalente portugués. Los Belton se quedaron juntos, mirando al mar, ella demasiado difícil y él demasiado cansado como para hablar con nadie. Lady Claremont sí se me terminó acercando.

—¿Cómo estás? —sonrió. Se lo dije.

—Así que te estás forjando una carrera artística. Qué emocionante.

—Mis padres tampoco lo aprueban.

Eso hizo que se riera.

—No es eso. Me gusta bastante la idea. Es solo que parece tan terriblemente impredecible. Pero si no te importa pasarte unos cuantos años muriéndote de hambre en una buhardilla estoy segura de que es lo que tienes que hacer. Uno siempre debe intentar seguir los deseos de su corazón.

—Estoy de acuerdo. Y hay cosas peores que pasar hambre en una buhardilla.

Por pura casualidad, mientras decía eso, mis ojos se habían posado en Serena, que estaba hablando con Candida en la balaustrada. Esto era porque de verdad que no encontraba nada más satisfactorio para mi vista, pero pude darme cuenta de que lady Claremont se lo estaba tomando como una crítica ante la elección de Serena, por la que se sentía doblemente responsable, como era de esperar. Su rostro se endureció mientras me miraba y su sonrisa se volvió un poco más tensa.

—Debes ir a visitar a Serena y a Andrew. Tienen un paisaje de lo *más* maravilloso, una granja encantadora en el límite del condado. Serena se está preparando para decorarla, lo que le hace mucha ilusión, y se puede ir caminando al pueblo. Es ideal. ¿Conoces Dorset?

—No realmente. Solía ir a Lulworth cuando era pequeño.

—Es un lugar *tan* bonito, idílico de verdad, y todavía un secreto para la gente de fuera. Tiene demasiada suerte para expresarlo con palabras.

—Me alegro —dije. Era importante para mí que lady Claremont supiera que no iba a suponer ningún problema—. Le tengo mucho cariño a Serena.

Se volvió a reír otra vez, más fácilmente, aliviada de haber sobrepasado el terreno pantanoso.

—Ay, querido —dijo—. Todos sabemos eso.

Fue entonces cuando oí que las puertas se abrían detrás de mí, y me di la vuelta para encontrarme con Damian, con la habitación a oscuras que tenía de fondo destacándole. Estaba completamente inmóvil, pero no necesitaba que me dijeran adónde estaba dirigiendo su mirada. Otros también se habían dado cuenta. Incluyendo a lord Claremont, cuyo entrecejo se había fruncido. Si tenía alguna sospecha de lo que iba todo esto, acababa de confirmar lo peor. Dirigió una mirada a su esposa y me di cuenta de que le hizo un leve, casi indistinguible, gesto con la cabeza. El silencio inmóvil de Damian había empezado a resultar un poco incómodo, así que me acerqué a él.

—¿No es extraordinario? —dije—. Los padres de Serena han alquilado la villa de al lado. Nos hemos encontrado esta tarde en las afueras de la catedral. ¿A que es raro? Deberías haber venido.

—Está claro —dijo Damian, que seguía completamente quieto.

Señalé a Joanna y brevemente expliqué la segunda coincidencia. Sonrió.

—Oh, valiente mundo nuevo, que alberga tales maravillas en él —dijo. Pero todavía no se adentraba en la terraza, ni se movía en lo más mínimo. Mientras tanto, Serena había estado observando, esperando, supongo, a que él diera el primer paso, pero, si era así, estaba claro que le iba a decepcionar, así que decidió que había llegado la hora de registrar oficialmente su presencia. Admiré su manera de hacerlo. Una vida de continuo engaño emocional a veces tiene su utilidad.

—Damian —dijo—. Qué alegría. ¿Qué tal estás? —Andrew la había seguido a través de la terraza, y ahora se había quedado quieto, casi amenazante, mientras se quedaba mirando al hombre que, después de todo, le había derribado delante de todos en el baile de Dagmar. Ella, Dagmar, quizás recordando el mismo incidente con un poco de vergüenza, dejó su conversación para acercarse.

—Recuerdas a Andrew —dijo Serena, como si todo esto estuviera ocurriendo en una calle cualquiera de una ciudad cualquiera.

—Sí —dijo Damian—. Le recuerdo.

—Y yo te recuerdo a ti —dijo Andrew.

Creo que la idea que pasó por varias mentes en ese segundo fue que estábamos a punto de presenciar una revancha, pero Candida, notando el peligro, se acercó y dio palmas.

—Vamos a dar un paseo antes de la cena. Hay un camino a través de las piedras,

que va directamente a la playa. ¿Os apetece? —Y antes de que Serena pudiera decirlo —: Tu suegra dice que ella se queda aquí y cuida del bebé. —Tras ella, lady Belton se había apalancado en una silla, con la expresión de uno de los acusados en el juicio de Núremberg escuchando su sentencia.

Esto parecía una solución y nadie objetó, así que nos separamos en grupos y seguimos a Candida, que había enlazado a su tío, lord Claremont, como su guía personal. No opuso mucha resistencia y se colocó a su lado, después de rellenar su vaso para llevárselo consigo. Paseamos un poco por la arena y debo decir que eran unas vistas maravillosas, el amplio mar azul, brillando y centelleando en la transparente luz de la tarde. Nos entretuvimos, escuchando las olas durante un rato, pero cuando nos pusimos en marcha para pasear por la playa, me di cuenta, ligeramente desolado —¿pero por qué? Ella era una mujer casada, y no era nada mío —, de que Serena y Damian se habían rezagado del grupo. Con su maravilloso instinto para evitar los problemas, lady Claremont también se había fijado, y se fue directamente hacia su yerno, y enlazó el brazo con el suyo, e inició, aparentemente, una intensa conversación con él, a saber de qué —¿de qué podía hablar alguien cuando quería atraer la atención de Andrew Summersby?—, mientras le arrastraba a la playa junto a ella. Pero podía ver a su marido observando a su hija y a Damian al final de todos los demás, y no era difícil adivinar que la visión le estaba molestando cada vez más.

Joanna se me había unido, y ahora me susurró:

—¿Crees que vamos a ver volar chispas?

—Sinceramente, espero que no.

—Mi madre está furiosa. Pensó que iba a tener a Damian para mí sola, pero está bastante claro que no le podría importar menos si estoy viva o muerta. No cuando Serena está por aquí. —Por supuesto, en ese momento pensé que estaba exagerando. Eso demuestra lo lento que era yo.

Llegados a ese momento, Andrew se alejó de su suegra. Dirigió una mirada airada a la pareja, que ahora estaba bastante alejada de nosotros, pero Lucy fue en su ayuda. Creo que todos, en una especie de acuerdo silencioso, estábamos intentando evitar un choque. Andrew había dejado a lady Claremont caminando sola y pude oír a Pel Claremont dirigirse a su esposa.

—¿Has visto quién es?

—Por supuesto.

—¿Sabías que estaba aquí?

—Claro que no.

—¿De qué le está hablando?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Por Cristo, si está intentando algo...

—Si dices aunque sea una sola palabra, solo vas a empeorar las cosas. Quiero que me lo prometas. No vas a decir nada que incite a una pelea, ni una palabra, antes de

que reposes la cabeza en la almohada.

Lady Claremont siseó la frase «ni una sola palabra» como una gran y enfurecida serpiente, y fue fácil comprender que lo decía en serio, pero si consiguió lo que buscaba eso ya no lo sé, pues tuve que poner el oído para escuchar esos diálogos susurrados, y la respuesta de su marido se perdió con el sonido del mar. Sin conocer todos los hechos, no entendía su hostilidad hacia Damian. Me volví hacia Joanna, a mi izquierda.

—¿Has oído todo eso? ¿De qué iba?

Pero negó con la cabeza.

—No estaba escuchando —dijo.

Me di cuenta de que Dagmar se nos había unido por el otro lado.

—¿Y tú? —le pregunté, pero ella también se lo había perdido. De hecho, parecía bastante callada esa noche y excepcionalmente pensativa. La miré, alzando las cejas como para preguntárselo, pero solo sacudió la cabeza y me ofreció una triste sonrisa.

—Nada. Me estoy planteando el resto de mi vida.

—Cielos.

Esperó hasta que Joanna se retrasó para caminar con George Tremayne.

—Tú lo empezaste, ayer por la noche —dijo—. Damian y tú. —Con su temblorosa boca parecía más patética que nunca—. Todo lo que quiero es un buen hombre, y que me ame. Suena trágico, pero eso es todo. No me importa cómo viva, de verdad, siempre que no sea en una chabola. Solo quiero un hombre agradable, que me ame y me trate con respeto.

—Llegará —dije. Qué optimista sin remedio se es cuando eres joven, pero ni siquiera yo podía adivinar hasta qué punto se le denegaría su petición de un futuro tolerable.

Dagmar asintió, suspirando con suavidad. No entendí la melancolía que se había apoderado de ella, pero, por supuesto, ahora sí. La noche anterior, después de su última cita, Damian le había dicho que nunca le tendría, que nunca sería capaz de tener al que amaba por encima de todos. Cualquiera que haya pasado por un rechazo similar se compadecerá de ella. Por último, me ofreció una sonrisa nostálgica.

—Quizás. Qué será, será.

—Bueno, no hay duda de que todo saldrá a la perfección.

—Pues yo sí lo dudo —dijo.

Por último, Candida, sintiendo o rezando por que el peligro hubiera pasado, nos hizo volver, y lentamente emprendimos el regreso hacia la villa. Estaba cayendo la tarde, y las criadas habían colocado velas por toda la mesa y encendido las lámparas, que reflejaban sus luces contra las paredes de la casa, así que parecía que estábamos ascendiendo por el camino de entre las rocas hacia un palacio de cuento de hadas, construido con joyas.

Empezamos bastante pacíficamente. El primer plato era una versión portuguesa de la ensalada tricolor, con aceitunas añadidas, para que no faltara. No me acuerdo de

cuál era el nombre del plato, pero estaba delicioso, y comimos cuanto quisimos, lo que estuvo muy bien, pues al final nos tuvo que durar hasta la mañana siguiente. El problema empezó cuando llegó el primer plato, una especie de guiso de pescado, que tenía muy buena pinta y olía muy bien, aunque nunca llegué a probarlo, que trajeron las enfadadas mujeres de la cocina. No nos lo sirvieron, sino que pusieron tres grandes cuencos de porcelana, llenos de comida hirviendo, repartidos por toda la mesa, dejando que nos lo echáramos nosotros. Mientras tanto, y quizás sin poderlo evitar, lord Claremont había estado pimplando desde que había llegado. Para ser justos con él, y teniendo en cuenta otra vez que yo no sabía nada, estaba furioso por haberse encontrado con Damian en esta casa, a la que, tal como él lo veía, su esposa y él habían venido engañados. Una vez allí, y al ver a ese sinvergüenza, lo que ya de por sí era malo, además se encontró sentado al lado de una mujer muy vulgar a la que no conocía y que intentaba entablar una conversación acerca de cosas y gente de la que él no había oído hablar nunca. Por otro lado, Valerie Langley estaba emocionada por su *ubicación*, puesto que uno de sus principales objetivos al venir desde Inglaterra había sido reservarse a los Claremont para sí y para su hija, y no se daba cuenta de que no estaba funcionando.

Para contar las cosas en orden, para llegar al núcleo de la explosión, uno debe tener en cuenta que Pel Claremont pensaba que Damian Baxter era un mentiroso y un bellaco, que había intentado seducir a Serena para casarse con ella y arruinarle la vida, todo para fomentar sus propios intereses, rastreros y de baja estofa. Esta no era mi interpretación de las cosas, en absoluto, pero era la suya, y no entendía por qué se tenía que sentar a cenar con el autor de sus infortunios. La cruda realidad es que ni Serena ni Candida habían pensado eso a fondo. Todo esto estaba tan condenado al fracaso como su plan original de que llevar a Damian a Gresham convencería a sus padres. Obviamente, una vez que los Claremont se hubieron autoinvitado a estas vacaciones, Candida debería haberlo cancelado, o por lo menos haber ideado un plan totalmente diferente para que Serena y Damian se pudieran encontrar porque, dada mi nueva capacidad de entender toda la situación, creo que Serena era incapaz de rechazar una oportunidad de verle si se la ofrecían. Desgraciadamente.

Damian estaba en silencio cuando regresamos del paseo, y había estado francamente monosilábico desde entonces. Vi que Serena intentaba sentarse junto a él, pero él se colocó, con toda la intención, en otra silla vacía, donde los asientos de al lado ya estaban ocupados por Candida y por lady Claremont, que puede que se sorprendiera un poco cuando la escogió de vecina, pero se contuvo. Después de eso, Damian solo habló con Candida, y por supuesto, todo el mundo habría salido ganando si se hubiera limitado a eso, pero lady Claremont se regía por ciertas normas, y una de ellas era que en la cena, cuando llegaba un plato nuevo, te ponías a hablar con la persona que estaba a tu otro lado. De acuerdo con eso, dejó a George Tremayne en las manos de Dagmar, y se volvió hacia Damian.

—Bueno, ¿y qué estás haciendo ahora? —preguntó amablemente—. ¿Has hecho

planes para el futuro?

Damian se la quedó mirando, lo suficiente para que nos diéramos cuenta de su deliberada insolencia.

—¿De verdad lo quiere saber? —dijo.

Ahora bien, yo fui testigo, y eso fue muy injusto. En aquel momento fue muy desconcertante para el resto, porque no nos podíamos imaginar qué había hecho lady Claremont para merecer eso, pero incluso si acepto que ella hubiera sido cómplice en destrozarle la vida, sigo sin pensar que fuera justo. En este contexto, ella solo estaba intentando llegar al final de la cena. Intentando que Candida o John o Alicky pensaran que la tarde había sido un éxito. ¿Qué había de malo en ello?

Respiró hondo y asintió.

—Sí —dijo, con tanta firmeza como pudo—. Me interesa mucho saber lo que les espera a todos los amigos de Serena. —Sinceramente, estoy seguro de que lo decía de la manera más amistosa posible. Es cierto que no quería que Damian se casara con su hija, pero no creo que le deseara ningún mal. Eso puede que se aplicara a su marido, pero no a ella. Por un instante, Damian pareció ligeramente avergonzado. Pareció recobrase y abrió la boca para decir algo, supongo que iba a hablar del banco o algo así.

Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, lord Claremont le interrumpió.

—Bueno —dijo, mientras se inclinaba para coger una botella de tinto que requería que se estirara por la mitad de la mesa—, de algún modo, sí nos interesa. Pero solo para asegurarnos de que ninguno de tus planes tiene nada que ver con nosotros.

El efecto fue instantáneo. Todas las conversaciones murieron. Lady Claremont cerró lentamente los ojos y los mantuvo cerrados contra la marea que sabía que se avecinaba. John y Alicky no se podían explicar por qué sus invitados eran tan groseros los unos con los otros. Los Langley parecían atónitos, al igual que el grupo más joven, incluyéndome a mí, mientras que lady Belton tenía su expresión habitual de desdén furioso. En silencio, lord Belton bebió un gran trago de vino.

—Y no lo hacen —dijo Damian con facilidad—. A ver qué le hace pensar que iba a cometer un error de esa magnitud dos veces.

—¡Parad esto! —De repente Serena estaba más enfadada que nunca—. ¡Parad esto ahora mismo! —Sus ojos ardían de indignación, pero por supuesto, ya era muy tarde.

Lord Claremont la acalló con un gesto de la mano, después miró a su contrincante a los ojos y bebió otro sorbo. A continuación, lentamente y con estilo, dejó el vaso y sonrió antes de hablar. La verdad es que su languidez no fue capaz de disimular que estaba muy borracho.

—Bueno, mira, mierdecilla.

Esto hizo que la mitad de la mesa se sobresaltara, y todos se removieron, inquietos como ratones. Lady Claremont dejó escapar un gemido ronco, que sonaba

como «Oh, no» pero que podía haber sido simplemente un quejido, mientras se inclinaba levantando una mano, y Valerie Langley gritaba «¿Qué?» a nadie en particular.

Pero para entonces, Damian ya estaba de pie.

—No —dijo—. Mira *tú*, pomposo, ridículo, aburrido, idiota, sosaina, presuntuoso, ridículo *bufón*. —Siete adjetivos empleados en esta frase y me quedé fascinado por ellos, porque no me podía imaginar que esas siete palabras pudieran cambiar una vida. Cuando Damian se había levantado, todavía era una anécdota, que unas cuantas disculpas y un «vamos a tomarnos un trago, muchacho» podrían haber arreglado. Para cuando hubo terminado su discurso, menos de un minuto después, había salido de ese mundo para siempre, sin posibilidad de retorno. Las puertas de los salones de toda Inglaterra en 1970 se cerraron para él, y el aire estaba lleno de humo, pues estaba quemando sus puentes.

Lord Claremont parecía estupefacto, como si le hubiera atropellado un coche y no estuviera seguro de hasta qué punto estaba herido.

—¿Cómo te atreves...? —empezó a decir.

Pero Damian no iba a soportar nada de eso. Ya habíamos sobrepasado ese punto, para entonces.

—¿Que cómo me atrevo? ¿*Que cómo me atrevo?* ¿Pero *quién* se cree que es? ¿Qué clase de locura le da derecho a hablarme de esa manera, *estúpido viejo?*

Esto fue bastante curioso porque, para la mayoría de los que estábamos presentes, esas palabras las habríamos podido pronunciar sin problema alguno, de no ser por el insulto final de lord Claremont hacia Damian, así que el cambio de dirección nos produjo una sensación muy rara. Podemos estar absolutamente seguros de que, en los cincuenta y ocho años que tenía lord Claremont, nunca nadie se había dirigido a él de un modo que se le pudiera ni asemejar. Como todos los aristócratas ricos en la faz de la tierra, no tenía un concepto real de sus propias habilidades, pues se le había alabado por talentos que no poseía desde que era pequeño, y no es de extrañar que no pusiera en duda lo que todos los aduladores le decían desde hacía casi medio siglo. No era lo suficientemente listo para entender que le estaban diciendo bobadas, y que en un mercado normal no habría tenido nada que ofrecer. Fue un impacto, un choque espantoso para él, sentir que más que un modelo universal de dignidad y elegancia, en realidad era un estúpido.

En este punto, imprudentemente, lady Belton decidió que había llegado la hora de intervenir.

—Tú, desgraciado. —Habló en voz alta, dirigiéndose a Damian, y también a todos los demás, dejando clara su postura, pero de manera tan imperiosa que parecía más adecuada para una pantomima que para una discusión real. Supongo que ella pensaba que le añadía dignidad, pero más bien parecía Marie Dressler en *Cena a las ocho*—. Detente en este preciso instante —gorjeó—, ¡y discúlpate con lord Claremont!

Damian se dio la vuelta y, en un abrir y cerrar de ojos, para nuestro horror, cogió el cuchillo de cortar el pan de la mesa. Era un cuchillo grande de cocina, que habría podido usar un carnicero, y que ciertamente podía ser letal. Todo el episodio se estaba convirtiendo en una pesadilla, y ninguno de nosotros se veía capaz de controlarlo. Por favor, que no se me entienda mal. Estoy perfectamente seguro de que no le habría hecho daño a nadie, que no era esa su intención. No estábamos en peligro. Pero sabía cómo jugar con él, girándolo para matizar sus palabras y sus movimientos, para provocar estremecimientos. En eso acertó de pleno. Si antes estábamos quietos, ahora estábamos paralizados.

Tranquila y calmadamente Damian se acercó a lady Belton. Al verle, agarró los brazos de la silla y se echó hacia atrás. Esa fue la única vez que sentí algo de pena por ella.

—Tú, patética vieja bruja, tú, espantapájaros, tú, monstruo, ¿qué tiene esto que ver contigo? —Esperó una respuesta, como si esa fuese una pregunta razonable. Ella miró el cuchillo, y no dijo nada—. Tú, loca llena de arrugas, con tu esnobismo demente y tus espantosos vestidos y tu todavía más espantosa seudomoralidad. — Ahora estaba a la misma altura que ella y se detuvo, inclinándose un poco, como para ver mejor al triste objeto de su curiosidad—. ¿Qué pasa contigo? Espera un momento. Ya lo recuerdo. —Se llevó el cuchillo al labio inferior, como si lidiara con un problema espinoso.

—¿No era tu padre un indeseable? ¿O era tu madre? —Otra vez, se detuvo como si ella fuera a contestar y confirmar su diagnóstico de una manera o de otra. En vez de eso, se le quedó mirando, con un brillo de miedo tras su prepotencia. Debo decir que esto fue un golpe brillante, una verdadera estocada por debajo de las costillas. La verdad es que la madre de lady Belton no había sido *tellement grand chose*, pero ella pensaba que nadie lo sabía. Como muchas otras personas en su posición, creía que como nadie le decía lo que de verdad pensaba, literalmente, no tenían ni idea de las cosas que ella deseaba mantener escondidas. Pero sí lo sabíamos. Lo sabíamos todos, que su madre se había casado para ascender socialmente, y que su noble esposo la había abandonado con una niña, y que se había ido en busca de prados más verdes, y que nunca volvió. Sin duda, todo esto explicaba el extremado esnobismo de lady Belton.

—No se preocupe —dijo Damian—. Nadie sabrá que es usted una perra mestiza. Solo que es una imbécil, bravucona y ridícula. —Ella le escuchó, pero siguió sin decir nada. Parecía estar respirando pesadamente, como después de una carrera; sus mejillas palpitaban y estaban más rojas que al empezar. Me pregunté si estaba a punto de sufrir un infarto.

No podía dejarle continuar. Por muy pomposo que fuese lord Claremont, por muy demente que estuviera lady Belton, esto no era ningún juego. Me puse en pie.

—Vamos, Damian, ya es suficiente —dije. Pude oír un suspiro de alivio por parte de todo el grupo, como si yo hubiera puesto los límites y estuviéramos regresando a

la cordura. No iba a poder ser.

Damian se dio la vuelta. Cara a cara con él, por fin entendí que su ira le había vuelto loco. Temporalmente, a lo mejor, pero loco. No podía ser muy diferente del viajero que se encuentra en un bosque y de repente vislumbra un lobo dirigiéndose hacia él. Vi cómo agarraba su arma y tuve miedo. Lo admito. Tuve miedo.

—¿Qué? ¿Es tu turno ahora de decirme que me calle? —se burló—. Tú, pequeño y triste don nadie. Tú, basura. Tú, roñoso. Tú, cobarde.

—Damian, por el amor de Dios, es tu *amigo*. —Esto llegó de parte de Dagmar. Me conmovió que de todos ellos fuera la única que tratara de defenderme de esta carnicería. A lo mejor Serena lo hubiese hecho, pero una ojeada me dijo que estaba en su propio infierno privado.

Damian miró primero a Dagmar y después a todos los demás.

—¿Qué? ¿Crees que es mi amigo? ¿Crees que es tu amigo? No es vuestro amigo. —Movié la cabeza, y seguía paseando a lo largo de la mesa como una pantera armada. Pude ver a dos de las criadas en las sombras, observando, pero nadie en la mesa se movió. Habían visto cómo había tratado a lady Belton, y no tenían ningún deseo de ser el siguiente.

—Os desprecia. ¿Cree que le encuentra divertido? —Le dirigió la pregunta a lord Claremont.

—¿O elegante? —Esperó una respuesta, en vano, de lady Claremont.

—¿O interesantes? —Se dirigió a toda la mesa.

—Piensa que sois estúpidos y aburridos, pero le gusta vuestra vida. Le gustan vuestras casas. Le gustan vuestros títulos. Le gusta su patético engreimiento, que saca de saber que la gente sabe de qué os conoce. —Remarcó los «sabe», de modo que parecía más una canción que una frase.

—Le gusta ir detrás de vosotros y besaros el culo, y presumir cuando llega a casa. Pero no penséis que le gustáis.

Mientras pasaba todo esto, Serena estaba completamente inmóvil, con la cabeza inclinada, y ahora podía ver que estaba llorando. Una cascada de lágrimas le resbalaba de los ojos, dejando rastros oscuros de máscara de pestañas en sus mejillas, viajando en dirección sur.

—¿Y tú crees que está enamorado de ti, verdad? —Estaba a su lado ahora y ella le miró, pero no contestó.

—Tu pequeño pretendiente, que se queda a tu vera a las duras y a las maduras, y te ríes de él. —Ella había empezado a protestar, pero la silenció con un gesto de la mano.

—Te ríes de él, te has reído de él conmigo, pero le toleras porque te ama, y crees que es muy dulce. —Serena me miró. Creo que estaba moviendo la cabeza para alejarse de lo que él estaba diciendo, pero yo ya estaba en otra parte, frío, entumecido, solitario, donde intentaba esconderme, pero fracasaba al intentarlo.

—No te ama a ti. Ama lo que eres, ama de lo que puede presumir, ama tu nombre,

tu dinero. —Se detuvo para coger aliento, para estar preparado para el golpe final.

—Deberíais oír lo que dice de vosotros cuando estamos a solas. Es solo un adulator más, un trepa, arrastrándose como el gusano que es, babeando por entrar en vuestras vidas.

Lord Claremont probablemente habló por el resto, cuando dejó escapar un disgusto «¡por el amor de Dios!». Damian había escogido bien el tipo de mierda que me iba a echar encima, para que durara.

No había terminado con Serena.

—Idiota. Tonta. —Habló con un desdén sin diluir, que hizo que la gente se estremeciera.

—Podrías haber escapado. Podrías haber tenido una vida. Y en vez de eso, escogiste pasar el resto de tus días con este... *¡zopenco!* —Golpeó el hombro de Andrew al pasar.

—¡Con este *imbécil!* ¡Con este *pegote!* ¿Y todo para qué? Para vivir en una gran casa, y tener a gente que no te gusta haciéndote reverencias y arrastrándose ante ti. —Dagmar estaba llorando en voz alta para aquel entonces, y Damian se detuvo cuando llegó ante ella. Extrañamente, cuando volvió a hablar, su voz fue amable.

—Tú no tienes mal fondo. Te mereces más de lo que te va a llegar. —Pero ya se había movido, y estaba casi al lado de Joanna, que le observaba tan fascinada como un conejo frente a un armiño.

—Tú podrías haberte escapado, de no ser por la zorra que tienes por madre. Sigue intentándolo. —Lo que hacía que esto fuera muy surrealista era que todos estábamos allí, todos a los que estaba atacando estaban sentados frente a él. La señora Langley dejó escapar un grito, pero su marido sujetó su brazo para mantenerla callada.

Damian estaba empezando a cansarse y lo estábamos notando, porque Richard Tremayne se levantó de la silla, e incluso Andrew parecía listo para saltar. Su atención se estaba dispersando.

—Os odio. Desprecio vuestros falsos valores. Os deseo lo peor, en todo lo que hagáis. Y me dais pena, incluso ahora. —Los otros, sintiendo que después de este discurso llegaba el final, empezaron a relajarse un poco. A lo mejor fue porque lo vio, o a lo mejor lo había planeado desde el principio, pero Damian no había acabado todavía.

—Me voy, pero os voy a regalar un momento para que me recordéis. —Sonrió.

—Creo que ya lo tenemos —dijo Candida, reapareciendo en escena.

—No. Algo más colorido —dijo y con un movimiento ágil y asombroso lanzó el cuchillo y agarró el primer cuenco de estofado de pescado, arrojándolo contra el extremo de la mesa, donde la masa hirviente de vida marina se derramó sobre lady Claremont y Lucy y Kieran y Richard Tremayne. Hubo angustia y lloros de ira y de dolor mientras el borboteante líquido les cubría, pero no hubo una reacción física real más allá del asombro, y antes de que nadie se pudiera mover, Damian había cogido el cuenco del medio. ¡Cras! Se cayó, y esta vez alcanzó a Candida, lord Claremont,

Dagmar, George y Joanna. Pero mientras se inclinaba a por el tercero y último, los otros finalmente despertaron e intentaron sujetarlo. Alfred Langley cogió las asas con las dos manos. Desafortunadamente, Damian tenía la fuerza de un tigre y, con un solo tirón, se lo quitó de las manos. Agarrándolo, Damian lo levantó por encima de su cabeza, como un sacerdote pagano haciendo una ofrenda a un dios inmisericorde y salvaje, y por un momento todo permaneció quieto. Entonces lo volcó de golpe por el borde, asegurándose de que la mayoría del contenido cayera sobre lady Belton, que recibió su unción con un grito aterrador. La receta llevaba salsa de tomate y para entonces la mesa parecía la batalla de Borodino, y todos estábamos cubiertos de pegajosas y malolientes tripas de pescado. Los trozos de porcelana también habían saltado, y Lucy tenía un corte en la frente, y George sangraba profusamente de un corte en la mejilla. Fue un milagro que nadie se quedara ciego.

—Os desearé buenas noches, entonces —dijo Damian, y sin más palabras, atravesó la terraza, entró en su dormitorio y cerró las puertas. De una vez y para siempre, salió de nuestras vidas.

Cuando se hubo ido nos quedamos sentados, sin movernos, impactados. Como las víctimas que han sobrevivido a un accidente de avión, pero todavía no están seguros de ello. Entonces Serena y Dagmar empezaron a llorar en alto, y lady Belton, que recordaba a un payaso de nariz roja del *Cirque du Soleil*, con langosta y cangrejo trenzados en el pelo, empezó a gritar órdenes a su atónito marido, igualmente cubierto de pescado.

—¡Sácame de aquí! ¡De inmediato! ¡Sácame de aquí!

En ese momento Valerie Langley gritó que deberíamos llamar a la policía, pero Alfred no necesitó las miradas que le dirigieron los demás para saber que eso no iba a pasar. No iban a terminar la tarde dándole a la prensa la mejor historia que habrían tenido en años. Con un entendimiento silencioso y un asentimiento, Alfred alejó a su esposa de esa idea.

Decir que la fiesta se acabó después de eso sería un eufemismo gigante. La fiesta explotó, estalló, se rompió, se destrozó, con los Claremont y los Langley corriendo hacia sus coches como si un francotirador anduviera suelto y estuviera practicando puntería desde la ventana. Los que nos quedábamos allí permanecimos sentados, apestando a pescado, esperando a ver qué ocurriría después. George Tremayne se echó una copa y me sirvió otra, lo que pensé que era muy decente por su parte, aunque confirmara la horrible sensación de que todos me tenían pena, y que me estaban compadeciendo y despreciando, y estaba claro que lo estaban haciendo. Puede que variara el nivel de credibilidad que le concedían a las palabras de Damian, pero todos se habían creído por lo menos parte, y sabía cuáles eran las consecuencias. Otros oirían la historia, en casa, adornada convenientemente, y en consecuencia, sería conocido en Londres como un asqueroso adulator, un roñoso trepa, una mota de suciedad. Sentí que esa era mi recompensa por haber acogido a Damian y haberles obligado a alternar con él. Estaba acabado en el mundo de mi juventud. Era un

marginado. Era un paria.

Candida se me acercó, a lo mejor para ofrecirme su compasión, pero antes de que pudiera hablar, la aparté a un lado.

—Me iré mañana. —Hablé en voz baja, porque no quería convertirme en una *cause célèbre*, y lo peor de todo, no quería obligar a los demás a ponerse de mi parte —. A primera hora.

—No seas tonto.

—No. Debo hacerlo. Yo fui quien le presentó a todo el mundo. Es culpa mía. No me puedo quedar. No, después de esto. —Le agradecía su intento de apoyarme, pero era cierto. No podía quedarme entre esa gente un minuto más de lo necesario. Andrew Summersby se acercó y Candida le pidió que me convenciera de que no me fuera. Negó con la cabeza.

—Creo que es lo único que puede hacer —dijo con su manera más pedante. Tuve suerte de que las criadas ya se hubieran llevado el cuchillo.

Candida no discutió más esa noche.

—Bueno, duerme y te lo piensas —dijo.

—A ver cómo te encuentras por la mañana. Todos sabemos que estaba diciendo estupideces. —Sonreí y la besé, y me fui a mi habitación.

Ahora que conozco mejor a Candida, creo que es posible que de verdad desestimara los cargos contra mí, pero en ese momento no me pareció posible. Y más tarde, esa noche, cuando me había bañado y olía un poco menos a tenderete del mercado de Berdmonsey, me pregunté a mí mismo si Damian estaba diciendo estupideces. En algunas cosas, creía que sí. Sobre todo en lo que había dicho de Serena. Pero cada palabra estaba escogida para hacerme un daño irreparable entre esa gente. Para que terminara con ellos. Como él iba a desaparecer de su vista, así se aseguraría de que yo también. Era un ataque cruel, y estaba seguro de que la mejor parte para él era arruinarme y disminuir mi valor frente a ella. Quería que mi amor pareciera un melindre ruin y mezquino, un artificio para que me invitaran a cenar, en vez del motor que ponía en marcha mi vida.

Incluso así, no todo era una tontería. Lo gracioso era que había habido veces en que había envidiado a Damian. Envidiaba el poder que tenía entre esos hombres y mujeres. Les había conocido durante toda mi vida, pero en cuestión de semanas, él había conseguido más que yo. Era atractivo y carismático, por supuesto, y yo no era ninguna de las dos cosas, pero no era solo eso. Recién llegado como estaba, no les dejaba dictar las reglas del juego, pero... a lo mejor yo sí que lo hacía. ¿No me había reído más con las bromas de lord Claremont y su grupo de lo que lo hubiera hecho con alguien de una clase social inferior? ¿Acaso no fingía, al no discutir las nunca, que las necedades que escuchaba después de cenar en espléndidos salones eran comentarios interesantes? Me había quedado hasta tarde con tontos, y había reído, y había asentido, y les había adulado, alimentando su infinito ego, sin demostrar mis verdaderos sentimientos. ¿Me habría interesado Dagmar si no fuese una princesa?

¿Acaso no me mostraba cortés con Andrew, un hombre al que despreciaba y al que habría odiado incluso si Serena no hubiese nacido? ¿Le habría tenido el pequeño respeto que le guardaba si no hubiese sentido un leve impulso de inclinarme ante su posición? No estaba seguro. Si mi madre estuviera viva y leyera todo esto, diría que son tonterías, que me educaron para ser educado y que por qué debería ser criticado. Una parte de mí piensa que tiene razón, y la otra...

En todo caso, esa tarde marcó mi final en ese mundo durante muchos años. Damian había desaparecido, pero en gran medida yo también. Con unas pocas, muy pocas, excepciones, salí de su círculo, al principio por vergüenza, pero más tarde, disgustado conmigo mismo. Incluso Serena parecía evitarme, o eso pensaba. Durante un tiempo todavía me dejaba caer de vez en cuando, una o dos veces al año, para verla o para ver a los niños, supongo que porque no podía mantenerme apartado, pero sentía que la sombra de esa tarde estaba siempre con nosotros, que algo había muerto, hasta que lo terminé aceptando y corté todo contacto.

Por supuesto, ahora soy más mayor y más amable, y al recordarlo, pienso que me juzgué muy duramente. No creo que Serena fuera la responsable de mi exilio. Tampoco culpo a los otros, porque creo que lo hice para castigarme a mí mismo, y me equivoqué. La verdad es que lo que dijo Damian esa noche fue fruto de la ira y de su deseo de venganza, aunque no estoy seguro de por qué fui yo el objetivo de esos brutales ataques sin haberlo provocado. Puede que simplemente me echara la culpa por meterle en ese condenado lío, en primer lugar. Si fue así, con la sabiduría de la retrospectiva, me siento inclinado a darle la razón.

Dieciséis

Llamé a Damian cuando volví de Waverly, y le conté todo de lo que me había enterado. Y expresé en voz alta una idea que odiaba que estuviera en mi cerebro.

—Es una pregunta un poco tonta, pero ¿estás seguro de que no fue Serena?

—Seguro.

—Porque ahora sé que vuestra historia es más compleja de lo que parecía.

—Me alegro, pero no, no lo es. De algún modo, me gustaría que fuera ella, pero no puede ser. —Podía oír en su voz que se alegraba de que hubiera llegado a entender lo que ese año había significado para él—. La última vez que me acosté con Serena fue en el verano de 1968. Se casó en la primavera de 1969, y no hubo un bebé entremedias. Solo la vi una vez más después de su baile, y fue esa tarde en Portugal, en la que se estaba quedando en la otra villa y tenía a su espantoso marido, sus necios padres, sus horribles suegros y una niña a remolque. Además, aunque me hubiera equivocado con todas las fechas, tendría que ser esa niña, Mary, que sigue siendo clavada a la imagen de su horrendo padre Andrew. —Todo lo cual era cierto. La madre perdida no era Serena.

—Entonces es Candida. Debe de serlo.

—¿Le has hablado de mí?

—Un poco. Mencionó que habíais salido juntos, pero que fue a principios de la temporada.

—Sí. Pero nunca nos dejamos de ver. Seguimos siendo amigos y lo volvimos a retomar cuando se acabó, una o dos veces, por los viejos tiempos. Sé que tampoco te caía muy bien Candida, pero a mí me gustaba.

Eso me interesaba mucho. Con todas estas mujeres, parecía haber estado muy pendiente de ellas, haber tenido mucho más clara su verdadera naturaleza, de lo que yo lo había hecho.

—Dijo que tuvisteis un poco de acción cuando se acabó el año. ¿Fue entonces cuando podríais haber empezado el niño?

—No, no fue entonces. Eso se acabó mucho antes de que nos fuéramos de vacaciones. —Hubo una pequeña pausa al otro lado de la línea—. Vino a mí, después de esa cena, cuando todo el mundo estaba dormido. Me desperté en medio de la noche y estaba conmigo, desnuda, en mi cama, e hicimos el amor. Después, cuando me desperté por la mañana, ya no estaba.

—¿La viste al día siguiente, antes de irte?

—No se había levantado nadie cuando me fui. Llamé a un taxi y desaparecí. Pero dejó una nota en mi habitación, para que la encontrara, así que nos despedimos bien.

—¿Quedasteis después? ¿En Londres?

—Nunca volví a ver a ninguno de ellos. Incluyéndote a ti.

—No. —Yo también había ido al aeropuerto de madrugada, pero de algún modo

habíamos conseguido evitarnos. Totalmente consciente por mi parte. Y, al igual que todos nosotros, no había vuelto a ver a Damian hasta que me llamó.

Interrumpió lo que estaba pensando.

—Bueno, vi a Joanna. Una vez, pero sabemos que no fue ella.

—Y a Terry.

Se quedó desconcertado un segundo, y después asintió y sonrió.

—Tienes razón. Creía que era antes de que nos hubiéramos ido. Pero tienes razón. Fue cuando volvimos. Pobre Terry.

—¿Qué decía la nota? ¿La de Candida?

—«Todavía te amo» y la firmó con ese garabato suyo. Me conmovió mucho. No creo que alguna vez haya sido más infeliz que esa noche.

—Lo que vale para todos los que estábamos allí.

—Solía rezar para no volver a sentirme así nunca. Como me queda muy poco tiempo, supongo que puedo confiar en que conseguiré eso, al menos. —Se rio en voz baja ante el espantoso recuerdo. Por lo menos, yo lo definiría como una risa, pero el sonido se parecía más al traqueteo de las cañerías viejas y sin usar de un edificio en ruinas—. Me quedé tumbado en la cama, escuchándoos hablar y la gente que se iba, y deseé estar muerto. Por un momento pensé que iban a llamar a la policía.

—¿Esos? Ni hablar. No querían ocupar espacio en las revistas. Eso es algo que no ha cambiado. —Casi habíamos llegado a nuestro destino. No parecía que quedara nada más que hacer, a excepción de atar los cabos sueltos—. ¿Voy y le cuento la buena suerte que ha tenido su hijo?

—¿Por qué no? Después ven aquí. Quiero que me cuentes lo que ha dicho.

Candida se alegró de coger mi llamada a tiempo y también de que me autoinvitara a tomar un café con ella esa misma mañana. Vivía en la típica casa de Fulham a la que muchos de su tribu se habían mudado desde mi juventud. Estaba claro que Harry se había ganado la vida bastante bien, y ella había decorado el lugar de manera atractiva. Me saludó con su acostumbrada manera tranquila, aunque a mí me siguiera pareciendo reciente, y me llevó a un salón muy coqueto, llevando una bandeja con las cosas del café. En la mesa de detrás del sofá había una gran fotografía enmarcada de, supongo, el difunto Harry Stanforth. Tenía una cara franca y sonriente, bastante normal, pero ese es el gran y eterno milagro del amor. Le saludé en silencio, mientras Candida nos servía el café. Entonces me miró.

—¿Y bien? —dijo.

Le expliqué la búsqueda de Damian, y cuál había sido mi papel en todo ello.

—No quería hacerlo, pero incluso yo podía ver que no había ninguna alternativa.

Bebió un poco de su café.

—Sabía que había algo. Aunque no estaba segura de lo que era. Bueno, ¿y en qué parte entro yo? —Entonces se sentó, esperando pacientemente a que yo continuara.

No podía entender por qué no estaba haciendo la conexión.

—Creemos que eres tú. Creemos que Archie es el hijo de Damian.

Por un momento no dijo nada, pero se quedó perpleja. Después se rio.

—¿Cómo? No soy un elefante. —Ahora era mi turno de parecer atónito—. La última vez que me acosté con Damian fue dos años antes de que naciera Archie.

—Pero cuando hablamos dijiste que habías vuelto a tener algo con él, después de que lo vuestro se hubiera acabado.

—Y así fue. En el verano de 1969. Me sentía mal por él, por cómo habían acabado las cosas con Serena, y cuando mandó las invitaciones para la boda, le busqué, para ver cómo lo estaba llevando. Quedamos unas cuantas veces después de eso. Pero después perdí el contacto con él. Por eso te utilicé a ti para conseguir que fuera a Portugal un año después. No estaba completamente segura de que quisiera volver a saber de mí, aunque ahora creo que no me habría hecho falta preocuparme.

—Pero te acostaste con él esa noche.

—¿Qué noche?

—La que Damian se volvió loco y nos cubrió a todos de guiso de pescado. ¿Te acuerdas, verdad?

—¿Estás loco? Por supuesto que me acuerdo. ¿Quién podría olvidarlo? Pero no me acosté con él.

—Se despertó en medio de la noche y estabas a su lado, en la cama.

—¿Seguro que no habéis sacado eso de alguna novela erótica?

—Le dejaste una nota en la habitación diciéndole que le querías.

Esto sí le llamó la atención, y se concentró en recordarlo. Asintió con viveza.

—Es verdad. Pensé que se debía de estar sintiendo fatal por lo que nos había hecho a todos y le escribí una nota diciendo... no me acuerdo. «Te perdono» o algo por el estilo.

—«Todavía te quiero».

—¿De verdad? Bueno, algo por el estilo, y se lo metí por debajo de la puerta antes de irme a la cama.

—¿Estás segura de que no te acostaste con él?

Podía ver que estaba a punto de enfadarse.

—Bueno, sé que fui un poco suelta para mi época, pero creo que recordaría haberme acostado con Damian esa horrible noche. No creo que hubiera olvidado ningún detalle de esa tarde en particular.

—No. —Me quedé mirando mi taza. ¿Había vuelto al punto de partida? No parecía probable.

Mis palabras seguían dando vueltas en su mente.

—¿Se despertó y había una mujer en su cama, y se acostó con ella? —Asentí y ella echó la cabeza hacia atrás, riéndose—. Típico de Damian. Es el momento más bajo de su vida, y se encuentra en mitad de una escena de una película de James Bond. —Su alborozo se transformó en risitas.

—Pero no fuiste tú.

—Te puedo asegurar que me acordaría si tuviese como costumbre hacer ese tipo de cosas.

Y entonces lo supe.

Lady Belton estaba arriba, aparentemente, pero le encantaría verme, siempre y cuando no me importara esperar en el salón matutino, que era, aunque me parecía un poco ilógico, donde a la señora le gustaba tomar el té, al parecer. Sería un placer.

El salón matutino era una de las habitaciones más bonitas de Waverly, acogedora más que grandiosa, pero con algunos de los mejores cuadros y un escritorio muy femenino y realmente precioso, de John Linnell, que diría que era el que normalmente utilizaba Serena, pues estaba cubierto con papeles y cartas e invitaciones esperando una respuesta. La agradable mujer del pueblo, que me había dejado pasar, estaba preparando las cosas del té cuando entró Serena.

—Muchas gracias, señora Burnish. —Ya había adquirido ese encanto levemente cruel que asumen los de buena cuna para asegurarse un buen servicio, más que porque les llegue al corazón de verdad. De hecho podía ver por su actitud y sus ropas, e incluso por su sonrisa, que Serena estaba de camino a convertirse en lo que todavía se llama una gran dama—. Qué maravilloso volver a verte tan pronto —me dijo, y me besó en ambas mejillas. El hecho de que la última vez que nos habíamos visto hubiéramos hecho el amor, y no solo eso, sino que había sido el más apasionado de mi vida, había sido, de una manera que no puedo definir exactamente, metido en una caja y alejado a una distancia segura, a deducir por su voz y sus maneras. Era cálida y amistosa, pero entonces supe que nunca se repetiría.

—No me creo que no sepas por qué estoy aquí.

Se había servido un poco de té y se sentó, alisándose los pliegues de la falda al hacerlo. Bebió un poco, después me miró y me ofreció una sonrisa tímida.

—Sí lo sé. Candida me llamó para contarme lo que habías dicho. —Lo raro era que parecía avergonzada, una emoción que no le atribuiría con facilidad—. No quiero que pienses que siempre voy por ahí metiéndome en las camas de hombres dormidos.

—Tú misma me dijiste que solo pasaba con los hombres que estaban enamorados de ti.

Asintió.

—Gracias por recordarlo.

—Lo recuerdo todo —dije.

Empezó a hablar otra vez. Estaba claro que era un alivio poderlo contar por fin.

—Al principio no estaba segura, porque pensé que, si hubiera estado interesado, habría hecho algo cuando mandé esa estúpida carta. Pero no hizo nada. Nada en absoluto y lo sé porque en esos días, hace veinte años, todavía me mantenía en contacto con unas cuantas de las chicas que podrían haber escrito esa carta. ¿Qué ha

cambiado?

—Se está muriendo.

Lo que la bajó de las nubes.

—Sí. Por supuesto. —Miró al techo un momento—. Quiero explicarlo. Lo de esa noche en Estoril. Me he sentido culpable durante muchos años, sobre todo por tu causa.

—¿Por qué por mí?

—Porque tú fuiste el que te llevaste una buena. Todo lo que habías hecho fue invitarle a unas cuantas fiestas, y de repente te estaban llamando baboso, pelota, trepa, y Dios sabe qué más. Debió de ser espantoso.

—No fue bonito.

—Y además, no era cierto. Sobre todo lo que dijo acerca de lo que sentías por mí. Lo sé. Lo sabía entonces, también. —Serena me brindó una sonrisa ligeramente secreta, el reconocimiento de lo que habíamos compartido, y me alegré bastante. No era mucho, pero era mejor que nada—. ¿Cuánto has oído, de lo que sucedió en mi baile?

—La mayoría, creo. Pero solo ha sido ahora.

—Damian me dijo que me había utilizado, que no estaba enamorado de mí, que me iría mejor sin él, todo eso. Y yo me quedé allí de pie, quieta, porque no me podía creer lo que estaba diciendo. La música todavía estaba sonando y una chica se estaba riendo en la antecámara, al otro lado de la puerta, y recuerdo que pensé que cómo se podía estar riendo, cuando yo estoy aquí y mi vida está destrozada. Le amaba con cada fibra de mi ser, ¿sabes? Quería fugarme con él, estar con él, amarle hasta el fin de mis días y si eso significaba romper con todo el mundo, lo habría hecho. Pero cuando empezó a hablar me quedé paralizada. Supongo que estaba en un estado de conmoción, como lo llaman hoy en día, pero en aquel entonces no teníamos «conmociones». Creo que se suponía que te ibas a dar un paseo y lo superabas. En cualquier caso, él se paró y esperó a que yo le contestara. Y después de un poco, le miré y le dije: «Bueno, si crees que va a ser lo mejor». Y cuando me quedé callada él asintió y me hizo una especie de reverencia de broma. He pensado muchas veces en eso. Puedo hasta verla. Una pequeña reverencia, como la de un camarero o la de un adjunto a la embajada al que han enviado para asegurarse de que cojas el tren correcto, para llevarte de la *Gare du Nord* a la *Gare d'Austerlitz* o algo así. Después se fue. Y yo salí a la terraza, y después de un rato entré otra vez y bailé contigo.

—Y yo me alegré mucho.

Pero esta vez quería contarme la historia por completo.

—Después de eso, en realidad no me importaba lo que me sucediera. Creo que debí de tener una especie de colapso nervioso pero, igualmente, en esos días la gente como nosotros no sufría de colapsos nerviosos. Ese era el tipo de cosas que les pasaban a las actrices y a los que desfalcaban el dinero de sus clientes. Creo que lo nuestro era que no nos encontrábamos demasiado bien, o nos habíamos apartado del

ajetreo cotidiano, o nos estábamos tomando un descanso. Mamá y papá me estaban presionando una y otra vez con lo de Andrew, y él estaba dispuesto. —Se detuvo, leyendo mi expresión—. No, de verdad. Sé que no te cae bien, pero no es tan malo como piensas. —Hice una mueca de aceptación, para cubrirme—. Y tampoco sabía qué más hacer. No nos formaban para otra cosa, por entonces.

—Lo sé.

—Parecía una salida. Sabía que Damian no me quería, y dado que pensaba en él mañana, tarde y noche, no veía qué más podía hacer. En cualquier caso, lo que pasó... —Se encogió de hombros, indefensa—. Eso es lo que sucedió. Eso fue lo que me sucedió. —Se detuvo y suspiró. De repente, se estremeció y nuestras miradas se encontraron—. Alguien ha pasado por encima de mi tumba. —Qué extraña e inquietante es esa frase hecha. Nos quedamos un momento en silencio hasta que Serena dijo animadamente—. ¿Quieres más té?

—Por favor. —Sostuve mi taza.

Había más.

—Así que me casé y me quedé embarazada muy pronto y ya sabes, todo eso es bastante emocionante cuando te está pasando a ti, y hay mucho que hacer y mucho que comprar, y mucha gente mimándote, y durante un tiempo me olvidé de lo infeliz que era, y después, cuando nació Mary, Candida vino a verme y empezamos a hablar. Y dijo algo así como que de todas maneras lo de Damian no habría funcionado, no cuando mis padres se oponían tan ferozmente, o algo por el estilo, y yo no sabía que estuvieran en contra de él. Quiero decir, sé que no estaban a su favor, eso lo podía deducir de la cena, pero no pensaba que tuvieran razones meditadas para rechazarle, puesto que ya había confesado sus verdaderas intenciones y me había dejado, antes de que le llegaran a conocer. ¿Sabes todo eso? —Asentí.

Serena se estaba enfadando cada vez más. Podía verlo. Aunque toda su educación hubiera consistido en mantener las emociones controladas, no podía evitar que un poco de su ira se desbordara. Dejó la taza y se puso de pie, jugueteando nerviosa con los adornos y las invitaciones que alfombraban la repisa de la chimenea.

—Cuanto más lo pensaba, más furiosa me sentía por lo que me habían hecho. Porque ahora entendía por qué me habían empaquetado a Andrew. Y al final decidí que tenía que ver a Damian otra vez. Tenía que hacerlo. —Casi estaba jadeando. Dudé de que hubiera recapitulado con tanto detalle todo este asunto alguna otra vez—. Ya sabes lo que pasó después.

—Lo sé.

—Por supuesto, una vez que mis padres se acoplaron, sin hablar de mi suegra, debería haberlo cancelado todo, pero estaba tan desesperada por verle, por cogerle de la mano, por olerle, que no lo hice. En retrospectiva, supongo que debían de temerse que estuviera pasando algo por el estilo.

—Eso parece.

—Pero cuando me enteré de que le ibas a traer, era demasiado para que, en ese

momento, me echara atrás. Sabía que debía hacerlo, pero no me podía decidir. Así que esa tarde, fuimos a vuestra villa, y paseamos por la playa. Y le pregunté por lo que me había dicho y él admitió que todo había sido una mentira. Que nada era cierto. Que estaba enamorado de mí, dijo. Que siempre me amaría. Y le dije que si me hubiera contado la verdad y no me hubiera mentado en el baile me habría escapado con él esa misma noche. Habría hecho las maletas y me habría marchado, y me habría casado con él en el instante que hubiera cumplido los veintiún años, y habríamos estado juntos el resto de nuestras vidas. Dijo que pensaba que había hecho lo correcto, lo más honorable.

—Y así fue.

Se volvió, con los ojos brillándole de furia.

—¿Que así fue? ¡Que le den a tu honor! ¡Que le den a su estúpido honor! No me importan cuáles fueron sus motivos. ¡Me mintió y arruinó nuestras vidas!

—Ese era el «engaño» que mencionabas en la carta, pensé que te referías a otra cosa.

Frunció el ceño un momento, intentando encontrarle el sentido a esto.

—Oh, ¿te referías a prometerme amor para conseguir llevarme a la cama?

—Sí.

—Bueno, fue todo lo contrario. Fingió indiferencia. Esa fue la mentira.

—¿Por qué no dejaste a Andrew? ¿Cuándo lo supiste?

La ira de Serena parecía estar remitiendo.

—Esa fue mi debilidad —dijo con tristeza—. Esa fue la debilidad de la que escribí. —Se acercó a la silla y se volvió a sentar—. Damian me lo pidió. Dijo que si me sentía así, era lo único que podíamos hacer. Me lo suplicó. Pero era una época distinta. Ya sabes lo que dicen: El pasado es un país extranjero; allí hacen las cosas de manera diferente. Yo tenía una hija. La familia se me salía por las orejas. El escándalo habría sido enorme, incluso en 1970, y aunque mis padres eran los responsables hasta cierto punto...

—¿Hasta cierto punto?

Asintió.

—Muy bien. Eran responsables, pero pensaban que estaban actuando por mi bien. —Leyó mi expresión—. Bueno, pensaban que su bien era mi bien. —Se detuvo—. Y yo estaba cansada de que me empujaran para aquí y para allá, a un lado y al otro, pero... —Lanzó un gemido, y pude sentir su aliento cuando salía de su cuerpo—. Por supuesto, si esto hubiera ocurrido hoy me habría ido con él. Me debería haber ido. Debería haberlo hecho, pero mi coraje me falló cuando llegó el momento. Damian fue la mitad de la razón de que hayamos desperdiciado nuestras vidas. Pero yo soy la otra mitad.

—¿Y más tarde, esa noche?

Sonrió al recordarlo.

—Habíamos vuelto a la casa que habíamos alquilado, que no estaba muy lejos y,

por supuesto, todo el mundo estaba impactado. Se sirvieron unas copas muy cargadas, incluso lady B., y se fueron tambaleándose a los muchos baños que había, para poder quitarse el pescado de encima, y yo también lo hice. Y después todos caímos rendidos. Pero cuando Andrew se fue a la cama, dije que no estaba cansada. Quería quedarme despierta. Esperé hasta que supe que estaría dormido, y después me volví andando.

—¿Andando?

—Lo sé. Ahora no lo haría nadie, ¿no? O quizás sí, si fueras joven y estuvieras enamorado y desesperado. A lo mejor algunas cosas nunca cambian. Sabía cuál era la habitación de Damian, sabe Dios, porque todos le habíamos visto entrar como una tromba en ella. No sé lo que habría hecho si la puerta hubiera estado cerrada. Hoy en día habría estado cerrada, ¿verdad?

—Le habrías despertado.

—Sí. Supongo que sí. Pero no estaba cerrada, así que entré, me metí en su cama y le hice el amor en la más completa oscuridad, por lo que tenía muy claro que sería la última vez. Se despertó un poco, pero no mucho, incluso entonces. No me importó. Estaba diciendo adiós a la vida que debería haber tenido. La verdad es que fue un momento privado.

—¿Pero por qué por última vez? Incluso si no estabas preparada para divorciarte, podríais haber seguido manteniendo el idilio.

Negó con la cabeza.

—No. No podría haber sido su amante, inventándome citas para comer con mis amigas y fingiendo que había perdido el tren. Eso no era para nosotros. Esos no éramos nosotros. Deberíamos haber formado una unión que dominara el mundo y que asustara a todos los que se quisieran interponer en nuestro camino. No íbamos a escondernos en un callejón, o que me llamara por teléfono y colgara si respondía mi marido. En absoluto. Una vez que había decidido no dejar a Andrew, desde ese momento, se había acabado.

—Espero que Andrew tenga alguna idea de lo que te debe.

—No, pero si la tuviera le destrozaría toda su vida, así que sería bastante contraproducente. En cualquier caso, esa noche me levanté, me vestí y me fui, y nunca volví a ver a Damian. Fin.

—¿Cómo sabes que Peniston es suyo? Supongo que Andrew pasaba por allí de vez en cuando.

—Qué frase más desafortunada. —Después sonrió, esta vez con ternura, al hablar de su niño, el hijo del amor—. Lo supe porque cuando nació era igual que Damian. Pero se le quitó antes de cumplir los dos años. ¿No hay una teoría que dice que los recién nacidos se parecen a los padres, para que estos les cuiden y les protejan? Su nariz, sus ojos... solía dar gracias a Dios porque nadie se hubiera dado cuenta, aunque mi madre me echó un par de miradas muy extrañadas al principio. Pero yo siempre lo supe.

—¿Por qué escribiste la carta? ¿Por qué no fuiste simplemente a verle?

—No lo sé. Sentía mucha pena por mí misma. Andrew estaba siendo más tedioso de lo habitual, así que me vine a Londres a terminar con las compras de Navidad yo sola y estaba borracha. No tengo ni idea de por qué lo escribí. No la habría echado al correo si me hubiera esperado al día siguiente, pero alguien se llevó las cartas de la mesa del recibidor antes de que me levantara, y eso fue todo.

Me reí.

—Exactamente lo que Damian pensaba que había pasado.

Se puso seria.

—¿Y ahora qué pasa?

—Se lo voy a contar a Damian. Cambia su testamento. Tu hijo es muy muy rico. La casa de Belton se levanta en todo su esplendor.

—Finalmente.

—Te puedo asegurar que Peniston no tendrá que esperar mucho. —Recordé un detalle, que suponía que deberíamos observar—. Tendremos que hacerle una prueba de ADN. ¿Te importaría?

Sin decir una palabra fue hasta el escritorio, abrió un cajón y sacó un sobre, que me tendió. Por fuera había escrito: «Pelo de Peniston. Tres años».

—¿Bastará con esto? —preguntó—. ¿O necesitáis algo más actual?

—Estoy seguro de que servirá.

—No lo uses todo. —Podía ver que estaba pensando en otra cosa—. ¿Tiene que saberlo Peniston? ¿Es una de las condiciones?

—¿No quieres que lo sepa?

Miró a su alrededor. Sobre la chimenea había un retrato de una antepasada femenina de Andrew, de la época victoriana, «La tercera condesa de Belton» de Franz Xavier Winterhalter, con sus tirabuzones castaños y mostrando una buena porción de busto. Serena suspiró.

—Si se entera, tendrá que escoger entre vivir una mentira o destrozarle la vida a su padre, desligándose de la historia de los Belton y sintiéndose un tonto delante de toda la gente con la que ha crecido.

—Un tonto rico.

—Un tonto rico. Pero tonto. —Tomó aire—. No. No quiero que lo sepa. Me gustaría que supiera que Damian era un hombre maravilloso. No me importa decirle que estábamos enamorados. Quiero hacerlo. Pero creo que con eso es suficiente.

—Se lo diré a Damian.

Serena tenía una petición más.

—Me gustaría decírselo yo, en persona. ¿Puedo? ¿Crees que lo permitiría?

Miré a esta mujer, todavía saludable, todavía encantadora, todavía en la flor de la vida, y pensé en ese cuerpo moribundo, al que le costaba hasta respirar.

—Lo dudo —dije—. Siempre puedes escribirle una carta. Ya lo has hecho otras veces. —Los dos sonreímos con esto, pero podía ver que sus ojos se empezaban a

llenar de lágrimas—. No estoy seguro de que quiera ver a nadie. Sobre todo a alguien que no le ha visto desde que era... —Me detuve. No encontraba la palabra adecuada.

—Hermoso —dijo, mientras la primera gota empezaba a viajar por su mejilla.

Asentí.

—Eso es. Desde que era hermoso.

Hablé con Bassett mientras salía de allí, contándole los hechos, y por consejo suyo, conduje directamente de Dorset a Surrey. Para cuando llegué allí, dos horas y media después, ya había un abogado esperando, que me dijo que ya se había impreso y firmado un nuevo testamento a favor del vizconde de Summersby. Me alegré, aunque me resultó un poco raro, pues había odiado ese nombre durante mucho tiempo. Damian me había pedido que me presentara allí en cuanto llegara, y cuando entré en su habitación me di cuenta de que estábamos en una carrera a contrarreloj. Damian yacía en la cama, con una aterradora exhibición de tubos y de botellas, y bolsas que goteaban desde lo alto, todos los cuales parecían estar conectados a alguna parte de su escuálido cuerpo. Dos enfermeras le estaban atendiendo, pero al verme les hizo una seña para que se fueran, y nos quedamos a solas.

—Ya está. Lo he firmado —dijo Damian.

—Me lo ha dicho el abogado. ¿No querías esperarte a los resultados de la prueba?

Cogí el mechón de cabello, sacándolo del sobre, y se lo tendí. Pero negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Y dará positivo. —Pude ver que el mechón en sí mismo era mucho más importante para él. Sacó dos o tres hebras del alambre dorado que lo sujetaba y me hizo una seña para que las cogiera.

—Dáselas a Bassett. Ahora. Es todo lo que necesitan. —Llamé y vino el mayordomo, a llevarse los preciosos filamentos. Cuando me giré hacia la cama pude ver a Damian sosteniendo el resto del rizo infantil, y muy lentamente, llevárselo a los labios—. Así que lo conseguimos —dijo.

—Lo hemos conseguido.

—Ni un momento antes. —Sus delgados labios intentaron formar algo parecido a una risa, pero era doloroso presenciarlo—. Cuéntame la historia.

Y así lo hice. No hizo ningún comentario, excepto cuando llegamos a la parte de su charla con Serena en el baile. Le dije que creía que su comportamiento había sido honorable, pero negó con la cabeza.

—Supongo que crees que es honorable —dijo—. Pero solo fue orgullo. Quería que me quisieran. Y cuando conduje hacia allí con ella, pensé que podría conseguir que me quisieran. Pero no lo hicieron, y yo no estaba preparado para ser el matrimonio equivocado de la familia. Eso solo fue orgullo. Destrocé nuestras vidas por orgullo.

—Ella piensa que fue ella la que destrozó vuestras vidas por el miedo que sintió en la playa de Estoril.

Por alguna razón, esto le alegró.

—Se equivoca. Pero estoy contento, incluso ahora, de pensar que se siente igual que yo. Es muy egoísta, por supuesto. Si la amara de una manera un poco menos egoísta, querría que me olvidara, pero no puedo.

—No quiere que el chico lo sepa. Es decir, quiere contarle quién eras, pero no que tú eres su padre. —Asintió, sin quejarse. Pude ver que estaba preparado para concederle eso—. Me pidió venir a verte, para explicarse. —Esto produjo algo parecido a la alarma en los ojos legañosos que había en la almohada, pero negué con la cabeza de inmediato para aliviarle—. Le dije que no, pero te envía una nota.

Me senté en una silla dispuesta para las visitas al lado del cabecero de la cama, y cogí el grueso sobre de color crema del bolsillo interior de mi chaqueta. Me dio permiso para que lo abriera. Bajo la dirección repujada en azul oscuro, Waverly Park, había escrito en la abigarrada letra cursiva que yo recordaba tan bien: «Te he amado desde que te vi por última vez. Te amaré hasta el fin de mis días». Estaba firmado con una sola palabra «Serena». Lo sostuve para que lo leyera, y lo hizo, una y otra vez, con los ojos de un lado al otro del papel.

—Debes decirle que llegaste a tiempo para que yo lo viera, y que me siento igual —masculló—. Exactamente lo mismo. —Y después—. ¿Te quedarás? Pueden traerte lo que necesites. —Casi no me puedo creer que dudara, mi cabeza estaba llena con todas esas cosas ridículas y sin importancia que se caen de las estanterías de tu cerebro en el momento más inoportuno, una cena a la que había dicho que iría, comer al día siguiente con unos amigos que venían desde Múnich. ¿Qué se le ocurre a uno en esos momentos? Antes de que pudiera contestarle me cogió de la mano, que estaba sobre la superficie de la colcha.

—Por favor. Te prometo que solo voy a retrasarte esta vez.

Asentí de inmediato, avergonzado por haber tardado tanto tiempo en hablar.

—Por supuesto que me quedaré —dije.

Y me quedé. Me dieron de cenar, junto con el abogado, el señor Slade, quien me pidió que le llamara Alastair, y nos pusimos a conversar acerca del calentamiento global en el siglo XIV, y del curioso caso de Gordon Brown, mientras jugábamos con nuestra comida en medio del esplendor del inerte comedor, hasta que me condujeron al dormitorio que había ocupado en mi primera visita, en lo que parecía ser otra época, pero que en realidad había sido hacía solo dos meses, donde Bassett me había llevado lo necesario para afeitarme, lavarme los dientes y cambiarme de ropa para dormir.

—Recogeré su camisa y el resto de su colada, y las tendrá otra vez por la mañana, señor —dijo. La verdad es que Damian había vivido sus últimos años en un cuento de hadas, pero era un cuento solitario. Ya sabía eso.

Fue Bassett quien me despertó a primera hora de la mañana.

—¿Puede venir, señor? Creo que está de camino. —Le miré a la cara y vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas, y se me ocurrió de repente que si un hombre se está muriendo, y su mayordomo llora, entonces es que algo ha tenido que hacer bien en su

vida. Me enfundé el pijama nuevo que me habían preparado, y me apresuré a través de los pasillos para llegar a la habitación de la muerte. Parecía estar bastante llena de gente para cuando llegué, con las dos enfermeras y un médico, y además Alastair Slade, al que claramente se le había ordenado venir por si había cambios de última hora, pero no fue necesario. La atmósfera era tensa y cargada, y pensé en Luis XVI atravesando con su puño una cristalera para ofrecerle a su esposa algo de aire en su *accouchement*. Todos se volvieron para mirarme cuando entré, y después se retiraron tan automáticamente, abriéndome paso hacia la cama, que supuse que esto también había sido planeado, en esta muerte tan ordenada.

Damian todavía seguía vivo, pero cuando me vio empezó a mover los labios, así que me arrodillé y me incliné hacia él, poniendo mi oreja tan cerca de su boca como pude. Y le oí muy claramente.

—Por favor, dile que yo siento lo mismo —dijo. Y se acabó.

La prueba dio positiva, como ya habíamos sabido él y yo, así que no hubo duda de que se haría justicia cuando los asuntos de Damian estuvieran arreglados. Alastair me dio una copia del testamento antes de que nos fuéramos y me pidió que la leyera minuciosamente, por si hubiera cualquier petición que él pudiera atender, pero todo estaba bastante claro, aunque era un poco abrumador por su sola magnitud. Como ya sabía, Damian no tenía parientes cercanos que le sobrevivieran, así que no había peligro de que alguno pudiera disputar sus excéntricas decisiones, como se las podría llamar. Descubrí que me habían reservado el siempre pesado cargo de albacea. Era un poco más llevadero por dos cosas, la primera es que era el único titular del cargo, así que todos los demás administradores, banqueros, miembros del comité y consejeros financieros del vasto imperio de Damian me tenían que rendir cuentas a mí. La segunda cosa que endulzaba el amargo trago era que Damian me había dejado una gran suma de dinero «en señal de gratitud por haber realizado una tediosa tarea», que yo no había ido buscando, pero por la cual estaba, y estoy, profundamente agradecido. No tengo dudas de que su legado cambió mi vida a mucho mejor.

También había apartado una suma bastante grande para que yo dispusiera de ella entre, y cito: «las otras personas de la lista, tal como crea conveniente. Él entenderá lo que le pido. No voy a darle consejos de cómo hacerlo, pues él es el filántropo, no yo». Fui muy parcial al repartirlo, y a Dagmar le di la parte más grande, que propició que dejara a William casi de inmediato, lo que me alegra decir. No podía olvidar que Damian solo había tratado con amabilidad a ella durante su diatriba, y decidí que esto significaba que su felicidad debía ser importante para él. Le di una cantidad bastante decente a Candida, por la que se mostró muy agradecida, y otra a Lucy, que Philip perdió en los siguientes tres años en emprender nuevos e insensatos negocios. Terry, sorprendentemente, lo invirtió bien y ahora disfruta de sus beneficios. No le di dinero a Kieran, pues no lo necesitaba, pero le veía como el heredero legítimo de la parte de Joanna, así que compré la marina de Turner, la que había admirado en mi primera visita a la biblioteca y se la di. Se alegró, creo. La única otra operación de la que yo

era responsable, pero que, al ser el albacea, tenía derecho a ello, fue dejarle una suma considerable a la hermana de Peniston, Mary. Esto fue en parte porque sentía una punzada de culpa sabiendo que ella, a diferencia de Peniston, tenía la sangre de los Belton corriendo por sus venas, y parte para apuntalar la inocua teoría de que Damian había decidido dividir su dinero entre todas las personas a las que quería y su descendencia. Había tanto dinero que ninguno de los que he mencionado hizo la más mínima mella en su fortuna, y los regalos ayudaron a esparcir la leyenda de que Serena estaba feliz, incluso ansiosa, de fomentar y promover. Por supuesto, necesitaba la promesa de silencio de Candida y Terry, las otras que lo sabían, pero Candida era la prima de Serena y nunca supuso un riesgo. Me preocupaba más el haber sido indiscreto con Terry, y pensé en asociar el dinero con una cláusula para que permaneciera callada, pero corría el riesgo de insultarla, y podía ser contraproducente, así que decidí confiar en lo que le quedaba de decencia. Hasta ahora, no me ha defraudado.

El funeral fue pequeño y sencillo, y el cuerpo de Damian fue puesto a reposar en el cementerio, muy adecuado, de la iglesia de santa Teresa de Ávila, que se había beneficiado tanto de su bondad mientras vivió. Unos cuantos meses después, tuvimos un funeral mucho más grande y concurrido en St. George, en Hanover Square. El testamento ya se había hecho público para aquel entonces, y había proporcionado material para muchas conversaciones en los salones y comedores de Londres, así que había bastantes rostros de nuestro pasado en los atestados bancos de la iglesia, y espero que no fuera porque la recepción de después, para todos los que fueron, se iba a celebrar en el Claridge's. Serena ayudó mucho con todos los preparativos y, a sugerencia suya, Peniston leyó algo de la Biblia. Era esa parte donde se dice que «la muerte no es nada», que siempre me molesta un poco, pero al parecer eso era lo que se había especificado. También habló de la admiración y el amor que sentía su madre hacia Damian, lo que pensé que estaba muy bien y era muy valiente, y debo admitir que también me impresionó que Andrew se presentara y mantuviera durante todo el oficio religioso una grave y pomposa solemnidad, lo que supongo que era lo más que se podía asemejar a una manifestación de tristeza. Dadas las circunstancias, incluso con lo poco que él sabía, no se podía esperar que sintiera mucha pena. Por supuesto, la enorme herencia había hecho que su dinastía subiera como la espuma de la noche a la mañana y se colocara entre las veinte mejores familias de Inglaterra, así que no le correspondía parecer un desagradecido, pero, con todo, los buenos modales nunca se pueden dar por sentados en ninguna circunstancia, y yo me alegré por ello.

Lucy estaba allí, con una versión muy peculiar de lo que era un vestido de luto, con un abrigo negro de seda y una flor de plástico, grande y violeta, prendida al cuello. Candida llegó con Dagmar, las dos muy elegantes y con una tristeza real, lo que me conmovió, tanto había aumentado mi estima por el difunto. E incluso Kieran se presentó, aunque puede que fuera para confirmar que Damian realmente había muerto. Terry no hizo el viaje desde California. Eso habría sido pedir demasiado,

pero sí mandó un ramo de esas espantosas flores que están tan de moda, las que les gustan tanto a las floristerías urbanas, esas que parece que se alimentan de moscas. Una mujer me llamó mucho la atención. Era alta y grande, pero bastante *chic* a su manera, llevaba un traje muy bien cortado, y uno de los mejores adornos de diamantes que yo haya visto nunca. Me miró y sonrió y asintió, así que estaba claro que la conocía, así que, en caso de que viniera a saludarme, busqué la ayuda de Serena para que me dijera quién podría ser. Serena se sorprendió mucho ante la pregunta.

—Seguro que recuerdas a Georgina Waddilove —dijo.

—¿La gorda Georgina? —No podía quitarme el asombro de la cara—. ¿Qué sucedió?

—Has estado fuera de este mundo. —Sonrió—. Se casó con el marqués de Conningsby.

Había estado fuera de ese mundo, en efecto.

—¿Cuándo?

—Hace unos quince años. No me puedo creer que no te hayas enterado, aunque se pasan en Irlanda la mayor parte del tiempo. Fue el primer matrimonio de ella y el segundo de él, pero el milagro es que él solo había tenido hijas antes, y Georgina le dio dos hijos, el primero cuando ella tenía cuarenta y tres años, y el segundo al año siguiente. Así que es la madre del heredero y del de por si acaso.

—¿Y él es agradable?

—Encantador. Es físicamente igual que John Thaw, y le está muy agradecido a Georgina por rescatarle. La esposa número uno se escapó con un amigo suyo, y él estaba muy abatido cuando se conocieron, pero míralo ahora, feliz como una perdiz.

La verdad es que este fue un momento bastante alegre para mí. Miré a la sonriente y casi atractiva marquesa de Conningsby y supe que la desdicha no es universal, incluso en esta edad de recordar las miserias.

—Qué maravilloso —dije—. Espero que su madre estuviera viva para poder estar en la boda.

—Lo estaba. Pero aunque no lo hubiera estado, supongo que se habría levantado de la tumba para ir. —Serena se rio y yo también, antes de que los otros invitados la reclamaran.

Así que la búsqueda de Damian se había acabado y no estaba insatisfecho con cómo había resultado todo, ni con todo lo que había aprendido viajando por mi perdida juventud. Había creído que la historia secreta de amor de 1968 había sido mi propia adoración de Serena, unilateral y escondida, que había acabado con mi exilio, pero en vez de eso había descubierto que Serena Gresham y el que me había traicionado habían sido los amantes que habría escogido cualquier romántico de verdad. Incluso así, me había aferrado a mi creencia de que, al reconocer y redescubrir los mecanismos de mi propio corazón, y habiendo finalmente hecho el amor, aunque solo fuera una vez, con el objeto de mis pasiones, ya había validado mi

vida, mi pasado y mi futuro, hasta el final de mis días. Me aguarde lo que me aguarde, ya sea mucho o poco, eso queda por ver, pero he conocido de lo que hablan los poetas y esa es la razón de que me sienta agradecido.

Estaba de pie en la recepción del hotel, con su maravilloso suelo de mármol en blanco y negro, cuando Peniston Summersby me tocó en el brazo. Juntos salimos hasta la calle, a un claro día de otoño, mientras discutíamos qué tendríamos que hacer después, pues una fortuna como la de Damian sería un trabajo que estaba destinado a durar años, pero después titubeé y supe que quería decirme algo que demostrara que era consciente de su buena fortuna.

—Es una oportunidad maravillosa. Quiero decir, que intentaré mostrarme a la altura —terminó diciendo.

—Seguro que sí.

—Y quiero seguir con las cosas que le importaban. Después está lo de la investigación del cáncer, por supuesto. Y pensé que quizás podíamos establecer unas becas con su nombre.

—Para serte sincero, no creo que le preocupara en absoluto que recordaran su nombre, pero estoy de acuerdo contigo. Hagámoslo.

Era la hora de irse, pero podía ver que no había acabado. Pobre tipo, parecía un poco incómodo, y en última instancia es bastante raro que te hayan dejado un imperio que vale más que la deuda nacional, porque un individuo se enamoró de tu madre hace cuarenta años, que era todo lo que llegaría a saber.

—Mamá dice que era un hombre maravilloso. Ojalá le hubiera conocido.

Me lo pensé durante un momento.

—Creo que era un hombre valiente —y de verdad lo creo—. No tenía miedo de todas esas normas que asustan a la gente. Se fabricó las suyas propias, y eso es algo que hay que admirar. Supongo que era un hombre original. Y eso es algo por lo que muchos se esfuerzan, pero pocos consiguen.

Con eso, nos dimos la mano, y me alejé por Brook Street.



JULIAN FELLOWES (Egipto, 1949) creció en Inglaterra y estudió en Cambridge. Actor en más de cuarenta películas y series de televisión, director, guionista —obtuvo un Oscar al Mejor Guion Original por *Gosford Park*— y creador de exitosas y reconocidas series como *Downton Abbey* (13 millones de espectadores en Reino Unido y 3 millones en España) y *Titanic*, nos presenta su segunda novela, *Pasado imperfecto*, tras el enorme éxito obtenido con *Esnobs*, publicada en catorce países y número uno en las listas de Inglaterra y Estados Unidos, entre otros.

Notas

[1] Este apellido suena parecido a «buttock», que significa «nalgas». [N. de la T.] <<

[2] En lenguaje coloquial se usa la palabra «cock» para referirse al órgano sexual masculino. *[N. de la T.]*. <<